
EL ESCUDO DEL CÓNSUL
LAS CRÓNICAS DE TITO VALERIO NERVA
PARTE IV
SERGIO ALEJO GÓMEZ

La conquista del territorio cántabro sigue su curso. El ejército romano avanza implacable acabando con todas las fuerzas bárbaras que salen a su encuentro. Vellica será el último bastión de defensa que plantará cara a las invencibles águilas. Pero la mala fortuna obligará a Augusto a regresar de inmediato a Tarraco. Lo hará custodiado por un flamante Tito Valerio, recién ascendido a *optio*, y por algunos de sus mejores legionarios. Quien les iba a decir que, una vez en la ciudad, resurgiría con fuerza la vieja conjura contra el cónsul. Y es que un enemigo del pasado volverá al ataque para acabar aquello en lo que fracasó. De nuevo, nuestros legionarios tendrán que emplearse a fondo para proteger al primer hombre de Roma del peligro que le acecha y enfrentarse al poder oculto que llega desde la mismísima capital. Si pensabas que todo había terminado con *La Sombra de la Conjura*, esta cuarta entrega de la saga de *Las Crónicas de Tito Valerio Nerva* te sorprenderá. La traición, la intriga y la guerra continúan.

El escudo del cónsul

Sergio Alejo Gómez

Las crónicas de Tito Valerio Nerva

IV



Edición digital revisada, 2021
Fotografía de cubierta: © Barcino Oriens
Diseño de cubierta: © Germancreative

Editor digital: Ander Guaza

Esta novela está dedicada a todos aquellos que sienten pasión por la Historia, y en especial por la de la antigua Roma. Espero que disfrutéis leyéndola tanto como lo he hecho yo escribiéndola.

AGRADECIMIENTOS

Permíteme, antes de que entres en materia, dedicar unas breves líneas de agradecimiento a todos los que han colaborado de manera activa en este proyecto para que vea la luz y pueda estar ahora en tus manos o en su defecto en tu lector de libros digitales.

En primer lugar, y como es de justicia, quiero darle las gracias de todo corazón a la persona más especial de mi vida, y que ocupa una posición privilegiada e irremplazable, mi mujer Laia. No me cansaré de repetir que, sin ella, nada de esto podría ser posible. Como le decía su querida abuela: «*Es que vales un Imperio Romano*». Y nunca más bien dicho. Porque ratifico tal afirmación. Gracias «*ninín*» por tu paciencia, por tu apoyo, por tu consejo y por estar siempre a mi lado allá donde el destino me lleve.

En segundo lugar, quiero agradecer el enorme esfuerzo que han hecho dos personas que se han convertido en imprescindibles: el *magister* Ander y su ayudante, la gran Almudena, que le han dedicado muchas horas a la lectura, revisión y maquetación de esta cuarta entrega de la saga. ¡Muchas gracias por la ayuda!

Agradecerle también a Candela Robles, el enorme esfuerzo al ser también una de las primeras personas que se leyó el borrador de la obra. Le ha dedicado muchas horas a ello, y me ha aconsejado con sabiduría sobre asuntos que a mí se me escapaban.

El proceso evolutivo de un escritor, pasa también por rodearse de gente muy buena que sepa ver todo aquello que él no puede ver. Y ya os digo, que son muchas cosas las que se pueden llegar a escapar. Pero para eso están ellos, y cada vez cuento con gente mejor a mi alrededor que me ayuda muchísimo.

No deseo alargarme más en este punto, porque sé que estáis deseando empezar el libro de una vez y os tengo aquí retenidos. Aunque antes de eso, déjame que te dé las gracias a ti, lector, que eres el verdadero y único receptor de esta obra y seguro que el que más la va a disfrutar.

¡Espero que esta cuarta entrega de la saga te permita seguir gozando de este apasionante viaje por los senderos de la historia de Roma!

¡Por Augusto, y por la República!

Non metuit mortem qui scit contemnere vitam
(No teme a la muerte el que sabe despreciar la vida)

PSEUDO CATÓN

BREVE RESUMEN DE LA SAGA

Estoy convencido, querido lector, que pensabas que todo se terminaba con *La sombra de la conjura.* Pero nada más lejos de la realidad, ya que esta cuarta entrega de las aventuras de Tito Valerio Nerva, prosigue el relato tan solo un tiempo después de la última novela que leíste. Espero que tengas frescos los acontecimientos de la trama para no perderte en ella, aunque por si acaso, siendo previsor, quiero exponerte en unas pocas líneas el contenido de los libros anteriores.

Recuerda que el legionario Valerio, llegó a Tarraco en el año 26 a. C., para participar en las guerras contra cántabros y astures, dirigidas por el mismo Augusto tras varios años de resultados nefastos para las legiones. En el campamento de su legión, la IV Macedónica, ocurrió algo inesperado: el secuestro de su amigo Marco, funcionario de la República. Más allá de sus deberes, ayudado por su centurión Salonio, su *optio* Cornelio, y varios de sus compañeros de *contubernium*, inició una serie de pesquisas que le llevaron a adentrarse en una conjura que quería atentar contra la vida del cónsul y comandante.

En esta conjura, y sin que él lo supiera, estaba implicado Cayo Sexto Apuleyo, otro funcionario que servía en su campamento, y que al principio colaboró con él. Aunque en realidad, ese hombre estaba haciendo un doble juego para sacarle información, ya que trabajaba para los que habían orquestado la conspiración. Estos se sirvieron a su vez de un despiadado asesino, Apio Flavio, al que se le encargó acabar con Valerio y sus compañeros tras haberse inmiscuido en los planes.

Con la legión en marcha, los enemigos no solo estaban al otro lado de las líneas, sino que formaban parte del propio ejército. Pero Valerio y sus compañeros no lo sabían, y cayeron en la trampa de pasarle información a Sexto que fingía ayudarles en su investigación. Fue por ello por lo que el asesino Flavio consiguió acabar con la vida de varios de ellos. Pero él mismo se dio cuenta de que los conjurados querían también su muerte, y se vio obligado a tomar medidas contundentes.

Valerio y sus compañeros le salvaron la vida *in extremis*, y este adquirió una deuda con ellos, pasando a ejercer de agente doble al servicio de los legionarios. Eso les confirió ventaja y pudieron adelantarse a los planes para asesinar a Augusto. Con la colaboración de Flavio, desbarataron el plan en el mismo lugar en el que se iba a

desarrollar, salvando de esa manera la vida del cónsul y siendo recompensados por ello.

Mientras que Flavio logró desparecer a tiempo, Sexto, traicionado por el que había sido el brazo ejecutor de los planes, fue capturado por los legionarios y entregado a Augusto para que hiciera con él lo que creyera oportuno.

Y esto es a grandes rasgos un resumen de las tres primeras novelas de la saga de *Las crónicas de Tito Valerio Nerva*. Ahora que ya te he puesto al día, te dejo con *El escudo del cónsul* para que lo disfrutes.

¡Un saludo querido lector y nos leemos al final de esta apasionante aventura!

DRAMATIS PERSONAE

Tito Valerio Nerva: legionario de la primera centuria, segunda cohorte de la *legio IV Macedonica*, protagonista de la trama y artífice del plan para desbaratar la conjura contra Augusto.

Lucio Aurelio Druso: compañero fiel de Valerio y miembro de su misma centuria y contubernio.

Gneo Cornelio Paulo: antiguo *optio* de la primera centuria, segunda cohorte de la *legio IV Macedonica*, y nuevo centurión tras ser recompensado por participar en el plan para acabar con la conjura.

Publio Salonio Varo: antiguo centurión de la primera centuria, segunda cohorte de la *legio IV Macedonica*, que es ascendido a *primus pilus* de la misma tras participar en el plan para acabar con la conjura.

Cayo Sexto Apuleyo: funcionario civil que sirve en el campamento de la *legio IV Macedonica*, pero que en realidad es un agente doble que trabaja para los conjurados. Fue capturado al descubrirse la conspiración contra el cónsul y encarcelado.

Apio Flavio: asesino a sueldo que trabaja para los conspiradores pero que tras ser descubierto por los legionarios decide ponerse a su servicio al enterarse de que los conjurados planean acabar también con él.

Cayo Fabio Plauto: senador romano que está implicado en la conspiración contra Augusto, y que es amigo de Sexto.

Publio Emilio Léntulo: senador romano implicado también en la conjura que se erige en unos de los cerebros de la causa. Se trata de un hombre rico e importante perteneciente a una buena gens.

Cayo Licinio Niger: senado romano que también forma parte dela conspiración pero que se ve forzado a marchar a Hispania con cierta información relevante.

PREÁMBULO

En una villa a las afueras de Tarraco, principios de julio del año 26 a. C.

—¡Por Júpiter! Aquí hace demasiado frío. Podríamos encender un fuego.

—No es buena idea. Se trata de no llamar la atención. No creo que tarden mucho en llegar —le respondió el hombre que estaba sentado en el suelo apoyado contra la pared de piedra.

Lo cierto era que no sabía ni cómo se llamaba aquel hombre. No había tenido tiempo para preguntarle ya que todo había sucedido muy rápido. Demasiado a su parecer y, además, la intensidad de los acontecimientos no le habían permitido ni tener tiempo para entablar conversación alguna. Pensándolo con la frialdad del que analiza los hechos desde la perspectiva que ofrece la calma, era de justicia pensar que quizás eso fuera lo menos importante en aquel momento, sobre todo teniendo en cuenta el hecho de que le había sacado de aquel maldito agujero. Llevaba mucho tiempo sin poder ver la luz del sol. Desconocía cuanto tiempo había pasado, semanas, meses… La cuestión era que había perdido la cuenta, y cuando pudo volver a verla casi se queda ciego al recibir los rayos del astro rey en sus ojos. Tal y como se había desarrollado todo, había llegado a pensar que jamás volvería a hacerlo y ya se había rendido a la idea de que era mejor que se acostumbraran a la penumbra de aquella minúscula y pestilente celda. Penumbra que se había convertido en su compañera de viaje, pero que el día menos pensado daría paso a otra más cruel, o simplemente más necesaria: la muerte.

La resignación hacía tiempo que había hecho acto de presencia, y es que se había convertido en un apestado… A ojos de los que le habían metido en aquel agujero no era más que un maldito traidor… Vivía en la constante angustia de que en cualquier momento vendrían a por él para darle su merecido final. Pero el tiempo pasaba y eso no ocurría. No esperaba la clemencia de los que le habían apresado, pero deseaba que al menos le enviaran a la otra vida de una manera rápida y limpia, sin tener que sufrir más de lo necesario. Lo que más temía era ser torturado. Nunca había sido un hombre de físico fuerte y, además, sabía que el cuerpo podía resistir tormento, pero la mente era algo muy a tener en cuenta también. Había estado tan asustado que

había llorado en silencio muchas noches. Su llanto amargo en la soledad de aquel cubículo que se había convertido en su jaula.

Jamás creyó que nadie acudiría en su ayuda, aunque en su fuero interno albergaba un mínimo hálito de esperanza. Al menos eso fue lo que ocurrió los primeros días, aunque a medida que estos fueron transcurriendo, comenzó a autoconvencerse de que lo mejor era resignarse al hecho de que estaba solo. Luego llegaron los primeros interrogatorios. Los resistió con relativa facilidad, ya que los que le preguntaban no hicieron uso de la violencia física y tampoco se mostraron demasiado contundentes en los demás campos. Las amenazas habían sido verbales, en ningún momento le habían llegado a golpear. Pensaba que la cosa sería peor y que quizás fruto de la violencia, acabaría delatando a los que le habían contratado. Pero eso no ocurrió. Cuando los que le preguntaban comenzaron a perder la paciencia y aparecieron los primeros golpes, él se mantuvo firme. No dio los nombres de aquellos que se habían hecho con sus servicios. Era leal a sus principios y aunque sabía el nombre de algunos de ellos, sobre todo los que orquestaron todo el asunto, era consciente de que había mucho en juego. Mucho más que su mísera vida. Era consciente plenamente de que, en el momento de aceptar el encargo, también aceptó las reglas del juego. Unas reglas en las que se podía ganar o perder y, aunque hasta aquel momento siempre había salido vencedor, la estadística era clara y las probabilidades así lo indicaban: tarde o temprano le tocaría estar en el otro lado del tablero.

—Lamento mucho lo que les ha ocurrido a tus hombres… —le dijo desde la distancia mientras se alejaba del ventanal a través del cual había estado mirando desde que llegaron, justo cuando estaba saliendo el sol por el horizonte.

—Son cosas que pasan. Ellos sabían a lo que se exponían al aceptar el trabajo —respondió aquel hombre sin darle demasiada importancia al hecho.

—Imagino que te habrán pagado de manera generosa —insistió, tratando de darle algo de conversación.

—Lo cierto es que el precio se ajusta al riesgo de la misión. Y ahora que solo quedo yo, me tocará más y no tendré que repartirlo con nadie.

Sonrió levemente mientras caía en cuenta de la clase de hombre con el que estaba tratando. «Todos son iguales. Mientras haya un buen puñado de monedas por medio, hacen lo que sea necesario y no les importa lo que les ocurra a los que van con ellos. En el fondo lo que les mueve es la codicia. No tienen ideales ni principios por los que regirse». Echó un vistazo a su alrededor ya que aquel tipo parecía no

tener muchas ganas de conversar con él. Prefirió guardar silencio y no molestarle más, sobre todo teniendo en cuenta cómo peleaba.

Observando el entorno, se dio cuenta de que aquella villa en la que se habían escondido fue opulenta otrora. Ahora no era más que un edificio abandonado. Hacía años que no vivía nadie allí a juzgar por el estado del mobiliario que aún quedaba. Lo que le extrañó era que se conservara casi intacto, que nadie hubiera accedido al interior para robar en una propiedad en la que no vivía nadie. Seguramente hubiera pertenecido a algún aristócrata rico que se había endeudado, o que se había simplemente cansado de aquel lugar. Estaba convencido de que detrás de ese emplazamiento existía una historia propia. Todos tenían una historia… al menos eso era lo que había aprendido después de pasar tanto tiempo a solas encerrado.

El lugar elegido podría haber sido peor. No había duda de que quien había organizado la operación de rescate era una persona influyente, ya que elegir aquel punto para refugiarse no era una cuestión de azar. Además, era mucho mejor que el agujero en el que había pasado las últimas semanas de su vida, se dijo a sí mismo mientras sonreía levemente. Así que llegó a la conclusión de que era mejor no quejarse. Sacó algo de comer de una alforja que el hombre le había entregado cuando llegaron allí. No era demasiado, tan solo un poco de pan y algo de queso. Suficiente y mucho mejor que lo que le daban de comer en el presidio. Tampoco la comida iba a ser un motivo de queja teniendo en cuenta la situación en la que se encontraba tan solo unas horas antes.

Se llevó un pedazo de queso a la boca. Le dolía la mandíbula al masticar. Los interrogatorios suaves de los primeros días habían ido subiendo en intensidad ya que los hombres que le preguntaban ya no se conformaban con simples amenazas verbales, y habían comenzado a usar la violencia física como herramienta de tortura. Se habían empleado a fondo, y le habían golpeado duro. Mientras se llevaba la mano izquierda a la mandíbula, rememoraba la sensación de dolor que había experimentado durante aquellas palizas. Jamás había pasado por una situación tan crítica como la vivida en aquellos calabozos. Había estado presente en algunos interrogatorios, pero nunca desde la posición de torturado. Lo cierto era que todo cambiaba; no era lo mismo observar cómo alguien golpeaba, o incluso golpear, que recibir uno mismo. Eso sí que podía llegar a quebrar la voluntad y resistencia de cualquiera. Hasta del más duro. Pero incomprensiblemente, y haciendo acopio de una resistencia que poseía, pero de la que no era plenamente consciente, resistió golpe tras golpe. Eso sí, le habían dejado la cara destrozada. Un precio justo

por todo lo que había hecho él en su día, había llegado a pensar. Analizando aquellos días interminables que estuvo en la celda desde la distancia que le confería el hecho de sentirse a salvo, llegó a la conclusión de que habían venido a visitarle con menos frecuencia de lo que esperaba, y eso le había permitido poderse ir recuperando lentamente de las heridas que iba infligiendo pese a no haber recibido ni una mínima cura.

Masticó con suavidad el alimento, tratando de no forzar demasiado, mientras saboreaba en su paladar la frescura del manjar. Estaba tierno y eso le facilitó enormemente las cosas. Con cada trozo que se llevaba a la boca, no podía dejar de rememorar la manera en la que aquellos dos hombres habían irrumpido en su celda. Los gritos y ruidos de pelea le habían sobresaltado, aunque al principio no sabía de qué iba todo. Con temor se había acercado hasta los barrotes para tratar de ver lo que estaba ocurriendo. La curiosidad había podido más que la precaución, y es que tampoco sucedían cosas muy interesantes en aquel lugar. Inicialmente no había podido ver nada, pero a medida que aguardaba, sí que había ido escuchando con más claridad algunas voces que gritaban intentando dar la alarma. Dedujo que, si sucedía eso, era porque alguien estaba asaltando el presidio, algo sin duda muy arriesgado. Desconocía cuantos hombres lo custodiaban, o cuantos niveles de celda podía haber, ya que siempre que le sacaban de la suya, le conducían a una sala que estaba relativamente cerca.

Fue entonces cuando su instinto le hizo echarse hacia atrás un par de pasos y pensó que tal vez, solo tal vez, alguien venía a sacarle de allí. Aunque rápidamente pasaron por su cabeza otras posibilidades, llegando hasta la opción de que venían a callarle la boca para siempre. Existía esa posibilidad y es que era poseedor de mucha y muy importante información y algunos no podían permitirse el lujo de que sus nombres llegaran a oídos de cierto personaje. Trató de borrar esa última idea de su mente para dejar paso a una emoción que no era muy habitual experimentar en la situación en la que se hallaba. La esperanza regresó, y por un momento sintió que sus fuerzas hacían lo propio. Parecía que las innumerables heridas que cubrían su maltrecho cuerpo dejaban de dolerle momentáneamente.

Se escucharon algunos gritos más. Aquellos eran de dolor y de muerte claramente. Los reconoció sin ninguna duda, así que llegó a la conclusión de que el enfrentamiento armado contaba con bajas. Tras aquellos últimos alaridos, se hizo el silencio. Un silencio extraño que provocó que reapareciera de nuevo el miedo. Los músculos de su cuerpo se tensaron y una sensación de cosquilleó se apoderó de su

estómago. No sabía qué sucedía, así que fue retrocediendo poco a poco hacia la pared hasta que su espalda dio con ella. Lo cierto fue que tampoco tuvo que desplazarse en exceso, ya que el cubículo en el que estaba confinado era de pequeñas dimensiones. De repente, dos figuras encapuchadas y vestidas con ropajes oscuros aparecieron en la puerta. Estaba claro que no eran los guardias, ya que ellos iban con la cara descubierta. Uno de ellos introdujo una de las llaves en la cerradura mientras el otro preguntaba:

—¿Eres Cayo Sexto Apuleyo?

Él no pudo más que asentir levemente. El hombre que le acababa de preguntar se quitó la capucha y sonriendo dijo:

—Bien… Nos han enviado para sacarte de aquí.

CAPÍTULO I

—Alguien se acerca.

El hombre se puso en pie rápidamente mientras sacaba el *gladius* de la vaina y se acercaba hasta la ventana. Descorrió la sucia cortina que aún resistía firmemente el paso del tiempo y observó durante unos instantes el exterior sin decirle nada a él, que le miraba con un poco de intranquilidad. Acto seguido se dio la vuelta y le dijo:

—Creo que son ellos.

—¿Estás seguro? —preguntó Sexto no demasiado convencido.

—¿Quién iba a ser si no? ¿Acaso te crees que elegimos este lugar por ser un camino por el que pasa mucha gente?

—Disculpa… No pretendía incomodarte —añadió un poco asustado ante la respuesta tan contundente que acababa de recibir.

—Déjalo —dijo el hombre haciendo un leve movimiento con su mano para después enfundar su arma.

Lo cierto era que habían estado poco tiempo juntos, pero había sido más que suficiente para saber que no era un vulgar bandido analfabeto, como la mayoría de los que había tratado con anterioridad. Le recordaba en cierto modo al ser infame que le había traicionado y que le había llevado a la condición a la que se había visto abocado sin remedio. Aquel miserable que le había vendido de aquella manera tan despreciable. «Maldito Flavio», pensó de nuevo esbozando una leve sonrisa que era más bien nerviosa. Y es que soñaba con él casi todas las noches. Con él, pero también ocupaban sus sueños Tito Valerio Nerva y todos sus compañeros. Aquellos legionarios, ayudados por aquel vil asesino traidor, habían desbaratado los planes que tanto le habían costado trazar. Por fortuna para todos los que estaban implicados en la conjura contra Augusto, él no había hablado. Podría haberlo hecho, pero se había mantenido firme en su posición resistiendo más que cualquier otro.

Había resistido, ya que por experiencia sabía que, si hubiera hablado, su destino habría sido igualmente el mismo. Por ello optó por no abrir la boca y no responder a las decenas de preguntas que le hicieron en cada sesión. Con el paso de esas severas sesiones, tal vez ellos mismos se cansaron también de atizarle, o simplemente desistieron al darse cuenta de que no iba a darles la información que buscaban. Lo que estaba claro era que, si no conseguían sonsacarle nada, tampoco les sería de utilidad, y al haber participado en un

intento de atentado contra el primer hombre de Roma, su destino estaba escrito.

Todos conocían cómo era de implacable Augusto con aquellos que le traicionaban. La historia y sus venganzas hablaban por sí mismas, así que se resignó a aceptar lo que tuviera que venir. De hecho, era uno de los riesgos que asumió desde el primer momento en el que decidió seguir aquel peligroso camino. Pensó que al menos no le iba a dar el placer al todopoderoso gobernante de Roma de salirse con la suya. Tenía la esperanza de que los que estaban detrás de la conjura no se hubieran echado atrás, y siguieran adelante con el plan de deshacerse del incómodo obstáculo que representaba el *Princeps*. Sabía que el tomarse tantas molestias torturándole solo podía significar una cosa: que tenía miedo.

El hombre más poderoso de la República estaba asustado y eso le hacía parecer débil. Un lujo que no podía permitirse en un entorno que estaba lleno de amenazas constantes. Eso era lo que le hacía resistir todas aquellas palizas que le propinaban sus esbirros. Quizás no acabara viendo la caída de Augusto, porque habría viajado a la otra vida a rendir cuentas, pero el simple hecho de imaginarse que no pasaría mucho hasta que se lo volviera a encontrar, le permitía sacar fuerzas de donde no creía que las tenía.

Cada vez que pensaba en todo aquello, estaba más convencido de que si aquellos hombres no le hubieran liberado de su cautiverio, al cabo de poco tiempo habría sido ejecutado. Había asumido que ese iba a ser su destino y le había ido perdiendo el miedo a la muerte. Pero en ocasiones los dioses eran benevolentes, o tal vez caprichosos. Y por fortuna, en aquella ocasión lo habían sido con él. Y es que jamás se había arrepentido de las acciones que había llevado a cabo, y menos de ponerse al servicio de aquellos que querían evitar que la República cayera en las manos de un solo hombre. Un hombre ambicioso que pretendía convertirse en algo que los romanos detestaban desde tiempos muy remotos: en un rey.

La causa que esos senadores defendieron en su día era más que justa, y si él no hubiera creído en ella y en las posibilidades de éxito, por muchas monedas que le hubieran llegado a ofrecer, no se hubiese arriesgado a participar en una empresa de tal magnitud y que implicaba un gran riesgo. De hecho, recordaba cómo todos ellos estaban comprometidos con la causa y al igual que él, asumieron la posibilidad de ser descubiertos y ajusticiados. Pero si se lograba el objetivo, la recompensa sería máxima. Algo por lo que merecía la pena arriesgarse.

Pensó en aquel infeliz que había asumido la responsabilidad de

convertirse en el brazo ejecutor, y analizó con detalle las circunstancias que le habían empujado a exponerse tan abiertamente. Recordó que aquel desdichado lo había perdido todo a manos de Augusto. El todopoderoso cónsul, el *primus inter pares*, el *Princeps*, le había arrebatado todo lo que poseía. Así que su único objetivo era acabar con su vida y conseguir vengarse. Estaba convencido de que lo que menos le preocupaba era vivir o morir. Por respeto a los que habían dado su vida por la causa, se llevaría el nombre de todos los demás implicados a la otra vida. Por suerte, o tal vez por su compromiso, a juzgar por los acontecimientos, los mismos que le habían contratado, le terminaron premiando con aquel rescate inesperado.

—Son cuatro jinetes.

—¿Habrán visto nuestras monturas? —interrogó.

—Lo dudo, las dejé en el establo que queda al otro lado de la villa —respondió el hombre.

—Todavía no me has dicho quiénes son los que te contrataron para sacarme de allí.

—No te preocupes, en breve los conocerás.

* * * * *

Los cuatro hombres entraron después de avisar desde la distancia que se acercaban. Iban embutidos en capas de lana con capucha, y es que la temperatura era gélida. Su rescatador les pidió que le dieran el santo y seña, aunque a juzgar por su tranquilidad, estaba convencido de que eran los que le habían contratado. Cuando los recién llegados accedieron al interior, uno de ellos se acercó un poco más hasta donde les aguardaban ellos. Se quitó la capucha y dejó su rostro al descubierto. Sexto sonrió tan pronto como le reconoció. Se trataba de Cayo Fabio Plauto, uno de los que estaban en el grupo de senadores que le habían contratado para llevar a cabo la infiltración y el acercamiento hasta Augusto. El hombre estaba serio, e hizo un gesto a los otros tres para que se acercaran un poco más. Los tres acompañantes se quitaron la capucha y también dejaron sus rostros al descubierto. No conocía a ninguno de ellos. No los había visto jamás. Dos de ellos eran demasiado jóvenes para ser senadores. Quizás se tratase de algunos jóvenes patricios que se habían unido a la causa recientemente por convicciones personales o por compromisos familiares. Aunque eso era lo que menos importaba en aquel momento. El tercero en cuestión, el que quedaba, era un hombre anciano que rondaría los sesenta años al menos y al que tampoco había visto antes. Fabio comenzó a hablar:

—Me alegra verte, amigo —dijo mientras le alargaba el brazo derecho en señal de saludo.

—A mí también —respondió, acercándose cojeando antes de entrechocar su mano con el antebrazo que le había ofrecido el otro hombre.

—Tienes un aspecto lamentable, siéndote sincero.

—Lo sé. Puedo asegurarte que el presidio no es el mejor lugar en el que un hombre pueda descansar —añadió antes de soltarle el brazo.

—Malditos salvajes… Cómo te han dejado la cara…

—Y esa es solo la parte que queda a la vista —añadió el hombre sonriendo levemente antes de levantarse la túnica y enseñarle algunos moratones que tenía en las costillas y la barriga—. Aunque era uno de los riesgos que asumí al participar de esto. Como todos nosotros.

—Te pido disculpas por haber tardado tanto en sacarte de ese agujero. Ya sabes que las noticias tardan en llegar a destino y no es fácil encontrar a gente dispuesta a participar de algo tan complicado —añadió señalando con la vista a su rescatador. Además, algunos quisieron cerciorarse de que no dabas ningún nombre. Entiéndelo.

—No debes excusarte por nada… Lo comprendo perfectamente —dijo Sexto—. Yo habría hecho lo mismo, sin duda.

—Teníamos a alguien dentro. Debíamos esperar su confirmación. Nos dijo que los secuaces de Augusto no lograron hacerte hablar, y eso fue lo que puso en marcha el mecanismo de tu rescate —continuó diciendo Fabio mientras el resto de los presentes seguían en silencio.

—Juré ante los dioses que no delataría a nadie… Al igual que hicieron los demás, pero puedo ponerme en su lugar y entender que debían estar seguros.

—Ya sabes cuál es la naturaleza humana, Sexto. Un hombre es capaz de incumplir sus promesas cuando se le lleva a una situación extrema, por muy sagradas que éstas sean.

—Lo sé mejor que nadie y por eso no te reprocho que hayas actuado así. Ni a ti, ni tampoco a los demás —añadió Sexto mirando a los otros tres hombres que le acompañaban.

—Eres un activo muy valioso para nosotros, así que he, quiero decir, hemos apostado por sacarte de tu cautiverio —dijo mirando de reojo a los hombres que le acompañaban.

—¿Y cómo es que has venido hasta aquí? No eres mucho de viajar y de dejar tu amada Roma —le preguntó.

—La situación así lo requería, y ver una cara conocida imagino que siempre tranquiliza. No debes preocuparte, todo está bajo control en la capital —añadió Fabio—. Bueno, más o menos.

Sexto comprendió que habían pasado muchas cosas en las últimas

semanas. Era obvio que él no sabía nada, puesto que a duras penas había tenido que esforzarse por mantenerse consciente. ¡Como para tener que enterarse también de lo que sucedía en Roma! Además, ni siquiera osó preguntar a los hombres que le interrogaban. Habría sido de estúpidos. Pero ahora que le habían rescatado y que Fabio, uno de los senadores con más peso dentro de la conjura, se había tomado la molestia de acudir hasta Hispania para hablar con él, podría obtener algo más de información sobre el estado actual en el que se hallaba la conspiración.

—Entonces, ¿han caído muchos?

—Claudio y sus hombres murieron en el campamento durante el banquete —explicó Fabio.

—Me enteré de ello.

—¿Quién te lo contó? —interrogó.

—El propio Augusto me lo dijo en persona. Quiso dejarme claro que nuestro plan había fracasado. Aunque esa es una larga historia que ya te contaré cuando tengamos tiempo y calma —le aseguró Sexto.

—Estoy ansioso por escucharla… Pero volviendo al tema, tuvimos que deshacernos de algunos hombres en Roma cuando llegaron las noticias de lo sucedido aquí. Nos vimos obligados para evitar que se fueran de la lengua.

—¿Hombres importantes? —preguntó.

—Digamos que hombres con cierto peso.

—Es una lástima tener que oír eso. Pero en ocasiones uno tiene que hacer sacrificios que van más allá de lo impensable. La causa es lo más importante —añadió Sexto sin dejar de mirar a los otros tres hombres —. ¿Cómo está la situación?

—¿Sobre tu fuga?

No hacía falta que le explicara los detalles sobre la fuga. Todo había sido más que planeado. Durante la huida a caballo, después de ser liberado, aquel mercenario le había relatado cómo se había estructurado toda la operación de rescate. Al principio eran cuatro, pero dos habían caído durante el asalto al presidio. Uno de ellos en el acceso. Habían sido descubiertos por una patrulla en el perímetro del edificio, y se habían visto obligados a combatir. Otro, ya en el interior, una vez consiguieron acceder. Por suerte, pudieron deshacerse de todos los guardias que estaban de turno, y así evitar que dieran la alarma a los demás, que estarían descansando. Al hacerlo a altas horas de la madrugada, los efectivos disponibles en el recinto eran mínimos, lo cual aumentaba las posibilidades de éxito. Asimismo, al ser pocos los que se infiltraban, habían podido pasar mucho más desapercibidos.

Eso les permitió poner en marcha la segunda parte del plan. Toda una obra maestra digna de las mentes más brillantes. Y es que habían transportado hasta los aledaños del presidio un cadáver que se parecía en cuanto a complexión y cabello a Sexto. El único detalle diferencial era que tenía la cara totalmente desfigurada, lo que le hacía irreconocible. Una vez que el prisionero fue liberado, los dos asaltantes se encargaron de colocar el cuerpo sin vida que habían arrastrado por los brazos, en el interior de la celda que otrora ocupara él. Además, le propinaron unas cuantas estocadas en el pecho para que el asunto tomara un cariz más violento incluso, dejando claro que había habido ensañamiento con el cuerpo. La sangre brotó a borbotones, lo que era un signo de que el cadáver estaba fresco. Los que trazaron ese plan no dejaron ni un solo detalle al azar. Querían que se supiera que los que habían asaltado el recinto pretendían deshacerse de aquel prisionero en concreto. Eso serviría para demostrar que Cayo Sexto Apuleyo había muerto. Que cada cual sacara sus propias conclusiones al respecto. De lo que se trataba era de fingir la muerte del que era considerado un traidor, y *a priori* el plan era perfecto, ya que parecía lo que era: un asalto para hacer que no hablara ni delatara a nadie.

En la huida, el grupo fue sorprendido por dos guardias que estaban de ronda por aquel sector. De nuevo se vieron forzados a entablar combate contra ellos. A pesar de que lograron deshacerse de ambos centinelas, el hombre que había abierto la puerta de la celda fue alcanzado por una estocada y herido de gravedad. No tuvieron más opción que abandonarlo a su suerte. Le dejaron sujetándose como podía las entrañas que le salían del abdomen.

Se dio cuenta de lo importante que era si cuatro hombres habían asaltado el presidio de la ciudad para rescatarle.

—Eso me ha quedado más que claro, Fabio. Me refiero a lo demás —dijo de nuevo.

—Verás, desde que llegaron las noticias desde Hispania, hemos tenido que ser mucho más discretos en nuestras acciones. Ya te he comentado que algunos de los implicados en nuestro asunto comenzaron a mostrar dudas sobre la viabilidad de continuar con el plan y no tuvimos más opción que eliminarlos para evitar poner en riesgo a los demás. Las filtraciones pueden ser muy peligrosas y la lealtad se puede esfumar en un instante.

—Sin duda hicisteis bien.

—Todavía quedamos bastantes. Disponemos de algunos activos en el ejército y entre los caballeros —continuó relatando—. De hecho, aunque hayamos fracasado en el primer intento, creemos que volverá

a presentarse una nueva oportunidad para actuar. Lo importante es evitar que Augusto se quede con todo el poder. Ya sabes lo que supondría eso para nosotros.

Sexto asintió levemente. Sabía que muchos de los senadores que formaban parte del grupo de conjurados pertenecían a las familias más antiguas de Roma. Era gente poderosa y muy rica que llevaba siglos en la cúspide, controlando las instituciones de la República. Hombres que no estaban dispuestos a permitir que un don nadie, un individuo venido a más, el sobrino nieto de un dictador que ya quiso quedarse con todo, siguiera los pasos de su predecesor.

Si algo tenían asumido los nobles y aristócratas de esas *gens* tan antiguas, era que su rol debía ser gobernar y dirigir al pueblo de Roma. Muchos de ellos ni consideraron un igual al propio César, así que era lógico que consideraran mucho menos todavía a Augusto. Un don nadie, de procedencia humilde, que heredó todo el legado simplemente por mera casualidad. Pero los dioses estuvieron de su lado. Al muchacho le salieron bien las cosas y tuvo fortuna a la hora de emprender sus acciones. Quizás porque se supo rodear de los mejores: aquellos que fueron capaces de cubrir sus deficiencias. La cuestión fue que al final consiguió hacerse con el dominio total de la República, acabando con todos los rivales que se cruzaron en su camino.

—Cada fracaso nuestro, es un triunfo para él y eso le reafirma aún más en el poder. Tras superar la adversidad del atentado contra su persona, su popularidad ha crecido todavía más. El pueblo le sigue queriendo. Cuenta con muchos partidarios en el senado, y los que en su día se le opusieron ya sabes cómo acabaron. Tiene el poder que dan las legiones, y eso dificulta mucho las cosas —siguió diciendo Fabio.

En ese momento le vino de nuevo a la cabeza otro de los implicados en la conspiración que dieron la vida por intentar acabar con el tirano. Claudio había perdido todo siendo tan solo un niño. Su familia había sido asesinada por orden del entonces aún Octaviano, simplemente por oponerse a su manera de pensar y de hacer. Como él, muchos habían salido gravemente perjudicados, pero a la vez otros obtuvieron beneficios por la lealtad demostrada. Y eso era un problema. Un problema que había tenido que afrontar Roma durante más de setenta años. Esas heridas aún no estaban cerradas e iba a costar mucho que cicatrizaran. Costaría mientras hubiera alguien que quisiera quedarse con todo el poder. Era inevitable que existiera siempre un grupo que se opusiera a ello y estaba convencido de que Augusto lo sabía.

—Pero no podemos permitir que se salga con la suya.

—Claro que no, Fabio —dijo Sexto—. Pero a partir de este momento debemos ser más prudentes. Dejemos que se confíe. Que crea que todos los que se oponen a él han perdido la esperanza. Será entonces cuando golpearemos. Y lo haremos con tanta contundencia, que no habrá ningún escudo que pueda evitarlo.

CAPÍTULO II

Campamento de la legio IV Macedónica, frente cántabro, mediados de julio del año 26 a. C.

—Han llegado órdenes de arriba, *optio*.

—¿Y cuáles son? —respondió el oficial a su superior.

—Los cántabros se están reagrupando cerca de la fortaleza de Vellica —le expuso el centurión.

—Creí que después de lo ocurrido en el *mons* Bernorius habrían entendido lo que supone enfrentarse a Roma.

—Estos salvajes son más que tozudos. Les dimos muy duro y yo también pensé que no volverían a plantar cara. Al menos tan pronto.

—¿Y qué dice el cónsul? —interrogó de nuevo el *optio*.

—Todavía no dispongo de todos los detalles acerca de la operación, pero esta tarde todos los centuriones de la legión y de la IX hemos sido convocados a la tienda de mando.

—Vais a ser muchos entonces.

—La tienda de Augusto es lo bastante grande como para que estemos todos presentes —dijo sonriendo el centurión.

—¿Quieres que les diga algo a los hombres?

—Es mejor que lo sepan cuanto antes para que puedan ir arreglando sus asuntos privados… Ya sabes.

—Entendido… ¿Está muy lejos Vellica? —preguntó de nuevo.

—Tendremos que marchar un par de jornadas a lo sumo según me han dicho algunos oficiales que saben algo más.

—Entonces será mejor que esta tarde les haga revisar el equipo y preparar el avituallamiento para el camino. También les recordaré que tengan sus últimas voluntades al día, sobre todo a los más nuevos —añadió con acierto.

—Como siempre, lo tienes todo bajo control, Valerio… Soy muy afortunado teniéndote conmigo.

El *optio* sonrió:

—He tenido un buen maestro en el que fijarme, sin duda.

Cornelio se puso en pie y le estrechó el brazo a su segundo.

—Y ahora si me disculpas, tengo que hacerme cargo de estos malditos documentos —dijo señalando hacía su escritorio que estaba repleto de correspondencia—. Maldito trabajo burocrático…

Valerio se retiró de la tienda de su superior esbozando una leve

sonrisa, siendo conocedor de lo poco agradecido que era para un oficial tener que hacerse cargo de la lectura de la correspondencia, y de tener que revisar y redactar el resto de documentos relacionados con la unidad que dirigía, que por desgracia eran muchos más de los que podía imaginarse. Por fortuna, todos los centuriones disponían de ayuda para llevar a cabo esa engorrosa tarea. En general, disponían de algún legionario que les hacía las veces de secretario y se encargaban de todo aquello que era más burocrático. Salonio, cuando fue ascendido a *primus pilus*, se llevó consigo al hombre que le hacía la vida más fácil en ese aspecto. Así que Cornelio se las tuvo que apañar como pudo y buscar a alguien capaz de llevar a cabo esa tarea. Y no fue sencillo dar con el hombre adecuado, sobre todo porque la mayoría de los legionarios que servían en la centuria no sabían ni leer ni escribir.

De nuevo la fortuna volvió a sonreírle, y le encomendó ese trabajo al *tesserarius* de la centuria, que aceptó el ofrecimiento encantado y demostró estar a la altura de lo que se esperaba de él. Se llamaba Quinto Junio Camilo, y no solo sabía leer y escribir, sino que además tenía la virtud de saber interpretar las cifras y hacer cuentas matemáticas como si fuera un erudito en la materia. A cambio de sus servicios, consiguió convencer a Cornelio de saltarse todas las guardias que le tocaran. Sin duda el trato fue muy ventajoso para los dos hombres, y de paso alivió a otros hombres que sabían leer y escribir, como era su caso. En realidad, su nivel no era comparable al de Junio, puesto que las cuentas no eran lo suyo. Él tan solo sabía leer textos que no fueran demasiado complejos y redactar algunas cartas. Todo ello se lo debía al bueno de Marco…

Mientras se dirigía hacia la zona donde estaban las tiendas de la primera centuria de la segunda cohorte, volvió a acordarse del pobre funcionario. De él, y de todos los que habían perdido la vida en aquella conspiración que podría haber resultado fatal. Terencio y su agónico final. Emilio y Vitelio que perecieron mientras dormían en el interior de la tienda, o el pobre Fabio que lo hizo entre terribles sufrimientos, en sus brazos mientras trataba de apagar las llamas que lo consumían. Se miró las manos. Todavía se podían apreciar algunas leves cicatrices resultantes de aquellas heridas que sufrió al intentar salvar la vida de su compañero. Se detuvo un instante y se evadió del bullicio que reinaba a aquella hora en el campamento de la legión. Todo era demasiado reciente aún. Aunque habían logrado salvar la vida de Augusto, y habían sido gratamente recompensados por el valor demostrado, las pérdidas sufridas habían sido enormes. Apenas habían hablado del tema desde que todo ocurrió. Parecía como si

trataran de evitar sacar a colación el asunto cuando estaban reunidos.

A Salonio casi ni le veían. Estaba muy ocupado con las funciones de su nuevo cargo. Ser el *primus pilus* de una legión no era una tarea sencilla. Aunque él era un veterano curtido y con experiencia suficiente, no dejaba de ser nuevo en la posición. Además, para mayor infortunio suyo, el hombre que ocupaba el cargo antes que él, acabó muriendo a causa de las heridas recibidas durante el asalto a la plaza enemiga. Así que no pudo ponerle al día de cómo estaban las cosas y tuvo que partir de cero, con el enorme esfuerzo que ello implicaba. Los demás centuriones de la primera cohorte, los que en teoría estaban destinados a ocupar el puesto vacante, tampoco le pusieron las cosas fáciles. Al menos eso fue lo que les explicó al cabo de unas semanas cuando se reunió con ellos. Esos hombres creían tener el derecho a sustituir al caído, y les molestó bastante que tuviera que ser el centurión *primus prior* de la segunda cohorte quien fuera nombrado por delante de ellos. Aunque Augusto en persona se encargó de reunir a los oficiales y explicarles todo lo que había ocurrido y cómo aquel pequeño grupo de legionarios le había salvado la vida, no todos entendieron la deuda que había contraído con ellos y, por ende, las consiguientes recompensas en forma de ascensos que se les habían concedido.

Cornelio suficiente tenía con reorganizar la centuria. Las bajas sufridas en el asalto al *mons* Bernorius fueron más de las previstas, ya que algunos de los heridos acabaron falleciendo por la gravedad de las heridas, así que tuvo que esforzarse para reestructurar la centuria con los hombres de los que disponía, mientras habían ido llegando a cuentagotas escasos refuerzos procedentes de otras legiones. Además, esperaba que llegara algún reemplazo de reclutas para cubrir esas pérdidas, lo cual sería de agradecer. Aunque no solo la primera centuria de la segunda cohorte había quedado corta de legionarios, sino que muchas otras habían sufrido similar número de bajas, o incluso más. La lista de fallecidos y desaparecidos era más elevada de lo que en un principio se esperaba. Los cántabros habían combatido muy duro y demostraron ser algo más que un simple pueblo de pastores y agricultores. Las cifras así lo demostraban.

En cuanto a su amigo Aurelio, todavía no estaba recuperado del todo de la herida que sufrió en la batalla campal previa al asalto a la ciudadela. Ya se podía levantar del camastro y cada día daba uno o dos paseos por el campamento que solían ser más bien largos. Tenía mejor color de cara y la herida apenas le molestaba. Habían pasado ya varias semanas, pero el *medicus* le recomendó que tuviera paciencia antes de reincorporarse a la rutina de la unidad. En la medida de lo

posible, cuando las obligaciones de su cargo se lo permitían, Valerio iba a visitarle. Pasaba un tiempo con él *contubernium*, mientras los demás legionarios que compartían tienda estaban llevando a cabo sus tareas, o incluso le acompañaba en esos paseos que daba. Ellos dos sí que hablaban a menudo del tema que sus superiores parecían haber olvidado, ya fuera por no sacar a relucir momentos desagradables de sus vidas o porque simplemente sus vidas habían cambiado tanto, que no tenían tiempo para hacerlo.

Pero ellos no iban a dejar que aquello cayera en el olvido. Recordaban a sus compañeros caídos, y sobre todo se preguntaban qué habría sido de Flavio y de Sexto. Ambos tenían claro que el primero estaría ya muy lejos de Hispania. Si bien al final se había comportado y había sido una pieza elemental para la resolución positiva del asunto, no dejaba de ser el culpable de que muchos hombres buenos ya no estuvieran en el mundo de los vivos. Eso se lo podía llegar a perdonar, con el paso del tiempo, pero jamás lo olvidaría del todo. Lo más probable era que jamás se volviera a cruzar con él, así que al menos, no tenía que preocuparse por aquel miserable. Tal vez Flavio se había arrepentido en verdad de los actos que había cometido, pero no dejaba de ser un asesino. Ese peso lo llevaría en su conciencia el resto de su vida, que, ya puestos a pedir, esperaba que no fuera muy larga.

En cuanto a Sexto, nadie sabía qué le había sucedido tras la detención. No tenían noticias de que estuviera en el campamento. Lo más probable era que estuviera pudriéndose en alguna celda lejos de allí, mientras le interrogaban para sonsacarle algo de información acerca de los demás implicados en la conjura. Al menos eso era lo que él habría hecho si hubiera estado en la posición de Augusto. No sentía lástima alguna por aquel hombre que había jugado con él y con sus compañeros. Tampoco le deseaba sufrimiento alguno, es decir, no más del necesario para que acabara hablando. Tan solo quería que acabara pagando por todos los crímenes que había cometido. Aunque no fue la mano ejecutora de ninguno de ellos, era la persona que los orquestó y eso ya era suficiente para merecer la muerte. Y si había alguien más por encima de él, cosa que era muy posible, deseaba que los delatara para poder llegar hasta ellos y acabar de raíz con la conspiración. Antes de reanudar la marcha, imploró a los dioses que todo el peso de su justicia cayera sobre aquel infame. Ni más ni menos.

CAPÍTULO III

—¡Por Júpiter! ¡No sé cómo se aclaraba el maldito Didio con todo este lío de documentos! —vociferó mientras golpeaba con su mano derecha el escritorio.

—Imagino que tendría su propio sistema para hacerlo, señor.

—Pero si esto es un caos.

—Hasta en el mayor de los caos, siempre existe un orden —dijo con suavidad el asistente tratando de calmar a su superior.

Salonio lo miró y pareció calmarse. Desde que había sido ascendido, no encontraba más que dificultades y obstáculos en sus tareas cotidianas. En aquel momento se trataba de los documentos de intendencia de la legión, pero antes de eso, había tenido que afrontar otras situaciones con las que no esperaba encontrarse. La oposición de los centuriones de la primera cohorte fue un escollo que le quitó el sueño más de una noche. Aquellos hombres, encabezados por un tal Cayo Liberio Nasica, el *princeps prior* de la segunda centuria, le estaban haciendo la vida imposible. Esos hijos de Plutón se quejaban a todas horas por tonterías. No dejaban de mandarle misivas con demandas que no eran de primera necesidad, llegando al punto en el que en alguna ocasión le habían intentado cuestionar delante de la tropa. Actuaciones que estaba convencido de que jamás se les habría ocurrido hacer en contra de Didio, su predecesor.

Estaba más que sobrepasado por la situación, y había momentos en los que se arrepentía de haber aceptado el cargo en lugar de quedarse al mando de su primera centuria de la segunda cohorte. Añoraba aquellos tiempos y, sobre todo, añoraba a los hombres a los que había dirigido en batalla. ¿Pero quién iba a decirle que no a Augusto? Un ascenso como ese no se podía rechazar. En toda una vida de servicio en la legión, le habría sido casi imposible alcanzar la posición de *primus pilus*. La oportunidad era única por mucho que ahora estuviera tan desanimado por todo. Acababa de ser ascendido y todavía no le había dado tiempo a hacer nada, así que pensó que tal vez a esos oficiales les costaría asumir su nombramiento. «Quizás con el tiempo se den cuenta de que no soy su enemigo», pensó para sí mismo mientras miraba a su asistente. Suerte que estaba junto a él. Le conocía desde hacía ya muchos años, y confiaba por completo en sus habilidades. Jamás le había defraudado. Esperaba que esa no fuera la primera vez que sucediera.

—Debería mandarlos azotar por insubordinación —mascullό entre dientes—. Sobre todo, a ese Liberio… Los demás hacen lo que él les dice, estoy convencido.

—No ganaría nada, señor —intervino de nuevo su asistente tratando de calmar a su superior—. Creo que si lo hiciera sería mucho peor, ya que demostraría a esos hombres que no sabe gestionar las adversidades con criterio. Lo más fácil sería hacer lo que usted propone, pero debe ponerse en el lugar de ellos para entender su reacción.

—¿Me estás diciendo que sus protestas son lícitas?

—Ni mucho menos. Tan solo que es comprensible que estén enojados con su ascenso. Más teniendo en cuenta que viene de la segunda cohorte y ha pasado por delante de varios centuriones con más años de servicio y experiencia a sus espaldas —añadió su ayudante.

Meditó brevemente acerca de las palabras que su subordinado le había dicho. En cierto modo estaban cargadas de razón, aunque seguía sin entender la reacción tan hostil que esos hombres habían tenido hacia él.

—Deles tiempo, señor… Y sobre todo actúe con normalidad —añadió el soldado—. Sea tal y como es, y se los ganará seguro. Recuerde que eso le funcionó con los hombres de su centuria.

—Me funcionó porque eran simples soldados. Estos no son tan obedientes como ellos… Además, algo me dice que cuando cometa algún error van a lanzarse a mi cuello como si fueran lobos. No creo que pueda contar con ellos. Con lo bien que estábamos antes, amigo. Quién nos mandaría meternos en este lío.

—Imagino que a todo oficial le gusta prosperar en su carrera militar. No ha hecho nada que otro no hubiera hecho estando en su lugar.

—Lo sé, aunque pensé que todo iba a ser más fácil, y me encuentro esto.

—Lo que piensen los otros centuriones es lo de menos, señor. Lo importante es la tropa, y todos los legionarios saben qué clase de oficial es usted y qué es lo que ha hecho para salvar la vida del *Princeps* —dijo el legionario—. Además, creo que en breve tendrá su primera oportunidad para demostrar su valía, señor.

—Eso parece. Los cántabros se han reorganizado más rápido de lo que se preveía. No deberíamos subestimarlos, y menos teniendo en cuenta la primera batalla.

—Seguimos siendo superiores a ellos. No debe preocuparse.

—Eso es precisamente lo que más me preocupa —dijo Salonio—.

Se nos ha hecho creer que eran una turba desorganizada que no tenían más que lanzas de madera y flechas para cazar, pero a juzgar por lo acontecido, esos informes eran erróneos. Quizás deberíamos haber sido más humildes y no dar veracidad a lo que se nos contó antes de haberlo comprobado.

—Si lo dice por Augusto, algo me dice que él fue el primer sorprendido.

—A los que nos precedieron a nosotros antes de llegar a Hispania tampoco es que les fuera demasiado bien. De hecho, nuestro amado *Princeps* vino aquí para poner orden y demostrar que estos astures y cántabros no eran unos rivales tan capaces —añadió Salonio.

—No eran tan capaces como bien ha dicho, señor, pero Augusto ordenó traer a Hispania seis legiones.

—Para evitar sorpresas.

—De todas maneras, tampoco creo que hayan sido capaces de reunir un ejército capaz de enfrentarse a nosotros en tan poco tiempo —añadió el hombre encogiéndose de hombros.

—Que los dioses te escuchen. No me gustaría tener que enterrar a más hombres en esta inhóspita tierra.

* * * * *

—¿Es que esos malditos salvajes no nos van a dar ni un respiro?

—Es increíble que con lo duro que les dimos en la última batalla sigan pensando que tienen alguna opción de vencernos —dijo otro de los legionarios que estaban en la formación.

Les había transmitido las indicaciones antes de comenzar el entrenamiento matutino tal y como le ordenó Cornelio. Los hombres al principio guardaron silencio, aunque poco a poco algunos hablaron pidiendo el permiso correspondiente. Comprendía aquel desconcierto entre los legionarios, y es que tal y como afirmaban, la victoria del *mons* Bernorius había sido total. La destrucción de la fortaleza y la esclavización de todos los supervivientes debería haber sido un duro golpe para los cántabros. Pero estos, en lugar de someterse al poder de Roma, iban a continuar con la resistencia.

—¡Tranquilos! ¡Todavía no dispongo de más información! ¡El centurión quería que lo supierais cuanto antes! ¡Así que, lamentándolo mucho, vamos a intensificar el nivel de los entrenamientos hasta que se nos dé la orden de ponernos en marcha!

Algunos leves murmullos se escucharon en las filas posteriores de la formación, aunque Valerio prosiguió:

—¡Eso significa que habrá entrenamiento por la mañana y por la tarde!

Podía ver el descontento en las caras de algunos de los que hasta hacía relativamente poco eran sus iguales. Quizás si él también hubiera estado en su lugar, habría reaccionado de esa manera. Aunque como soldados de Roma que eran, debían acatar las órdenes que se les transmitieran por muy poco que les gustaran.

—¡Además, el centurión quiere que el equipo se limpie diariamente al finalizar la sesión vespertina!

—¡Entonces espero que no tarden demasiado en darnos las órdenes, porque si no va a quedar todo tan brillante que los cántabros nos verán llegar desde varios estadios de distancia! —dijo Furio intentándose hacer el gracioso.

Los demás comenzaron a reír. Aunque el comentario había sido ocurrente, no estaba permitido que los legionarios los hicieran sin permiso, y mucho menos cuando se les estaba transmitiendo una orden. Estaba claro que sus compañeros de armas seguían viéndole como un igual cuando no estaba Cornelio con él, y eso no ayudaba mucho.

—¡Legionario Furio! ¡Esta tarde, y todas las tardes de esta semana, las vas a pasar limpiando las letrinas!

Trató de ser contundente con el castigo. Y es que no podía permitir que nadie se saltara las normas, por mucha confianza que tuviera con él. Debía hacerse respetar entre la tropa, al menos eso fue lo que le aconsejaron tanto Cornelio como Salonio cuando fue ascendido. No era nada personal, aunque imaginó que Furio no se lo tomaría nada bien.

—¡Sí, señor! —respondió el legionario con cara de pocos amigos.

—¡¿Alguna duda más al respecto, soldados?! —interrogó en voz alta tratando de mostrarse seguro y convincente.

Nadie respondió, así que interpretó que todo había quedado claro.

—¡Entonces a entrenar! —ordenó el *optio*.

Los hombres rompieron filas y se dirigieron hasta donde estaban los escudos y las espadas que se usaban para el ejercicio. Unos cuantos se colocaron por parejas y comenzaron a practicar, mientras otros se colocaban frente a varios troncos de madera de grandes dimensiones y le asestaban golpes continuamente como si de un enemigo se tratara. El resto se dividió entre los que arrojaban los *pila* contra una especie de balas de paja y heno que se habían amontonado en un lateral del campo de entrenamiento, y los que peleaban sin armas. De controlar y dirigir esas actividades se encargaban los soldados más veteranos de la centuria, entre los que estaban Pompeyo y Domicio, dos de sus antiguos compañeros de *contubernium*.

Valerio supervisaba desde lejos y si detectaba que uno de los

ejercicios no se hacía correctamente o simplemente que el legionario veterano no había apreciado el error, entonces se acercaba hasta la posición para corregir a los soldados. Estaba harto de hacer esos ejercicios y, por suerte, la mayoría de los componentes de la centuria ya llevaban tiempo enrolados y por tanto conocían a la perfección el funcionamiento de estos. La parte más difícil era la de los entrenamientos de las formaciones de combate. Estas se hacían en conjunto y eso implicaba tener que estar muy encima de los hombres para que todo saliera a la perfección. Él estaba acostumbrado a verlo desde dentro, pero ahora que era el encargado de la instrucción y de dar las órdenes, su perspectiva le permitía apreciar errores que desde el interior no se detectaban. Esa era la parte más importante del entrenamiento, y en ocasiones varias centurias se reunían para ejercitarse a la vez y poner en práctica todo lo que habían aprendido. Si ya era complicado coordinar a los integrantes de una sola centuria, hacerlo con más era una tarea digna de ser uno de los doce trabajos de Hércules.

Se acercó hasta donde estaban los hombres golpeando el *palus*. Domicio era el encargado de supervisar el ejercicio y de cantar el tipo de estocada que se debía dar en cada momento. Confiaba plenamente en ese hombre, así que no se inmiscuyó ni tampoco le interrumpió en ningún momento. Justo entonces escuchó que alguien le llamaba a su espalda. Se dio la vuelta y se cuadró al ver que se trataba de Salonio. El *primus pilus* le sonrió mientras le decía:

—Descansa *optio*.

Valerio se acercó hasta su posición y le saludó estrechándole el brazo.

—¿A qué debemos su visita, señor? —interrogó.

—¿Es que uno ya no puede venir a ver cómo entrenan los legionarios de su antigua unidad?

—Por supuesto. Solo faltaría —dijo Valerio—. Tan solo es que últimamente no se ha prodigado demasiado por esta zona del campamento y me ha extrañado verle tan lejos de su tienda.

Salonio se encogió de hombros:

—Necesitaba que me diera un poco el aire fresco.

—Pues como puede comprobar, precisamente aire es lo que más se echa en falta en este punto, señor —dijo el *optio*.

—Me paso todo el día sentado, leyendo y repasando infinidad de documentos. Apenas veo la luz del sol…

—Pues si quiere ejercitarse con los hombres. Será todo un honor —le dijo a su superior echándose a un lado.

—Pues no me iría mal, para serte sincero. Necesito desentumecer

mis músculos.

Valerio le acompañó hasta donde estaban los legionarios combatiendo por parejas y ordenó detener la práctica. Tomó la palabra justo en el momento en el que los hombres reconocieron al que había sido su centurión y se cuadraron de manera perfecta. Los demás, que estaban en otros sectores del campo detuvieron sus ejercicios al escuchar cómo sus camaradas respondían al unísono al saludo que hizo Valerio cuando el *primus pilus* se colocó frente a sus hombres:

—¡Salve, Publio Salonio Varo!

El antiguo mando de la centuria alzó levemente el brazo derecho y dijo:

—¡Salve, *milites*!

Fue entonces cuando el *optio* tomó la palabra de nuevo y anunció a sus soldados:

—El primer centurión de la legión ha tenido a bien veniros a ver, legionarios de la primera centuria de la segunda cohorte. Y me ha informado que desea unirse al entrenamiento.

Los legionarios se quedaron un poco extrañados ante lo que les expuso su oficial. Ninguno dijo nada, hasta que Valerio preguntó:

—¿Es qué ninguno de vosotros le va a ofrecer un escudo y una espada?

Inmediatamente todos los hombres que estaban en el grupo alargaron sus manos ofreciendo su equipo al recién llegado.

—Con uno me bastará —dijo Salonio en tono irónico.

Todos los hombres rieron mientras aceptaba el del hombre que tenía más cerca. Poco a poco, el resto de los legionarios fueron acercándose hasta donde estaba a punto de iniciarse un ejercicio poco habitual. Justo entonces, Salonio se dirigió a Valerio y le preguntó:

—¿Te apetece ejercitarte conmigo, *optio*?

CAPÍTULO IV

Puerto de Tarraco, tres días después

—¿Nadie sospecha nada de lo ocurrido en el presidio?

—Nos dice nuestro infiltrado que ya se ha enviado una misiva a Augusto para informarle de tu muerte —dijo Fabio mientras subían al barco.

Sexto iba con la capucha puesta por precaución. Los últimos tres días los habían pasado en una villa que el senador tenía cerca de la ciudad. Se notaba que su familia era una de las más importantes de Roma y comprendió perfectamente que estuviera implicado en la conjura para acabar con el cónsul. ¿Quién estaba dispuesto a perder todos esos privilegios que su familia tenía desde hacía tantas generaciones? Como él, muchos hombres de la aristocracia formaban parte del complot que había fracasado. Cuando la situación pareció estar más en calma en Tarraco, Fabio le informó de que lo mejor sería regresar a Roma para reunirse con el resto de leales y tratar de encontrar otra manera de hacer las cosas. Se alegraba de que el senador hubiera entendido el argumento que le había expuesto cuando se encontraron en aquella villa abandonada. Y es que era lo más inteligente que se podía hacer en esos momentos. Retirarse, ocultarse durante un tiempo, y trazar un nuevo plan con paciencia, esperando que surgiera una nueva oportunidad.

—Esperemos que él se lo crea —dijo Sexto.

—No veo por qué no debería hacerlo.

—No es que llevara demasiado tiempo en la prisión para haber muerto —insistió el fugitivo.

—Todo lo contrario, amigo. Es la coartada perfecta —expuso el senador dirigiéndose a uno de los camarotes que les habían preparado en la nave—. Al haber actuado de esa manera, ha quedado claro que querían acabar contigo para evitar que hablaras.

—Entiendo… Aunque me parece contraproducente.

—Explícate —insistió Fabio deteniéndose antes de entrar en la estancia.

—Verás, con ello le desvelaremos que todavía queda gente implicada en este asunto.

—¿Y eso acaso nos perjudica? —interrogó sonriendo el senador.

Sexto no supo qué responder.

—Provocaremos que Augusto no pueda descansar por las noches. La intranquilidad de saber que hay alguien capaz de haber perpetrado ese acto y que en cualquier momento puede volver a atentar contra él, hará que no pueda ni dormir.

—Pero sería mejor que pensara que ya no hay amenaza alguna contra su persona. Eso sí que nos daría ventaja ya que nos permitiría estar más tranquilos a nosotros. ¿Acaso crees que no continuará buscando en Roma y en muchos otros lugares? ¿Estás dispuesto a que haya una nueva oleada de persecuciones que acabe con una nueva depuración del Senado? —apuntó Sexto.

—No lo va a hacer, Sexto.

—¿Estás seguro?

—Segurísimo. ¿En qué va a basar tal acción? Cuando estuvo en guerra contra los senadores que acabaron con César, se podía entender. Cuando hizo lo propio tras vencer a Antonio, también podría haber sido comprensible. Pero, ¿ahora?, ¿cómo se justificaría ante el Senado? Y lo que es peor, ante el pueblo. Han sido ellos los que le han dado sus ocho consulados.

Pensándolo bien, Fabio podía tener razón. Estaba claro que los tiempos de los que hablaba habían sido más convulsos a nivel político que los actuales. El *Princeps* se había tenido que abrir camino en una República más que hostil hacia su persona. Había tenido que luchar contra muchos enemigos, pero aquella Roma no era igual que la de entonces. Era una Roma pacificada. Él mismo era el que lo había dicho en sus discursos, o sea, que *a priori* no había motivo alguno para iniciar una purga en el Senado o en las instituciones. No existía ningún indicio de peligro para su persona. Los enemigos eran externos y ya no estaban dentro del Senado, al menos de manera visible. Si el cónsul optaba por llevar a cabo una purga política, el mismo pueblo que le había encumbrado, podría volvérsele en contra.

—Además, en ningún momento ha hecho oficial el tema de la conjura. El Senado no lo sabe, al menos de manera pública, o sea, que no tendría legitimidad alguna y sería muy peligroso hacerlo sin que nadie se enterara. Imagínate el descrédito que ello supondría.

—Un descrédito que a nosotros nos vendría muy bien, sin duda —sentenció Sexto.

—¿Te refieres a filtrar la noticia?

—¿Es que no te parece buena idea?

—Por supuesto que no, amigo —repuso el senador—. Si lo hacemos nosotros, le daremos la excusa perfecta para que lo pueda hacer a los ojos de todos. Es una jugada arriesgada, ya que, si lo descubrimos, el pueblo podría posicionarse de su lado. Ya sabemos

que es experto en convencer a los demás. Así que yo dejaría las cosas tal y como están en este momento.

—Es verdad… Es un tema más delicado de lo que pensaba —reconoció muy a su pesar.

—No te preocupes. Has sufrido bastante por la causa —dijo haciendo alusión a las heridas y cicatrices que presentaba su rostro y que seguían siendo visibles—. Es mejor dejar que las aguas vuelvan a su cauce tal y como me aconsejaste hace unos días. Los demás lo entenderán a la perfección cuando se lo expliquemos.

—Entiendo que tu hombre está infiltrado en un cargo importante si tiene acceso a esa información.

—Lo está, y nos mantendrá informados de todo lo que ocurra… Aunque ya sabes que no todo sucede de un día para otro, y que es probable que nos enteremos con un ligero retraso.

—Lo comprendo perfectamente.

Sin duda admiraba a los hombres que eran capaces de infiltrarse, jugar a dos bandas y no ser descubiertos. De hecho, él se consideraba uno de ellos. Si el maldito traidor de Flavio no se hubiera ido de la lengua con Valerio y sus compañeros, estos no se habrían enterado jamás de su faceta de agente doble. En cierto modo podía llegar a comprender la traición de un hombre al que casi ejecutan. La venganza podía llegar a ser un arma letal si se administraba bien. Además, el asesino le había pagado con la misma moneda a él. Lo había engañado completamente, y no se había dado cuenta de ello. Esa era la parte que más le había molestado, el no haberse dado cuenta de que ya no le era leal y que en realidad le estaba sacando información para dársela a sus enemigos. Muy a su pesar y aunque no le gustara reconocerlo, Flavio era un hombre excepcional. Le recordaba a él en sus mejores tiempos. Aunque de aquello ya hacía mucho…

Apamea, septiembre del año 41 a. C.

—¿Serás capaz de hacer lo que te pido?

—Claro que sí. Aunque no va a salir barato —repuso Sexto al general.

—Las monedas no van a ser un problema, tranquilo.

—¿Está convencido de que es buena idea aliarse con los partos? Tal vez aprovechen la ocasión para adentrarse más en nuestro territorio —dijo tratando de convencerle con ese argumento.

—El cachorro y Antonio han salido reforzados después de Filipos, y se nos acaban los recursos. No veo por qué el rey Orodes no debe

aceptar. —insistió Labieno que estaba muy tranquilo.

—Pero Octaviano y Antonio no se llevan demasiado bien, general. Tan solo se unieron circunstancialmente para vencer a los que ellos consideraban como traidores. Su relación es francamente mala, y se rumorea que el hijo de Pompeyo ha tentado a Antonio para unir sus fuerzas y derrotar al muchacho —expuso Sexto—. Si esos dos unieron fuerzas en su día fue simplemente porque el pueblo clamaba que acabaran con los asesinos de César. Con esa maniobra se los metieron en el bolsillo, aunque el verdadero poder de la República no reside en el pueblo llano. Imagino que estarás de acuerdo conmigo. Ya sabemos que la plebe es muy voluble, y tan pronto clama venganza, como se calma y no quiere saber nada sobre la guerra o la política.

—En cualquier caso, debemos hacer todo lo que sea necesario para recuperar la República de manos de esos dos desgraciados. Además, si les explicas a los partos que Antonio está preparando una campaña contra ellos, quizás prefieran adelantarse a ese cateto.

—Imagino que ya estarán al corriente. Antonio no es precisamente un tipo discreto a la hora de preparar campañas. Estos últimos meses ha estado apretando a las provincias orientales a base de impuestos y eso deja entrever sus planes.

—Por eso… Más fácil te resultará tu cometido —dijo el militar.

—De todas maneras, no veo qué ganamos nosotros en todo esto, pero como usted quiera, general. Al fin y al cabo, es el que paga y por lo tanto el que se arriesga más —concluyó dándose por vencido y haciendo una leve reverencia a modo de despedida.

—Un momento, Sexto…

—¿Sí, general? —interrogó.

—Cuando obtengas la respuesta de Orodes, envíame un mensaje para ponerme en marcha.

—Así se hará… —dijo haciendo una leve reverencia y abandonado la estancia.

Quinto Labieno no dejaba de ser un patriota. Al menos eso era lo que él pensaba. Aunque no tenía claro que quedaran ya demasiados senadores que apoyaran su causa. Después de lo sucedido en Filipos, todo hacía indicar que la causa de los *optimates* estaba destinada a fracasar. Todavía quedaban hombres cómo él, o como Sexto Pompeyo, el hijo del Magno, que se resistían a claudicar ante los dos hombres que controlaban la República. Tras los recientes acontecimientos de Perusia, todo hacía presagiar que Antonio y Octaviano se acabarían enfrentando en una guerra abierta. Pero la división de las provincias y la intención del primero de iniciar una campaña en Oriente contra los partos, indicaba que una tregua reinaba entre ambos hombres. Frágil,

pero una tregua, al fin y al cabo.

Él creía en la causa del joven Labieno. Por lo menos estaba actuando con algo de sensatez, teniendo en cuenta cómo muchos habían desistido de sus ideas tras la derrota de Casio y Bruto. Se había visto obligado a exiliarse en oriente, al igual que otros notables, pero desde allí, lejos de su querida Roma, se esforzaba por conseguir el objetivo que su padre no consiguió alcanzar. Y es que Tito Labieno había sido un hombre muy importante. Ostentó el cargo de legado en el ejército de Julio César durante sus campañas en la Galia, aunque cuando dio comienzo la guerra civil entre este y Pompeyo, desertó de su ejército y se pasó a la facción senatorial. Tal vez tuvo que ver el hecho de que el Magno había sido su patrono y le había elevado en su carrera política y militar. Las malas lenguas decían que la deserción del bando cesariano vino dada a consecuencia de no haber recibido ningún mando en solitario por parte de este, que le permitiera aspirar a ocupar la magistratura consular. Y es que se decía de él que era un gran militar, y que tenía unas capacidades muy elevadas, aunque claro, era un insensato si pretendía hacerle sombra a un hombre como César.

Ahora, su hijo trataba de vengar de alguna manera la muerte de su padre tras ser derrotado en Munda por los ejércitos cesarianos. Antes de ser capturado, optó por quitarse la vida arrojándose sobre su propia espada. Un acto honorable, pero que no servía de nada. Al menos esa era su opinión. Quitarse la vida era de cobardes. Era la manera más sencilla de afrontar una situación adversa. ¿Acaso Labieno pensaba que César lo iba a mandar ejecutar? Se había autoproclamado dictador, pero siempre se había mostrado benevolente con aquellos que se le habían opuesto. Sabía que debía tratar a sus enemigos con honor para que ellos mismos se posicionaran voluntariamente junto a él. Otra cosa no, pero César era un brillante estratega en todos los campos.

La cuestión fue que el joven caballero había movido hilos para hacerse con sus servicios. Por suerte la fama que había ido ganando los últimos años le sirvió para ser recomendado por su gente de confianza. Había trabajado ya para algunos hombres poderosos de Roma pese a ser relativamente joven, y sus éxitos le otorgaron cierto renombre que le permitiría ser contratado para llevar a cabo tareas complejas que requerían ante todo discreción. Viajar a la corte del rey Orodes y promover una invasión del territorio romano, requería precisamente de ello, y más si todo venía orquestado por un exiliado político que decía representar a muchos hombres más, que, como él, estaban descontentos con el rumbo que estaba tomando la República.

Aunque simpatizara más o menos con la causa, la experiencia le había enseñado a dejar de lado las opiniones personales para centrarse en su objetivo. Era vital ver el asunto como un negocio, que a la postre, si todo salía como debía, le iba a reportar no solo beneficio económico, sino prestigio para contar con futuras oportunidades.

Si el bueno de Agatocles se levantara de su tumba y regresara del mundo de los muertos, estaría más que satisfecho. El griego fue un gran maestro. Le enseñó todo lo que sabía, aunque para ser sinceros, no todo lo aprendió de él, sino que era más observador de lo que su maestro pensaba. Lástima que el desdichado fuera traicionado por aquellos que le habían contratado para llevar a cabo su último servicio. Era el riesgo que se corría cuando uno trabajaba para ambas partes en un mismo conflicto. Por suerte, él no le acompañó en aquella ocasión. Según pudo averiguar algún tiempo más tarde, los mismos que le delataron se encargaron de hacer muy bien su trabajo, ya que su cuerpo jamás pudo ser encontrado. Era una profesión arriesgada, bien pagada sin duda, pero en la que uno se jugaba la vida más a menudo que en cualquier otra, incluida la de soldado. Porque un soldado combatía con sus armas a sus enemigos, y sabía que existía al menos una probabilidad de perecer. En cambio, los que se dedicaban a su oficio, no eran guerreros, y muy pocos poseían las habilidades de lucha que un hombre necesitaba a la hora de entablar un combate. Las habilidades necesarias en su campo eran más bien otras, podría decirse más de mente que de cuerpo.

Llegados a ese punto, había solicitado a su contratante un adelanto sustancial de su tarifa para poder llevar a cabo las primeras gestiones. Llegar hasta la capital del Imperio parto no era una tarea sencilla para un romano, así que debería esforzarse al máximo y poner en práctica todo lo que le enseñó en su día el malogrado Agatocles. Se iba a meter directamente en la madriguera del lobo y lo sabía, aunque no tenía, ni mucho menos, miedo. De hecho, todo lo contrario, disfrutaba con la emoción de emprender ese tipo de misiones. Cualquier hombre en su sano juicio, entre ellos Labieno, no habría osado presentarse ante el rey parto sin un mínimo de garantías. Pero era ahí donde radicaba la diferencia entre el resto de mortales y él.

CAPÍTULO V

Ctesifonte, dos semanas más tarde

Le costó más trabajo de lo que creyó conseguir una audiencia con el monarca parto. Antes de abandonar la ciudad de Apamea se había encargado de contactar con un conocido suyo que le esperaría en la ciudad de Zeugma. Desde allí, ambos se dirigieron a la capital parta para proseguir con su misión. La tarea no había sido sencilla, aunque por suerte contaba con una buena cantidad de monedas que le facilitaron mucho las cosas. Hacerse con los servicios de alguien que no le dejara vendido en mitad del camino, o que le entregase a los enemigos a las primeras de cambio no era fácil. Todavía le quedaban buenos contactos en la zona, varios de ellos habían trabajado con Agatocles en varias ocasiones, así que eran más o menos de fiar. Finalmente se quedó con Mirzas. Este hombre era oriundo de la ciudad de Hatra, que por aquel entonces pertenecía al Imperio parto.

Él siempre decía que su oficio era el de comerciante de especias, pero Sexto sabía a la perfección que aquello no era más que una tapadera para poderse mover a sus anchas entre el territorio romano y el parto sin ser molestado. Era un hombre de recursos, e incluso disponía de varios esclavos y camellos para llevar a cabo su segunda actividad y quedar libre de toda sospecha. Aunque la realidad era muy distinta, ya que conocía muy bien lo que se cocía a ambos lados de la frontera. Conocía ambas lenguas a la perfección y había establecido una importante red de contactos que le proporcionaban información fiable. El único defecto que tenía Mirzas era el alto precio que pedía por sus servicios. Era un tipo ambicioso, y siempre que Agatocles o él le habían contratado, se habían tenido que gastar un buen puñado de monedas. Pero era sencillamente el mejor, y tal vez el único que le podía ofrecer un viaje tranquilo hasta Ctesifonte y, sobre todo, conseguirle una audiencia con el mismo rey de los partos.

Y realmente así sucedió. Tardó más tiempo del que hubiera querido, pero al final, usando toda su influencia y moviendo sus hilos, acordó que Orodes aceptara una reunión con el romano. Aunque todo no iba a ser tan sencillo, ya que el monarca había impuesto una serie de condiciones para la audiencia.

—No se fía de la palabra de un romano —le advirtió Mirzas justo al darle la noticia.

—Pero le has dicho que la información que le traigo es importante, ¿no?

—Por supuesto, ¿por quién me tomas, amigo? —dijo el parto haciéndose el enojado ante la pregunta que le había formulado.

Le conocía lo suficiente como para saber que estaba fingiendo estar ofendido, pero en cualquier caso estaba en territorio hostil, y se vio obligado a seguirle el juego. Además, no sabía qué era lo que habían hablado entre ellos y siempre existía la posibilidad de que fuera una trampa. El riesgo estaba siempre presente y al no estar en una zona de comodidad, debía fingir él también como si se tratara de una obra teatral, donde los actores hacían un papel.

—Mis disculpas, amigo Mirzas… No dudo de ti y de tu buen saber hacer, sino que debes comprender que la situación en la que me hallo es compleja.

Mirzas sonrió e hizo un gesto con la mano tratando de quitarle importancia al asunto y aceptando de esa manera las disculpas de su interlocutor:

—No debes preocuparte por el rey. Orodes es uno de los mejores gobernantes que ha tenido este imperio, y desea que le expliques eso que es tan importante. Ya sabes que en los últimos años apoyó la causa de Casio y Bruto, por lo que está predispuesto a escucharte, si es que realmente vienes en nombre de quien dices venir. Pero es normal que desconfíe de ti, sobre todo, tal y como está todo. Podrías ser perfectamente un espía de Antonio que simplemente viene a sacar información.

—Comprendo que planee sobre mí esa sospecha.

Sabía que estaba intentando sonsacarle algo más de información. Mirzas era un tipo muy inteligente, sin duda, pero él había aprendido de alguien que le superaba, así que no se iba a dejar embaucar con una estratagema tan predecible como esa. Así que prosiguió:

—De todas maneras, tengo que decirte que sé muchas cosas sobre el rey, amigo. Sé que derrotó a las legiones de Marco Licinio Craso en Carrae hace ya unos cuantos años. Sé que esa victoria le reportó mucha fama y gloria, y que hizo que la República le temiera. También sé que ayudo a Pompeyo Magno en su guerra contra César, y que después lo hizo, como bien has dicho, con dos de los senadores que se encargaron de acabar con el dictador. Es por ello que estoy convencido de que me escuchará y sabrá ver que lo que le ofrezco le puede beneficiar a él tanto como a los hombres a los que represento.

—Yo solo quiero lo mejor para ti, amigo Sexto. Ya lo sabes —expuso en un tono adulador el parto mientras esbozaba una sonrisa y mostraba sus blancos y brillantes dientes.

—Lo sé, lo sé. Es por eso que recurrí a ti para un asunto tan delicado —respondió mientras pensaba en que lo único que interesaba a ese tipo era llenar las sacas con las monedas que había acordado que le pagaría si todo salía bien.

—Debes tener cuidado con el segundo hijo del rey. Se llama Fraates… No me gusta nada ese joven. Cuando hables con el monarca, céntrate en su persona y en el primogénito, cuyo nombre es Pacoro. Ese sí que está más predispuesto a continuar ayudando a los hombres a los que sirves.

Vaya, así que Mirzas ya había puesto en antecedentes al rey y sus más allegados… Al menos la información que le había proporcionado acerca de los príncipes era valiosa. A todo se le debía buscar el lado positivo.

—Gratitud por tu consejo, amigo.

—Es un placer ayudarte. Agatocles vio algo en ti diferente al resto y ahora comprendo el motivo…

* * * * *

La recepción tuvo lugar tan solo dos días más tarde. En principio, Mirzas, le dijo que iba a ser de carácter privado, aunque debía estar preparado por si estaban presentes más hombres de los previstos, ya que el rey era un hombre que cambiaba de opinión frecuentemente. Le dijo que no se preocupara, que él mismo le haría de traductor para que la conversación fuera más fluida, aunque ya sabía que él era conocedor de muchas palabras en su idioma. Sexto aceptó el ofrecimiento, aunque las últimas semanas se había encargado de refrescar un poco el idioma parto que había aprendido años atrás, obligado en cierto modo por Agatocles, que había insistido en la importancia de este en su oficio. Ahora se lo agradecía. Aunque por desgracia no lo hablaba de manera fluida, sí que lo entendía suficientemente bien como para poder seguir una conversación si los que hablaban no lo hacían demasiado rápido. El hecho de aceptar a Mirzas como intérprete le serviría para saber lo sincero que había sido con él. Estaría atento para verificar si realmente hacía las traducciones de la manera correcta o si por el contrario decía lo que más le convenía. Jamás le había revelado que tuviera un conocimiento tan elevado de su lengua y esa era un arma secreta que se guardaba para él. Uno de los preceptos más elementales que le había enseñado su mentor: jugar siempre con ventaja y no desvelar a sus rivales todas las habilidades que uno poseía.

La ciudad de Ctesifonte era una urbe magnífica y esplendorosa. Se había construido inicialmente a orillas del rio Tigris, justamente

enfrente de la que había sido una de las ciudades más importantes del ya desaparecido Imperio seléucida y que curiosamente se llamaba igual. Se dice que los partos, en lugar de destruirla una vez fue conquistada, optaron por edificar su propia capital al otro lado, aunque con el paso del tiempo, ambas acabaron fusionándose en una sola que pasó a ser mucho mayor. Así la ciudad primigenia fundada por uno de los generales de Alejandro, acabó integrándose en el imperio que había sometido ese territorio y que se acabaría erigiendo en el emblema y el poder más allá de la frontera oriental romana.

Aunque no por ser absorbida dejó de tener su antigua esencia, y es que los reyes arsácidas, jamás deportaron a los ciudadanos de otras culturas de sus ciudades, sino que optaron por integrarlos y permitir que formaran parte del variopinto elenco de naciones que podían llegar a coexistir dentro de sus dominios. Así, siempre hubo presencia de griegos, judíos, árabes, babilonios y demás pueblos, que convivieron en paz y armonía, o eso era lo que se decía y lo que a simple vista se apreciaba.

Fueron recibidos por un cortejo de guardias imperiales perfectamente pertrechados a la entrada del recinto palaciego. Todos portaban relucientes armaduras metálicas, escudos ovalados de enormes dimensiones y una especie de lanzas de más de dos metros de longitud adornadas con unos penachos de colores que ondeaban al viento. Al frente de este grupo iba un hombre que destacaba por encima del resto. Mirzas intercambió unas palabras con él. Sexto las escuchó, aunque hablaban demasiado rápido y solo acertó a entender que le estaba presentando como una especie de emisario de la República romana. El oficial hizo un leve saludo agachando la cabeza, al que el romano respondió de una manera similar. Acto seguido se dio la vuelta y les indicó a los hombres que le acompañaran. La comitiva de guardias les siguió en perfecto orden a muy poca distancia. Mientras avanzaban escuchaba el repiqueteo de las placas de sus armaduras moviéndose. Atravesaron unos preciosos jardines en los que campaban libres algunos animales que jamás había visto. Le llamó la atención aquel hecho curioso, ya que no sabía si eran hostiles a los hombres y podían llegar a atacar en algún momento. En más de una ocasión se sobresaltó por los sonidos guturales que emitían algunos de ellos. El oficial de la guardia dijo algo que apenas pudo entender. Mirzas le tradujo:

—Dice que todos los animales son dóciles. Provienen de todos los rincones del Imperio, y que algunos incluso son presentes de gentes del otro lado de la cordillera del Indo Kush.

—Vaya pues sí que tienen buena relación con ellos —musitó Sexto

asombrado por lo exóticas que eran algunas de esas especies.

—El gran Rey de Reyes recibió a unos embajadores que provenían de un lugar recóndito al que jamás nadie ha conseguido llegar. Su imperio se levanta más allá incluso de las fronteras del reino que sometió el gran Alejandro al cruzar la cordillera antes nombrada —aclaró el guía.

—Y yo que creía que el macedonio había alcanzado los límites de la civilización…

—Pues ya te digo yo que no. Si hubiera continuado la marcha, tal vez habría llegado hasta el lugar del que te he hablado.

—Curioso —sentenció Sexto mientras continuaba asombrado por las maravillas que sus ojos estaban contemplando.

Tras un largo paseo, arribaron a una especie de escalinata. Allí se detuvieron, y el oficial le dijo algo en voz baja a Mirzas. Este se dio la vuelta y se dirigió a Sexto:

—Dice que él no puede seguir más adelante. Nos invita a subir y nos dice que al final hallaremos una gran puerta doble. Debemos aguardar hasta que vengan a buscarnos.

Sexto asintió levemente mientras sonreía al jefe de la guardia y le hacía una reverencia en señal de despedida. El hombre hizo lo mismo, dio una orden, y los soldados dieron media vuelta y, en perfecta formación, regresaron por el mismo camino por el que habían venido. Cuando los guardias estuvieron ya lejos, Sexto se giró hacia su compañero y le dijo:

—¿Todo es tan magnífico y esplendoroso en esta ciudad?

—Imagino que tras los muros del palacio sí. El resto de la ciudad, como habrás comprobado, no lo es tanto —aclaró el parto.

—Y yo que pensaba que Roma era inigualable…

—Los romanos es lo que tenéis. Os creéis que sois únicos e insuperables —dijo Mirzas—. Hasta que salís de vuestras fronteras y comprobáis que hay lugares que superan con creces todo lo que habéis construido.

CAPÍTULO VI

—Bienvenido a mi humilde palacio, romano —tradujo Mirzas.

—Muy agradecido, alteza, gran Rey de Reyes —respondió Sexto en latín aguardando la traducción que debía hacer su acompañante mientras se cuestionaba para sí mismo el calificativo de humilde para definir aquel magnífico y opulento palacio que denotaba la riqueza que poseía el rey parto y en general el Imperio.

Cuando el intérprete concluyó, el rey volvió a decir algo. Inmediatamente Mirzas se giró y comenzó a recitar las palabras que había pronunciado el monarca para que el romano las entendiera.

—El gran Rey de Reyes dice que está muy contento de recibir a un embajador romano que viene a ofrecer algo que puede beneficiar a ambas partes.

La traducción había sido correcta a juzgar por lo que él había podido entender. En gran medida gracias a la lentitud con la que Orodes hablaba. Parecía que estuviera recitando más bien un poema o algo similar a juzgar por las largas pausas que hacía entre algunas palabras. A ambos lados del monarca, flanqueándolo cual si fueran guardias personales, estaban sus vástagos. El de la derecha sin duda era el primogénito. Debía rondar la treintena y era un hombre maduro y apuesto. En cambio, al otro lado estaba Fraates. Mucho más escuálido que su hermano y menos agraciado que este sin duda. Para ser un hombre que vivía bajo el abrasador clima de aquella región, era más bien de piel blancuzca. El tono de su tez contrastaba en gran medida con el color de los ropajes que vestía, de un tono rojizo y dorado, que debían valer una fortuna. Le dio incluso la sensación de que estos parecían más lujosos que los de su padre. Para sorpresa, además de ellos, había cinco personas más en la estancia de trono. Dedujo que se trataría de figuras relacionadas con la corte, quizás algún que otro consejero, o algún noble regente de las innumerables provincias o regiones en las que se conformaba el vasto Imperio parto.

—Puedes decirle que el placer es mío.

Mirzas procedió. Acto seguido tradujo lo siguiente que dijo el rey:

—El gran Rey de Reyes pregunta sobre aquel o aquellos a los que representas —hizo una breve pausa mientras escuchaba atentamente las siguientes palabras—. Desea saber el motivo por el cual solicitan su ayuda y si hablan en el nombre de vuestro Senado.

Vaya, esa era una pregunta complicada de responder y tan solo se

trataba de la primera que le hacía:

—Dile que represento al caballero Quinto Labieno, hijo del gran general romano Tito Labieno, que combatió al lado del que fuera su aliado, Cneo Pompeyo Magno.

Hizo una breve pausa para darle tiempo a Mirzas para hacer llevar a cabo aquella larga y compleja traducción.

—Labieno solicita ayuda militar, al igual que también lo hicieron en su día los nobles senadores Casio y Bruto, en su lucha contra los hombres que se han adueñado de las instituciones romanas de manera ilegítima, y que amenazan la estabilidad de la República.

Mirzas procedió a traducir. Al cabo de un instante, Orodes habló tras consultar a su primogénito. El intérprete le tradujo a Sexto, que más o menos había comprendido algo de su extensa frase.

—El gran Rey de Reyes no entiende el motivo por el cual debería volver a interceder en una causa que parece perdida. Dice que ya ha invertido muchos recursos en ayudar a la República pero que no ha obtenido nada a cambio que le compense por sus esfuerzos. Desea saber si los hombres a los que representas van a vencer esta vez o se trata más bien de un plan que no le reportará nada a su Imperio.

De nuevo otra pregunta difícil de responder. Se serenó antes de comenzar a hablar ya que debía mostrarse seguro y convincente en su discurso si quería atraer al rey a su causa.

—Dile al rey que Labieno y los que están con él le prometen que, si les ayuda, y resultan vencedores, recibirá a cambio todos los territorios romanos que forman la actual provincia de Siria, incluyendo las ciudades fenicias del levante y que retirarán las tropas de la región de Armenia cediéndola de buen grado a su majestad y sus descendientes.

—Vaya, ese es un buen trato —dijo Mirzas.

—Limítate a traducir, amigo —señaló Sexto.

Y así hizo. El gran rey consultó de nuevo a su hijo mayor, aunque también a dos de los hombres que estaban un poco más apartados. Al cabo de poco, volvió a hablar. Mirzas hizo su trabajo de nuevo:

—El gran Rey de Reyes dice que, tras consultar a su hijo y a sus nobles, ve con buenos ojos la propuesta del noble caballero Quinto Labieno. Pero que antes de formalizar los acuerdos con él y con sus iguales, requiere que se le pague por adelantado en calidad de depósito una cantidad de monedas suficiente que compense la movilización de su ejército.

Sexto ya sabía que el rey parto pediría algo así. Y no le faltaba razón para hacer tal demanda, sobre todo teniendo en cuenta el hecho de que las veces anteriores en las que había prestado ayuda a los

senadores romanos que acudieron a él, no había obtenido nada a cambio. Tal vez sus intenciones fueran simplemente aprovechar las guerras civiles para sacar algo de provecho adentrándose en territorio enemigo teniendo en cuenta que muchas de las legiones se tenían que movilizar para la lucha interna. Pero aquella vez su movimiento fue más inteligente, y si la empresa fracasaba, al menos se llevaría algo a cambio, aunque solo fuera por las molestias que se había tomado. Por suerte, Labieno lo había tenido en cuenta y le había dado la autorización para ofrecerle cierta cantidad de monedas que le ayudara a decantarse por apoyar la noble causa que representaba. Los nobles romanos que aún formaban parte de ella, y que estaban debidamente informados acerca de aquel movimiento, contribuyeron generosamente llegándose a reunir una cantidad nada despreciable de monedas.

—Dile al rey que el gran Labieno comprende que pida a cambio una cantidad por las molestias, y que está dispuesto a satisfacer esa demanda en la medida de lo posible, con tal de tener la garantía de su apoyo para su justa causa.

Mirzas le tradujo al rey la respuesta de Sexto. Orodes sonrió al escuchar al intérprete y se puso en pie. Avanzó hasta quedarse a escasa distancia de Sexto, que en señal de respeto se arrodilló, costumbre que los reyes persas apreciaban mucho en sus vasallos y en los que todavía no lo eran. Le hizo alzarse y le dio un abrazo mientras pronunciaba unas palabras que comprendió perfectamente sin necesidad de traducción. Afirmó que le encantaba hacer negocios con los romanos, sobre todo si era para quedarse con sus monedas. Obviamente sus siguientes palabras dirigidas a Mirzas fueron que no tradujera la última parte de su frase.

* * * * *

Aquella misma noche fue invitado a un gran banquete que había organizado el Rey de Reyes en honor al acuerdo que había aceptado con la facción romana que él representaba. Lo cierto era que había estado en muchas fiestas, pero ninguna de ellas se asemejaba en opulencia, invitados y manjares a aquella. Se sirvieron platos de lo más variopinto entre los comensales. Cosas muy extrañas que jamás había visto y que se vio obligado a probar para no faltar al respeto de su anfitrión. Aunque Mirzas le fue detallando un poco por encima el contenido de alguno de ellos, pronto le dijo que prefería no saber qué ingredientes llevaban, ya que así al menos los comería más a gusto ignorándolos. Pero el lujo no estaba únicamente en la comida. Fueron muchos los espectáculos que sirvieron de entretenimiento para los

invitados, todos ellos hombres. Preguntó a su acompañante quiénes eran, y Mirzas le dijo el nombre de alguno mientras le soltaba una ristra de cargos administrativos que no comprendió. Al principio creyó que la opulencia de esa fiesta era excepcional, pero pronto el intérprete le dijo que había estado en varias mucho mejores que esa.

El enorme salón utilizado para el banquete ya denotaba lo rico que era Orodes y, sobre todo, lo poco que le importaba derrochar monedas para demostrarle la riqueza del imperio que gobernaba. Si el número de invitados superaba las tres centenas, los esclavos que servían las pequeñas mesas colocadas frente a las cómodas butacas debían ser tres o cuatro veces más. Había hombres, mujeres e incluso niños sirviendo la comida y la bebida. La variedad racial también se podía apreciar, y eso significaba que Partia dominaba vastas extensiones territoriales. El poder de Orodes era enorme y eso sin duda podría decantar la balanza a favor de los intereses de Labieno y sus partidarios.

Entre los espectáculos ofrecidos, el que más le llamó la atención fue el de unos hombres que escupían fuego. Jamás había visto nada parecido. Era asombroso ver como escupían fuego y encendían unas antorchas que portaban. Se quedó maravillado ante tal demostración. Decenas de bailarines y bailarinas se encargaron de danzar al son de melodías que jamás había escuchado pero que resultaban ser embriagadoras e hipnotizantes. Seguro que el rico y dulce vino que llevaba tomando un buen rato tenía algo que ver en esa sensación de tranquilidad y calma que transmitían los raros instrumentos que tocaban los músicos que acompañaban a los danzarines.

—Jamás había visto nada igual…

—¿Es que en Roma no hay bailarines? —preguntó Mirzas sonriendo.

—Como estos, no. Te lo aseguro, amigo —respondió Sexto dando un largo trago al jugoso zumo de uva que entraba sin oposición alguna.

—Esos hombres y esas mujeres que danzan de esa manera tan hechizante provienen de la lejana región de Bactria, amigo romano —le dijo Mirzas—. Un territorio que antaño perteneció al vasto Imperio aqueménida y que posteriormente pasó a manos del gran Alejandro…

—¿Entiendo a juzgar por tus palabras que ahora no le pertenece a Orodes?

—No, ya no… Después de la caída de los seléucidas, esa región quedó en manos helenas, aunque a día de hoy, esos soberanos tampoco están, y su lugar lo ocupan los yuezhi. Estos bailarines pertenecen a ese pueblo —expuso el hombre.

—¿Yuezhi? Jamás había escuchado ese nombre —respondió Sexto

—. Pero es igual, en cualquier caso, la danza es increíble.

—Y traerlos hasta aquí no es barato, amigo. Dicen que los hombres y mujeres de ese pueblo, aprenden a danzar desde que son muy pequeños.

—Su belleza es exótica y a la vez extraña —dijo señalando a varias de las mujeres que se movían contoneando las caderas siguiendo a la perfección el compás de la música.

—Si nunca has yacido con una de ellas, te estás perdiendo algo increíble —dijo soltando una carcajada.

—¿Cómo quieres que lo haya hecho? Es la primera vez que vengo a Ctesifonte —añadió el romano—. Es lo más lejos que he estado nunca de Roma, y Bactria está todavía a más distancia.

—Eso tiene arreglo, amigo Sexto. No te vas a ir de Ctesifonte sin haber probado a una mujer yuezhi. Te lo digo como que me llamo Mirzas.

Acto seguido se incorporó y desapareció de su vista. Estuvo aguardando unos instantes mientras seguía mirando a las bailarinas. Ya no se fijaba en la danza en sí, sino más bien en los movimientos sensuales que estas hacían. Perdió la noción del tiempo y su imaginación, guiada por las escenas que sus ojos presenciaban, y por las palabras de su acompañante, le llevó a recrear en su mente escenas tórridas en las que saboreaba las mieles de Bactria.

CAPÍTULO VII

Se despertó de súbito con un fuerte dolor de cabeza. Las sienes estaban a punto de estallarle. Estaba estirado en un lecho, y dos mujeres yacían sobre su pecho, una a cada lado. No recordaba cómo había llegado allí, ni tampoco ningún acontecimiento reciente. Las observó minuciosamente y se percató de que eran dos de las bailarinas yuezhi que habían estado amenizando el banquete. Sonrió levemente para sus adentros mientras se decía a sí mismo: «Mirzas, canalla… Al final lograste que se cumpliera mi deseo…». Estaba claro que había disfrutado de una placentera noche de sexo y aunque no recordara los pormenores, al menos por el momento, seguro que había sido una sesión más que espléndida. Un nuevo pinchazo en la cabeza le recordó que quizás se había sobrepasado con la cantidad de vino ingerido durante la fiesta organizada por el Rey de Reyes.

Se zafó de los abrazos de las dos mujeres con suma delicadeza, tratando de no despertarlas. De hecho, era lo menos que podía hacer por ellas después de todo lo que seguramente habrían hecho por satisfacerle. Lo cierto era que ambas eran bellísimas. De tez morena y de negros y ondulados cabellos. Estaban semidesnudas. Mientras las observaba, se fijó en sus pechos prominentes y voluptuosos. Notó como su miembro se volvía a poner erecto. La silueta de sus caderas se dibujaba debajo de las finas sábanas de seda con las que ambas estaban tapadas. Empujado por un deseo irrefrenable, y queriendo rememorar algo que parecía estar en el limbo de su mente, comenzó a acariciar suavemente los pechos de la que estaba a su diestra. La mujer abrió ligeramente los ojos y los posó en el rostro del romano. Sonrió levemente mientras se desperezaba. Sexto movido por el deseo de verla intuyó que le estaba invitando, así que se acercó hasta sus pechos y comenzó a lamerle los pezones con deseo. Al hacerlo, la mujer gimió de placer, y eso hizo que la otra también se despertara. Confundida al principio, no tardó demasiado en unirse a la fiesta privada que estaba a punto de iniciarse. Se colocó justo detrás del hombre y le comenzó a morder suavemente en el cuello. Eso le excitó más todavía, y desplazó sus dedos hacía las partes íntimas de la que estaba estirada, introduciéndolos en ellas y comenzando a moverlos acompasadamente mientras los gemidos se hacían más intensos. De repente notó como una mano sujetaba su miembro viril y comenzaba a moverse dándole placer.

No pasó mucho tiempo hasta que las dos yuezhi se movieron. La que sujetaba su pene tomó la iniciativa y obligó al romano a yacer bocarriba en el lecho mientras se colocaba de cuclillas sobre él dándole la espalda e introducía su miembro en ella. La otra se colocó justo al lado y empezó a acariciarle los pechos mientras ella comenzaba a mover sus caderas de la misma manera que en el baile. Entonces Sexto comenzó a recordar algo más de lo acontecido la noche anterior. Le vino a la memoria esa misma posición y cómo una de las mujeres, no se acordaba de cuál de ellas, se colocaba en esa misma postura y le hacía gozar de los placeres del sexo. Se dejó llevar por el momento y cerró los ojos olvidándose totalmente de su dolor de cabeza.

* * * * *

Las dos preciosas yuezhi abandonaron los aposentos dejándole estirado en el lecho tras una intensa sesión. Las dos se marcharon riendo y lanzándole besos. Había disfrutado como nunca de los placeres del dios Baco y lo mejor de todo, el malestar craneal había remitido por completo. Quedaba claro que no había mejor medicina para esa dolencia que yacer con una mujer, aunque en su caso habían sido dos las que se habían encargado de hacer que esta remitiera. Se quedó pensativo durante unos instantes, tratando de recordar algunos detalles más de la fiesta. Aunque todo lo que le venía a la mente eran pequeños y cortos destellos de lo que aconteció. Sin duda había sido la mejor fiesta a la que había sido invitado en toda su vida. La recordaría siempre.

Justo entonces la puerta de su cámara se abrió levemente y una voz preguntó desde el exterior:

—¿Puedo pasar, amigo Sexto?

Era Mirzas quien había formulado la pregunta. Se puso la túnica por encima mientras se incorporaba del lecho y respondía:

—Por supuesto, Mirzas.

El hombrecillo apareció esbozando una sonrisa que dejaba ver sus blanquecinos dientes. Se acercó lentamente mientras aplaudía:

—¿Y bien? ¿Qué te han parecido las hembras yuezhi?

Sexto que se estaba sirviendo una copa de agua respondió:

—Magníficas, amigo… Magníficas.

—Sabía que te gustarían. Cuando llegué con las dos te quedaste un poco descolocado, aunque a juzgar por tus palabras, veo que has estado a la altura de ambas y que le has sacado provecho al regalo. Para serte sincero, esa posibilidad no está al alcance de cualquiera —añadió soltando una sonora carcajada.

—Veo que empiezas a conocer mis gustos.

—Me aventuro a decirte que tras haber yacido con dos mujeres yuezhi, complacerte a partir de ahora va a resultar más difícil —dijo de nuevo el hombre.

Sexto sonrió, aunque pensó que quizás su amigo tuviera razón. La experiencia había sido tan excelsa, que a lo mejor todo lo que se le presentara a partir de ese instante no estaría a la altura.

—Dejando los placeres de la vida a un lado, te traigo un mensaje, amigo romano —le dijo sacándole de sus cavilaciones.

—¿Y de quién es, si puede saberse?

—Te sorprenderá saber que el gran Rey de Reyes ya ha dado órdenes a sus reclutadores para que se pongan en marcha cuanto antes. Está convocando a su ejército para dar cumplimiento al acuerdo —especificó Mirzas.

—Pero aún no lo hemos puesto por escrito… Y no le he hecho el pago acordado.

—Entonces más vale que te des prisa si no quieres ver tu cabeza servida en una bandeja. Orodes es un hombre de palabra como puedes observar, pero le gusta que las cosas se hagan de inmediato, así que no esperes demasiado para hacer el pago de lo estipulado —le aconsejó.

—¿Entonces el mensaje era ese y me lo has entregado de su parte? —interrogó Sexto.

—No, amigo… —dijo soltando una carcajada Mirzas—. Lo que acabo de hacerte no es más que una observación. El mensaje que te traigo es de otra persona… —hizo una breve pausa para captar la atención de su contertulio—. Del príncipe Fraates, para ser más concretos.

Sexto se quedó perplejo al escuchar ese nombre. ¿Qué querría el hijo del Rey de Reyes de él? Con un gesto leve de cabeza dio a entender a Mirzas que continuara:

—Quiere que te lleve ante él. Te aguarda en sus aposentos.

—Entiendo que negarme supondría una ofensa —acertó a decir el romano.

—Sin duda lo sería.

* * * * *

Mirzas lo condujo a través de largos pasillos, a cada cual más ornamentado que el anterior por bustos de todo tipo de materiales, y algunos elementos decorativos similares a las ánforas en las que se almacenaba el vino, pero preciosamente decorados. El camino hasta la que era la estancia de Fraates se convirtió en otro paseo en el que pudo ser testigo de nuevo de la opulencia de la que hacían gala los

partos. Caminaron durante un buen rato por un palacio que pese a ser tan inmenso, parecía estar desierto. Apenas se cruzaron con unos cuantos esclavos, que ni siquiera osaron levantar la mirada. Pasaron por delante de la enorme sala en la que la noche anterior había tenido lugar el banquete. Desde el exterior pudo ver cómo había muchísimos esclavos limpiando y recogiendo las mesas.

Sonrió levemente mientras recordaba de nuevo a las dos encantadoras yuezhi que le habían acompañado hasta hacía tan solo un rato, aunque enseguida volvió a centrarse en lo más inmediato. Estaba un poco tenso. Se sorprendió al saber que el príncipe quería verle. Aquel hombrecillo escuálido y de tez pálida le daba miedo. Su aspecto era tan diferente al de su padre o al de su hermano que parecía no pertenecer a la misma familia. Aunque en ningún momento se había dirigido a él, su mirada era penetrante y atravesaba el pecho cual si fuera un proyectil lanzado por un arco. Había algo en ese muchacho que no le gustaba.

Mientras estaba sumido en sus pensamientos, Mirzas se detuvo frente a una doble puerta de bronce en la que había esculpidos varios relieves de gran calidad.

—A mí no me está permitido entrar, amigo Sexto.

—¿Y quién se va a encargar de traducir mis palabras y las del príncipe? —preguntó confuso.

—No debes preocuparte por ese detalle. El príncipe Fraates habla perfectamente tu lengua.

Sexto se quedó estupefacto ante lo que acababa de decirle su acompañante.

—Pero, entonces, ¿por qué hiciste tú de intérprete durante la reunión con el rey Orodes? —volvió a interrogar.

—Cosas del protocolo, amigo Sexto —respondió sonriendo mientras se marchaba dejándolo solo a las puertas de la cámara.

Todavía estaba perplejo ante lo que le acababa de decir Mirzas. No salía de su asombro. Al menos estaba tranquilo ya que había sido prudente a la hora de dirigirse al Rey de Reyes y no había dicho ninguna cosa fuera de lugar. Llegó a la conclusión de que todo formaba parte de una especie de prueba de confianza. Por fortuna la precaución siempre había sido uno de los valores en los que su maestro había hecho más hincapié. Agatocles le insistió en que la mejor manera de ocultar las intenciones ante cualquiera, era ser prudente y pensar con detenimiento las palabras que debían ser utilizadas en una conversación. Por suerte, y de manera casi innata, esas enseñanzas se le habían grabado de tal manera que formaban parte de su manera de actuar, y podría decirse que en aquella ocasión

le habían ido muy bien. Respiró profundamente unas cuantas veces y trató de relajar su mente. Golpeó tres veces la puerta de bronce hasta que desde el interior alguien le dijo en su lengua que podía entrar.

Abrió entonces una de las puertas, que era menos pesada de lo que parecía, y accedió a una enorme estancia. Era la más lujosa que había visto jamás y eso que había visitado muchos lugares a lo largo y ancho del territorio que abarcaba la vasta República romana y reinos de más allá del *limes*. En un primer barrido visual pudo percatarse de que había innumerables estatuas de todo tipo de materiales como el bronce, mármol, marfil e incluso alguna de oro. Eran varios los tapices de enormes dimensiones que caían por las paredes desde el elevado techo. Sin duda se trataba de una cámara pensada para albergar a alguien de alta y noble cuna, como era el caso. Al fondo del todo había un lujoso camastro, hecho de un material que parecía ser reluciente oro, y junto a él un amplio escritorio labrado en preciosa y robusta madera de un tono bastante oscuro. Sentado en una especie de silla o más bien un trono, estaba el joven príncipe Fraates, que le observaba acercarse en absoluto silencio.

Sexto se detuvo cuando estuvo a escasos veinte pasos del anfitrión. Hizo una reverencia como era costumbre entre los partos y se arrodilló evitando mirar a los ojos al hijo del Rey de Reyes.

—Has acudido presto a mi llamada, romano —dijo Fraates en un impoluto latín.

—Sí, excelencia. Soy vuestro invitado y por ello me debo a vuestras exigencias.

—Mirzas me dijo que eras un hombre que cuidaba los pequeños detalles, y veo que no me estaba mintiendo —añadió.

—Un viejo amigo me dijo una vez que no se debe hacer esperar a nadie, y menos a un príncipe o un rey —respondió casi sin darse cuenta del efecto que podían provocar sus palabras.

—Tu amigo debe ser un hombre muy sabio si te dijo eso.

—Lo era, excelencia… —aclaró Sexto alzando la vista, pero quedándose de rodillas postrado.

—Lamento que ya no esté entre los vivos.

—Yo también. Le tenía en gran estima, mi señor.

—Seguro que te estará esperando en el reino de los muertos —añadió Fraates haciéndole un gesto con la mano dándole a entender que se podía incorporar.

—Seguro, excelencia.

—Pero te he mandado llamar por otro asunto, romano —dijo el príncipe cambiando de tema—. Verás, a diferencia de mi padre y de mi hermano, yo no creo que tu petición de ayuda sea conveniente

para el Imperio —añadió de manera contundente y sin dejar que Sexto hablara—. Seguís estando enfrentados entre vosotros… ¿Por qué deberíamos involucrarnos en vuestros asuntos? Las guerras intestinas las deben librar los que forman parte de ellas y no mezclar a extranjeros.

Fraates acababa de dejar clara cuál era su postura. Aquel ser que parecía haber venido del reino de Plutón, con ese color tan blanquecino de piel y con esa mirada hundida que se asemejaba a la de un cadáver, no se había andado con rodeos y le había reconocido sin tapujos lo que opinaba acerca de aquella petición que estaba a punto de convertirse en un acuerdo. Por suerte para Labieno, para sus partidarios, y también para él, tan solo era el príncipe, y de momento no estaba en disposición de dar órdenes o de tomar decisiones influyentes a nivel político. Antes que él estaba su hermano mayor, y este sí que estaba más que convencido del acuerdo, al igual que Orodes, que al fin y al cabo era el que había accedido a colaborar con ellos. Pero para salir del paso y para obtener algo más de información sobre Fraates optó por seguirle el juego, si es que se le podía llamar así.

—No entiendo el motivo de vuestra preocupación, excelencia. El trato ofrecido es más que justo —comenzó a decir Sexto con total seguridad en sí mismo—. Monedas y territorios. ¿Qué más se puede pedir? Estamos siendo más que generosos.

El príncipe tomó asiento de nuevo en su escritorio. Dio un largo sorbo a una copa de oro que tenía junto a un montón de documentos y habló:

—Las monedas quizás sí que las tengáis en vuestro poder, romano… Pero, ¿qué hay de esos territorios? ¿Acaso son vuestros? ¿O más bien podríamos decir que pertenecen a esos enemigos a los que pretendéis derrocar valiéndoos de las tropas aportadas por mi padre?

«Vaya, no estoy ante un aficionado», se dijo a sí mismo Sexto mientras encajaba la verdad que le acababa de soltar el joven Fraates. Debía buscar una respuesta adecuada a la situación.

—Es cierto lo que decís, mi señor. No voy a engañaros, pero los acuerdos se basan en la confianza mutua entre las partes.

—¿Eso también te lo dijo tu viejo amigo? —preguntó con sarcasmo el muchacho esbozando una leve pero siniestra sonrisa.

«Con que quieres jugar duro, ¿no, chico?», pensó Sexto mientras buscaba una réplica en condiciones para contrarrestar ese ataque verbal que le había lanzado su contertulio.

—No, excelencia… Eso es de mi propia cosecha. En la vida un hombre aprende a base de experiencia y de haber vivido situaciones,

tanto buenas como malas, que le hacen más duro y capaz para sobreponerse a otras que en un principio le son adversas.

—Hablas como si fueras un filósofo, romano, pero no creo que seas tal —añadió Fraates.

—Quizás sí que lo sea y no lo sepáis, mi señor —dijo sonriendo Sexto.

—Eres más inteligente y perspicaz de lo que imaginaba… Y eso me gusta.

—Gratitud, excelencia —respondió haciendo una leve reverencia con la cabeza—. Y aprovechando que resaltáis esas aptitudes en mí, que no voy a negar que poseo, —sonrió haciendo una pausa— aprovecho para deciros que sois un hombre joven pero también muy inteligente. Así que no comprendo el motivo por el cual dudáis acerca del acuerdo que vuestro padre y vuestro hermano han convenido para con nuestra causa.

—Los romanos siempre os las dais de superiores… —comenzó diciendo el príncipe mientras se ponía en pie—. Seguro que, para vosotros, mi pueblo y yo no somos más que otros bárbaros salvajes que no están a vuestra altura, ¿no?

Sexto sabía que el príncipe estaba buscando un enfrentamiento o tal vez lo único que quería era provocarlo, así que trató de mostrarse convincente con las palabras que iban a salir de su boca.

—He estado algún tiempo en vuestra capital, excelencia, y si algo he podido comprobar de primera mano, es que no sois bárbaros salvajes. Vuestro nivel cultural, artístico, arquitectónico, político y militar están a la altura del nuestro, y me aventuro a afirmar que incluso en algunos campos por encima. Así que no os dejéis llevar por esos impulsos de las facciones antiromanas que están bastante extendidas por vuestra corte. Sed más inteligente, y repasad los acontecimientos más recientes —añadió con picardía Sexto que estaba captando la atención del joven príncipe—. Vuestro padre derrotó hace unos años al gran Marco Licinio Craso en la batalla de Carrahe, corregidme si me equivoco.

—Estás en lo cierto —dijo Fraates—. Pero no veo a dónde quieres llegar con esa afirmación.

—Craso era el hombre más rico de Roma en esos tiempos, y reunió un poderoso ejército para someter Partia. ¿Lo consiguió acaso? ¿No le demostró vuestro padre que eráis un enemigo más que temible? Un enemigo capaz de derrotar a las todopoderosas legiones romanas. ¿Creéis que la noticia de su derrota y de vuestra victoria no se extendió rápidamente por todos los rincones de la República? ¿Sabéis lo que eso significa? ¿Acaso no lo veis, excelencia?

Fraatees se quedó en silencio ante lo que el romano le había expuesto. Sexto se guardó la sonrisa, pero en su fuero interno pensó que había convencido a aquel muchacho con sus argumentos más rápido de lo que esperaba. Aunque realmente no le hubiera dicho la verdad, sino que simplemente se limitó a relatarle lo que él quería escuchar. «No eres más que un crío sin experiencia que quiere jugar a un juego de mayores, chico. Todavía te queda mucho que aprender para estar a mi altura», pensó en su fuero interno.

—Es por ello que hemos acudido a vuestro padre para solicitar su ayuda. Y es por eso que le hemos ofrecido un trato de igual a igual, porque el futuro es de Roma y de Partia también. ¿Por qué pelearnos por el mundo cuando es tan vasto que podemos compartirlo?

CAPÍTULO VIII

Cubierta del navío, Mare Nostrum, calendas del mes de julio del año 26 a. C.

Oteaba el horizonte mientras la suave brisa le acariciaba su rostro. Se notaba más viejo y cansado. Las heridas y todo el peso de las emociones vividas las últimas semanas le habían afectado irremediablemente. La parte física se curaría con el tiempo, no había duda de ello, pero la otra, la psicológica, costaría mucho más de sanar. Esos últimos días a bordo del barco le habían servido para recordar algunos episodios pasados de su vida, aunque la mayor parte del tiempo lo había dedicado a repasar los acontecimientos sucedidos durante la campaña que el hijo del rey Orodes II de Partia había emprendido junto a Quinto Labieno en la frontera oriental de los territorios romanos.

Una campaña que en principio fue como la seda y que sirvió para recuperar la ciudad de Apamea y para que la guarnición legionaria que la defendía se pasara a su bando. Con la llegada de esos veteranos soldados que habían servido a Casio y Bruto durante su guerra contra Octavio y Antonio, el ejército creció en número de efectivos y se convirtió en una seria amenaza para los intereses romanos en la región. Hasta tal punto, que el gobernador de la provincia de Siria, Lucio Decidio Saxa fue enviado para interceptarlos. Aunque las cosas no le salieron como esperaba y fue derrotado por los dos jóvenes oficiales que se estaban labrando una gran fama. Decidio salvó la vida refugiándose en la ciudad de Antioquía, que acabó claudicando al cabo de poco tiempo viendo lo poderoso que era el ejército enemigo.

Lo cierto es que la empresa prometía y él fue justamente recompensado por Labieno, que a la postre prometió otorgarle una magistratura importante en Roma cuando consiguieran deshacerse de los triunviros y devolver la República a sus legítimos dueños. El joven general creía en su cometido y puso todo el empeño posible en la empresa, pero no tuvo en cuenta un detalle: Octavio y Antonio contaban con muchos más recursos que él, por mucho que tuviera el apoyo del Imperio parto. Aunque la relación entre ambos hombres no era del todo buena, decidieron que lo mejor para los intereses de la República y también de los suyos era dejar aparcadas sus diferencias y hacer un frente común contra los que se habían alzado contra ellos.

Por ello, cuando Antonio se vio obligado a acudir a Roma a limar esas asperezas con su socio de gobierno, optó por hacer un trato con Octavio, cediéndole numerosas naves para su particular guerra que estaba librando en el mar contra el rebelde hijo de Pompeyo, Sexto. A cambio, su colega le cedería tropas de infantería para reconducir la situación en Oriente. Al año siguiente, con el acuerdo firmado, Antonio, al que le pertenecía la zona oriental de los territorios de la República se pudo centrar en la campaña para recuperarlos. Para hacerlo decidió delegar en unos de sus oficiales de más prestigio, Publio Ventidio Baso, al cual le entregó el mando de once legiones para llevar a cabo la tarea.

Fue entonces cuando las tornas cambiaron y todo lo conseguido por Labieno y el heredero al trono parto, Pacoro, comenzó a perderse. El legado de Antonio era muy diferente a los hombres a los que se habían tenido que enfrentar hasta ese momento. Ventidio era inteligente, capaz y, sobre todo, un hombre con experiencia en el campo de batalla, algo que decantaría la balanza irremediablemente. Todavía recordaba cómo estando en la ciudad de Antioquía, tomándose un merecido descanso tras las arduas negociaciones que había tenido que llevar a cabo, recibió la triste noticia de que Quinto Labieno había sido derrotado por las tropas de Ventidio. Pero eso no fue lo peor de todo, sino que, al verse vencido, el general romano optó por huir. Irremediablemente fue capturado por sus perseguidores y asesinado sin contemplación alguna. El sueño terminó muy pronto. Demasiado dirían algunos. Tras la muerte de Labieno, Pacoro retiró de nuevo su ejército hacia Partia dejando a las ciudades de la provincia de Siria que se habían rebelado contra Roma a merced de esta y de Ventidio, que no dudó un instante en proseguir con la tarea encomendada por Antonio.

Mientras se acordaba de aquello, le vino a la mente fugazmente el rostro del príncipe Fraates. Seguro que aquel niñato se frotó las manos cuando llegó a la corte la noticia del desastre y no tardaría ni un instante en acudir a su padre para decirle que ya le había advertido de que no podía fiarse de los romanos. Curioso, pero no le faltaba razón. No por el hecho de que no se tuviera que fiar de ellos, sino más bien porque al principio las cosas fueron muy bien, pero el resultado final bien pudo catalogarse de desastre, ya que los partos tuvieron que regresar a sus dominios con las manos medio vacías. Seguro que algo se llevaron de los saqueos de las ciudades que tomaron, pero no obtuvieron aquellos territorios que Labieno les prometió.

Aunque lo más curioso de todo, por decirlo de alguna manera que no quedara malsonante, fue lo que ocurriría poco después. Y es que en

verano del año 38 a. C., Pacoro, dolido con todo lo que había sucedido, o quizás impulsado por la vergüenza de su repliegue, decidió atacar de nuevo el territorio romano. Pero de nuevo su ejército fue superado por Ventidio, que les hizo caer en una celada bien trenzada. Las cosas salieron tan mal para el príncipe heredero, que cayó muerto en combate al ser alcanzado por el proyectil de un hondero en la cabeza. Su cadáver fue decapitado y el legado de Antonio se encargó de pasear su cabeza por todas las ciudades que aún estaban en pie de guerra contra la República, o que se planteaban alzarse, haciéndoles llegar de esa manera un mensaje claro y contundente de lo que les esperaba si no se rendían. Lo que vino después, tal vez fue designio de los dioses, y es que, en ocasiones estos, sean los que sean, romanos, partos, germanos u otros, juegan con el destino de los hombres mortales.

La sonrisa que se dibujó en su rostro no era de satisfacción ni mucho menos. Respiró profundamente la brisa marina mientras recordaba los siguientes acontecimientos ocurridos. Orodes II decidió abdicar después de lo que le había ocurrido a su heredero. De entre los más de veinte hijos que tenía de sus muchas esposas, el elegido fue el mayor de ellos, Fraates, quien subió al trono ostentando el nombre de Fraates IV, aunque también se le conoció como Arsaces XXI. La primera medida que tomó al hacerse con el poder de Partia fue contundente y una declaración de intenciones de lo que iba a ser su reinado: ejecutar a todos sus hermanos para que nadie pudiera disputarle la posición de Rey de Reyes. Aquel muchacho paliducho y con los ojos cadavéricos pasó a erigirse en el gobernante supremo del Imperio parto, y aunque su victoria parcial contra el triunviro Marco Antonio un año después supuso todo un éxito, eso no evitó que un tal Tridates II se alzara en armas contra su señor y se hiciera con el trono obligándole a huir. Y es que el Imperio parto del momento no era ni mucho menos estable, podría llegar a compararse con la República romana, que también atravesaba tiempos convulsos. Justo un año antes de que Octavio y Antonio se enfrentaran definitivamente en la batalla de naval de Actium, Fraates IV perdió su trono y tuvo que exiliarse. Tardaría francamente poco en recuperarlo, tan solo tres años, aunque de nuevo Tridates II lo recuperó y se mantuvo en él un escaso año, hasta que el dos veces depuesto, regresó con el apoyo brindado por los escitas y lo expulsó de manera definitiva.

Quedaba más que claro que las disputas internas entre los partos habían servido para mantenerlos un poco fuera del tablero de juego, y eso le había beneficiado mucho al ya por aquel entonces Augusto, que sin oposición se había erigido en el hombre más poderoso de Roma. Y

pensar que había estado a punto de ser eliminado. «Maldito Tito Valerio Nerva. Si no hubieras metido las narices en todo este asunto, ahora no tendría que verme navegando de nuevo hacia Roma como un fugitivo. Debí haber acabado contigo en aquella maldita tienda cuando desapareció Marco». Estaba pensando en todo ello cuando una voz le sacó de sus reflexiones y recuerdos, pasados y más recientes:

—¿Va todo bien, Sexto?

Se dio la vuelta y comprobó que se trataba del senador Fabio.

—Todo bien, amigo. Todo bien…

—Te estábamos esperando para comer algo, y al ver que no venías he venido a buscarte —dijo el hombre con una leve sonrisa.

—Mis disculpas, estaba sumido en mis cavilaciones y ni siquiera me acordaba.

—Que no te atormente todo lo que te ha tocado vivir, amigo —dijo poniéndole la mano sobre el hombro—. No vamos a permitir que Augusto se salga con la suya. Tarde o temprano conseguiremos deshacernos de él y devolver la República al Senado, que es quien debe dirigirla.

—Espero que los dioses te escuchen y, sobre todo, que tomen partido en ello a nuestro favor.

—Seguro que sí… Pero por ahora, vayamos a comer.

Sexto asintió mientras borraba de sus pensamientos a Labieno, Fraates, Valerio y a todos los que le habían atormentado esos últimos meses.

CAPÍTULO IX

Proximidades de la ciudad cántabra de Vellica, primavera del año 25 a. C.

Lo que *a priori* tenía que ser la toma de una fortaleza de los cántabros, se convirtió en una cosa muy distinta, ya que cuando los *exploratores* dieron con el asentamiento enemigo, se percataron de que los salvajes habían movilizado un gran número de guerreros que les aguardaba en el exterior. Según los informes que habían hecho llegar a Augusto, se trataba de un ejército de grandes proporciones, algo que nadie esperaba, mucho menos teniendo en cuenta el escaso éxito que había tenido el que se enfrentó poco tiempo antes a ellos en el *mons* Bernorius. El cónsul, siguiendo las indicaciones de los oficiales de su Estado Mayor, entre los que estaban Marco Vipsanio Agripa y otro de sus legados de mayor rango e importancia, Cayo Antistio Veto, optó por no asediar la ciudad y darles a los cántabros lo que pedían: una batalla en campo abierto. Teniendo en cuenta los acontecimientos recientes, las hordas de bárbaros no serían rival para las dos legiones que configuraban la columna. De nuevo las legiones IV y IX tendrían que superar otra prueba de fuego. Tendrían que volver a combatir contra los temibles guerreros cántabros que tan difícil les habían puesto las cosas en su anterior encuentro.

—Ya les vencimos antes, no veo por qué deberíamos preocuparnos.

—No fue sencillo derrotarlos, Aelio —dijo el centurión que estaba compartiendo la cena con sus suboficiales.

—Pero hemos recibido algunas tropas de refresco que han servido para cubrir las pérdidas, señor —afirmó el veterano *signifer* de la primera centuria de la segunda cohorte.

—No son suficientes, Aelio —interrumpió Valerio tras dar un trago a su copa que contenía un vino de mejor calidad que la *posca* que recibían los legionarios.

El portador del *signum* iba a responderle cuando Cornelio tomó la palabra:

—De nada sirve discutir sobre este asunto cuando la decisión ya ha sido tomada. Lo último que quiero es que los hombres vean la duda o el desacuerdo reflejado en nuestros rostros. Somos soldados y nuestro deber es obedecer las órdenes que nos vienen dadas, nos gusten más o nos gusten menos.

Los tres suboficiales asintieron levemente ante la afirmación de su oficial al mando. Cornelio era un hombre pragmático, al cual no le gustaba plantearse escenarios hipotéticos. Valerio estaba convencido de que a pesar de la manera con la que había concluido la conversación, también tenía sus dudas acerca del planteamiento de la estrategia. Dos legiones con sus correspondientes tropas auxiliares eran suficientes para derrotar a unos enemigos que eran muy inferiores táctica y tecnológicamente a ellos. Pero habiendo más legiones relativamente a poca distancia, habría sido más sencillo desplazar a una o a dos de ellas para garantizar el éxito en el combate. Lógicamente no estaban al corriente de cómo avanzaba la campaña en el resto de los frentes, así como tampoco sabían si las tropas que Carisio comandaba contra los astures necesitaban más los refuerzos que ellos. Esa era una información que no estaba al alcance de unos suboficiales de centuria, y seguro que ni siquiera Cornelio disponía de ella. Pensó que sería una opción acudir a Salonio, ya que un hombre de su rango y posición, seguro que sabía algo más sobre el desarrollo de la campaña en general, aunque tampoco se atrevió a sugerirle tal cosa a su superior.

—¿Para cuándo está previsto el ataque, señor? —preguntó Aelio rompiendo el tenso silencio que se había generado tras el toque de atención que había dado Cornelio.

—Los *exploratores* siguen trabajando sobre el terreno tratando de reunir algo más de información sobre el enemigo… Al menos eso es lo que nos han dicho esta tarde en la reunión con el *primus pilus*.

—No creo que tarde mucho. El comandante está ansioso por acabar esta guerra y regresar a Roma —dijo Junio, el *tesserarius*.

—¿Y tú cómo lo sabes? ¿Acaso te lo ha dicho en una de vuestras reuniones privadas? —interrogó Aelio soltando una carcajada.

Cornelio y Valerio también rieron ante la ocurrencia de su compañero.

—¿Es que eres imbécil? Si no estuviera el centurión con nosotros te habrías llevado un buen puñetazo —respondió Junio bastante enojado por la broma que le había hecho el *signifer*.

—Venga hombre no te enfades conmigo, Aelio. Tan solo era para relajar el ambiente —dijo el otro poniéndose en pie y acercándose hasta su camarada para darle un abrazo.

Pero este no encajó bien aquellas palabras y le apartó tratando de quitárselo de encima.

—Venga, muchachos. No os enfadéis por tan poca cosa —dijo Cornelio—. La verdad es que el comentario de Aelio ha tenido su gracia.

Junio, un poco sorprendido por la reacción del centurión que no podía ocultar su sonrisa, se puso en pie e hizo una leve reverencia mientras dejaba su cuenco en el suelo:

—Ya veo que esta noche nada de lo que diga va a tomarse en serio. Así que mejor me voy a descansar, que falta me hace.

Seguidamente se retiró. Cornelio le hizo un gesto con la cabeza a su *signifer* y este se puso en pie y salió detrás de su camarada mientras le gritaba:

—Vamos, Junio. No es para tanto… No hace falta que te enfades con los demás, el que ha hecho el comentario he sido yo.

Al poco, ambos hombres fueron engullidos por la oscuridad de la noche. Se quedaron ellos dos a solas, acabando de apurar las gachas que quedaban en los cuencos y con los rostros iluminados por la luz que desprendía la hoguera alrededor de la cual se habían sentado a tomar la cena.

—Vaya par… —acertó a decir Cornelio antes de llevarse una cucharada de su cuenco a la boca.

—Se lo ha tomado bastante mal. No sé si es que le das demasiado trabajo burocrático —bromeó Valerio.

—Tal vez sea eso. Necesita que le dé más el sol y respirar algo de aire fresco, ya que tanto tiempo encerrado en la tienda no es sano.

—Imagino que lo dices por ti también —aclaró el *optio* con una sonrisa.

—Echo de menos estar más presente en los entrenamientos. No sé cómo lo hacía Salonio para pasar tan poco tiempo con los documentos.

—Cualquier tiempo pasado fue mejor.

—Sin duda. Pero no me puedo quejar, al fin y al cabo vuelvo a ser centurión y debería estar satisfecho de ello, ¿no crees? —interrogó Cornelio.

—Quién iba a decirnos cuando llegamos a Tarraco hace unos meses tan solo, que estaríamos teniendo esta conversación ahora.

—Lo que hemos recibido no es más que una justa recompensa por el trabajo bien hecho, Valerio —añadió el centurión.

—Brindemos por ello, y por todos los que se han quedado en el camino —propuso alzando la copa de vino.

—Por ellos —respondió Cornelio chocando la copa y dándole un largo trago.

Ambos se quedaron pensativos durante un instante, cada cual sumido en sus propios pensamientos, hasta que el oficial habló de nuevo:

—Ahora mismo me comería unos pastelillos de aquellos tan buenos

que preparaba la madre de Aurelio. ¿Y tú?

—Por supuesto y más teniendo en cuenta lo que nos dan de comer aquí —respondió Valerio, justo en el mismo instante que le venía a la cabeza la imagen de su amada Servilia.

Con los acontecimientos de las últimas semanas casi se había olvidado de la muchacha. Pero al nombrar los pastelillos, su recuerdo había vuelto. Todavía recordaba aquellos breves momentos que pudo pasar a solas con ella en la taberna de su tío, justo antes de que Salonio volviera para recordarle que se debía a sus obligaciones ante todo y no a sus placeres. Esa era la vida de soldado, una vida en la que lo primero era cumplir con las órdenes. Desde entonces no dejaba de preguntarse si al haberse alistado en la legión, no habría renunciado a una parte importante de su vida. Jamás se lo había llegado a plantear de esa manera, y es que la vida de un hombre podía cambiar en cualquier momento y más cuando se cruzaba en ella algo tan bonito como Servilia. Serias dudas se habían apoderado de sus pensamientos en varias ocasiones, aunque al final de todo, haciendo uso de la razón y del sentido común, regresaba a la realidad, y esta era que le quedaban aún muchos años de servicio bajo las águilas. Su vida como militar no había hecho más que comenzar, y es que iba a estar ligado a ella por lo menos quince años más, con los peligros y las muchas limitaciones que ello conllevaba, sobre todo a nivel amoroso. Pensó que era más que injusto pedirle a la hermana de Aurelio que le aguardara. Además, tampoco es que dependiera de ella, ya que en cualquier momento el *pater familias* podía entregarla en matrimonio a cualquier hombre por algún tipo de interés comercial, económico o simplemente de posicionamiento social. Así que tampoco es que albergara demasiadas esperanzas. Y eso teniendo en cuenta que él tuviera la fortuna de sobrevivir durante todo el tiempo que le quedaba de servicio.

—Espero que, si vencemos a esos salvajes, esta guerra se termine y podamos regresar a los cuarteles —dijo de repente Cornelio.

—Imagino que una vez derrotados, no será necesario mantener a tantas legiones en la provincia —añadió Valerio dejando aparcados sus pensamientos y a Servilia.

—Aunque no sé si volveremos allí o nos enviarán a otro lugar en el que sea necesario luchar de nuevo.

—Eso solo los dioses lo saben, amigo —dijo el *optio* esbozando una leve sonrisa.

—Cuánta razón tienes. Acabemos con las gachas y vayamos a descansar, algo me dice que nos esperan unos días ajetreados.

CAPÍTULO X

Cercanías de la fortaleza cántabra de Vellica, unos días después

De nuevo las legiones IV y IX recibieron las órdenes de formar antes de la salida del sol. La noche anterior, antes de la cena, los centuriones y sus suboficiales fueron avisando a los soldados para que tuvieran lista la panoplia. Al día siguiente se libraría la batalla. En principio pensaban que iba a tratarse de un asedio, pero a raíz de los últimos informes que habían llegado, los cántabros, que se contaban por miles, habían establecido un perímetro alrededor de la pequeña ciudad con el que pensaban plantar cara a las legiones. Parecía ser que no entraba en sus planes encerrarse tras sus murallas y resistir un asedio. Esos informes previos a lo que tenía que acontecer, hablaban además de la llegada de varios grupos de guerreros que procedían de las montañas, lo que dejaba entrever que aquel ejército era un conjunto de hombres de diferentes tribus o clanes que se habían unido para combatir contra un enemigo común. Solo había que fijarse en el tamaño de Vellica, la ciudad a la que los romanos habían puesto el nombre de Bergidum. Era de unas dimensiones modestas, y según los cálculos hechos *grosso modo*, tendría capacidad para albergar a no más de diez mil personas. Por el contrario, en el exterior se habían congregado cerca de veinte mil guerreros, un número muy superior al esperado. Quién iba a suponer que después de lo ocurrido en el *mons* Bernorius, los cántabros serían capaces de reunir a tantos guerreros de nuevo.

—¿Has dicho veinte mil guerreros? —interrogó Furio mientras limpiaba con esmero su *galea*.

—Esos son muchos guerreros… —añadió Aurelio que era el que estaba removiendo las gachas en el hornillo que estaba instalado fuera de la tienda.

—¿Qué son veinte mil hombres para dos legiones romanas y sus *auxilia*?

—Siguen siendo muchos, centurión —repitió el cocinero mientras suspiraba profundamente—. No pensé que fueran capaces de reunir otro ejército de esas proporciones en tan poco tiempo.

—¿Acaso os preocupa su número? La otra vez eran más incluso y les dimos duro —añadió Domicio tratando de infundir ánimos a sus camaradas.

Valerio se pudo fijar en el rostro de sus compañeros. Pese al optimismo del veterano en su última arenga, el tono de su voz tampoco denotaba total confianza. Pero era comprensible, y más teniendo en cuenta que les habían dicho que esa guerra iba a ser rápida ya que el enemigo tenía una capacidad técnica y de convocatoria más bien escasa. Pero la realidad resultante fue más bien otra. De nuevo esos salvajes demostraban que la información era errónea. En muy pocas semanas habían sido capaces de reunir un ejército importante para plantar cara al avance romano, y eso sin duda minaba la moral de los hombres, por muy superiores que estos fueran, o al menos que se les dijera que eran.

—Perdimos más hombres de los esperados en el *mons* Bernorius —apuntó Pompeyo que estaba limpiando en un cubo de arena su lorica—. Y los reemplazos que han llegado no son suficientes para cubrir esas bajas. Hombres procedentes de otras unidades que han quedado también reducidas y algunos reclutas que apenas han tenido un par de semanas para entrenar. Las centurias van a ser menos profundas de lo habitual y eso significa que vamos a tener que combatir más de lo que debiéramos.

Sus palabras también estaban cargadas de razón. Lo que decía Pompeyo era cierto, pero tampoco es que se pudiera hacer más para remediarlo. Valerio miró a Cornelio que estaba en silencio.

—¿Qué hay de las otras legiones, señor? —interrogó de nuevo Furio que ya había dejado a un lado su casco.

—Cada legión tiene su cometido, soldado —respondió Cornelio.

—Si no han enviado a ninguna a apoyarnos es porque están ocupadas, legionario —dijo interviniendo Valerio —. Y ahora ya basta de cuestionar las órdenes y de lamentarse como si fuerais mujeres. Preparad el equipo y llenaos el estómago. Mañana quiero a todo el mundo en pie antes de la salida del sol —se dispuso a dar la vuelta, pero recordó algo más—. ¡Ah! Y no hace falta que os diga que desayunéis ligero.

No hubo ninguna réplica más por parte de su antiguo contubernio. Le habría gustado darles más explicaciones a esos curtidos veteranos, pero no podían entretenerse más de la cuenta, ya que debía hacer llegar la misma información a los otros nueve que quedaban e irse a descansar. Desde que había sido ascendido no podía estar con sus antiguos compañeros tanto como quisiera, ya que se debía a todos los soldados que formaban la centuria. Pese a eso, cuando disponía de algún momento en el que las ocupaciones le permitían un descanso, se acercaba hasta la tienda y conversaba con ellos como si fuera uno más. Esa era una de las desventajas de su cargo. La paga y el no tener

que hacer según qué cosas que antes detestaba, compensaban en cierto modo esa distancia respecto a sus antiguos hermanos de armas. En el fondo quería pensar que comprendían que, en ocasiones, se viera obligado a mantener la distancia para con ellos. Al menos hasta el momento ninguno le había dicho lo contrario, pero eso no era garantía suficiente de que no lo pensaran.

Cuando él era un soldado raso también se quejaba de sus superiores, y es que contentar a todos era una tarea muy complicada, y ahora que era él quien estaba en esa tesitura, comprendía lo difícil que podía llegar a ser. Se sentía agobiado en ocasiones ya que no sabía si estaba siendo justo y si estaba haciendo las cosas de la forma correcta. Nadie le había enseñado nada acerca del cargo que estaba ocupando en esos momentos. Tampoco culpaba a Cornelio. Suficientes dificultades tendría el hombre teniéndose que hacer cargo de la dirección de una centuria, como para tener que enseñarle a su subordinado a hacer su trabajo. No quería parecer un estúpido ante su superior y, por ello, en ocasiones prefería guardar silencio y tratar de resolver las cosas por sí mismo, en lugar de coserle a preguntas.

—No les falta razón, Valerio… —dijo el centurión mientras avanzaban hasta la siguiente tienda.

—Por supuesto que no les falta, pero somos soldados de Roma, al fin y al cabo, y no nos pagan para plantearnos las órdenes, ¿no crees?

—Lo creo, amigo. Pero recuerda cuando tú estabas en su lugar. ¿Acaso no te surgían esas mismas preguntas? —expuso Cornelio.

—Claro que me surgían… Pero la respuesta era la misma que la que les he dado, si mal no recuerdo.

El centurión sujetó por el brazo a su segundo obligándole a detenerse.

—Verás, el mando otorga ciertas ventajas, pero a la vez conlleva cosas menos positivas como por ejemplo lo que acaba de ocurrir. Lo sé porque llevo más años de suboficial y oficial que de legionario, así que no te angusties por lo que opinen tus antiguos compañeros sobre tu manera de proceder. Tanto ellos como tú, debéis comprender que ahora las cosas funcionan de una manera distinta. Nos llevará un tiempo a todos adaptarnos a esta nueva situación, pero ya verás cómo lo conseguiremos. No eres el primero, ni tampoco vas a ser el último en tener que afrontar este reto. Y ahora, prosigamos si te parece.

Cornelio reemprendió la marcha mientras Valerio pareció sacarse un peso de encima al escuchar las palabras que le había transmitido. Sería difícil, pero teniendo a un superior como él, seguro que todo iba a ser más sencillo.

* * * * *

Hacía frío aquella mañana pese a estar en pleno verano. Estaban al pie de una gran cordillera, así que hasta que no saliera el sol, la temperatura iba a ser bastante baja. Allí, en su posición al final de la centuria, transmitía las órdenes para que los legionarios mantuvieran la formación. El vaho salía de su boca con cada palabra que pronunciaba y tenía las mejillas heladas. En ocasiones le costaba articular las frases porque tenía la boca seca. No era lo mismo estar dentro de las filas que estar en el exterior. La perspectiva era muy diferente. Esa era la primera batalla en la que el grado de responsabilidad asumido sería muy superior al que había tenido hasta entonces. No estaría en la primera línea, ya que su tarea era ocuparse de que las filas posteriores se mantuvieran firmes y de que los relevos a la orden de *mutate* se llevarán a cabo de la manera adecuada para no entorpecer a los compañeros que se replegaban. Eso era fundamental para el buen funcionamiento de la unidad, aunque supusiera estar más alejado del frente. Si el enemigo lograba superar las primeras filas, o si Cornelio, que combatía delante, caía, que los dioses no lo quisieran, sería él quien tendría que ir hasta la posición que ocupaba para suplirlo y dirigir a la centuria.

Se había dado la orden a los legionarios de no llevar el *sagum* puesto, ya que era más una molestia que otra cosa a la hora de combatir. Era preferible pasar un poco de frío antes que tener calor durante el enfrentamiento, y más teniendo en cuenta que una vez comenzara la contienda, los soldados pronto sudarían dentro de sus cascos y debajo de sus loricas. También se dio orden de no comer demasiado y de beber agua o algo de posca para estar hidratados, ya que no se sabía cuánto tiempo iba a durar la batalla. Siempre había esclavos que portaban odres de agua para dar a los legionarios cuando las centurias iban retrocediendo en la refriega, y es que, aunque combatieran durante poco tiempo, la intensidad era tal, que parecía que lo hacían durante horas y horas.

Repasó mentalmente las instrucciones que le había dado Cornelio momentos antes de iniciar la marcha. El veterano oficial le recordó que debía estar atento a las filas y supervisar que los relevos se hicieran correctamente. Estar atento a los hombres que se replegaban y valorar los que estaban suficientemente heridos como para hacerlos abandonar la formación y enviarlos a la retaguardia donde serían asistidos por los *capsarii*. A la vez debía hacer de nexo con el centurión de la segunda centuria, que estaría justo detrás de ellos e informarle de todo lo que ocurriera en el frente, ya que desde aquella posición costaba mucho poder ver lo que ocurría en primera línea de batalla. Parecían muchas cosas, pero le advirtió que un hombre como él estaba

más que capacitado para llevarlas a cabo como era debido, y que no debía preocuparse por nada, su experiencia se encargaría de aconsejarle si le surgía alguna duda. Le pidió que se dejara guiar por el sentido común en caso de duda, y tras darle una palmada en el pecho se dirigió hacia las primeras filas de la formación.

Estaba despuntando el alba cuando las dos legiones emergieron de la espesura del bosque que se levantaba frente a la ciudad de Vellica. La llanura que se extendía entre ellos y la fortaleza era inmensa y parecía estar preparada para albergar la contienda que iba a tener lugar. Era como si los dioses se hubieran encargado de allanar el terreno la noche antes para no perder detalle alguno de aquel enfrentamiento. Desde su posición podía ver perfectamente al ejército cántabro que se había congregado a los pies de las murallas de la fortificación. Estas no eran demasiado altas y comprendió de esa manera el motivo por el cual los enemigos habían decidido salir al exterior a combatir abiertamente contra ellos. Les habría servido de muy poco refugiarse tras ellas. Eran más bien un lugar donde esconderse y no tanto una posición ventajosa desde la que atacar a un poderoso rival, que además poseía una potencia de fuego muy superior gracias a las máquinas de asedio que habían demostrado ser más que eficientes con los muros de la anterior ciudad. Por ello, aquellos salvajes pretendían buscar un combate de igual a igual, en lugar de aguardar refugiados tras los parapetos de sus defensas.

No creía que aquellos pastores y agricultores de las montañas fueran capaces de congregar una fuerza tan grande de guerreros y menos teniendo en cuenta la severa derrota que les habían infligido hacía tan poco tiempo. De nuevo parecía que subestimaban la capacidad de llamada que tenían esos cántabros, ya que, por los informes obtenidos, se sabía que habían acudido hasta la ciudad agrupaciones de hombres procedentes de los rincones más lejanos de la región, y todos tenían el mismo objetivo: acabar con el invasor. Sí, porque ellos eran el invasor. Por muy poco que le gustara esa denominación, no dejaban de ser unos extranjeros que habían llegado hasta una tierra que no les pertenecía y que querían conquistarla por las armas. Si él estuviera ahora en el otro bando, evidentemente estaría más que enfurecido y tendría ganas de verter sangre romana. Era totalmente comprensible.

—Son muchos, mi *optio* —dijo de repente Juliano, uno de los legionarios más jóvenes que habían llegado en el último reemplazo y que formaba en una de las últimas filas de la centuria, justo a su lado.

—Cierto, soldado. Pero nosotros somos mejores que ellos —respondió esbozando una leve sonrisa.

—¿Saldremos de esta?

—Puedes estar seguro, Juliano. Esta tarde estaremos tras los muros de esa ciudad disfrutando de las mieles de la victoria —volvió a decirle Valerio.

—Que los dioses le escuchen, señor…

Justo entonces sonó un *cornus* anunciando la orden de avanzar. Tras ese, otros más hicieron lo propio siguiéndole de manera acompasada. La batalla comenzaba.

CAPÍTULO XI

Los gritos y el repiqueteo metálico se escuchaban por doquier en todo el frente de batalla. Desde su posición al final de la centuria podía vislumbrar más bien poco, tan solo lo que ocurría en la parte lateral derecha del frente. Aunque tampoco es que las imágenes fueran demasiado claras ya que había mucho movimiento y apenas tenía un campo de visión despejado. Llevaban ya un buen rato combatiendo y todas las filas habían hecho su relevo, así que la que en un principio era la última, se hallaba en aquellos momentos en pleno proceso de repliegue hacia la parte posterior, después de haber sido la última en combatir en el frente de la batalla. Una vez, esta quedó posicionada en el punto de origen, el legionario cuya espalda veía era Juliano, el mismo que le había preguntado justo antes de comenzar la contienda, si saldrían victoriosos de aquel enfrentamiento. Giró la vista tan solo un breve instante para supervisar la línea de hombres que se había replegado. Cuando se dio cuenta que todos estaban en sus puestos y que ninguno de ellos presentaba ninguna herida de consideración, volvió a mirar hacia el frente de combate, justo a tiempo para observar como uno de los legionarios era traspasado en el cuello por un venablo enemigo. El soldado se desplomó como un peso inerte en el suelo y su primera reacción fue la de desplazarse hasta el lugar para intentar hacer algo por él. Aunque se refrenó ya que esa ya no era su función, tenía algo más importante que hacer y el hecho de abandonar su puesto suponía una falta grave que podía ser castigada severamente. Observó cómo rápidamente, el legionario que ocupaba la posición posterior al caído, avanzó hasta colocarse en el hueco que este había dejado. De esa manera evitó que ningún enemigo se colara por la brecha puntual de la formación, y el combate prosiguió como hasta entonces.

Había cerrado los ojos de manera instintiva justo en el momento en el que su compañero de armas había sido derribado. De nuevo veía caer a otro, seguramente sería un hombre joven que estaba en la flor de su vida, tal y como había ocurrido en la batalla del *mons* Bernorius con el pobre Marcio. Otra alma más que iba al reino de Plutón. Otra vida sesgada antes de tiempo en aquel conflicto. Y no iba a ser la única, sino que aquel día el barquero tendría mucho trabajo para hacer cruzar a todos los que dejarían el mundo de los vivos. Y el dios de esos salvajes que hiciera lo propio con las almas de sus difuntos,

también se estaría frotando las manos a la espera de recibir el correspondiente tributo.

De repente, alguien pronunció su nombre a gritos desde dentro de la formación. Buscó con la mirada el origen de la voz y encontró a Aurelio que estaba abriéndose paso entre las filas de compañeros. Llevaba la mano derecha alzada tratando de hacerse ver para alcanzar la posición donde él se encontraba.

—¡Valerio! —gritaba mientras empujaba con su escudo a varios de los legionarios tratando de avanzar abriéndose paso por uno de los estrechos pasillos que había entre filas.

Este se acercó avanzando varios pasos y ordenando a algunos de los hombres que se abrieran un poco para facilitar su llegada. Venía a paso ligero y cuando consiguió salir de la centuria su voz denotaba fatiga:

—¡Valerio! —volvió a gritar entre el ruido que le rodeaba para captar la atención de su superior.

—¡¿Qué sucede, Aurelio?! ¡¿Estás herido?! —preguntó este cuando observó la cara de su amigo manchada de sangre.

—¡No, tranquilo! ¡La sangre no es mía! ¡Traigo órdenes del centurión! —añadió mientras recuperaba algo de aire.

—¡¿Y cuáles son?!

—¡Solicita el relevo de la segunda centuria! ¡El frente está un poco cargado de enemigos que no cesan en su ataque, y los hombres comienzan a estar un poco fatigados! ¡Me ha dicho que te lo haga saber de inmediato para que contactes con los oficiales de la segunda centuria! —expuso el soldado.

—¡¿Qué ha pasado con el *cornus*?! ¡¿No se puede utilizar para dar el aviso?!

—¡Uno de los salvajes lo ha partido de un golpe! —explicó Aurelio.

—¡¿Y Quintiliano?!

—¡Está bien! ¡Tan solo un poco magullado! —concretó de nuevo el legionario haciendo clara alusión al *cornicem*, el suboficial encargado de transmitir las órdenes mediante el instrumento.

—¡Muy bien! ¡Ocúpate de la línea mientras me encargo de avisarles! —ordenó a su viejo amigo mientras se daba la vuelta y se dirigía a paso ligero hasta la posición que ocupaban las tropas de refresco.

Cuando arribó hasta donde se encontraba el centurión, se dio cuenta de que la unidad ya estaba en posición de combate. Los *pila* estaban clavados en el terreno ya que no había espacio suficiente como para efectuar la tormenta habitual con la que se recibía al enemigo cuando cargaba contra las filas de legionarios. La orden a

transmitir era clara y es que en breve se tendría que llevar a cabo un movimiento táctico muy complejo. Se trataba de hacer avanzar las cinco cohortes restantes hasta que la segunda ocupara la posición de la primera. Era algo que se entrenaba habitualmente con toda la cohorte al completo y que requería mucha práctica. Una vez la segunda centuria hubiera ocupado las posiciones de la primera, esta se replegaría poco a poco hacía atrás, hasta ocupar la última posición. Allí descansarían el tiempo necesario y podrían recomponerse sin tener que estar pendientes del combate.

Esa era la diferencia entre un ejército ordenado como era el romano y la mayoría de los que luchaban contra ellos. Los relevos de filas eran elementales, y no solo dentro de la primera centuria, sino también entre estas. No tenía demasiada lógica que ochenta hombres repartidos en diez centurias de frente, soportaran todo el peso de la batalla. Los reemplazos de posiciones eran esenciales para el buen devenir de la contienda. Todo ese despliegue de recursos se basaba en la disciplina a la hora de llevar a cabo esos movimientos. Para conseguirlo era elemental que los hombres estuvieran bien entrenados y supieran en todo momento hacia donde tenían que desplazarse para no dejar hueco alguno. Y es que un legionario sabía que hasta que su compañero no le cubriera la retirada con su escudo, no podía abandonar su posición.

—¡El centurión Cornelio solicita el relevo, señor! —gritó cuando llegó hasta donde estaba el oficial al mando de la segunda centuria de la segunda cohorte.

—¡¿Y qué hay del toque de *cornus*, *optio*?! —interrogó este.

—¡El instrumento ha quedado inservible después de un golpe propinado por un enemigo, señor!

—¡Está bien! ¡Daremos nosotros la orden! ¡Regresa a tu puesto de inmediato! —ordenó el oficial.

Mientras deshacía el camino hasta su puesto, escuchó de fondo el sonido del *cornus* procedente de la segunda centuria. Con ella se indicaba que las cinco centurias restantes se tenían que poner en movimiento. Aunque todavía se escuchaban muchos gritos en el fragor del combate, las notas musicales fueron totalmente audibles. Al menos para las centurias que estaban por detrás de la segunda, que eran las que tenían que efectuar la maniobra. Fue entonces cuando Valerio gritó a pleno pulmón a sus hombres:

—¡Atentos, soldados! ¡Van a hacer el relevo a la centuria! ¡Dejad paso a los camaradas!

Los legionarios, entre los cuales ya se había situado Aurelio, apretaron sus escudos contra los laterales de sus cuerpos para dejar

espacio suficiente para que pasaran los hombres que les iban a sustituir. Lo hicieron sin soltar el agarre que tenían con la otra mano de la lorica de sus compañeros de las filas anteriores y que servían para ayudarlos en momentos complicados y para mantenerlos con estabilidad suficiente por si los enemigos trataban de desequilibrarlos o de sacarlos de la formación agarrándoles de los escudos. La fuerza de la centuria se medía por el bloque completo y no por individualidades, de ahí la importancia del trabajo conjunto. Era en esos momentos cuando se aplicaban los conocimientos adquiridos tras horas y horas de entrenamiento intenso. No se podía cometer ni un solo error, ya que este podría afectar a todos los que venían también por detrás y eso era imperdonable.

Casi de inmediato, desde su posición pudo ver cómo los hombres de la segunda centuria comenzaban a colarse por los espacios en forma de pasadizo que habían creado sus soldados. Avanzaron al unísono y con una precisión más que impecable. Al frente de ellos iba el centurión que no dejaba de impartir órdenes a sus hombres para que se mantuvieran firmes en todo momento. Justo pasó por su lado el *optio* de la segunda centuria y le dio un golpe en el pesado *scutum* a la vez que con una sonrisa le gritaba:

—¡A descansar, *frater*! ¡Nosotros continuaremos con el trabajo!

El hombre se llamaba Lucio Petronio Nasica, y no hacía mucho tiempo que ocupaba el cargo. Había sido ascendido al cargo poco antes de que le legión fuera movilizada para la conquista en Hispania y por lo poco que sabía de él, estaba bien considerado entre los legionarios que servían a sus órdenes. Cuando terminara aquella batalla se encargaría de ir a verle y pedirle algunos consejos para cumplir con las obligaciones y deberes de su posición. Pero ahora tenía cosas más importantes de las que ocuparse. Tocaba supervisar el repliegue de la unidad hasta la parte posterior, cosa que no debería ser demasiado complicada teniendo en cuenta que la segunda centuria les haría de pantalla.

Fue justo en el instante en el que los hombres de las primeras filas comenzaban a replegarse, cuando se oyó un grito proveniente del frente:

—¡Brecha!

Valerio se apartó ligeramente a la derecha y se dio cuenta que en el mismo punto en el que había caído aquel legionario un rato antes, varios cántabros se habían colado después de abatir a varios soldados de la centuria que acababa de reemplazarlos. Algunos de los que formaban en las filas posteriores estaban tratando de contenerlos, aunque la formación se había roto en ese punto y los hombres estaban

descolocados. Vio que Petronio avanzó hacia allí abandonando su puesto en la formación. Sin pensárselo dos veces, cogió por el hombro a uno de los veteranos de su centuria que se estaba replegando y le gritó:

—¡Encárgate de supervisar el repliegue de los hombres!

El legionario un poco desconcertado por la orden respondió:

—¡¿Dónde va usted, señor?!

—¡A ayudar a los de la segunda centuria antes de que la cosa se complique más!

No le dio tiempo a responder. Valerio corrió tan rápido como pudo en dirección a la posición de Petronio y de algunos de los hombres de su centuria que se habían salido de la formación para intentar taponar el hueco por el que cada vez aparecían más cántabros vociferando como salvajes. La situación era complicada, y justo cuando estaba a punto de llegar, vio cómo el casco de Petronio saltaba por los aires al ser alcanzado por la estocada de una lanza enemiga. El *optio* se quedó aturdido y a merced de aquel salvaje que se preparó para asestarle un golpe letal. El romano había trastabillado y había descubierto su flanco derecho fruto del impacto tan contundente que había recibido. Apretó la carrera y dando un salto sacó su espada por encima del hombro de su compañero que aguardaba la muerte irremediablemente. El *gladius* de Valerio se hundió unos pocos centímetros en el cuello de aquel rival enviándole a su inframundo. Tras asestar el golpe, propinó otro más a un enemigo que estaba enfrascado en combate singular con un legionario que comenzaba a retroceder. El cántabro no le vio venir, así que nada pudo hacer para evitar ser alcanzado mortalmente por la espada del romano.

Algunos de los hombres parecieron recuperar sus fuerzas al ver cómo combatía aquel compañero que había aparecido de la nada. Incluso algunos llegaron a gritar el nombre de Marte en voz alta, como si pensaran que se trataba del mismo dios de la guerra que había descendido a la tierra para combatir codo con codo con sus hijos. Petronio se repuso rápidamente y arremetió contra otro de los enemigos ensartándolo con su espada. Fue entonces cuando la línea comenzó a rehacerse lentamente con los hombres que habían acudido desde las filas posteriores. Valerio tuvo tiempo para bloquear con su escudo un golpe que iba directo a su cuello y para salir de inmediato de detrás de su elemento defensivo y matar de un preciso golpe al enemigo que se lo había propinado. Los hombres de detrás fueron avanzando y los pocos cántabros que quedaban en pie comprendieron que no había manera de acceder por ese punto. Entonces comenzaron a replegarse como pudieron, aunque algunos de ellos fueron abatidos

en el momento en el que dieron la espalda a los romanos.

Con la línea reestructurada, Valerio sujetó por la axila a Petronio y le ayudó a retroceder hasta las filas posteriores. El *optio* herido recogió el casco del suelo mientras no dejaba de impartir indicaciones a los legionarios de las filas de atrás para que reforzaran aquel punto. Valerio le dijo entonces:

—¡Será mejor que te retires y busques asistencia! ¡Yo me quedaré en tu puesto dirigiendo a los hombres!

Petronio sonrió mientras acababa de ponerse el casco y respondió:

—¡Gratitud, *frater*, pero hace falta un golpe más certero que el que me han dado para dejarme fuera de combate! ¡Estoy bien, y todo gracias a tu providencial intervención!

—¡¿Seguro?! —interrogó Valerio mientras veía que tenía una fea herida en la mejilla derecha que no dejaba de sangrar.

—¡Totalmente! ¡¿Además qué pensarían mis hombres si me retirara por tan poca cosa?! ¡Un *optio* debe cumplir con sus obligaciones a no ser que esté muerto!

Valerio se quedó asombrado al escuchar aquella frase. Sonó determinante y sincera en boca de Petronio. Pudo observar cómo varios de los legionarios que estaban más cerca de ellos y que habían escuchado la conversación asentían levemente con la cabeza. Comprendió que esa era una de las funciones de su cargo, y que la admiración y el respeto de los hombres se ganaba con actitudes de ese tipo.

—¡Informaré a tu centurión de lo que has hecho aquí! ¡Recibirás una justa recompensa por salvarme la vida!

Valerio asintió mientras se daba la vuelta y se dirigía de nuevo hasta donde se encontraba su centuria, que con el tiempo que había pasado ya debía de estar al final del todo de la cohorte. Pensó que la recompensa que pudiera obtener iba a ser lo de menos, ya que lo principal era haber salvado la vida de un compañero y, sobre todo, haber contribuido en el restablecimiento del frente de combate. Su espíritu de legionario seguía vivo pese a tener que dedicarse a otras cuestiones en aquel nuevo cargo. No había perdido el instinto combativo y sus reflejos habían sido esenciales para salvar la situación. Respiró aliviado y regreso a sus quehaceres de supervisión de su centuria sintiéndose orgulloso por la decisión que había tomado.

CAPÍTULO XII

—¡Avanzad, legionarios! ¡La victoria es nuestra!

Desde la posición que ocupaba en aquellos momentos la primera centuria de la segunda cohorte, que era concretamente la tercera centuria en la formación, Valerio volvía a su tarea de supervisión de las filas de soldados ya que se estaban acercando de nuevo al frente. Habían tenido pocas bajas durante la batalla, concretamente tres muertos y doce heridos de diversa consideración, que habían sido trasladados hasta la retaguardia por algunos esclavos, acompañados por algunos de los *capsarii* para ser atendidos de una manera más eficiente en el *valetudinaria* improvisado que se había mandado levantar justo a medio estadio por detrás de las legiones. Se hacía de esa manera por orden expresa del cónsul, que no quería dejar sin asistencia a los heridos. Y es que era importante para algunos de ellos recibir asistencia inmediata para poder salvarles la vida.

Otra cosa no, pero Augusto era un comandante que se preocupaba por sus soldados. En el campo de batalla acostumbraba a colocarse en una posición segura y distante que le permitiera ver los movimientos tácticos, siempre acompañado por los oficiales de su Estado Mayor, entre los cuales destacaba su inseparable y leal Agripa. Las malas lenguas afirmaban que era este quien se encargaba de tomar las decisiones a nivel bélico y es que poseía un talento que el *Princeps* no tenía. En cambio, era justo reconocer que este poseía un talento natural para otras cosas. De hecho, siendo muy joven, apenas un adolescente, había tenido que inmiscuirse en asuntos que no le correspondían por edad, y francamente había estado a la altura de las circunstancias. Era excusable que no fuera un gran estratega militar.

La primera centuria de la segunda cohorte avanzó con paso firme siguiendo a la sexta que estaba justamente delante de ella. Los legionarios habían recuperado sus *pila* que habían estado hasta entonces clavadas en el terreno para descansar de un peso que no era necesario acarrear en aquellas circunstancias. El sonido de los *cornii* anunciando el avance posterior a haber logrado la victoria, se escuchaba por el campo de batalla como un estruendo. La contienda había sido larga, pero no lo suficiente como para que ellos tuvieran que volver a enfrentarse a los cántabros y eso en cierto modo era un alivio, ya que habían saciado su sed de combate en la primera fase del mismo. A medida que avanzaban, tenían que romper la formación

cuando pasaban por encima de algunos cuerpos. La mayoría de ellos eran de salvajes, aunque de vez en cuando encontraban el de algún compañero. Nadie se detenía para darles asistencia o para retirarlos del camino, ya que esa era función de los esclavos que iban justo al final de la marcha.

Los legionarios se dirigían hacia Vellica con paso firme y no se detenían al escuchar los lamentos y los gritos de muchos de los que pedían auxilio. El espectáculo era horrendo. Había hombres heridos por doquier y de diversa gravedad. Algunos estaban muertos mientras que otros rezaban a los dioses. Esa era la parte más desagradable de las batallas. Le removía el estómago tener que presenciar ese tipo de escenas. Obviamente cuando uno estaba en pleno combate, no tenía tiempo para darse cuenta de ello, pero cuando concluía, ese era el paisaje que siempre quedaba. Los soldados sabían que la consecuencia directa de cualquier batalla era la crueldad. Una crueldad en la que el honor y los valores no tenían cabida. Por fortuna él estaba a salvo. Él y todos sus compañeros de contubernio, a los que había tenido controlados en todo momento durante el recuento final de bajas que se hizo cuando la situación se calmó. Los cántabros ya no estaban en el campo de batalla. Se habían batido en una retirada total, huyendo en todas las direcciones posibles, dejando abandonados a sus muertos y heridos, dando por perdida también la ciudad.

A poca distancia de las murallas de la ciudad, se dio la orden de detener la marcha. Un par de *alae* de caballería auxiliar tracia emergieron del lateral derecho de la formación y se dirigieron al galope hacia la puerta principal de la misma, que estaba abierta de par en par. Algunos de los hombres comenzaron a murmurar entre ellos, a la vez que se ponían de puntillas para tratar de ver algo de lo que sucedía más adelante. Incluso Valerio tuvo que llamar al orden a varios de sus legionarios que dieron unos pasos a la derecha para salirse de la formación y poder ver lo que ocurría. Trató de no ser demasiado severo con ello, y es que podía comprender que tuvieran curiosidad. A él le sucedía lo mismo, aunque debía mostrarse disciplinado si les exigía lo mismo a los hombres a los que comandaba. Así que se mantuvo firme en su puesto. No pasó mucho hasta que sonaron de nuevo las notas musicales y varias centurias de *auxilia*, esta vez de infantería, en perfecta formación y a paso ligero comenzaron a moverse y se dirigieron también hacía el interior de la ciudad. Había expectación en las filas de legionarios. Fue entonces cuando Cornelio retrocedió hasta la posición de su segundo y bajando la voz le dijo:

—Parece ser que el enemigo ha huido y ha dejado la ciudad

abandonada a nuestra merced… Al menos eso es lo que ha dicho el centurión de la sexta que tiene una visión privilegiada de lo que sucede.

—¿Y ahora qué? —interrogó Valerio.

—Ahora toca esperar a que nos den alguna indicación. Debemos mantenernos en orden de combate por si acaso se trata de alguna argucia —indicó el centurión—. Que nadie abandone su posición.

El *optio* asintió levemente mientras veía como algunos de los legionarios que estaban más cerca comenzaban a dar muestras de cansancio al tener que mantener el escudo en alto y el *pilum* en posición de marcha.

—Deberíamos mandar descanso…

—Cierto, procede tú mismo —indicó Cornelio mientras volvía a la parte delantera de la centuria.

—¡*LAXATE*! —gritó Valerio para que le escucharan todos sus legionarios.

De súbito y al unísono todos los pesados escudos descendieron hasta tocar con el terreno y quedar apoyados, al igual que los *pila* que acarreaban los legionarios, fueron bajados del hombro y sujetados con las manos. Como si de una orden general se hubiera tratado, pronto los oficiales de las centurias cercanas comenzaron a dar la misma orden a los suyos, hasta que las dos legiones y los auxiliares que estaban formados delante de Vellica quedaron en posición de descanso. Cosa que sin duda era muy de agradecer. Valerio había estado en su misma situación en muchas ocasiones y era consciente de lo pesado que era mantener en alto y sujetos ambos elementos durante un largo período de tiempo. Una cosa era hacerlo en situación de combate, pero en aquellos momentos no tenía sentido alguno mantener a los hombres en ese estado y menos cuando ya no quedaban enemigos a los que combatir. Al menos a simple vista.

Sumido en sus pensamientos, mientras algunos de los soldados comentaban en voz baja lo acontecido en la batalla, Valerio repasaba cómo había transcurrido todo. Esa era su primera batalla ocupando un cargo de responsabilidad, y aunque todo había salido perfecto, se había visto obligado a exponerse más de lo necesario. Imaginaba que cuando Cornelio recibiera el informe de lo acontecido, ya que se lo tendría que explicar, le advertiría sobre lo arriesgado de su acción. Por supuesto comprendería que se había visto obligado a actuar de aquella manera, aunque claro, había desatendido sus obligaciones al frente de la centuria, aunque esta estuviera en plena retirada. Era evidente que había dejado a Aurelio cubriéndole, pero su compañero no tenía por qué cumplir con su tarea. Pensó en que no solo había abandonado su

puesto sin autorización, sino que además había puesto en peligro su propia vida. Otro centurión seguramente le habría amonestado por hacerlo, pero su amigo estaba hecho de otra pasta, y estaba convencido de que habría actuado de la misma manera que él. De momento decidió que era mejor no pensar demasiado en ello, ya daría las explicaciones pertinentes llegado el momento, si es que se las pedían, claro.

Volviendo su mente a la situación actual, esperaba que, tras aquella gran batalla campal, los cántabros que quedaran con vida tuvieran en cuenta la posibilidad de someterse a Roma. Tras dos derrotas tan claras como las que habían sufrido, no era comprensible que continuaran resistiéndose de esa manera tan tenaz. Sin duda era de admirar la capacidad que poseían esas tribus para plantar cara a un enemigo tan superior. La insistencia para levantar ejércitos era algo que no todos podían tener, y lo que menos se preveía era que unos pastores y agricultores de las montañas, así era como se les había catalogado previamente a la guerra, fueran capaces de organizarse de aquella manera tan rápida y al parecer eficiente. Además, no tenían miedo de enfrentarse a las legiones en campo abierto, y ese era un aspecto digno de ser admirado.

Con ese golpe que habían asestado a las tribus, quizás la contienda finalizaría en breve. Si las cosas habían ido igual de bien en el frente que comandaba Carisio, la guerra sería más breve de lo esperado. Con suerte, antes de que llegara el invierno podría disfrutar de algún permiso y volver a ir a Tarraco para poder estar junto a Servilia. La echaba de menos. En ese momento, cuando se veía vivo tras haber observado tanta tragedia y dolor, valoraba la posibilidad de tener a alguien que le quisiera. Echaba de menos la calidez de tener unos brazos en los que cobijarse y que le dijeran que no pasaba nada, que todo había terminado. Pero eso era demasiado utópico. Para qué engañarse. La realidad distaba bastante de aquello, y es que la vida del soldado en campaña era solitaria. Uno tenía a sus compañeros, pero ellos no podían suplir el hueco que dejaba una mujer, al menos en la mayoría de las ocasiones, ya que había gustos para todo.

Aunque los legionarios pudieran aliviarse visitando a las prostitutas que seguían la marcha de la legión en las *cannabae* que se levantaban en los aledaños de los campamentos, eso no servía de mucho. Las mujeres yacían con los soldados simplemente a cambio de monedas. Ni mucho menos escuchaban sus preocupaciones, entendían sus miedos o les aconsejaban como afrontar alguna dificultad. Esa era una tarea que correspondía más a una esposa, aunque para ser sinceros, los legionarios no tenían opciones de casarse durante sus

años de servicio bajo las águilas, al menos de manera legal. Había casos de concubinaje, de los que incluso nacían hijos, pero no se les podía reconocer de manera oficial hasta que el padre se jubilaba. Los oficiales por contra lo tenían más fácil, ya que se les permitía casarse e incluso en alguna ocasión, sobre todo a los de alta graduación, llevar a sus esposas en las campañas. Pero por ahora él no era más que un *optio*, y la posibilidad de casarse con Servilia no estaba al alcance de sus manos. Además, no quería ser egoísta. La amaba con locura, pero no quería condenarla a una vida de sufrimiento. Las mujeres de los soldados lo pasaban muy mal, ya que sabían cuándo sus esposos se marchaban, pero desconocían si regresarían con vida o si acabarían pereciendo en alguna inhóspita o lejana frontera. No le deseaba esa vida a la hermana de Aurelio. Aunque tuviera que renunciar a ella…

CAPÍTULO XIII

Campamento de las legiones IV y IX, unos pocos días después

—Han regresado los exploradores vacceos, cónsul.

—Que pasen de inmediato —dijo Augusto interrumpiendo la pequeña reunión que estaba manteniendo con algunos de sus oficiales del Estado Mayor, entre los que se encontraba Salonio.

Sin ser ni siquiera anunciados, tres hombres accedieron al *praetorium*. Iban sucios y andrajosos. Vestían unas cotas de malla bastante viejas a juzgar por las hombreras que llevaban y que en la legión hacía décadas que estaban en desuso. Su aspecto no era mejor que el de sus armaduras, ya que lucían largas barbas y melenas que evidenciaban su origen no romano. Portaban a sus espaldas unos largos arcos de madera y en el cinto unas espadas de grandes dimensiones. El que iba en medio se dirigió hacia la mesa donde estaban reunidos los oficiales tan pronto como el mismo *Princeps* le hizo una señal con su mano derecha invitándole a acercarse. El salvaje hizo una leve reverencia con la cabeza sin mirar a ninguno de los presentes y comenzó a hablar:

—Hemos seguido el rastro de los cántabros, mi comandante.

Su latín era tosco y difícil de entender.

—Muy bien, Fergal. Buen trabajo —dijo el cónsul.

—Se han dividido en tres grandes grupos, así que he enviado a varios grupos de jinetes tras ellos, mi comandante. Tal y como me ordenasteis, tienen instrucciones de no entablar combate con ellos —añadió el vacceo.

—¿Y hacia donde se dirigen? —interrogó Agripa que hasta ese momento se había mantenido en silencio.

—Dos de los grupos, los más numerosos, entre los que se incluye mucha población civil, se están encaminando hacia las montañas. Seguramente se dirijan a una antigua fortaleza que se levanta en uno de los picos más altos de la cordillera, general.

—¿Y el otro grupo? —preguntó de nuevo el lugarteniente del cónsul.

—Ese es el grupo que más me preocupa —señalo el tal Fergal.

Los asistentes a la reunión se miraron entre ellos ante las palabras del salvaje.

—Habla con total libertad, amigo —dijo Augusto—. Sabes que tu

pueblo es amigo de Roma y para mí tu palabra es más que sagrada.

Lo cierto era que la ayuda de esos jinetes vacceos había sido elemental desde que las legiones romanas habían llegado a la región que trataban de someter. Se habían valido de ellos para iniciar la guerra, ya que alegaron acudir en ayuda de ese pueblo por las constantes incursiones que los cántabros hacían en sus territorios. Augusto siempre había abogado por una política de confianza con aquellos pueblos o tribus que se sometían voluntariamente a la autoridad de la República, y la tribu de Fergal había sido una de las primeras en hacerlo. De hecho, había solicitado la ayuda romana para solucionar su problema. Lo que quizás no entendieron, es que abrieron las puertas a las legiones y les dieron la excusa que necesitaban para legitimar una guerra que les interesaba comenzar.

Seguramente ese Fergal no tenía ni idea de lo que su pueblo había hecho… O tal vez sí, y tan solo se limitó a dejar hacer a Roma entendiendo que era mejor llevarse bien que hacerle frente. Al menos eso era lo que habían hecho algunas tribus indígenas de Hispania y, a juzgar por el resultado, tampoco les había ido tan mal. Todos sacaban provecho de la colaboración, ya que seguro que los vacceos obtendrían algo a cambio de la estrecha colaboración que tendían a las tropas romanas. Contar con exploradores oriundos de la zona era toda una ventaja, y más teniendo en cuenta el tipo de enemigo con el que se tenía que combatir. Era por eso que Augusto los tenía en tan buena consideración. A decir verdad, los exploradores salvajes nunca estaban dentro del *castrum*, sino que preferían establecerse a cierta distancia de él y solo acudían cuando eran requeridos o cuando regresaban de alguna misión como aquella en la que habían participado y que todos desconocían que les había sido asignada.

—Se trata de un grupo de unos dos mil guerreros, mi comandante —expuso el vacceo.

—¿Y qué es lo que te preocupa de ellos?

—Inicialmente seguían al resto, imagino que, tratando de darles cobertura en la retirada, pero al ver que no les seguían las legiones, se han detenido —continuó relatando el hombre.

—¿Quieres decir que se están reagrupando para plantarnos cara de nuevo? —preguntó de nuevo Agripa.

—Todavía no estoy seguro. Dejé a cuatro de mis jinetes vigilándolos, general.

—No debería preocuparnos un grupo de dos mil guerreros, comandante —dijo de súbito Tito Cornelio Natta, el que había sido antiguo tribuno laticlavio de la IV y que desde hacía unos meses ostentaba el cargo de *praefectus castrorum*.

Augusto guardó silencio mientras se rascaba la barbilla. Parecía no haber escuchado el comentario del prefecto y, si lo hizo, daba la sensación de que lo había ignorado por completo. Salonio observaba desde su posición en completo silencio cuando se percató de que el gesto del cónsul cambió por completo e hizo una mueca de dolor. Se llevó la mano a un costado y su tez comenzó a palidecer. Agripa, que estaba a su izquierda, se incorporó rápidamente y le sujetó el brazo a su amigo. Este se aferró con fuerza mientras el legado Suetonio avisaba a dos de los *lictores* que estaban en el exterior de la tienda de mando. El prefecto Cornelio dio un par de palmadas para avisar a uno de los esclavos que estaba en pie sujetando una jarra con agua:

—¡Llénale la copa al comandante! ¡Date prisa, maldito esclavo!

El joven esclavo, que quizás no llegara a los quince años se apresuró en obedecer la orden del militar. Mientras tanto, Augusto respiraba profundamente mientras varias gotas de sudor aparecían en su frente. Seguro que se trataba de otro de los ataques que sufría relacionado con esas dolencias que aparecían de vez en cuando y que le obligaban a retirarse. Salonio se mantuvo en su asiento sin saber qué hacer. De hecho, nunca se había visto en una situación como aquella, así que optó por mantenerse al margen, ya que su actuación podía ser más bien un obstáculo que una ayuda. De súbito emergieron desde el exterior dos de los guardias personales del cónsul. Ellos seguramente estaban al corriente de lo que padecía el magistrado al cual debían proteger. Entre ambos lo levantaron de su silla y lo auparon haciendo una especie de asiento con sus fuertes brazos. Todo ello bajo la atenta mirada de supervisión de Agripa, que no se separó ni un instante de su amigo. Mientras salía por la puerta de la tienda, seguido por Fregal y sus dos exploradores, el general miró hacia atrás y dijo:

—¡Aguardad hasta que regrese! La reunión todavía no ha terminado.

Al momento el pequeño grupo desapareció. Todos los presentes, los legados de las dos legiones y sus tribunos laticlavios, los prefectos y los dos *primus pilus* se quedaron en silencio. Fue el legado de la IX, Quinto Emilio Flaco quién habló en primera instancia:

—Espero que no sea nada grave. Cuando se termine la reunión honraré a Asclepio para que el *Princeps* se recupere.

—Ya sabes lo que se dice sobre su delicado estado de salud —añadió Suetonio dando un trago a su copa de vino.

Todos los presentes hicieron lo propio.

—No creo que el clima de estas tierras le ayude demasiado —reflexionó de nuevo el legado de la IX.

—Este clima no ayuda a nadie, para ser sinceros. Habría sido mejor una campaña en Oriente o en la provincia de África o Egipto —dijo Cayo Antistio Veto, el hombre que ocupaba el cargo de gobernador de la Hispania Citerior y que había llegado a ser incluso colega de consulado de Augusto unos pocos años atrás.

—Eso lo dices porque estás más acostumbrado a las temperaturas más cálidas que te ofrece el litoral, amigo Antistio —respondió Suetonio también riendo.

—Lo que daría por estar en mi *domus* de Tarraco disfrutando del cálido verano, en lugar de tener que soportar las inclemencias de estas inhóspitas tierras —añadió el aludido sin borrar la sonrisa de su rostro.

A juzgar por la conversación que estaba teniendo lugar en el interior de la tienda, cualquiera diría que Augusto se acababa de retirar aquejado de quién sabe si una dolencia grave. Analizando las palabras de esos altos cargos de la legión, Salonio se dio cuenta de lo lejanos que estaban sus mundos y sus realidades. Razón no les faltaba y, es que, aunque estuvieran en verano, las noches en esa zona de Hispania eran gélidas y la lluvia siempre estaba al acecho. También era evidente que había lugares mejores en los cuales combatir, aunque para su desgracia, no eran ellos los encargados de decidir dónde tocaba o no llevar a cabo las campañas militares.

Salonio no acababa de encontrarse cómodo entre aquellos hombres. Todos ellos eran aristócratas que estaban haciendo carrera en el ejército como parte de su formación política para llegar a ocupar algún día su ansiado asiento en el Senado de Roma. Incluso uno de ellos había ejercido ya la máxima magistratura de la República: el consulado. Aunque para ser exactos, todos no pertenecían a la nobleza. Las excepciones eran el *primus pilus* y el prefecto de la IX, Marco Prescenio Crispo y Lucio Galerio Barbato. Ambos, militares de carrera al igual que él. Hombres que habían prosperado desde el escalafón más bajo de la legión hasta llegar a ocupar los cargos que actualmente desempeñaban por méritos de guerra. Desconocía si ambos pertenecían ya al *ordo ecuester*, ya que ese ascenso social también iba implícito con el otorgado en el campo militar. Seguro que sí, porque ostentaban el puesto desde hacía ya mucho tiempo, o al menos eso era lo que le dijeron en el momento en el que se lo presentaron algunas semanas atrás. Por su manera de hablar y de interactuar, se apreciaba que eran más humildes y menos refinados que el resto de hombres que formaban el Estado Mayor del ejército de Augusto.

Él todavía no había recibido de manera oficial ese ascenso a

caballero, pero al estar en plena campaña era cuestión de tiempo que el documento le llegara. Todos esos trámites burocráticos eran lentos y requerían su tiempo, y más, teniendo en cuenta que debían formalizarse en la propia Roma y luego regresar al punto de origen. Aunque eso era lo que menos le preocupaba, ya que no concebía una vida que no fuera la legión. No se veía desempeñando ninguna magistratura local en alguna colonia o ciudad de cualquier rincón del extenso territorio de la República. En su fuero más interno sabía que, o bien perecería en un campo de batalla, o en el peor de los casos acabaría sus días ejerciendo un cargo vinculado al estamento militar. De eso estaba más que convencido. En cambio, los nobles romanos que estaban con él en aquella tienda, simplemente veían su paso por la legión como una forma de adquirir méritos que después impulsarían sus carreras a horizontes más ambiciosos. De todas maneras, no les envidiaba. Más bien les compadecía, ya que la política no era más que otro campo de batalla, o más bien dicho, un lugar donde los enemigos se ocultaban y emergían en el momento menos esperado para asestar una estocada letal. Si no, que se lo dijeran a Julio César, un hombre que se tuvo que enfrentar a miles de enemigos en los campos de batalla y que acabó siendo asesinado por sus compañeros de la cámara senatorial. ¿Quién podía querer algo así? Era mejor ver venir de frente a tu enemigo. Al menos eso te permitía poder prepararte.

CAPÍTULO XIV

No tuvieron que esperar mucho más. Al poco rato apareció Agripa en el *praetorium* acompañado de los tres exploradores vacceos. Todos los presentes se pusieron en pie y aguardaron la indicación del segundo al mando para volver a tomar asiento. Su rostro denotaba preocupación, pero no dejó que nadie hablara, sino que inmediatamente lo hizo él:

—Nuestro querido y amado cónsul se encuentra un poco mejor, aunque por recomendación del *medicus*, necesita reposo. Me ha dado una serie de directrices y me ha dicho que me encargue en su ausencia de dirigir las operaciones junto al legado Antistio. No desea que su indisposición ponga freno a la campaña y que desaprovechemos la situación ventajosa en la que nos encontramos ahora.

Salonio pudo ver una leve sonrisa en la cara del gobernador provincial. Sabía que era un hombre ambicioso al que no le había sentado muy bien quedarse como segundo o tercero en el frente cántabro, y menos teniendo en cuenta que a otro de los gobernadores de Hispania, Publio Carisio, el de la Lusitania, se le había entregado el mando del frente contra los astures. Esos eran algunos de los rumores que corrían por el campamento, aunque claro, quizás no fueran más que habladurías de la soldadesca, que era proclive a difundir bulos y chismes en el tiempo en el que estaban ociosos.

—La información que nos ha hecho llegar Fregal es muy valiosa, y nos indica que los cántabros están tocados. Es el momento de asestarles un golpe definitivo —prosiguió Agripa—. Así que, mañana mismo se levantará el campamento y nos pondremos en marcha hacía las montañas para asaltar esa fortaleza de la que nos ha hablado nuestro aliado vacceo —dijo mientras señalaba al explorador.

—¿Y qué hay de ese contingente de guerreros que se interponen entre nosotros y la fortaleza? —interrogó Antistio adelantándose al resto.

—La última orden del cónsul ha sido que un *ala* de caballería auxiliar, una *cohors quinquagenaria* de infantería y dos cohortes legionarias se pongan en marcha esta misma noche, guiadas por Fregal y sus hombres para limpiar de obstáculos el avance del resto del ejército.

—General, permítame que nos encarguemos nosotros de esa tarea —dijo Suetonio de inmediato.

El legado de la IX no puso objeción alguna al ofrecimiento de su colega de cargo, así que Agripa asintió con un leve movimiento de cabeza antes de proseguir con sus órdenes.

—Otra cosa más, señores… —comenzó a decir—. Fregal nos ha confirmado que la fortaleza a la que se han dirigido los cántabros se halla en uno de los picos más elevados de la cordillera, así que será mejor que aviséis a vuestros oficiales acerca de lo que nos vamos a encontrar. Si queremos acabar de una vez por todas con esos salvajes vamos a tener que sufrir, ya que, a estas alturas del año, las temperaturas en las montañas no van a ser tan llevaderas como las que tenemos aquí.

Todos los asistentes a la reunión asintieron levemente, aunque tan solo los que llevaban años sirviendo bajo las águilas comprendían la realidad que se escondía tras las palabras de advertencia de Agripa. Fue por ello que Salonio tomó la palabra. Lo hizo de manera instintiva, como si estuviera hablando con un camarada:

—¿Quiere decir que vamos a tener que sitiar una fortaleza que se encuentra en una zona muy elevada y que estará defendida por gentes que no tienen nada que perder?

—Exactamente, centurión —respondió sonriendo Agripa.

—Entiendo, señor —dijo de nuevo Salonio.

—¿Hay algo que te preocupe? —inquirió de nuevo el general—. Habla con total libertad.

Salonio miró de soslayo al resto de oficiales antes de tomar de nuevo la palabra:

—Siéndole franco… Además de las temperaturas bajas a las que nos enfrentaremos, un asedio implica tiempo. Porque a juzgar por sus palabras y la poca información que ha salido de la boca del vacceo, —dijo señalando a Fregal que se mantenía en completo y sepulcral silencio— no va a ser fácil tomar al asalto esa fortificación. ¿Me equivoco?

—No te equivocas. ¿Tienes más dudas, imagino?

—Si me permite, general, si eliminamos a esa fuerza de guerreros que se interpone y que protege la huida de la población civil, ¿qué sentido tiene asaltar un lugar en el que no habrá más que mujeres, niños y ancianos? ¿Es necesario tener a dos legiones acantonadas en plena cordillera estando en una estación tan fría?

Agripa se puso más serio.

—Sí que es necesario, centurión. Y te diré por qué… Porque no podemos permitir que esos salvajes se salgan con la suya. Debemos acabar con todos ellos cueste lo que cueste. Les tenemos donde queríamos, y sería una estupidez dar por acabada esta guerra y no

rematarla. Mientras quede uno solo de ellos libre o con vida, tendrán esperanza. Debemos demostrar que nadie puede resistirse a Roma y que cuando reclamamos algo, solo queda una vía: entregárnoslo —hizo una breve pausa antes de continuar—. ¿Me he explicado bien, centurión?

Salonio asintió con un movimiento leve de cabeza. La respuesta de Agripa no daba lugar a réplica alguna.

* * * * *

—¿Y qué se nos ha perdido en las montañas? ¿Es que no se dan cuenta de que ahora no es el mejor momento para subir? ¿Qué hay de la nieve y el frío?

—Eso mismo fue lo que traté de explicarle al general —se justificó Salonio ante sus centuriones en la reunión que organizó aquella misma tarde para exponerles la situación—. Pero la decisión ya había sido tomada señores, y de nada sirvió mi réplica.

—Los hombres no se lo van a tomar nada bien —dijo Marcio, el veterano centurión de la quinta centuria de la primera cohorte.

—Lo sé, pero son las órdenes, y nosotros estamos aquí para cumplirlas. Somos soldados de Roma y nos debemos a nuestros oficiales superiores —repuso Salonio en un tono suave pero contundente.

Sabía que lo que pedía no era del agrado de todos, y mucho menos del siempre desafiante Liberio que, aunque guardaba silencio, seguramente cuestionaba en su interior el liderazgo de su superior inmediato, como siempre había hecho desde que había sido ascendido al cargo. Al menos en aquella ocasión la orden no venía directamente de él, sino que había sido el mismo Augusto el que la había transmitido a Agripa, y este había hecho lo propio con sus subordinados. Quizás por eso, el centurión que estaba justo por detrás de él en el escalafón optó por mantenerse en silencio y no discutir las indicaciones. Cómo detestaba a esa clase de hombres… Sabía que Liberio pertenecía a la clase ecuestre por derecho de nacimiento, y que por ello se creía superior a él en todos los sentidos. Estaba molesto, se le notaba. Creía que el cargo de *primus pilus* le sería concedido a él por derecho jerárquico, pero cuando Salonio fue escogido por salvar la vida del cónsul, se sintió decepcionado. Augusto había demostrado que lo que menos le importaba era el origen social de sus soldados, y que lo que premiaba eran los méritos conseguidos y sus acciones valerosas. Además, él era el héroe de Métulo. Él había sangrado por Roma y por la República en muchas más ocasiones que muchos otros centuriones que habían ocupado sus cargos más por

procedencia familiar que por méritos conseguidos en el campo de batalla. Merecía mucho más el cargo que Liberio, por muy caballero que este fuera y no iba a permitir que cuestionara ninguna de las decisiones que tuviera que tomar desde ese momento en adelante.

—Hay una cosa más que tengo que explicaros —añadió Salonio.

Expuso la parte sobre la avanzadilla que se había decidido enviar para acabar con el grupo de guerreros que cubría la retirada de los civiles hasta las montañas. Evidentemente tampoco gustó a la mayoría de los presentes. Pero nadie se quejó directamente, simplemente refunfuñaron un poco disgustados por el hecho de que tuvieran que ser dos cohortes de la IV las que se encargaran de acompañar a los auxiliares.

—¿Ha decidido el legado Suetonio cuáles van a ser las unidades afortunadas? —interrogó de repente Cayo Manlio Publícola, el centurión de la quinta centuria de la sexta cohorte.

—Sí. Irán la segunda y la tercera cohorte —respondió Salonio con decisión mientras lanzaba una mirada a Cornelio que asintió levemente con un gesto.

—No comprendo por qué no se encargan de esa tarea más unidades de las tropas auxiliares, al fin y al cabo, son más prescindibles que nuestros legionarios —dijo de repente Liberio.

«Ya estaba tardando en decir la suya», pensó en su fuero interno el primer centurión. Parecía que se había mantenido en silencio simplemente esperando el momento oportuno para soltar su comentario. Se armó de paciencia y pensó bien la respuesta antes de decirla. Debía de ser autoritario pero diplomático. No quería ganarse la enemistad de otros centuriones al decir lo que realmente pensaba sobre aquel estúpido.

—En primer lugar, las órdenes vienen como ya os he dicho directamente del cónsul. Y, en segundo lugar, creo que deberíamos ser todos más justos con nuestros socios. No digo nada nuevo cuando afirmo que los *auxilia* han sangrado junto a nosotros desde que ha comenzado esta guerra. Estuvieron en el Bernorio, luchando codo con codo con nosotros. En la batalla de Vellica los vi combatir a nuestro lado hasta conseguir la victoria —dijo fijando su mirada en Liberio—. No veo por qué tendríamos que tratarlos como prescindibles. Creo que ni ellos lo son, ni tampoco ninguno de nosotros lo somos.

Varios de los centuriones asintieron ante los argumentos expuestos por Salonio. Aunque ello no amedrentó el ánimo del que había cuestionado la orden. Más bien todo lo contrario, pareció infundirle atrevimiento. Algo que combinado con el odio podía convertirse en una mezcla letal:

—Conociéndote, seguro que fuiste tú quien se ofreció a acompañar a nuestros *socii*. El honor para con el cónsul y tu agradecimiento por las recompensas recibidas bien merece un pago.

Fue entonces cuando Salonio golpeó con fuerza la mesa de madera y señaló con su dedo índice al insubordinado que le estaba acusando falsamente. Las siguientes palabras que salieron de su boca, fueron fruto de la ira:

—¡No voy a tolerar que sigas faltándome al respeto abiertamente, centurión Liberio! ¡Tu comportamiento difiere mucho de lo que se espera de un hombre de tu rango! ¡Las órdenes vienen directamente del cónsul, y como superior tuyo directo que soy, las vas a acatar sin rechistar! ¡Una palabra más fuera de lugar y, por Júpiter y toda la tríada capitolina, mandaré que te arresten! ¡¿Has comprendido?!

Cuando acabó de pronunciar la amenaza, se calmó un poco y trató de contener toda la rabia que aún quedaba en su interior. El aludido no esperaba que le dijera las cosas tan claras, y lo peor de todo fue que en ningún momento le habló con soberbia, sino que se limitó a dejarle las cosas bien claras.

—Mis disculpas, Salonio… —acertó a decir el susodicho tragándose su orgullo—. No era mi intención ofenderte con mis palabras.

No había por dónde coger a ese maldito hijo de Plutón. Después de ofenderle abiertamente delante de todos los centuriones de la legión, ahora asumía que sus palabras habían sido desmesuradas y pedía perdón. Esa era su oportunidad para acabar con toda la resistencia mostrada por ese sector de veteranos que cuestionaban su nombramiento. Debía mover bien las fichas en el tablero si quería finiquitar el asunto de una vez por todas:

—¿Alguien más va a cuestionar las órdenes que os he transmitido? —preguntó mirando con un gran barrido visual a todos los presentes.

Nadie respondió.

—¿Alguien tiene algo que decir acerca de mí o de la manera en la que fui nombrado *primus pilus* de esta legión? Porque este es el lugar y el momento de expresarlo. Si creéis que en cada reunión que tengamos voy a teneros que pedir permiso para llevar a cabo las órdenes que proceden de arriba, estáis muy equivocados. Los que me conocéis de antes, sabéis que no pedí ocupar este cargo jamás, y que estaba muy cómodo en mi posición. ¿Qué habríais hecho vosotros de estar en mi lugar? ¿Rechazar esta oferta que venía del mismísimo cónsul? ¿Decirle que en este momento no os apetecía asumir más responsabilidad?

Se quedó mirándolos con dureza en el rostro, pero no obtuvo ni una sola respuesta. Pudo observar muchas cabezas gachas y eso en

cierto modo le hizo sentirse bien. Una sensación de victoria le embriagó a la vez que se quitaba un peso de encima. También observó en ese barrido visual otras cabezas que estaban bien altas, como por ejemplo la de su gran amigo Cornelio, que pese a estar serio, se le veía henchido de orgullo por las palabras pronunciadas por su superior. Decidió finalizar con decisión su discurso ya que nadie parecía tener intención de contestar.

—Esta es la primera y la última vez que voy a hablar sobre este asunto, así que, si no hay nada más que decir, que los centuriones de la segunda y tercera cohorte hagan llegar las órdenes a sus suboficiales y a la tropa. Cuando se cumpla la duodécima hora del día, quiero que las unidades elegidas estén debidamente formadas y preparadas para la marcha en la explanada que se levanta delante de la puerta *decumana*. Yo mismo dirigiré a las dos cohortes en esta avanzadilla.

CAPÍTULO XV

—Se nota que es un hombre de acción. Le va grande eso de quedarse en el campamento mientras nosotros nos adelantamos para abrir paso.

—Sin duda lo lleva en la sangre. Recuerda que es el héroe de Métulo —dijo Valerio.

—Me gustaría haber visto cómo puso en su sitio al idiota de Liberio —añadió Aurelio que estaba formado en la primera línea de la centuria.

Lo cierto era que él también habría pagado gustosamente unos cuantos denarios por presenciar aquel momento. Cuando Cornelio se lo explicó, no pudo sino soltar una gran carcajada, pero lamentó no haber tenido la fortuna de su superior, que fue testigo presencial de los actos.

—Me siento más cómodo si es él quien dirige este pequeño ejército —añadió Aurelio a Valerio justo antes de que el centurión se acercara hasta donde estaban ellos.

Al verlo venir, el *optio* se separó un poco de la primera fila y el legionario se cuadró al igual que el resto de sus compañeros. Ya casi no había luz y los hombres llevaban puesto el *sagum* ya que la temperatura descendía considerablemente cuando anochecía. Se les mandó llevar unas cuantas raciones de *bucellatum* y agua para un par de días. No tenían que ir excesivamente cargados, ya que la expedición requería caminar a paso ligero durante toda la noche. Por suerte se les dejó dormir durante toda la tarde y así estarían más descansados para la marcha nocturna. Según había informado Cornelio a la centuria, los cántabros se habían replegado cerca de un bosque situado a unas cinco horas de camino desde su posición. Deberían avanzar sin descanso todo ese trecho y asaltar la posición enemiga al despuntar el alba, sorprendiéndolos justo antes de la salida del astro rey. El centurión les había explicado los detalles acerca de la fuerza enemiga, y más o menos les había comentado por encima cuál iba a ser el siguiente objetivo. Eso fue lo que menos gustó a los soldados, ya que lo que no les apetecía era adentrarse en las montañas y comenzar a preparar un largo asedio que tenía pinta de prolongarse más de la cuenta. Pero las órdenes eran las órdenes, y ellos debían cumplirlas a rajatabla.

Cornelio le explicó solamente a él, que Augusto parecía haber

enfermado de nuevo. Según el centurión no era nada grave, pero prefirió no decírselo a la tropa para evitar que se extendieran falsos rumores. La verdad era que todos los hombres que formaban aquel ejército de invasión eran conocedores de la delicada salud que padecía. No era la primera ocasión en la que se había encontrado indispuesto, ni tampoco iba a ser la última a juzgar por las veces que le habían visto retirarse. Era poco alentador presenciar los achaques de aquel hombre, que pese a ser el más poderoso de la República, daba una sensación de fragilidad que no se ajustaba a lo exigido para un militar. Igualmente, y tras valorarlo detalladamente, llegó a la conclusión de que no tocaba transmitir esa información en un momento importante para el futuro de la campaña como era ese. Al fin y al cabo, no era un comandante cualquiera, sino que se trataba del mismo *Pater Patriae* y, aunque todos sabían que no destacaba por ser un brillante militar precisamente, sí que era un emblema entre los hombres que le obedecían. La moral iba a ser algo determinante durante las siguientes semanas y quizás meses, y el emblema de aquel ejército no podía convertirse en un ídolo frágil y quebradizo.

Justo estaba pensando en aquello cuando de repente se escucharon vítores procedentes de una de las *cohors* de auxiliares que formaban a la izquierda de las dos de legionarios. De repente, montado en un corcel apareció el flamante primer centurión, Publio Salonio Varo, flanqueado por un grupo de unos seis exploradores vacceos. Junto a él iba un *praefectus alae* que sin duda estaba al frente del *ala* de caballería auxiliar tracia que los acompañaría en esa incursión y su segundo al mando, un decurión. Cuando la pequeña comitiva pasó por delante de la primera centuria, segunda cohorte, el aullido de los legionarios se escuchó mucho más alto. Los hombres, que recordaban al que había sido su oficial al mando durante tantos años, comenzaron a gritar a pleno pulmón:

—¡Salve Publio Salonio Varo, héroe de Métulo!

No pasó mucho hasta que las demás centurias de legionarios que componían el cuerpo expedicionario se unieron a los gritos. Pronto todos los presentes, incluidos los auxiliares tracios de caballería e infantería sumaron sus gargantas a las de sus hermanos de armas. El aludido, saludó alzando su brazo derecho cual si fuera un general victorioso que era aclamado en un triunfo. Se detuvo justo en el centro de la formación e hizo un gesto para que los oficiales de las unidades se acercaran hasta su posición cuando la tropa se calmó. Todos los centuriones acudieron a paso ligero y formaron un círculo alrededor de él y de los jinetes que le acompañaban. Les dirigió unas palabras que el resto de soldados no pudieron escuchar y al momento

regresaron a sus posiciones. Cornelio se acercó hasta donde estaba situado su segundo y le dijo:

—Abrirá la marcha la mitad del *ala* de caballería, junto a los oficiales. Le seguirá una de las cohortes de auxiliares, después marcharemos las dos legionarias, detrás la otra de infantes auxiliares. El resto de los jinetes se encargarán de proteger los flancos de la columna. ¿Entendido?

—Sí, señor —dijo Valerio.

—Marcharemos a buen ritmo y haciendo el mínimo ruido posible. Se trata de pasar desapercibidos. Que los hombres hablen entre ellos, pero sin bajar la guardia ya que los enemigos pueden haberse movido y estar emboscados. Los exploradores vacceos nos avisarán cuando estemos a pocos estadios de distancia del lugar en el que han acampado los cántabros. Entonces sí que deberá reinar un silencio total. Encárgate de que todos vayan comiendo y bebiendo, pero que no lo hagan en exceso. Se harán varias paradas breves para que los soldados se puedan aliviar. ¿Ha quedado claro?

—Por supuesto. Lo transmito de inmediato a las filas para que vaya corriendo la voz —indicó el *optio* a su superior.

—Los ojos bien abiertos, Valerio. No quiero sorpresas.

El oficial asintió levemente y comenzó a cumplir con su tarea.

Unas cuantas horas más tarde, en algún lugar entre Vellica y el Mons Vindius

La marcha nocturna transcurrió sin ningún contratiempo destacable. De vez en cuando la columna se detenía ante el aviso de los exploradores vacceos. Estos cabalgaban en una avanzadilla acompañados por una *turma* de jinetes auxiliares tracios. A los salvajes no les había hecho demasiada gracia tener que ir acompañados de soldados romanos, ya que según le dijeron a Salonio, les retrasaban a la vez que hacían demasiado ruido. Al final accedieron a regañadientes, tras una conversación que mantuvieron a solas con el *primus pilus* y comandante de ese pequeño ejército expedicionario. Era extraño que Augusto no hubiera enviado a ninguno de sus altos cargos y hombres de confianza para dirigir aquella incursión. Podía haberle entregado el mando a Agripa o a Antistio, o en su defecto, al legado Suetonio o a alguno de sus tribunos. En cambio, el que estaba al frente de las operaciones era tan solo un humilde y sencillo primer centurión.

El paso de marcha de las tropas había sido ligero. Desplazarse a ese ritmo era bueno para los soldados, ya que así al menos no pasaban

frío. Iban ligeros de carga y tan solo portaban la panoplia de combate con los escudos colgados a sus espaldas y algo de avituallamiento. A los legionarios se les notaba animados y contentos. Quizás no por saber que cuando acabaran de cumplir con esa tarea les iba a tocar encerrarse en campamentos en las altas y frías cimas de las montañas, sino más bien por saber que eran muy pocos los cántabros que quedaban en edad de combatir. Veían el fin de la conquista cerca y por eso comprendieron que se requería de ellos un último esfuerzo y un viaje que les conduciría a un lugar donde las bajas temperaturas les iban a poner las cosas muy difíciles.

Mientras cavilaba, se escucharon voces que mandaban detener la columna romana. Valerio avanzó hasta colocarse cerca de su centurión y le dijo:

—Debemos estar ya cerca del enemigo teniendo en cuenta el rato que llevamos de marcha.

—Sí, imagino que no estaremos muy lejos de esos salvajes.

De súbito emergió de la oscuridad un grupo de jinetes que recorrieron las filas para detenerse justo a escasa distancia de donde estaban ellos. A la cabeza iba Salonio, que detuvo su montura a la altura de los dos oficiales y de la que había sido su unidad hasta hacía poco. Se apeó del caballo mientras los hombres que le acompañaban esperaban. Fue entonces cuando saludó a los dos hombres que dirigían a la primera centuria de la segunda cohorte. Estos respondieron con entusiasmo. El *primus pilus* también dedicó algunas palabras a los hombres que formaban en las primeras filas llamándolos por sus nombres. Esa acción reforzó la confianza de los legionarios que estaban muy satisfechos de servir a las órdenes de un oficial con tal prestigio y experiencia.

—¿Estáis preparados para el combate? —interrogó Salonio a los dos oficiales.

—Siempre, amigo —respondió sonriendo Cornelio.

—Eso era lo que quería escuchar. Con suerte esta noche acabaremos con toda la resistencia cántabra que queda en estas tierras.

—Pero no con todos ellos, señor —aclaró Valerio.

—Cierto, *optio* —repuso sonriendo el primer centurión—. Según los informes de los exploradores vacceos, los que han huido a las montañas no son guerreros, lo que sin duda nos pone las cosas mucho más fáciles.

—Esperemos que así sea…

—Tengo ganas de que termine ya la maldita guerra, y me apetece muy poco tener que congelarme el culo en lo alto de una inhóspita

cordillera persiguiendo a civiles desarmados que no suponen una amenaza —añadió Cornelio como siempre sin poder aguantarse.

—A mí tampoco me apetece, viejo amigo, pero las órdenes son esas, y a nosotros nos toca obedecerlas —dijo Salonio sonriendo y poniendo su mano derecha sobre el hombro de su antiguo compañero de centuria.

—Entonces acabemos con esto cuanto antes… Y después subamos a esas montañas para obedecer las órdenes de Augusto.

—Hagámoslo pues —afirmó con contundencia el *primus pilus* mientras se despedía de sus hombres y regresaba hasta donde estaba su caballo—. Confío en que peleareis como valientes en la batalla que se aproxima.

—Puede contar con ello, señor —dijo Valerio asintiendo levemente.

Salonio, sin dejar de sonreír, volvió a montar y saludó a la centuria mientras proseguía su recorrido. Se notaba que los hombres le admiraban y sentían devoción por un oficial de alto rango que estaba acostumbrado a luchar y a sangrar junto a ellos. Eso era algo inusual, ya que normalmente estos se quedaban en una posición de seguridad y dejaban que los oficiales subalternos fueran los que se encargaran de dirigir realmente las batallas. Los grandes generales luchando al frente de sus ejércitos eran algo que pertenecía a un pasado lejano. Los hombres como Alejandro Magno, Aníbal o Publio Cornelio Escipión se habían extinguido hacía tiempo. Pero hasta a eso estaban acostumbrados los legionarios. Por ello admiraban a Salonio, porque, aunque llegara a ser cónsul, continuaría combatiendo al frente de los hombres a su cargo. De eso no había ninguna duda.

—Es un honor servir a las órdenes de un hombre como él. La legión necesita oficiales con carisma y experiencia. Son un ejemplo —dijo Cornelio como si le acabara de leer el pensamiento.

Valerio lo miró y asintió con la cabeza dándole la razón a su superior. Este cambió su gesto y se puso más serio para dirigirse a sus subordinados.

—¡Está bien, legionarios de la primera centuria, segunda cohorte! ¡El *primus pilus* confía en vuestro arrojo y valentía! ¡Demostrémosle, por Marte, dios de la guerra, que puede contar con nosotros para vencer!

CAPÍTULO XVI

Esa misma noche en Roma

Estaba un poco nervioso. Su anfitrión le había acogido cálidamente en su *domus* ubicada en la colina del Esquilino. Se notaba que Cayo Fabio Plauto era un hombre adinerado, procedía de una de las familias más antiguas de Roma. Había nacido y crecido en un entorno aristocrático y había recibido una formación excelsa con preceptores en todos los campos. Podría afirmarse que lo educaron para convertirse en un senador de los pies a la cabeza. Por ello formaba parte del plan trazado para acabar con la vida del hombre que ponía en peligro todo aquello: Augusto. Un dictador encubierto que pretendía seguir los pasos de su tío abuelo, César, aunque usando otra estratagema. No era estúpido, y sabía que los senadores de antiguo abolengo, aquellos que ya tenían su puesto adjudicado en el Senado desde el día de su nacimiento, no iban a permitir que una sola persona acaparara todo el poder. Había muchos intereses en juego. Demasiados.

Todos los que participaban de esa conspiración, más de los que en un principio imaginaba, no habían dudado en arriesgar mucho para intentar deshacerse del molesto *Princeps*. Y de hecho habría salido bien si no hubiera sido por la desafortunada intromisión de aquel grupo de legionarios que se habían visto inmersos en toda aquella trama y que, de hecho, fueron los encargados de descubrirla y acabar con los hombres que debían llevar a cabo la delicada misión. Había sido un fracaso total, ya que todos habían acabado pereciendo, menos él. Para ser más exactos, él y el miserable traidor de Flavio habían sido los únicos supervivientes de aquel desastre. Pero este no contaba, ya que había estado colaborando con los legionarios. Algún día le ajustaría las cuentas a aquella rata. Con todo lo que hizo por él, y no solo se encargó de entregarle, sino que además le robó todo lo que tenía. El pago que esos senadores, ante los que ahora debía dar explicaciones, le dieron en su momento para hacerse con sus servicios.

Ahora, sentado en un banco de madera en el *atrium* de la lujosa vivienda de Fabio, aguardaba a ser llamado. ¿Qué les iba a decir a esos hombres? Se habían arriesgado mucho implicándose en aquel asunto, y todo había salido mal. Pero el que quedaba en peor lugar era su anfitrión, que además se había tomado la molestia de rescatarle de

su cautiverio. Imaginó que convencer a ese nutrido grupo de conspiradores no le habría resultado fácil a su amigo, y en cierto modo eso aumentaba el tamaño de la deuda contraída por ser salvado. Siendo sinceros, el fracaso parecía no haber sido el único castigo que los dioses le habían deparado, ya que en esos momentos se hallaba en Roma para tratar de justificarse ante los que le habían contratado. Lo raro era que no lo hubieran matado todavía. De hecho, durante todo el tiempo que había durado el viaje en barco hasta el puerto de Ostia, no las tuvo todas consigo. Por mucho que su acompañante se mostrara cortés y atento a todas sus necesidades, la desconfianza estuvo siempre rondándole por la cabeza.

No había pensado qué era lo que iba a contarles… Aunque lo más fácil iba a ser relatar los hechos tal y como habían sucedido. No tenía nada que esconder y su reputación estaba por los suelos. Era insalvable, así que eso era lo que menos debía preocuparle. Después de aquel fracaso, ya nadie volvería a hacerse con sus servicios, si es que le dejaban con vida. Y si decidían deshacerse de él y tirar su cadáver a la Cloaca Máxima o al propio Tíber, estaba dispuesto a asumirlo como un castigo proporcional a su tremendo error. Envidiaba a todos los que se habían ido quedando por el camino. Esos hombres lo tenían mucho más fácil que él ya que tan solo deberían rendirle cuentas al Barquero… En cambio él tenía mucho por hacer todavía y le apetecía muy poco tener que someterse a un juicio sumario por parte de aquellos a los que tiempo atrás les había garantizado que recuperarían sus antiguos privilegios.

Mientras tanto en el tablinum de la domus

—¿Cómo puedes estar seguro de que no ha hablado?

—Me ha asegurado que no ha dicho nada. Y a juzgar por los moratones y las heridas que tenía en su rostro y en todo su cuerpo cuando lo sacamos de allí, dice la verdad —afirmó Fabio en un tono muy convincente.

Varios de los hombres allí presentes, cerca de una veintena, comenzaron a murmurar entre ellos en voz baja. El anfitrión, que había cedido su lujosa casa para celebrar aquella reunión lejos de incómodas miradas, aguardó con calma a que el silencio reinara de nuevo en la estancia y prosiguió con su relato:

—Me fio plenamente de él. Eso es lo que os puedo decir ahora mismo.

—Imagino que te sentirás en parte responsable de su fracaso, al fin y al cabo, fuiste tú el que insistió en contratar sus servicios —dijo un

anciano que estaba recostado en un triclinio y bebiendo de una copa.

—Y barato no era precisamente —añadió otro más joven que estaba junto a él.

De nuevo los murmullos y los comentarios se hicieron presentes en la sala. No entendía el porqué de todo aquello. Cuestionaban no solo el resultado de la conjura, sino también a él mismo. Él, que era un igual, y que se había limitado a buscar al hombre óptimo para llevar a cabo aquella delicada tarea. Cuando contrató a Sexto, todos los allí presentes estuvieron de acuerdo en otorgarle toda la confianza para ejecutar el plan. Se dejaron asesorar por el experto y aprobaron sin oposición todas las propuestas que el hombre les hizo. Contribuyeron generosamente aportando cada cual su parte para sufragar los gastos generados por la misión, y también la tarifa de sus servicios tal y como les dijo desde el primer momento. Ahora, cuando todo había salido mal, no tenían otra respuesta que culpar a aquel pobre desgraciado y, de rebote, también a él. Era más sencillo no asumir las responsabilidades y cargar contra una persona en particular. Esa costumbre era detestable. Los hombres debían hacerse responsables de sus fracasos, al igual que lo hacían de sus logros. «¡Malditos hipócritas!», se dijo a sí mismo tratando de mantener una leve sonrisa en su rostro que no delatara sus pensamientos.

—Todos aceptasteis sus condiciones en su día —dijo al fin arriesgándose un poco más y alzando la voz para hacerse oír entre el jaleo que aún no había cesado del todo.

—Tal y como nos lo expuso en su momento, el plan no tenía ninguna grieta —dijo otro de los presentes.

—En su favor tengo que decir que, en ocasiones, hasta los planes más perfectos, pueden torcerse por voluntad divina —añadió Fabio tratando de justificarse.

—Vamos, Fabio, no metas a los dioses en este asunto —interrumpió Publio Emilio Léntulo, uno de los hombres más influyentes del Senado.

—¿Vas a negarme acaso que en ocasiones nuestros amados dioses no pueden interceder en los planes de los hombres? —interrogó el aludido sabiendo que el argumento no era demasiado convincente cara a ese público.

Si se lo hubiera dicho a otro, quizás habría tenido más suerte, pero Publio Emilio Léntulo era un tipo muy inteligente y perspicaz. Era un gran orador y había sido cónsul en dos ocasiones. Era un hombre que rondaría ya la cincuentena, con experiencia en ese tipo de asuntos y al que no se le podía tratar de embaucar. De hecho, sus discursos en el Senado eran pocos, ya que no era muy dado a dar su opinión, pero

cuando lo hacía, siempre acababa convenciendo a la mayoría con sus argumentos. Le sorprendió que interviniera justo en ese instante, cuando le hacía más calculador, pero, aun así, trató de estar atento a sus palabras.

—Por supuesto que no te lo voy a negar, amigo mío. Pero ambos sabemos que los dioses poco han tenido que ver en este asunto —dijo poniéndose en pie y dejando la copa de vino sobre una pequeña mesa de mármol que tenía junto a su triclinio.

Se adelantó unos pasos hasta colocarse junto a Fabio y continuó hablando:

—En sus misivas nos informó acerca de ese grupo de legionarios. ¿Lo recordáis? —interrogó dirigiéndose a los demás que estaban expectantes.

Le dio igual que asintieran, pues su discurso iba a ser un monólogo, conociéndole:

—Los dioses no han tenido nada que ver en lo sucedido, queridos amigos. Fueron esos soldados que interceptaron la carta que se envió desde Roma para poner sobre aviso al cónsul. ¿Y por qué se escribió esa dichosa carta?

Se hizo un largo silencio en el *tablinum* que comenzó a ser un poco incómodo para los presentes. Fabio, que creía que las palabras del senador irían en otra dirección, se dio cuenta de lo que pretendía hacer y sonrió levemente mientras le dejaba proseguir:

—Todos lo sabéis, así que no hace falta que os diga que varios de los aquí presentes hablaron más de la cuenta sin tener presente si alguien les estaba escuchando. Aunque el encargado de escribir esa misiva recibió una justa recompensa por inmiscuirse en esto, el mal ya estaba hecho —dijo en un tono más severo—. Ese contratiempo no figuraba en el plan que trazó y que nos presentó el hombre que contratamos y que hoy está aquí para defenderse. ¿No os parece injusto culparle del resultado de la misión teniendo en cuenta que fuisteis algunos de vosotros los que os equivocasteis? —volvió a preguntarles a los allí presentes.

Nadie respondió. Silencio absoluto en la sala. El discurso había sido breve pero contundente. No podía sino admirar a Emilio por su inteligencia y obviamente por haberle ayudado en un momento en el que las cosas parecía que se le estaban poniendo difíciles.

—Reflexionad sobre esta cuestión —continuó diciendo—. No juzguéis a ese hombre antes de haberle escuchado hablar. Y menos si se ha llevado tantos golpes para protegeros a vosotros como parece ser que ha hecho. Respirad tranquilos y aliviados porque las cosas podrían haber salido mucho peor teniendo en cuenta esos fallos en el plan que

no deberían haber ocurrido.

Tan pronto como terminó de hablar, se dirigió de nuevo a su triclinio, agarró su copa y le dio un largo trago antes de recostarse de nuevo. Nadie dijo nada durante un buen rato, hasta que el anfitrión decidió intervenir:

—Tras haber escuchado las palabras del noble y sabio Emilio, iré a buscar a nuestro hombre para que exponga sus argumentos, si os parece. Seguid bebiendo y comiendo lo que os plazca, amigos.

Dio un par de palmadas más para que los esclavos y esclavas aparecieran de detrás de las cortinas portando más comida y vino para sus invitados. Cuando comprobó que todos se centraban en los manjares, se dio la vuelta y se dirigió a la entrada de la sala, sin poder evitar esbozar una leve sonrisa.

CAPÍTULO XVII

Estuvo relatando los hechos durante una eternidad. No se dejó ningún detalle acerca de lo acontecido en Hispania. Quería que todos los allí presentes, los hombres que le habían contratado supieran cómo había ido todo. Lo que más le sorprendió fue que le dejaron hablar sin interrumpirle. Todos estuvieron atentos a lo que les iba contando. Se fijó en un senador que rondaría los cincuenta y pocos años que no le dejaba de mirar. En ocasiones le ponía nervioso, y eso que había tenido que conversar con hombres mucho más poderosos e intimidantes que aquellos nobles padres conscriptos. Pero había algo en aquella mirada que no podía descifrar. Algo que le inquietaba y que le hacía sentirse inseguro.

Advirtió en el preciso momento en el que accedió al *tablinum* que no había ni un solo esclavo en la estancia. Al menos habían sido inteligentes al limitar la presencia de gente ajena a la conspiración. Eran los mismos senadores los que se servían el vino y la comida entre ellos, un espectáculo que uno no podía ver todos los días. Los más nobles y ricos hombres de la República llevando a cabo un trabajo que correspondía a los esclavos. Ese fue un pequeño detalle que le pareció curioso dentro de aquella extraña situación que le estaba tocando vivir.

Cuando dio por concluidas sus explicaciones, Fabio se acercó hasta él y ante todos le dio las gracias por contarles todo. Después, se dirigió a los asistentes para que formularan las preguntas pertinentes al invitado. Nadie osó tomar la palabra, lo que significaba que o bien su relato había sido muy claro, o tal vez que todo ya estaba decidido y que dejarle hablar no había sido más que una pantomima. Justo en ese instante, cuando más dudas le asaltaban, se puso en pie aquel senador que le había estado observando.

—Quisiera formularle algunas preguntas a nuestro invitado…

—Adelante, senador Emilio —dijo sonriendo Fabio.

—A todos los presentes nos ha quedado muy claro el hecho de que Augusto salvó la vida gracias al buen hacer de esos legionarios —hizo una breve pausa mientras Sexto asentía levemente—. Y que sin la traición del asesino al que contrataste en Hispania, eso no habría sucedido. ¿Me equivoco?

—No se equivoca, senador Emilio —respondió Sexto sin saber bien hacia dónde se encaminaba la pregunta que le planteaba aquel

misterioso hombre.

—¿Te llegó a decir ese Flavio en algún momento el motivo por el que ayudó a los soldados?

Sexto guardó silencio mientras recordaba lo sucedido en su tienda justo tras el fracaso de asesinato de Augusto. Revivió el momento en el que se plasmó la traición de Flavio. El momento en el que el asesino le reveló que había estado sonsacándole información sin que se percatara para hacérsela llegar a los soldados. De nuevo sintió un leve pinchazo en el pecho y por un momento se quedó sin aliento. Aquel día se dio cuenta de que no era tan listo como se creía, y que unos simples legionarios, hombres que simplemente sabían combatir, ayudados por una rata miserable que se dedicaba a matar a cambio de monedas, le habían derrotado. Deseó que Flavio le hubiera matado antes de marcharse del campamento con las alforjas llenas de monedas. Las monedas que esos hombres allí presentes le habían dado como pago por sus servicios.

—No me lo dijo, senador… —tuvo que reconocer.

—Pero debo imaginar que por algún motivo te traicionaría y se pasaría al bando de los soldados —insistió Emilio.

—Imagino que sí. Como ya les he explicado, el resto de hombres implicados en la trama quisieron deshacerse de él —añadió—. Le consideraban un peligro.

—Pero tú no.

—No le vi venir. Lo reconozco —dijo Sexto.

—Entonces, ¿ese factor fue determinante a tu parecer? —añadió Emilio.

Le había estado atacando duramente hasta ese momento, y ahora le reformulaba esa pregunta. No entendía nada, pero sabía que debía responderla con sinceridad.

—Crucial, senador. Sin su ayuda y su conocimiento de la conjura, Valerio y los demás no habrían podido llegar tan lejos.

Emilio pareció satisfecho con la respuesta. Se dio media vuelta y se dirigió a los presentes de nuevo:

—Una vez escuchado el detallado relato de Cayo Sexto Apuleyo sobre lo acontecido en Hispania, solo puedo concluir que, a mi parecer, existieron varios factores, ajenos a su control, que acabaron siendo determinantes para que el plan fracasara. Uno, la misiva enviada desde Roma advirtiendo de nuestro plan, y dos, la traición del asesino en el que él confiaba.

Todos aguardaron con expectación el discurso de Emilio, que, sin duda, y a juzgar por la atención que le prestaban los demás, debía ser una institución en el Senado.

—Si a todo lo anteriormente expuesto, le sumamos el hecho de que tras ser capturado no reveló el nombre de ninguno de los implicados pese a ser torturado quién sabe en cuantas ocasiones, tan solo puedo afirmar que este hombre ha cumplido con creces para con la República y para con su noble Senado. Es por ello, nobles colegas, que creo que deberíamos agradecerle todo el esfuerzo que ha llevado a cabo. Trazar un plan de semejante magnitud y que pretenda acabar con el hombre más poderoso de la República, es complicado. Con ello no quiero eximirle de toda la responsabilidad, aunque a juzgar por lo relatado, ya tiene bastante con soportar la deshonra de haber fracasado.

Hizo una pausa mientras miraba a los ojos de Sexto. Sin duda sabía que estaba derrotado, y que su prestigio era vital para él. Ese era el peor de los castigos que podía recibir un hombre de su clase. Las heridas físicas que hubiera podido recibir durante los interrogatorios no eran nada en comparación.

—Entiendo que estaréis todos de acuerdo conmigo cuando afirmo que Cayo Sexto Apuleyo no merece más castigos de los que ya ha recibido.

Todos asintieron levemente entre murmullos.

—Desde aquí le tiendo la mano de nuevo para que siga sirviéndonos desde Roma. Porque si una cosa ha quedado clara en todo este asunto, es que Augusto es vulnerable. Y lo más importante de todo esto: está asustado. Debemos aprovechar esa ventaja, pues nosotros continuamos estando en la sombra y él no sabe quiénes somos ni qué intenciones tenemos.

Sexto se quedó sorprendido ante la fuerza de las palabras de ese hombre. De verdad estaba convencido de lo que decía. Y, además, estaba convenciendo a los que estaban allí presentes con sus argumentos. Razón no le faltaba, y él lo había podido comprobar en sus carnes. Augusto no escatimó recursos en torturas para tratar de sonsacarle información acerca de los implicados en su intento de asesinato, y eso solo podía significar una cosa: que tenía miedo.

—¿Aceptas, Cayo Sexto Apuleyo, seguir sirviendo a los intereses de la verdadera y única República? —le preguntó directamente Emilio.

—Es lo menos que puedo hacer después de mi fracaso en Hispania —respondió con firmeza.

—Muy bien… —dijo sonriendo por primera vez el senador—. Queda mucho por hacer aún si queremos derrocar al infame *Princeps*.

CAPÍTULO XVIII

—Ya te dije que no es un buen momento.

—Tenemos que aprovechar, Sexto. Ahora está asustado y no sabe quiénes somos. Emilio lo ha dicho —afirmó Fabio sonriendo.

—Todavía está en Hispania, y eso lo complica más aún. Además, después de salvar la vida de esa manera, tendrá más guardaespaldas que nunca. ¿Es que no te das cuenta de que es una temeridad absoluta y que las opciones del fracaso son incluso más elevadas que antes?

—¿Entonces por qué has aceptado la oferta de Emilio? No lo entiendo —interrogó el hombre un poco confundido.

—He aceptado porque es la única manera de limpiar mi honor, si es que todavía queda algo de él. Pero eso no quiere decir que tengamos que hacerlo de inmediato —expuso Sexto—. Si las cosas se torcieron la primera vez y estaba muy bien planeado, imagínate cómo saldría si lo hiciéramos ya sin hacer una valoración global de la situación.

—Pero no podemos permitir que se sienta seguro de nuevo.

—Precisamente esa debe ser la clave. Aguardar hasta que esté confiado y crea que ya no existe la amenaza.

—Ahora que lo dices, también tiene lógica tal y como lo expones —dijo Fabio valorando los argumentos de su contertulio.

—Es muy probable que, a su regreso de Hispania, Augusto comience a indagar en Roma. Todos sabemos cómo piensa, ya que no es la primera vez que alguien ha atentado contra su vida. Debemos ser cautos y analizar con detalle sus próximos movimientos.

—¿Qué quieres decir con indagar?

—No seas incrédulo, amigo Fabio —dijo Sexto—. Alguien tendrá que pagar por lo acontecido allí, tenga la culpa o no.

Fabio pareció entender lo que le estaba explicando.

—¿Una maldita *prosciptio*? ¿Te refieres a eso?

—Sin duda lo hará cuando llegue a Roma. Eso, si no tiene ya a gente trabajando en esas listas —advirtió Sexto.

—Entonces será mejor que no hagamos nada. Y yo que pensaba que al estar tan lejos de Roma no sería capaz de hacerlas.

—Augusto es la República, mal que os pese a muchos de vosotros —dijo—. Y disculpa si te he dicho algo que te pueda ofender, pero sois una pequeña parte del Senado tan solo. La cámara la forman muchas más personas y si no estaban en la reunión sería porque estaban del

lado del cónsul. ¿Me equivoco?

—Por desgracia estás en lo cierto.

Razón no le faltaba y después de la reunión que mantuvo con todos los senadores que habían participado en la conjura, respiró un poco aliviado. Se quitó un peso de encima, y rápidamente se vio obligado a poner en marcha su cabeza para trazar otro plan y aprovechar aquella oportunidad que Emilio le había brindado en nombre de los demás. Tenía que reconocerle el buen trabajo al senador, que había sido capaz de apartar un poco la tensión y suavizar lo que se aventuraba como un desastre. Desconocía el motivo por el cual aquel hombre había defendido su manera de actuar, aunque tampoco quiso preguntarle antes de que abandonara la casa de Fabio. Aceptó continuar colaborando con los conspiradores y pudo ver claramente que era aquel hombre quien realmente movía los engranajes de aquel complejo entramado en el que estaban involucradas algunas de las personalidades más ricas e influyentes de la República.

Cuando le dijo a Fabio esa última frase, sabía que podía ofenderle tal afirmación. El aristócrata se había convertido en un amigo. Hasta tal punto que había sacrificado todo por ir a rescatarle de su cautiverio, así que, observando su rostro, lamentó tenerle que haber dicho las cosas con esa contundencia. Lo que menos quería era molestarle, sobre todo después de todo lo que había hecho por él en esos últimos días.

—No debes disculparte por tus palabras, amigo Sexto, y menos cuando están cargadas de razón —dijo de repente Fabio sacándole de sus reflexiones.

«Vaya, parece que no se lo ha tomado tan mal al fin y al cabo», pensó para sí mismo alegrándose.

—Tienes toda la razón cuando afirmas que Augusto es la República, o más bien dicho, la República pertenece a Augusto —dijo el senador encogiéndose de hombros.

—Aunque lo que he visto en la reunión me hizo pensar en que vosotros, bueno, quiero decir nosotros, podemos conseguir lo que nos proponemos —dijo en tono conciliador Sexto—. Pero como te he dicho, debemos ser pacientes por ahora y no precipitarnos en las decisiones que tomemos.

—Entiendo…

—Para comenzar a saldar la deuda que tengo con vosotros, moveré contactos para tratar de averiguar algo más acerca de las reacciones de Augusto.

—Me alegra verte animado de nuevo y con ganas de trabajar —

afirmó Fabio esbozando una sonrisa—. Parecías un alma condenada vagando por el mundo de los vivos.

Razón no le faltaba. Desde que llegaron a Roma, su estado de ánimo había sido de abatimiento total. Pero tras la reunión con los senadores se quitó un enorme peso de encima. El discurso de Emilio le mostró que su plan inicial era magistral y que había fracasado por todos esos factores externos que lo desequilibraron. En el fondo sabía que parte de la culpa era suya, sobre todo en lo concerniente a Flavio. Pero el tema de la misiva enviada a Marco… Eso era distinto. Aquello se le escapó totalmente a su control y para ser exactos, fue el detonante para que Valerio metiera las narices en el asunto. A partir de ese momento tuvo que improvisar en demasiadas ocasiones y, aunque fue capaz de resolver satisfactoriamente algunas de ellas, en otras no tomó la mejor decisión posible.

A menudo, en la sombría celda en la que fue recluido, se preguntaba el motivo por el que el asesino decidió ayudar a los legionarios. Sabía que se sentía traicionado por los que le habían contratado, al menos esas fueron sus palabras justo antes de dejarle noqueado en su tienda y desaparecer. En cierto modo él también se sentía responsable de haber participado del plan para eliminarle, ya que al final tuvo que claudicar ante la presión de los demás y aceptar que el asesino fuera enviado a la otra vida, ya que suponía una amenaza para el plan. Eso sí, Flavio jamás pudo saber que había intentado hacer todo lo posible por evitar que las cosas terminaran de aquella manera. La fortuna había querido que la noche en la que tenían que acabar con su vida, sus verdugos fueran a su vez asesinados por Valerio y los suyos. ¿Pero qué había de cierto en lo que le había contado Flavio aquella noche cuando volvió a la tienda? ¿De verdad los soldados le habían sorprendido conversando con Gémino y Fabio? En aquel momento se creyó la explicación del asesino. Le parecía coherente. Pero analizándola con detalle y *a posteriori*, había algunos detalles que no acababan de encajar. No les prestó más atención en su momento ya que él también tenía que disimular. De hecho, lo importante era ocultar cualquier indicio que le hiciera creer a Flavio que se había orquestado todo aquello para acabar con su vida.

—Deberíamos hablar con los demás y hacerles partícipes de nuestra conversación y de los detalles que hemos tratado —dijo Fabio devolviéndole a la realidad otra vez.

Sexto se frotó la barbilla, pensativo.

—No me parece demasiado inteligente…

—¿Por qué no? —interrogó el senador.

—Si algo he aprendido en estas últimas semanas es que antes de

decir las cosas, es mejor pensarlas varias veces.

—Pero existe la posibilidad de que ya nos estén investigando, como bien has dicho tú mismo —expuso Fabio un poco alarmado.

—Es una posibilidad, lo cual no significa que lo estén haciendo.

—Conociendo a Augusto seguro que querrá prevenir antes que lamentar.

—Es probable —respondió Sexto viendo que el senador se estaba comenzando a poner algo nervioso.

—Entonces me estás dando la razón.

—No en todo —dijo poniéndose en pie—. Verás, si alertamos a los demás senadores acerca de la posible investigación para saber quién o quiénes podrían haber orquestado su muerte, dejaremos entrever que hay una probabilidad de que se lleven a cabo proscripciones.

—Vale, ¿y cuál es el problema de que lo sepan?

—Que correríamos un elevado riesgo de que alguno de los implicados buscara una salida para salvarse, amigo —expuso Sexto.

—Todos estamos metidos en esto hasta el cuello. ¿Por qué alguien se iría de la lengua? No tendría sentido.

—Créeme cuando te digo que en una situación complicada, como es la que estamos viviendo ahora mismo, un hombre puede tomar decisiones ilógicas —comenzó a explicarle a su anfitrión—. Si cualquiera de los senadores implicados en la conjura, percibe que los hilos que mueve Augusto se acercan hasta él, existe una alta probabilidad de que trate de salvar el cuello. Y cuando uno está acorralado y no ve salida alguna, es capaz de hacer cosas totalmente ilógicas. Es por ello que, si les asustamos ahora, nos arriesgamos a que el más débil o el más asustadizo de todos se venga abajo y hable.

—No lo había visto de esa manera, amigo. Pero estás en lo cierto —señaló Fabio dándose cuenta del aviso.

—Me alegra que lo entiendas.

—Aunque de todas maneras creo que deberíamos explicárselo a Emilio. Él no es como los demás. Ya lo viste —indicó Fabio.

—Cierto, es muy diferente al resto. Me parece justo ponerlo en preaviso.

—Entre los tres decidiremos cuál tiene que ser el siguiente paso.

—Que así sea entonces, amigo.

CAPÍTULO XIX

—¡Ahora! ¡Flanqueemos a esos salvajes! ¡Por Roma y por Augusto!

De repente, las dos cohortes de legionarios emergieron desde ambos lados de la planicie. Los cántabros estaban enzarzados con las cohortes auxiliares en un duro combate cuerpo a cuerpo, y no se habían percatado de que había unidades emboscadas en las lindes del bosque, ocultas a su vista. Por suerte para los romanos, el hecho de atacar al despuntar el alba fue la mejor decisión que podían haber tomado, y es que el amparo de la oscuridad les permitió llevar a cabo la maniobra de ocultamiento de las dos cohortes legionarias. Pese a que los cántabros disponían de vigías, estos fueron rápidamente eliminados por los exploradores vacceos con ayuda de algunos jinetes tracios que se adelantaron para allanar el camino. Eso les permitió poder esconderse sin mayor dificultad. La verdad era que el plan estaba bien definido, y todo salió a la perfección, como si hubieran contado con el beneplácito de los dioses.

Estaba saliendo mejor de lo que se podía imaginar, pero en ocasiones el éxito radicaba en las cosas que a simple vista parecían más elementales. El primer movimiento lo hicieron las cohortes de *auxilia*, que avanzaron hacia el campamento enemigo haciendo el máximo ruido posible para alertar a los enemigos, que por aquel entonces debían estar durmiendo plácidamente. Esas unidades que avanzaban en perfecta formación y en línea recta hacia los bárbaros tenían la misión de atraerlos a un combate cuerpo a cuerpo. Y los cántabros, sorprendidos por la presencia de los romanos, no dudaron ni un instante. Aunque inicialmente los líderes retuvieron el ímpetu de sus guerreros, al final acabaron mordiendo el anzuelo y al creerse superiores en número a sus rivales, aceptaron el ofrecimiento de entablar batalla de buen grado. Su atención se centró entonces en los auxiliares, cuyo papel era fundamental para que el plan saliera bien. Debían resistir la primera acometida y comenzar incluso a retroceder de manera ordenada dejando entrever que estaban siendo superados. Cuando el enemigo estuviera confiado, la línea romana se frenaría en seco en los puntos marcados sobre el terreno con cal. Allí volvería a plantar cara y cuando los salvajes estuvieran de nuevo sobre ellos, sería el momento de la aparición en escena de las dos cohortes legionarias que atacarían por los flancos, cogiendo desprevenidos a

sus enemigos que no tendrían manera de escaparse de la celada.

Todo había salido según lo estipulado por Salonio, que junto a Fregal y el prefecto que dirigía la caballería, se encargaron de exponer el plan al resto de oficiales que comandaban las unidades que componían la pequeña fuerza. Como siempre, la infantería auxiliar sería la que debería aguantar la acometida principal de los enemigos. Se podía decir que estaban acostumbrados a ello. Eran conocedores de que la parte más dura de cada batalla, la que incluía el mayor número de enemigos, en definitiva, aquella en la que nadie deseaba estar, era la que siempre les tocaba. El no ser ciudadanos romanos de pleno derecho les hacía más prescindibles. Las legiones eran la columna vertebral del ejército romano, pero los *auxilia* eran los pilares sobre los que se sustentaba el engranaje militar.

Y como siempre, cumplieron con su deber con valentía y coraje. Resistieron la feroz acometida de los salvajes hasta en dos ocasiones. Cayeron algunas decenas de hombres, algunos muertos, la mayoría heridos de diversa consideración. Por fortuna para ellos, los cántabros ni se molestaron en rematarlos, ya que su objetivo principal era quebrar las líneas lo antes posible para desorganizar las unidades. Habían aprendido de sus últimas derrotas, y eran conscientes de que la fuerza de los romanos radicaba en el poder mantener el frente sin que se produjeran brechas. Por ello no perdieron tiempo ni escatimaron esfuerzos ocupándose de los heridos que habían quedado esparcidos en el punto en el que tuvo lugar el primer choque. Ya se ocuparían de rematarlos al final de la batalla.

Aunque eso no iba a suceder. Cuando se dieron cuenta de lo que se les venía encima, ya era demasiado tarde. Estaban muy hacinados combatiendo contra la larga línea del frente que ocupaban los auxiliares. Además, las cohortes legionarias estaban ya muy cerca de ellos ya que habían emergido de su escondite en completo silencio. El fragor del propio combate también sirvió para que los salvajes no se dieran cuenta de que habían caído en una celada hasta el último momento. Apenas tuvieron tiempo de encararse a los flancos. Cuando los gritos de los soldados, acompañados por las notas musicales de los instrumentos de viento rugieron, la reacción ya era prácticamente imposible. Aquellos sonidos se asemejaban a los rugidos que emitían las bestias enfurecidas. La carga fue implacable, y las filas de legionarios fueron barriendo a sus sorprendidos rivales como si fueran simples espigas de trigo en plena cosecha. La imposibilidad de defenderse era tal, que los primeros en ponerse de cara a los soldados romanos no tuvieron tiempo ni de gritar.

Los legionarios de la primera centuria, segunda cohorte,

encabezaban las fuerzas que aparecieron por el flanco izquierdo enemigo. Segaron las vidas de sus enemigos sin piedad. Clavaron sus *gladii* en los cuerpos indefensos de aquellos salvajes, y pronto el terreno que otrora albergara un verde prado, fue regado por la sangre de los oriundos de aquella región. Los gritos de terror de los que iban cayendo, alertaron a sus compañeros que estaban en el centro. Poco a poco fueron refrenando el ímpetu de la carga, y los auxiliares se pusieron a trabajar al igual que las legiones. Pincharon, golpearon, cercenaron, pisaron y remataron a todos los que se interponían en su camino.

Los cántabros que estaban en las últimas filas no tardaron en darse la vuelta y huir dejando a sus camaradas solos en aquella bacanal de sangre que se estaban dando las espadas romanas. Pero todavía quedaba la última parte del plan. Las órdenes habían sido muy claras: acabar con todos esos guerreros. Era el último foco de resistencia activa que se interponía con el grueso de la población que había huido de Vellica. Al menos era el último con la capacidad militar suficiente como para plantar cara a las legiones, y por ello era vital matarlos sin piedad.

Mientras los legionarios y los auxiliares continuaban con la carnicería, algunos grupos de cántabros corrían en dirección opuesta, sin ni siquiera mirar atrás. Pero no iban a llegar demasiado lejos. Frente a ellos emergió una poderosa fuerza de jinetes. Aparecieron desde la retaguardia. Era el *ala* de auxiliares que había rodeado el campamento justo antes del alba para situarse en aquella posición y cerrar la trampa. De nuevo sonó el *cornus* y decenas de jinetes aceleraron el paso hasta ponerse al galope y cargar contra aquella turba desordenada que no tuvo apenas tiempo de detenerse. Muchos se quedaron parados, otros trataron de cambiar el sentido de la huida e incluso hubo alguno que se dio la vuelta para volver hasta donde estaban siendo masacrados sus compañeros. Pero no había escapatoria para ninguno de aquellos infelices. La caballería abarcaba todo lo ancho de la planicie, y los hombres que corrían estaban demasiado lejos de las lindes del bosque para tratar de buscar refugio en ellos. La única decisión que podían tomar en aquel momento era cómo morir. Porque sus destinos ya estaban escritos. Iban a ser las ofrendas para los dioses romanos y no había manera alguna de evitarlo.

Campo de batalla, mediodía de aquella jornada

El grueso del ejército apareció al cabo de unas pocas horas de haber finalizado la carnicería. Algunos soldados estaban todavía rematando

a los pocos heridos que se lamentaban en lo que había sido el campo de batalla. Aunque catalogar aquello como batalla era ser demasiado generoso. Al final se había dado cuartel a casi cuatrocientos salvajes. Salonio había sido misericordioso con algunos de los que resistieron hasta el final. Cuando la caballería arrasó con los que huían, cargó contra la retaguardia de los cántabros cerrando el cuadrado y la matanza. Tuvo que insistir varias veces a los músicos para que tocaran la orden de parar. El griterío era ensordecedor y el frenesí en el que estaban sumidos casi todos los soldados hizo que muchos de ellos ni siquiera escucharan las órdenes. Algunos oficiales, como Valerio, tuvieron que entrar en la formación y transmitir las indicaciones a sus hombres para que dejaran de matar enemigos. Se tuvieron que emplear a fondo, e incluso golpear a alguno de los suyos para que refrenara su ira.

El tributo de sangre que se había dado a los dioses era más que suficiente, y poder disponer de esclavos siempre venía bien. Era evidente, a juzgar por el resultado de la contienda, que los cántabros habían comprendido que no tenían manera alguna de oponerse a Roma. No después de aquello… Volvían a ser vencidos, y en aquella ocasión de manera aplastante. Estaba claro que eran muy inferiores a la maquinaria de guerra romana.

Cuando Agripa y Antistio llegaron al lugar donde estaba Salonio reunido con los oficiales que habían participado en la batalla, todos los presentes se cuadraron y saludaron a los hombres que dirigían temporalmente la campaña. Ambos descendieron de sus monturas, acompañados por los legados de las dos legiones y los tribunos laticlavios que se quedaron un poco más atrás.

—Buen trabajo, centurión —dijo Agripa sonriendo y acercándose hasta donde estaban los oficiales, la mayoría de ellos cubiertos de sangre.

—Gratitud, comandante —respondió el aludido.

—Veo que habéis hecho algunos prisioneros.

—Así es, señor. Creí oportuno detener la matanza —indicó Salonio—. Siempre viene bien tener algunos esclavos como botín de guerra. Además, imagino que los supervivientes habrán entendido el mensaje.

—Esos malditos salvajes no entienden nada —interrumpió Antistio.

—Ya no suponen una amenaza, comandante —repuso el *primus pilus*—. Los hemos desarmado completamente y los vacceos les están dejando claro qué es lo que les espera a partir de ahora.

Antistio hizo caso omiso a las últimas palabras de Salonio, y se apartó ligeramente del grupo. Agripa se dio cuenta del gesto y trató de cambiar de tema al cerciorarse de las caras que pusieron los hombres

que habían combatido y sangrado por Roma:

—¿Cuántas bajas hemos tenido, centurión?

—Pocas, comandante. Sesenta muertos entre los auxiliares y ciento veintitrés heridos. Dieciséis muertos y treinta y seis heridos entre los legionarios y ninguna baja entre la caballería. Los jinetes han participado en la parte final del combate, cuando ya teníamos a los salvajes acorralados.

—Manda que se preparen las piras funerarias para los caídos, yo mismo me ocuparé de sufragar los gastos de los sepelios. Que los compañeros de *contubernia* envíen las monedas que correspondían a tal efecto a las familias de los fallecidos —indicó Agripa.

Él sí que era un militar de los pies a la cabeza. Antistio no era más que otro aristócrata que dirigía un ejército como el que jugaba en un tablero. Detestaba cada vez más a esa clase de hombres. Por suerte, la balanza se equilibraba con figuras de la talla de Agripa, que compensaban con creces a tipejos de la calaña del gobernador.

—Cuando puedas, quiero un informe de la batalla, centurión. Ahora manda descansar a tus hombres, os lo habéis ganado.

CAPÍTULO XX

Roma, principios de abril del año 25 a. C.

La ciudad era un hervidero a esas horas de la tarde. Aunque el tráfico de carros estaba limitado desde tiempos de César cuando promulgó la *lex Iulia municipalis,* que limitaba el acceso de los carros en la ciudad durante el día, seguía habiendo mucha gente circulando a pie por las abarrotadas calles y callejuelas de la ciudad. Se sentía incómodo entre tanta gente. Las últimas semanas las había pasado plácidamente en una villa que tenía su amigo Fabio a las afueras de la ciudad de Paestum, en la región de la Campania. Allí se había recobrado de sus heridas, tanto las físicas como las psicológicas gracias a los cuidados del *medicus* personal del senador. Ahora, de regreso a la capital, se sentía un poco tenso tras disfrutar de aquel descanso que le había sentado francamente bien.

Acompañaba a su amigo a casa de Emilio para reunirse de nuevo con él. Antes de irse de Roma, cumplió con lo prometido a Fabio, y se reunió con el que se había erigido en portavoz de los conjurados. Todavía recordaba cómo había transcurrido aquel encuentro.

Colina del Palatino, casa de Publio Emilio Léntulo, varias semanas antes

—Bienvenidos a mi casa, amigos —dijo abriendo los brazos en señal de bienvenida el anfitrión—. Pasad y poneos cómodos —acto seguido dio varias palmadas hasta que aparecieron dos esclavas jóvenes y muy hermosas—. Servid vino y algo de comer a mis invitados.

Las dos muchachas desaparecieron de la vista de los presentes y regresaron al cabo de poco con lo que su amo les había solicitado. Mientras ellas se esmeraban en llenar las copas, los hombres se sentaron en unas sillas de madera acolchadas con varios lujosos cojines de diferentes colores. Sin duda exóticos. Le recordaron a los que tenía la estancia que ocupó en la corte del rey persa Orodes II hacía ya algunos años. Justo entonces le vino a la memoria la placentera noche que pasó en compañía de aquellas dos hermosas mujeres yuezhi. Por aquellos momentos sí que merecía la pena seguir viviendo.

Emilio hizo un gesto con sus manos y las dos esclavas se

marcharon dejándolos solos. Fue entonces cuando el anfitrión tomó la palabra:

—¿Y bien? ¿Qué es eso tan urgente que teníais que explicarme y que no podía esperar a mi regreso?

—Lamentamos mucho haberte obligado a retrasar tus negocios —dijo en primera instancia Fabio excusándose ya que la urgencia de la información que traían requería aquel encuentro—. Sabemos que eres un hombre ocupado…

—No os preocupéis. Tenía que visitar unos viñedos cerca de Neapolis que estoy pensando adquirir, pero al recibir vuestra misiva he pensado que valía la pena esperar y por ello he decidido enviar a mi secretario para que se encargue de la supervisión de las tierras hasta que yo pueda ir.

—No te entretendremos demasiado —insistió Fabio.

—Vosotros diréis… —añadió invitándoles a hablar.

—Verás, después de la reunión del otro día en mi casa, Sexto y yo mantuvimos una interesante y larga conversación…

Se esmeró un poco explicándole los detalles e impresiones que habían sacado acerca del asunto que les tenía un poco preocupados. Bueno, más al senador que a su amigo.

—Coincido plenamente con el parecer de Sexto —dijo Emilio tras escuchar atentamente todo lo que expuso su colega en la cámara.

«Sí que lo ha visto claro», pensó para sus adentros Sexto. Ni siquiera habían tenido que insistir para tener que convencerle. Él mismo se había mantenido en silencio durante todo el encuentro y había dejado que Fabio fuera el que hablara. Evidentemente al estar más preocupado por aquello su explicación sirvió para darle cierto tono de drama que ayudó a que los argumentos fueran más convincentes.

—Coincido en el hecho de que, si actuáramos de forma precipitada, podríamos obtener un resultado totalmente opuesto al que buscamos. Creo que la prudencia siempre es buena consejera, y en todo caso confío en la mayoría de ellos —dijo antes de hacer una pequeña pausa que dejaba entrever algún contratiempo o aspecto que no tardaría en aclarar—. Pero también es cierto que hay algunos elementos que no me acaban de convencer —expuso de nuevo el senador siendo más claro.

—¿Y se puede saber quiénes son esos de los que no deberíamos fiarnos? —interrogó Fabio un poco más atento a esa cuestión.

—Por ejemplo, y sin ir más lejos, hay tres hombres de los que he tenido dudas estos últimos días. Se trata de Sempronio Longo, Decio Mus y Licinio Niger.

—Al primero lo conozco muy poco, apenas he cruzado algunas palabras con él, es muy reservado —apuntó Fabio.

—Veo que tú también te has dado cuenta de ese detalle, y precisamente eso es lo que no me gusta de él.

—Que sea reservado no significa que sea menos leal a la causa —señaló Sexto tratando de averiguar algo más sobre aquel senador.

—Estoy totalmente de acuerdo con esa afirmación, querido Sexto —dijo el anfitrión—. Pero conozco a todos los que están implicados en la trama, y tú me has pedido que te nombrara a aquellos que pudieran parecerme sospechosos. Me limito a responder a la pregunta que me has formulado —añadió encogiéndose de hombros y esbozando una pícara sonrisa.

Seguía sin saber por dónde coger a Emilio. Le parecía peculiar y le costaba acceder a él. Había tratado con muchos hombres parecidos, pero siempre tenían un resquicio por el cual uno se podía colar. En cambio, aquel senador era distinto. Aquel sentido de la ironía le convertía en un ser enigmático y a la vez peligroso. A partir de ese momento debería mostrarse un poco más cauto a la hora de conversar con él. Esa era otra de las cosas que Agatocles le había enseñado años atrás. Perforar las corazas emocionales de según qué personas era más complicado que hacérselo a un escudo. Así que optó por no mostrarse demasiado interesado en Sempronio, y preguntó:

—¿Y qué hay de los otros dos que has nombrado?

—Decio es un tipo muy codicioso. Las malas lenguas dicen que su patrimonio se ha reducido bastante desde que le salieron mal un par de negocios en los que invirtió. Además, se rumorea que se le ha visto merodear por varias *tabernae* de la Subura en las que se dice que tienen lugar apuestas ilegales.

—¿Qué hay de malo en apostar? —preguntó de nuevo a Emilio.

—No hay nada de malo… —dijo soltando una carcajada el senador —. Al menos mientras tengas monedas para pagar tus deudas.

No le faltaba razón al senador. Aquel detalle era importante y podría ser también decisivo en un momento determinado.

—Otros senadores dicen haber visto como en alguna ocasión le estaban esperando a la salida de la Curia hombres que parecían ser matones a sueldo —añadió Emilio en un tono más de cotilleo que de otra cosa.

—Eso le hace peligroso, sin duda… —añadió Sexto.

—No veo el motivo —dijo Fabio tras apurar su copa presto a intervenir tras haberse mantenido en silencio durante un buen rato.

—Un hombre con deudas puede caer fácilmente en la tentación de dar información a cambio de una jugosa cantidad de monedas —

expuso Sexto a su amigo que asintió levemente dando por entendido el motivo.

—Pero el peor es Licinio Niger —señaló Emilio—. Y os diré el motivo por el cual desconfío de él. Fue uno de los que estuvo del lado de Antonio durante la última guerra civil —comenzó a explicar el senador—. Apoyó siempre al antiguo rival de Augusto, pero en el momento decisivo, justo antes de que tuviera lugar la batalla de Actium, desertó y se unió al ejército del *Princeps*. Hasta ahí puede pareceros algo normal, ya que no fue el único que tomó esa decisión. Lo que no es muy digno es el motivo por el cual lo hizo: pura cobardía. Pensó que su comandante sería derrotado y huyó a los brazos del que había sido hasta entonces su enemigo. Y no contento con ello, además se encargó de contarles a Augusto y a Agripa dónde estaban establecidas las fuerzas de Antonio, y cuántos barcos tenía disponibles, así como los efectivos que no eran suficientes como para tripular todas sus naves de guerra.

—Vaya escoria… —dijo Sexto haciendo una señal con sus dedos mediante la cual maldecía a semejante traidor.

—Sí, de la peor calaña que uno se pueda encontrar —añadió Emilio—. El peligro de los tipejos como él es que si se sienten acorralados no dudan en quebrar las lealtades y vender a los de su entorno. Ya lo hizo en su momento con Antonio, y puede volver a hacerlo de nuevo.

—Cada cual tiene sus debilidades. De los dos primeros no me preocuparía, aunque tengan esas características, no creo que supongan una amenaza real, pero igualmente estaría bien no quitarles el ojo de encima por si acaso —dijo Sexto que estaba encontrando muy productiva esa reunión—. El que no me hace gracia es el tercero, ese tal Licinio. Esa clase de hombres, los cobardes que cambian sus lealtades a la mínima duda, son los que de verdad pueden hacer que un plan se descubra.

—¿Entonces qué proponéis que hagamos? —interrogó Fabio.

—De momento no explicarle a los demás lo que podría estar haciendo Augusto. Nada sobre posibles investigaciones, que por ahora no son más que conjeturas. No es necesario alarmar a nadie y empujarlo a que cometa algún error —dijo Emilio.

—Podrían deducirlo ellos mismos, no creo que sean tan estúpidos —apuntó el otro senador.

—Cierto, pero si no decimos nada, evitaremos que tomen malas decisiones. Tenemos que protegernos de nosotros mismos también —respondió con criterio Emilio.

Sexto se rascó la barbilla, pensativo. No lo veía tan claro como los

dos senadores. La experiencia le decía que en momentos como esos había que tomar decisiones drásticas. La última vez que no lo hizo, todo acabó siendo un completo fracaso.

—Creo que deberíamos aprovechar la ocasión para deshacernos del que supone más peligro, de Licinio Niger —dijo de súbito ante la sorpresa de sus contertulios.

Los otros dos hombres lo miraron asombrados. No se esperaban esa propuesta tan contundente.

—¿Te refieres a matarle? —dijo de súbito Fabio tras dejar su copa de vino sobre una pequeña mesa de roble.

—¿Qué? ¿Me vais a decir que no habéis pensado lo mismo?

Ambos hombres se observaron durante un instante, pero no dijeron nada.

—No me miréis de esa manera… —añadió al sentirse observado—. Está claro que supone una amenaza seria y hay mucho en juego. Yo no tengo mucho más que perder, pero vosotros sois senadores y hombres respetables. Os jugáis mucho más que yo, y vuestras familias también. Ya sabéis lo que sucede cuando Augusto no se fía de alguien…

Las caras de los dos hombres se tornaron más pálidas por un momento.

—Habéis sido vosotros los que habéis expuesto los motivos por los que desconfiáis. Sabed que estamos en una posición muy débil en estos momentos, y un paso en falso puede llevarnos a la muerte en el mejor de los casos. La otra vía puede ser mucho peor, y os hablo desde la experiencia —añadió mientras recordaba lo salvajes que podían ser los torturadores que servían a las órdenes del *Princeps*—. Lo ideal sería acabar con los tres, pero eso levantaría demasiadas sospechas entre los demás y podríamos obtener aquello que no buscamos. En cambio, uno podría desaparecer sin más, al fin y al cabo, son cosas que ocurren en la ciudad. Nunca se sabe con quién te puedes cruzar en las peligrosas calles de Roma.

Emilio se llevó la mano a la barbilla y se la rascó. Llenó su copa de vino y dio un largo sorbo antes de tomar la palabra:

—Suele ocurrir, todo sea dicho. ¿Podrías ocuparte tú de solventar este pequeño contratiempo?

—Podría —dijo Sexto—. Todavía tengo algunos contactos en la ciudad de los que servirme.

—¿Saldrá caro? —interrogó Fabio.

—Si queréis que sea limpio, sí. Todo tiene su precio en Roma. Vosotros deberíais saberlo mejor que yo.

—No te preocupes por las monedas. Fabio y yo te daremos lo que necesites. Tú encárgate de que desaparezca de manera discreta y,

sobre todo, que esta información no salga de aquí. No quisiera que los demás se enteraran de lo que hemos planeado.

Roma, principios de abril del año 25 a. C.

—Los hombres que contrataste imagino que serán buenos.

—No son buenos, querido amigo. Son los mejores —dijo Sexto mientras subían la cuesta que les conducía directamente a casa de Emilio.

—Eres un hombre con contactos.

—En el mundo en el que me muevo tienes que tenerlos si no quieres aparecer apuñalado en una calle o flotando en las aguas del Tíber —afirmó de nuevo.

—Vaya, cualquiera diría que esas cosas ocurren.

—Más a menudo de lo que imaginas —añadió Sexto—. Lo que pasa es que la gente de tu posición social no se entera de lo que ocurre en los bajos fondos. Vivís ajenos a la realidad, pero la Roma oscura, la que no duerme por las noches, es en realidad mucho más peligrosa de lo que imaginas. Y aunque ahora hay mucho más control que años atrás, sigue habiendo un submundo en las callejuelas de los barrios más pobres.

—Para serte sincero, prefiero seguir siendo un ignorante en ese campo —dijo soltando una carcajada Fabio.

«Estos malditos aristócratas no saben realmente lo dura que es la vida», pensó para sí mismo Sexto mientras esbozaba una sonrisa un poco forzada para disimular. Por suerte ya estaban llegando a casa de Emilio. Le daría las buenas noticias y seguro que incluso le ofrecía algún presente por haber hecho un buen trabajo. Poco a poco recuperaría su prestigio y con acciones como esa, volvería a ser contratado para continuar haciendo lo único que se le daba bien.

Puerto de Ostia, aquella misma noche

—¿Por qué tenemos que marcharnos de Roma de esta manera? Parecemos fugitivos —dijo la mujer quejándose mientras llevaba en brazos a un niño pequeño y a otro sujeto de la mano.

—¿Es qué no entiendes todavía la gravedad de las cosas, Marcela? ¿Cómo tengo que explicártelo? —le respondió el hombre mientras subía algunas pertenencias al barco ayudado por dos esclavos jóvenes.

—Pero no le he dicho nada a mi madre, Licinio. Pensará que nos ha ocurrido algo grave y se pondrá nerviosa como de costumbre…

—¡Que le den a tu maldita madre y a toda tu familia! —exclamó el hombre arrojando al suelo una caja de madera que contenía perfumes.

El ruido fue estrepitoso, y todos los que estaban allí presentes se quedaron parados. El niño pequeño que sujetaba la mujer comenzó a berrear. La mujer se lo entregó a su esclava que hacía las veces de ama de cría.

—¡Haced que se calle de una vez o lo tiro al agua! —volvió a gritar Licinio cada vez más nervioso.

Ambas mujeres, la madre y la esclava trataron de calmar al pequeño, pero este no estaba por la labor. Incluso la propia madre llegó a taparle la boca en varias ocasiones, pero no consiguió que dejara de llorar. Sabía que su esposo era un hombre de carácter y que cuando se ponía nervioso podía cumplir con sus amenazas. No era la primera vez en la que se tenía que llevar a los niños para que no presenciaran escenas terribles, indignas de un hombre de su rango. Pero los hombres eran así. Ella, como mujer de noble cuna, había sido educada para mostrarse siempre leal y sumisa ante su esposo, pero en más de una ocasión había estado tentada de abandonarle y regresar a casa de sus progenitores. Si no lo había hecho, era en parte por la vergüenza y la deshonra que supondría aquella acción para ellos, y por las posibles consecuencias que podría tener para sí misma y sus hijos. Por suerte para todos, en esa ocasión, Licinio se alejó unos pasos y respiró profundamente intentando serenarse.

«Maldito el día en el que a mi padre se le ocurrió casarme con esta estúpida mujer», se dijo a sí mismo. Si no hubiera acordado con Claudio Marcelo el matrimonio, no tendría por qué estar ahora en aquella situación tan incómoda. Podría pensar con más claridad en lugar de tener que estar escuchando los berridos de aquel dichoso bebé. Pensó que tal vez habría sido mejor desaparecer él solo y dejarlos a ellos en Roma. Pero aquella mujer no servía para nada, sería incapaz de valerse por sí misma tal y como estaba sucediendo en aquel momento. Bueno aquella, y seguramente todas las que pertenecían a las familias aristocráticas de Roma. Pasó un rato hasta que el niño se calló. Fue entonces cuando volvió hasta el muelle para seguir cargando la pequeña nave.

No le había salido barato fletar aquella embarcación con tan poco margen de tiempo. Pero precisamente tiempo era lo que no tenía. Fortuna ya le había sonreído cuando pudo sobornar a los dos hombres que habían enviado para matarle. Por suerte tenía una buena bolsa de monedas a mano que les pudo ofrecer a cambio de su vida y quién sabe si también a cambio de la de su familia. Eso sí, los dos asesinos, que iban con el rostro cubierto y vestidos con ropajes oscuros, le

dejaron muy claro que, si le volvían a ver por la ciudad, acabarían el trabajo para el que habían sido contratados. Así que no le quedaron muchas opciones. No estaba seguro de quién podía haber ordenado su muerte, aunque tenía una ligera sospecha. No tenía deudas en curso, ni tampoco acreedores a los que les debiera monedas. Tampoco había discutido con nadie, ni tenía causa pendiente alguna por ofensas o ultrajes del pasado.

Eso le llevó a deducir que solo podía tratarse de un asunto: la conjura. Alguien quería deshacerse de él, y seguramente el motivo era el de siempre: la desconfianza. Su pasado siempre le perseguiría allá donde fuera, era algo de lo que no podía desprenderse ni huir. Eso tan solo ocurriría el día que tuviera que rendir cuentas a Plutón. ¿Quién le mandaría a él haberse metido en aquella oscura trama? ¿Por qué volvería a cambiar sus lealtades? ¿Es que no había tenido bastante con traicionar la confianza de Antonio en su día? Ahora había traicionado al hombre que le acogió en su seno y le perdonó uno de los pecados más terribles que podía cometer un ser humano. Augusto, el benevolente, le perdonó que hubiera sido su enemigo y que se hubiera alzado en armas contra él.

Maldijo el día en el que hizo hablar a Lúculo más de la cuenta y se metió donde no le llamaban. Si se hubiera marchado a su casa en lugar de ir a beber con él y tirarle de la lengua, ni siquiera se habría enterado de nada y su vida continuaría siendo la de siempre. Pero lo que menos le apetecía en aquel instante era estar con aquella odiosa mujer que tenía, así que como siempre, buscó la manera de entretenerse y llegar a casa tarde, cuando ella ya estuviera dormida. Y ese entretenimiento le había salido muy caro. El destino y los dioses eran mucho más sabios que los mortales, y siempre ponían las cosas en el lugar que les correspondía. Él no había hablado con nadie jamás. No había delatado a ninguno de los senadores que estaban implicados en la conjura, pero su pasado tenía más fuerza que su presente, y ya era muy tarde para justificarse ante nadie.

Ellos ya habían decidido cual tenía que ser su destino, así que debía aprovecharse de la ventaja que le daban aquellas monedas que había entregado a cambio de seguir respirando. Estaba claro que alguien de entre los conspiradores no se fiaba de él y había puesto precio a su cabeza. Tarde o temprano se acabarían dando cuenta de que no estaba muerto, ya que aquellos dos mercenarios no eran de fiar. Entonces removerían cielo y tierra para encontrarle, así que la única manera de salir con vida de todo aquel tema era acudir a la presencia del único hombre que podía garantizarle su seguridad y la de los suyos: Augusto. El destino que tenía que tomar aquella nave no

podía ser otro que Hispania. Debía dar con el *Princeps* lo antes posible y explicarle todo lo que sabía. Era la única salida posible y no tenía tiempo que perder.

CAPÍTULO XXI

Barrio de la Subura, Roma, a la mañana siguiente

Se estaba desangrando por momentos. Apretó fuertemente la herida tratando de taponarla para evitar morir a causa de la hemorragia. La lesión era más grave de lo que le había parecido en un principio, así que necesitaría la asistencia de algún *medicus*. Sudaba mucho y la cabeza le ardía. Se detuvo un instante para coger aliento y se apoyó en una de las paredes embadurnándola con su propia sangre. «Maldito Demetrio, rata apestosa del Averno», dijo en voz baja mientras recordaba al hombre que le había traicionado y de paso infligido aquella terrible herida. Al menos le quedaba el consuelo de haberle traspasado la garganta con su espada. Aquel traidor ya estaría haciendo cola en el reino de Plutón esperando a que el Barquero acudiera a la orilla de la Estigia para pedirle la moneda que tenía que sufragar su pasaje. Rogó a los dioses que no tuviera con qué pagarle y su alma estuviera condenada a vagar sin rumbo para toda la eternidad.

En lugar de repartirse el botín, como era lógico, había intentado matarle para quedarse con todo. Y lo peor de todo fue que no lo vio venir. Le conocía desde hacía varios años y jamás pensó que fuera tan ambicioso como para atacarle por la espalda mientras estaba dormido. Por suerte, tenía el sueño ligero y pudo prever los movimientos del que había sido su socio. Otra de las cosas que debía tener en cuenta a partir de ese momento, si es que salía con vida de aquella, era a no compartir habitación ni sueño con los que eran como él. Podía ser muy peligroso.

En cuanto a la cantidad de monedas que habían recibido de aquel senador no había duda de que era suculenta, pero tampoco es que fuera suficiente como para dejar aquella vida y retirarse. No entendió que Demetrio tratara de deshacerse de él a traición por aquella irrisoria cantidad, aunque la bolsa estuviera repleta. A él jamás se le pasó por la cabeza hacer lo propio para quedarse con toda la recompensa y es que existía un maldito código, incluso entre los hombres de su calaña. Un código que si bien no estaba escrito ni constaba en ningún registro oficial, lógicamente, todos conocían y sobre todo respetaban. Hasta el más novato en la profesión sabía que había unos límites que no se podían traspasar, y aquella rata griega se

los había saltado.

Recuperó ligeramente el aliento y se incorporó de nuevo. Valoró las opciones que tenía. Eran muy pocas y a cada cual peor. Por suerte tenía la bolsa que aquel cobarde les había entregado. Algo era algo. Pero le faltaba lo más importante, encontrar a alguien que le pudiera salvar la vida, ya que él no tenía ni conocimientos ni instrumental para hacerlo. Debía acudir al hombre que le había contratado, ya que le exigió en su momento que le presentara una prueba de que el trabajo se había realizado tal y como se esperaba. Normalmente se conformaban con un anillo del hombre al que habían ejecutado, pero siendo quien era, lo pactado era entregarle la cabeza para que se pudiera verificar que todo había salido según lo dispuesto. El único inconveniente era que, al acudir a su presencia con aquella fea herida, tendría que contarle algo, aunque no fuera la verdad. Demetrio ya no estaba en el mundo de los vivos, así que tampoco podría dar su versión de los hechos. Además, la casa donde se alojaba no estaba demasiado lejos. Él no se lo había contado, pero si una cosa había aprendido con el tiempo, era a tener controlados también a sus clientes, una regla más que básica a la hora de meterse en aquel negocio. No quería pasarse toda la mañana deambulando por la ciudad y llamar la atención de los miembros de las cohortes urbanas o acabar desmayado en una callejuela y morir como un vagabundo. No tenía más opción que ir a verle, por muy poco que le gustara la idea. Aunque no podía presentarse ante él para informarle del fracaso con una bolsa repleta, eso sería más que sospechoso.

Avanzó un poco más hasta llegar a una zona más tranquila de la ciudad. Se detuvo brevemente para tomar un poco más de aire y retomó de nuevo la marcha hasta llegar a una zona por donde nadie deambulaba a aquella hora. Saltó un pequeño vallado metálico y accedió al pequeño jardín que estaba situado justo al lado del templo dedicado a la diosa Tellus. Eso indicaba que estaba ya en la zona del *Carinae,* uno de los barrios donde los más nobles y ricos de Roma tenían sus residencias. Siendo tan temprano, no observó ni una sola alma por las calles, así que escarbó con sus manos en la tierra húmeda e hizo un agujero suficientemente profundo como para enterrar la bolsa con las monedas. Las dejó a buen recaudo, ya que nadie buscaría en esa zona que era sagrada. Ya regresaría a por ellas cuando se hubiera ocupado de contarle todo a su contratante, si es que continuaba en este mundo. Si por desgracia iniciaba su viaje al inframundo, no necesitaría el contenido. En cuanto a la versión que le contaría a su contratante, mejor ya pensaría en algo por el camino si es que podía con aquel terrible dolor de cabeza que tenía. Se limpió

las manos de tierra en su túnica que ya estaba de por sí bastante sucia, respiró hondo y siguió taponando la herida para evitar perder más sangre. Se puso en marcha tan rápidamente como su cuerpo le permitía. No podía entretenerse demasiado. Notaba como la vida se le escapaba por momentos.

Casa de Fabio, colina del Esquilino, un rato más tarde

—¿Te marchas ya, esposo?

—Sí, tenemos muchos asuntos que tratar esta mañana —respondió Fabio a su esposa que se había acercado hasta el *tablinum*.

—¿Has recibido ya a todos tus clientes? —volvió a preguntar ella.

—Acabo de despedir al último de ellos, querida Vibia —dijo cogiéndola de la mano y dándole un cariñoso beso en la mejilla.

—Entiendo que Sexto irá contigo…

—Sí, tenemos que ir al Senado primero donde asistiré a la reunión de la cámara y posteriormente he quedado con algún colega para asistir a una representación de Lucio Vario Rufo. ¿Recuerdas la que se representó hace unos cuantos años en la celebración del triunfo de nuestro amado *Princeps* tras la batalla de Actium? —le preguntó a su esposa.

—La recuerdo perfectamente. Trataba sobre el mito de Tiestes y del banquete en el que su hermano Atreo le ofreció a sus hijos como comida en los platos que le sirvió sin que él lo supiera… Qué tragedia —dijo la mujer suspirando—. Y qué bien representada. La tengo tan fresca en mi memoria, es cómo si la hubiéramos visto ayer mismo. Qué espléndida fue la celebración que dio nuestro amado Augusto.

—Sí, de las mejores que he visto, querida —repitió él esbozando una tímida sonrisa que era claramente forzada.

—¿La volverás a ver entonces?

—Sí, la recuerdo vagamente, no como tú… Lo cierto es que aquel día había mucho movimiento político en las gradas del teatro y tras la guerra, los senadores teníamos asuntos políticos que discutir y no pude prestar mucha atención a la representación —dijo excusándose.

—Espero que en esta ocasión estés más atento, esposo mío.

—Descuida, querida. Te prometo que no me perderé detalle alguno —dijo dándole un beso en la frente—. Y ahora, iré a buscar a nuestro huésped para que me acompañe.

—Ordenaré a los esclavos de la cocina que preparen algo suculento para la cena. Imagino que cuando regreséis estaréis hambrientos.

—Qué haría yo sin ti. Es que eres un regalo de los dioses, Vibia —añadió mostrándose tan adulador como siempre.

Y es que no fingía, ya que adoraba a su esposa. Era una mujer tradicional y que sabía cuál era su papel en el matrimonio. Se la entregaron hacía ya cerca de siete años, y el enlace sirvió para unir a dos de las *gens* más antiguas y poderosas de Roma. Él ya había estado casado previamente, pero su anterior esposa, Aelia, murió durante el parto de su tercer vástago. La quería, pero no la amaba como amaba a Vibia. Y lo mejor de todo, la joven también sentía lo mismo por él, cosa que no era fácil que se diera en los matrimonios acordados entre familias. Por eso siempre la cuidaba tan bien como podía. Le dolía profundamente tenerle que mentir, pero lo hacía por una causa de fuerza mayor. Nunca le había explicado nada acerca de la conjura, ya que no quería implicarla en un asunto tan turbio como aquel. Además, las mujeres no entendían de política, así que tampoco es que le pudiera haber aconsejado.

Se despidió de ella y fue al encuentro de Sexto, que se hallaba como era habitual en la biblioteca de la casa. Le encantaba leer todos los tratados y manuscritos que había heredado de su padre, y a la vez de su abuelo, que se había encargado de recopilar tantos como había podido. Al entrar lo vio sumido en una lectura. Estaba concentrado así que carraspeó levemente para anunciar que estaba allí. Su invitado alzó la vista y sonrió:

—Estaba leyendo *La Odisea* de Livio Andrónico. Nunca me canso de esta obra, es una de las mejores que se han escrito.

—No podría estar más de acuerdo contigo, amigo —dijo Fabio sonriendo—. De hecho, puedes considerarte afortunado, ya que ese manuscrito que tienes en las manos, según palabras de mi abuelo, es el original que escribió Andrónico.

—Entonces vale su peso en oro —repuso sonriendo Sexto.

—Como la mayoría de las obras que comprende esta biblioteca. Ahora entiendo lo que me decía mi padre cuando yo era tan solo un crío: la riqueza no está solo en las monedas y en las propiedades, sino que radica en el conocimiento que uno posea. Y esto, amigo mío, es puro conocimiento.

—Hombre sabio tu padre.

—Lo fue, amigo Sexto. Lo fue —respondió el senador emocionado.

El huésped se levantó de la silla y dejó el manuscrito de *La Odisea* en su estante con sumo cuidado. Puso la mano en el hombro de su amigo tratando de ser cómplice de aquel emotivo momento que le había hecho revivir sin querer.

—¿Tenemos noticias de Licinio? —preguntó cambiando de tema.

—Todavía no… Pero no te preocupes, no tardarán en llegar.

—Hasta que no esté todo el asunto resuelto no me quedaré

tranquilo —afirmó el hombre.

—Te dije que no debías preocuparte, que yo me encargaba de resolver esos ligeros contratiempos. Es lo menos que puedo hacer por ti y por la causa. Te recuerdo que no tenías ninguna obligación de venir a rescatarme —señaló Sexto.

—Es lo menos que podía hacer…

—En todo este tiempo que llevamos juntos, jamás te he preguntado cómo averiguaste dónde me tenían encerrado.

—Cuando llegó la noticia del intento de asesinato de Augusto, me puse en marcha de inmediato hacia Hispania, como ya te conté en su momento.

Recordaba aquella parte del relato. Era una suerte contar con Fabio entre sus amistades. Muy pocos, por no decir casi ninguno, por muy amigo suyo que fuera o dijera ser, se habría arriesgado a emprender tal acción. Menos aun siendo senador, ya que correría el riesgo de ser descubierto y verse relacionado con la trama. Según le relató en el viaje de retorno a Roma, contó con el beneplácito de sus socios para llevar a cabo aquella operación de búsqueda y rescate, aunque él siempre sospechó que lo que pretendían más bien era cerciorarse de si había hablado o no. Eso era lo que más les preocupaba a los implicados, y lo entendía. Si hubiera estado en la situación de esos hombres, con lo que había en juego, él también habría actuado de la misma manera.

Le explicó cómo su primera parada obligatoria había sido el puerto de Tarraco, y allí se limitó a hacer algunas preguntas. Lo demás vino por sí mismo. Evidentemente contaban con una buena red de personas que estaban relacionadas con la conjura y pagando las monedas necesarias pudo enterarse de que continuaba con vida. Lo de ubicarlo fue más sencillo, ya que el infiltrado que estaba en el presidio no tardó en ponerse en contacto con él y tan solo tuvieron que aguardar el tiempo justo para asegurarse que no daba ningún nombre. La siguiente parte fue la más compleja. Organizar una operación de rescate fue más complicado de lo que imaginaba. Tuvo que usar a sus contactos en la ciudad hasta dar con los hombres adecuados. Unos cuantos mercenarios que estuvieron dispuestos a aceptar un plan que *a priori* era bastante ambicioso. Asaltar un presidio a la vez que llevabas un cadáver a rastras no era una tarea sencilla. Pero aquellos hombres estaban dispuestos a infiltrarse en aquel lugar y dar el cambiazo del cuerpo por un buen puñado de monedas. Algunos de los hombres que le acompañaron en aquel viaje relámpago hasta Tarraco, en parte para supervisar el buen hacer de la operación, colaboraron con él para sufragar el elevado precio del rescate. Eran los mismos que acudieron

después a la villa escogida como punto de reunión. Lo cierto fue que todo salió a la perfección. Los dioses habían querido que Sexto resistiera el tiempo suficiente para ser rescatado, y que los hombres encargados del asalto, fueran hábiles y en cierto modo discretos para llevar a buen puerto una operación tan delicada.

Ahora, en aquella biblioteca, desde la distancia de los acontecimientos, valoraba aún más el esfuerzo y las molestias que se había tomado Fabio. Seguro que le había costado mucho convencer a sus socios para emprender aquel plan tan osado. Tan solo acertó a decirle:

—Imagino que te gastarías muchas monedas.

—El dinero es lo de menos… ¿Te recuerdo la frase de mi padre sobre dónde radica la riqueza? —dijo sonriendo Fabio.

—Me fío de tu buen hacer, y disculpa, no te volveré a preguntar sobre el tema.

—Sé que eres un hombre al que le gusta tenerlo todo bajo control, pero deja que en esta ocasión esa responsabilidad recaiga sobre otros. No se puede vivir con tantas cargas emocionales, no son buenas — añadió sin dejar de sonreír el senador.

Cuando Fabio contactó con él para hacerse con sus servicios no esperaba que pudiera surgir una amistad entre ellos. Eran hombres muy distintos, de procedencia social desigual, lo cual era siempre un obstáculo a tener en cuenta. Pero enseguida se dio cuenta de que ese aristócrata no era como el resto. Al menos no como los otros con los que había tenido que tratar. No tenía esa prepotencia tan común entre los de su clase, sino que era más bien humilde y sobre todo un tipo afable y cordial. Ahora que lo conocía más profundamente, había aprendido a respetarle, y es que pese a pertenecer a los padres conscriptos, trataba a todo el mundo con respeto.

Si uno le acompañaba por las calles de Roma, podía ser testigo de cómo no dudaba en dar limosna a los que la pedían. En el ámbito más doméstico, destacaba por tratar bien a sus esclavos, que además estaban bien alimentados y se les veía sanos. Sus clientes, un buen número a juzgar por las largas colas que se formaban en la puerta de su casa por las mañanas, siempre hablaban bien de él. En ocasiones había salido a pasear mientras él los despachaba, y prestaba atención a las conversaciones que estos mantenían. Y es que Fabio era un hombre justo y respetado, lo que le hacía dudar acerca de las motivaciones que le habían empujado a inmiscuirse en un asunto tan turbio como aquel. Jamás se lo quiso preguntar. No tenía intención de hacerle sentir incómodo, ya había hecho más que suficiente por él. Le debía la vida.

Justo en ese instante se comenzaron a escuchar gritos que procedían de la entrada de la casa. Ambos hombres se miraron y sin mediar palabra alguna salieron de la biblioteca rápidamente en dirección al lugar del cual procedía el clamor. Cuando llegaron, vieron a dos esclavos atendiendo a un hombre que estaba tumbado en el suelo. Otra de las esclavas, la que seguramente había chillado, se acercó hasta los recién llegados y les dijo:

—¡*Dominus*, hemos hallado a este hombre en el suelo hace unos instantes!

—¿Y puede saberse quién es? —preguntó dirigiéndose hasta el lugar donde yacía el cuerpo.

—No atendía a las preguntas de Arquelao y Ariovisto, tan solo pronunciaba el nombre de su invitado —dijo señalando a Sexto.

—¿Mi nombre? —preguntó sorprendido por la afirmación de la esclava, que asintió varias veces.

Ambos hombres se acercaron y apartaron a los dos esclavos para poder comprobar de quien se trataba.

—¡Por todos los dioses! —exclamó Sexto al ver la cara de aquel tipo que o bien estaba muerto o se había desmayado a causa de la sangre que manaba de la herida que tenía en sus costillas.

—¿Sabes quién es? —interrogó Fabio.

—Será mejor que lo metamos y te explico todo cuando no haya testigos. Y si puedes haz llamar a tu *medicus*, creo que vamos a necesitarlo para salvarle la vida a este desgraciado…

CAPÍTULO XXII

Abrió los ojos lentamente… Miró a su alrededor desorientado. No reconocía nada de aquella estancia y no sabía dónde estaba. Notó un fuerte pinchazo en sus costillas cuando trató de incorporarse de aquella especie de camastro. Fue entonces cuando escuchó una voz:

—No te levantes… Estás vivo de milagro. Esa herida hubiera matado a cualquiera y con la cantidad de sangre que has perdido no entiendo cómo sigues respirando.

Miró hacia su diestra y comprobó que había dos hombres en el lateral de su camastro. Al primero lo reconoció de inmediato, pero al otro no lo había visto jamás.

—Agradécele al *medicus* de mi amigo Fabio todo el esfuerzo que ha hecho para traerte de nuevo al mundo de los vivos. Estabas más cerca del reino de Plutón que de este.

—¿Dónde estoy? —acertó a decir con la boca pastosa.

—¿Es que no recuerdas nada de lo ocurrido? —interrogó el hombre que lo había contratado.

—Poco… Casi nada para ser más exactos.

—¿Quién te hizo eso? —preguntó de nuevo señalando la herida que tenía en el costado y que estaba debidamente curada y cubierta con un vendaje limpio.

—¿Podrías darme agua?

—Primero quiero respuestas… Si me convencen, tendrás el agua que pides.

Comenzó a recordar lo ocurrido y comprendió que estuviera enojado con él.

—¿Qué quieres saber?

—Podrías empezar por explicarnos cómo te hiciste esa herida…

—¿Y él? —preguntó refiriéndose al hombre que lo acompañaba.

—Le debes la vida. Sus monedas son las que han salvado tu vida, qué menos que un poco de agradecimiento.

—Fue Demetrio…

—¿El hombre al que contraté para el trabajo y que decías que era de total confianza? —interrogó más enojado aún Sexto.

—Es una larga historia…

—Tengo todo el tiempo del mundo para escucharla, y si tienes tanta sed como dices, será mejor que te pongas a ello de inmediato —insistió muy serio.

Apenas había tenido tiempo para memorizar una mentira que poder contarle. Tendría que improvisar y, sobre todo, mostrarse convincente.

—Fuimos a buscar al objetivo a su casa tal y como nos indicaste. Le esperamos ocultos y le capturamos antes de que pudiera acceder al interior —comenzó a explicar el hombre.

—¿Qué más? —preguntó Sexto un poco impaciente.

—Nos lo llevamos hasta la zona de huertos que hay detrás del campo de Marte. Justo en la orilla izquierda del río. Queríamos deshacernos de él en un lugar discreto, donde nadie le pudiera escuchar si gritaba, así podríamos arrojar su cadáver al Tíber sin demasiado esfuerzo.

—¿Pudisteis matar al objetivo? —inquirió de nuevo.

—Yo mismo iba a encargarme de hacerlo, pero justo en ese instante el hombre nos dijo que si le perdonábamos la vida nos pagaría una elevada cantidad de monedas.

—¡Malditos estúpidos codiciosos! —gritó Sexto poniéndose en pie y acercándose hasta colocar la cara a dos palmos de distancia de la suya—. ¡Debería acabar contigo ahora mismo! ¡¿Dónde está Licinio?! ¡Responde o te mató con mis propias manos!

—¡Cálmate, Sexto! —dijo el otro hombre sujetándolo por el brazo —. ¡Deja que acabe de explicarnos lo que sucedió!

—¡Empieza a hablar, por Júpiter y por todos los dioses! —le instó mientras se apartaba ligeramente del lecho.

—¡Yo me negué a aceptar esas monedas! ¡Debes creerme! —dijo exaltado y consciente de que se tenía que mostrar convincente—. ¡Fue el estúpido de Demetrio el que le dijo que aceptaría la oferta que le hacía si se trataba de una suma importante!

Sexto no dijo nada en aquella ocasión, pero la expresión de su cara hablaba por él.

—Se llevó la mano a la cintura y sacó una bolsa que decía que contenía cien denarios.

—¿Y le dejasteis marchar por esa irrisoria cantidad? ¿Yo os pagué tres veces más solo por matarle a él? —dijo más enojado aún.

—Insistió en que en su casa tenía mucho más, y que si le dejábamos vivir se marcharía de Roma y nos pagaría lo que consideráramos oportuno. Dijo que nos podía convertir en hombres ricos.

—¿Y le creísteis?

—Yo no… Pero Demetrio le dijo que al menos debería pagarnos mil denarios a cada uno —explicó mientras notaba dolor en la herida del costado.

—¿Está entonces vivo?

—Creo que sí… —respondió.

—¿Crees que sí?

—Verás, traté de convencer a Demetrio de que debíamos cumplir con el contrato, pero él se puso nervioso y me dijo que si no quería mi parte, que se la quedaba él —continuó relatando—. Entonces desenvainé mi espada y me dispuse a acabar con el objetivo y zanjar de esa manera la discusión en la que nos habíamos visto inmersos. Fue cuando se abalanzó sobre mí para intentar matarme.

Vio cómo los dos hombres guardaban silencio y se mostraban más atentos a su discurso. Parecía que iba por buen camino.

—Por suerte pude esquivar el golpe en el último momento y la hoja de su *gladius* no se clavó en mi espalda. Aunque me hizo esta fea herida, conseguí revolverme y nos enzarzamos en un combate a muerte. Le herí hasta en dos ocasiones, pero es buen combatiente y me llevó más tiempo del que esperaba deshacerme de él. Cuando pude abatirlo, el objetivo ya no estaba. Se había marchado aprovechando la oportunidad que le brindamos.

—¿Y no le buscaste? —le preguntó Fabio.

—No le vi marcharse. Aquella zona es inmensa y como has podido comprobar la herida era profunda. Casi no consigo llegar aquí vivo, era imposible encontrar a ese tipo —siguió mintiendo.

—Tampoco pensaste en ir a buscarlo a su casa para acabar de rematar el trabajo —le preguntó Sexto que estaba demasiado tranquilo después de haber escuchado el relato de lo ocurrido.

—Estaba solo y malherido. Si ese hombre regresó a su casa, imagino que tendría esclavos y podría haberlos armado —se excusó—. ¿Qué iba a hacer yo solo y en este estado?

Fabio cogió del brazo a su amigo y le hizo un gesto para que le acompañara fuera de la estancia. Ambos hombres salieron mientras el herido les observaba desde el camastro. Una vez fuera, el senador le preguntó:

—¿Le crees?

—No estoy seguro… Nunca te puedes fiar del todo de esta clase de miserables. Quién sabe si nos está engañando.

—Dijiste que eran los mejores en el oficio y que se encargarían sin problema de resolver el pequeño contratiempo, como le llamaste.

La verdad es que no eran tan profesionales como esperaba. Fueron los hombres que le recomendó un viejo contacto, Furio Escévola, un hombre de confianza. Aunque estaba claro que los tiempos habían cambiado, y los asesinos ya no respetaban las normas no escritas ni los códigos del gremio. Pensó de nuevo en su antiguo mentor Agatocles.

¿Qué hubiera hecho él de encontrarse en su misma situación? Seguramente se habría encargado de hacer las cosas sin tener que recurrir a otros. Pero él no era Agatocles, y además los años no habían pasado en balde. Ya no era un joven ágil y fuerte como antaño, sino que se había ido acomodando y no se dedicaba a hacer tareas que supusieran un riesgo para su persona. Ya tenía suficiente con tener que pensar y tramar todos los planes. Se había convertido en un hombre más mental que físico. Seguramente su antiguo maestro se estaría riendo de él desde la otra vida. Estaría diciendo que se había convertido en un ser débil que no era capaz de hacer las cosas por sí mismo. Y por ello no dejaban de complicársele las cosas. Comprendía que Fabio estuviera desesperado, si es que no estaba enojado con él por haberse equivocado de nuevo.

—Mis disculpas, Fabio. Mi viejo contacto me aseguró que eran los mejores…

—Quizás va siendo hora de dejar de lado a esos viejos contactos y buscarte nuevos, Sexto. Este error nos pone en una situación más complicada.

—Lo sé —respondió pensativo—. Está claro que para que las cosas salgan bien, tiene que hacerlas uno mismo.

—¿Entonces qué hacemos? —interrogó un poco más nervioso—. ¿Se lo explicamos a Emilio?

—No podemos decirle nada ni a él ni a ninguno de los otros, Fabio —expuso Sexto mientras le sujetaba por los brazos con firmeza.

—¿Por qué no? Es un tema importante a mi parecer.

—En primer lugar, si los que no están al corriente de este tema se enteran de que hemos orquestado el asesinato de Licinio, ¿qué efecto crees que conseguiremos? —le preguntó.

—¿Miedo?

—Eso es. Les asustaremos y quizás crean que ellos pueden ser los siguientes en la lista. Entonces aumentarán las posibilidades de que se decidan a hablar para salvar sus vidas.

—No nos queda otra opción que encontrar a Licinio cuanto antes y hacerle callar —afirmó Fabio.

—Si eso ocurrió la noche pasada, nos lleva casi un día de ventaja —pensó en voz alta Sexto—. En su casa ya no creo que esté, pero por si acaso manda a alguno de tus esclavos inmediatamente para que lo compruebe. Si no se encuentra allí, que trate de averiguar si su esposa tiene noticias sobre su paradero.

Fabio asintió levemente.

—¿Y qué vas a hacer tú mientras tanto?

—Intentaré sacar algo de información preguntando —dijo Sexto

dándose la vuelta.

Fue entonces cuando el senador le cogió por el brazo y le detuvo.

—¿Y qué hacemos con ese? —preguntó señalando con la cabeza en dirección a la habitación donde se encontraba el sicario.

—Sabe demasiado. No nos conviene que se pueda ir de la lengua…

CAPÍTULO XXIII

Unos días más tarde, campamento romano al pie de la cordillera cantábrica

—¿Cómo se encuentra Augusto?

—Parece que está peor —dijo Salonio tomándose una copa de vino.

—Ya lleva varios días sin dejarse ver, y eso está haciendo que empiece a circular el rumor de que ha muerto —dijo Valerio preocupado.

—Te aseguro que aún está muy vivo —añadió el primer centurión —. Me lo ha dicho el mismo Agripa, y en eso no nos iba a mentir. Además, no debes hacer caso a lo que digan los legionarios, ya sabes cómo de alarmistas pueden llegar a ser. No le des importancia a las habladurías, al fin y al cabo, hasta hace poco tiempo tú mismo participabas de ellas.

Claro que existían los bulos y los rumores en el campamento, y más cuando los soldados estaban ociosos. Eso solía pasar por las tardes, después de los duros entrenamientos y marchas matinales, cuando los hombres que no tenían tareas asignadas se dedicaban a jugar a los dados o a reunirse en torno a las hogueras y a comentar cómo les había ido el día.

—Después de haber sobrevivido a lo del rayo… Podría decirse que nuestro querido *Princeps* goza de algún tipo de protección divina —dijo Cornelio, recordando el asunto del episodio acontecido tan solo unos días antes, en el cual uno de los esclavos porteadores de la camilla en la que iba Augusto, fue alcanzado y fulminado por un rayo en mitad de una tormenta.

—Algunos lo interpretarían como un mal augurio —añadió Valerio.

—Eso depende del enfoque de cada cual —dijo sonriendo el primer centurión.

—Pues qué queréis que os diga, para mí es una señal de que Júpiter no está de acuerdo con la manera de proceder de Augusto, si no por qué iba a enviar un rayo contra su persona. Se trata de un aviso y por eso el padre de los dioses abatió a uno de sus esclavos y no directamente a él —apuntó el centurión dando un largo trago a su copa.

—Vaya, desconocía tu faceta de augur —dijo soltando una carcajada Salonio que trataba de darle un toque de humor al asunto.

—Lo cierto es que eso, acompañado de la delicada salud de nuestro comandante, hace que la moral de la tropa sea cada vez más baja — señaló Valerio cuando dejó de reír.

A sus palabras había que añadir el hecho de que llevaban ya bastantes días sin moverse, asentados en aquel *castrum*, que daba la sensación de que se estaba convirtiendo en una base más bien estable que temporal para las dos legiones, que compartían espacio para poder optimizar de esa manera los recursos. Daba la sensación de que, tras la última victoria, los oficiales al mando se habían relajado en exceso y no tenían ya tan clara la idea de adentrarse en las montañas para perseguir a los cántabros que se habían refugiado en aquella fortaleza a la que llamaban *mons* Vindius.

—No sé a qué esperamos para ponernos en marcha. ¿A que llegue el buen tiempo? Quizás Augusto no tenga la cabeza demasiado despejada con todo lo que le ha ocurrido últimamente. Yo en su lugar ya habría sacrificado unos cuantos bueyes para mitigar la ira de Júpiter —dijo de repente Cornelio pensando aún en el asunto del rayo divino.

—Imagino que algo habrá hecho para contentarle. No es tan iluso —dijo Salonio mirando al techo de la tienda —. De todas maneras, ya queda menos para que llegue el buen tiempo, y algo me dice que Agripa, siguiendo instrucciones de nuestro querido Augusto, por muy afectado que tú lo veas —señaló al centurión directamente—, prefiere esperar a que las condiciones mejoren un poco. Sería un suicidio mover a las legiones con este clima tan adverso.

Valerio pensó que el razonamiento de su superior era lógico y que no tenía sentido adentrarse en aquella vasta cordillera teniendo en cuenta el alarmante dato que habían aportado los exploradores vacceos de que los inviernos eran más que duros en aquellas montañas tan inhóspitas. Los hombres estaban cada vez más seguros de que la guerra acabaría pronto, así que no les importaba esperar un poco más, total, los enemigos que se habían refugiado en lo alto de las montañas no eran más que mujeres, ancianos y niños. Tan solo debían aguardar que llegara el buen tiempo y entonces, cuando se abrieran los pasos subirían a por ellos, si es que todavía seguían vivos. No había prisa y no era necesario arriesgar la vida de más hombres en un asedio que les convertiría a ellos también en víctimas potenciales. Además, las posibilidades que tenían aquellos infelices de sobrevivir allí arriba no eran demasiadas, así que en el mejor de los casos cuando subieran a por ellos, no encontrarían más que cadáveres y evitarían tener que

iniciar otro asedio.

—Te has convertido en un hombre muy popular últimamente, héroe de Métulo —dijo riendo el *optio* y tratando de cambiar de tema pasando a algo más positivo que el accidente con resultado mortal sobre el que habían estado conversando—. ¿O debería llamarte más bien, azote de los cántabros?

—¿Así es como me llama la tropa ahora? —interrogó Salonio soltando una carcajada.

—Eso es lo que se escucha por los *contubernia* —añadió Valerio sonriendo—. ¿Es que no te gusta?

—Suena a un demonio del inframundo más que a un título de un heroico militar —dijo Cornelio muy serio.

Los otros dos no pudieron evitar reír.

—¿Qué pasa? ¿Acaso he dicho algo gracioso?

—¿Y cuándo no dices algo gracioso, amigo? —dijo Salonio dándole un suave golpe en el hombro.

Sabía que los legionarios y los auxiliares le habían puesto ese apodo tras conseguir aquella aplastante victoria. Esas cosas eran inevitables, y en cierto modo no le molestaba. Sería mucho peor que le hubieran puesto el cobarde que huye de los cántabros, por ejemplo. Además, aquella pequeña victoria reportó ánimos a los soldados y a él le sirvió para obtener un reconocimiento que no le vino nada mal. Le vino muy bien para hacerse respetar aún más por los centuriones subordinados que no habían estado muy de acuerdo con su ascenso, como era el caso de Liberio. Este parecía haber abandonado aquella hostilidad que sentía hacia él y en cierto modo le hacía sentirse más cómodo en su nuevo cargo. Le daba la sensación que, desde desde la obtención de su premio, este y los que le seguían el juego, comprendieron que realmente era un buen candidato y un oficial capaz, que estaba a la altura de ocupar el cargo de *primus pilus* y sustituir con plenas garantías al desaparecido Aulio Didio Marcelo, que a esas horas estaría en el reino de Plutón junto a todas las almas de los legionarios que habían perecido en aquella guerra.

Fue condecorado de nuevo ante las dos legiones formadas a las afueras del campamento en una solemne ceremonia, y le acompañó en igualdad de condiciones el prefecto de la caballería que sirvió bajo sus órdenes. Los dos fueron considerados artífices del triunfo, aunque este último no dudó en atribuirle todo el mérito a él. Varios centuriones y soldados que combatieron con arrojo y valentía en la batalla también obtuvieron premios y recompensas en un acto en el que Augusto estuvo presente, eso sí, recostado en su camilla y bajo la atenta vigilancia de su *medicus* particular, un griego que había sido llamado

tras su recaída y que normalmente estaba alejado del frente de batalla por seguridad. Por fortuna, el hombre se había establecido temporalmente en Segisamo para no estar lejos del cónsul en caso de necesidad. El haber estado presente en aquella ceremonia sirvió para calmar un poco a los legionarios, que vieron que su comandante aún estaba en el mundo de los vivos. Aunque de aquello ya hacía algunos días, y de ahí que los rumores y habladurías sobre su deceso volvieran a correr por todos los rincones del campamento.

Salonio estaba más que satisfecho con su primera victoria personal, y durante los primeros días no dudó en mostrar públicamente y con orgullo su corona *oleargina,* que le fue impuesta por Agripa en nombre de Augusto por haber conducido al ejército a una victoria importante. Se le concedió dicho honor por haber sido él mismo quien se había encargado de diseñar toda la estrategia que les concedió el triunfo. Se trataba de una recompensa de alta valía, ya que no era muy habitual que se concediera. Normalmente los soldados y oficiales de bajo rango no tenían opción a ella, pero un primer centurión y el prefecto de los *auxilia,* tenían más opciones de que les fuera concedida.

Ahora comprendía de verdad lo que era mandar un ejército, y la enorme responsabilidad que ello conllevaba. La experiencia también le sirvió para darse cuenta de que la clave de todo éxito personal y de la gloria recaía, en gran proporción, en la calidad de los oficiales y las soldados que uno tenía a su disposición. Y para ser sinceros, contar con hombres como los que estaban con él en su tienda en aquellos momentos era todo un lujo. Aunque las obligaciones le habían distanciado de ellos últimamente, no pasaba día en el que no se acordara de los viejos tiempos en los que compartieron honor y también penalidades. Los tenía muy presentes, y es que había pasado muchos años de su vida junto a ellos, además de haber compartido situaciones muy complicadas en el pasado.

—Ahora en serio, muchachos —dijo cuándo todos dejaron de reír —. Quería deciros que estáis haciendo un gran trabajo con la centuria. Aunque no me creáis, os sigo de cerca y estoy atento a todos vuestros movimientos. Me preocupo por el trabajo que hice con la primera centuria de la segunda cohorte, y sé que la he dejado en buenas manos.

Los dos aludidos sonrieron. Y es que un buen oficial debía saber recompensar a sus subalternos con elogios cuando hacían un buen trabajo, y esos dos era evidente que lo estaban haciendo.

—La verdad es que tuvimos un gran maestro del cual aprender —dijo Valerio.

—Claro, al azote de los cántabros —añadió soltando una carcajada

Cornelio.

Los tres volvieron a reír ante la ocurrencia del centurión, que llenó de nuevo las copas con más vino. Todavía quedaba mucha noche por delante, y el día siguiente estaba aún muy lejos.

CAPÍTULO XXIV

—¿Es definitiva la orden?

—Parece que por el momento sí —dijo Cornelio a su segundo.

—Me parece la decisión más sensata y confirma lo que pensaba —añadió Valerio con una sonrisa.

—Imagino que Augusto no tiene prisa por subir a por los pocos cántabros que quedan ahí arriba. Con un poco de suerte y si los dioses nos son propicios cuando subamos a por ellos no quedarán más que cadáveres para recoger.

—Hay mujeres y niños entre ellos, Cornelio. Ellos no tienen la culpa de lo que está sucediendo aquí —dijo Valerio consciente de que su superior simplemente se refería a que no tenía más ganas de combatir ni tampoco de tener que asediar una fortaleza en las altas colinas que conformaban aquella inmensa cordillera.

—Son los daños colaterales de la guerra, Valerio. Como oficial al mando de una centuria, y mal me pese decirlo, prefiero ser egoísta y no perder a más de mis hombres.

No le culpaba por sus palabras. Esos niños y esas mujeres, en el caso de que lograran sobrevivir a las inclemencias del invierno y la subsiguiente primavera que ya debería haber comenzado, aunque por allí no lo pareciera, estaban destinados o bien a perecer en el asedio que seguiría al llegar el buen tiempo, o bien a ser condenados a una larga y dura vida de servidumbre. No sabía cuál era el mejor destino para ellos, por ello trató de borrar aquella imagen de su cabeza. Cornelio tenía razón, no estaba en sus manos decidir cuál iba a ser el resultado. Esa tarea correspondía a los altos mandos del ejército.

—Comprendo…

—Por cierto, Salonio me ha dicho que quiere vernos en su tienda después de la *cena*.

—¿Y qué es lo que quiere? ¿Te ha dicho algo? —inquirió el *optio* a su superior un poco intrigado.

—Ya sabes cómo es. Le gusta dejarnos en ascuas…

Tras decir aquella última frase se dispuso a salir de la tienda, aunque justo antes de hacerlo se dio la vuelta y le dijo:

—¿Te encargas tú de los nuevos reclutas que llegaron ayer?

—Por supuesto —respondió acordándose del nutrido grupo de jóvenes e inexpertos legionarios que se incorporaron para suplir las bajas que habían sufrido desde que se iniciara la campaña. Lo cierto

era que la remesa de recién llegados era numerosa, y se repartieron de manera equitativa entre las centurias más castigadas. Era de agradecer el hecho de recibir refuerzos, ya que eso indicaba también que las vías de suministros eran seguras para poder desplazar tropas de refresco y avituallamiento. La campaña sin duda estaba siendo más lenta de lo previsto, pero los resultados eran positivos.

—Trata de ser contundente con ellos… La primera impresión es la que cuenta, y debemos asustarlos como hicieron con nosotros en su momento, para convertirlos en soldados curtidos.

—Claro, Cornelio, descuida.

Acto seguido desapareció de la tienda. Estando a solas, Valerio trató de poner en orden sus tareas. Hacerse cargo de los nuevos aspirantes no era lo que más le apeteciera hacer aquella mañana, aunque formaba parte de sus obligaciones como *optio* y no le quedaba más que cumplir las órdenes. Se colocó la *lorica hamata* sobre su torso y después hizo lo propio con el *cingulum* y la vaina que contenía la espada y el puñal. Revisó su casco y comprobó que el penacho de crin de caballo estuviera bien sujeto. Era importante impresionar a los jóvenes reclutas desde un inicio como le acababa de decir Cornelio, y es que debían comprender por qué se habían alistado en las legiones. Acudían allí en plena guerra, en mitad de una campaña, y eso le recordó a cuando le tocó a él. Aquel momento de nervios y tensión quedaba lejos, aunque tan solo habían pasado seis años. Se le antojaba toda una eternidad, y más teniendo en cuenta todo lo que les había tocado vivir desde que pusieran un pie en Hispania. Aún le quedaban muchos años de servicio bajo las águilas, pero esperaba que al menos tuviera la tranquilidad de poderse dedicar a su oficio sin tener que verse envuelto en más conjuras ni conspiraciones políticas. Ajustó las correas de su casco, recogió su *hastile* que estaba apoyado en un rincón, justo al lado de la salida, y emergió de su tienda.

* * * * *

—¿Cómo ha ido la jornada matutina, Valerio?

—Ha transcurrido con normalidad, señor —respondió el *optio*.

—¿Alguna novedad destacable?

—Se han incorporado ya los nuevos reclutas que llegaron ayer, señor —añadió.

—Espero que les hayáis dado una cálida bienvenida —dijo sonriendo Salonio.

—No hemos sido demasiado duros con ellos. No se trataba de asustarlos demasiado el primer día. Eso se lo dejo a los veteranos que les harán pasar una noche horrible en los *contubernia* —dijo sonriendo

—. Todos tenemos que pasar por ese trámite, señor —señaló Valerio con el rostro un poco más serio.

—Tradiciones de la legión, *optio*, qué te voy a contar que no sepas. ¿No quieres tomar asiento? —le inquirió su superior ofreciéndole un banco que estaba frente a su rudimentaria mesa de madera.

—No, señor. Gratitud, pero estoy bien de pie.

—Lo digo porque deberemos esperar un rato —añadió de nuevo el oficial.

—¿A quién si puede saberse?

—Creo que estás a punto de averiguarlo —advirtió Salonio al escuchar voces en el exterior de su tienda.

Valerio se giró levemente y vio aparecer al mismo Augusto, acompañado de Agripa y de dos de sus guardias personales. Justo detrás iba un anciano de barba blanca que a juzgar por su aspecto no debía de ser otro que su *medicus* personal. El primer centurión ya se había puesto en pie y saludaba de manera oficial a sus superiores mientras les ofrecía su silla y algunas más cómodas que aquellos taburetes de madera. El cónsul aceptó de buen grado la silla cómoda y se sentó en ella ayudado por sus escoltas, que se colocaron posteriormente a ambos lados de la misma. El *optio* estaba sorprendido ya que no esperaba que los dos hombres más poderosos del campamento fueran a aparecer en la tienda de Salonio. Le extrañó que al final Cornelio no le acompañara, y el hecho de que alegara tener que ocuparse de unos documentos que no podían esperar también se le hizo un poco raro.

La cuestión era que ya estaba allí. Así que se mantuvo en pie firme mientras observaba con pena un claro deterioro en el aspecto del *Princeps.* Su tono de cara pálido habitual, era aún más blanco y estaba más delgado que la última vez que lo había visto. Al verle de aquella guisa pensó que se trataba de un hombre que se preparaba para su viaje final al inframundo. Pero sabía que aquel ser endeble había padecido situaciones similares en el pasado, y que las había superado satisfactoriamente. Fue su voz la que le sacó de sus cavilaciones:

—¿Cómo va todo, *optio* Valerio?

—Muy bien, mi comandante —respondió.

—Te estarás preguntando el motivo por el cual te hemos hecho llamar y el porqué de haber elegido la tienda del *primus pilus* —dijo a continuación Augusto que parecía un hombre más saludable a juzgar por su tono de voz firme.

—Imagino que sus motivos tendrán al haberlo hecho de esta manera. No soy nadie para cuestionar esa decisión.

Augusto sonrió tímidamente antes de toser un poco. Salonio se

acercó con una copa de agua y se la ofreció.

—Gratitud —dijo aceptándola y dándole un leve sorbo que apenas le sirvió para mojarse los labios.

Fue Agripa quien tomó la palabra en ese momento para que su amigo y superior no se fatigara en exceso, o al menos eso supuso.

—*Optio*… Como puedes ver, el estado de salud del cónsul no es muy bueno, y el clima tan frío y húmedo de esta región le afecta de manera evidente. Teniendo en cuenta que no vamos a adentrarnos en las montañas hasta que no llegue el buen tiempo por consejo de nuestros exploradores indígenas, es preciso que se pueda retirar hasta la costa para reponerse. La temperatura allí es mucho más suave y estamos convencidos de que le irá mucho mejor —apuntó mientras miraba también al *medicus* que asintió levemente.

Era lógico lo que le decían, pero no comprendía que tenía que ver él en todo aquel asunto.

—Necesitamos hombres de confianza que se encarguen de protegerle durante el viaje y el período de recuperación. El asunto de la conspiración está muy reciente todavía y no sabemos hasta dónde puede haber arraigado y quiénes más podrían estar implicados —prosiguió Agripa bajo la atenta mirada del cónsul.

«¿Y su guardia personal? ¿Para qué los tiene?», se preguntó a sí mismo Valerio.

—Tras estudiar con detalle la situación, el comandante ha decidido que lo mejor es contar con alguien que haya demostrado lealtad absoluta a su persona en el pasado y que esté dispuesto a darlo todo por él y su seguridad.

—Es por ello que hemos pensado en ti —añadió Salonio ahora ya más serio.

Justo esa misma mañana había estado pensando acerca de lo cómoda que sería su vida alejado de las conjuras y las conspiraciones que rodeaban siempre la política. O bien los dioses eran caprichosos o tenían algo planeado para él. Lo que estaba claro es que era una orden y que poco tenía que decir al respecto. Además, si aquel grupo de personalidades estaba allí, era porque la decisión ya estaba tomada y de nada iba a servir alegar que su lugar estaba en el campamento junto a sus hombres. Habían hablado de lealtad absoluta y si ahora replicaba, quedaría como un estúpido a la vez que perdería credibilidad ante los hombres más poderosos de la República.

—Será un honor para mí —respondió haciendo una leve reverencia y mirando fijamente a Augusto que le devolvió una tímida sonrisa—. Aunque si no es mucho pedir, ¿podría llevarme a algunos hombres de confianza, comandante? —interrogó Valerio dirigiéndose al cónsul

directamente.

—Solo faltaría, *optio*. Es tan solo un pequeño receso, y quiero que sepas que volveremos al frente cuando me reponga de la convalecencia, y espero que lleguemos a tiempo para retomar las operaciones con el buen tiempo. En mi ausencia serán Antistio y Agripa quienes se encarguen de todo —aseguró Augusto sonriendo—. Según mi *medicus*, aquí presente —dijo señalando al anciano de barba blanca que estaba justo detrás de ellos—, en Tarraco vive Antonio Musa, que será quien me trate. También es griego y me ha hablado muy bien de él. Goza de su confianza y posee una amplia experiencia en el tratamiento de este tipo de dolencias, cosa que sin duda me reconforta —finalizó el cónsul.

—¿Y cuándo partimos? —interrogó Valerio.

—De inmediato —respondió Agripa—. Antes de que haga más frío, así que no tardes en reunir a los hombres que necesites.

Todos se pusieron en pie y se dispusieron a salir de la tienda. Los dos militares de rango menor saludaron debidamente y guardaron silencio hasta pasado un buen rato. Fue entonces cuando Salonio se acercó hasta él y le ofreció una copa de vino:

—Míralo por el lado bueno, Valerio… Si Augusto tarda en recuperarse más tiempo del previsto, podrás tomarte esto como un permiso y mantenerte alejado de esta guerra. Quién sabe, si *Iuppiter Optio Maximo* es generoso, tal vez no sea necesario que vuelvas a combatir más. Aprovecha para retomar asuntos que te quedaron pendientes.

Visto de esa manera no sonaba tan mal, aunque en cierto modo eso no era lo que deseaba. Quería estar junto a sus hombres y participar en las batallas que aún quedaban por librarse.

—Además, ¿no está Servilia en Tarraco? —interrogó esbozando una sonrisa su superior.

Estaba aún tan sorprendido por los hechos que no había ni caído en la cuenta de la certeza que había en las palabras del primer centurión. Era su oportunidad de poder volver a ver a su amada Servilia. Con la campaña en curso, no se concedían permisos muy a menudo, así que al menos tenía algo que le motivaba a acompañar al cónsul a Tarraco.

—Entiendo que mi nombre no ha salido por casualidad, ¿no?

—Cuando él y Agripa me hicieron llamar, no eras el primer candidato, evidentemente —respondió Salonio.

—¿Y quién era si puede saberse?

—Querían que fuera yo quien le acompañara. Pero mis obligaciones en el cargo me lo impedían, así que les sugerí que tú

fueras mi sustituto. Les recordé cuál fue tu papel en el descubrimiento de la conjura y les garanticé que no encontrarían a nadie más leal e inteligente que tú para ocuparse de un tema tan delicado.

—Vaya, pues gratitud, señor. Aunque lo que menos me apetece ahora es hacer un largo viaje —respondió.

—Cuando fuiste recompensado con el ascenso, no aprovechaste la oportunidad de gozar de un permiso, así que tal vez esta sea la ocasión… Tómatela como tal si lo prefieres, aunque ándate con ojo porque la seguridad del cónsul debe ser tu prioridad, Valerio. Aunque creamos que la conjura ha sido erradicada, es mejor ser prudente y no descartar ningún escenario —le advirtió Salonio.

—Sin duda lo seré… Me da la sensación que esta tarea es más bien un arma de doble filo.

—Llévate a Aurelio contigo y a algunos hombres más de confianza de tu centuria para que te ayuden. Te lo agradecerán —insistió su superior.

—¿Y qué hay de Cornelio? ¿Cómo se lo va a tomar?

—No puedo prescindir de los dos oficiales al mando de una centuria, así que él deberá quedarse aquí. Y no te preocupes, lo entenderá perfectamente y conociéndole, se sentirá aliviado al no tener que encargarse de la seguridad del *Princeps*.

—Ya sé que la pregunta no es muy lógica en estos momentos, pero, ¿qué hay de su guardia personal? ¿No se pueden encargar ellos de la seguridad del cónsul?

—Los lictores son funcionarios de la República, y tampoco es que sean soldados puramente. Eso hace que su lealtad pueda ser cambiante y podría ser que estuvieran implicados en la conjura. Además, no están curtidos en la batalla y no son buenos candidatos para repeler un ataque bien organizado en caso de que este se produzca —comenzó a decir el centurión—. Para eso sí que están los *germani corpore custodes*, aunque no dejan de ser bárbaros del otro lado del Rin. Dudo mucho que entiendan de asuntos políticos y mucho menos que se les pueda comprar ya que son leales a Augusto como persona y no como magistrado. La cuestión es que cuando le planteé esa misma cuestión a Agripa, me dio a entender que prefiere poner a un oficial romano al frente de la seguridad del cónsul. No me dio más explicaciones, así como tampoco se las pedí. Es ahí donde entráis tus hombres y tú.

No sabía si darle las gracias por aquello a Salonio o más bien maldecirle por haberle puesto en semejante situación. Aunque con la detención de Sexto, la huida de Flavio y la muerte de los que debían acabar con el cónsul durante el banquete, parecía haberse extinguido

la conspiración, no había que dar las cosas por sentadas. Todavía podía quedar más gente implicada en aquel turbio asunto, y la oportunidad de un viaje a Tarraco para recuperarse de una enfermedad, era algo que podía hacer salir a las bestias de sus madrigueras. Era un gran reto a la vez que una manera de poder ver a Servilia. Esperaba que fuera más bien lo segundo.

—Gratitud por la confianza…, Salonio —acertó a decir.

—No tienes que agradecérmelo, Valerio. No se me ocurre nadie más íntegro que tú para llevar a cabo esta misión. También puede ser una buena manera de labrarte un futuro lejos de los campos de batalla.

—¿Y por qué debería dejar la legión? —interrogó sorprendido.

—Hay lugares mejores que la legión. Eres joven y puedo ver en ti algo que yo no he tenido jamás: la ambición.

—¿La ambición?

—No me malinterpretes —corrigió rápidamente Salonio—. Me refiero a la voluntad de prosperar y de labrarse un buen futuro. Hay hombres que nacen para luchar en los campos de batalla y morir en ellos, como es mi caso o el de Cornelio. Pero tú eres distinto a nosotros. Lo veo en tu interior, y es por ello que debes sacar provecho de este tipo de oportunidades.

Las palabras de su superior sembraron más dudas en su interior. No entendía qué era aquello que decía. No comprendía qué era aquello que decía ver en él. Se refería a algo positivo a juzgar por la manera en la que se lo había explicado, pero pese a eso, Valerio no comprendía bien el significado de lo que le acababa de exponer su superior. Siempre había considerado que pasaría toda su vida sirviendo en la legión, aunque sí que era cierto que seguía planteándose muchas cuestiones en temas que otros daban por sentados, como por ejemplo en lo relativo al destino de los niños y mujeres que se habían refugiado en lo alto de la cordillera. Cornelio no había dudado un instante en verlo claro, en cambio él lo había enfocado desde un punto de vista totalmente diferente. ¿Era eso a lo que se refería Salonio? ¿No era un verdadero soldado entonces?

—Es mejor que regreses a las tiendas de inmediato e informes a Cornelio y a los demás. Trata de ser lo más discreto que puedas para evitar que la información se extienda. No interesa que se sepa cuál es el estado de salud del comandante. Como ya te he dicho antes, y en el remoto caso de que aún quede alguien que quiera atentar contra la vida de Augusto, ese rumor puede darles alas y hacerles aprovechar la oportunidad. Así que deberéis estar atentos a esa posibilidad.

—Entendido…

CAPÍTULO XXV

Domus de Fabio, colina del Esquilino, Roma

—Ni rastro… Su *domus* está completamente vacía.

—¡Maldición! ¿Dónde se habrá metido ese hijo de Plutón? —preguntó Sexto muy malhumorado al recibir aquella noticia.

—¿Tú has podido averiguar algo? —interrogó su anfitrión.

—Nada, aunque lo más probable es que esté ya muy lejos.

—No se me ocurre hacia dónde podría haber huido.

—Pues no es que le queden demasiadas opciones tal y como está todo. Si yo fuera él, iría directamente a buscar a la única persona que podría sacarme de este embrollo —musitó Sexto.

—No creo que haya sido capaz de tomar semejante decisión.

—Ponte en su lugar. ¿Qué otras opciones tendrías? Parece la menos lógica desde el punto de vista práctico. Aunque cuando una bestia está acorralada y no tiene nada que perder, acostumbra a atacar con todas sus fuerzas. Y la información es lo único que posee ahora Licinio.

—Pero sería reconocer que le ha traicionado, y eso conlleva unas consecuencias terribles, solo hay que ver lo que mandó que te hicieran a ti —afirmó Fabio.

Razón no le faltaba, pero era la única vía de escape que le quedaba al escurridizo Licinio, y a juzgar por su historial de lealtades cambiantes, sabría moverse con relativa facilidad en aquel campo. Muy a su pesar, es lo mismo que habría hecho él, así que no podía demorarse más si quería interceptar al traidor antes que confesara y diera al traste con los futuros planes que tenían para acabar con la vida del cónsul

—Debo ponerme en marcha de inmediato.

—Te acompaño —afirmó el senador.

—No, Fabio. Será mejor que te quedes en Roma —dijo Sexto de forma contundente.

—Pero no puedes hacer esto tú solo. Es demasiado peligroso. Regresar de nuevo a Hispania es un riesgo demasiado alto, y más ahora que te dan por muerto.

—Lo sé, pero no me queda más remedio. Ya has hecho más que suficiente por mí sacándome del lío en el que me metí. Además, esto es únicamente responsabilidad mía —reconoció con firmeza ante su

interlocutor—. Fui yo el que cometió el error y por ello debo ser el que me encargue de subsanarlo. No quiero que te impliques más… A partir de este momento, todo lo que ocurra será responsabilidad mía. No quiero meterte en más problemas.

—Pero, Sexto…

—No debes preocuparte, Licinio es una rata cobarde que está huyendo. Además, Augusto está combatiendo a los cántabros en el frente, y no creo que tenga suficientes agallas como para ir a buscarlo. Eso me lo pone mucho más fácil —expuso mientras sonreía levemente.

—¿Y se puede saber hacia dónde te diriges?

—A Tarraco, dónde si no. Buscará amparo junto a la familia del *Princeps*. Sé que su esposa Livia se encuentra allí junto a Julia, la hija del cónsul y el que será su futuro marido, Marco Claudio Marcelo. Sin duda es ahí a donde me dirigiría yo para estar bien protegido hasta poder hablar con Augusto —respondió.

Recordaba toda esa información del momento en el que las legiones llegaron a la ciudad hispana. Ya hacía tiempo que la familia de Augusto estaba allí, y era *vox populi*.

—Te recuerdo que cuando te rescatamos del presidio dejamos un cuerpo con la cara destrozada en el lugar para hacerles creer que estabas muerto. Insisto en que no es conveniente que te vean deambulando por allí, alguien podría reconocerte —le dijo Fabio.

—Seré discreto, no te preocupes. Además, no iré solo.

—¿Y quién te va a acompañar?

—Eso es lo de menos, amigo —dijo sonriendo—. Debes encargarte de que todo siga pareciendo normal. No debemos levantar sospechas acerca de lo ocurrido.

—Te refieres a Emilio… Si me pregunta por el contratiempo o por ti qué quieres que le responda.

—Dile que todo ha ido según lo previsto y que no debe preocuparse. Como habíamos acordado que nos mantendríamos en la sombra por ahora, hazle saber que me he retirado a tu villa de Paestum para descansar y tratar de no llamar mucho la atención en Roma —le explicó a su amigo.

—Espero que resulte creíble. Emilio no es un hombre al que se le pueda engañar fácilmente.

—Os pasáis todo el día discutiendo acaloradamente sobre temas políticos en el Senado, ¿y me dices que no vas a ser capaz de engañar a Emilio? No te subestimes, Fabio. No es propio de ti. En cualquier caso, siempre podrás decirle que eso es lo que yo te dije que había ocurrido —expuso Sexto—. Ya te he dicho que esto es responsabilidad mía exclusivamente y que no quiero que asumas una culpa que no te

corresponde.

—Así sea entonces, por la tríada capitolina.

—Aclarado el tema, me pongo en marcha cuanto antes. Tendré que hacerme con un pasaje en alguna nave que vaya a Hispania. El tiempo apremia y Licinio me lleva mucha ventaja.

—Toma esto, lo necesitarás —dijo entregándole una bolsa con monedas en su interior que acababa de sacar de uno de los arcones que estaban en el *tablinum*.

—No será necesario —respondió haciendo un gesto con la mano—. He abusado ya mucho de tu hospitalidad y todavía tengo algo a buen recaudo que me servirá para costearme el pasaje y la estancia en Tarraco.

—Insisto —le dijo el senador ofreciéndole de nuevo la saca.

—Está bien. Pero prometo devolvértelo cuando solucione este asunto.

—Te tomo la palabra, amigo Sexto, y que Neptuno te sea favorable en este viaje —dijo acercándole el brazo derecho extendido.

Sexto lo entrechocó y respondió:

—Espero contar con el favor de los dioses en esta ocasión, ya que últimamente parecen haberme abandonado.

—Espera un momento —le dijo el senador agarrándole suavemente por el codo.

Sexto se detuvo y aguardó las palabras de su amigo:

—Todavía nos queda alguien afín a la causa que está en el entorno de Augusto.

—¿Y cómo es que no me habías dicho nada al respecto? —preguntó Sexto sorprendido por aquella información.

—Verás… Es un activo muy preciado y no queríamos usarlo si no era en un caso de extrema necesidad, como lo es ahora.

—¿Estuvo presente en el campamento cuando fracasé? —interrogó de nuevo.

—Sí. Aunque tenía órdenes explícitas de no intervenir y de no desvelar su identidad —reconoció Fabio.

Sexto no esperaba que su amigo le revelara aquel dato. Siempre había pensado que él era quien controlaba todo en Hispania. Aunque ahora se daba cuenta de que no era más que otra pieza en el tablero, y que los que movían los hilos no eran tan estúpidos. Los había infravalorado. Había creído que eran unos simples aristócratas que querían deshacerse de un hombre poderoso que les estaba recortando los privilegios. Pero con aquella acción quedaba claro que querían asegurarse de que todo salía según lo previsto. Sonrió levemente y respondió:

—¿Algo más que no me hayas explicado, Fabio?

—Debes entender que hay mucho en juego en este asunto. Tú siempre tuviste toda la confianza de las operaciones sobre el terreno —explicó el senador—. Este elemento simplemente estaba allí de mero observador…

—Querrás decir para controlarme —interrumpió Sexto.

El breve silencio le delató…

—Ya te he dicho que no se le permitió intervenir.

—En cualquier caso y para serte sincero, debo reconocer que las cosas ocurrieron muy rápido. Demasiado como para que le diera tiempo a hacerlo.

—Te lo he explicado porque confío en ti, amigo —añadió Fabio.

—Tú sí, pero los demás quizás no tanto.

—Su informe de lo ocurrido también sirvió de mucho para justificar tu actuación ante los demás —expuso de nuevo el senador tratando de hacerle entender lo ocurrido.

—Vaya, pues dame su nombre y dime dónde le puedo encontrar ya que tengo mucho que agradecerle. Por lo menos el hecho de seguir en el mundo de los vivos.

—Vamos, Sexto… No te enojes conmigo. Yo no fui el que decidió que se infiltrara.

Si realmente el testimonio de ese espía había servido para que no le hubieran matado, sí que debía darle las gracias. Su enfado era por el hecho de no haber sido informado. Le molestaba mucho la desconfianza, y haberse enterado en aquel instante de aquel detalle le hacía sentir rabia e impotencia. Comprendía la justificación de su amigo, y estaba claro que había mucha más gente implicada en aquella conjura de la que él creía. No estaba acostumbrado a que le engañaran… Tan solo era eso.

—Lamento que te hayas tenido que enterar de esta forma.

—Ahora ya no importa —dijo Sexto con resignación—. La situación como bien has dicho es de urgencia, así que será mejor aprovecharnos de él y de lo que sabe. Dime quién es y dónde puedo localizarle. Del resto ya me encargo yo.

* * * * *

Hacerse con un pasaje no fue demasiado complicado. El puerto de Ostia Antica era un ir y venir constante de naves comerciales de todos los tamaños y procedencias, así que pagando un precio adecuado uno podía conseguir lo que quisiera. Los marineros se adaptaban a las necesidades mientras hubiera monedas de por medio. Y eso fue precisamente lo que hizo que el capitán de aquel pequeño barco que

transportaba ánforas de vino a Emporiae, decidiera hacer una escala previa para dejar a sus dos pasajeros en el puerto de Tarraco. Le dijo que el trayecto normal se hacía en unos seis días de navegación siempre y cuando el estado del mar y los vientos fueran favorables, aunque estando todavía en una estación del año en el que los vientos eran muy variables, se solía navegar más cerca de la costa y eso podía retrasar la duración del viaje un par de días más. Fueron necesarias unas pocas monedas más para convencerle a él y a su tripulación de que el tiempo apremiaba y necesitaban llegar a su destino lo antes posible. A regañadientes aquel siciliano, oscuro de tez y con una piel reseca fruto del constante azote del viento y el agua salada del mar, aceptó, aunque en el fondo, se le veía contento por haber obtenido un extra al asumir aquel riesgo. Incluso les ofreció su camarote para poder alojarse pese a que no era una estancia demasiado cómoda, a decir verdad.

—¿Cómo daremos con él cuando lleguemos?

—No te preocupes por eso ahora. Lo importante es recortar la ventaja que nos lleva —respondió Sexto—. Si hubieras cumplido con tu tarea, no estaríamos a bordo de este maldito barco mercante camino del lugar que más detesto.

—Lamento mucho lo ocurrido —se disculpó el hombre.

—Yo también lamento haber hecho según qué cosas en la vida…

Podría haberlo matado aprovechando que estaba convaleciente en la cama tras haber sobrevivido a la fea herida que según él le había provocado su socio. Aunque al final pensó que podría sacar provecho de la situación. Era al fin y al cabo uno de los pocos que le podía poner cara a Licinio, ya que él no lo había visto jamás, y si lo vio el día de la reunión en casa de Fabio, no lo recordaba. En aquella ocasión había muchos rostros que nunca antes había visto, mirándole con suma atención, y él tampoco es que estuviera demasiado atento a ellos ya que tenía otras cosas en las que pensar. Así que para qué perder más tiempo contratando a otro asesino cuando tenía uno allí mismo, que, además, estaría deseando enmendar su error cuanto antes y tampoco le iba a cobrar nada por cumplir con un trabajo que ya se le había encomendado y que no había podido llevar a cabo.

De esa manera se ahorró también tener que mancharse las manos de sangre, a la vez que evitaba tener que hacerlo en el futuro más inmediato cuando diera con el prófugo. Todo encajaba y, dentro de lo mal que habían salido las cosas hasta ese momento, todo parecía que podía ir a mejor. Ahora solo quedaba encontrar a ese maldito cobarde y eliminarlo lo antes posible. No podía correr más riesgos si quería que todo continuara según lo establecido. Emilio había dejado claro

que confiaba en él, así que debía responder con reciprocidad, a la vez que evitaba dejar en mal lugar también a su amigo Fabio, aunque ello supusiera tener que regresar a aquel maldito lugar que tan malos y dolorosos recuerdos le traía.

—Cuando demos con él, me encargaré de enviarle a la otra vida con mis propias manos —dijo de súbito el asesino sacándole de sus pensamientos.

—A ver si en esta ocasión cumples con tu cometido. No aceptaré más errores.

—No te preocupes, no te decepcionaré…

—Por tu bien espero que así sea.

CAPÍTULO XXVI

Tardaron seis días en llegar hasta Calagurris. El viaje fue relativamente tranquilo, y tan solo tuvieron que detenerse en ocasiones puntuales para que el cónsul pudiera estirar las piernas por consejo de su *medicus*. Al hacer el trayecto a caballo y en carros y no a pie como era lo más habitual, el tiempo se redujo sustancialmente, aunque el ritmo de marcha no fuera tan rápido como lo habría sido en otras circunstancias más favorables. Además de los lictores y un pequeño grupo de diez guardaespaldas bátavos que formaban parte de los *germani corpore custodes*, acompañaban a la caravana para darle seguridad tres *turmae* de jinetes auxiliares tracios, cuyo número de efectivos era de noventa y cuatro, a los que había que añadir a un decurión que los comandaba y un *vexillifer* que portaba el emblema de la unidad. Se trataba de Augusto y por ello no se escatimaron recursos a la hora de protegerle. Si hubiera sido por Agripa, habría ido un *ala quinquagenaria* completa, pero fue el propio comandante el que puso sentido común a la situación y convenció a su segundo de que no era necesaria tanta escolta.

Valerio por su parte, se llevó consigo a cuatro de sus hombres de confianza, a los que añadió un par de los nuevos reclutas que recientemente se habían incorporado. Inicialmente, Cornelio pareció descontento, ya que veía que perdía, además de a su *optio*, a algunos de sus mejores veteranos, aunque el centurión acabó comprendiendo que la tarea que se le había encomendado a su subordinado no iba a ser sencilla, y que requeriría tener a su alrededor a camaradas que le pudieran ayudar con garantías. Además, a corto plazo no se preveían acciones bélicas relevantes, y los enemigos contra los que se debería combatir no incluían guerreros, al fin y al cabo. Así que en principio podría prescindir de ellos por un tiempo. Escogió a Aurelio, Domicio, Furio y Pompeyo, todos ellos de su propio *contubernium*. Añadió a su pequeño grupo a Mario y Arrio, dos jóvenes que *a priori* le habían causado buena impresión y que parecían ser más espabilados que el resto de reclutas que acababan de incorporarse a la primera centuria de la segunda cohorte. Sin duda esa iba a ser una primera misión muy especial para los dos.

En principio, y aunque fuera un simple *optio*, la responsabilidad de la seguridad de Augusto recaería sobre él y, por tanto, lictores y bátavos pasarían a estar bajo sus órdenes directas. A ninguno de ellos

pareció importarles demasiado. A los primeros porque eran simples funcionarios de la República y les daba igual servir a uno que a otro, y a los segundos porque eran mercenarios y obedecían las indicaciones del que les pagaba por sus servicios, que era quien había ordenado que ese hombre estuviera al frente de su seguridad. Eso le iba a facilitar el trabajo enormemente y le permitiría poderse centrar en la protección de Augusto exteriormente sin tener que preocuparse de los enemigos interiores. Así y todo, prefirió que sus camaradas estuvieran convenientemente advertidos sobre los posibles riesgos existentes y por ello les expuso en privado cuáles eran los aspectos en los que más debían fijarse. Incidió en los dos nuevos reclutas, a los cuales ya les había explicado durante las jornadas que duró el viaje, todo lo que había acontecido desde su llegada a Tarraco.

Los muchachos quedaron sorprendidos por el relato, aunque se mostraron muy emocionados al poder ser partícipes de aquello y, sobre todo, de hacerlo en compañía de los que ya se habían convertido en sus referentes. Esa no era la intención de Valerio al hacerles conocedores de la conspiración y del papel que habían jugado ellos para poder evitar el asesinato del cónsul, aunque era imposible evitar que aquellos dos se lo tomaran así. Cuando te explicaban un relato como ese, parecía más un cuento que algo que hubiera podido llegar a suceder en realidad, así que tampoco les culpó por emocionarse, aunque sí que les advirtió de los riesgos que conllevaba la misión y que no debían bajar la guardia y aprender de los veteranos que iban con ellos.

La primera medida que tomó fue la de establecer parejas fijas entre los suyos, que debían encargarse de vigilar permanentemente al cónsul para evitar cualquier tipo de incidente. Aunque los bátavos no se separaban nunca de él, prefirió tener a alguien de su círculo de confianza siempre de guardia. Acordó con Augusto esa manera de proceder, y este no puso objeción alguna. Imaginaba que porque ya no le importaba tener dos hombres más en su escolta personal pegados a su trasero hiciera lo que hiciera. Se lo tomó con filosofía, o más bien con resignación. Un hombre de su posición estaba acostumbrado a tener que desplazarse siempre acompañado por una escolta de guardaespaldas bien armados.

—La temperatura es más agradable aquí que al pie de la cordillera —dijo Aurelio.

—Y a medida que nos acerquemos al mar lo será más aún —explicó Valerio mientras troceaba un mendrugo de pan y lo dejaba caer en el interior del cuenco donde estaba el sabroso guiso.

—Te agradezco que hayas pensado en nosotros para hacer este

trabajo. Nos vendrá bien este pequeño descanso de las tareas cotidianas del campamento, y más teniendo en cuenta que hacía tiempo que no se concedían permisos —señaló de nuevo su amigo esbozando una amplia sonrisa.

—No te lo tomes como un permiso, *frater* —dijo el *optio* tras oler con gusto el aroma que desprendía aquel manjar, sin duda mucho mejor que las gachas que se solían ofrecer como manutención a los soldados—. La tarea que se nos ha encomendado no va a ser sencilla.

—Vamos, Valerio… ¿Qué hay más tranquilo que volver a Tarraco y hacer de escolta de un cónsul de Roma?

—Todavía no has entendido esto —repitió esa vez mucho más serio, apartando la vista del suculento ágape que se les había ofrecido por cortesía del propio Augusto.

Aurelio captó a la perfección el toque de atención que le había dado su superior y amigo, y trató de rectificar sus palabras.

—Mis disculpas…

—¿Los demás opinan lo mismo que tú? —le preguntó.

—Diría que sí.

—Entiendo —dijo Valerio rascándose la barbilla y mostrando su preocupación—. Parece que no quedó claro lo que os expliqué antes de abandonar el campamento. Veo a los dos reclutas más concentrados y creo que tendré que solucionar ese pequeño detalle.

Se puso en pie y le indicó a Aurelio que le siguiera. Dejó el sabroso guiso sobre la mesa de madera a riesgo de que se enfriara por la temperatura del ambiente que era gélida. Tenía cosas más urgentes de las que ocuparse, la cena podría esperar un poco más. Ambos hombres abandonaron el recinto que estaba junto a la casa principal, aquella en la que se habían instalado Augusto y su *medicus*, junto a los lictores y los bátavos encargados de su escolta. Les separaban pocos pasos de distancia, aunque antes de ir hacia allí, pasó por un pequeño cobertizo de madera en el que estaba el resto de legionarios que se había traído consigo. Golpeó a la puerta y entró sin esperar respuesta alguna. Allí estaban Domicio y los dos reclutas comiendo algo de lo que les habían traído. Al ver entrar a su superior, dejaron lo que tenían entre manos y se pusieron en pie de inmediato.

—¡Acompañadme! —ordenó Valerio.

Todos obedecieron y fueron tras él y Aurelio. Se encaminaron hacia el edificio principal de aquella especie de villa en la que habían sido alojados. Desconocían si estaba habitada antes de su llegada, la cuestión era que había sido ofrecida por las autoridades de la ciudad al *Princeps* y a su comitiva para que pudieran descansar de su viaje. Incluso les habían enviado un numeroso grupo de esclavos que tenían

todo preparado cuando llegaron. Valerio pensó que Agripa se habría encargado de informar a todos los hombres importantes de las ciudades por las que iban a pasar para que estos lo tuvieran todo preparado. Había que reconocer que el amigo de Augusto era un hombre al que le gustaba tener todo bajo control. Atravesaron un pequeño jardín que incluía un huerto con algunos árboles frutales y un estanque de dimensiones considerables que estaba coronado por una estatua de la diosa Ceres, con su haz de trigo en una mano y la antorcha en la otra, perfectamente policromada. Cuando llegaron a la entrada principal, saludaron a los dos bátavos que estaban montando guardia. Estos les franquearon el paso y les indicaron que sus camaradas estaban en el interior de la villa, justo frente a la puerta de la estancia que ocupaba el cónsul. Valerio preguntó a los germanos si se estaban haciendo las rondas perimetrales, y estos indicaron que había cuatro hombres que se encargaban de ello. La comitiva de legionarios accedió al interior del edificio y buscaron a sus compañeros.

* * * * *

—Da gusto alejarse durante un tiempo del frente.

—Sin duda, *frater* —respondió Furio, que estaba observando desde una distancia prudencial a través de la puerta entreabierta al cónsul, que estaba recostado en su camilla comiendo algo bajo la atenta supervisión de su *medicus* y de dos de sus lictores.

—Lo cierto es que podemos considerarnos afortunados de que Valerio nos haya escogido para esta misión. Es un regalo de los dioses, lo que significa que nos tienen bien considerados —añadió Pompeyo, que se había convertido en su compañero de guardias.

—Suena mal si lo digo yo, pero seremos la envidia de la centuria. Nos vamos a Tarraco y ellos se quedan allí pasando frío —dijo sonriendo el otro soldado.

—Ya se nota el cambio de temperatura en Calagurris, así que imagínate lo bien que se estará en Tarraco.

Ambos hombres soltaron una carcajada mientras dos bátavos que estaban junto a ellos compartiendo el turno de guardia los miraban muy serios. Justo entonces se escucharon pasos por el pasillo que iba a dar justo donde ellos estaban. Instintivamente los cuatro se llevaron las manos a las empuñaduras de sus armas, aunque no tardaron mucho en relajar aquella postura, ya que se trataba de Valerio y los demás compañeros de centuria. Al verlo llegar, los cuatro guardias se cuadraron, dos por ser legionarios y los otros porque sabían perfectamente que ese era su nuevo oficial al mando.

—Descansad, soldados —indicó el *optio* a los cuatro—. Podéis tomaros un descanso e ir a comer algo —ordenó seguidamente a los dos bátavos, que obedecieron sin rechistar desapareciendo rápidamente.

Echó un rápido vistazo al interior de la estancia y comprobó que Augusto estaba bien.

—¿Alguna novedad? —interrogó a sus hombres.

—Nada que destacar… Parece que se encuentra bien después del largo viaje y que está cenando —respondió Furio.

—Esas son buenas noticias… —dijo Valerio mientras se ponía un poco más serio—. En otro orden de cosas y siendo directo porque no es mi intención interrumpir la guardia… quería hablar con vosotros sobre un tema —comenzó a decir el oficial haciendo un barrido visual para cerciorarse de que todos estaban bien atentos—. Aunque mis palabras suenen reiterativas, porque ya os lo dije antes de partir, quiero recordaros que esto no es un permiso, legionarios. Desearía que quedara bien claro, ya que quizás no me entendisteis bien cuando os expliqué cuál iba a ser nuestra misión en este viaje y posteriormente en Tarraco. La guerra continúa su curso, y esto no es más que una breve pausa por una causa de fuerza mayor. Habéis sido elegidos para llevar a cabo este cometido simplemente porque sois los mejores hombres que tengo y contáis con mi total confianza. La misma que ha depositado el cónsul en mí para que todo transcurra con normalidad.

Los legionarios asintieron. Había tratado de darles un toque de atención para que no se relajaran sin parecer demasiado contundente. Era fundamental que un buen líder supiera motivar a los hombres a los que dirigía para que estos dieran lo mejor de sí mismos. Lo había aprendido de dos oficiales que se habían convertido en un referente, y a los que sin duda las cosas les habían funcionado. ¿Por qué no iba él a seguir un sistema que estaba claro que proporcionaba unos brillantes resultados?

—Os advertí que debíamos estar atentos a todo. Hasta el más mínimo detalle cuenta. Exceptuando a Aurelio, el resto no estuvisteis implicados en aquel feo asunto, y doy gracias a los dioses por ello —continuó diciendo haciendo clara alusión al asunto de la conjura y al intento de asesinato de Augusto—. Pero sabed que hubo mucha gente que participó en esa conspiración, y podría ser que todavía no hubiera sido erradicada del todo. Los hombres que atentaron contra la vida del cónsul, lo hicieron en el interior de un campamento militar con el alto riesgo que ello comportaba. Imaginad lo que podrían hacer en un entorno menos hostil para ellos como es el actual —indicó de nuevo incidiendo en el hecho de que no podían relajarse en sus deberes de

custodia—. No debemos bajar la guardia en ningún momento ni perder de vista al *Princeps*. Os pido que sigáis estando alerta y preparados para intervenir en cualquier momento.

—Sí, señor —dijeron los seis legionarios al unísono.

—Y ahora, continuad con vuestro turno de guardia —indicó a Furio y Pompeyo—. El resto id a cenar y a descansar un poco.

Justo entonces cuando se disponía a marcharse, la puerta de la estancia del cónsul se abrió y apareció uno de los lictores que le dijo:

—El *Princeps* quiere verle *optio.*

—¿Ahora?

—Sí, señor.

—Está bien —dijo Valerio acompañando al funcionario.

Ambos entraron en la estancia y cerraron la puerta tras de sí. El militar se acercó más hacia la mesa mientras Augusto sonreía y le hacía una indicación para que tomara asiento frente a él en una preciosa butaca acolchada. Valerio asintió levemente:

—¿Qué desea, comandante?

Sabía que le gustaba más que se dirigieran a él por su título militar que por el político. Era un hombre con escasa fama militar, y las ganas de obtenerla le habían llevado a querer dirigir aquella campaña en persona. Aunque era evidente que su estado de salud no era el idóneo para alguien que tenía que estar al frente de un ejército y moverse diariamente con el avance de las tropas. No estaba juzgándole por sus actos, ni mucho menos, pero no comprendía ese afán por querer poseer la gloria. A juzgar por lo que había visto, el afán de querer obtenerla suponía un grave riesgo para su integridad. Además, esa era la parte más dura físicamente, y podía dejársela a hombres muy capaces que servían bajo sus órdenes, como Agripa. Quizás era él quien no entendía la motivación de Augusto, ya que procedía de una *gens* en la que la gloria en los campos de batalla siempre había estado presente. El gran Julio César, el famoso Cayo Mario…, Habían sido grandes políticos en su momento y habían logrado muchas cosas para la República, pero también era cierto que antes de llegar a ser esos grandes magistrados, se habían labrado una gran fama militar, dirigiendo grandes ejércitos y obteniendo victorias muy relevantes. Eso era lo que le faltaba a Augusto, una parte que, según parecía, era fundamental que obtuviera, aunque, sin tratar de resultar crítico con su persona, parecía que sería imposible que lo consiguiera. Sus antepasados nacieron con las cualidades idóneas para destacar en ambos campos, pero él no tuvo esa fortuna y lo más fácil iba a ser aceptarlo y aprender a vivir con ello.

—¿Nos disculpas, amigo? —le indicó a su *medicus*, que hizo una

leve reverencia para dejarlos solos.

El cónsul continuaba recostado en su camilla y se incorporó como pudo. Valerio hizo ademán de levantarse para tratar de asistirlo, pero su anfitrión le dijo:

—Tranquilo, *optio*… De momento me valgo por mí mismo. Estoy enfermo, pero todavía tengo fuerzas para poderme sentar sin tener que pedirle ayuda a nadie. Eso me haría sentir más anciano de lo que ya soy y créeme, es difícil de sobrellevar.

La verdad es que se le veía mejor color de cara que la última ocasión en la que se reunieron en la tienda de Salonio. Habían pasado ya algunos días desde aquel encuentro y tal vez la mejor temperatura de las tierras en las cuales estaban ahora contribuía a su ligera mejora. Aunque nada era seguro a la hora de valorar las mejoras en los enfermos, ya que la salud era algo en lo que los dioses jugaban un papel muy importante. Siempre que alguien enfermaba, pese a disponer de los consejos y remedios propiciados por un *medicus*, era menester invocar a las divinidades y pedirles que intercedieran por su recuperación. Los sacrificios no estaban de más, y Augusto debía llevar unos cuantos a sus espaldas teniendo en cuenta las veces que se había visto afectado por alguna dolencia.

—Quería hacerte unas preguntas ahora que estamos a solas. Imagino que los lictores y los bátavos han aceptado tu mando sin objeción alguna, ¿no?

—Sí, comandante. No ha habido ningún problema.

—Los germanos son hombres leales —prosiguió—. Sirvieron a mi tío como guardia personal con muy buen resultado. Lástima que no se los llevara al Senado con él para la fatídica sesión de los *idus* de marzo en la que le asesinaron. Le habría venido muy bien tenerlos cerca —suspiró.

Valerio prefirió guardar silencio ya que no sabía bien qué responder.

—Eres hombre de pocas palabras, *optio*.

—Sí, comandante… Quiero decir, que solo hablo cuando es necesario.

—Todos los militares sois así de parcos en palabras —dijo sonriendo de nuevo—. Pero tranquilo, lo comprendo… Yo también pasé muchos años de mi juventud rodeado de soldados en campamentos. De hecho, cuando el divino César fue asesinado por los conjurados, yo me hallaba en Macedonia, junto a Agripa. Nos estábamos formando e instruyendo por designio de mi tío, que quería que me convirtiera en un hombre de provecho para la República. Ya tenía mi puesto de honor junto a él en la campaña que preparaba

contra los partos. Su sueño era recuperar las águilas arrebatadas por esos bárbaros a las legiones de Marco Licinio Craso —hizo una breve pausa recordando aquel desastre que supuso la pérdida de muchos valientes y del propio triunviro—. Después tuve que tomar las armas y dirigir legiones siendo tan solo un muchacho para vengar su muerte. Y créeme, no me fue fácil hacerme un lugar entre los senadores. ¿Quién iba a aceptar a un jovenzuelo que reclamaba ser el sucesor del gran César? Tuve que hacer cosas que tal vez ahora mismo no sería capaz de llevar a cabo, pero nada es fácil, *optio*… —añadió meditando como si estuviera confesándose ante una inminente muerte.

—Comprendo, comandante —respondió Valerio dejándole hablar.

—Tras esa relativa calma conseguida después de tanta lucha, no creas que las cosas mejoraron. Vinieron unos años que recuerdo que fueron también convulsos. Por un lado, estuvieron los ilirios, el hijo de Pompeyo, Sexto, que no claudicó jamás… El hermano de Marco Antonio en Perugia, el propio Antonio y su reina egipcia, como bien sabrás porque estuviste allí presente si no recuerdo mal. Como puedes comprobar no he tenido muchos años de descanso, y ahora la fatiga y el peso de tanto tiempo luchando han hecho acto de presencia. No he llegado hasta donde estoy por los demás, sino que han sido mi esfuerzo y mi voluntad férrea, *optio*, las que me han convertido en el hombre que soy ahora —expuso tratando de justificarse.

—Lo sé, comandante. Es normal que toda esa carga que lleva sobre sus espaldas le haga enfermar ahora, aunque con un poco de reposo en Tarraco recobrará fuerzas y volverá con más vitalidad que nunca.

—Vaya y yo que pensaba que eras lacónico en tus palabras —dijo sonriendo el cónsul.

Con aquellas palabras había tratado de decirle a Valerio que él también se consideraba un militar. Que había protagonizado gestas importantes y que no había dejado de combatir para poder lograr lo que ahora tenía. Sabía que la vida de Augusto no había sido fácil y que, tras el asesinato de su tío, las cosas se le habían complicado bastante, hasta el punto que tuvo que abrirse paso en un mundo de adultos siendo tan solo un adolescente. Eso debió suponer un reto inmenso. Pero su fuerte carácter y convicción le habían aupado hasta llegar a ocupar el puesto en el que estaba y, ciertamente, era sabido por todos, que nadie le había regalado nada. Había tenido que pelear duro para llegar a ser el *Pater Patriae*, pero no era necesario que se justificara ante él. Ante un simple *optio* de una de tantas centurias que componían sus muchas legiones. Aunque sonara así de sencillo, no sabía cómo hacérselo entender. Ese hombre, aunque débil y enfermo, imponía mucho, así que optó por dejarle hablar.

—Pero no te he hecho llamar para hablarte del pasado lejano ni aburrirte con mis batallas de juventud —se excusó—. Quería explicarte otra cosa, que nos concierne a ambos.

Valerio se quedó sorprendido ante aquella afirmación. Tan solo había una cosa que ellos podían tener en común, dos hombres pertenecientes a mundos muy distantes el uno del otro pero que a la vez convivían en un espacio común. Y eso era precisamente lo que más miedo le daba de todo: su nexo.

CAPÍTULO XXVII

Puerto comercial de Tarraco

—¡Descargad todas las pertenencias y llevadlas a casa de Decimo Severo Balbo!

El esclavo asintió levemente y acto seguido subió de nuevo a la nave para transmitir las órdenes a los marineros que estaban comenzando a apilar las pertenencias en la estrecha cubierta.

—Licinio, ¿has mandado que alguien venga a recogernos? —le preguntó la mujer mientras aguardaba a cierta distancia del barco sujetando a la criatura de pocos meses entre sus brazos.

—Maldito castigo de los dioses… —se dijo a sí mismo mientras se acercaba hasta donde estaba ella con los dos niños y su esclava de confianza.

—Después de este viaje tan precipitado, quiero darme un baño y descansar cómodamente. Es lo que más me apetece después de haber estado encerrada en ese mísero cuartucho durante tantas jornadas. Ni que fuéramos ganado —volvió a decirle mientras le entregaba el bebé a la sierva que lo sujetó con más cariño que la propia madre.

No podía dar crédito a lo que estaba escuchando. ¿Todavía no se había dado cuenta de la situación tan crítica en la que se encontraban? ¿Acaso era tan estúpida como para no haber comprendido la gravedad de los hechos? Se lo había explicado hasta tres veces sin entrar en el asunto de la conjura. Eso prefería guardárselo para él. Cuanta menos gente lo supiera mejor, y su esposa no es que fuera demasiado discreta a la hora de guardar un secreto. Trató de contenerse mientras avanzaba hacia ellas ya que no le convenía llamar la atención tan pronto en un lugar desconocido y al que acababa de llegar. La sujetó con fuerza por el brazo y la apartó un poco de los niños y la esclava. Cuando estuvo suficientemente lejos le dijo en voz baja:

—Cuántas veces te tengo que explicar la situación en la que estamos… ¿Es que no te enteras de nada?

—Suéltame, Licinio… Me haces daño en el brazo —gimió ella.

—Te tendría que haber dejado en Roma para que te rajaran el cuello como a una cabra —añadió el senador levantando un poco el tono de su voz.

—Me asustas cuando te pones así… Parece que no seas mi

esposo…

Licinio era quince años mayor que su esposa. Los matrimonios de conveniencia no entendían de edad. Su anterior mujer, Atilia, había muerto durante el parto de su primer hijo, el cual también la acompañó a la otra vida. Aquello sí que supuso un duro golpe para él. Amaba a Atilia, y la perdió de una manera cruel e injusta, cuando no llevaban más que año y medio casados. La segunda mujer con la que contrajo matrimonio, Vibia, no fue capaz de darle descendencia, así que después de diez años casados, su padre le obligó a divorciarse cuando recibió la oferta de Claudio Marcelo. A regañadientes tuvo que obedecer al *pater familias*. Repudió a Vibia que se marchó con su familia fuera de Roma. La amó. Y de nuevo el destino fue cruel con él y se la arrebató. Y en lugar de concederle alguna recompensa por haber sufrido tanto, le castigó aún más dándole a Marcela. Una niña guapa pero estúpida y consentida. Llevaban ya siete años casados y tenían dos hijos, pero, aunque fuera un pozo de fertilidad comparada con la anterior, no le aportaba nada más a su vida. Y encima, después de todo lo que había tenido que vivir recientemente, tenía que soportar sus comentarios que le hacían perder el control. Si no hubieran estado en el puerto, con tantos testigos, le habría dado un par de bofetadas.

—Escucha bien lo que te voy a decir de nuevo… Ahora vamos a acompañar al esclavo de Severo hasta su casa.

—Pero no hay ninguna litera —dijo ella.

—Ni la va a haber, Marcela. No hemos venido hasta aquí para descansar ¿comprendes? Me han intentado asesinar en Roma.

La mujer asintió levemente.

—¿Te das cuenta de la gravedad de los hechos? Estamos aquí para escondernos y buscar la ayuda de gente poderosa que nos pueda proteger. Si regreso a Roma me matarán… A mí primero y después a los niños y a ti. ¿Entiendes? —le preguntó dándole un golpe con su dedo índice en la frente—. A ver si te entra de una vez en la cabeza.

Marcela cerró los ojos cuando le golpeó con el dedo.

—Y ahora coge al maldito niño y andando.

La mujer obedeció con los ojos llorosos. Habría preferido dejarla allí, pero eso implicaba separar a sus hijos de su madre, y con la edad que tenían no era muy conveniente. Si hubieran sido mayores se los habría llevado con la esclava y habría dejado a su esposa en Roma a su suerte. Por fortuna, Severo había recibido la misiva que le envió cuando arribaron al puerto. Su esclavo Patrás había sido rápido entregándosela, y la suerte quiso que recordara dónde estaba ubicada su casa. Le había llevado con él en los últimos viajes que había hecho

para visitar a su viejo amigo. Cuando vio aparecer a ambos esclavos con una carreta tirada por dos mulas, supo que Severo le acogería con los brazos abiertos, como siempre ocurría. No había enviado transporte para ellos, pero eso era lo de menos en aquel momento. Tan solo deseaba esconderse en un lugar seguro hasta que pudiera hallar la manera de ponerse en contacto con Augusto e informarle de la situación en Roma.

Mismo lugar, dos días y medio más tarde

Descendió lentamente por la pasarela hasta pisar tierra firme. Todavía le dolía el costado. La herida estaba curándose a buen ritmo, aunque tardaría algún tiempo en estar recuperado del todo según le había dicho el *medicus* que le había atendido. Los vientos habían sido favorables y según el capitán, habían reducido el trayecto en medio día. Los marineros habían cumplido con lo pactado, por eso Sexto les había entregado una bonificación extra por el buen trabajo. La verdad es que ese hombre no dejaba de sorprenderle, había recompensado generosamente a aquellos hombres que no conocía de nada por el esfuerzo que habían hecho. Se había portado bien con ellos como pagador y la cuantía ofrecida era más que justa. Después apareció como siempre la avaricia. Demetrio había intentado asesinarle para quedarse con el soborno ofrecido por el senador cobarde, pero era innegable que él también aceptó su parte en el momento en el que iban a ejecutarle. No eludía su parte de responsabilidad. Ni mucho menos. Pero todo se habría olvidado si su socio no hubiera querido traicionarle. Por culpa de él se veía en aquella situación.

Cuando le vio entrar en la habitación tras reunirse en privado con el senador Fabio, pensó que su suerte se había terminado. Estaba demasiado débil para defenderse, por lo que se preparó para abandonar el mundo de los vivos, sin duda se lo tenía bien merecido. Pero en lugar de eso, Sexto tomó asiento junto a él y le preguntó si quería resarcirse de su fracaso. En aquella situación no le quedó más opción que asentir levemente. Así que le ofreció hacer un largo viaje hasta Hispania para cazar a la presa que se había escabullido y cumplir de esa manera con el contrato. Obviamente no esperaba que le fuera a pagar por ello, aunque eso era ya lo de menos. Tenía una nueva oportunidad para hacer bien las cosas, y no iba a permitir que le salieran mal de nuevo. Iba a ser un trabajo sencillo. Localizar a Licinio en aquella ciudad no sería demasiado difícil y acabar con él tampoco. Una vez saldara la deuda con su contratante, decidiría si esa era una tierra propicia para buscar fortuna. Un nuevo lugar donde

comenzar. Merecía la pena intentarlo.

—El capitán me ha dicho que tiene un contacto en el puerto que podría ayudarnos a dar con nuestro querido Licinio —dijo Sexto cuando bajó del barco.

—¿Y si no han desembarcado aquí?

—Lo han hecho. Estoy más que convencido —dijo el hombre y comenzó a caminar.

¿Cómo podía estar tan seguro de que el senador huidizo estaba en Tarraco? Le había expuesto hacía unos días sus argumentos, y parecían lógicos, pero existía una probabilidad de que hubiera optado por ir a otro lugar. Existían muchos puertos en muchas provincias a lo largo de todo el territorio de la República, como también centenares de lugares fuera de los límites de esta en los cuales buscar un agujero donde esconderse. ¿Por qué tenía que ser ese? Su acompañante lo tenía muy claro y como era el que mandaba, no iba a protestar ni tratar de convencerle. Si no lo localizaban allí, tendrían que seguir buscando en otros lugares, pero por algún sitio tenían que comenzar.

Llegaron a una especie de cobertizo de madera que estaba junto a la lonja en la que los pescadores preparaban el material que vendían. Allí había dos hombres armados montando guardia. Sexto se acercó directamente a uno de ellos y le preguntó:

—¿Dónde puedo encontrar a Corvo?

Los dos guardias cruzaron miradas y el más alto de ellos respondió con otra cuestión:

—¿Y quién quiere verle?

—Soy Quinto Sulpicio Floro, comerciante de vinos de Siracusa y querría hacerle una pregunta acerca de una de mis naves que atraca habitualmente en este puerto —expuso Sexto.

El guardia le hizo un gesto a su compañero que entró en el cobertizo.

—Un momento, ha ido a avisarle.

«Admirable», pensó para sí mismo al ver la agilidad con la que Sexto actuaba y esa capacidad que demostraba para saber adaptarse a las situaciones. No pasó mucho tiempo hasta que el guardia salió del interior del rudimentario edificio acompañado por otro hombre. Sin duda el tal Corvo.

—¿Quién pregunta por mí? —fueron sus primeras palabras.

—Disculpa que te molestemos, ya sé que eres un hombre muy atareado. El capitán Diomedes nos ha traído en su nave hasta Tarraco ya que somos de la misma ciudad y me ha dicho que le conocías.

—No tienes cara de griego si te soy sincero —dijo el tal Corvo.

—¿Y quién te ha dicho que lo sea? —respondió Sexto muy

tranquilo.

—¿No has dicho que eres de la misma ciudad que él?

—¿Y es que todos los que viven en Siracusa tienen que ser griegos? —añadió muy seguro de sus palabras.

—No, claro que no —respondió un poco confundido su interlocutor —. Aunque si eres amigo de ese rufián, podría decirse que también eres mi amigo —dijo finalmente—. ¿En qué puedo ayudarte?

—Verás, me ha dicho que estás al corriente de todo lo que pasa en este puerto…

—Nada entra o sale de aquí sin mi previa supervisión —afirmó henchido de orgullo aquel don nadie.

—Hace un par de días debió haber llegado un barco procedente de Ostia, en el cual viajaba un hombre importante, que seguramente iba acompañado de su esposa y alguna criatura.

—Déjame pensar a ver si me acuerdo… Verás, amigo Sulpicio, es que pasan tantos barcos al día por este puerto que en ocasiones se me puede escapar alguno —añadió esbozando una leve sonrisa.

—Esto seguro que te ayuda a recordar —respondió Sexto entregándole un pequeño saco de cuero con monedas.

Las monedas siempre ayudaban a recordar. Funcionaba con todo el mundo, se trataba de una buena y efectiva medicina para la memoria.

—Hará cosa de un par de días más o menos, llegó a puerto una embarcación que llevaba unos pasajeros que corresponden con la descripción que me has dado.

—¿Algo más que hayas recordado?

—Claro… Estuvieron esperando un buen rato hasta que llegó una carreta con dos esclavos que recogió todos sus enseres. Ellos partieron a pie un rato antes siguiendo a uno de los siervos.

—¿Conocías a esos esclavos? —preguntó de nuevo Sexto.

—No… En eso sí que no te puedo ayudar, amigo.

—Es más que suficiente. Gratitud por tu colaboración.

—Yo también tengo una pregunta, Sulpicio —dijo Corvo justo antes de que se dieran la vuelta.

Sexto se giró y dijo:

—¿Qué deseas saber?

—Quisiera conocer el motivo por el cual has preguntado por ese hombre y su familia.

—Es un viejo amigo al que quiero darle una sorpresa…

CAPÍTULO XXVIII

Muy cerca de la urbs de Osca

Cabalgaba pensativo. Las palabras que le había dicho Augusto le dejaron un poco compungido. No entendía el motivo de esa sensación de ahogo que sintió tras saber que el cadáver de Cayo Sexto Apuleyo había sido encontrado en el presidio de Tarraco con la cara totalmente aplastada. Tampoco comprendió el motivo por el cual aquello había ocurrido. Al menos inicialmente. Y a juzgar por la cara que puso el *Princeps* cuando se lo explicó, este se debió de sentir de la misma manera cuando recibió la noticia. Según le había dicho, la misiva en la que le informaban de la muerte del principal conspirador, le había llegado unos días antes de caer enfermo. Poca cosa más ponía en el documento, tan solo el hecho de que el asesinato se produjo tras un asalto nocturno al presidio, en el que perecieron varios de los guardias, y al menos tres de los atacantes.

Augusto le dijo que lo más lógico era que los que estaban detrás de aquel turbio asunto se hubieran enterado de la captura de Sexto y por miedo a que hablara, quisieran silenciarlo de por vida. Era la versión que más se ajustaba teniendo en cuenta la cantidad de gente que podría estar involucrada y el poder e influencia que estos podían llegar a tener. La misiva del primo de Marco así lo había reflejado en su día. Muchas personas de alto rango se podían ver salpicadas si el prisionero decidía hablar. Siempre existía la posibilidad de que aceptara un trato para salvar su vida a cambio de delatar a los que habían orquestado la conjura.

Lamentó la manera en la que Sexto había abandonado el mundo de los vivos, aunque seguramente, el destino que le esperaba no iba a ser mucho más halagüeño. La cuestión era que en todas las semanas que había estado preso, no había dado nada de información. Augusto estaba muy molesto, ya que le reconoció a Valerio que sus hombres se habían esmerado con todo tipo de castigos físicos y psicológicos con tal de sonsacarle algún nombre que pudiera relacionarlo con los verdaderos cerebros de la operación. El hecho de que se hubieran tomado la molestia de personarse en el recinto para acabar con su vida, también implicaba que seguía habiendo personas cercanas a su círculo que pasaban información sobre la evolución del asunto, y eso también le incomodaba bastante. La conjura era de tal magnitud, que

el cónsul no podía permitirse el lujo de estar tranquilo. Le hizo partícipe de su miedo. Valerio fue capaz de ver el temor reflejado en los ojos de Augusto en el transcurso de la conversación privada que habían mantenido. Y eso era lo que más le preocupaba. Entendió el porqué de querérselos llevar a Tarraco y el porqué de vivir rodeado de guardias en todo momento. Se sentía observado, y aunque fuera el hombre más poderoso y temido de la República, eso no le eximía de ser el objetivo.

—¿En qué piensas, Valerio? —le dijo de súbito Aurelio.

—En nada, *frater*.

—Nos conocemos lo suficiente como para saber que hay algo que te preocupa. Llevas dos días más callado de lo habitual, y eso es un síntoma de que no estás bien.

Aurelio le conocía mejor que nadie. No podía engañarle, así que optó por hacerle un gesto para que se apartaran un poco de la caravana de hombres. Se hicieron a un lado y cabalgaron al trote para no perder de vista al resto de la columna, pero dejando una distancia prudencial respecto a ellos. Fue entonces cuando le resumió un poco por encima todo el asunto de la noticia que Augusto le había querido dar. El semblante risueño de su camarada, se fue tornando más serio a medida que recibía toda esa información. Cuando concluyó la explicación de los hechos, Aurelio soltó un suspiro y dijo:

—No me parece un mal destino para esa rata miserable…

Ambos guardaron silencio durante un breve instante. Fue de nuevo el legionario quien tomó la palabra:

—Aunque si alguien se ha tomado la molestia de ir hasta Tarraco y orquestar ese asalto, es por algo.

—Sin duda. Y eso es lo más preocupante de todo este asunto —afirmó Valerio.

—Si como dices, Sexto no delató a nadie, podría ser que los que estén implicados decidan no tentar de nuevo a Fortuna. Sería de estúpidos volverlo a intentar y arriesgarse de nuevo a que les capturaran.

—Esa es una posibilidad, aunque también podrían decidir acabar lo que comenzaron, y más si se han cerciorado de que no han sido descubiertos. Entiendes lo que te digo, ¿no? —inquirió el *optio*.

—A la perfección.

—Eso plantea un escenario completamente distinto. O para ser más exactos, dos escenarios.

—¿Es consciente el comandante de ello? —preguntó Aurelio.

—Aunque no me lo ha reconocido, he podido ver en sus ojos que está asustado y que se ha planteado eso mismo al igual que nosotros.

—No es estúpido, y sabe que la amenaza continúa planeando sobre él —añadió el legionario—. El riesgo existe, y más en la ciudad, sobre todo si tenemos en cuenta que la última vez lo intentaron en un campamento lleno de soldados… Todo es posible.

—También es cierto que con los hombres que somos, si han pensado llevar a cabo alguna acción, les va a costar mucho cumplir con su objetivo.

—Sería prudente no deshacerse de algunos de los jinetes tracios. ¿No crees?

—Se lo he planteado al cónsul, pero no quiere llamar demasiado la atención y tampoco espera que nadie vaya a asaltar su *domus* en la ciudad. Cree que con los hombres que somos, los *auxilia* no serán necesario. Piensa que serán más importantes en el frente —expuso Valerio.

—No lo sé. No me gusta, Valerio… —dijo soltando un suspiro Aurelio—. Creía que el asunto había quedado zanjado con la detención de Sexto, pero ahora me doy cuenta de que esto es más grande de lo que habíamos imaginado.

Su hermano de armas tenía toda la razón. Él tampoco esperaba aquello, pero había ocurrido. En el mejor de los casos, los conspiradores no actuarían, ya que el fracaso de la vez anterior habría puesto en guardia a Augusto y ya no sería tan fácil llegar hasta él. Esperaba que aquellos traidores fueran inteligentes y optaran por retirarse. Aunque también era consciente de que, quien ansía algo con fuerza, no cesa en su empeño hasta que lo acaba consiguiendo. Por ello, la estancia del cónsul en Tarraco no tenía pinta de ser tranquila, al menos para él y sus hombres.

—A mí tampoco me gusta. Pero tenemos que proteger al comandante con nuestras vidas si fuera necesario.

—¿Se lo vas a decir a los demás? —le preguntó.

—Creo que es mejor que lo sepan.

—¿Y qué hay de los lictores y de los bátavos?

—Cuando lleguemos a Tarraco les reuniré y les explicaré todo. Debemos estar preparados, y cuantos más seamos, mejor podremos proteger a Augusto —respondió Valerio.

—Espero que los dioses estén de nuestro lado en esta ocasión también, *frater*.

—Yo también —dijo el *optio* mientras azuzaba a su montura —. Ahora volvamos a la columna.

* * * * *

Los vio alejarse de la columna. Le pareció sospechoso, así que no les

quitó el ojo de encima. Estuvieron cabalgando a bastante distancia del resto de hombres y regresaron al cabo de un buen rato. Nadie le dio más importancia a ese gesto. Nadie excepto él. Había sido testigo en primera persona de muchas cosas gracias al cargo que ocupaba. Tenía órdenes explícitas de no intervenir, y eso en cierto modo era de agradecer. Su tarea era más de tipo burocrática, y tan solo tenía que limitarse a enviar los mensajes a los que le pagaban, informando con detalle de los acontecimientos a medida que iban sucediendo. El motivo que le había llevado a verse implicado en la causa no era personal, ya que no tenía nada en contra del cónsul, es más, había llegado a admirarle por ser un gran hombre. No había que olvidar que era frágil, pero a la vez transmitía una fuerza descomunal. Irradiaba energía y con el paso del tiempo incluso había sentido respeto hacia él.

Su objetivo era más ambicioso. Quería formar parte de esos privilegiados que querían acabar con la vida de Augusto. No por matar al *Princeps*, sino por ser uno de ellos en cuanto a posición y estatus social. Pero eso era arduo complicado, y más teniendo en cuenta el detalle de que él no era más que un hombre de humilde procedencia. Había llegado a ocupar un importante cargo, aunque no lo suficiente. Su intención era llegar más alto, y la única manera de conseguirlo pasaba por trabajar para aquellos que querían la desgracia de su superior. En cualquier caso, su trabajo tampoco implicaba el tener que mancharse las manos de sangre, y eso era de agradecer. Escribir misivas era fácil, así como observar. Y formar parte de la guardia consular de Augusto implicaba tener acceso a todo eso y más. Le había permitido estar junto a él en los momentos decisivos. Nunca supo quiénes eran los que estaban implicados en la trama, así como tampoco cuándo y de qué manera tenían pensado actuar. Los que le contrataron no le dieron esa información, y en cierto modo lo agradeció, ya que eso podría haber sido un inconveniente.

Habían estado a punto de conseguirlo. Les había faltado poco si no hubiera sido por la intervención de aquellos legionarios. Los mismos que ahora cabalgaban junto a él y habían sido designados por el mismo cónsul para que le acompañaran hasta Tarraco y se encargaran de su seguridad. El comportamiento de esos hombres había sido excelente, demostrando que eran leales a Augusto. Eso había sido un contratiempo para la causa, y también para él, y cuando envió el informe de lo que había observado y escuchado tras la captura del único superviviente de la conspiración, pensó que todo se había terminado. Pensó que aquellos hombres que habían tejido la red sobre la cabeza del *Princeps* cejarían en su empeño de acabar con él. Llegó a

perder la esperanza de poder alcanzar su sueño y trató de convencerse de que habría sido bonito haber alcanzado su objetivo.

Aunque realmente le ocurrió todo lo contrario, ya que en la última carta que recibió, le instaban a que continuara con su tarea tal y como lo había hecho hasta ese momento y que no hiciera nada extraño que le pudiera delatar. Le indicaron que el plan seguía en pie, y que se mantuviera alerta hasta recibir nuevas instrucciones. En cierto modo sintió alivio tras leer aquella misiva, ya que eso significaba que contaban con él y que el acuerdo que había alcanzado con ellos seguía en pie. Se veía ocupando una de las magistraturas más importantes de la República, portando su túnica augusticlavia de *eques* por las calles de Roma, y quién sabe si incluso llevando una escolta de aquellos a los que él pertenecía en aquel momento. Pasar de ser lictor a tener los suyos propios… Ese era su deseo, y confiaba plenamente en los hombres que se habían hecho con sus servicios. En más de una ocasión se había cuestionado si era lícito a ojos de los dioses tener que conseguirlo de aquella manera un poco sucia, aunque para un hombre procedente de la *plebs*, no había otro camino. Además, si no lo hacía él, seguro que encontrarían a otro dispuesto a llevar a cabo aquella tarea. Eso sí, después de enviarle a él al inframundo por estar al corriente de los planes.

Vio pasar al *optio* Valerio por delante de él. Tenía que reconocer que se había convertido en un soldado con fama dentro de su legión por haber salvado a Augusto de morir asesinado, y eso no lo podía decir cualquiera. Él también le había llegado a admirar, e incluso había escuchado en reiteradas ocasiones conversaciones entre el cónsul y su amigo Agripa, en las cuales ambos hombres se deshacían en elogios hacia el legionario y los compañeros que habían desbaratado la conjura. Era en esos momentos en los que sentía alivio de no haberse tenido que implicar de manera activa en la conspiración, ya que de haber sido así, se tendría que haber enfrentado a ese valiente y a los demás que le acompañaban. Todos ellos eran hombres muy curtidos en los campos de batalla. Podía estar tranquilo en su posición y observar todo aquello como un mero espectador. En cierto modo disfrutaba con la adrenalina y la tensión de no saber cuándo iban a ocurrir las cosas. Era como si fuera un espectador más en una tragedia. Se sentía cómodo en esa posición e incluso en momentos puntuales tan poderoso como una divinidad, ya que sabía cosas de las que los demás no tenían conocimiento.

Algo en su interior le decía que la estancia en Tarraco se aventuraba interesante. En el momento en el que tuvo conocimiento de la enfermedad de Augusto, se encargó de enviar la misiva

correspondiente a Roma para informar, y cuando fue conocedor del viaje que emprendía el cónsul hasta la capital de la *Tarraconensis* para recuperarse, también se encargó de cumplir con su cometido. No había recibido respuesta aún, aunque no se preocupó, ya que en ocasiones estas tardaban en llegar. Además, los que le escribían no usaban los canales habituales de comunicación. El *cursus publicus* no era de fiar en estos casos donde había tanto en juego, ya que en cualquier momento el correo podía ser interceptado por quien no debiera, o llegar incluso a unas manos inapropiadas. Así que normalmente utilizaban mensajeros privados, a la antigua usanza, como antes de que Augusto decidiera convertir ese elemento en algo público, valiéndose de la extensa y bien configurada red de vías que recorrían todas las provincias. De momento se mantendría atento a todo lo que ocurriera e iría informando debidamente. Al fin y al cabo, a la vez que las cartas, recibía una recompensa monetaria que compensaba con creces los servicios que prestaba a la República y a los que velaban por ella.

CAPÍTULO XXIX

Casa de Decimo Severo Balbo, muy cerca de las termas. Tarraco, dos días después

—¿Cómo ha ido, Severo?

—Todavía no he podido hablar con ella —respondió el aristócrata.

—¡Por Júpiter y por todos los dioses! —exclamó Licinio con la desesperación grabada en su rostro.

—No te preocupes, amigo. Traigo buenas noticias de todas maneras.

—Ah, ¿sí? Ya me dirás qué puede ser mejor que conseguir una audiencia con Livia —dijo el hombre encogiéndose de hombros.

—Siempre puede haber algo mejor, tan solo tienes que confiar en los dioses —dijo Severo.

—Quieres que confíe en ellos cuando me han dejado de lado… Pides demasiado.

—¿Qué te parecería una audiencia con el mismísimo Augusto en lugar de con su esposa? —inquirió de súbito su interlocutor.

Licinio se quedó sin palabras ante aquella pregunta que le había formulado su amigo y anfitrión.

—No estoy para bromas, Severo.

—Te lo digo en serio —afirmó este esbozando una sonrisa—. El *Princeps* está de camino a la ciudad. He conseguido hablar con uno de los asistentes de Livia y este me lo ha confirmado.

—¿En serio?

—Me ha dicho que no se encuentra demasiado bien de salud. Ya sabes, le ha dado uno de esos episodios que suele padecer —siguió relatando Severo—. Su *medicus* le ha aconsejado retirarse del frente durante un tiempo y descansar en Tarraco. Salió hace ya más de una semana según parece, lo que significa que no tardará mucho en aparecer.

—Esas sí que son magníficas noticias.

—Y tú que decías que los dioses no estaban contigo. Vas a tener que pagarles con un buen sacrificio —añadió sonriendo Severo que era conocedor del estado de desesperación en el que se hallaba su amigo.

—Entonces no hay tiempo que perder. Debo verle de inmediato —dijo dándose la vuelta.

—Espera un momento. Está enfermo, así que no creo que sea la

mejor idea presentarte en su casa exigiendo verle.

—Pero es que no puedo esperar más… Es urgente, Severo. Ya lo sabes.

—Lo sé, pero tu familia y tú estáis a salvo en mi casa. Lo más conveniente sería pedir una audiencia de manera oficial —le instó su amigo.

Claro que era urgente. Aunque Severo tenía toda la razón. Además de que Augusto estaba enfermo, sería de mala educación presentarse de esa manera. Debía serenarse y hacer las cosas con sentido común. Estaban a salvo en casa de su amigo y, además, él había comprado su vida a cambio de una buena cantidad de monedas. Los asesinos que habían estado a punto de enviarle a la otra vida, estarían en aquel momento gozando del vino y de la compañía de alguna prostituta. No le habrían dicho a quien los contrató que le habían perdonado la vida, ya que eso habría supuesto su muerte también. Esperaría entonces.

—Gratitud por todo, Severo. Estoy en deuda contigo por todo lo que has hecho por mí. No sé cómo podré pagártelo.

—No hay nada que pagar, Licinio. Para eso están los amigos.

Y sí que era su amigo. Cuando le explicó todo con pelos y señales, no le reprochó en ningún momento el haberse implicado en aquel asunto tan turbio. Se interesó por conocer todos los detalles de lo ocurrido, pero prefirió no saber los nombres de todos los que estaban implicados, y le recomendó que lo mejor que podía hacer era acudir a Augusto y explicarle todo lo que sabía. El *Princeps* lo entendería a la perfección y seguramente le recompensaría generosamente por facilitarle esa información. Aunque era ambicioso, de eso no había duda, todo lo que hacía era por el bien de la República. La grandeza de Roma no era patrimonio exclusivo de una persona, pero las cosas no habían ido demasiado bien hasta ese momento, así que por lo menos, él se había mostrado como un hombre capaz de dirigir la poderosa maquinaria estatal, y hasta el momento lo había hecho de una manera muy eficaz. Eso fue lo que le dijo su amigo, que por otra parte le informó que todos los habitantes de la ciudad le estaban agradecidos por haberla convertido en la principal urbe de la provincia. Seguiría el consejo de Severo.

—¿Qué tengo que hacer para solicitar esa audiencia? —interrogó.

—No te preocupes, de eso ya me encargo yo.

* * * * *

—¿Cómo vamos a dar con él? Esta ciudad es enorme… Eso si no se ha marchado ya.

Sexto lo miró con cara de pocos amigos. El hombre se dio cuenta

de que había hablado más de la cuenta, y más siendo él responsable de aquello.

—Mis disculpas.

—Alguien les tiene que haber visto por las calles de la ciudad. Imagino que habrán llamado la atención —dijo—. Tan solo tenemos que dar con una pista.

Llevaban dos días preguntando por las calles y nadie les había dado ninguna información relevante. Varias personas afirmaban haber visto a una familia, que se ajustaba a la descripción que habían dado, deambular por la zona cercana al foro colonial; aunque nadie sabía hacia donde se habían dirigido. La gente estaba ocupada en sus quehaceres cotidianos como para preocuparse por aquello.

—A ver, si han venido aquí es porque Licinio conoce a alguien de confianza que le puede dar cobijo a él y a su familia —pensó en voz alta Sexto—. Y los aristócratas son muy suyos y no se irían a casa de cualquiera… El hecho de que acudiera un esclavo con un carro para cargar con todo lo que traían ya indica que quien le da amparo debe ser alguien importante.

—Hoy en día hasta el más pobre puede tener un esclavo y un carro —dijo el asesino.

—Creo que deberíamos apuntar un poco más alto, ¿no crees? Ya te he dicho que Licinio no se escondería en un cuchitril.

—Cierto…

—Entonces procura que tu siguiente deducción sea más útil que esta —dijo Sexto con un tono seco y cortante.

Debería haberse mantenido callado. Sexto tenía razón. Para decir estupideces era mejor quedarse en silencio. Desde que habían llegado a la ciudad no había hecho nada de utilidad. Tenía que demostrarle a ese hombre que tenía habilidades y capacidades suficientes como para que hubiera merecido la pena perdonarle la vida. Él mismo se sentía incómodo con la situación, y a juzgar por las palabras y el tono mostrado por su acompañante, este también se encontraba en una situación similar. Tragó saliva y pensó bien las palabras antes de decirlas.

—¿A dónde sería el primer sitio al que iría Licinio una vez establecido en la ciudad?

Sexto detuvo la marcha y se quedó mirándole fijamente.

—¿Qué quieres decir?

Parecía que había captado su atención.

—Su objetivo es claro. Tiene que buscar la protección de los únicos que pueden ayudarle.

—Continúa… —le instó.

—Imagina por un momento que eres ese cobarde. Te han intentado matar y te has escapado por la gracia divina —expuso el asesino—. ¿Qué harías? Ir a buscar al único que te puede proteger de aquellos que te querían ver muerto para contarle todo, ¿no?

—Vaya, es lo primero que has dicho con cierta lógica desde que te conozco.

Respiró aliviado al ver que su teoría había sido aceptada por Sexto. Se apartó ligeramente de su lado y se acercó hasta un puesto de un comerciante de quesos que estaba justo a su diestra. Se puso a conversar con él un rato. Tras adquirir un par de trozos de uno de sus jugosos manjares, le dio unas monedas a cambio y regresó.

—¿Y bien?

—Ya sé dónde se encuentra la residencia de nuestro amado *Princeps*. ¿Qué te parece si nos acercamos a ver qué ambiente hay por allí?

CAPÍTULO XXX

El último tramo del viaje había transcurrido con relativa calma. Tan solo se habían tenido que detener en momentos puntuales para que Augusto descansara del ajetreo que ocasionaba el movimiento del carro en su débil cuerpo. Normalmente se recobraba con relativa facilidad, a excepción de una ocasión en la que tuvieron que apearle del transporte y llevarlo hasta un lugar donde pudiera estar estirado completamente. Los lictores y el *medicus* no se apartaban de él en ningún momento, y los legionarios, previa orden de su superior, les dejaban espacio suficiente para atenderle, pero sin alejarse demasiado. Los hombres obedecían a rajatabla las indicaciones que les había dado e incluso los nuevos reclutas, Mario y Arrio, estaban demostrando ser soldados competentes y sobre todo estaban atentos a lo que hacían los veteranos para ir aprendiendo de ellos.

No había dejado de pensar en la conversación que había mantenido con el cónsul y tampoco en la posterior que tuvo con Aurelio. Y es que Tarraco podía ser un lugar más peligroso que el campamento. Aunque disponía de hombres suficientes para garantizar la seguridad del comandante, tan solo podía fiarse plenamente de los que servían junto a él en la legión. A los demás no los conocía de nada, y por muy leales que pudieran parecer, era mejor ser cauto y no perderlos de vista. Por ello había mandado a Aurelio, a Domicio, Pompeyo y a Furio que estuvieran atentos a cualquier cosa extraña que observaran en los demás integrantes de aquella fuerza de protección. Eran veteranos con mucha experiencia en su haber, y serían capaces de detectar si las cosas no iban como debieran. Tenían órdenes de informarle primero a él y de no actuar si no era con su autorización. No estaba de más ser precavido, y era cierto que diez ojos veían más que dos.

La llegada a la ciudad debía ser discreta. No era bueno llamar la atención ya que era probable que hubiera algún desafecto que quizás ya estuviera al corriente del viaje del cónsul. Existía una probabilidad bastante alta de que las noticias del viaje por causa de enfermedad hubieran volado por todos los rincones de la provincia. Y eso le llevó a pensar que incluso en la propia Roma ya estarían al tanto de aquello y a su vez fraguando cualquier acción para completar el trabajo que no pudieron llevar a buen puerto. Aunque Sexto estuviera ya en el reino de Plutón, estaba convencido de que habría otros como él, o quién

sabe si peores que no dudarían en atentar contra Augusto para conseguir su objetivo.

Aguardaron en el exterior de la muralla, a una distancia prudencial hasta que se hiciera oscuro. Augusto estaba muy cansado del viaje y tampoco deseaba que el pueblo saliera a las calles a recibirle. No quería un baño de masas y menos en aquellas condiciones. Según había informado, cuando se encontrase mejor ya se encargaría de resolver aquel asunto y ponerlo en manos de los magistrados locales para que estos procedieran de la manera que creyeran oportuna. Además, tampoco se trataba de una celebración, ya que la guerra continuaba y no estaba decidida del todo, así que no era el momento más adecuado para llevar a cabo festejo alguno.

El amparo de la noche haría que su llegada pasara totalmente inadvertida. Lo que más le apetecía era llegar a su residencia y poder descansar en un lecho en condiciones. Por supuesto deseaba poder estar con su esposa y su hija, que le aguardaban en la capital de la provincia. Por ese motivo mandó a Valerio y dos de sus lictores que se adelantaran para dar aviso de su llegada. Aunque su esposa había sido avisada mediante una misiva el día en que partieron, no quería que su aparición repentina la tomara por sorpresa. Deseaba también que tuviera tiempo suficiente para dar aviso a Antonio Musa, para que pudiera estar presente y hacer una primera exploración y valoración de su estado de salud. Junto a la carta que le había enviado a Livia, viajó otra que escribió su *medicus* y que iba dirigida a su colega informándole de los síntomas que presentaba el cónsul para que pudiera ir preparando un diagnóstico.

Los dos funcionarios iban en cabeza ya que sabían dónde estaba la residencia de la familia. Valerio cabalgaba en silencio justo detrás de ellos. Al atravesar la muralla y entrar en la ciudad, regresaron a su mente recuerdos de un pasado cercano que a la vez parecía estar muy distante en el tiempo. Apenas habían pasado unos meses desde que estuvo en la ciudad, y se le antojaba que hacía toda una eternidad de aquello. Recordó lo vivido en las callejuelas junto a sus compañeros. El enfrentamiento con Flavio y su panda de matones que casi les cuesta la vida. La visita a casa de su amigo Aurelio, acompañada de la deliciosa comida que habían preparado su madre y sus hermanas, y cómo no, de lo más importante de todo: Servilia. Estaba más cerca que nunca de ella. La mujer a la que amaba. Tenía claro que su misión principal era la de proteger a Augusto, pero eso no significaba que no pudiera verla si se presentaba la oportunidad. Haría todo lo posible para aunar ambas cosas, y es que la echaba en falta y se moría de ganas de poder estar con ella, de besar sus cálidos y tiernos labios, de

poder abrazarla y sentirla.

—Ya estamos cerca, *optio*. Es aquella *domus* del final de la calle — dijo de repente uno de los lictores señalando un edificio de grandes dimensiones y sacándole de su estado de nostalgia.

—De acuerdo —acertó a decir mientras regresaba al presente y dejaba apartado por un rato el pasado.

Los tres jinetes recorrieron la escasa distancia en poco tiempo. Fue uno de los lictores, el que se apeó de la montura y golpeó varias veces la puerta. El hombre, robusto, de cabello oscuro y con ojos marrones, se llamaba Salustio, y portaba en la mano derecha una antorcha que iluminaba la poderosa y magnífica puerta del inmueble. El otro de los lictores se llamaba Rutilio, y a diferencia de su compañero era físicamente más delgado, de cabellos rubios y ojos claros. A juzgar por su aspecto podría ser perfectamente de origen celta. Ambos hombres habían dejado sus *fasces* en una de las carretas para llevar a sus cinturas su correspondiente *gladius*. No era menester en aquellas circunstancias que las portaran. Además, aquellas hachas rituales eran más un símbolo que un arma y de poco servían en combate.

No pasó mucho hasta que escucharon los cerrojos metálicos de la puerta. Al instante esta se abrió con un chirrido y apareció un hombre bajito y gordo que preguntó:

—¿Qué desean?

Pareció no reconocer a los lictores, pese a que estos portaban sus túnicas escarlatas y sus anchos cinturones. Así que Salustio no dudó en hablar:

—¿Acaso no sabes quiénes somos, maldito esclavo? Somos los lictores del cónsul y portamos noticias sobre su llegada.

Apartó de un empujón al esclavo y accedió al interior del jardín. Se dio la vuelta y le dijo:

—Ocúpate de los caballos. Ya entramos nosotros directamente, conocemos esta casa.

El pobre esclavo agachó la cabeza y se resignó a recibir la reprimenda del funcionario. En ese tiempo, Valerio había descendido del caballo, y lo tenía sujeto por las riendas. Se las entregó al hombre que ya sujetaba las de los otros dos. El militar siguió los pasos de los lictores que cruzaron el amplio jardín y de dirigieron a la entrada a la *domus*. No tuvieron que golpear la puerta en aquella ocasión, ya que el esclavo atriense resultó ser más rápido que su compañero, a la vez que más instruido, dado que les reconoció sin ninguna duda.

—Bienvenidos, señores —dijo haciendo una reverencia.

—¿Dónde están la esposa y la hija del cónsul? Traemos noticias urgentes —dijo de nuevo Salustio que era un hombre con un carácter

un poco agrio.

—Estaban acabando de cenar en el *triclinium*. Si me acompañan los llevaré hasta allí —dijo el esclavo con mucha educación.

Los tres hombres siguieron al atriense, quien, justo antes de llegar a la estancia, les dijo que aguardaran en el exterior hasta que él los anunciara. Esperaron en el peristilo de la enorme y lujosa mansión. Se trataba de un patio con cielo abierto que tenía en el centro un pequeño estanque. Se notaba que aquella era la residencia del *Pater Patriae* por todos los adornos que tenía. Valerio había observado que muchas de las paredes de la casa estaban pintadas con frescos coloridos que representaban todo tipo de escenas. Además, había estatuas y bustos por doquier. Reconoció el de Augusto que estaba justo en el acceso al que debía ser su *tablinum*. Sin duda un lugar precioso, grande y seguramente muy acogedor para vivir. Aunque para un humilde militar que se conformaba con más bien poco, demasiado ostentoso. Estaba analizando el entorno cuando apareció de nuevo el esclavo y dijo:

—La esposa del cónsul dice que pueden pasar.

Los tres hombres accedieron al comedor y vieron que había tres personas, dos mujeres y un hombre, recostados en unas butacas disfrutando de un suculento ágape a juzgar por el olor y el aspecto de los platos. Dedujo que la más joven debía ser Julia, la hija de Augusto, y la otra su esposa, Livia, una mujer madura pero que irradiaba aún belleza. Fue esta última la que tomó la palabra mientras se incorporaba de su butaca:

—Bienvenidos, caballeros. Mi esclavo me ha informado que traéis nuevas de mi esposo, ¿no es así?

Los dos lictores asintieron y se apartaron a un lado dejando espacio a Valerio, que sin duda era el que debía hablar por jerarquía. El militar que se había quitado el casco al entrar en la casa y lo portaba debajo de la axila derecha se quedó un poco cortado a la hora de dirigirse a la esposa y a la hija de Augusto.

—Soy Tito Valerio Nerva, *optio* de la primera centuria, segunda cohorte de la legión IV Macedónica y oficial al mando de la escolta del cónsul —acertó a decir de carrerilla.

—Encantada, *optio* Valerio —dijo Livia con una amplia sonrisa—. Yo soy la esposa de Augusto, y ellos son su hija Julia y su prometido Marco Claudio Marcelo. ¿Y bien? ¿Qué es lo que venías a comunicarnos?

Valerio recobró la compostura tras ver como los tres sonreían. Lo cierto era que la primera impresión que se había llevado de ellos era la de que imponían, aunque tras las palabras que le había dirigido la

esposa de Augusto, llegó a la conclusión de que no tanto como una horda de cántabros sedientos de sangre romana corriendo hacia las filas legionarias. Así que recobrándose del impacto inicial dijo:

—Mis disculpas, señora… Ha sido un largo viaje el que hemos hecho…

Livia asintió levemente dando a entender que comprendía lo que le estaba diciendo.

—El cónsul se halla en estos momentos a las afueras de la ciudad. Ha decidido que entrará al amparo de la noche ya que está fatigado y su único deseo es descansar.

—Comprendo —respondió ella.

—Me ha dado la indicación de que se mande llamar al *medicus* Antonio Musa. Desea ser visitado lo antes posible.

La mujer asintió:

—Leóntides envía a alguien a casa de Antonio Musa y comunícale que debe presentarse aquí de inmediato. Dile que mi esposo está a punto de llegar.

El esclavo atriense asintió levemente y desapareció para cumplir con la indicación.

—Siéntate a comer algo, *optio* Valerio —le indicó la joven Julia—. Debes estar hambriento tras tan largo viaje.

—Gratitud, mi señora, pero será mejor que regrese cuanto antes junto al cónsul para informarle.

—Como gustes, aunque tampoco va a pasar nada porque comas algo. Prometemos no decirle nada a mi padre —dijo Julia.

—Se lo agradezco, mi señora, pero el deber es lo primero.

—No insistas más —dijo Marcelo—. Estás poniendo en un aprieto al *optio*. Y tiene razón, las obligaciones son lo primero.

Valerio tenía hambre y por supuesto que se habría sentado y habría comido algo de aquellos jugosos manjares, pero la situación era bastante incómoda para él. No se sentía parte de aquel mundo de lujo, y por ello lo rechazó tratando de ser respetuoso.

—Regresa pues con mi esposo, *optio* e infórmale que he mandado a un esclavo para dar aviso a Musa. Su estancia estará preparada para cuando llegue. ¿Cuántos hombres forman su escolta? —interrogó Livia.

Al llegar a los límites de la ciudad, Augusto había ordenado que las dos *turmae* de jinetes tracios que quedaban, y que formaban parte de la escolta, regresaran al campamento. Valerio no se opuso a tal decisión por mucho que la mirada que le lanzó Aurelio indicara que seguía pensando que sería mejor contar con el máximo número de soldados para custodiar al comandante. La tercera de ellas,

únicamente los había acompañado hasta Osca. Por tanto, en resumidas cuentas, los hombres que quedaban en el cuerpo de seguridad eran diez bátavos, doce lictores y sus seis soldados.

—En total dispongo de veintiocho hombres a mi servicio, mi señora.

—Una buena escolta —dijo Marcelo sonriendo.

—Sí, señor. Debo tener en cuenta los turnos de guardia y los descansos de todos ellos para que estén siempre frescos y en las mejores condiciones para cumplir con su tarea —añadió Valerio.

—Alojarlos no será problema, *optio* —dijo Livia—. La casa es grande y disponemos de espacio suficiente.

—Nos conformamos con poco. Somos soldados y estamos acostumbrados a dormir sobre el suelo si es necesario.

Aquel comentario pareció no agradar a los lictores, que sin duda no estaban hechos de la misma pasta que los legionarios. Ellos no eran militares, sino funcionarios, y no estaban dispuestos a pasar las mismas penalidades que el resto. Por fortuna para ellos, nadie se dio cuenta del gesto de sus caras.

—La *domus* dispone de un alojamiento colindante de menores dimensiones que no acostumbramos a utilizar. Allí normalmente se aloja la escolta. No es muy grande, pero os servirá, y más si como bien has dicho los hombres vigilan por turnos —afirmó Livia.

—Gratitud por el ofrecimiento —respondió Valerio con una leve reverencia.

—Al contrario. Soy yo la que te doy las gracias por proteger a mi esposo. Ya me informó de lo acontecido en el campamento en la misiva que me envió. Ruego a los dioses por su seguridad todos los días, aunque estoy más tranquila al saber que dispone de hombres como tú que se encargan de protegerle.

Valerio volvió a asentir a la vez que decía:

—Si me disculpan, regresaremos de inmediato con el cónsul —hizo una reverencia y se dio la vuelta haciendo una señal a los dos lictores que le siguieron.

Salieron por su cuenta ya que el atriense estaría dando cumplimiento a la petición de Livia. Fue uno de los lictores, Rutilio el que habló una vez estuvieron en el exterior de la casa.

—¿Habéis visto los manjares que había en esa mesa? Si me hubieran invitado a mí, os aseguro que habría aceptado.

Valerio se detuvo y le dijo en un tono seco:

—Tu apetito puede esperar y más cuando hay asuntos más importantes de los que ocuparse.

Retomó la marcha y llamó al esclavo obeso que se había quedado a

cargo de las monturas. El hombre acudió presto a la señal:

—¿Qué desea, *dominus*?

—Tráenos de nuevo los caballos.

—Enseguida —dijo el siervo dándose prisa.

—Qué carácter más fuerte tiene —le dijo Rutilio a su compañero Salustio.

Este se encogió de hombros mientras esbozaba una leve sonrisa. Al cabo de un instante apareció el esclavo portando a los tres animales de las riendas. Valerio montó rápidamente y se dispuso para la marcha. El lictor más robusto subió sin excesiva dificultad al suyo, pero se cercioró de que su compañero tenía serias dificultades para hacerlo, así que le gritó al esclavo:

—¡Ponte de rodillas y ayuda a Rutilio a subir a su caballo, maldito esclavo!

El siervo obedeció poniéndose a cuatro patas. El lictor lo utilizó como escalón para poder subirse a su montura. Una vez arriba, acomodó sus posaderas hasta estar bien colocado. Entonces azuzó al animal y los tres jinetes se pusieron en marcha, dejando atrás a aquel pobre hombre que se limpiaba las húmedas manos en su sucia y vieja túnica.

* * * * *

—Por los dioses. No puede ser…

Miró a Sexto tratando de averiguar a qué se debía aquella expresión. Sus ojos reflejaban terror. Era como si hubiera visto un fantasma del averno. El rostro de su acompañante se tornó pálido. Le puso la mano en el hombro y le preguntó:

—¿Qué sucede?

Sexto pareció recuperar la compostura al cabo de un rato. Tragó saliva y se giró mirando fijamente al asesino. Estaban ocultos tras unos cuantos árboles y unos matorrales de un pequeño jardín cercano a la casa del cónsul, así que estaba convencido de que no les habían visto, aunque se agachó un poco más para asegurarse.

—Es él… —acertó a decir.

El asesino observó al grupo de cuatro hombres que estaba en la puerta de la *domus* de Augusto. Uno de ellos iba vestido con el uniforme militar, y llevaba puesto un casco con un penacho transversal. Los otros dos portaban túnicas escarlatas y el tercero, a juzgar por su aspecto, debía de ser un esclavo.

—¿Quién? —interrogó de nuevo el hombre.

—Ese maldito soldado es Tito Valerio Nerva… ¿Qué hace en Tarraco? —se preguntó.

—Podrías ser un poco más explícito, Sexto. ¿Acaso debería saber de quién me estás hablando?

—Él es el culpable de todas mis desgracias… —musitó de nuevo.

Volvió a mirar hacia el grupo, justo en el momento en el que el esclavo desapareció. Estaban a poca distancia de ellos. Se podía escuchar lo que decían claramente. Por suerte habían podido encontrar un punto óptimo para esconderse.

—¿Conoces a los otros dos que le acompañan?

—No. Aunque a juzgar por su vestimenta deben ser lictores —aclaró Sexto recuperando un poco la compostura—. La única persona que podría tener una guardia de funcionarios en Hispania es Augusto.

—¿Quieres decir que está en la ciudad?

—Todo apunta a que sí. Aunque lo que más me preocupa es que Valerio esté aquí —añadió.

—¿Y qué hay del *Princeps*? Debería preocuparnos el hecho de que se halle en Tarraco. Te recuerdo que Licinio también está aquí, y aún no le hemos localizado —le espetó el asesino—. Podría reunirse con él y explicarle todo lo que sabe. Según deduzco de las explicaciones que me diste en su momento, eso sí que supondría un verdadero problema. Y no solo para ti.

Sexto trató de aclarar su mente. Se llevó los dedos pulgar e índice a la parte alta de la nariz y cerró los ojos con fuerza. Aquel asesino tenía toda la razón. Aunque Valerio estuviera allí, el objetivo principal pasaba por evitar que Licinio se reuniera con Augusto. Había mucho en juego. Y lo que más su cuello, ya que era el responsable directo de la situación. El causante de su desgracia era tan solo un ligero contratiempo del que podría ocuparse llegado el momento. Pero debería hacerlo después de solventar el otro asunto.

—Tienes razón… Lo primero es ocuparnos de Licinio —reconoció abriendo los ojos.

—¿Entiendo que ese soldado es el que hizo fracasar tu plan? —interrogó el asesino.

Sexto le había relatado lo acontecido en Hispania a ese hombre durante el trayecto en barco, pero jamás le dio el nombre del culpable de aquello. Ahora el hombre ya se podía dar por informado. Lo hizo siendo consciente de que, si a partir de entonces tenían que colaborar estrechamente para dar caza al senador prófugo, era mejor que estuviera al corriente de todo lo sucedido. No había querido ser demasiado explícito, por eso había optado por omitir los nombres de los implicados. Ahora, el hombre, a raíz de sus palabras y de sus expresiones faciales, había deducido de quién se trataba.

—El mismo.

—Que el deseo de venganza no nuble tu buen juicio, Sexto. Cuando eliminemos la amenaza que supone Licinio, nos encargaremos de ese Valerio si es lo que deseas. Es lo menos que puedo hacer por ti —expuso el asesino.

Sexto asintió levemente y guardó silencio. Ambos hombres observaron cómo apareció de súbito el esclavo portando los caballos. La escena que observaron después resultó hasta cierto punto cómica, ya que el desgraciado siervo se tuvo que poner de rodillas para que uno de los lictores lo usara para poder subir a su montura. Todo habría quedado en eso si no hubiera sido por un detalle que le llamó la atención. El lictor que estaba ya sobre el animal pronunció el nombre del otro: Rutilio. Ese era el mismo nombre que le había dado Fabio justo antes de partir. Debía tratarse del infiltrado que tenían los conspiradores cerca de Augusto. ¿Y qué había más cercano a la figura del *Princeps* que un miembro de su escolta de funcionarios? Parecía que la desgracia de tiempos pasados se tornaba en fortuna. Ya era hora de que las cosas comenzaran a salir bien. Tras haber pasado por tanto, los dioses le sonreían. Debía quedarse con lo positivo de todo aquello. Si bien Valerio y Augusto estaban en la ciudad, eso le ofrecía la posibilidad de redimirse de sus fracasos y poder lograr el objetivo supremo. Si eliminaba a los dos objetivos, en primer lugar, su sed de venganza quedaría saciada, y en segundo, volvería a recuperar su reputación perdida y a hacerse un hueco en la cúspide de los que se dedicaban a su oficio. Era pronto para jactarse, pero se sentía renacer de nuevo. Había recobrado fuerzas por un instante y su mente trazó un plan para llevar a buen puerto todo lo que pensaba. Tenía una ventaja sobre ellos, y es que él sabía que estaban en la ciudad y los tenía localizados. Ellos en cambio, seguramente pensaban que estaba muerto, así que no eran conscientes de la amenaza que se fraguaba sobre sus cabezas. Debía aprovecharse de aquello y anticiparse.

—Encarguémonos pues de Licinio. Ya habrá tiempo para resolver los demás asuntos.

CAPÍTULO XXXI

Casa de Severo Balbo, un día después de la llegada de Augusto a Tarraco



ómo ha ido?

—Mejor de lo que esperaba —dijo el aristócrata.

—¿Has conseguido hablar con Augusto? —inquirió Licinio con ansia.

—Se encuentra convaleciente por el viaje y necesita reposo, pero he podido hablar con su esposa Livia.

—Pero le has dicho que es urgente, ¿no? —insistió el hombre.

—Por supuesto.

—Entonces no entiendo por qué no te ha dejado ver a su esposo.

—Le está tratando uno de los mejores *medicus* de la ciudad, Antonio Musa —dijo Severo en un tono suave tratando de calmar a su amigo.

—¿Y eso que me importa a mí?

—Tranquilízate, amigo. Según parece Augusto no debe ser perturbado en unas semanas ya que está recibiendo un tratamiento que requiere paz y sosiego —le expuso.

—¿Pero le has dicho que tengo información sobre la conspiración que se cierne sobre su esposo?

—No he entrado tanto en detalles…

—¡Por todos los dioses, Severo! —exclamó Licinio alzando los brazos al cielo—. ¡Deberías haberle explicado todo eso! ¡Esa era la parte más importante!

—Esa no es la mejor manera de solicitar una audiencia con el cónsul, amigo, créeme. Debemos ser respetuosos con su estado de salud, y lo nuestro puede esperar unos días más.

—¡No puede esperar! —gritó Licinio dándose la vuelta y abandonado el despacho de su amigo.

Este se quedó atónito por su reacción y salió a toda prisa detrás de él. Le sujetó por el brazo y le preguntó:

—¿A dónde vas, Licinio?

—¿A dónde crees? A solicitar esa audiencia con Augusto yo mismo… —respondió tratando de zafarse de la leve presa a la que le tenía sometido su amigo.

—¿Estás loco? ¿Acaso piensas que presentándote en su casa de esta

manera vas a conseguir que te reciba?

—Quizás no lo consiga, pero al menos habré hecho más que tú.

Se liberó de la mano que le sujetaba y abandonó la casa. Severo se recompuso y le siguió:

—¡Al menos deja que te acompañe! —le gritó desde lejos.

Licinio se dio la vuelta y le esperó. Cuando llegó hasta su posición retomó la palabra:

—Está bien. Acompáñame si quieres. Pero te advierto que no me marcharé de su casa hasta que no consiga lo que busco.

—Como quieras, amigo. Como quieras…

* * * * *

Habían acordado turnarse en la vigilancia de la casa de Augusto. Lo importante en una espera era no abandonar la posición en ningún momento, así que los turnos eran largos. Mientras uno se quedaba observando desde la distancia, el otro se marchaba a comer algo y a descansar. Durante el día, la vigilancia era más complicada, ya que pasaba mucha gente por aquella calle. Además, se tenía que ir cambiando de posición continuamente y no mantenerse oculto, ya que esa actitud podía llamar la atención. Por desgracia para él, llevaba dos días encargándose de ese turno, y en ocasiones perdía la atención o se distraía con otras cosas.

Había estado pensando largo y tendido sobre qué hacer cuando dieran con Licinio. Lo más lógico para él sería eliminarlo cuanto antes, y más teniendo en cuenta que el senador podría reconocerle y confesar que tanto él como su socio habían aceptado perdonarle la vida a cambio de una jugosa cantidad de monedas. Eso no podía permitirlo, y menos después de haberle mentido a Sexto. La otra opción era seguir las instrucciones de su pagador y matarlo tras haberle avisado previamente. En ese caso tendría que hacer el trabajo con la cara cubierta para que la víctima no pudiera reconocerle. Era complicado, pero no imposible. Imaginaba que, llegado el caso, Sexto no tendría demasiadas ganas de conversar con Licinio y querría enviarlo rápidamente al inframundo. Total, no quería sonsacarle información alguna, sino más bien, deshacerse de él y evitar que se fuera de la lengua. Eso y el hecho de que sus prioridades parecían haber cambiado, eran una baza a su favor.

La repentina aparición en escena de aquel militar llamado Valerio había despertado en su socio un interés que desconocía. Si de verdad era el responsable de su caída en desgracia, francamente sentía pena por él, y más teniendo en cuenta la clase de persona que era Sexto. Le conocía poco, pero había visto lo suficiente como para desear no

tenerlo entre sus enemigos. Se había comprometido a ayudarle una vez acabaran con el asunto de Licinio, siempre y cuando todo saliera bien. Lo había dicho casi sin pensar y ahora en cierto modo se arrepentía al haber adquirido ese compromiso. Mucho más, después de haber sido testigo directo de la llegada del cónsul y de la numerosa comitiva de soldados armados que hacían las veces de escolta. No era lo mismo encargarse de un solo hombre, que de más de una veintena. El objetivo de Sexto era Valerio, pero al juzgar por la primera impresión, este era el que dirigía a aquel pequeño ejército privado, y eso dificultaba mucho más las cosas. Tenía una deuda con Sexto, y ahora no podía echarse atrás. Si tanto ansiaba deshacerse del militar, lo más lógico sería contratar a alguien más para que les ayudara. Eso sería lo primero que le plantearía llegado el momento. Aunque por el momento lo mejor era centrarse en la vigilancia.

Llevaba muchas horas deambulando por las proximidades de la casa. Era casi mediodía, y el día era apacible. Los rayos del sol bañaban la ciudad como si estuvieran en pleno verano, y eso se agradecía. Sacó de su zurrón un poco de queso y algo de pan de centeno y lo cortó con su cuchillo. Comenzó a comer mientras estaba apoyado en la pared de un edificio que estaba situado al otro lado de la calle y un poco más al sur de la casa del cónsul. Mientras estaba en ello, saboreando gustosamente aquel humilde ágape, escuchó voces que venían de un poco más abajo. Se fijó en cuatro hombres que avanzaban en dirección a la *domus* de Augusto. Dos de ellos iban delante y vestían unos ropajes de calidad. Los otros dos, que debían de ser esclavos por su atuendo mucho más sencillo, iban a escasa distancia, y portaban unos palos como si fueran garrotes. Aguzó la vista y se dio cuenta de que uno de los que iban delante le resultaba familiar. Guardó el pan y el queso y se limpió las manos en un pliegue de su túnica. Avanzó un poco más en dirección a los hombres, aunque manteniéndose en el otro lado y a cierta distancia. «¡Por todos los dioses, pero si es Licinio!», se dijo a sí mismo.

¿Qué estaba haciendo aquel hombre allí? Seguramente se había enterado de que Augusto estaba en la ciudad y pretendía reunirse con él de inmediato para ponerlo en aviso. ¿Qué era lo que tenía que hacer ahora? Pensó en acercarse hasta él y tratar de degollarle por la espalda, aunque pronto descartó aquella opción ya que los otros tres que le acompañaban se darían cuenta de inmediato y le molerían a palos. Además, si lo hacía por su cuenta corría el riesgo de enojar más aún a Sexto y eso no era aconsejable.

En cualquier caso, lo que había pensado en primera instancia era mucho más complicado de llevar a cabo de lo que imaginaba, sobre

todo por el hecho de que, aunque lograra tener éxito, sería muy difícil poder escapar. Si al menos fueran dos, uno podría distraer a los esclavos que iban armados mientras el otro hacía el trabajo. Pero estaba solo, así que descartó ese plan. Se mantuvo atento a los movimientos y observó cómo el cuarteto se dirigía hacia casa de Augusto y la lógica le decía que iba a entrevistarse con él para explicarle lo ocurrido en Roma y advertirle del peligro. Se fijó por un instante en el hombre que le acompañaba. Le sonaba su cara. Pensó un instante y recordó haberlo visto salir de casa del cónsul aquella misma mañana. Seguro que sería el que le estaba dando cobijo en la ciudad. No había duda de ello. Se detuvo justo en el momento en el que los hombres golpearon la puerta de acceso a la residencia. Ya no le daba tiempo a actuar.

Maldijo a los dioses por aquello, así que decidió aguardar en el exterior cuando los cuatro hombres entraron. ¿Qué le diría a Sexto? O, ¿qué habría hecho él de estar en su lugar? Se respondió que lo mismo. Un hombre solo no habría podido resolver aquella situación. Era un suicidio lanzarse contra cuatro y mucho menos a plena luz del día, estando tan cerca de casa del cónsul y sabiendo que este disponía de hombres armados y bien adiestrados por toda la propiedad. El sentido común y el instinto de supervivencia era lo que prevalecía en aquel tipo de situaciones. Ya se lo explicaría a Sexto cuando tocara. Por el momento decidió aguardar la salida de Licinio y sus acompañantes y así valorar la opción de seguirlos de cerca para saber dónde estaba escondido.

Contra todo pronóstico no tardaron mucho tiempo en aparecer tras la pesada puerta. A juzgar por los gestos del senador, la cosa no había ido tan bien. Los dos hombres se detuvieron a unos pasos de la puerta y comenzaron a conversar en un tono de voz elevado. Esa era su oportunidad. Se acercó un poco más y se colocó la capucha para cubrir su rostro. Esperaba poder escuchar algo más arriesgándose un poco…

* * * * *

—¡Malditos sean! ¡¿Es que no se dan cuenta de la importancia de lo que les tengo que contar?! ¡Debería desaparecer y no perder más tiempo!

—Debes calmarte, Licinio… Poniéndote de esa manera no vas a conseguir nada —dijo Severo.

—¡¿Que me calme dices?! ¡Cuando me den audiencia, quizás ya sea demasiado tarde!

—No exageres, amigo. Te repito por enésima vez que aquí estás a

salvo —añadió Severo—. Los que intentaron acabar con tu vida no saben dónde estás. ¿No crees que si lo supieran ya habrían actuado?

—¡Tú no les conoces, Severo! ¡Son capaces de más de lo que crees! ¡En estos momentos podrían estar vigilándonos! —continuó gritando y gesticulando.

—Claro, y se iban a arriesgar a dejarte hablar con Augusto… No seas estúpido y serénate de una maldita vez. En unos pocos días el *Princeps* estará mejor y podrá recibirte. Deberías haberte quedado en casa y dejarme hacer a mí.

De repente se abrió la puerta de la casa de Augusto. Apareció un hombre ataviado con un uniforme militar. Portaba la correspondiente armadura de malla, una espada colgada del cinto y las *caligae* que calzaban los legionarios. Se acercó hasta el grupo donde los dos aristócratas conversaban acaloradamente con paso diligente. Al verlo llegar, ambos hombres callaron.

—Disculpen, me han informado de que querían ver al cónsul con urgencia —dijo el militar.

—¿Y se puede saber quién eres tú? —dijo Licinio con cierto aire despectivo.

—Mi nombre es Tito Valerio Nerva, *optio* de la primera centuria, segunda cohorte de la legión IV Macedónica, y oficial encargado de la seguridad del *Princeps*.

—Vaya, al fin alguien me hace caso —dijo de nuevo el senador recobrando un poco la compostura.

—Mis hombres me han informado de que se han reunido con la esposa del cónsul y que han salido soltando improperios.

—¡Esa maldita arpía nos ha vuelto a dar largas alegando que su esposo necesita reposo absoluto y tranquilidad por recomendación médica! ¡Ya estoy harto de que siempre me ponga la misma excusa! —insistió Licinio.

—No debería hablar así de la esposa del cónsul. Le advierto que no está usando las palabras adecuadas para referirse a ella.

—¿Y qué vas a hacer, soldado? ¿Detenerme? —inquirió en tono burlón el senador.

—Si es preciso por supuesto que lo haré —respondió el militar más contundente.

—Mis disculpas, *optio* —dijo Severo interviniendo para tratar de calmar la situación—. Mi amigo está nervioso y no quería decir lo que ha dicho…

—No estoy nervioso, Severo… He dicho justamente lo que quería decir. Ni más ni menos —añadió Licinio que se mostró desafiante.

—¿Quieres hacer el favor de calmarte de una vez? —le instó

nuevamente—. Deja que sea yo el que hable.

Se giró de nuevo hacia el militar y le explicó:

—Ruego que no se lo tengas en cuenta, *optio*. Es que ha llegado de Roma hace pocos días y trae una información que podría interesarle a nuestro querido *Princeps*. Llevamos solicitadas dos audiencias con él y debido a su delicado estado de salud, su esposa, nos ha dicho que ahora no es el mejor momento. Tan solo es eso.

—Es cierto que está enfermo y se halla en tratamiento. ¿Y de qué se trata si puede saberse? Por si yo puedo serles de ayuda.

—Es un asunto personal y solo se lo puedo explicar a Augusto —dijo Licinio que parecía estar más calmado.

Podría haberle contado algo a aquel soldado acerca del peligro que corría la vida de Augusto, pero quién le podía asegurar que no estaba implicado en la conspiración. Aunque no le habían dado el nombre, sabía que alguien muy cercano al cónsul trabajaba para sus antiguos socios, así que podía tratarse de aquel militar perfectamente. Le extrañó mucho que estuviera tan interesado en conocer el motivo de su insistencia para reunirse con el cónsul. Decidió calmarse y aparentar conformarse para no llamar la atención de ese hombre ni aportarle pista alguna sobre lo que tanto le preocupaba.

—Esperaremos a que nuestro querido *Princeps* se encuentre mejor. El asunto no es tan urgente como parece. Tan solo es que estoy un poco fatigado del viaje, y esperaba ser recibido cuanto antes para poder regresar a Roma —se excusó Licinio.

Valerio se rascó la barbilla y respondió:

—Como deseéis entonces.

—Pero, Licinio… —dijo Severo que no entendía ese cambio tan repentino en la actitud de su amigo.

—No molestemos más al *optio*, seguro que tiene asuntos más importantes de los que ocuparse —señaló Licinio sujetando con fuerza el brazo del hombre—. Lamentamos haberte importunado y ruego que aceptes mis más sinceras disculpas si te he faltado en algún momento. Volveremos cuando el cónsul esté mejor de salud.

Valerio se quedó extrañado ante aquella situación. No era muy normal ese cambio de actitud, aunque prefirió no insistir demasiado:

—Está bien —dijo antes de dar media vuelta y regresar al interior de la *domus.*

Cuando lo vieron desaparecer, los dos hombres hicieron lo propio en el sentido inverso de la marcha. Cuando llevaban ya varios pasos recorridos, Severo detuvo a su amigo agarrándole por el brazo y le preguntó:

—¿Se puede saber a qué ha venido ese numerito que has montado?

—No ha sido un numerito, Severo…

Le explicó lo que le había hecho dudar rápidamente y le instó a retomar el paso. Ambos hombres, seguidos por sus dos esclavos se alejaron de casa de Augusto.

* * * * *

«Así que no han podido hablar con Augusto», se dijo a sí mismo mientras escuchaba la acalorada discusión que estaban manteniendo aquellos dos en medio de la calle. La verdad era que no habría hecho falta acercarse tanto hasta ellos, ya que las voces que daban, sobre todo Licinio, se podían escuchar desde el puerto incluso. Respiró aliviado al cerciorarse de que las cosas no habían ido tan mal para ellos. De esa manera Sexto no se sentiría decepcionado de nuevo con él.

Justo entonces observó cómo Valerio salía por la puerta de la casa. El militar se dirigió con paso firme hasta la posición donde se hallaban los dos hombres acompañados por sus esclavos. Decidió apartarse un poco más para no quedar tan expuesto. Una cosa era ocultarse a ojos de dos aristócratas que no tienen los sentidos tan desarrollados, y otra, hacerlo de un soldado experto y curtido en los campos de batalla. Además, teniendo en cuenta lo que le había explicado Sexto acerca de ese hombre, toda precaución era poca. Desde la nueva posición pudo escuchar la conversación que mantuvieron, aunque en determinados momentos, sobre todo cuando Licinio pareció calmarse y bajar el tono de voz, no entendió algunas de las palabras. En todo caso, con lo que oyó tuvo suficiente para entender ese cambio repentino de actitud en Licinio. Había pasado de un estado de cólera y enojo evidente, a uno de suave calma. Algo muy extraño, que a ojos de un hombre sin el sexto sentido que él poseía parecería inverosímil. Pero no lo era. Más bien todo lo contrario. Sus palabras y su manera de gesticular daban a entender que estaba incómodo con la presencia del militar y que desconfiaba de él. Tal vez pensara que podía estar implicado en la conspiración y por ello prefirió darle largas y quitárselo de encima cuanto antes. Qué equivocado estaba aquel imbécil. Si había alguien que podía ayudarle, ese era el hombre del cual quería librarse.

Aguardó hasta que Valerio se marchó y entonces, con el camino libre de obstáculos, decidió que los dioses le eran favorables. Tan solo tenía que seguir a aquellos hombres hasta donde estuvieran escondidos. Aunque a juzgar por las palabras de Severo, todo hacía presagiar que no sabían que estaban siendo vigilados, así que eso le fue de maravilla a él, ya que al sentirse a salvo no extremarían las medidas para evitar que les controlaran. Mucho mejor, el trabajo sería

más sencillo. Después tan solo tendría que informar a Sexto de sus logros. Estaba convencido de que estaría contento con el informe y eso serviría para saldar parte de la deuda que había contraído con él. Sería sencillo actuar una vez tuvieran situados a los objetivos. Aquellos dos no supondrían problema alguno.

CAPÍTULO XXXII

—¿Has pedido verme, *optio*?

—Sí, mi señora —dijo Valerio haciendo una reverencia en señal de respeto ante la esposa de Augusto.

—¿Y bien? ¿Tú dirás?

—Hace un momento acaban de marcharse dos hombres, mi señora…

—Sí —interrumpió Livia—. Es la segunda vez en los últimos días que uno de ellos viene a verme. En esta ocasión iba acompañado de otro que se ha mostrado un poco impertinente. Están empecinados en reunirse con mi esposo, sobre todo el que no conocía. Dicen que tienen algo muy importante que contarle.

—He hablado con ellos cuando han abandonado la *domus* —dijo el militar.

—Uno de ellos, el más obeso y bajito, el que ha venido tan solo una vez, se ha puesto un poco pesado como ya te he comentado —reconoció la mujer—. Insistía tanto, que ha habido un momento en el que he tenido que decirle a Leóntides que avisara a los guardias que estaban en el exterior del *tablinum*. Ha sido entonces cuando me ha pedido disculpas y ha accedido a marcharse por voluntad propia.

—Me ha dado la sensación de que ese hombre tenía algo relevante que contar, aunque cuando le he instado a explicármelo a mí, me ha dado largas y ha tratado de eludir el tema restándole importancia, mi señora. Algo que sin duda me ha parecido extraño.

—No es tan extraño, *optio*. Todos los que solicitan audiencia con Augusto lo hacen diciendo que es urgente. Se creen que sus consultas o casos son más importantes que los del resto —dijo Livia encogiéndose de hombros—. La mayoría de las veces lo que tienen que explicarle es más bien banal e intrascendente. Me da la sensación que es un mal endémico entre los hombres.

—Hay algo que no me ha convencido de todo esto, mi señora.

—Imagino que tu estarás más al corriente de cómo actúan los hombres. Yo procuro mantenerme al margen de esas cosas, que en cierto modo son propias de los esposos —dijo Livia estudiando más detenidamente a Valerio—. Hay algo en ti que te hace diferente del resto de soldados que he conocido —dijo la mujer de súbito y cambiando el rumbo de la conversación.

Valerio se quedó sorprendido con aquellas palabras.

—He tratado con muchos militares en todos los años que llevo junto a mi esposo. La mayoría poseen características comunes, como la lealtad o la obediencia a aquel o aquellos a los que sirven —prosiguió Livia—. Otros, los menos por fortuna, han demostrado ser ambiciosos, con las consecuencias que eso puede conllevar. Pero de todos ellos, pocos por no decir ninguno, posee esa capacidad de entender a la gente y las situaciones que se salen de la normalidad. Tú eres de esa clase de militares. No estoy diciendo que no poseas las demás virtudes que he enumerado, tan solo que esta última es la que te hace diferente querido Valerio… Si me permites que te llame por tu nombre.

—Por supuesto, mi señora —respondió el *optio* adoptando una posición de alerta.

—Según mi parecer, tus cualidades son mejores que las que pueda tener cualquiera de ellos. Ahora entiendo por qué mi esposo ha querido que seas tú el que se encargue de protegerle —añadió después de hacer una pausa—. Siempre le he aconsejado a mi esposo que debe rodearse de hombres leales, pero estos no deben ser excesivamente ambiciosos. El problema del poder es, que cuando lo pruebas, por poco que sea, cuesta olvidar el efecto que ha generado sobre ti.

Se ruborizó un poco al escuchar aquellos halagos que le hacía la esposa de Augusto, si es que de verdad lo eran. Tal vez se tratase de algún tipo de advertencia sutil que le estaba haciendo. No esperaba que aquella mujer fuera capaz de analizarle con tanto detalle. Había oído hablar mucho de ella. De hecho, los rumores y las habladurías afirmaban que era Livia y no su esposo la que mandaba y movía todos los hilos. Él jamás había creído tales chismorreos. Pensaba que difundir falsos rumores era una cosa más de mujeres que de hombres, y en todo caso estos siempre solían exagerar desmesuradamente la realidad. No hacía falta ser demasiado inteligente para darse cuenta de que ninguna mujer podía mandar más que un hombre. Ahora que la estaba comenzando a conocer, no se cuestionaba que aquella mujer pudiera llegar a aconsejar en algún momento determinado sobre asuntos concretos a su esposo. Aunque de ahí a tomar decisiones relevantes en su nombre o influenciarle hasta ese punto… Augusto no estaba en la cúspide gracias a su mujer. Él mismo se lo había dejado muy claro cuando conversaron aquella noche. En todo caso Livia era una mujer muy diferente a las que había conocido hasta ese momento. De eso no había duda y es que podía ver el fuego en sus ojos. No era una simple matrona romana. Era una mujer poderosa e irradiaba fuerza. Y sus palabras denotaban precisamente eso. Pero era evidente que jamás podría llegar a tener tanto poder como para doblegar la

voluntad de su esposo. Trató de autoconvencerse de ello, aunque no pudo evitar que le surgiera un mínimo atisbo de duda. ¿Y si los rumores eran más ciertos de lo que creía? ¿Y si realmente aquella mujer era más influyente de lo que en realidad parecía?

—Pero tú no eres de esa clase de hombres, Valerio —prosiguió Livia interrumpiendo sus cavilaciones—. Eres distinto. Imagino que serás ambicioso, porque eso lo tienen todos los seres humanos, ya sean hombres o mujeres. No me negarás que todo el mundo lo es en cierta medida. Lo único que hace que eso sea una virtud o un defecto, es el grado de intensidad y lo que uno está dispuesto a hacer para conseguir lo que desea. Estoy tranquila al saber que cuenta contigo para encargarse de su seguridad.

—Gratitud por sus palabras, mi señora —respondió el militar cada vez más abrumado por los elogios a la par que más inquieto por la influencia que parecía ejercer esa mujer sobre él.

—Pero discúlpame, me he ido un poco de la conversación. Me estabas hablando de los dos hombres que han venido a pedir audiencia con mi esposo y yo he acabado hablando sobre otros asuntos más banales.

Aquello que le había dicho era de todo menos banal. ¿Estaba usando algún tipo de argucia para tantearle? Aquel sentido de alerta que se activaba cuando entraba en combate, pareció avisarle para que no bajara la guardia.

—Quisiera saber sus nombres para indagar un poco más, mi señora. Quizás sepan algo más de lo que me han dicho… He visto algo en su manera de actuar que me ha dejado un poco preocupado —dijo Valerio.

—Por supuesto que te diré quiénes son, siempre y cuando no descuides la seguridad de mi esposo.

—No debe preocuparse por eso. Lo primero es la seguridad del cónsul.

* * * * *

Aquellos días que llevaban en Tarraco habían servido para que Augusto comenzara a recobrarse. El tono pálido de su tez tomó un poco más de color. El clima de la ciudad era benigno y los rayos de sol sentaban muy bien. Teniendo en cuenta el frío y la lluvia que les habían acompañado los últimos meses en el frente, era reconfortante poder disfrutar de una temperatura más cálida y suave y sobre todo poder estar cerca del mar. Esa brisa que traía el viento era un regalo de los dioses. Y hablando de dioses, pareció que las manos de estos eran las que guiaban las de Antonio Musa. Lo primero que hizo el

medicus al día siguiente de explorar al cónsul, fue cambiar drásticamente el tratamiento que se le había dado hasta aquel preciso instante. Su colega había optado por aplicar compresas calientes para tratar de mitigar los dolores que padecía el paciente. Pero tras una larga conversación que mantuvieron ambos en privado, optaron por seguir el consejo de Musa, que comenzó a aplicar compresas frías sobre el cuerpo de Augusto.

Pero esa no fue la única variación que introdujo en el tratamiento del paciente, sino que le instó a tomar baños de agua fría, y a comer alimentos también fríos, entre los cuales le obligó a ingerir cuantiosa cantidad de fruta y verdura fresca. A juzgar por la mejora acontecida en tan poco tiempo, el cambio de tratamiento se aventuraba positivo. Desde entonces, el *medicus* le visitaba al menos un par de veces cada día, pasando incluso horas junto a él, conversando de asuntos varios, como lo que había aprendido en sus viajes por las diferentes provincias en las que había estado, o incluso en el lejano Oriente, donde había aprendido algunas técnicas que aplicaba con éxito en algunos de sus pacientes. Se podría decir que surgió una verdadera amistad entre ambos hombres, y es que Augusto debido a su frágil salud, necesitaba contar con gente de confianza a su alrededor, y sobre todo que poseyera los conocimientos adecuados en una disciplina tan compleja como era la medicina.

Había podido conversar hasta en tres ocasiones con el *Princeps* en los últimos días, teniendo en cuenta la poca disponibilidad que este tenía. Entre el descanso obligatorio prescrito por Musa, y el tiempo que pasaba acompañado por sus familiares, lo cierto era que costaba encontrar un hueco para poder conversar con él. Augusto le había agradecido la labor que estaba llevando a cabo en todos los encuentros que habían tenido, y sobre todo le había preguntado si necesitaba más recursos para cubrir los turnos de guardia. Le ofreció la posibilidad de contactar con los magistrados de la ciudad para solicitarles algún refuerzo de hombres armados para dar descanso a los suyos, aunque Valerio lo rechazó alegando que por el momento se valía con los efectivos de los que disponía, y que, llegado el caso, no dudaría en hacérselo saber. Hablaron también sobre futuros planes para la campaña. En principio, teniendo en cuenta lo que le había dicho Musa, Augusto tenía previsto reponerse para mediados de verano, momento en el que volverían al frente para estar presentes en la toma de la fortaleza del *mons* Vindius si es que aún no se había llevado a cabo. Le dijo que después de haber llegado hasta allí, no quería perderse la derrota definitiva de los cántabros. Y una vez estos fueran derrotados todavía le quedaría mucho trabajo para dividir su

territorio y el de los astures y someterlos a la autoridad romana. Organizar una nueva región no era una tarea sencilla y requeriría su autoridad y conocimiento para que todo se hiciera como era debido.

—Acabo de recibir una misiva de Carisio —señaló el cónsul—. Debió de llegar al campamento al poco de partir, así que imagino que después de leerla, Agripa me la habrá reenviado aquí. El legado no estaba al corriente de mi enfermedad y por ello la envió al punto en el que creía que estaba.

Él no estaba al corriente de cómo iba la guerra en el frente astur. Esa información no era de importancia para un simple *optio*, y estaba reservada para los que encabezaban la campaña. Aunque aquella circunstancia era especial. Valerio era el único oficial que tenía cerca Augusto en aquellos momentos, así que inevitablemente iba a ser el que compartiría sus inquietudes y anhelos en lo relativo a la guerra. En cierto modo le iría bien, ya que de esa forma se enteraría del desarrollo de las operaciones.

—Espero que sean buenas noticias, comandante.

—Lo son en cierto modo, Valerio —dijo sonriendo Augusto tras acabar de leer una parte de la misma—. Las cosas le están saliendo bien al legado… —hizo una pausa mientras seguía leyendo el documento—. Parece que ha obtenido una victoria contra una coalición de tribus astures, aunque según explica, no ha sido definitiva.

El rictus facial del cónsul varió sustancialmente a medida que proseguía con la lectura de la misiva.

—Parece ser que se están congregando muchos más enemigos por la zona en la que ha establecido sus campamentos, y eso le preocupa.

—Esas noticias ya no son tan buenas entonces —advirtió Valerio que observó cómo Augusto dejaba el documento sobre una pequeña mesa de madera que estaba junto a la butaca en la que estaba sentado.

La temperatura era agradable, y pese a que el sol estaba ya descendiendo, todavía se estaba bien en la terraza de la *domus*.

—Sus tropas están acuarteladas y bien defendidas en los *castra* —continuó diciendo el cónsul—. Son palabras tranquilizadoras por ahora, ya que advierte que, con el frío y la lluvia constante de la región, descarta la posibilidad de que sus enemigos decidan plantar cara al menos de manera inminente.

—La lógica hace pensar que hasta que no llegue el buen tiempo, los bárbaros no reiniciarán las hostilidades, comandante. Imagino que ellos también aprovecharán para reabastecerse de recursos.

—Eso es lo que más temo, Valerio —dijo Augusto—. Ese tiempo no lo desaprovecharán esos bárbaros. Si algo hemos aprendido de los

cántabros es que se han sabido adaptar perfectamente a nuestra manera de hacer la guerra —añadió reflexivo—. Sabrán usar ese tiempo para reunir a más tribus a su causa. Quizás lo más sensato sería desviar una legión o dos del frente cántabro para apoyar a Carisio antes de que sea demasiado tarde —elucubró en voz alta y con la preocupación reflejada en su rostro.

—Cierto es que los cántabros parecen derrotados, pero tampoco sabemos lo que nos encontraremos cuando subamos a esas montañas —le comentó el *optio* con buen criterio.

—Estos malditos salvajes se están convirtiendo en una verdadera molestia —señaló llevándose los dedos a las sienes.

—¿Se encuentra bien, comandante?

—Sí, Valerio. Gratitud… Tan solo es cansancio y un poco de fatiga. Demasiadas cosas en la cabeza y ahora además el contenido de esta misiva—respondió Augusto esbozando una sonrisa un poco forzada.

—Antonio Musa le ha dicho que tiene que descansar, y todo esto no le ayuda. El cuerpo debe estar sereno, pero la mente debe hallarse libre de preocupaciones también.

—Lo sé, Valerio. Pero un hombre con mis responsabilidades no puede tomarse un descanso demasiado largo. La guerra no se va a detener porque yo esté indispuesto —añadió sonriendo levemente.

—Las decisiones pueden esperar unos días, comandante. Ni los cántabros van a bajar de las montañas de inmediato, ni los astures van a atacar a Carisio por ahora. Dispone de tiempo de sobra para recuperarse y buscar una solución a esos contratiempos.

El cónsul sonrió levemente y asintió con un gesto de su cabeza.

—Para ser *optio*, posees una visión global de la situación que más de uno de mis oficiales del Estado Mayor ya quisiera para él.

—Descanse tranquilamente y no piense más en ello —dijo Valerio poniéndose en pie para retirarse y dejarle solo pese a haber recibido de nuevo otro elogio.

—Gratitud, Valerio… —respondió Augusto mientras se recostaba en el sillón y estiraba las piernas sobre una butaca que tenía a sus pies.

* * * * *

—Me parece que tendríamos que ver a esos hombres cuanto antes para asegurarnos de que eso tan urgente que parecía preocuparles, no guarda relación con la conjura.

—En esta ocasión quiero anticiparme, así que opino lo mismo que tú —dijo Valerio—. Aunque tan solo me ha dado sus nombres y eso dificulta la tarea.

—Será más que suficiente —añadió Aurelio sonriendo—. Esta ciudad no es demasiado grande, y me la conozco muy bien, así que preguntaremos por ahí y estoy convencido de que daremos con ellos.

—No sé si querrán hablar con nosotros. Uno de ellos me dejó bastante claro ayer que solo estaba dispuesto a hacerlo ante el mismo Augusto.

—Si es tan urgente podría habértelo contado a ti, ¿no crees? —expuso el legionario encogiéndose de hombros sin entender realmente el porqué de aquello.

—El hecho de que no haya querido hacerlo es lo más preocupante de todo esto. No tiene por qué confiar en un hombre al que no conoce —aclaró el *optio* a su amigo—. Te recuerdo que cuando nosotros nos vimos en una situación complicada, no sabíamos en quién podíamos confiar, así que optamos por no explicarle nada a nadie. En ocasiones es mejor guardarse la información para no equivocarse y no tener que lamentarlo después.

Eso era lo que la experiencia le había enseñado, y por eso comprendió en cierto modo aquel cambio brusco en la actitud del hombre. Además, esa fue la parte que más intrigado le dejó, ya que él mismo se veía reflejado en la actitud demostrada por aquel tipo. Por suerte, tras escuchar las alabanzas de Livia, pudo sonsacarle los nombres, siendo ese un buen punto para comenzar la búsqueda.

—¿Nos llevaremos a alguien más? —interrogó de súbito Aurelio.

—He pensado en un par de bátavos y a uno de los jóvenes.

—Siempre viene bien contar con músculo por si la cosa se complica… Ya sabes de lo que te hablo —dijo sonriendo el soldado.

—No hace falta que me recuerdes lo peligrosas que pueden llegar a ser las calles de tu ciudad —añadió Valerio recordando los enfrentamientos con hombres armados que habían tenido en su día.

—¿A cuál de los dos quieres llevarte?

—¿Qué opinas tú? Les conoces un poco mejor que yo, ya que has pasado más tiempo con ellos —le instó.

—Ambos son obedientes y ponen empeño. Mario es más visceral y Arrio tiene algo que me recuerda a ti. Es menos impulsivo, y pregunta mucho, lo cual no es malo del todo.

—Vaya… Entonces creo que será mejor que nos acompañe Arrio, ¿no crees? Ya tenemos fuerza bruta de sobra con los dos bárbaros y nos vendrá mejor algo más de cabeza—señaló Valerio—. ¿Te encargas de avisarle tú? Yo voy informar a los germanos. Si te parece saldremos a primera hora de la mañana, tan pronto como salga el sol.

—Fortuna quiere que no tengas que dormir en aquel edificio con todos nosotros —añadió el legionario sonriendo.

—No fui yo el que lo pidió amigo.

—Lo sé —dijo haciendo un gesto con la mano—. Imagino que al ser el jefe de la escolta tienes derecho a más comodidades que el resto de nosotros.

—Sería de mala educación rechazar el ofrecimiento de nuestro anfitrión, Aurelio.

—La casa es muy grande y creo que tiene estancias para alojar a unos cuantos hombres más. Pero claro, a nosotros no nos han ofrecido esa posibilidad —señaló soltando una pequeña risotada.

—El edificio en el que estáis es un palacio comparado con las tiendas del campamento a las que estáis acostumbrados. Así que será mejor que no te quejes tanto.

—Cierto, *frater*. Hemos dormido en auténticas pocilgas, y este alojamiento es todo un lujo.

—Así me gusta, que aprecies las cosas que Fortuna te ofrece —dijo sonriendo el *optio*—. Si no tienes ninguna otra queja más, os esperaré en el exterior de la casa.

Prefirió aguardar hasta el día siguiente ya que se había hecho un poco tarde. Tenía algo de trabajo pendiente aún, como establecer el nuevo cuadrante de guardias, y no era necesario acudir a altas horas de la noche a casa de un hombre al que no conocía y alarmarle de manera innecesaria, ya que el resultado que podía obtener sería el contrario al que buscaba.

—Muy bien. ¿Vas a contarles algo a los demás? —le preguntó su amigo antes de marcharse.

—Por el momento no… Prefiero que se centren en sus tareas, ya que si les pongo en antecedentes querrán venir todos. Ya sabes como son.

—¿Leales? —interrogó Aurelio con una leve sonrisa.

—Eso mismo. Leales.

CAPÍTULO XXXIII

En algún lugar de Tarraco, aquella misma noche

—¿Estás seguro de que es la mejor idea?

—¿Se te ocurre alguna otra manera de hacerlo? —interrogó a su vez Sexto.

—Pero no creo que su mujer y los niños sepan nada de los asuntos de Licinio.

—Ya hemos cometido demasiados errores en este asunto —le dijo mirándole inquisitivamente—. No estoy dispuesto a correr más riesgos y jugármela de nuevo.

—Quiero dejarte bien claro que yo no acostumbro a matar mujeres o niños. Ese no es mi estilo.

—¿Y cuál es tu estilo si puede saberse? ¿Dejar escapar a tus objetivos y dejarte casi matar por tu socio? —volvió a preguntarle más enojado aún por la respuesta que acababa de darle el asesino.

Lo cierto era que había sido un golpe bajo el que le había dado al decirle aquellas duras palabras. Razón no le faltaba, pero la contundencia había sido excesiva. Agachó la cabeza y se limitó a responder.

—Está bien, se hará como dices.

Se resignó a seguir el plan. Por muy poco que le gustara actuar de aquella manera, no estaba dispuesto a fallarle de nuevo. Aunque al principio se había sentido orgulloso de su trabajo y pensaba que Sexto lo estaría también al conocer todo lo que había avanzado en su pequeña investigación, no le quedó más opción que resignarse a seguir sus planes, ya que la realidad había sido muy distinta. Cuando le informó de sus pasos y de cómo había logrado dar con ambos hombres y seguirlos hasta el lugar donde se escondían, su compañero ni siquiera mostró señal alguna de alegría o satisfacción. Simplemente se limitó a preguntarle por la ubicación del lugar y seguidamente se puso a tramar cual debía ser el siguiente paso. No tardó demasiado en darle una respuesta. Esta fue clara y contundente. Se jugaba mucho con aquello y no estaba dispuesto a fracasar de nuevo. Haberse equivocado en una ocasión, le había enseñado a que lo mejor era cortar el problema de raíz. Y enviar a todos los que estaban en esa casa al reino de Plutón era la solución más rápida y sencilla. No dejar ningún cabo suelto que pudiera suponer un problema futuro.

—Entraremos esta noche, cuando todos estén durmiendo.

—Pero no sabemos cuánta gente hay dentro —dijo el asesino—. Necesitaríamos estudiar con detalle la casa para saber por dónde tenemos que movernos. Es muy arriesgado hacerlo tan pronto.

—No disponemos de ese bien tan preciado llamado tiempo. Quién sabe cuándo les podrá recibir Augusto. No vamos a esperar más.

—Veo que eres un hombre de ideas fijas y que nada de lo que te diga va a hacer que cambies de opinión —sugirió el asesino.

—La decisión ya está tomada.

—¿Y lo vamos a hacer solos? —interrogó de nuevo.

—¿Acaso necesitas a alguien más?

—Siempre viene bien un poco de ayuda. Insisto en el pequeño detalle de que no sabemos cuanta gente más puede haber en la casa —dijo con cierto tono irónico—. Ya te expliqué que les acompañaban dos esclavos, pero tal vez haya más.

—Usaremos el amparo de la noche para entrar y acabaremos con todos los que estén allí dentro. Hombres, mujeres, niños y esclavos. No quiero que quede nadie con vida —señaló Sexto.

—Entendido.

—El único responsable de todas esas muertes eres tú —añadió el hombre en un tono severo—. Si hubieras acabado con Licinio en Roma tal y como te ordené, no sería necesario eliminar a esos inocentes.

—Vaya, ya tardabas en sacar el tema —respondió un poco molesto por el discurso tan contundente que seguía repitiéndole.

—¿Acaso crees que el hombre que le ha dado cobijo no está ya al corriente de todo? ¿Piensas que su esposa no lo sabe también? —interrogó Sexto—. Incluso los esclavos lo saben, ¿o piensas que se tapan los oídos cuando sus amos hablan?

No le quedó más opción que asentir, ya que en el fondo Sexto tenía toda la razón. A esas alturas, no había ninguna duda de que todos los que estaban en esa casa sabrían lo del tema de la conjura. La única manera de proceder, que por otra parte no dejaba de ser lógica, era eliminarlos a todos, y el culpable absoluto de aquella matanza que se iba a producir irremediablemente era él. Él y su codicia. Los acontecimientos de Roma, tenían consecuencias directas. Si hubiera cumplido con el trabajo tal y como se le ordenó, Licinio hubiera sido el único en perecer. Pero ahora, tendría que cargar en su conciencia con las almas de gente inocente. Se planteó que quizás lo mejor habría sido que le hubiera rematado en aquel lecho en lugar de perdonarle la vida y llevárselo a Tarraco.

Ahora, de nada servía lamentarse por lo ocurrido. Al menos sabía que si las cosas salían bien, recibiría una recompensa digna además de

contar con aquella cantidad de monedas que estaban a buen recaudo enterradas para no ser encontradas por nadie. Trató de ver la situación como un trabajo más independientemente de la parte moral. Él no mataba a mujeres y niños indefensos, pero aquella vez tendría que hacer una excepción y esperaba que los dioses lo entendieran. Les rogó en silencio tratando de buscar el perdón por lo que iba a hacer. Miró a Sexto con asombro. Había hablado con tanta frialdad que parecía no ser humano. Ese hombre era peligroso y cada vez estaba más convencido de ello. Se había comprometido a ayudarle a acabar con Valerio cuando Licinio y su familia ya no estuviera en el mundo de los vivos, pero cada vez estaba más arrepentido de haber pronunciado aquellas palabras. La deuda tal vez se habría saldado con la actuación de aquella noche, pero cometió el error de prometerle ir más allá. Ahora ya no lo tenía tan claro, y es que esa mirada dura e insensible que se dibujaba en el rostro de su acompañante, era aterradora. Por primera vez en su vida notó que su corazón se aceleraba y latía a un ritmo cada vez más elevado. Quizás estaba ante la personificación misma del dios Mors y no lo había podido reconocer en su forma humana. Sintió miedo, verdadero miedo…

Aledaños de la domus de Decimo Severo Balbo, final de la segunda vigilia de aquella misma noche

Era avanzada la noche cuando los dos hombres, vestidos con ropajes oscuros y encapuchados arribaron a las inmediaciones de la casa en la que se refugiaba Licinio. Esperaron a que fuera noche cerrada para actuar. Ese era el mejor momento ya que la gente estaba en el momento más plácido de su sueño y el dios Somnus los había transportado ya en su periplo nocturno. Aunque habían descansado un buen rato antes de iniciar la incursión, se notaba fatigado. Seguro que era fruto de la tensión y de los nervios que recorrían sus entrañas. Jamás se había visto forzado a tener que arrebatar la vida a nadie directamente, sino que siempre había contratado los servicios de otros que lo hicieran por él. Mancharse las manos de sangre era algo que no se había planteado jamás, pero la urgencia de la situación, acompañada de la ineptitud de aquellos a los que había pagado, le obligaban a tener que completar el trabajo para asegurarse de que todo salía según lo previsto. Sus últimas experiencias con hombres de los bajos fondos no habían sido muy gratificantes. Siempre lo había tenido todo bajo control, o al menos esa era la sensación que le había dado, aunque últimamente las cosas no le habían salido demasiado bien. Quizás se estaba haciendo mayor y estaba perdiendo algunas

facultades. Tal vez había llegado la hora de plantearse el retiro. Trató de eliminar aquella idea de su cabeza. Él no tenía la culpa de que le hubieran traicionado o de que los que le servían fueran unos incompetentes. Además, había adquirido un compromiso con Fabio y el resto de los senadores y aquello se había convertido ya en algo personal. Estaba dispuesto a cumplir para con ellos y para con la República. Debía hacerlo antes de que se descubriera su nuevo fracaso y la mejor manera de hacerlo y recuperar su antiguo prestigio pasaba por llevar a buen puerto las dos fases de aquel plan. La más inmediata de ellas era eliminar al chivato.

—Lo mejor será que entremos por la puerta lateral. Aquella de allí, ¿la ves? —le susurró el asesino.

—La veo.

—No será demasiado complicado forzarla —dijo sacando una pequeña ganzúa que llevaba oculta dentro de su ancho cinturón de cuero.

—Vamos… —musitó Sexto mientras sujetaba la empuñadura del *pugio* que le había conseguido Fabio antes de su partida.

Los dos hombres se desplazaron como dos sombras amparadas por la negra noche hasta el punto seleccionado para proceder a la incursión. Mientras el asesino se encargaba de manipular la cerradura, él se puso de espaldas para vigilar la calle. No había nadie. Era muy tarde. Pero era mejor asegurarse y hacer las cosas bien.

—Abierta —dijo el hombre después de que se escuchara un leve chasquido metálico.

—Entremos —dijo Sexto dándose la vuelta y accediendo detrás del otro hombre.

Cerró la puerta suavemente tras él. Aquella debía ser la *cella penuaria* que hacía las veces de despensa del hogar. Estaba llena de sacos de grano y de algunas frutas y verduras frescas. Procuraron no hacer ruido y avanzaron hasta lo que parecía ser una *culina*. Había algunos cuencos de madera y copas, además de un gran horno destinado seguro a la elaboración del pan. Sexto miró algunos de los alimentos que estaban sobre una repisa y se dio cuenta de que eran los restos de la cena de aquella misma noche. Pensó que esa había sido la última que harían todos los que vivían en aquella casa en el mundo de los vivos. Notó de nuevo una contracción leve en su estómago. Aferró con fuerza el puñal y trató de eliminar aquel pensamiento.

—Los habitáculos de los esclavos no deben de estar muy lejos de aquí. Prepárate —le indicó el asesino sacando su *pugio* de la vaina y esgrimiéndolo con la punta mirando al suelo.

Sexto hizo lo mismo. Intentó tragar saliva, aunque tenía la boca

seca y pastosa. Se mantuvo firme ya que no quería que el asesino le viera el miedo reflejado en su cara. Avanzaron lentamente. Él iba detrás del asesino, que se movía sin hacer un solo ruido. Era como si fuera flotando en el aire, y eso le tranquilizó ya que al menos significaba que no era un aficionado. Pensó por un momento en Flavio… Aquel tipo le recordaba vagamente a él. Aunque quizás era porque ambos se dedicaban a la misma profesión y nada más.

De súbito, el asesino se giró mientras levantaba su mano izquierda con la palma señalando hacia el frente. Le estaba indicando que se detuviera. Giró la cabeza levemente y se llevó el dedo índice de la misma mano a sus labios. Acto seguido le señaló una especie de bulto que estaba a escasa distancia de ellos. No había duda de que se trataba de un hombre. Con el mismo dedo le indicó que se trataba de un único objetivo y señalándose a sí mismo le dio a entender que se encargaría de acabar con él. Se arrodilló lentamente y avanzó como si fuera la muerte personificada hacia la figura que yacía en el suelo. Él se quedó en silencio. Observaba la maniobra desde la distancia. Fue rápido y silencioso. El asesino le tapó la boca al hombre mientras de un tajo certero le rebanaba el gaznate. Ni un solo alarido o queja. Acto seguido y sin inmutarse se puso en pie y le dio la indicación para que avanzara. Sexto pasó junto al cuerpo sin vida. No le dio tiempo de verlo con claridad. Pensó que había sido un trabajo limpio a juzgar por lo rápido que había sido. En aquellos momentos se preguntó a sí mismo si él también sería capaz de hacer algo así. Las dudas sembraron su mente y de nuevo notó como la tensión se apoderaba de sus miembros.

Avanzaron hasta el atrio. Todo estaba en completa oscuridad y el silencio reinaba en el patio. Se desplazaron en silencio hasta que el asesino le dio la orden de detenerse de nuevo. Señaló una estancia que estaba justo a su diestra. Se acercó hasta su oído y le dijo en voz baja:

—Se oyen pasos dentro de esta estancia. ¿Qué hacemos? ¿Entramos o la dejamos para después?

—Será mejor entrar y no dejar ninguna posible amenaza detrás de nosotros —le respondió Sexto.

El asesino asintió mientras se asomaba por el hueco de la puerta. La casa tenía dos plantas, así que lo normal era que se tratara de algún esclavo, ya que las habitaciones de los propietarios y los invitados seguramente estarían en la superior.

—Son dos esclavos. Están ordenando la estancia. Está un poco iluminada —le advirtió después de analizar con detalle el interior.

—Deja que me asome.

Sexto asomó la cabeza un instante y comprobó la información.

Eran dos hombres que en ese momento estaban de espaldas apilando unas cajas de madera.

—Tú te encargas del de la derecha y yo del otro —dijo el asesino.

Sexto asintió mientras notaba cómo un temblor se apoderaba de la mano que esgrimía el cuchillo. Aquella iba a ser la primera vez que tenía que arrebatarle la vida a alguien. Era un esclavo y su valor era insignificante, pero era un hombre, al fin y al cabo. Sujetó la mano del arma con la otra por la muñeca para tratar de hacer desaparecer el temblor de la extremidad. Pensó que haría lo mismo que había hecho el asesino con el primer esclavo al que había eliminado. Debería haberle preguntado antes de todo cuál era la mejor manera de acabar con la vida de un hombre. Aunque si lo hubiera hecho, habría demostrado debilidad, y eso no se lo podía permitir. Respiró hondo esperando que su compañero diera la señal.

Cuando esta llegó, se dejó arrastrar por la situación y se puso en marcha con velocidad, pero a la vez con sigilo. El éxito del ataque radicaba en la sorpresa. Entró en un efecto túnel y perdió la visión periférica de su entorno. Se centró exclusivamente en su objetivo y lo demás desapareció. Ya no había nervios y la mano volvió a ser firme, aunque no se dio ni cuenta de aquello. Una sensación extraña se apoderó de su ser y aquel malestar estomacal dio paso a una falta de aire que le hizo tensar todos los músculos de su cuerpo. Ya no había marcha atrás, así que se alzó ligeramente para poder llegar hasta la cabeza del esclavo que estaba de espaldas, ajeno a lo que se le venía encima. Emergiendo desde detrás como una sombra del inframundo, le tapó la boca mientras asestaba una puñalada en el flanco del cuello de aquel infeliz. La sangre salió a borbotones de la herida mientras su mano derecha se teñía de un cálido y rojizo líquido. Notó que el cuerpo de su víctima caía lentamente hacia el suelo. Lo sujetó por el cuello con fuerza sin dejar de apretar la empuñadura del *pugio* que ya no entraba más en el cuerpo de aquel desgraciado. Cuando el cuerpo sin vida quedó sentado en el suelo, se apartó rápidamente dejando que este cayera de espaldas. Observó desde la distancia hasta que notó una mano en su espalda. Se dio la vuelta sorprendido para ver que se trataba del asesino.

—¿Estás bien? —le preguntó su acompañante, que estaba limpiando la hoja de su arma en su túnica.

Sexto quería hablar, pero no le salían las palabras. La experiencia había sido extraña. El cuerpo comenzó a relajarse y notó que perdía las fuerzas. Tuvo una especie de vahído y pensó que se iba a desmayar. Le vino una arcada y tuvo que apartarse a un lado para vomitar. Arrojó al exterior todo lo que había comido aquel día y

quizás el anterior. Tras dar tres bocanadas, su estómago quedó vacío. Se pasó la palma de la mano izquierda por la boca para limpiársela de los restos del vómito.

—¿Ha sido la primera vez que lo has hecho, no? —interrogó el asesino de repente.

Asintió levemente, pero fue incapaz de hablar.

—No te preocupes, siempre es la más difícil —dijo poniéndole una mano sobre el hombro—. Y para ser sincero no lo has hecho nada mal —añadió señalando el cuerpo sin vida del esclavo que yacía a poca distancia de ellos.

El asesino se agachó y sacó de un golpe seco el puñal del cuello de la víctima. Lo limpió en la túnica del esclavo que ya estaría haciendo cola en el inframundo y se lo devolvió a Sexto.

—Continuemos, todavía queda gente en esta casa a la que hay que eliminar.

CAPÍTULO XXXIV

El asesino se encargó de eliminar a dos esclavas que estaban dormidas en otro de los habitáculos colindantes al atrio. Fue sencillo y no le supuso problema alguno. Tras inspeccionar el resto de estancias de la planta inferior, no encontraron a nadie más, así que dedujeron que ya no habría más esclavos en la casa. Se dirigieron a las escaleras para acceder a la planta de arriba. Allí habría al menos tres adultos, dos hombres y una mujer, y los dos niños que Sexto sabía que tenía Licinio. Lo sabía porque se lo había dicho Fabio antes de su partida. Desde el principio supo que el destino de esos pequeños estaba escrito. Debería acabar con ellos, porque si no podrían convertirse en una amenaza en un futuro y no estaba dispuesto a asumir tal riesgo.

Avanzaron con sigilo y, mientras lo hacían, pensó en lo que había tenido que hacer. Se había secado la mano ensangrentada con un trapo de lino que encontró en la misma estancia donde acabó con la vida del esclavo. Todavía podía sentir el líquido viscoso y caliente en su piel. Era una sensación tan solo, pero no podía evitar dejar de mirársela de vez en cuando para asegurarse de que no estaba manchada. Esperaba que las palabras del asesino fueran ciertas y que a partir de entonces matar a alguien fuera más sencillo, ya que no estaba dispuesto a pasar por lo mismo de nuevo. Pensando en aquello se plantaron en el pasillo que conducía a las habitaciones en las cuales estarían durmiendo el propietario y los invitados. Desconocían si el anfitrión tendría esposa e hijos, pero de ser así, correrían la misma suerte que los demás. Le recordó al asesino esa posibilidad, y el hombre asintió levemente con la cabeza dando por entendida aquella cuestión y planteándose un escenario en el que podría haber más gente en aquella casa.

De momento estaba cumpliendo bien con sus obligaciones. Realmente se notaba que no era un simple aficionado y que tenía destreza en lo que hacía. Seguramente el fracaso en el asunto de Roma no había sido culpa suya tal y como le había informado. Todo indicaba que la versión que le había dado sobre su socio era cierta, y eso en cierto modo le hizo sentirse más tranquilo. Había acertado a la hora de traérselo con él a Hispania. Era evidente que estaba cumpliendo con creces su parte del compromiso. Además, si todo salía según sus planes, le vendría muy bien poder contar con sus habilidades para la segunda parte del plan, que sin duda iba a ser

mucho más peligrosa que acabar con la vida de aquellos pobres infelices que no podían ni siquiera defenderse.

—Entraremos en esa primera estancia… —indicó el asesino en voz baja.

Sexto asintió esgrimiendo con más fuerza su *pugio*. Sintió que estaba preparado para arrebatarle la vida a quien hiciera falta. Había mucho en juego. Demasiado… Observó cómo el asesino abría lentamente la puerta en cuestión. Se escuchó un leve crujido de la madera que hizo que detuviera la acción. Miró de soslayo a su acompañante mientras aguardaba alguna señal desde el interior. Al cerciorarse de que no ocurría nada, continuó con la apertura hasta que dejó un hueco suficiente como para poder acceder. Entró lentamente seguido de Sexto. La estancia era lujosa a juzgar por los muebles que albergaba. Ambos hombres se acercaron con sigilo hasta el lecho donde yacía una figura estirada.

Sexto quedó más cerca del cuerpo, que estaba tumbado hacia la derecha. Lo tenía más cerca, así que tomó la determinación de encargarse de acabar con su vida. Le hizo un gesto al asesino mediante el cual, este comprendió que iba a tomar la iniciativa. En aquella ocasión repasó los pasos a seguir mentalmente. Contaba con la ventaja de que su víctima estaba inmóvil, dormida, así que no podría defenderse del ataque. Cuando se acercó hasta el cuerpo observó que no era Licinio. Dedujo que se trataría del hombre que le había dado cobijo. Respiró hondo, elevó el cuchillo hasta situarlo cerca del cuello del hombre y con un gesto rápido de la otra mano le tapó la boca con mucha fuerza. Vio como el desdichado abría los ojos sorprendido y le miraba fijamente. Apenas tuvo tiempo de reaccionar, ya que la hoja afilada del *pugio* sesgó su vida cual si fuera un animal a punto de ser sacrificado a los dioses. Mantuvo la mano en la boca ejerciendo tanta presión como pudo. Notó que tenía mucha fuerza, así que el pobre infeliz no pudo liberarse de la presa. Tampoco es que tuviera demasiado tiempo para hacerlo, ya que la vida se le escapó rápidamente como una simple exhalación. Las mantas que le tapaban quedaron cubiertas de un reguero abundante de sangre.

Miró al asesino, que le asintió levemente y se puso en pie. Había sido muy sencillo. Y lo mejor de todo: se había sentido poderoso al arrebatarle la vida a aquel pobre hombre. No había dudado ni un solo instante antes de ejecutar el asesinato, por lo que corroboró el argumento que le había dado su socio un rato antes. Tenía toda la razón, la segunda vez era más fácil. Aunque la víctima no había tenido posibilidad alguna de defenderse al estar durmiendo. Eso lo había hecho mucho más sencillo. Antes de abandonar la estancia, tapó la

cara del hombre con las mantas cubiertas de sangre. Se sintió aliviado. No tuvo ganas de vomitar en ningún momento y eso le tranquilizó. Respiró profundamente y sintió que los músculos de todo el cuerpo se le relajaban después de haber estado en tensión durante el atroz acto que había cometido.

—Este era el hombre que vi junto a Licinio en la puerta de casa de Augusto —dijo el asesino sacándolo de sus pensamientos.

—Bien… Está durmiendo solo en su cama, lo que indica que quizás no esté casado.

—O tal vez simplemente sea que su esposa duerme en otra estancia —afirmó el otro hombre.

—No perdamos el tiempo entonces y acabemos con esto de una maldita vez.

* * * * *

Le sorprendió en primera instancia que Sexto hubiera sido capaz de acabar con la vida de aquel hombre con tanta facilidad. A juzgar por el resultado de la primera experiencia, todo hacía pensar que le costaría más. La víctima estaba dormida en aquella ocasión, lo cual facilitaba mucho más el trabajo, aunque estuvo atento en todo momento por si se veía obligado a intervenir si es que en última instancia se echaba para atrás o no era capaz de cumplir con la acción. Pero no fue necesario. La sangre fría con la que ejecutó la maniobra había sido de admirar y en base a su experiencia, podía afirmar que no todos eran capaces de desenvolverse con aquella soltura teniendo tan poca experiencia. Ni siquiera había dudado un instante a la hora de ejecutar la maniobra y había seguido los pasos tal y como estaba estipulado como si se tratara de un auténtico profesional. Para ser su segundo asesinato, tenía que reconocer que lo había llevado a cabo con suma precisión y la víctima había sufrido lo mínimo. Hombres que tenían más experiencia que él, llegaban a cometer auténticas chapuzas que provocaban la lenta agonía de sus víctimas, y eso era un espectáculo que no le gustaba. Pero si alguna conclusión podía sacar en claro de aquello, era que aquella habilidad le asustaba, ya que cuando un hombre era capaz de hacer esas cosas tan duras con extrema facilidad, algo significaba. A él le costó bastante más en su día… Su primera vez no fue tan sencilla.

Barrio de la Subura, Roma, seis años antes

—¿Sabes bien qué es lo que tienes que hacer?

—Más o menos —respondió el muchacho.

—¿Cómo que más o menos? En este oficio no se pueden dar ese tipo de respuestas… O bien es que sí, o bien es que no —le reprimió Memio con cara de pocos amigos.

—Entonces sí que lo sé —dijo sin estar muy convencido del todo de si lo sabía.

—Por tu bien espero que así sea, muchacho. No tengo ganas de que me maten por tu culpa. ¿Ha quedado claro? —le preguntó cogiéndole con fuerza por la solapa de su túnica y alzándole un palmo del suelo.

El aliento le apestaba a vino rancio y sus dientes estaban sucios y amarillentos. Contuvo la respiración hasta que aquel miserable apartó su asquerosa boca de él. Era de lo peor que uno podía encontrar en la Subura, y por desgracia le había tocado tener que acompañarle en aquel trabajo. Su primer trabajo para el *collegium*. Si quería hacerse un nombre en el gremio, tenía que demostrarlo, y eso pasaba por formar parte de alguna operación que reportara algo de beneficios a los que dirigían la sociedad. No es que pagaran demasiado, pero al menos le daría para comer y dormir un par de semanas, y lo más importante de todo, le abriría el camino hacía trabajos más importantes. Para un muchacho nacido y criado en aquel barrio miserable no había muchas más opciones.

Alistarse en la legión era otra de las posibilidades que había barajado, pero había varios aspectos de la vida militar con los que no congeniaba. Disciplina a todas horas. Levantarse muy pronto y ejercitarse durante todo el maldito día. Y lo peor de todo, exponerse a una alta probabilidad de morir en un campo de batalla combatiendo por los ideales de unos hombres por los que no se sentía representado. Te daban de comer y dormir, además de recibir una paga, pero eso no compensaba todo lo demás. Y mucho menos con la tensión política que se vivía en aquellos momentos. Octavio y Marco Antonio no se llevaban demasiado bien, y ese clima de paz era muy frágil por lo que se podía quebrar en cualquier momento y que ambos hombres se declararan la guerra. No estaba dispuesto a arriesgarse por un poco de comida y algunas monedas. Prefería tomar el camino en el que se hallaba en aquel momento, por muy poco que le gustara rodearse de elementos de la calaña de Memio.

—Más que claro…

—Severino me ha dicho que eres bueno y de fiar, pero a mí me da que eres un cobarde —dijo Memio mientras le repasaba de arriba abajo.

—En ocasiones las primeras impresiones pueden ser erróneas —le respondió.

—Además de cobarde eres un listillo, ¿no? —le instó el hombre

mientras levantaba la mano al aire haciendo ver que le iba a propinar un golpe.

Él se defendió colocando la suya para cubrirse la cara. El apestoso de Memio se echó hacía atrás y soltó una potente carcajada.

—Veo que también tienes buenos reflejos.

«Menudo estúpido», pensó para sí mismo. Mejor no exteriorizar la opinión que tenía sobre aquel despojo humano. Debía mantenerse sereno si quería avanzar en el escalafón del gremio y no era plan de pegarle una paliza al primero que se cruzara en su camino y que le faltara al respeto. Además, estaba convencido que se encontraría muchos energúmenos como Memio o incluso peores, así que no merecía la pena perder tiempo con semejante escoria.

—¿Podemos centrarnos en el trabajo? —interrogó tratando de ser sutil.

—Por supuesto —respondió encogiéndose de hombros y haciéndole una reverencia en señal de mofa.

Estaba un poco nervioso. No tanto por la tarea que se les había encomendado, sino por tratarse de su primera vez. Se había concienciado de que podía ocurrir cualquier cosa. Valoró los posibles contratiempos con los que podía toparse y trató de dibujar todos los hipotéticos escenarios. *A priori* simplemente tenían que asaltar un pequeño comercio de un hombre que debía dinero al *collegium*. Se trataba de un carnicero que adeudaba una cantidad elevada de impago, y ellos debían ir hasta donde tenía el negocio para recordarle que no era prudente no estar al corriente de pago, y si era posible cobrar una parte y entregársela a Severino. Él era el que dirigía el gremio por aquel entonces, ya que el cuerpo sin vida de su predecesor en el cargo, Julio, había aparecido unos días atrás flotando en las sucias aguas del Tíber. No era algo inusual hallar cadáveres en el río o en la misma Cloaca Máxima incluso. Muchos de los hombres poderosos de los barrios bajos de la ciudad encargaban a sus secuaces que se deshicieran de los cuerpos de sus víctimas arrojándolos directamente a los caudales de las aguas residuales o en su defecto en el propio río.

Él no había tratado jamás con Julio, en cambio sí que lo había hecho con su sucesor, que en cierto modo fue el responsable de que estuviera en aquellos momentos desempeñando ese trabajo. Severino se había mostrado protector con él desde el principio. Le acogió como uno más cuando solicitó poder entrar en el gremio. Incluso fue el encargado de dirigir la prueba en la que participó junto a cinco candidatos más. Tras superarla incluso le dio varios consejos y le animó a no desesperar. Le dijo que su oportunidad no tardaría mucho

en llegar, y que cuando la tuviera, debía demostrar de qué era capaz. Solo pasaron tres semanas hasta que Severino le llamó para ofrecerle la posibilidad de participar en algo con relativo peso. No iba a desaprovechar aquella ocasión para demostrar sus habilidades. Y un estúpido como Memio no debía ser un obstáculo para él.

* * * * *

La carnicería no estaba demasiado lejos de la sede del *collegium*. Estaba situada en el *macellum* que había junto al foro romano. Lo difícil de la tarea era llevarla a cabo con discreción, ya que normalmente el mercado estaba lleno de gente a todas horas. Por eso deberían ser discretos y no llamar demasiado la atención en un lugar público. Según le había comentado Severino, el propietario del negocio, un tal Lucio Pompilio, era un hombre ya mayor que se asustaría tan pronto como les viera aparecer. Haría todo lo posible por satisfacer las exigencias y estaba convencido de que pagaría lo que debía para evitarse problemas. Su función era simplemente la de intimidarlo. Recordó que le dijo que no debían matar jamás a quien tenía que pagar, ya que, de hacerlo, la deuda quedaría incompleta, y eso era malo para el negocio.

El resto del camino lo hicieron en completo silencio. Tampoco es que tuviera nada en común con aquel apestoso, así que optó por no perder su preciado tiempo en intentar establecer un diálogo con él. Estaban a finales del mes de septiembre y en Roma hacía todavía mucho calor. Faltaba poco para que acabara la hora duodécima del día, así que quedaba poca gente por el *macellum*. En la mayoría de los puestos estaban recogiendo el género que les había sobrado tras una larga e intensa jornada de venta. Había más vendedores que compradores en ese preciso instante, lo cual les venía mucho mejor a ellos para pasar inadvertidos, si es que podían, claro. Era evidente que no habían acudido al mercado para comprar, su vestimenta y sus movimientos les delataban. Pero eso era lo de menos, incluso les podía beneficiar, ya que al verlos tan cerca, más de uno recogió más deprisa con la intención de marcharse lo antes posible. Eso disminuía considerablemente la presencia de público y se sentirían menos observados. Tal vez más de uno de los que se apresuraba, tenía alguna deuda pendiente que saldar y por si acaso optaba por no entretenerse demasiado.

Localizaron la carnicería de Pompilio al cabo de un rato. Al verla, le dijo a su acompañante:

—Es allí.

—Ya lo sé —respondió con la estupidez que le caracterizaba.

—Vayamos a ver qué tiene que decir el anciano.

Los dos matones se acercaron hasta la *taberna*. Antes de entrar, miró desde la distancia para evitar sorpresas. Al cerciorarse de que tan solo había un hombre mayor, le hizo un gesto a su socio para que le acompañara. Ambos aligeraron el paso para llegar al puesto de venta, que a diferencia de muchos otros era de carácter permanente al estar en los bajos de un edificio de dos plantas, una *insula* en la que vivirían hacinadas varias familias humildes que no se podían permitir otro lugar de mejor categoría.

—¿Lucio Pompilio? —preguntó apoyándose en el mostrador de piedra.

—Sí, soy yo —dijo el hombre dándose la vuelta.

Cuando vio quiénes eran los que preguntaban por él, se quedó petrificado.

—Venimos de parte de Severino —inquirió Memio.

El anciano dio varios pasos hacia atrás y balbuceó algo:

—No tengo las monedas…

—Vaya, esa no es la respuesta correcta, viejo —afirmó de nuevo el matón acercándose un poco más hacia él.

—No he podido reunir la cantidad que me pide… El negocio no me va demasiado bien últimamente.

—No hemos venido a conversar, Pompilio —dijo él interviniendo —. Danos lo que le debes a Severino, y nos marcharemos sin más.

El viejo tendero se arrodilló y comenzó a suplicarles:

—¡Por Júpiter os repito que no tengo con qué pagarle!

—¡No queremos escuchar más excusas! —gritó Memio saltando por encima del mostrador y agarrando al anciano por la solapa de la túnica.

Al verlo actuar de esa manera, se percató de que no era un tipo al que le gustaran las excusas. Era impulsivo y visceral, aunque era evidente que no podían dejar que el tendero se saliera con la suya y creerse todo lo que les decía. Presentarse ante Severino con las manos vacías sería un completo fracaso y esa no era la mejor manera de comenzar.

—Atiende un momento Pompilio —dijo antes de que su socio comenzara a golpear al viejo—. Tenemos dos maneras de arreglar esto. La primera es que nos des lo que debes al *collegium* para salir de esta indemne, y la segunda es no pagar, en cuyo caso, mi socio te dará tal paliza que en el mejor de los casos estarás semanas sin poder caminar. Entonces, tu negocio quedará desatendido, no venderás tu mercancía, y tampoco obtendrás beneficios que te permitan saldar el impago. Será entonces cuando Severino nos envíe de nuevo para

llevarte a la Cloaca Máxima o a la orilla del Tíber. E imagino que ya sabes para qué. Pero te advierto que antes de lanzarte a las aguas apestosas, te daremos otra buena paliza para que te la lleves de recuerdo a la otra vida.

El anciano enmudeció tras escuchar aquella amenaza.

—Pero no seas ingenuo y te creas que tu muerte saldará la deuda que has contraído. No… Eso no será lo peor de todo. Te irás al inframundo sabiendo que después iremos a por tu familia —dijo en un tono más serio—. No tardarás mucho en verlos de nuevo, ya que se reunirán contigo en la cola del Barquero. No dejaremos ni rastro de tu linaje… ¿Comprendes?

El tendero asintió levemente. Parecía que había entendido el mensaje contundente que le acababa de transmitir. Se puso en pie, aunque de repente una sonrisa se dibujó en su rostro. Una voz se escuchó desde detrás de ellos:

—¿Tenéis algún problema con nuestro padre?

Los dos matones se dieron la vuelta para comprobar que había cuatro jóvenes bastante cerca de ellos. Sin duda se trataba de los hijos de Pompilio a juzgar por la pregunta que uno de ellos les había formulado. Además de mostrar una actitud desafiante, portaban armas. Dos de ellos llevaban garrotes de madera, otro un cuchillo de enormes dimensiones para cortar la carne, y el último un hacha. Memio desenvainó su espada y él hizo lo propio. Maldijo a Severino por no advertirle de que el deudor tenía a cuatro hijos fornidos que no les iban a poner las cosas fáciles. Más bien daba la sensación de que iba a ocurrir todo lo contrario. Parecía que las cosas iban a ser más complicadas de lo que debieran.

—No tenemos ningún problema, siempre y cuando pague lo que le debe al *collegium* —respondió en primera instancia tratando de evitar una confrontación armada.

—Ya os ha dicho que no tenía las monedas. ¿Acaso estáis sordos? —preguntó el que portaba el hacha que era el más fornido de los cuatro.

Estaban en clara inferioridad, y la complexión de aquellos muchachos era fuerte. Se notaba que estaban acostumbrados a golpear enormes trozos de carne de animal. Miró de soslayo a Memio que sonrió como si se alegrara de que aquellos cuatro estuvieran deseando pelear.

—No queremos pelear con nadie. Tan solo hemos venido a pedir lo que se debe. Ni más ni menos —añadió mostrándose conciliador.

—Ya, y por eso acabas de amenazar a mi padre con arrojarle al río y con matarnos a todos después —dijo uno de los que esgrimía un

garrote—. Os creéis muy duros asustando a un viejo, ¿verdad? ¿Pero qué pasa cuando las tornas cambian?

—No pasa nada, maldito hijo de Plutón —dijo Memio justo ante de lanzarse contra el último que había hablado.

El ataque le cogió por sorpresa. No tuvo apenas tiempo de defenderse, y la hoja del arma del matón penetró en su costillar. La contienda acaba de comenzar, así que él también se lanzó a por el que tenía más cerca. Sin pensárselo dos veces empujó con el hombro al gigantón del hacha y lo derribó. La cosa ya estaba equilibrada, y deshacerse de los otros dos no sería demasiado difícil. Intentaría no matarlos si su vida no se veía amenazada. Hizo un barrido con la vista para ver cómo Memio se enzarzaba con el que llevaba el otro garrote. Él se dirigió contra el del cuchillo lanzando un terrible grito. Ya había tenido que pelear en alguna ocasión, pero jamás jugándose el pellejo como parecía que estaba ocurriendo aquella vez. La contienda iba a ser dura y no habría más reglas que la de sobrevivir a toda costa. Por ello propinó una patada en la rodilla del hombre. Este no la pudo esquivar y se tambaleó lo suficiente para no poder detener el golpe que le propinó con la empuñadura metálica de su arma en el rostro. Fruto de aquel impacto se desplomó de espaldas.

Aprovechó aquella leve tregua para ver cómo le iban las cosas a su socio. Acababa de recibir un tremendo golpe con el garrote en su hombro izquierdo y perdió el equilibrio cayendo al suelo. El hijo de Pompilio se colocó sobre él presto a asestarle un golpe fatal. Instintivamente se desplazó hasta colocarse en su flanco izquierdo y le ensartó la hoja de su espada por debajo de la axila en el momento en el que tenía el arma por encima de su cabeza. Pudo notar como la afilada punta de su *gladius* penetraba en el cuerpo de aquel desdichado rasgando carne, músculo y por fin quebrando hueso. La sangre le salpicó en la cara mientras sacaba rápidamente su arma del cuerpo de aquel hombre que ya estaba camino del inframundo. Memio asintió dándole las gracias por haberle salvado de una muerte segura. Se incorporó a tiempo para coger al primer hombre que había herido y ponerle la espada en el gaznate. Fue entonces cuando la voz del anciano sonó por encima del estruendo del combate:

—¡Ya basta! ¡Pagaré lo que le debo a Severino! ¡Pero ruego que dejéis vivir a mis hijos!

Corrió hasta el cuerpo del caído que yacía justo a los pies del hombre que le había arrebatado la vida.

—¡Deteneos hijos míos! —ordenó Pompilio —. ¡No quiero que se vierta más sangre!

Los dos heridos leves se pusieron en pie, pero bajaron sus armas. El

tendero sujetaba la cabeza de su hijo muerto entre los brazos cuando las primeras lágrimas comenzaron a brotar de sus ojos y descendieron por sus arrugadas mejillas.

—¡He entendido el mensaje! —añadió dirigiéndose a él—. ¡Os pagaré, pero dejad en paz a mi familia!

Asintió levemente mientras se limpiaba con la mano la sangre que le había salpicado en la cara. Notó que se le nublaba la vista y que el estómago comenzaba a rugir. La saliva comenzó a emerger por los laterales de su lengua y le vino una primera arcada que tuvo que contener. La escena del cadáver entre los brazos de Pompilio era impactante. Era la primera vez que arrebataba una vida, y la sensación no había sido nada gratificante, sino todo lo contrario. Se sentía mal. No solo físicamente, sino que también emocionalmente. Había tratado de evitar precisamente eso, pero al final se había visto obligado a matar a un hombre que no había tenido opción alguna de defenderse. Lo había hecho instintivamente, aunque este estuviera a punto de acabar con Memio. Ellos dos habían combatido de manera lícita y su apestoso compañero había sido vencido. Lo más justo hubiera sido que muriera del golpe, pero él había intervenido para salvarle la vida. Lo había hecho por el fragor del momento, no porque le tuviera aprecio alguno. De nada servía lamentarse ahora. Y menos cuando el resultado obtenido era el pago de lo que se debía.

—La próxima vez paga en su momento si tienes las monedas y no tendrás que perder a otro de tus hijos —le dijo Memio justo antes de marcharse del *macellum* portando la correspondiente saca de cuero que contenía la cantidad de monedas.

Miró a su socio ocasional, y pensó que no era capaz ni de respetar el dolor de un padre que estaba llorando la pérdida de uno de sus hijos. ¿Qué clase de hombre era? Caminó tras él un buen rato sin decir nada. Todavía se sentía algo mareado. De súbito notó otra arcada, así que se apartó un poco y comenzó a vomitar todo el contenido de su estómago. Su acompañante esperó hasta que se reincorporó y le dijo:

—Lo has hecho bien, muchacho…

No sabía si darle las gracias o pegarle un puñetazo. El hombre se acercó un poco más hasta él y con su aliento apestoso añadió:

—¿Ha sido la primera vez no?

Él asintió levemente.

—No te preocupes, siempre es la más difícil…

CAPÍTULO XXXV

Le pareció escuchar un ruido. Dejó de escribir la misiva que estaba redactando y tomó en su mano una *lucerna* que estaba usando para tener algo de luz. Se acercó hasta la puerta y la abrió lentamente. No le dio tiempo de nada más, alguien se lanzó sobre él y le agarró con fuerza por debajo de las axilas. Notó como le ponían un trozo de tejido en la boca para que no pudiera gritar y a continuación la presa se cerró tras su cuello. Tampoco pudo ver quién era el asaltante y por mucho que trató de zafarse de la presa, todo esfuerzo resultó inútil. El hombre lo condujo hasta mitad de la estancia. Fue entonces cuando otra figura accedió al interior. Iba con ropajes oscuros y con una capucha que le tapaba media cara. La escasa iluminación que había en la alcoba no ayudaba a ver con claridad, y el terror tampoco le dejaba pensar. Le habían encontrado… No había duda de que sabían lo que había ocurrido en Roma y venían a terminar el trabajo que habían dejado inconcluso en la capital. Abrió los ojos tanto como pudo para tratar de reconocer al hombre que tenía frente a él, aunque no pasó mucho rato hasta que se retiró la capucha y dejó al descubierto su rostro. Balbuceó su nombre, pero al tener la boca tapada no se le escuchó.

—¿Creías que te podrías esconder de mí, maldita rata?

Hizo otro intento de hablar, pero no logró que ninguna palabra saliera de su boca.

—¿Qué dices? No te entiendo… —dijo el hombre poniéndose la mano en la oreja en sentido de mofa.

Insistió tratando de gritar, pero nada. Sexto sonrió levemente mientras se acercaba un poco más. Le sujetó por la barbilla y le dijo:

—Es inútil que lo sigas intentando, Licinio. Tu destino ya está escrito.

Las lágrimas comenzaron a brotar de sus ojos mientras intentaba liberarse. Era imposible, ya que el hombre que lo sujetaba estaba en una posición ventajosa y no le dejaba apenas moverse.

—Pero no te preocupes, será rápido. No me gusta la tortura, y menos desde que la sufrí en mis propias carnes.

Sacó un puñal y lo pasó por la mejilla del despavorido hombre, que comenzó a orinarse encima del miedo.

—Se está meando —advirtió el hombre que le tenía sujeto apartándose ligeramente para que no le mojara.

—No me extraña. Siempre ha sido un cobarde y un miserable —señaló Sexto apartándose un poco—. Ya ves lo que tardó en venir corriendo a Hispania para darle a Augusto los nombres de todos los que conspiraron contra él. Tal y como lo hizo cuando traicionó a Antonio antes de Actium. No merece vivir —añadió jactándose.

Licinio negó con la cabeza tratando de hablar:

—¿Intentas decirme algo? No te entiendo con eso en la boca.

Sexto se acercó y le susurró al oído:

—Será rápido, no te preocupes… Tu amigo ya te está esperando en la otra vida, y tu familia lo hará muy pronto.

Le sujetó con fuerza por la barbilla y le levantó la cabeza ligeramente mientras el otro hombre aflojaba la presa del cuello. Notó cómo la hoja del cuchillo rebanaba su cuello. Luego todo fue oscuridad.

CAPÍTULO XXXVI

—Sí que hay gente frente a la puerta de aquella casa. ¿Es la del tal Severo?

—Yo diría que sí, pero mejor asegurarnos —indicó Valerio acelerando un poco el paso.

Los cinco militares llegaron a la altura de la puerta y trataron de abrirse paso entre la multitud de personas que se habían congregado. Había hombres, mujeres, niños y ancianos, todos ellos cuchicheando. Al ver que un grupo de soldado se acercaba hasta ellos, callaron súbitamente y se apartaron dejando el paso franco hasta la puerta de la vivienda.

—¿Se puede saber qué sucede aquí? ¿Quiénes sois todos vosotros? —inquirió Valerio sin dirigirse a nadie en concreto.

—Estamos esperando la llegada de la guardia de la ciudad —dijo un hombre que se adelantó al resto—. Aunque vosotros no tenéis pinta de serlo —añadió tras repasar a conciencia a los dos bátavos que formaban parte de aquel grupo de recién llegados.

—¿Y para qué habéis reclamado la presencia de la guardia? —preguntó Aurelio que observó como la puerta de la *domus* estaba entreabierta.

—¿Es que no lo sabéis? —dijo una mujer joven que llevaba a un niño sujeto por la mano—. La desgracia se ha cebado con los habitantes de esta casa…

Valerio miró de soslayo a su camarada Aurelio y este pareció entender perfectamente lo que quería decirle:

—¡Apartad a toda esta gente inmediatamente! —ordenó el legionario a los germanos y a Arrio.

Los hombres obedecieron y comenzaron a empujar a la gente y a apartarlos de la puerta de la casa tratando de crear un pequeño perímetro de seguridad.

—Será mejor que vayas a buscar a unos cuantos germanos más y a varios de tus compañeros —le dijo Valerio al joven Arrio que trataba de abrirse camino entre la multitud—. Trae a todos los que estén disponibles, pero no permitas que vengan los que están aún en su turno de vigilancia.

—Pero *optio* —comenzó a decir el joven soldado—. Si me marcho, les será más difícil contener a toda esta gente.

—No te preocupes por eso ahora. Haz lo que te he dicho y no te

demores en exceso.

El recluta dejó lo que tenían entre manos y corrió en dirección a casa de Augusto para cumplir las órdenes tan rápido como sus piernas se lo permitieron. Mientras el muchacho desaparecía al girar la primera esquina, Valerio ordenó a los dos bátavos que se colocaran justo delante de la puerta de la casa. Aurelio y él se situaron unos pasos por delante para evitar que nadie se acercara más. Todavía no sabía qué era lo que había ocurrido en el interior de la vivienda, aunque a juzgar por la agitación general, y por las palabras de aquella mujer que se había dirigido a ellos, intuía que no podía tratarse de nada bueno. Decidió preservar la entrada a la vivienda antes de hacer otra cosa. Cuando dispusiera de más efectivos, formaría una barrera de contención más consistente y entonces entraría.

* * * * *

—¡Por Júpiter! ¿Qué vamos a hacer ahora con esta maldita criatura? Deberías haberla matado tal y como te ordené.

—Es prácticamente un recién nacido —dijo el asesino sosteniéndolo entre sus brazos—. No supone ningún peligro, Sexto. Creo que ya se ha vertido sangre suficiente esta noche. Puedo llegar a entender que dejar al otro niño con vida era arriesgado, ya que sabía hablar y llegado el momento podría traer problema, pero este… Si todavía sigue mamando.

—¿Y eso no te parece suficiente problema? —interrogó el hombre con muy mala cara.

—Te he dicho que no debes preocuparte por él, yo me encargaré.

—Hazlo de inmediato. No quisiera que nadie nos relacionara con lo ocurrido en aquella casa, y por el momento este niño es el único nexo de unión que queda —dijo Sexto antes de darse media vuelta dejándolo solo en la estancia.

—No pienso cargar con la muerte de este retoño en mi conciencia —musitó el asesino en voz baja cuando su socio despareció de la estancia.

Todavía recordaba cómo ocurrió todo en la última de las habitaciones de la casa. En el interior de esta hallaron a dos mujeres adultas y dos criaturas. Una era la esposa de Licinio y la otra debía de ser la esclava que se encargaba de amamantar al bebé, a juzgar por los prominentes pechos que tenía y las manchas de leche en la parte alta de su túnica. Observó cómo en el mismo lecho donde descansaba la esposa del ya fallecido senador, había un niño de unos cuatro o cinco años, y justo a la izquierda observó una especie de cesta labrada en madera, en el interior de la cual dormía el retoño. Cuando

irrumpieron en el interior, lo hicieron con el mismo sigilo de las anteriores incursiones. Los cuatro ocupantes dormían plácidamente, ajenos al festín de sangre que se estaban dando los dioses del inframundo. Se habían asegurado previamente de que ya no quedaba nadie más con vida en la *domus*, así que en cierto modo tan solo tenían que concluir con la parte más sencilla del trabajo. Deshacerse de aquellas almas indefensas no iba a ser demasiado complicado.

Fue él quien dio el primer paso y se abalanzó sobre la esclava sujetándola por el cuello con fuerza y sacándola del lecho en el que yacía con violencia. Al mismo tiempo, Sexto hizo lo propio con la esposa de Licinio, que comenzó a gritar y a llorar como si estuviera poseída por un espíritu. No pasó mucho hasta que los dos niños se despertaron alarmados y siguieron a su madre con llantos. Se habían contagiado del estado de desesperación de su progenitora, que no dejó de suplicar en todo momento por las vidas de sus hijos y la suya. Sin mediar palabra y sin esperar ninguna orden, le rebanó el cuello a la esclava y la dejó caer al suelo ante la horrorizada mirada de la mujer. Esta soltó un ahogado aullido cuando vio cómo el cuerpo se desplomaba inerte en el piso de la estancia. Pero la pobre desdichada apenas tuvo tiempo para reaccionar, ya que Sexto le hizo lo mismo con la hoja de su *pugio*. La infeliz esposa de Licinio fue enviada al más allá sin remordimientos ni explicación alguna. Fue entonces cuando el asesino se acercó hasta la pequeña cesta donde estaba el retoño y lo sacó con suavidad tratando de no hacer ningún movimiento brusco que lo alterara más aún. Sexto ya tenía al otro niño sujeto por el antebrazo. Ambos lloraban sin cesar.

Recordó como había sido su socio quien le había instado a que acabara con la vida de aquel pequeño. Lo había hecho hasta en tres ocasiones. Pero en cambio, él, no había hecho aún lo propio con el otro niño. Quizás también pretendía que se encargara él del otro niño. Había tenido que matar a mucha gente a lo largo de su vida, pero jamás se había visto en la tesitura de tener que arrebatar la vida a seres tan inocentes y desprotegidos. Titubeó varias veces mientras miraba fijamente los ojos de aquel retoño que no tenía la culpa de los errores que había cometido su progenitor. Tampoco la tenían todos los demás que ya habían entregado sus vidas por culpa de Licinio. Si hubiera acabado con él en Roma en lugar de aceptar aquellas malditas monedas… Fue entonces cuando apareció aquella sensación de culpabilidad. En el fondo el único responsable de esas muertes era él. Se lo había dicho Sexto antes de llevar a cabo aquella matanza, pero ahora se daba cuenta de que realmente tenía toda la razón. Debería cargar el resto de su vida con el peso de haber sido el causante del

paso de esas almas a la otra vida.

Sobre su conciencia pesarían todas las ejecuciones acontecidas hasta ese instante, y también de las dos que quedaban aún. Sin duda las de los que menos culpa podían tener en todo aquello. Pese a que ya conocía aquel sentimiento de otras ocasiones, jamás lo había experimentado con tanta intensidad. Esa sensación se abría paso dentro de él con la única intención de apoderarse de su alma. No podía hacer lo que Sexto le pedía. No tenía el valor suficiente como para arrebatarle la vida a aquella criatura. Aunque su cuerpo quería hacerlo, o más bien dicho debía hacerlo, su mente había sido la que había ganado la batalla, bloqueando cualquier atisbo de voluntad de cumplir la orden.

Lo que sucedió a continuación sí que no se lo esperó. Y es que la reacción de Sexto fue la peor que podría haber imaginado. Frío como una maldita noche invernal en el norte, deslizó la hoja de su puñal de un lado al otro del cuello del pobre niño que sujetaba con la mano izquierda. Todavía podía recordar la mirada del niño intentando comprender qué era lo que sucedía. El tajo lo desangró cual si fuera un animal que se presta a ser sacrificado para ser cocinado. La inocencia dibujada en el rostro infantil de aquel ser, le hizo sentirse fatal. Aunque lo más horrible de todo había sido la entereza con la que su socio había ejecutado el acto. Y pensar que al inicio de la noche daba la sensación de que aquella tarea le iba grande. Nada más lejos de la realidad, estaba claro que poseía un talento oculto que había aflorado de su interior y le hacía ejecutar esas acciones como si llevara años de experiencia sobre sus espaldas. La única reacción que tuvo él fue la de aferrar aún más contra su pecho al pequeño, que parecía haberse calmado. No estaba dispuesto a permitir que lo matara por mucho que le debiera la vida a ese hombre. Existía un límite que no se debía traspasar, y acababa de quedar establecido.

* * * * *

—Soy Quinto Lutacio Corvino, prefecto de la guardia de la ciudad. ¿Quiénes sois vosotros y qué estáis haciendo aquí?

—Mi nombre es Tito Valerio Nerva, *optio* de la primera centuria, segunda cohorte, de la legión IV Macedónica, y estos son mis hombres —dijo señalando al pequeño grupo de soldados armados que estaban custodiando la puerta de la casa y manteniendo alejada a la gente curiosa que se había arremolinado en los aledaños de la misma.

—Estás muy lejos del frente de batalla, *optio* Valerio.

—Lo sé, aunque llegamos recientemente desde los cuarteles de invierno a los pies de las montañas en territorio cántabro —expuso

Valerio.

—¿Disfrutando de algún permiso entonces? —insistió Lutacio un poco más serio.

—Ni mucho menos. Estamos en misión oficial —añadió el *optio* sin querer dar más información de la necesaria acerca de lo que hacían en la ciudad.

—Pues soy todo oídos —dijo de nuevo el prefecto—. Trata de explicarme por qué tus hombres están montando guardia en el exterior de una casa en la cual me han dicho que hay gente muerta.

Valerio invitó a Lutacio a apartarse un poco de la multitud sujetándole levemente por el codo. Ciertamente con la llegada de los más de veinte hombres que había traído el oficial de la guardia, la gente comenzó a dispersarse, lo cual fue de agradecer, sobre todo para sus hombres. Se habían tenido que emplear a fondo en varias ocasiones para mantener una línea sólida ante la avalancha de curiosos que se iba arremolinando en torno al lugar. Cuando estuvieron a solas, lejos de los demás, le expuso muy resumidamente cuál era su papel en todo aquello. Evidentemente no le dio demasiados detalles sobre ello, sino que se limitó a decirle que estaban en Tarraco acompañando al cónsul y que habían acudido a aquella casa a buscar a unos hombres que habían solicitado audiencia con Augusto el día anterior y que no habían podido ser atendidos. Según le dijo, ahora era él quien solicitaba su presencia, y él en su nombre había ido a buscarlos.

—Sí, algo me dijeron los *douviri* acerca de la llegada del cónsul —acertó a decir el oficial dando a entender que estaba al corriente de las decisiones importantes que se tomaban en la ciudad.

—Entonces comprenderás que es importante ser discreto sobre nuestra presencia en este lugar. El cónsul ha decidido no informar a nadie más que no sean los máximos magistrados de la ciudad para evitar habladurías y chismes. ¿Lo comprendes no, prefecto?

—A la perfección. Y puedes contar con mi silencio y el de mis hombres —respondió Lutacio que se sentía parte de algo aún más importante.

—Lo que ha ocurrido dentro de esa casa podría ser de interés para el cónsul. Es por ello que he decidido preservar el escenario del crimen para que nadie pueda destruir pruebas o vestigios que nos ayuden a dar con el o los culpables.

—¿Nos ayudarán? —interpeló el prefecto de la guardia.

—Ya te he dicho que Augusto podría estar interesado en lo que ha acontecido en el interior de esta casa. Me ha enviado para ayudar en lo que pueda —dijo Valerio mostrándose conciliador y tratando de

ganarse el favor de aquel hombre—. Ya sé que la investigación de este terrible crimen compete al ámbito local que tu representas, pero mis hombres y yo podríamos serte de utilidad.

—Ah, ¿sí? ¿En qué aspecto, *optio*?

—Verás, ayer por la tarde estuve conversando con dos hombres que creo que podrían ser las víctimas.

—¿Solo lo crees o estás seguro de ello? —inquirió de nuevo el oficial.

—Como te comentaba, no he dejado acceder a nadie al interior, ni yo mismo lo he hecho. He preferido aguardar tu llegada.

—Necesitaré la autorización de los *douviri* para que participes de esto*, optio* —señaló encogiéndose de hombros.

Acto seguido se dio la vuelta presto a dirigirse hacia la puerta de la casa. Pero Valerio lo sujetó de nuevo del codo con un poco más de firmeza. El prefecto se detuvo y a juzgar por la cara que puso, parecía un poco molesto.

—No quisiera repetirme en los argumentos, prefecto… Pero al *Princeps* no le agradará que se le ignore. Aunque sea un asunto que compete a la colonia, él es Roma, y ya te he dicho en varias ocasiones que lo que ha sucedido ahí dentro es de su interés. Aunque si prefieres esperar a que se tramite todo por la vía oficial, tú mismo —añadió encogiéndose de hombros—. Augusto es un hombre al que no le gusta esperar demasiado, créeme…

Lutacio resopló fuertemente y se quedó pensativo unos instantes, tal vez valorando la posibilidad de enojar al hombre más poderoso de la República.

—Está bien, *optio*. Acompáñame al interior… De todas maneras, el cónsul se iba a acabar enterando y le habría pedido explicaciones a los *duoviri*.

—Eso es. Te he evitado tener que dar más explicaciones de las debidas.

—Gratitud —añadió Lutacio esbozando una sonrisa más bien forzada—. Pero te advierto que, como prefecto de la guardia de la ciudad, soy yo el encargado de dirigir las pesquisas y de informar por la vía oficial a mis superiores.

—Por supuesto —dijo Valerio satisfecho con el resultado.

* * * * *

Un total de nueve cuerpos sin vida, entre los cuales había un niño que no tendría más de cinco o seis años. Cuatro mujeres, de las cuales tres eran esclavas teniendo en cuenta sus ropajes y los collares que portaban en sus cuellos y que indicaban su condición. La otra mujer

era sin duda una patricia romana, y debía de tratarse de la esposa de uno de los dos cadáveres que hallaron en las estancias del piso superior. Valerio reconoció con certeza a los dos hombres con los que había conversado en la calle el día anterior, pese a que ambos presentaban terribles heridas que les habían causado la muerte y que les habían dejado cubiertos de sangre. Los otros tres cuerpos correspondientes a varones, eran también esclavos. El hombre que tenía tanta prisa por ver a Augusto, estaba tirado en el suelo de una especie de despacho con un profundo corte en su garganta. A decir verdad, casi todos los cuerpos presentaban el mismo tipo de ataque.

—Los han cogido a todos desprevenidos mientras dormían —señaló Lutacio que estaba de rodillas estudiando con detalle la última estancia, la misma en la que se hallaban tres cuerpos, el de dos de las mujeres y el del niño—. Los han ejecutado cual si fueran becerros.

Valerio asintió mientras respiraba profundamente tratando de contener los alimentos que había ingerido aquella misma mañana en su estómago. Había visto cosas mucho peores que aquello en todas y cada una de las batallas en las que había participado, pero lo que de verdad le horrorizó fue ver a tantos inocentes de aquella guisa. La visión que más le impactó fue la del niño. ¿Quién habría podido cometer un acto tan atroz? Por un momento le vino a la mente la imagen de Flavio… Aunque dudaba mucho que todavía estuviera por la provincia. Seguramente ya se hallaría en la provincia más lejana que hubiera podido encontrar.

—¿Los conoces? —interrogó Lutacio.

—No, que va…

—El propietario de la *domus* es Decimo Severo Balbo —expuso el prefecto—. Es el cuerpo que hemos encontrado estirado sobre el lecho y cubierto con la manta en la primera estancia de este piso. Era un miembro de la curia de la ciudad. Fue edil no hace mucho y reconozco que hizo una magnífica labor para con la colonia.

—Entonces esta mujer debe ser su esposa y este su hijo —dedujo Valerio señalando los cuerpos que tenía frente a él.

—Te equivocas, *optio*. La esposa de Severo falleció hace un par de años por unas fiebres, y no tuvieron ningún hijo.

—Entonces deben ser la esposa y el hijo del otro hombre. ¿A ese también le conoces? —preguntó de nuevo.

—No le había visto jamás —dijo el oficial levantándose del suelo —. Quién será el animal que ha sido capaz de cometer semejantes asesinatos —añadió pensando en voz alta—. Nunca me había encontrado con nada tan brutal en todos los años que llevo de servicio.

Valerio sabía que el motivo de aquella eliminación masiva debía estar relacionado con un asunto de vital relevancia, y que acabando con todos los que estaban en el interior de la *domus* evitaban que la información llegara a oídos de quien no debía. El afán de aquel hombre por hablar con Augusto, y el hecho de que ahora estuviera muerto no podía significar otra cosa. Prefirió guardarse la teoría para él y no explicársela a Lutacio, ya que cuanta menos gente estuviera al corriente, más seguros estarían todos.

—Quizás no era más que un robo y se le fue de las manos al autor al ser descubierto —formuló Valerio tratando de evitar dar alguna pista sobre lo que él pensaba.

—¿Un robo dices? —interrogó el prefecto que no había duda de que era perro viejo—. Creo que vas mal encaminado, *optio*. Detrás de todo esto hay un motivo más poderoso.

Valerio trató de escabullirse del lugar y se dirigió a la puerta de la estancia. Pero entonces notó como el prefecto le sujetó por el codo. Aquella vez las tornas habían cambiado, y era el oficial quien requería de su atención.

—Muchacho, no me tomes por un vulgar aficionado —comenzó a decirle—. Llevo más de veinte años en la guardia de la ciudad, y los siete últimos los he pasado dirigiéndola. Ya me ha resultado sospechoso encontrarte en la puerta con tus hombres, y más aún que insistieras en acceder al interior conmigo. Reconozco que me he llegado a creer lo que has dicho sobre el cónsul y su interés por este asunto… Pero de una cosa sí que estoy convencido plenamente, y es de que sabes algo que no me quieres explicar.

—¡Por Júpiter, Lutacio! No sé nada sobre esto.

—¿Entonces puedes decirme que hacías aquí antes de mi llegada? ¿Cómo te has enterado de lo ocurrido? Estás haciendo demasiadas preguntas, tantas como las que haría yo si estuviera investigando algo —suspiró profundamente—. Tengo tanto interés como tú, o quién sabe si más, en tratar de resolver lo que aquí hemos hallado —hizo una breve pausa que incomodó bastante a su interlocutor—. Hagamos una cosa… Tú me cuentas lo que te estás callando, y yo te mantengo informado de lo que averigüe.

Era inútil tratar de engañar a aquel hombre que era más astuto por su experiencia que por otra cosa. La verdad era que, si no le explicaba lo que sabía, corría el riesgo de no obtener su colaboración, y a juzgar por lo poco que le conocía, estaba más que curtido en esas lides. Por otra parte, no le conocía de nada, y su propia experiencia le había enseñado que en según qué temas era mejor mantener la boca cerrada y no irlo pregonando a todo el que se cruzara por el camino. Era un

auténtico dilema. ¿Qué habría hecho Salonio de encontrarse en su misma posición? Reflexionó lo justo antes de que el prefecto continuara hablando.

—De soldado a soldado, Valerio —dijo aflojando la presa y soltándole el brazo—. Parece que ambos tenemos un interés común, así que de nada sirve callarse las cosas.

—Está bien. Tienes razón, Lutacio. Te contaré todo lo que sé. Pero debes prometer por lo más sagrado que no se lo contarás a nadie más. Tampoco a los *duoviri* cuando te pidan que les entregues el informe.

—Te lo juro por mis tres hijas, que son lo que más quiero en este mundo, Valerio. Puedes confiar en mí.

CAPÍTULO XXXVII

Estaba casi oscureciendo y había muy poca gente por las calles de la ciudad. Eso le ayudó a pasar más desapercibido y a no llamar la atención. Un hombre vestido con ropa oscura, con una capucha que le tapaba la cabeza y portando una especie de cesta de madera de grandes dimensiones, era algo que sin duda destacaba. Se detuvo en la entrada de un estrecho callejón. Depositó la carga en el suelo con sumo cuidado. Se arrodilló y descorrió la suave sábana de lino con la que la había cubierto. El bebé estaba dormido. Sonrió aliviado para sus adentros. Había logrado salvar la vida de aquel ser inocente, pero a cambio debía hallar la manera de garantizarle la seguridad. No iba a abandonarle en la calle como le había sugerido Sexto, sino que haría todo lo posible por conseguirle un hogar. Él era el responsable de que estuviera solo en el mundo. Era lo menos que podía hacer por aquella criatura que no tenía culpa de nada. Cubrió de nuevo la pequeña cesta y se dirigió a una de las puertas que conducía al exterior de la urbe. No le costó mucho salir, ya que se entremezcló con las decenas de comerciantes que abandonaban la ciudad a esas horas tras un duro día de venta de sus productos en los varios mercados de la colonia. Además, los hombres que montaban guardia estaban más pendientes de otros asuntos, como por ejemplo de conseguir hacerse con algo a mejor precio o incluso sin tener que soltar ninguna moneda a cambio.

Se fijó detenidamente en varias carretas que iban cargadas del excedente que no había podido venderse, y de las personas que iban en ellas o junto a ellas. La mejor opción que tenía era entregárselo a alguien que al menos pudiera garantizarle la subsistencia. Para ello, al tratarse de una criatura de pecho, teniendo en cuenta que en la estancia donde dormía el retoño había una esclava que hacía las veces de nodriza, lo mejor era buscar a alguna mujer que tuviera un hijo de edad similar. Lo cierto era que no había mucho donde poder elegir, aunque no debía demorarse ya que el nutrido grupo se iba disgregando a medida que avanzaba. Tan solo vio un par de familias que viajaban cerca de él y que podrían cumplir los requisitos. Se fijó en la primera. Una mujer viajaba sobre un carro con los restos de frutas y hortalizas, mientras su esposo iba a pie. Eran jóvenes y parecían estar sanos y bien alimentados, así que decidió acercarse un poco más hasta ellos mientras pensaba en cómo proceder.

—¡Discúlpenme! —gritó desde cierta distancia.

El hombre se giró levemente y vio como un hombre que llevaba una cesta reclamaba su atención. Miró a su esposa y esta asintió. Hizo un sonido gutural y los animales que tiraban de la carreta, dos asnos, frenaron su avance.

—¿Qué desea, buen hombre? —preguntó con educación.

—Disculpen… —dijo en primera instancia—. Querría pedirles un favor —añadió acercándose hasta ellos y descorriendo la sábana de lino—. Mi hermana dio a luz hace algunos meses y trajo al mundo a este pequeño.

Les mostró a la criatura que estaba en el interior del cesto.

—Los dioses han sido crueles con este pequeño ya que mi hermana y su esposo fallecieron ayer mismo cuando se desplomó el tejado de su casa sobre ellos tras un fatídico accidente en el que murieron también otros miembros de la familia —soltó algunas lágrimas fingiendo estar destrozado.

La mujer se apeó del carro y acarició la mejilla del retoño.

—Lamento mucho escuchar eso, amigo —dijo el hombre—. Ruego por sus almas y para que los dioses los compensen de alguna manera en el más allá.

—El único que se salvó fue el pequeño Marco —dijo señalando al retoño—. Estaba en la única estancia que no fue afectada por el derrumbe.

La mujer sonrió y sacó a la criatura de la cesta aupándola.

—¿Es que no se puede hacer cargo de la criatura alguien más de la familia? —interrogó el hombre.

—Soy su único pariente vivo. La familia de mi cuñado es de Antioquía así que no pueden ocuparse de Marco.

—¿Y tú? ¿Es que no puedes quedarte con tu sobrino? —le preguntó el hombre un poco extrañado por aquella historia que le estaba explicando aquel desconocido.

—Eso es imposible. Soy militar, legionario de la IV Macedónica —dijo recordando a Valerio y a sus hombres—. Llegué hace pocos días a la ciudad gozando de un permiso para poder ver a mi familia, pero en breve tendré que regresar de nuevo al frente. Como sabéis estamos inmersos en plena campaña contra las tribus de las montañas en la parte occidental de la provincia.

—Quisieron acaso los dioses que no te encontraras también en el interior de la casa cuando ocurrió el accidente —afirmó de nuevo el campesino mirando de reojo a su esposa.

—Como comprenderás, un hombre tiene que cubrir sus necesidades después de estar tanto tiempo rodeado de camaradas —añadió buscando una excusa que fuera creíble—. Suficiente pena tuve

cuando llegué a casa de mi hermana y me encontré con aquella desgracia —murmuró con un débil sollozo.

—¡Ya está bien, Terencio! —le dijo la mujer a su esposo regañándole—. ¡Este hombre lo ha pasado muy mal para que tengas que reprochárselo tú ahora! ¡Suficiente carga debe llevar sobre sus hombros para que le recuerdes su infortunio!

Hizo ver que se limpiaba las lágrimas con el borde de su capa.

—Lo lamento. No pretendía ser tan irrespetuoso con tu dolor —dijo Terencio dándose cuenta de que quizás había sido severo con aquel hombre.

—No te preocupes, tan solo es que no tengo a quién dejárselo y en el campamento no me permitirán tenerlo, como comprenderéis —dijo él sin dejar de sollozar—. He pensado que, ya que no tiene a nadie más en este mundo, lo mejor sería buscarle una familia que lo pudiera criar. Mi hermana y yo crecimos en el campo y sé que es mucho mejor que la ciudad, donde cada cual va a lo suyo y no le importa lo que le suceda al resto. Es por ello que he decidido buscar a alguien que esté más preparado y que me garantice que Marco crecerá en un entorno familiar —continuó interpretando—. Qué mejor que un matrimonio joven que ya tuviera un hijo de una edad similar a la suya. Disculpadme si parezco egoísta, pero solo deseo lo mejor para mi sobrino.

La mujer asintió levemente mientras le hacía unas carantoñas al pequeño que comenzó a balbucear. De repente la criatura le cogió el dedo índice de su mano y ella le dijo a su esposo:

—¿Cuál sería el destino de esta pobre alma si este buen hombre no nos hubiera encontrado a nosotros, Terencio?

El hombre se acercó hasta ellos y observó al bebé. Le acarició la mejilla y sonrió:

—Estará mejor con nosotros que con alguien de la ciudad… En eso tiene toda la razón.

El asesino se arrodilló frente a ellos y les agradeció que hubieran tomado aquella decisión. Sacó una pequeña bolsa de cuero de su cinturón y se la alargó a Terencio:

—Ya sé que no es mucho, pero es todo lo que me queda. Es la última paga que me han dado en la centuria y os la entrego para que os pueda servir de algo. Aceptadla por las molestias que os haya podido ocasionar.

Terencio alargó la mano y cogió la bolsita. No era cuestión de despreciar aquel regalo. Aunque le hubieran salvado la vida a aquel retoño, unas cuantas monedas siempre venían bien.

—Debemos marcharnos antes de que oscurezca del todo —advirtió

Terencio.

La mujer asintió y le pidió la cesta de madera. Este se la entregó y le preguntó:

—¿Puedo despedirme de él?

—Por supuesto—respondió ella entregándole al bebé.

Lo sujetó con firmeza y le hizo unas carantoñas. Luego, en voz baja le dijo:

—Estarás muy bien con ellos. Crecerás sano y fuerte y te convertirás en un hombre de provecho. Al menos tendrás una oportunidad.

Se lo acercó un poco más y le besó en la frente. Dos lágrimas emergieron de sus ojos. Eran reales ya que se sentía en cierto modo responsable del destino de aquel pobre crío. Suspiró y se lo entregó de nuevo a la mujer.

—¿No quieres saber dónde vivimos, soldado? —le preguntó ella.

—Gratitud, pero será mejor que no me lo digas. No estoy seguro de si regresaré con vida de esta campaña. Prefiero saber que se lo he entregado a dos buenas personas que cuidarán de él como se merece.

La mujer le cogió con afecto de la mano y le dio un beso en la mejilla:

—Has tomado una buena decisión. ¿Cómo se llamaban sus padres? Quizás algún día quiera saberlo.

—Su padre se llamaba Licinio Niger, y su madre Marcia —dijo él inventándose el de la mujer ya que no sabía cómo se llamaba.

—¿Y el tuyo? —interrogó de nuevo.

—Me llamo Tito… Tito Valerio Nerva —dijo el asesino con toda la firmeza que pudo demostrar sabiendo que estaba dándole un nombre falso a esa gente.

—Entonces que los dioses te protejan Tito Valerio Nerva —afirmó la mujer justo antes de que la carreta se pusiera de nuevo en marcha.

Cuando ya estaban lo suficientemente lejos de él, suspiró y pensó que aquella era la mejor obra que había hecho en toda su vida. Había salvado la vida de aquel niño y le había concedido una oportunidad.

—¡Que los dioses velen por ti pequeño Marco y que te deparen un destino mejor que el de tu familia…!

Dio media vuelta y regresó a la ciudad.

CAPÍTULO XXXVIII

—Vaya historia… Veo que tu estancia en Hispania ha sido toda una aventura.

Valerio asintió encogiéndose de hombros. Le había relatado al prefecto todo lo ocurrido desde su llegada a Tarraco hacía ya unos cuantos meses. Obviamente le había hecho un resumen de los hechos, aunque en algún momento se había visto obligado a tener que responder a alguna pregunta que su interlocutor le había formulado.

—Entiendo que el cónsul te haya confiado su seguridad —añadió Lutacio.

—Espero que sepas guardarme el secreto, prefecto.

—Tranquilo, Valerio. Soy un hombre de principios, y ahora que sé todo lo que ha ocurrido, entiendo que no quisieras contarme nada.

—Estoy convencido de que este hombre tenía información importante para Augusto —dijo Valerio—. Ese es el motivo de que le hayan matado.

—Y sería sin duda muy importante si han eliminado a todos los que estaban en esta casa —añadió Lutacio.

—Será mejor que esta parte la obvies en tu informe.

—No constará en él, puedes contar con ello.

El prefecto parecía un hombre de fiar, al menos eso era lo que le había transmitido. Las primeras impresiones eran importantes y solían ser las más acertadas. En el fondo se había arrepentido de querer engañarlo al principio, aunque no lo había hecho con mala fe, ni mucho menos intentado menospreciarlo, sino para no desvelar más datos de los necesarios. El hecho de que se hubiera dado cuenta, ya decía mucho de él, y sin duda era mejor poder contar con la ayuda de alguien con experiencia y sobre todo que conociera la ciudad y tuviera contactos para poder obtener información si era preciso. Así que en el fondo no se arrepentía de haberle explicado todo.

—Avisaré a mis hombres para que se encarguen de los cuerpos. Lo menos que podemos hacer es enterrarlos de una manera digna.

—Sí, será lo mejor —asintió levemente Valerio.

—Está oscureciendo, así que imagino que los curiosos se habrán marchado y podremos llevar a cabo la tarea con cierta discreción —dijo Lutacio abandonando la estancia en la que habían estado conversando durante un buen rato.

—Espera, te acompaño… Quisiera volver a echar un vistazo al

cuerpo del hombre que estaba en el despacho, si no te importa.

—Como desees. Mientras lo haces iré a informar a mis hombres para que comiencen a limpiar esto.

Acompañó al prefecto hasta las escaleras. Allí se separaron. Mientras él se dirigía a la estancia en cuestión, su acompañante bajaba las escaleras que conducían a la planta inferior, en la cual había algunos de sus soldados custodiando las ubicaciones donde se hallaban los cadáveres.

—Tiene que haber alguna pista —dijo en voz alta mientras repasaba los rincones de la estancia con más detalle estando ya solo en ella.

Había menos luz. Habían estado casi todo el día allí, y estaba oscureciendo. Cada vez se veía menos, así que se acercó hasta donde había una *lucerna* de barro. Sacó de su bolsa de cuero que llevaba sujeta al *cingulum* su *igniarium* y frotó el elemento de hierro contra la piedra haciendo saltar unas chispas. El pequeño trapo de lino que completaba el juego de enseres prendió cuando una de las centellas impactó en el tejido. Valerio sopló para azuzar la llama hasta que esta fue lo suficientemente fuerte como para poder encender la mecha de la *lucerna*. Sacó previamente la pieza del cilindro para que la luz fuera más potente. Con ella pudo seguir con sus pesquisas en el interior de la estancia. Primero se acercó de nuevo hasta el cuerpo sin vida de aquel hombre que presentaba un *rictus* facial de horror.

Morir de aquella manera debía de ser terrible. Intentó ponerse en el lugar de aquel pobre desdichado, que había sido degollado como una bestia cualquiera, sin poder hacer nada por evitar desangrarse. Por un momento palpó su cuello instintivamente, como si hubiera sido él la víctima, buscando alguna herida de aquellas características. Pronto desistió y recobró la compostura. Repasó con ahínco el cuerpo del muerto, tratando de buscar algo que pudiera aportar información acerca de quién o quienes le habían enviado al reino de Plutón. Nada… Cuando se iba a poner en pie, algo llamó su atención. Miró los dedos de la mano derecha de la víctima y se percató de que estaban manchados de lo que parecía ser tinta. Palpó con cuidado hasta cerciorarse de que estaba seca. Depositó la mano de nuevo con suavidad en el frío suelo de la estancia y se levantó.

—¿Qué estabas escribiendo cuando te sorprendieron? —se preguntó a sí mismo mientras echaba un rápido vistazo a su alrededor.

Dio unos pasos rodeando el cuerpo hasta situarse junto a una pequeña mesa de madera que estaba empotrada en una de las paredes. Sobre ella había una pluma de ave con la punta manchada de tinta negra. Al lado, un tintero de bronce que estaba abierto. Justo frente al

escritorio, había una silla, que estaba de lado, como si el fallecido hubiera estado allí escribiendo algo justo antes de recibir la visita de su asesino. Seguramente se había incorporado al escuchar que alguien había abierto la puerta. ¿Pero dónde estaba el documento? Buscó a los pies de la mesa y no encontró nada. Así que optó por moverla ligeramente hacia adelante para comprobar si este había caído por detrás del mueble de madera. Allí estaba… Un pergamino que había quedado encajado entre el escritorio y la pared de la estancia. Por un momento había pensado que el asesino se había llevado el documento que estaba escribiendo la víctima justo antes de ser sorprendida. Dedujo que tras el sobresalto y al tratar de incorporarse, el documento había sido desplazado de forma accidental. Eso sin duda le favorecía a él, que se había tomado más tiempo que el responsable de aquello y se había fijado en los pequeños detalles en forma de evidencias. Tomó asiento en la mesa y acercó la *lucerna* para tener algo más de luz. Inició la lectura del pergamino:

De Cayo Licinio Niger para Cayo Julio Cesar Augusto,

Si estás leyendo esta misiva es porque no he podido hablar contigo como pretendía. Ante todo, quisiera pedirte disculpas por todo lo que he hecho. Imploro tu perdón, oh Pater Patriae, *ya que he cometido muchos errores a lo largo de mi vida, siendo este el peor de todos ellos.*

Te he traicionado a ti y a la República. Esa República que tú representas y por la que no dejas de sacrificarte cada día de tu vida. Que los dioses te concedan una larga y próspera, al igual que a todos tus seres queridos.

Formé parte de los conjurados que quisieron acabar contigo en la campaña que tan valerosamente estas librando en Hispania para mayor gloria de Roma. Ahora mientras escribo estas líneas, soy consciente de que me dejé llevar por el entusiasmo de otros y no hice caso al sentido común que es el que debe regir los pensamientos y voluntades de los hombres.

Ante el fracaso acontecido recientemente, quiero advertirte de que todavía hay hombres, casi todos ellos senadores respetables, que planean acabar con tu vida. Te pongo sobre aviso para que actúes de la manera que mejor te parezca, primero porque deseo resarcirme de mis errores, y segundo porque creo que ese es mi deber para contigo después de haberme unido a esa causa traicionando la confianza que una vez tuviste en mí.

Además, te voy a hacer un último favor y en señal de arrepentimiento, para que veas que mis palabras son ciertas, te facilitaré los nombres de todos los que forman parte de la conjura, al menos todos los que yo sé que están involucrados.

Ruego que me perdones y que esta misiva sirva para demostrarte que

un hombre puede cometer errores y tratar de enmendarlos. Espero que seas benevolente

—¡Maldición! ¡Por todos los dioses! —gritó Valerio al darse cuenta de que la carta no continuaba.

Había una mancha de tinta negra después de la última palabra escrita en el pergamino. Seguramente correspondería al momento en el que el asaltante habría sorprendido al hombre. Para infortunio de él, y de rebote de Augusto, no constaba ningún nombre en la misiva. Había dedicado muchas líneas a disculparse y a informar de que la conjura no había sido erradicada, pero no le había dado tiempo a poner los nombres, la parte más importante. Lo que estaba claro era que temía por su vida, ya que de otra manera no habría intentado dejar por escrito lo que quería explicarle al propio cónsul. Aunque no fuera demasiado, sí que era suficiente información como para alertar a Augusto. Si el asesino se había tomado la molestia de cometer semejante atrocidad, significaba que el peligro era inminente y que estaba en la ciudad.

Existía la posibilidad de que ese hombre, implicado en la trama, hubiera huido y se hubiera refugiado en la casa de Severo, que sin duda debía ser su amigo, y estaría al corriente de todo lo que había sucedido. Al fin y al cabo, le había acompañado a ver al cónsul el día anterior. El asesino había sido implacable, pero teniendo en cuenta los precedentes que él mismo había vivido, la manera de actuar era la que más se ajustaba. Había gente importante detrás de aquel asunto, y quedaba ratificado en aquellas líneas que había podido leer, y por lo tanto se debía eliminar cualquier tipo de amenaza, por mínima que esta fuera.

Dobló varias veces la misiva y la guardó dentro de su túnica, justo en el pecho. Sentado aún en la silla reflexionó sobre lo que acababa de leer y pensó si debía hacer partícipe de aquel hallazgo a Lutacio o no. Las cosas se iban a poner feas a partir de ese momento, y contar con más ayuda no le iba a venir nada mal. Un hombre como el prefecto podía resultar de mucha utilidad. Aunque, por otra parte, era arriesgado que la información fuera compartida con él y con sus hombres. A saber lo discretos que estos podían ser. Era una decisión complicada, así que pensó que lo mejor por el momento era mantener en secreto esa carta y valorar la posibilidad de contárselo a Lutacio tras haberlo consultado previamente con Augusto, que en definitiva era el principal afectado en todo aquel asunto.

Registró un par de arcones más que estaban ubicados en la estancia para tratar de hallar alguna otra prueba. Había varios papiros correspondientes a tratados que versaban sobre temática diferente.

Algunos de ellos no los entendió ya que estaban escritos en otra lengua que no comprendía. Había avanzado mucho en su comprensión escrita y lectora, y más desde que había sido ascendido a la posición de *optio*, aunque ya tenía más que suficiente con su idioma como para tener que aprender otras. Muchos de los altos cargos del ejército, sobre todo aquellos que venían de familias pertenecientes al *ordo* ecuestre y senatorial, se jactaban de hablar, leer y escribir el griego. Ese conocimiento era muy valorado en las clases altas, pero para hombres de más modesta procedencia, bastaba con conocer la lengua que hablaba el pueblo. Si acaso debían ser los griegos los que aprendieran el suyo, al fin y al cabo, eran ellos los que formaban parte de la República romana, y no al revés.

Sin duda aquellos papiros estarían escritos en griego y serían obras de algún poeta, dramaturgo o incluso historiador heleno. Continuó buscando en el interior del arcón, y encontró correspondencia varia. No la leyó con detenimiento, aunque en todas ellas constaba el nombre de Cayo Licinio Niger. No había duda de que se trataba del muerto. Cuando le preguntó el día anterior a Livia sobre el nombre de aquellos dos hombres que habían requerido ver a su esposo, ella solo le dio el nombre de Severo, ya que había sido el que había llevado el peso de la conversación al ser oriundo de Tarraco. La esposa del cónsul tan solo recordaba que el otro le había dicho que venía de Roma y que era miembro del Senado. Dar con la ubicación de la *domus* había sido relativamente sencillo, lo que indicaba que su propietario era un hombre conocido en la ciudad. Lo confirmó sin lugar a dudas el propio Lutacio cuando le dijo que le conocía, puesto que había sido edil no hacía muchos años. Cogió varias de esas cartas y decidió que se las entregaría al oficial de la guardia para que al menos de esa manera pudiera certificar la identidad del fallecido, y a la postre de los que serían con toda seguridad su esposa y su hijo.

Cuando terminó de buscar, cerró los dos arcones y descendió las escaleras tras apagar la *lucerna* y depositarla en el mismo lugar en el que estaba inicialmente. Al llegar a la parte inferior, encontró en el *atrium* al prefecto que estaba acabando de dar las indicaciones a sus hombres. Se acercó hasta él y le preguntó:

—¿Necesitas que mis hombres os ayuden en algo, prefecto?

—Ah, Valerio —dijo este al darse cuenta de que era él—. En principio no será necesario. He enviado a cuatro de los míos al *praetorium* para que traigan un par de carretas. Llevaremos los cuerpos hasta el cementerio que hay extramuros y daremos sepultura a los cuerpos.

—¿A los esclavos también?

—Hay una fosa común en un cementerio colindante donde se les suele enterrar. Lo más seguro es que lo hagamos allí —aclaró el prefecto.

—Ya sé cómo se llamaba el hombre muerto del despacho. He encontrado unas cuantas cartas suyas en un arcón —le dijo mientras se las entregaba al prefecto.

Lutacio las leyó por encima.

—Cayo Licinio Niger…

—Eso parece. También he hallado algunos papiros junto a esta documentación. Los he dejado en su sitio por si los necesitaras —expuso Valerio.

—Gratitud. Aunque creo que con esto que me has entregado tendré más que suficiente. Al menos podremos poner una inscripción funeraria en las lápidas que sirvan para identificar a los que allí yazcan. Me encargaré de indagar más para ver si puedo localizar a sus familiares.

—Por lo que me dijo la esposa del cónsul, Licinio venía de Roma directamente, así que es un buen punto de partida si te parece —le indicó Valerio.

—Me pondré a ello mañana mismo. Lo primero es limpiar todo esto y comunicarlo a los *duoviri*.

—Entonces te dejo hacer tu trabajo, prefecto.

—Gratitud —respondió Lutacio—. Por cierto, ¿has encontrado alguna cosa que nos pueda ayudar a saber quién puede ser el responsable de esto?

Valerio se detuvo en seco y se llevó la mano al pecho como acto reflejo justo antes de darse la vuelta.

—Nada, prefecto. Nada…

CAPÍTULO XXXIX

Domus de Fabio, Roma, mañana siguiente

—Deberías haberme informado de la marcha de Sexto.

—No creí que fuera relevante que lo supieras —dijo Fabio excusándose ante su invitado.

—Ese hombre ha sido, es y será fundamental para nosotros. Creo que te ayudé suficiente en la última reunión que tuvimos como para tener ese privilegio —dijo Emilio mientras saboreaba con deleite el falerno servido por su anfitrión—. Me merezco un poco más de respeto por tu parte.

Fabio se sintió un poco incómodo ante la mentira que le había contado a su compañero de curia. Ciertamente le había apoyado en un momento crítico, razón no le faltaba, y ahora le estaba pagando con ese engaño. No podía contarle lo que había sucedido. Para él, Licinio estaba ya en el inframundo; por lo tanto, tenía que actuar con toda la normalidad posible. Si ese hombre se llegaba a enterar de lo ocurrido, la cosa se podía complicar bastante.

—Te pido disculpas de nuevo, Emilio. Sexto necesitaba descansar y por eso le ofrecí la posibilidad de retirarse a mi villa para que estuviera lejos del bullicio de esta ciudad.

—¿Y cuándo tiene pensado regresar? —preguntó.

—No me lo dijo, aunque debes tener en cuenta lo mal que lo ha pasado. No solo debe curar las heridas físicas. Las más difíciles de cicatrizar son las emocionales —expuso Fabio tratando de mostrarse convincente—. Además, le vendrá bien la calma de la villa para poner en orden sus ideas. Seguro que cuando regrese habrá pensado en un nuevo plan para lograr nuestro objetivo.

—Es un hombre capaz. No me cabe duda de ello, amigo Fabio —dijo su contertulio dejando la copa sobre una mesa de madera que estaba a su diestra y poniéndose en pie.

—¿Ya te marchas, Emilio?

—Sí, tengo asuntos urgentes de los que ocuparme. Gratitud por el falerno, estaba delicioso —dijo el senador.

—Guardo lo mejor para los invitados especiales.

—Vaya, pues entonces soy un hombre afortunado —sonrió Emilio.

—Te acompaño a la salida.

—No hace falta, amigo —dijo este haciendo un gesto con la mano.

—Entonces nos vemos mañana en la reunión de la curia.

—Por supuesto. Ah, se me olvidaba… —añadió antes de irse—. Ya son varios los que me han preguntado por Licinio. Alguno me ha comentado que ha ido hasta su casa y que allí no había nadie. ¿Tú sabes algo?

Fabio se quedó sin palabras. Aquella pregunta le sorprendió. Le había cogido desprevenido. Él sabía que Licinio había huido y se había llevado a su esposa e hijos con él.

—Imagino que la esposa se habrá ido con sus padres al ver que Licinio no aparecía.

—Espero que se trate de eso simplemente —afirmó Emilio.

—No se me ocurre otra cosa, amigo.

—Lo importante es que los demás no sospechen que nos hemos deshecho de esa rata. Si averiguan que le hemos enviado al inframundo, el pánico comenzará a adueñarse del grupo y alguien podría tomar una mala decisión.

—Totalmente de acuerdo. Aunque como ya te he dicho, el trabajo se completó satisfactoriamente tal y como acordamos. Ya sabes cómo son las mujeres, en el momento en el que se encuentran sin un hombre que vele por sus intereses, no dudan en regresar al regazo de sus progenitores. ¿Acaso conoces a alguna que se valga por sí misma? —interrogó al final.

—No —dijo encogiéndose de hombros—. El día que eso suceda, estaremos condenados…

CAPÍTULO XL

—¡Por todos los dioses! ¡¿Es qué no puedo descansar tranquilo?! ¡Yo que pensaba que este tema estaba más que resuelto! ¡Debí de ser más contundente con aquel miserable y ejecutarle públicamente en el mismo campamento en lugar de encarcelarlo para que sirviera de ejemplo a los demás! ¡Parece que al no hacerlo mostré debilidad y eso ha provocado que mis enemigos no cejen en su empeño de cumplir con su objetivo!

Valerio asintió levemente mientras Augusto soltaba aquellos improperios después de haber leído al menos dos veces el documento que le había entregado. Justo detrás de él, se hallaban dos de los lictores, y un poco más alejados Aurelio y el joven Mario, que eran los que estaban de turno. Todos ellos escucharon perfectamente los gritos del cónsul y miraron hacia el suelo tratando de no decir nada.

—¿Quién más conoce la existencia de esta misiva? —interrogó Augusto bajando el tono de su voz.

—Solo yo, comandante.

—¿Y qué hay del prefecto ese del que me has hablado? —interrogó de nuevo.

—No le dije nada. Pensé que lo mejor era enseñársela a usted antes —añadió el militar—. La experiencia me ha servido para darme cuenta de que uno no debe confiar en nadie, al menos en primera instancia.

—Sabias palabras, Valerio —dijo sonriendo Augusto que parecía haberse tranquilizado un poco.

—En cualquier caso, comandante, si me permite decírselo, el prefecto Lutacio me pareció un hombre del cual podemos fiarnos. Es un veterano que lleva muchos años de servicio en la ciudad, y su colaboración nos vendría bien para poder movernos por las calles con relativa facilidad. La persona o las personas que han acabado con Licinio y su familia, están todavía aquí, y debemos adelantarnos a sus movimientos ahora que disponemos de esta información. Fortuna quiso que la misiva quedara escondida a sus ojos, así que desconocen que estamos al corriente. Tenemos una ligera ventaja que deberíamos aprovechar.

—Lo sé, Valerio, aunque para serte sincero, tampoco has hallado ninguna pista que nos permita saber a quién nos enfrentamos —expuso el cónsul bajando incluso más el tono de su voz.

Augusto estaba en lo cierto. Evidentemente la carta les había puesto sobre aviso acerca del peligro que acechaba, pero eso no era mucho, y más teniendo en cuenta que no sabían nada acerca del posible asesino que había perpetrado aquella matanza en la *domus* de Severo.

—Alguien debió escuchar o ver algo, comandante.

—No tiene por qué, además, debes tener en cuenta que la gente no se preocupa por lo que le suceda a los demás. Esos valores se han ido perdiendo con el paso del tiempo, la República no ha defendido las tradiciones del pueblo romano, sino que se ha centrado más en el egoísmo y el individualismo, premiando más a los ricos que tienen de todo, y castigando a los que menos poseen. Por mucho que me empeñe en recuperar esas costumbres que nos hicieron grandes, la gente está por otros asuntos. Ni siquiera puedo fiarme de los senadores, que en teoría son los que deberían aplicar con más esmero todo esto… Es muy difícil tratar de hacer las cosas uno solo sin la ayuda de los que debieran colaborar —dijo el cónsul bastante desilusionado.

No había duda de que Augusto era un hombre anclado a un pasado que para él había sido mejor. Se había educado en un entorno culto y había leído los grandes clásicos que siempre abogaban por una crítica a la corrupción y a los tiempos más modernos. De ahí su idea de tratar de salvar a la República erigiéndose como un adalid de la moral ancestral que había servido para elevar a Roma hasta la categoría de potencia suprema. Para él, el valor de un pueblo, pasaba por el respeto a sus propias tradiciones. No es que le conociera demasiado, pero eso era lo que la gente decía de él, y a juzgar por sus palabras, las opiniones eran bastante acertadas.

—Estoy de acuerdo contigo, podrías tantear al prefecto para que te ayude —dijo el *Princeps* cambiando de tema radicalmente,

—Espero que con su colaboración podamos averiguar algo más. Quizás algo que se me haya escapado… —musitó el *optio*.

—Utilízale como herramienta, Valerio. Él lleva toda la vida en esta ciudad, y seguro que se ha enfrentado a situaciones similares a la actual, o solo los dioses saben si peores. Alguien me dijo una vez, hace algún tiempo, que debemos usar las habilidades de otros cuando no tenemos suficiente con las que poseemos.

—Un hombre sabio el que se lo dijo, comandante…

—Sabio sí, hombre, no —señaló el cónsul sonriendo.

No quiso profundizar demasiado en aquel aspecto, ya que tal vez podría resultarle incómodo a Augusto. Sonrió levemente como si aceptara el consejo que le estaba dando su superior y se quedó en

silencio. Fue su contertulio quien formuló la siguiente pregunta:

—¿Es que no me vas a preguntar quién fue la mujer que me dio ese sabio consejo que te he contado?

Valerio, sorprendido por aquella pregunta, se vio forzado a responder:

—Por supuesto, comandante… ¿Qué sabia mujer se lo dio?

Augusto sonrió y se incorporó lentamente de su butaca. Alzó su dedo índice derecho y sonriendo respondió:

—La misma que dirige sus pasos hasta donde estamos nosotros acompañando a mi querido Antonio Musa.

* * * * *

—Bienvenido, Antonio. Imagino que has acudido a mi humilde morada para ver si estoy cumpliendo con lo estipulado, ¿me equivoco?

—Acierta como siempre, estimado cónsul —respondió el *medicus* con una amplia sonrisa.

Saludó inclinándose a Augusto e hizo lo propio con Valerio que estaba muy cerca. El *medicus* era un hombre muy afable y cordial. Debía de rondar la cuarentena a lo sumo. Sus ojos eran de un tono aceitunado y el color de su pelo castaño. Era delgado, pero no de aspecto frágil; sino que sus brazos se veían musculados. La fama que tenía le precedía y las recomendaciones de sus compañeros de profesión eran acertadas. Desde que Augusto se había puesto en sus manos, era evidente que había mejorado. La nueva terapia que le había aplicado era más beneficiosa que la que había recibido hasta entonces. El cónsul había recuperado el buen color de su piel, y aunque todavía estaba débil y debía guardar reposo la mayor parte del día, acostumbraba a dar cada vez paseos más largos por el interior de la propiedad. Eso ya era algo muy positivo teniendo en cuenta el estado que presentaba en el frente de batalla o en el trayecto de regreso a Tarraco. Sin duda, la mano de Antonio Musa había decantado la balanza a favor de la salud y, conociendo la generosidad del cónsul, este se encargaría de recompensarle por los servicios prestados.

Pero el responsable de la mejora no era únicamente el *medicus*. Cuando este se retiraba para atender a otros de los muchos pacientes que tenía, quien se encargaba de velar por la salud de Augusto, y estaba encima de él para que cumpliera con todo lo ordenado, era Livia. La fiel y leal esposa del hombre más poderoso de Roma. Una mujer misteriosa. A ojos de cualquiera un ejemplo de matrona romana. Siempre atenta a las necesidades de su esposo. Pendiente de

todo lo que ocurría en aquella casa. Controladora de su entorno como lo eran o, al menos, como debían serlo las mujeres romanas. Ella era el claro ejemplo de cómo tenía que comportarse una esposa. La mujer del *Princeps* era la primera en predicar con el ejemplo. Pero había algo más en ella. Algo que Valerio todavía no había podido descubrir, pero que estaba allí. El mismo Augusto le había dado una pista no hacía mucho cuando le dio un sabio consejo. Un consejo que él mismo había recibido de parte de ella. Una recomendación clara de la importancia de saberse valer de las habilidades y virtudes de los demás para cubrir las propias carencias. Sin duda era algo más que un consejo… Y al cónsul no le había importado reconocerle que se lo había dado su esposa.

—Veo que su tez tiene mejor color cada día que pasa —dijo Musa sacando a Valerio de sus reflexiones.

—En gran medida es culpa tuya, querido Antonio —respondió sonriendo Augusto.

—Los paseos que da son cada vez más largos —añadió Livia interviniendo en la conversación.

—La verdad es que tal y como dice mi esposa, estoy recuperando la vitalidad —dijo Augusto posando su mano derecha sobre la de su mujer—. Y la dieta de fruta y verdura fresca que me has recomendado seguir me ayuda mucho.

—Gratitud, señor. Tan solo debemos oír a nuestro cuerpo para saber en qué estado se encuentra. La mejor medicina que podemos darle en estados de saturación es la que le he recomendado que siga. Los alimentos crudos y frescos ayudan a depurar nuestro organismo, y hacen que todas las toxinas sean eliminadas debidamente.

—Ha sido una suerte que estuvieras aquí en la ciudad, Antonio —añadió Livia—. El tratamiento que seguía mi esposo hasta antes de ponerse en tus manos no era el adecuado.

—La medicina evoluciona, mi señora —dijo el *medicus*—. Mis colegas estaban haciendo lo que creían que era más adecuado para la dolencia de nuestro querido *Princeps*.

—Pues más les valdría a tus colegas aprender un poco de ti —dijo la mujer con seriedad.

—Cada cual aprende de su maestro, querida señora —respondió Musa tratando de justificar la labor de sus colegas—. Yo tuve la fortuna de hacerlo de mi querido hermano Euphorbo, que era un experto en este tipo de dolencias. Simplemente me he limitado a aplicar sus conocimientos para el caso de su esposo.

—Entonces deberíamos darle las gracias a tu hermano por haberte enseñado tan bien —replicó la esposa del cónsul.

—Está sirviendo en la corte del rey Juba de Numidia —respondió el *medicus* orgulloso y conocedor de la buena amistad que tenía Augusto con ese monarca.

—Mi gran amigo y aliado Juba —intervino el cónsul en la conversación—. Un gran hombre y un gran líder para su pueblo. Tu hermano puede estar orgulloso de servirle, y él de poder contar con un hombre tan capaz a su lado. Es una relación en la que ambas partes ganan, como la nuestra. Y dime, amigo Antonio, ¿todavía no posees la ciudadanía romana? —añadió sujetando el brazo del *medicus*

Ambos hombres de alejaron unos pasos mientras conversaban sobre aquel aspecto. Y es que Musa era de origen griego y, aunque llevaba ya muchos años viviendo en Tarraco, aún no disponía de uno de los mayores privilegios que un hombre podía tener: ser ciudadano romano de pleno derecho. Mientras los observaba, Valerio pensó que ese *medicus* era un hombre afortunado, ya que estaba haciendo un excelso trabajo que le reportaría muchos más beneficios de los que esperaba. Estaba pensando en ello cuando Livia comenzó a hablarle:

—¿Cómo van las cosas, Valerio?

—Bien, señora —respondió.

—¿La seguridad de mi esposo?

—Lo tenemos todo controlado. No debe preocuparse.

—¿Qué hay del hombre que fuiste a ver ayer? Aquel del que me preguntaste el nombre —dijo ella cambiando de tema como si nada.

Eso era lo que buscaba Livia. Él creía que la mujer no le había dado importancia al asunto cuando se lo preguntó, aunque estaba equivocado. A esa mujer no se le escapaba nada. Augusto ya le había advertido sobre ella, y ahora lo estaba comprobando en primera persona.

—Verá, señora, es complicado de explicar —respondió tratando de justificarse.

—Pruébalo, Valerio. Mi esposo y Musa van a estar charlando un buen rato, así que tenemos tiempo suficiente para conversar.

Además de sabia, era astuta.

—Con todos mis respetos, no sé si el comandante querrá que se lo explique.

—Mi esposo no tiene secretos para mí, Valerio. Puedes estar tranquilo, estoy al corriente de todo lo que le ha sucedido, así que no veo por qué no deberías contarme esto.

Se quedó sin palabras. No sabía si aquella mujer estaba jugando con él o si de verdad estaba al corriente de todo. Quizás no fuera más que una artimaña para sonsacarle información. Augusto estaba demasiado lejos como para poderle consultar. Estaba solo y no le

quedaba más opción que explicárselo. Al fin y al cabo, era la esposa del cónsul. Respiró profundamente y tratando de hacerle un resumen y obviando algunos detalles que prefirió guardarse, le relató lo acontecido en aquella casa. La mujer escuchó todo sin pestañear. No le interrumpió en ningún momento, y cuando hubo terminado frunció el ceño y soltó un suspiro. Tomó un par de granos de un racimo de uva que estaban en la pequeña mesa de madera que su esposo tenía junto a su butaca y se los llevó a la boca. Valerio observó con detalle el rostro de la mujer. Era bella, de tez aceitunada, ojos y cabellos oscuros, tenía unas facciones suaves que resaltaban sus pómulos. Vestía con elegancia, pero no mostraba más de lo que debía mostrarse, tal y como exigía el protocolo femenino. El peinado que lucía era sin duda una obra maestra, hecho con delicadeza y cuidando hasta el más mínimo detalle. Seguramente tenía una o más *ornatrices* que se dedicaban exclusivamente a ella. Ese tipo de esclavas eran un bien muy preciado por las mujeres de clase alta y, normalmente vivían mejor que el resto de esclavos. Su valor en el mercado era elevado, y es que para una mujer perteneciente a la aristocracia era muy importante destacar en cuanto a *pulcritude feminae* delante de la sociedad. Valerio no tenía experiencia en eso, pero desde que llegara a aquella casa había oído varias conversaciones entre la propia Livia y la hija de Augusto en las que destacaban el papel de estas esclavas que eran imprescindibles para sus propietarias.

—¿Es grave? —preguntó ella al cabo de un momento.

—Podría llegar a serlo, señora.

—¿Qué te ha dicho mi esposo que hagas?

—Se pondrá en contacto con los *douviri* de la ciudad para pedir la colaboración del prefecto y sus hombres. Aunque sería un suicidio acercarse a esta casa. Ningún hombre en su sano juicio sería capaz de hacer semejante estupidez —expuso Valerio tratando de tranquilizarla.

—El campamento también debía ser un lugar seguro y mi esposo casi pierde la vida, ¿no?

—No hay garantías de que intenten nada contra él… Tan solo tenemos la misiva, pero no aporta datos concretos.

—Si les hubiera hecho caso a esos hombres cuando insistieron en ver a Augusto… —dijo ella maldiciendo no haber tomado la decisión correcta cuando tuvo la oportunidad.

—No se culpe, señora. No podía saber que era tan urgente —añadió el soldado—. Además, tan solo quería que el comandante descansara ya que su estado de salud no era el adecuado en aquel momento.

—Es lo que trato de repetirme desde que me he enterado de la

noticia, pero eso no devolverá la vida a esa gente —expresó Livia con el rostro compungido—. Tampoco a los inocentes que han perecido por algo de lo que ni siquiera tenían idea. ¿Qué culpa podía tener su esposa? ¿Y su hijo? Es injusto que toda una familia tenga que pagar por los actos de un solo miembro.

No le faltaba razón, aunque esa era la manera normal de proceder. Y no solo de aquellos asesinos. En los tiempos en los que su esposo se declaró heredero de su tío César, justo después de su asesinato, muchos otros sufrieron en sus carnes las malditas proscripciones políticas. Esa sí que era una verdadera plaga en la historia de Roma. Su padre se lo explicó en su día, cuando no era más que un muchacho. Tal vez a Augusto se le llenara la boca con su ideal de moralidad y de recuperar las antiguas costumbres para salvar su querida República, pero él también había cometido actos infames en su día. Seguro que Livia estaba al corriente de esas purgas que llevó a cabo su amado esposo contra todos aquellos que no compartían sus mismas ideas. ¿Hasta qué punto era cierto lo que acababa de decir esa mujer? ¿Se sentía responsable de la muerte de los inocentes? Seguro que en parte sí, como cualquier mortal, pero en el fondo sabía que todo formaba parte de aquel juego llamado política. Un juego que cada vez era más peligroso. Aunque él no fuera más que un simple soldado, era consciente de que las dos cosas iban de la mano. Ahora vivían en un período de relativa calma y paz social. Al menos a simple vista sin tener en cuenta las conspiraciones en la sombra.

La República había pasado por tiempos mucho peores, y él los había tenido que sufrir. Tampoco había pasado tanto desde lo ocurrido en Actium. Él estuvo allí y fue consciente de lo que ocurrió. Una guerra entre romanos. ¿Podía haber algo peor? Por Fortuna el enfrentamiento terminó relativamente rápido y con menos represalias de las que se temían. Pero el daño ya estaba hecho, y la fractura política formaba parte de esas diferencias que iban a ser irreconciliables durante varias generaciones. Por mucho que Augusto tratara de llevar la paz y la conciliación al Estado y a las instituciones que lo conformaban, había posturas demasiado distantes que no se pondrían jamás de acuerdo. Él mismo lo había sufrido en sus carnes, y ello casi le cuesta la vida. Su tío César vivió una situación similar, aunque tuvo menos fortuna que él y lo pagó con la vida. Cada cual tenía su propia visión de los hechos y defendería hasta la muerte su postura. Le asaltó entonces una pregunta… ¿Quiénes eran los buenos y los malos en aquel juego? ¿Se había posicionado del lado correcto? ¿Era menos legítimo lo que pretendían hacer en su momento Sexto y sus compinches que los valores que defendía el *Princeps*? Era la

primera vez que se cuestionaba todo eso. Las palabras de aquella mujer le habían dejado descolocado.

CAPÍTULO XLI

Cuando finalizó su turno de guardia, en lugar de dirigirse a las estancias para poder descansar, optó por abandonar la casa. Informó al *optio* Valerio de su intención de salir a dar una vuelta para respirar algo de aire fresco y tomar una copa de vino. Este le dio la autorización pertinente y le recordó que debía regresar antes de que finalizara la *secunda vigilia*, si no tendría que pasar la noche fuera de la *domus*. Esa era la única regla establecida a la hora de conceder aquellos permisos. Asintió levemente dando por entendido el mensaje y dirigió sus pasos hasta la salida de la casa del cónsul. Allí había tres bátavos completamente armados, montando guardia. Al verlo acercarse, uno de ellos, que hablaba perfectamente la lengua romana, le preguntó:

—¿A dónde vas solo?

—Necesito respirar un poco de aire. Estar todo el día dentro de estos muros me asfixia —respondió.

—Sabes que debes estar de vuelta antes de que acabe la *secunda vigilia*, ¿no? —le recordó el germano.

—Lo sé, amigo. Estaré aquí antes de que finalice. Puedes estar tranquilo.

El alto y fornido germano sonrió y asintió levemente. Acto seguido descorrió el pasador metálico de la puerta y la abrió, cediéndole el paso. A diferencia de él, esos bárbaros al servicio de Augusto no eran de salir muy a menudo. Tampoco eran demasiado habladores. En realidad, muy pocos de ellos entendían y hablaban la lengua, por lo que eso les hacía ser incluso más herméticos con el resto de hombres que componían la guardia del comandante. Había excepciones, claro está, como aquel que le había abierto la puerta. Se llamaba Adrestes y de entre todos los bátavos era el que más se relacionaba con los romanos. Todos ellos eran altos y fuertes, la mayoría de largos cabellos y casi todos lucían espesos bigotes y barbas que les conferían un aspecto temible. Las largas espadas que portaban en sus cintos tampoco invitaban a acercarse a ellos o a decirles algo malsonante. De hecho, su porte transmitía fiereza, y su fama de ser temibles guerreros era bien merecida. Por suerte, no les había visto combatir nunca, pero sí que había tenido la oportunidad de verles entrenar, y para ser sinceros, los golpes y estocadas que propinaban eran terroríficos. Para ser tan altos y fornidos, lo cierto era que se movían con soltura y eran

tremendamente rápidos y ágiles. Sin duda no querría tenerlos como enemigos.

Cuando giró la primera esquina, sintió algo de alivio. Respiró profundamente y se sintió en cierto modo liberado. No es que le faltara el aire precisamente, ya que la *domus* de Augusto era muy grande y disponía de espacios abiertos, como los dos grandes y preciosos jardines, en los que uno se sentía como si estuviera en un vasto prado y no en mitad de una enorme ciudad. La sensación de ahogo era más bien por otra cuestión. Fortuna había querido que estuviera de guardia en el momento en el que el *optio* Valerio había ido a ver al comandante para entregarle una misiva. El contenido de aquel documento había provocado en el hombre más poderoso de la República una reacción desproporcionada. Gritó enojado y lo que dijo fue lo que le llamó la atención. Disimuladamente se había ido colocando en una posición más adecuada para poder escuchar la conversación que mantuvieron ambos hombres una vez la situación pareció haberse calmado. Su compañero de guardia no se dio ni cuenta, y sus superiores tampoco. Estaban más pendientes del asunto de la carta que de cualquier otra cosa. Además, se sentían seguros tras los muros de aquella casa. Quién podía imaginar que tenían a un enemigo tan cerca de ellos.

Estaba claro que los hombres que le habían contratado, aquellos que le habían prometido una suculenta recompensa, estaban reaccionando tras el fracaso acontecido en el campamento. Aquel acto del que hablaban era evidentemente un intento de silenciar a alguien que parecía no estar de acuerdo con el resto y que tenía intención de delatar a los que estaban detrás de aquella conspiración. Aunque bajaron el tono de su voz, estaba bien situado, así que pudo escuchar casi toda la conversación. Fue entonces cuando Augusto le dijo al militar que debía buscar ayuda en el prefecto de la guardia de la ciudad, un tal Lutacio. No dio tiempo para más, ya que al poco aparecieron la esposa del comandante y el *medicus* que le trataba. Disimuladamente regresó a su posición inicial y se mantuvo en ella lo que quedaba de turno. Había conseguido una información muy importante. La duda que le surgía en esos momentos era qué hacer con ella. ¿A quién le iba a contar todo aquello?

Le vino a la cabeza la idea de redactar una misiva dirigida a su contacto en Roma, un tal Flaminio. Sabía que ese no era su nombre real, y que a su vez este debería rendir cuentas a alguien que estaba situado por encima de él. Era una buena opción, al menos pondría en conocimiento la situación actual. Pensó que, si habían mandado a alguien tras los pasos del traidor, seguramente este también enviaría

su correspondiente carta para informar. Aunque no perdía nada por duplicar el mensaje, y más teniendo en cuenta que eso le podría aportar más beneficios que otra cosa. Flaminio, y por ende los que dirigían todo aquello, comprobarían su implicación en la causa y quizás pensaran en aumentar su recompensa. Ese iba a ser el primer paso que iba a dar. Por ello debía abandonar la casa de inmediato. Si quería enviar una misiva no podía hacerlo usando la vía oficial, ya que no era demasiado segura para asuntos tan delicados. Siempre que recibía información o se había visto obligado a enviarla a su contacto había usado mensajeros privados, los llamados *tabellarii,* que por una cantidad generosa eran capaces de viajar más rápido que los miembros del *cursus publicus*. Tan solo tenía que dar con uno de confianza en la ciudad.

Eso requeriría su tiempo, ya que debería preguntar por la zona hasta dar con alguien adecuado, teniendo en cuenta el carácter del contenido de esa misiva. Si ofrecía algo más de lo pactado inicialmente incluso podía conseguir que el mensajero se esmerara más en su tarea. Otra opción era la de incitarle con otro medio más motivador aún. Podía ofrecerle la posibilidad de que el receptor del mensaje le recompensara gratamente si la carta le llegaba en menos tiempo incluso. Había muchas maneras de conseguirlo, tan solo se trataba de buscar bien. Si optaba por hacerlo de esa última manera, informaría en el interior del documento a Flaminio de que recompensara al mensajero con una propina adecuada a la diligencia prestada en la transmisión.

El primer paso estaba claro. Tan solo quedaba el siguiente. Aunque nadie se hubiera puesto en contacto con él para que lo hiciera, la voluntad de querer hacer las cosas bien, tal vez la avaricia de querer conseguir más, o simplemente la necesidad de sentirse parte de todo aquello de una manera más activa, le impulsó a valorar la posibilidad de buscar a quien o a quienes se habían encargado de silenciar al traidor. Ahora que sabía que Augusto estaba al corriente de todo y que el *optio* Valerio le había informado acerca del riesgo que podía correr de nuevo su vida, sintió la urgencia de avisar a la persona o personas que estaban en Tarraco del asunto de la misiva. El objetivo final era conseguir su ansiada recompensa, y eso pasaba por el éxito de la conjura, así que, en el fondo, lo mejor que podía hacer era encontrarlo. Debía advertirle de que su objetivo estaba en preaviso y, llegado el caso, facilitarle el camino hasta su objetivo. Era esencial dar con él, ya que era evidente que no sabría nada sobre aquella carta, de lo contrario no habría sido encontrada por el soldado.

La tarea no iba a ser sencilla. No sabía quién podía ser el

encargado de la misión. Así que lo primero que se le pasó por la cabeza fue acudir al lugar donde se produjo la matanza y donde Valerio se hizo con el documento. No se le ocurría ningún otro punto por el cual comenzar a buscar. Preguntó a varios transeúntes de la zona, que le indicaron donde estaba la casa de Severo. Todo el mundo conocía ya la noticia, que se había ido extendiendo de boca en boca como una hoja llevada por el viento, y eso le favoreció para poder arribar a su destino en relativamente poco tiempo.

La casa parecía normal desde el exterior. Lo que la diferenciaba del resto era simplemente el hecho de que siendo la hora que era, no había una sola luz en el interior que indicara que había gente dentro. Esperó que no hubiera nadie en los alrededores y se acercó con cautela al inmueble. La puerta estaba cerrada. Trató de abrirla sin forzarla, ya que no pretendía dejar evidencias de intrusión. Estaba completamente bloqueada. Con toda seguridad la guardia de la ciudad habría optado por mantenerla clausurada ante la posibilidad de pillaje. Siempre había una larga lista de oportunistas aguardando una ocasión tan propicia como aquella. Y la casa de un hombre bien posicionado, que seguro que contenía infinidad de objetos de valor, era muy atractiva.

Rodeó el perímetro del edificio tratando de encontrar algún lugar por el cual acceder al interior, pero todo estaba cerrado a cal y canto. Desesperó unos instantes y regresó de nuevo a la puerta principal para intentar forzarla. Era la única opción que le quedaba si quería buscar alguna pista. Sacó del interior de una bolsa de cuero que llevaba atada al cinto una pequeña ganzúa. La tenía por si acaso, y aunque no la había tenido que utilizar jamás, le vino a la perfección. Se agachó ligeramente buscando la cerradura y comenzó la maniobra. Estaba tan concentrado en la acción que no se percató de que alguien se acercaba a él por la espalda. Tuvo tiempo solo para ver cómo una sombra se proyectaba sobre la puerta de madera. Instintivamente se giró para ver quién era, aunque no tuvo tiempo para reaccionar. La oscuridad se cernió sobre él.

CAPÍTULO XLII

—¿Y bien? ¿Qué te ha dicho Augusto?

—Antes de que aparecieran su esposa y Musa, me estaba diciendo que intentara conseguir la ayuda de Lutacio —respondió Valerio.

—¿Confías en ese hombre?

—Por lo poco que sé de él, diría que sí.

—¿Tengo que recordarte lo que nos pasó la última vez que confiamos en alguien? —interrogó irónicamente Aurelio.

—El prefecto es el primer interesado en resolver este caso, *frater*. No creo que sepa nada de todo lo que ocurre.

—Imagino que ya le habrás puesto en antecedentes.

—Imaginas bien —le dijo llenando con un poco de vino las copas que había sobre la mesa—. Me vi obligado a hacerle un resumen para ponerle en situación. No se creyó la mentira que le conté sobre el motivo de nuestra presencia en la casa. No es estúpido.

—Ya veo —dijo el legionario antes de dar un buen trago a la copa —. Veo que ser el jefe de la escolta del cónsul conlleva ciertos privilegios además de poder tener una estancia para ti solo —añadió antes de engullir el resto del vino.

—También conlleva más responsabilidad ostentar este cargo —trató de justificarse.

—Mientras nosotros estamos cuidando a nuestro querido comandante, Cornelio y Salonio deben de estar ociosos en el campamento.

—¿Ociosos esos dos? ¡Parece que no los conozcas! —exclamó sonriendo el *optio*.

—Cierto, seguro que están haciéndole la vida imposible a alguien, o quién sabe, quizá montando patrullas de reconocimiento…

—O incluso habrán subido hasta la fortaleza de los cántabros y la habrán asaltado ellos dos solos para acabar de una maldita vez con esta guerra. Quien sabe, en el mejor de los casos no tendremos que volver a combatir —siguió diciendo Valerio entre carcajadas.

Ambos hombres rieron mientras imaginaban a aquellos dos oficiales haciendo de las suyas. Se echaba de menos la vida en el campamento, y sobre todo a los compañeros de centuria. El tener que proteger a Augusto se estaba haciendo tedioso. Ellos eran hombres de acción y se aburrían más de lo que esperaban. Valerio les obligaba a entrenarse cuando no tenían guardia, pero la disciplina allí no era la

misma que la del campamento. La amenaza de la guerra quedaba muy lejos de la tranquila Tarraco y los ejercicios eran bastante suaves.

—Será complicado, por no decir imposible, saber quién perpetró aquella matanza, Valerio —dijo Aurelio una vez fue capaz de contener la risa.

—Lo sé, pero debemos aprovechar la ventaja que tenemos ahora.

—Sí, tienes razón. Debemos estar atentos a cualquier intento de ataque. Si se han tomado la molestia de acabar con esa gente, es porque están preparando algo más —afirmó Aurelio.

—Están muy cerca, y seguro que pretenden acabar con lo que empezaron en su día. Han tenido fortuna de que Augusto esté en la ciudad, y creo que no van a dejar escapar esta oportunidad que les han brindado los dioses.

—Los mismos que nos han traído a nosotros hasta aquí, no te olvides —añadió el legionario.

—Parece que no nos vamos a poder librar de esa gentuza.

—Lo sé, amigo. Quizás estemos aquí por ese motivo —respondió el *optio* —. ¿Han dicho algo los hombres después de haber reforzado los turnos de guardia?

—Por el momento no… Aunque te aconsejo que les expongas la situación cuanto antes. Es mejor que sepan de qué va todo esto y que estén preparados ante una situación crítica.

—Mañana mismo me encargaré. Por cierto, ¿sabes algo de tu hermana? —preguntó cambiando de tema.

—Por supuesto —respondió el legionario sonriendo—. Aproveché bien el permiso que me concediste. Pude pasar por casa a ver a mi familia, y claro, Servilia estaba allí.

Valerio sintió como su pulso se aceleraba. Era escuchar ese nombre y se ponía nervioso. Habría acompañado a su camarada para poderla ver en persona, pero sus obligaciones para con el cónsul se lo impidieron. Por ello le dijo a su amigo que le hiciera llegar un mensaje a su hermana.

—¿Le hiciste llegar mis palabras?

—Sí, tranquilo —respondió sin borrar la estúpida sonrisa de su rostro.

—¿Y bien?

—Me ha confirmado que vendrá a verte de aquí a dos días, a la sexta hora. ¿Era eso lo que querías saber? —le preguntó entonces él.

—Gratitud, *frater*.

—Tiene muchas ganas de verte, Valerio.

—Yo también estoy deseando poder abrazarla —dijo él sin darse cuenta de que estaba diciéndoselo a su hermano—. O sea, ya me

entiendes…

—Tranquilo. Te entiendo.

Carraspeó tratando de evitar aquel tema.

—Bueno, mañana quiero que me acompañes a ver al prefecto. Nos llevaremos a dos de los germanos, preferiblemente que hablen y entiendan bien la lengua, y a Pompeyo y Arrio. Saldremos a primera hora, así que será mejor que nos vayamos a descansar. Hoy ha sido un día muy duro.

Aurelio asintió y se levantó para abrazar a su superior y compañero. Cuando hubo concluido, abandonó la estancia de este y se dirigió a la suya. Valerio se quedó un rato más despierto. Aquella noche se dijo a sí mismo que no pensaría en cosas malas. Ni en muertes ni en conjuras. Aquella noche la dedicaría a pensar exclusivamente en su querida Servilia. Un remanso de paz y tranquilidad en su agitada vida. Soñaba en que, si todo iba bien, algún día se podría casar con ella. Como legionario le sería imposible, al menos de manera oficial hasta que terminara sus años de servicio, pero siendo oficial las cosas serían más sencillas. No quería renunciar a la legión, ya que era todo para él, pero tampoco quería hacerlo al amor, así que tendría que buscar la manera más adecuada para que ambas cosas encajaran. Estaba convencido de que lo haría, solo era cuestión de tiempo.

* * * * *

—¿Vas a quedarte esta noche conmigo?

—¿Es lo que deseas, esposo? —dijo ella desde la ventana.

—Claro —respondió Augusto esbozando una leve pero pícara sonrisa—. Vamos, acércate…

—Ya voy —Livia dejó de observar por la ventana.

—¿Qué era lo que estabas mirando? —le preguntó su esposo con curiosidad cuando se sentó junto a él.

Ella guardó silencio. Al cabo de poco se dio la vuelta y esbozando una cálida sonrisa se acercó hasta el cónsul y le besó en la frente.

—¿No vas a decirme qué observabas con tanta atención? —insistió Augusto tomándola con suavidad de la mano.

—¿Confías en Valerio?

—¿En el jefe de mi guardia personal? ¿Qué pregunta es esa? Claro que sí, Livia —le respondió extrañado —. Pero, ¿por qué me preguntas eso ahora?

—Por nada, esposo…

—Dime qué te preocupa —insistió ya que la conocía lo suficiente como para saber que cuando lanzaba ese tipo de preguntas era porque

estaba preocupada.

—No, tan solo es que esta tarde he estado conversando con él mientras paseabas con Musa.

—¿Y?

—No le conozco demasiado. Evidentemente no tanto como tú, pero he percibido que hay algo que le preocupa —expuso Livia mientras se tapaba.

—¿Y quién no estaría preocupado si fuera el responsable de la seguridad de uno de los cónsules de la República?

—¿Hay algo que no me hayas explicado? —le preguntó poniéndose más seria.

—¿Qué es lo que quieres saber, querida esposa?

—Sé que Antonio Musa es el mejor *medicus* que puede atender tus dolencias, así que tu salud es lo que menos me preocupa. Lo que me tiene intranquila es el hecho de que te presentaras en la ciudad con una escolta formada por tantos hombres. Que te acompañen tus lictores es normal. Que con ellos vengan tus bárbaros germanos, también lo puedo llegar a entender. Pero, ¿que traigas un grupo de legionarios del frente y que pongas al mando de este pequeño ejército a un *optio*? Y no a uno cualquiera, sino al hombre que, según me explicaste, te salvó la vida en el frente. Eso es lo que me preocupa.

Augusto asintió levemente dándose cuenta de la perspicacia de su esposa. No se le escapaba nada. Eso era lo que le gustó de ella cuando la conoció, y por ello, en gran medida, fue por lo que obligó a su esposo a que se divorciara de ella para poder tenerla.

—Qué buen gobernante habrías sido de nacer varón —señaló el cónsul a su esposa acariciándole la mejilla y esbozando una tímida sonrisa.

—Tú lo has dicho, de haberlo sido. Pero no lo soy, y eso no significa que no me expliques las cosas, esposo mío.

—Tienes toda la razón, querida. No quería preocuparte más de lo que ya lo hago —se excusó.

—¿Acaso crees que la esposa del *Princeps* puede estar exenta de preocupaciones? He aprendido a convivir con ellas desde el momento en el que nuestras vidas se unieron. Lo acepté junto a los votos que pronunciamos a ojos de los dioses. ¿No es suficiente?

—Lo es, querida —añadió Augusto—. Por ello ruego que me perdones si no he sido tan sincero como debiera.

Ella le sujetó con más fuerza ambas manos y se las besó.

—Quise traer a Valerio y a sus soldados por dos razones. La primera porque mostraron lealtad hacia mí desde el principio cuando todo se complicó, y la segunda porque poseen habilidades innatas que

otros no tienen. Ninguno de mis otros guardias es tan inteligente, y me siento mucho más seguro si los tengo cerca de mí.

—Pero es un simple *optio* —le dijo ella.

—Cierto, por el momento es solo eso. Pero algo me dice que podría llegar a ser algo más. No tengo ninguna duda de ello.

CAPÍTULO XLIII

Despertó de súbito al notar cómo el agua fría le empapaba la cara. Abrió los ojos asustado, recordando la sombra que se cernió sobre él y que lo dejó fuera de combate. Tardó unos instantes en situarse. Hizo fuerza para intentar incorporarse, aunque fue imposible. Estaba sentado en una silla de madera y tenía las manos atadas a la espalda. Se asustó aún más cuando se percató de que había dos hombres de pie frente a él. Ambos iban a cara descubierta. El rostro de uno le resultaba familiar. Lo había visto en alguna parte, aunque no recordaba dónde. Fue entonces cuando notó el dolor en la frente. Sintió un agudo pinchazo y dedujo que sería la herida provocada por el tremendo golpe que le habrían propinado. El otro hombre, bastante más joven que el que le sonaba, se acercó hasta él y le sujetó con fuerza por ambas mejillas:

—¿Quién eres tú y qué hacías forzando la puerta de aquella casa? —le preguntó en primera instancia.

No fue capaz de responder. No sabía quiénes eran y qué querían de él. Estaba cada vez más asustado.

—¿Tengo que repetirte la maldita pregunta otra vez? —insistió su captor.

Trató de hablar, pero no pudo. Notó cómo el miedo se apoderaba de él. No sabía qué decir. ¿Y si daba una respuesta incorrecta? Corría el riesgo de equivocarse y que aquellos matones lo enviaran directamente al inframundo. Debería haberse quedado en la *domus* de Augusto y no hacer las cosas por su cuenta. Había querido ir demasiado lejos y aquel era el precio que iba a pagar. Todo por no quedarse quieto. Por hacer más de lo que debía.

—¿Estás asustado? —le volvió a preguntar el hombre.

Él asintió levemente, aunque sin soltar palabra alguna.

—Pues como no hables te prometo por todos los dioses que lo vas a estar aún más. Así que responde antes de que empiece a darte puñetazos en la cara, maldito hijo de Plutón.

Entonces elevó una de sus manos y cerró el puño preparándose para soltar el primer golpe. Sin darse cuenta, las palabras emergieron de su boca:

—No hacía nada… Tan solo pasaba por allí y me acerqué a curiosear un poco… —dijo balbuceando.

—Bueno, veo que no eres mudo —añadió el hombre apartándose

un poco y dejándole algo de espacio.

—¿Cómo te llamas? —preguntó el otro hombre acercándose.

—Quinto… Señor.

—¿Quinto qué más? —insistió el hombre.

—Quinto Rutilio Celer —respondió sin dejar de balbucear.

—Muy bien, Quinto Rutilio Celer. Te agradecería que me contaras la verdad —expuso con mucha calma—. No tengo tiempo que perder contigo ya que tengo asuntos más importantes de los que ocuparme. Así, que te doy una nueva oportunidad de responder si no quieres que mi amigo se divierta contigo.

Comprendió que aquello iba en serio. Seguía sonándole de algo la cara de aquel hombre, aunque su estado de nerviosismo y miedo no le dejaban concentrarse.

—Está bien… Os contaré la verdad. Pero, ¿qué garantías tengo de que me dejaréis vivir una vez lo sepáis?

—No tienes ninguna, Quinto Rutilio Celer —respondió el hombre sin inmutarse.

Aquello sí que le asustó. Sintió que todo daba vueltas y comenzó a marearse. Le vino una arcada que no pudo contener y se vomitó encima. El hombre más joven se echó a un lado mientras soltaba un improperio. El otro se quedó tal cual estaba.

—Deberíamos matarle y no perder más tiempo. Está claro que no es nadie… Además, nos ha visto las caras, así que lo mejor será deshacernos de él cuanto antes —dijo sacando un puñal del cinto.

—¿Es eso cierto Quinto Rutilio Celer? —preguntó el otro hombre.

—Sí que soy alguien… —musitó mientras notaba el gusto amargo de su vómito en la boca.

—A mí no me lo parece —añadió su captor.

Le sujetó por el pelo con fuerza y le levantó la cabeza:

—¡Ahora habla de una maldita vez o mi amigo te envía con el Barquero! —le gritó a escasa distancia de la cara.

—Está bien, está bien… —dijo entre sollozos—. Fui a esa casa porque estaba buscando a alguien —añadió sin dejar de llorar y escupir saliva por la boca.

—¿Y a quién estabas buscando allí? —le preguntó de nuevo el hombre apaciguando su tono de voz.

—A quien mató a los que allí vivían… —consiguió decir entre balbuceos Rutilio.

Le soltó el pelo y miró al otro hombre.

—¿Y por qué buscabas a ese hombre si puede saberse? —le preguntó.

—Eso qué más da ya… Me vais a matar igualmente —exclamó

viniéndose abajo.

El hombre volvió a sujetarle por el pelo para levantarle la cabeza.

—Te pregunto de nuevo y esta vez más te vale que me des una respuesta que me resulte convincente, ¿qué querías de ese hombre?

Rutilio tragó saliva y miró a los ojos del hombre. Lo había visto en alguna parte y no conseguía acordarse de dónde o en qué circunstancias. Lo que estaba claro era que no le quedaban más opciones. Debía decir la verdad, aunque esta no les gustara a sus captores.

—Quería avisarle de algo…

—¿Y por qué querías avisar a un asesino de algo? ¿Acaso tú también lo eres? —preguntó el hombre más joven.

—No soy ningún asesino —balbuceó—. Soy lictor…

Los dos captores cruzaron la mirada mientras Rutilio sollozaba como un niño pequeño. Qué más daba que supieran a qué se dedicaba. Lo que quería era que le mataran rápidamente y que no le torturaran. Ese era su único deseo.

CAPÍTULO XLIV

—Rutilio no regresó anoche.

—¿Has mandado a alguien a buscarle? —le preguntó Valerio.

—Todavía no. He preferido venir a decírtelo antes a ti —expuso Aurelio.

—¿Están todos preparados?

—Sí.

—Esperadme en la entrada. Tengo que pasar a ver al cónsul —dijo a su subordinado antes de dirigirse a la entrada de la *domus*.

¿Dónde se habría metido el lictor? Era un hombre bastante reservado, pero eso no significaba nada. Siempre cumplía con sus deberes y obligaciones, así que no comprendía el motivo por el cual no había regresado de su permiso. Era muy extraño. Lo más seguro era que se hubiera emborrachado hasta perder el sentido y estuviera en algún lupanar. Prefirió no contarle nada al cónsul para no preocuparle más de lo que ya estaba. Cuando acabara de hablar con Lutacio, aprovecharía para buscarlo por la ciudad. Se plantó en el atrio de la casa y pidió poder hablar con Augusto al esclavo que se encargaba del acceso al edificio central. Este le acompañó hasta la entrada al *triclinium*. Le dijo que el cónsul estaba en su estancia todavía y que iría a buscarle. El militar asintió y, cuando estuvo solo, entró en el comedor para esperarle. Dentro estaban Julia y su prometido, el joven Marcelo. Ambos estaban comiendo fruta de una bandeja metálica y bebiendo algo en sus copas. Al ver entrar al soldado, se incorporaron ligeramente:

—Buenos días, *optio* —dijo la hija de Augusto.

—Buenos días, mi señora —respondió haciendo una reverencia.

—¿Nos acompañas? —interrogó la muchacha invitándole a sentarse en uno de los triclinios que estaban vacíos.

—Estoy esperando la llegada del comandante…

—Puedes esperarle mientras comes algo —dijo Marcelo con una amplia sonrisa.

—Es que no tengo apetito —se excusó Valerio.

—Cómo sois los militares —comenzó a decir de nuevo el joven—. Estáis acostumbrados a tomar un *ientaculum* más bien modesto y no tan opulento como el que tenemos aquí.

—Así es, señor.

—Toma algo de fruta fresca si quieres. Según Musa es lo mejor que

uno puede tomar por la mañana, recién levantado —añadió Julia ofreciéndole una manzana que tenía un aspecto exquisito.

Valerio tomó la pieza de fruta y le dio un mordisco. La verdad es que el sabor era aún más suculento que la propia apariencia. Observó a los dos jóvenes tras haber engullido el primer mordisco. Le observaban con atención, hasta el punto de que habían dejado de comer. Estaban sentados, y Marcelo se puso en pie:

—¿Cómo es la guerra, Valerio? —le preguntó sin tapujos.

No supo que responder ya que le había sorprendido la pregunta.

—Padre dice que saca lo peor de los hombres… —espetó Julia—. ¿Es eso cierto?

Valerio asintió levemente.

—Lo es, mi señora.

—¿Has matado a muchos bárbaros, Valerio? —volvió a preguntar Marcelo.

—Más de los que hubiera querido.

—Te lo dije —añadió dirigiéndose a la hija de Augusto—. Tan pronto como le vi aparecer aquella noche, supe que era un gran soldado.

Hablaban como si él no estuviera presente. Suspiró levemente mientras le daba otro bocado a la manzana. Eran muy jóvenes todavía para comprender los horrores de la guerra. Estaba convencido de que en el momento en el que Marcelo tuviera que matar a su primer enemigo, comprendería que la realidad distaba mucho de lo que se explicaba en los tratados que acostumbraba a leer.

—¿Y has tenido que matar a algún romano? —le preguntó Julia.

—Lo tuve que hacer tiempo atrás, mi señora.

—En la guerra que mi padre libró contra el traidor de Antonio, ¿no es así?

Asintió levemente recordando aquel bautismo de guerra que tuvo a bordo de aquella nave en la bahía frente al promontorio de Actium. Un día horroroso. Uno de los peores de su vida. Había pasado mucho tiempo desde entonces y las cosas habían cambiado en todos los aspectos. Para él había pasado una eternidad, pero la realidad era que tan solo habían trascurrido cinco años.

—Estudié la disposición táctica que usó Augusto para derrotar a los traidores. Sin duda una maniobra magnífica.

¿Augusto? Más bien podría decirse que el encargado de la táctica militar en aquella batalla fue Agripa. Aunque eso no iba a ponerse por escrito obviamente. La gloria se la quedaba el que ostentaba el poder. Se preguntó cómo tratarían los historiadores al derrotado Antonio y a su reina egipcia. Mejor no averiguarlo.

—¿Es cierto que fue determinante para el resultado de la batalla la maniobra de huida que hicieron nuestras naves al iniciar la contienda? —preguntó Marcelo emocionado.

Iba a contestar a la pregunta cuando se escuchó una voz desde la entrada de la sala.

—Marcelo deja de molestar a mi *optio*.

Era Augusto. Apareció acompañado por su esposa justo en aquel preciso instante, para su suerte.

—Será mejor que hablemos en el *tablinum*, Valerio. Lejos de las incómodas preguntas de este joven —dijo el cónsul haciendo un gesto con la mano para que le siguiera.

La verdad es que le había salvado la repentina aparición y no dudó un instante en seguirle. Llevaba todavía la manzana en la mano, aunque prefirió entregársela a una esclava que pasaba por allí antes de entrar en el despacho. Augusto tomó asiento y le invitó a que hiciera lo propio en un taburete que estaba frente a su mesa. El militar cogió la vaina de la espada y la apartó ligeramente para que no le molestara al sentarse.

—He preparado esta carta para que se la entregues al prefecto —explicó mientras la dejaba sobre su escritorio.

Valerio se acercó y la cogió.

—¿Es que no vas a leerla? —le preguntó.

—Por supuesto.

De Cayo Julio César Augusto a los duoviri *de la Colonia Iulia Urbs Triumphalis Tarraco,*

Como ya sabréis hace unos días que llegué a la ciudad. Estoy recuperándome de unas dolencias sin importancia que me han alejado del frente de batalla. Cuando me haya restablecido por completo, mi propósito es regresar para concluir la campaña militar contra las tribus salvajes de las montañas.

Mientras esté aquí, desearía pasar lo más inadvertido posible para poder centrarme en el proceso de sanación. No es mi intención inmiscuirme en los asuntos que conciernen a la colonia, pues confío plenamente en la manera de dirigirla de las instituciones.

Recientemente ha tenido lugar un trágico acontecimiento que se ha saldado con la muerte de uno de los más insignes ciudadanos de Tarraco, perteneciente a la curia y que había desempeñado la magistratura de edil tiempo atrás. Quiero hacer llegar mis condolencias por el suceso. Además, han perdido la vida tres ciudadanos de Roma, siendo uno de ellos un prestigioso senador. Deseo hacerme cargo de los gastos del sepelio de esas tres personas, y para ello el jefe de mi escolta entregará una sustanciosa cantidad de monedas para sufragarlos.

Aprovecho para pedir que se le permita colaborar en la investigación de los terribles asesinatos. Al haber ciudadanos de Roma entre los fallecidos, compete al Estado participar de las pesquisas para poder llevar a los culpables ante un tribunal. Por ello solicito que él y sus hombres, estén informados de lo que el prefecto de la guardia sepa, y que tenga potestad para hacer lo que crea oportuno para arrestar a los asesinos.

Sin más, ruego por las almas de los difuntos y agradezco la colaboración de las autoridades de la colonia.

Cayo Julio César Augusto, cónsul de la República

Cuando terminó la lectura de la misiva la plegó y la depositó de nuevo sobre la mesa.

—¿Y bien? ¿Qué te parece?

—Emotiva, comandante —respondió el soldado.

—Pues si te soy sincero esa no era mi intención, Valerio —dijo Augusto soltando una carcajada—. Lo que quería era allanarte el camino para que pudieras trabajar codo con codo con el prefecto de la guardia. Aunque también es cierto que en ocasiones uno debe adornar las palabras para conseguir lo que pretende.

—Entiendo —dijo el militar.

—Entonces toma la misiva y entrégasela al prefecto para que la haga llegar a los magistrados —le indicó Augusto—. Dale esta bolsa con monedas para sufragar los gastos funerarios de Licinio, su esposa y su hijo. Hay de sobra para que hagan algo decente —añadió alargándole una pequeña bolsita de cuero que pesaba bastante.

Valerio se puso en pie y cuando tuvo todo a buen recaudo saludó a su superior y se dispuso a marchar.

—Una cosa más, Valerio.

—¿Qué desea, comandante? —interrogó.

—Haz todo lo necesario para encontrar a ese asesino. Agradecería que lo capturaras con vida para poder interrogarlo y saber quién está detrás de todo esto, aunque si debes eliminarlo porque no te queda otra opción, no dudes ni un instante.

El soldado asintió levemente y abandonó el *tablinium* dejando en el interior al cónsul.

CAPÍTULO XLV

Caminó sin rumbo durante un buen rato. Estaba amaneciendo en la ciudad, pero apenas se percató de ello. Tenía su mente ocupada en otros asuntos. Había logrado salvar la vida en el último instante, y aún le temblaban las piernas. Estaba mareado y seguía teniendo la boca seca. Vomitar le había dejado mal cuerpo, y ni siquiera el agua que le habían dado para beber lograba eliminar el gusto amargo que tenía en el paladar. Detuvo la marcha en una esquina para tratar de recuperar el aliento. Se llevó la mano al bulto que le había salido en la sien y notó un fuerte pinchazo. Estaba hinchado. No sangraba, pero seguro que tenía un buen hematoma fruto del golpe que le habían propinado. La noche había sido más intensa de lo que había imaginado, aunque lo que más le preocupaba en aquel instante no era aparecer con aquel aspecto en la *domus* de Augusto, o tener que dar una explicación al *optio* Valerio, sino enterarse de la verdad.

Ahora sí que estaba implicado del todo en aquel turbio asunto. Su exceso de curiosidad se le había girado en contra, y ahora que conocía los detalles de lo ocurrido, no pasaría mucho tiempo hasta que tuviera que arriesgarse aún más. Maldijo de nuevo el haber ido a aquella casa. Maldijo el no haberse quedado descansando como sus compañeros, y maldijo el haberse comprometido con gente de aquella calaña. Cuando recuperó parte del aliento, volvió a incorporarse y prosiguió la marcha por las callejuelas de la ciudad. Así que ese era el maldito Cayo Sexto Apuleyo… El mismo que había estado a punto de lograr la gran hazaña de acabar con la vida de Augusto. El mismo que había sido arrestado y conducido a la ciudad para ser sometido a toda clase de torturas para confesar para quién trabajaba.

No le había explicado los detalles de su fuga, pero estaba claro que era un hombre de recursos. De eso le sonaba su cara. Le había visto varias veces por el campamento de la IV legión Macedónica durante el tiempo que había acompañado al cónsul en su aventura en el frente de batalla. Él era el responsable de los crímenes acontecidos en aquella casa. Bueno, él, y el hombre que le acompañaba, que a juzgar por su aspecto y por sus maneras, no debía ser más que un vulgar matón a sueldo que se encargaba de hacer el trabajo sucio en su nombre.

Decir la verdad le había salvado la vida. Al menos por el momento, ya que no podía fiarse del todo de aquellos dos. ¿Quién le podía asegurar que ahora que estaban al corriente del tema de la misiva que

había encontrado Valerio, no decidían matarle también a él para que no se fuera de la lengua? No tenía garantía alguna de ello. Por otra parte, era uno de los pocos que tenía acceso directo a la persona de Augusto, y aquellos dos le habían dejado claro que necesitarían su ayuda en breve para poder rematar el trabajo. En cierto modo sería una estupidez por su parte matarle si era la llave para abrir la única puerta que les cerraba el paso hasta su objetivo. Por el momento estaba seguro, pero era mejor no confiarse y prepararse para cualquier otro escenario.

Todavía recordaba cómo Sexto agradeció la información que les había dado, y se disculpó por haberle noqueado y por haberle tratado con tan poca cortesía. Evidentemente no le quedó otra opción que aceptar esas disculpas, ya que no se hallaba en posición de exigir otra cosa. Le dijeron que, a partir de ese momento, siempre que tuviera que verse con ellos, lo harían en un antro de mala muerte que estaba en el barrio bajo de la ciudad, en los aledaños del puerto. Le dieron la ubicación concreta y le advirtieron que debía presentarse allí en dos noches. No atendieron a las explicaciones que les dio sobre la dificultad que le suponía abandonar su puesto estando la situación como estaba. Sexto le dijo que le estarían vigilando de cerca y que, si no aparecía a la hora y en el punto acordado, lo interpretarían como una negativa a colaborar con ellos. Le instó a buscarse la vida para poder acudir a la cita, puesto que había mucho más en juego que un simple castigo por salir de la casa sin permiso. No hizo falta insistir mucho más para darse cuenta de que estaba hablando en serio.

Le habían vendado los ojos para que no supiera dónde se escondían y le habían acompañado hasta el foro provincial de la colonia. Allí le quitaron la venda y le recordaron de nuevo lo que tenía que hacer para que no se le olvidara. Por el momento, se trataba simplemente de mantenerse alerta y si era posible intentar memorizar o hacer una copia de los turnos de guardia para aquella semana. Le exigieron demasiado a su parecer, aunque tampoco replicó. Sin mediar palabra alguna más, le dejaron allí solo y desaparecieron por una callejuela cercana. Estaba pagando un alto precio por su curiosidad. Más de lo que había imaginado. Pensó en escribir una misiva a Flaminio informándole de todo lo acontecido, aunque descartó esa posibilidad de inmediato. Esos dos se estaban preparando para actuar en breve, así que una carta tampoco llegaría a tiempo a Roma ni podría saber de qué manera actuar. Lo más lógico en cualquier caso era colaborar con esos hombres, ya que el objetivo final era mutuo. Para poder conseguir su tan ansiada recompensa, Augusto debía morir. No le quedaba otra opción.

Casi sin darse cuenta, sumido en esas complejas reflexiones, llegó a los aledaños de la casa del cónsul. La luz del astro rey se abría paso entre los edificios de la calle, así que dedujo que todo el mundo estaría ya en pie en el interior. Era ahora cuando tocaba demostrar su valía. Tenía que mostrarse convincente en sus argumentos si quería que su falta pasara inadvertida y sobre todo si su intención era que Valerio o Augusto no se dieran cuenta de su implicación en todo aquel asunto. No iba a resultar sencillo, y menos teniendo en cuenta el olfato que tenía el *optio*. Había demostrado con creces estar a la altura de las circunstancias en varias ocasiones. Jugó un papel más que destacado a la hora de desbaratar el plan de asesinato en el campamento unas semanas atrás, y ahora había vuelto a demostrar sus habilidades descubriendo aquella misiva que los asesinos habían pasado por alto. Su coartada tendría que ser convincente si no quería que le descubrieran. Se detuvo un instante antes de entrar y repasó mentalmente lo que les diría a sus compañeros y a su superior. Había estado cavilando sobre otras cuestiones, dejando de lado lo más inminente.

Y ese fue su error. De súbito y ante su asombro, se abrió la puerta de la *domus* y apareció él… Iba acompañado por tres de sus legionarios y por dos bátavos. Ambos se sorprendieron al cruzarse, aunque fue Valerio el primero en hablar:

—¿Rutilio? Por todos los dioses, ¿dónde te habías metido?

No había tenido tiempo de elaborar su coartada, así que tuvo que improvisar:

—Mis disculpas, *optio* —dijo agachando levemente la cabeza—. Ha sido una noche muy complicada…

—Tu aspecto así lo refleja —añadió Aurelio que iba a su diestra.

—¿Qué es lo que te ha sucedido? —le preguntó de nuevo su superior—. Esas heridas que tienes en la cabeza…

—Es una historia larga, señor —respondió.

—Pues hazme un resumen que tengo asuntos urgentes de los que ocuparme.

—Decidí ir a uno de los prostíbulos que hay en la zona baja de la ciudad, señor —comenzó a relatar.

—Mala zona aquella —interrumpió Aurelio que conocía muy bien la colonia y quiso alardear de ello.

—¡Por Júpiter, Aurelio! Déjale que continúe —le regañó Valerio haciendo un gesto con su mano para que el lictor prosiguiera con su relato.

—Estuve bebiendo un poco más de lo habitual, y entonces una de las mujeres se acercó hasta mí y me ofreció subir a una habitación

para pasar un buen rato. Ya sabe, llevamos tanto tiempo en el frente y luego encerrados en esta casa, que hay necesidades que deben ser cubiertas —añadió esbozando una leve sonrisa.

—Comprendo… —asintió levemente el oficial.

—Recuerdo haber yacido con ella hasta en dos ocasiones…

—Te habrá salido caro, amigo —dijo soltando una carcajada Pompeyo, otro de los legionarios que acompañaban a Valerio mientras los dos bátavos sonreían ante el comentario.

El *optio* se giró hacia el soldado que acababa de hablar y le miró fijamente. No hizo falta reprimenda alguna, ya que comprendió que había hablado más de la cuenta.

—Después de eso, salí de la habitación y bajé las escaleras. Le pagué al hombre que servía por los servicios prestados y abandoné el local. Tan solo recuerdo haber caminado un par de calles, cuando alguien me llamó. Al darme la vuelta no tuve tiempo de defenderme… —expuso mientras se señalaba el tremendo golpe que tenía en su sien.

—¿Recuerdas la cara del que te lo hizo? —preguntó Valerio con gesto serio.

—No, señor… Sucedió todo muy rápido —respondió encogiéndose de hombros.

—Está bien —dijo el oficial—. Entra y que alguno de los esclavos te cure esa herida tan fea. Cuando venga Musa, le diré que te eche un vistazo por si acaso. Descansa lo que queda de día, y mañana vuelves de nuevo a tus obligaciones. ¿Entendido?

—Sí, señor. Gratitud —dijo el lictor pasando junto a él.

—Una cosa más, Rutilio —añadió sujetándole por el codo y deteniéndolo.

—¿Sí, señor? —preguntó un poco tenso.

—Es mejor que no le digas nada de esto al cónsul. Queda entre nosotros.

—Por supuesto —respondió con cierto alivio justo antes de que su superior le soltara y le dejara continuar.

Cuando cruzó la puerta, soltó un suspiro de alivio y saludó con un gesto leve de cabeza a dos de los bátavos que estaban allí montando guardia. No hablaban su lengua muy bien, pero entendió alguna de sus palabras y una de ellas venía a referirse a él como si fuera un tarugo. Optó por hacer caso omiso al comentario de aquellos dos bárbaros, ya que si le daba importancia al asunto podría perjudicarle ahora que parecía que se había escabullido con cierto éxito. Al fin y al cabo había conseguido su objetivo, y eso era lo importante en aquel momento. Incluso Valerio le había dado permiso para descansar hasta el día siguiente, o sea que la cosa no había ido tan mal. Parecía que

Fortuna le sonreía. Esperaba que lo hiciera durante más tiempo a ser posible.

* * * * *

—¿Así que ese era el infiltrado que tenían tus socios cerca de Augusto?

—Por lo que ha expuesto, es evidente que sí —respondió Sexto.

—Los dioses nos son favorables al haberlo conducido hasta nosotros.

—No sé dónde ves tú el favor de los dioses.

—Veo que estás molesto —afirmó el asesino.

—¿Cómo quieres que esté? Valerio ha leído la carta que escribió ese maldito traidor —dijo Sexto malhumorado—. Debí haberme tomado más tiempo en registrar aquella estancia… Si hubiera encontrado esa misiva, no estaríamos en esta situación y seguiríamos teniendo ventaja.

—¿Acaso no la tenemos aún?

—Saben que andamos por aquí y eso hará que sea mucho más difícil llegar hasta ellos —respondió.

—Pero no saben quiénes somos. Ni tampoco saben que ahora tenemos a alguien dentro, muy cerca de ellos que les vigila.

—La última vez que conté con un infiltrado, la cosa no salió demasiado bien. Así que no es que me entusiasme esa idea precisamente —añadió pensando de nuevo en Flavio y su doble juego que hizo que todo fracasara.

—¿Quieres decir que deberíamos habernos deshecho de ese lictor?

Sexto dudó por un momento antes de responder.

—No lo sé… Existe la posibilidad de que decida hablar con Valerio, o incluso con Augusto.

—Creo que no lo hará. Se lo hemos dejado bastante claro —señaló el asesino esbozando una sonrisa.

—Me ha reconocido… Y eso no me convence.

—Es uno de los riesgos que tiene el hecho de deambular por un campamento lleno de ojos que te observan —dijo bromeando el hombre.

Sexto lo miró con cara de pocos amigos. No le había gustado nada el comentario.

—Es igual. Tampoco es que podamos hacer nada ya. Nos ha venido bien saber que están en alerta, y eso nos hará actuar con más cautela llegado el momento.

—Cierto —asintió su socio—. ¿Has pensado cómo lo vamos a hacer?

—Todavía no…

CAPÍTULO XLVI

—Pobre Rutilio… El muchacho solo quería aliviarse, y mira cómo le han dejado la cara…

—Es el riesgo que se corre cuando uno se mete en un lugar que no conoce —expuso Aurelio al joven Mario que iba caminando a su lado—. Hay ciertas zonas de la ciudad a las que no es aconsejable ir solo.

—Imagino que no debía de estar al corriente de lo que se cuece por allí —añadió el joven legionario.

—Entonces más le habría valido preguntar…

Aurelio dio por zanjada aquella conversación con el joven recluta y aceleró un poco el paso hasta colocarse al lado de su superior. Cuando estuvo a su diestra, le dijo:

—Podría haber acabado mucho peor para él. ¿Recuerdas lo cerca que estuvimos nosotros de morir en aquel callejón?

—Era distinto, Aurelio —respondió el *optio*.

—¿Qué te sucede? Estás muy serio. Más de lo habitual.

—Me ha mentido —dijo secamente.

—¿Quién? ¿Rutilio?

Valerio asintió levemente.

—¿Por qué dices eso? ¿No te parecían bastante reales esos golpes que tenía en la cara? —le interrogó—. Dudo mucho que se los haya hecho él solo.

—Cuando a uno lo asaltan en un barrio como ese, lo más normal es que le quiten todo lo de valor que lleve encima —expuso el *optio*.

—Por supuesto… Al menos es lo que yo haría.

—Entonces, ¿cómo es que llevaba todavía su bolsa de cuero atada al cinto? —le espetó.

—No me fijé, sinceramente —reconoció Aurelio.

—Cuando pasó por mi lado, la vi claramente. Y parecía estar bien llena.

—Eso cambia las cosas. No hay duda —dijo el legionario asintiendo levemente con la cabeza—. ¿Qué quieres que hagamos?

—De momento vigilarle de cerca y estar atentos a sus movimientos. No sé en qué anda metido, pero podría estar relacionado con la misiva y lo acontecido en la casa de Severo.

—¿Quieres que regrese a la *domus*? —interrogó el soldado.

—Hacerlo ahora resultaría demasiado sospechoso. Además, mientras le atiendan los esclavos y posteriormente Musa, no estará

solo. Sea lo que sea lo que trame, y si es inteligente, deberá ser cauto durante un tiempo si no quiere que sospechemos. Por el momento no le digas nada a los demás. Tú y yo nos encargaremos de vigilar sus movimientos.

—Será lo mejor, Valerio.

Ambos hombres continuaron la marcha en silencio. Había quedado claro lo que iban a hacer a partir de entonces.

* * * * *

La torre donde estaba construido el pretorio era inmensa. Estaba ubicada justo en la parte de la muralla que quedaba frente a la línea del mar, insertada en la misma. Era una edificación muy alta, y estaba fabricada con el mismo material que el muro defensivo perimetral de la ciudad. Para acceder a él, se tenía que pasar por encima de un puente de madera que se alzaba sobre un profundo foso. Dos hombres estaban montando guardia justo en el acceso del mismo. Al ver llegar a la comitiva armada, uno de ellos alzó su mano y les indicó que se detuvieran. Valerio se adelantó y enseñó un documento que le había emitido Augusto que hacía las veces de salvoconducto. El guardia lo leyó y le ordenó a su compañero que se quedara con los recién llegados, mientras desaparecía por una pequeña puerta lateral que quedaba un poco oculta, para dar parte de la llegada de aquella comitiva a los oficiales superiores que estaban de servicio.

Al cabo de poco, los grandes portones de acceso a la torre del pretorio se abrieron de par en par. Del interior salió el prefecto Lutacio acompañado por el mismo guardia que les había dado el alto, y por cuatro más que iban detrás de él. Avanzó por la pasarela de madera a buen ritmo hasta llegar a escasa distancia del grupo. Entonces detuvo la marcha y alzando el brazo saludó:

—¡Salve, Valerio! Bienvenido.

—Salve, prefecto —respondió el aludido.

—¿Qué te trae por aquí?

—Me manda el cónsul. Ha redactado una misiva que quiere que le entregues a los *douvirii* de la colonia —informó mientras la sacaba del interior de su túnica.

—Así se hará —dijo alargando la mano y recogiéndola.

—Además, quiere que les hagas llegar estas monedas de su parte para sufragar los gastos del sepelio de Licinio y su familia —añadió mientras las cogía de su cinto y se las entregaba.

—Es generoso el cónsul —afirmó—. Estas monedas servirán para que tengan un funeral digno de su estatus social. De otra manera habrían sido enterrados en una tumba sencilla como el resto de

ciudadanos más humildes.

—Hay algo más…

—¿Sobre el asesinato? —interrogó el prefecto dándose cuenta de la cara seria que ponía Valerio.

—Sí.

—Entonces será mejor que entremos. No creo que este sea un buen lugar para tratar temas tan delicados.

Lutacio dio indicaciones a sus hombres para que acompañaran a la escolta del *optio* al interior del recinto. Les ordenó que les sirvieran algo de comer y beber mientras invitaba al oficial a que le acompañara al piso de arriba, donde tenía su despacho. Una vez estuvieron allí, se encargó de servirle una copa de vino a su invitado justo antes de tomar asiento.

—Tú dirás, Valerio… —dijo invitándole a compartir la información.

—Ante todo quiero pedirte disculpas por no haber confiado lo suficiente en ti.

Lutacio asintió levemente sin saber a qué venían aquellas palabras iniciales del *optio*.

—Debí habértelo contado el otro día, y más teniendo en cuenta lo colaborador que te mostraste conmigo en todo momento…

—Bueno, a todos nos cuesta confiar en alguien al que acabamos de conocer —añadió el prefecto tratando de mostrarse cortés con Valerio.

El soldado sacó otra misiva del interior de su túnica y se la entregó a Lutacio. Sorprendido, el prefecto la cogió.

—Léela.

Lo hizo con detenimiento y se tomó su tiempo. Cuando finalizó la volvió a doblar y se quedó en silencio observando a Valerio.

—Lo lamento —dijo este de nuevo agachando levemente la cabeza.

El prefecto se llevó la mano derecha a la barbilla y se la rascó con suavidad. Hizo ademán de decir algo, aunque al final desistió y optó por mantenerse en silencio un rato más. Estaba molesto. Se podía percibir en su rostro y sobre todo en su repentino e incómodo mutismo. Valerio reflexionó en silencio pese a que ya había tenido en cuenta esa posible reacción de Lutacio. Era normal y no le podía reprochar nada al hombre, ya que el contenido de la carta era importante, y ese hombre era el encargado de la investigación oficial. Trató de ponerse en su lugar por un instante. No le fue difícil, y pensó acerca de cuál habría sido su reacción de haber sucedido de tal manera. Tampoco comprendería el motivo de haber ocultado la existencia de la carta, y menos teniendo en cuenta el interés que ambos tenían en la resolución del crimen. Decidió que ante aquel

molesto silencio que se estaba alargando más de lo necesario, debía ser él quien diera el primer paso, así que habló:

—Comprendo que estés enfadado conmigo, prefecto. Pero debes entender las cosas. Rindo cuentas ante el cónsul y eso implica tener que explicarle todo lo ocurrido antes a él.

—Entiendo… —respondió Lutacio.

—Estamos hablando de un asunto que afecta a la seguridad de Augusto. Ya te expliqué lo que ocurrió en el campamento, y lo cerca que estuvieron los conjurados de acabar con su vida. Es más grave de lo que pueda parecerte a ti desde tu cómoda posición de prefecto de una colonia.

Se dejó llevar un poco por la impulsividad y quizás esas últimas palabras estuvieron fuera de lugar. Su intención no era faltar al respeto a Lutacio, ni tampoco a la ciudad de Tarraco.

—Mis disculpas, prefecto. No quería decir eso…

—Aunque lo has dicho, sin duda —añadió pronunciando la frase más larga desde que concluyera la lectura de la misiva.

—Me refería a que este asunto es más grande de lo que imaginas. Hay mucho en juego, y por ello debo ser cauteloso con los pasos que doy. Augusto es el pilar sobre el que se sustenta la República. Imagínate lo que ocurriría si le mataran.

Su contertulio guardó silencio. Parecía estar analizando la cuestión que le había expuesto. Se puso en pie a cabo de un instante y se acercó hasta su diestra. Le colocó la mano sobre el hombro y le dijo:

—Sé lo que es servir a los intereses de otros, Valerio. Los políticos no son soldados y no entienden lo que significan las palabras lealtad y honor. He procurado llevarme siempre bien con ellos, aunque guardando las distancias, por mi propia seguridad.

Valerio asintió, ya que en aquellas últimas semanas se había dado cuenta de lo complicados que eran los asuntos de Estado.

—Si a nivel de esta humilde colonia, ya suceden cosas así, no quiero ni imaginarme lo que será tener que tratar con el todopoderoso *Princeps*. Ruego que tú también me disculpes —añadió el prefecto apartándose un poco de él—. Mi reacción no ha sido la adecuada tampoco.

—Los dos nos hemos equivocado…Y más teniendo en cuenta que queremos lo mismo —señaló el *optio*.

De nuevo volvía a demostrarle que era un hombre íntegro, en el que se podía confiar. Aunque su reacción inicial había sido adversa, había demostrado que sabía sobreponerse y comprender la gravedad de los hechos.

—Entonces, ¿por dónde empezamos?

CAPÍTULO XLVII

***Domus* de Fabio, Roma, aquella misma mañana**

—Estamos en nuestro derecho de saber cómo están yendo las cosas. Todos tenemos miedo.

—Ya os he dicho que no tenéis que preocuparos por nada —dijo Emilio alzando un poco la voz para hacerse escuchar por el grupo de senadores que habían solicitado la reunión para debatir algunos puntos que les inquietaban.

—¿A ti no te preocupa que no se sepa nada de Licinio ni de su familia desde hace ya unos cuantos días? —preguntó Quinto Horacio Avito, uno de los senadores más ancianos del grupo de conjurados.

—Ya sabéis que Licinio tiene negocios fuera de Roma, así que es muy posible que haya tenido que marcharse para ocuparse de alguno de ellos —respondió Emilio tratando de restarle importancia a aquel asunto.

—Su casa está cerrada a cal y canto, y sus vecinos no saben nada de él ni de su familia desde hace demasiado. No es lógico que nos digas que no nos preocupemos por lo que a ti te parece un insulso detalle, Emilio —añadió el senador Sergio Cursor justo antes de que varios de los presentes alzaran su voz dando sus propias opiniones sobre el asunto.

—Está bien… ¡Silencio, por favor! —gritó Fabio tratando de llamar a la calma a todos los honorables miembros de la cámara allí reunidos.

Emilio le miró de reojo y se acercó hasta él para decirle al oído:

—Debemos convencerles cuanto antes o la situación se nos irá de las manos…

—Estoy de acuerdo, pero debemos elegir con suma cautela las palabras, ya que tenemos que mostrarnos más convincentes. No hay duda de que se temen lo peor —añadió el anfitrión.

Emilio sabía que ser convincente en esos momentos era complicado. No habían tenido en cuenta aquella parte del plan a la hora de deshacerse de Licinio, y el fantasma de la *prosciptio* planeaba sobre el techo de aquella casa. El miedo se había apoderado de los implicados en la trama, que, pese a no decirlo en voz alta, creían que Augusto ya se había enterado de quiénes estaban metidos en aquella conspiración y había comenzado a eliminarlos.

—¡Senadores! ¡Nobles padres conscriptos! ¡Ruego un poco de

calma a todos para poder hablar!

Varios de los presentes alzaron las manos intentando llamar al orden al resto, que poco a poco fueron ocupando de nuevo sus respectivos asientos y recuperando la calma. Cuando el público pareció estar sereno, Emilio tomó la palabra de nuevo:

—Comprendo vuestra preocupación por este asunto, y comparto la inquietud que podéis estar sintiendo ahora. Pero quiero dejar claro que no es más que un temor infundado que no se corresponde con la realidad. Imagino que os vendrán a la cabeza las persecuciones políticas y las consecuentes purgas que ocurrieron años atrás.

De nuevo se escucharon murmullos y algunos comentarios entre los asistentes.

—¡Os pido calma y tranquilidad! Sé que algunos de vosotros pasasteis serias dificultades en aquellos aciagos y convulsos momentos de nuestra querida República —dijo Emilio tratando de ser convincente transmitiendo seguridad en sus palabras—. Por ello, os invito a que comparéis lo que vivisteis en aquella ocasión, y lo que está ocurriendo ahora. ¿Acaso tenéis indicios suficientes que os hagan pensar que nos hallamos ante la misma situación? —preguntó a todos en general.

Nadie respondió. Algunos se miraron entre ellos, pero nadie tomó la palabra. Así que Emilio prosiguió con su discurso.

—¿Dónde están los jinetes recorriendo las calzadas en busca de los hombres que constaban en las tan temidas listas? ¿Dónde están los guardias y los soldados recorriendo las calles de Roma, entrando por la fuerza en las casas y llevándose a los esposos, padres, hermanos e hijos para ser juzgados? ¿Habéis sido testigos de alguna de esas cosas en los últimos días, nobles padres conscriptos? Os recuerdo que aquellos días fueron de terror absoluto. El miedo campaba por las calles de Roma. Yo también lo viví, amigos.

El silencio se mantuvo, aunque en aquella ocasión muchos de los senadores comenzaron a asentir, mostrándose a favor de las palabras de Emilio. El senador era capaz de ser muy convincente cuando se lo proponía. Razón no le faltaba, ya que sabiendo que las proscripciones no se estaban produciendo, jugaba con esa ventaja y podía mostrarse muy tranquilo ante los que le escuchaban. Esa era la idea, transmitir la misma serenidad que él tenía a sus oyentes. Si le veían tranquilo, no habría mayor dificultad a la hora de convencerlos con sus argumentos.

—¿Entonces qué hay de Licinio y de su familia? —insistió Sergio que no había olvidado aquel tema.

—Ya os he dicho antes que estará fuera de Roma y se habrá llevado a su esposa y a sus hijos con él. Tiene un par de villas, una en

Neapolis y otra en Paestum, si mal no recuerdo —dijo otro de los senadores que parecía estar más convencido.

—También posee grandes extensiones de vid en esas propiedades, y su negocio vinícola es uno de los más importantes de aquella región. Es posible que haya tenido que ir hasta allí para atenderlo —añadió otro de los senadores tratando de aportar otra hipótesis distinta.

Daba la sensación de que cada vez eran más los que comenzaban a creerse las palabras de Emilio, y eso era muy reconfortante.

—¿Y qué me decís de que sus vecinos no sepan nada de ellos? —volvió a preguntar Sergio.

—¡¿Acaso debo informar a mis vecinos de todo lo que hago?! —exclamó riendo Emilio para desacreditar al senador que estaba comenzando a ser ya un poco molesto con sus continuas intervenciones.

La mayoría de los presentes rieron la ocurrencia y algunos señalaron a su compañero haciendo que se viera obligado a tomar asiento y a mantenerse en silencio.

—Todos conocéis a Augusto. Sabéis que es un hombre que a simple vista parece tranquilo y calmado, aunque cuando tiene que ser contundente, no le tiembla el pulso. Lo hizo en el pasado, y algunos de vosotros lo sufristeis. Si nos hubiera descubierto, ¿no creéis que habría hecho las cosas de otra manera? Os lo vuelvo a repetir, ¿habéis visto alguna prueba clara de que estemos en peligro? —y tras la pregunta miró fijamente al senador que había intervenido varias veces infundiendo un tinte de negatividad en el resto.

—Emilio tiene razón, compañeros —intervino Fabio tratando de ayudar a su colega—. Las conjuras se suelen aplastar de manera firme y rápida y, sobre todo, en público para que nadie intente hacerlo de nuevo. Eso no ha ocurrido, como nos ha dicho con tan buen criterio nuestro querido compañero, así que os invito a que estéis tranquilos y volváis a vuestras casas con vuestras familias. Retomad vuestras obligaciones sin temor. Como ya hablamos en la última reunión, que la tranquilidad regrese a la República para que el *Princeps* se sienta cómodo y libre de toda amenaza. No os mostréis nerviosos con vuestros familiares y allegados. Evitad que la sospecha planee sobre vuestras cabezas. Debemos transmitir la sensación de que todo va bien, y entonces, cuando no se lo espere, será cuando volvamos a pasar a la acción.

Emilio asintió levemente y puso la mano sobre el hombro de Fabio.

—Las palabras de nuestro anfitrión son las mismas que os habría dicho yo mismo para concluir la reunión. Pero, para que estéis más tranquilos aún, me comprometo a buscar información sobre Licinio y

su familia —dijo Emilio ante su ya calmada audiencia—. Cuando sepa algo de ellos, os prometo que os avisaré para volvernos a reunir.

Los senadores asintieron entre ellos y conversaron en voz baja dando a entender que la propuesta de Emilio era razonable. Poco a poco todos comenzaron a marcharse de casa de Fabio, no sin antes detenerse a agradecerle la hospitalidad y a intercambiar impresiones tanto con él como con el portavoz de la trama. Pasó un buen rato hasta que todos hubieron abandonado el lugar. Fue entonces cuando Emilio, satisfecho por el resultado de la reunión y por haber podido apaciguar los ánimos de sus compañeros, tomó asiento en un *triclinium* de la estancia. Se llevó a la boca unos granos de uva fresca e invitó al anfitrión a hacer lo propio. Este negó con la mano y comenzó a hablar en un tono de voz muy bajo:

—¿Es que los dioses te han nublado el juicio, Emilio? Acabas de comprometerte con todos ellos a que darás con Licinio y con su familia. ¿Te das cuenta de lo que eso significa?

El aludido seguía comiendo uvas, mientras esbozaba una leve e imperceptible sonrisa.

—Licinio está muerto… —dijo nervioso Fabio.

—Lo sé, amigo —respondió el otro hombre.

—¿Y lo dices con esa tranquilidad? ¿Qué se supone que les vas a explicar a los demás?

—Siéntate y come algo de fruta, Fabio. Te has mantenido sereno durante toda la reunión, ¿y ahora vas a perder los nervios?

—No me apetece estar sentado en estos momentos —recriminó haciendo un gesto con su mano derecha.

—No hay mejor oportunidad que la que se nos ha presentado —comenzó a decir Emilio con el semblante un poco más serio—. ¿Te das cuenta de que ahora podemos explicarles lo que más nos convenga a nosotros?

—¿Y qué les vamos a decir? ¿Que está muerto? ¿Que le hemos hecho matar porque existía una pequeña posibilidad de que nos delatara a Augusto? ¿Que tomamos esa decisión por nuestra cuenta, basándonos en que ya había hecho algo similar en el pasado, y sin consultarles a ellos?

—Por supuesto que no… Tampoco será necesario ir a buscar información a ninguna parte, amigo Fabio. Es tan fácil como buscar a alguien de nuestra confianza que verifique una de esas versiones que hemos expuesto. Puedes elegir la que más te guste —ironizó a la vez que se ponía en pie de nuevo.

No era mala la idea que había tenido Emilio. Era un hombre que cada vez le sorprendía más. Tenía una mente brillante y una

capacidad de improvisación excelente.

—De aquí a unos cuantos días, reuniremos de nuevo a los demás y les explicaremos que Licinio y su familia se encuentran en una de sus propiedades tal y como hemos expuesto haciéndose cargo de sus negocios, por ejemplo. Incluso traeré a alguno de mis hombres en calidad de testigo para que confirme esa versión —expuso el senador.

—A uno que no conozca nadie.

—Por supuesto. Tengo una red de clientes bastante extensa, y muchos ellos me deben algún favor personal —explicó de nuevo con aire de satisfacción.

—Lo único que me preocupa llegados a este punto es que regrese su esposa a Roma y pueda explicar otra versión de los hechos que tumbe la nuestra.

Ese era un detalle importante. Algo que no había tenido en cuenta Emilio y que llegado el caso podría perjudicar a su plan. O no… Quién sabe si Licinio y su familia regresarían alguna vez a la ciudad. Lo más probable era que no supieran de ellos nunca más, teniendo en cuenta que Sexto y el asesino habían seguido sus pasos para darles caza. Pese a ello, no las tenía todas consigo. Existía la posibilidad de que no hubieran llegado a tiempo y Licinio le hubiera explicado todo a Augusto. Cada noche, en sus plegarias, le tenía presente, y confiaba en que su amigo hubiera sido capaz de enmendar aquel fatal error, aunque las dudas siempre estaban allí. Era inevitable dejar de pensar en un nuevo fracaso. Si no lo impedían, lo más seguro es que aquellas terribles proscripciones de las que habían hablado en la reunión, se convirtieran más en una realidad que en un simple temor. Prefirió no adelantarse a los acontecimientos, y esperar que fueran los dioses los que decidieran, como siempre hacían. Todavía no había recibido ninguna carta de él y ya habían pasado bastantes días, así que deseó que hubiera podido cumplir su cometido.

—No debes preocuparte por eso. Al ausentarse su esposo, habrá vuelto de inmediato al regazo de su familia. Sin Licinio, ella no es nadie, y nada la ata a Roma. Con suerte comenzará una nueva vida, lejos de aquí —añadió Fabio.

—No sé… También podrían hacer que alguien indagara en el asunto. Es muy sospechoso que un hombre de su categoría desaparezca sin más, y nadie de su entorno o del de su esposa se preocupe por buscarlo. Ahora pienso que quizás tomamos una decisión precipitada al pagar a alguien para que se deshiciera de él —repuso Emilio encogiéndose de hombros.

—¿Estás diciendo que no debimos planear su eliminación?

—Tan solo digo que cabía la posibilidad de que no hubiera

acabado hablando con nadie —señaló Emilio descolocando por completo a su contertulio.

—Qué más da eso ahora… Ya está hecho… Es un cobarde, y estoy convencido de que si hubiera tenido la oportunidad de salvar su pellejo hablando con Augusto, no habría dudado ni un instante en hacerlo. A decir verdad, incluso sería capaz de vender a su propia madre llegado el caso.

—Hablas de él como si estuviera vivo —corrigió el otro senador.

—Me refería a que lo habría hecho de haber estado vivo —dijo Fabio tratando de disimular su error—. Tomamos la mejor decisión posible, Emilio. Además, insisto en que ya no se puede hacer otra cosa. Está hecho, y no podemos atormentarnos más por un asunto que se escapa a nuestro control.

—Tienes razón. Lo hicimos para salvar a la República y eso está por encima de todo lo demás. Si yo mismo tuviera que morir por ella, lo haría sin cuestionármelo.

—Entonces, podríamos concluir que hemos actuado de esta manera por y para con Roma.

—Sea así, amigo Fabio.

CAPÍTULO XLVIII

Todavía no sabía cómo lo iban a hacer, aunque con la repentina y casual aparición en escena de Rutilio, parecía que los dioses le querían compensar todo lo malo que le habían hecho hasta entonces. Al principio no lo había visto de aquella manera, ya que desconfiaba de aquel lictor. No dejaba de ser alguien al servicio de Augusto, y tras llevar tanto tiempo como les había contado sirviéndole, era posible que su lealtad fuera mayor de la que afirmaba tener. En cualquier caso, y haciendo caso a lo que su socio le había planteado, la oportunidad era buena y no podían desaprovecharla. Las dudas se despejarían a la noche siguiente cuando se reunieran con él, tal y cómo habían acordado. Si acudía a la cita, demostraría que era de fiar. Eso tendría su recompensa final. Al menos así se lo había asegurado su contacto. Esa era la promesa hecha por los que estaban al frente de la conspiración. Por suerte para ellos, les relató todos los detalles de su trato con un tal Flaminio, quien decía ser su contacto en Roma.

Él no lo conocía, o al menos no por ese nombre. Según el acuerdo, a cambio de irles pasando información importante acerca de los movimientos del cónsul, los conjurados se habían comprometido a otorgarle el rango de caballero y ofrecerle alguna magistratura acorde con su nueva posición. A partir de ahí, y con un estatus muy por encima de lo que jamás habría podido pretender, sería él quien tendría que progresar de la manera que considerara oportuna. Ese era el acuerdo que tenía con ellos, y como estaba basado en la ambición personal, Sexto pensó que esa era una motivación más que suficiente como para seguir siendo leal a la causa. Aunque claro, el desgraciado no había contado con tener que implicarse de una manera tan activa y directa en la acción y eso siempre podía convertirse en una desventaja.

Apenas había tenido tiempo para tratar con él y, a decir verdad, las circunstancias que habían rodeado el encuentro no habían sido las más adecuadas. De todas maneras, la primera impresión había sido que se trataba de un tipo inteligente. Si había sido capaz de conseguir semejante acuerdo y seguía aún con vida, era porque sin duda sería un elemento importante dentro de la conjura. Debía ser espabilado si se había mantenido oculto hasta aquel momento ya que eso no era nada fácil de hacer. De todas maneras, pensó que sería mejor no depender en exclusiva de él y tratar de idear un plan alternativo por si acaso. El

tiempo le había demostrado que era mejor no fiarse de los demás y tratar de tener siempre una alternativa disponible. El hecho de hacer las cosas por uno mismo era un valor añadido y acomodarse en las acciones de otros podía significar la muerte. En los últimos tiempos había delegado demasiado, y las cosas no le habían ido tan bien como antes.

Además, tampoco es que estuviera solo, ya que contaba con aquel nuevo socio que se había comportado mejor de lo que esperaba. Hasta el momento había demostrado estar a la altura de las circunstancias, compensando de buena manera los errores que había cometido. El único aspecto que no le había acabado de gustar, era que se hubiera mostrado clemente con la vida del bebé de Licinio. Él lo habría hecho de una manera distinta. Habría cortado de raíz teniendo en cuenta el riesgo que suponía dejar a un descendiente de aquel traidor con vida. Tan solo se lo permitió porque el recién nacido jamás podría saber lo que le ocurrió a su verdadera familia. El asesino se había encargado de no dejar ningún cabo suelto a la hora de entregárselo a sus nuevos progenitores. Al menos eso era lo que le había asegurado tan pronto como regresó. Estuvo tentado de preguntarle sobre el destino del retoño, pero al final decidió no hacerlo. Aunque jamás se lo reconocería a su socio, pensó que este había obrado de la manera correcta. En su fuero interno, sabía que aquella criatura era inocente y que merecía tener una segunda oportunidad. La primera había resultado trágica por el mal hacer de su padre.

Cogió un papiro que había comprado cerca del lugar donde estaban hospedados, mojó la pluma en la tinta, y comenzó a redactar la misiva para su amigo Fabio. Quería informarle de todo lo que había ocurrido hasta aquel momento para que estuviera tranquilo. Se había jugado mucho por él y lo menos que podía hacer era enviarle nuevas de cómo estaban yendo las cosas en Tarraco.

¡Salve amigo!

Espero que las cosas por Roma estén tranquilas. Aquí en Tarraco todo está saliendo bien. Mi socio y yo hemos cumplido con la primera parte de la tarea tal y como cabía esperar. Conseguimos dar con nuestro amigo y con su familia y les hicimos una visita que acabó tal y como pronosticamos.

El siguiente paso, aprovechando que estamos aquí y que hemos contactado con el amigo de Flaminio, será intentar culminar el plan para que vosotros no tengáis que preocuparos más por el asunto. Según parece, nuestro contacto nos allanará el camino para poder finalizar el negocio que me trajo a Hispania en su día y que no pude cerrar satisfactoriamente. Es lo menos que puedo hacer después de la confianza que has depositado

en mí. Agradezco que me hayas cubierto en todo esto, y rezo a los dioses para que pronto podamos reunirnos de nuevo en Roma y hablar sobre este asunto como si se tratara de un pequeño contratiempo que finalmente pudimos resolver, disfrutando de un buen vino de esos que dices que guardas a buen recaudo para celebraciones especiales.

Que Fortuna guie tus pasos, amigo.

Se despide cordialmente C.S.A.

Cuando acabó de redactar la carta, enrolló el documento y lo cerró. Se levantó de la silla de madera y se dispuso a salir de la habitación para encargarse de buscar un mensajero que hiciera llegar la carta a su destinatario. Justo cuando iba a abrir la puerta, su socio apareció con algo de comida que había ido a comprar.

—¿Vas a salir? —le preguntó.

—Tengo que enviar esta misiva a Roma. Volveré en un rato.

—Está bien. He traído algo de pan y queso. Pensé que tendrías hambre —le dijo mientras le mostraba los majares.

—Con una hogaza de pan tendré suficiente. El resto te lo puedes comer tú.

—Cómo veas… —respondió el asesino—. Más para mí.

Tomó asiento en el camastro y comenzó a cortar el queso con el mismo cuchillo con el que había sesgado tantas vidas no hacía demasiado tiempo y que había limpiado concienzudamente.

—¿Crees que ese tal Rutilio vendrá mañana? —le preguntó antes de que pudiera salir de la estancia.

—Por su bien espero que lo haga.

—Deberíamos buscar a alguien más para que nos ayude —dijo de súbito el hombre.

Ni siquiera respondió. Cerró la puerta y descendió por las escaleras que le conducían a la calle.

CAPÍTULO XLIX

Después de informar a Augusto de lo acontecido en la reunión con el prefecto Lutacio, se encerró en su despacho para sumirse en la organización de los turnos de guardia de los siguientes días. Ahora que sospechaba de aquel lictor, prefirió no dejarlo solo en ningún momento con el cónsul, y le asignó en los turnos junto a Aurelio, el único que por el momento estaba al corriente de todo. Había dado instrucciones a su compañero para que no le perdiera de vista en ningún momento. Le recalcó lo importante que era no delatarse con ningún comentario o movimiento que pudiera hacer que sospechara que le estaban vigilando. Le dijo que se comportara con absoluta normalidad y ambos acordaron que por el momento no le dirían nada a los demás legionarios, al menos hasta que estuvieran más seguros de que ese hombre podía estar implicado en todo aquello.

Por otra parte, y repasando mentalmente de nuevo el acuerdo de colaboración al que había llegado con Lutacio, no podía sino decir que este suponía una ventaja, ya que el oficial al mando de la guardia se había comprometido a cederle los recursos humanos que necesitara para poder proteger mejor a Augusto. Tras el desencuentro inicial, el hombre había demostrado ser íntegro, y le había reasignado a ocho de sus guardias para que le acompañaran y reforzaran de esa manera el servicio de custodia del amplio perímetro de la casa del cónsul. Él los aceptó de forma cordial, pensando que le vendrían muy bien para aumentar los turnos en cuanto a efectivos, aunque por el contrario temía que el hecho de aumentar el número de guardias llamase demasiado la atención de aquellos que acechaban. Si veían que había más vigilancia, quizás se retiraran y entonces sí que sería difícil dar con ellos.

También aceptó que el prefecto pasase al menos una vez al día a verle por la *domus*, para ir manteniendo contacto asiduo con él y así poder transmitirle la información de primera mano. A su vez, Valerio le había expuesto el caso del lictor, ya que no quería esconderle más información, y le había dicho que se encargaría de tenerlo controlado, porque no se acababa de fiar del todo de él. Ambos hombres acordaron como medida inicial reforzar las patrullas por la zona alta de la ciudad; aunque tratarían de hacerlo de la manera más discreta posible para no llamar la atención, ni de los residentes ni tampoco de los asesinos. No querían que sospecharan.

Se sirvió una copa de vino y la saboreó con placer. Nunca había ocupado un puesto de mando directo, pero reflexionó sobre lo complicada que era la gestión. Pensó en Cornelio y Salonio, y en cómo actuaban en cada momento. Trató de ponerse en su pellejo para afrontar la situación que se le venía encima. Él no tenía su experiencia, y en cierto modo deseó volver a ser un legionario raso y ceder a otro una responsabilidad que excedía su cargo. Deseó volver a ser simplemente un hombre sin obligaciones y que todas sus preocupaciones fueran tener que obedecer las órdenes que otros dieran. La vida sería mucho más sencilla de lo que era ahora. Podía entender el motivo por el cual Augusto había querido que fuera él, y no otro oficial con más experiencia, quien velara por su seguridad, aunque no compartía su punto de vista. Era evidente que Salonio tenía mucho trabajo en su nuevo cargo, y que no era el candidato más idóneo para ocuparse de aquella tarea… Pero había más centuriones capaces y con más años al frente de unidades. Sin duda. El único aspecto que jugaba a su favor en aquella situación, era haber formado parte del grupo que desbarató la conjura. Bueno, más que el único, podría decirse que el determinante, o el que tenía más peso. Era lógico que el cónsul confiara más en él que en cualquier otro oficial de las dos legiones que le acompañaban en el frente. Pero podría haber escogido a Cornelio… Él tenía más experiencia dirigiendo hombres. Aunque conociéndole seguro que no habría aceptado de buen grado. Era un militar de los pies a la cabeza, y mientras hubiera guerra, prefería estar en primera línea. Además, los centuriones eran figuras imprescindibles para la tropa, y siempre era mejor que estuvieran controlando a los suyos.

Él solo llegó a la conclusión de que había demasiados factores que habían influido en su elección. Teniendo en cuenta cómo estaban las cosas en aquel momento, tampoco es que lo hubiera hecho tan mal. Se sirvió otra copa de vino mientras sus pensamientos le llevaban a otra parte. Era mejor dejar a un lado las obligaciones y centrarse, aunque que fuera por un rato, en cosas más placenteras. Aquel era su momento de tranquilidad, y decidió que su mente también merecía un poco de descanso. Ya quedaba menos para poder ver a Servilia… Sin darse cuenta una sonrisa se dibujó en su rostro cuando recordó a la muchacha. En breve se encontraría con ella. Al día siguiente, cuando finalizara la sexta hora, la joven acudiría a verle. Ya llevaban unos cuantos días en la ciudad, pero sus obligaciones no le habían permitido poder reunirse con ella. Pero eso pronto cambiaría. Estaba deseando poder abrazar a la joven, estrecharla contra su cuerpo y sentir sus senos contra su pecho. Poder besar esos carnosos labios y

como no, tocar su suave y blanquecina piel. En sus brazos seguro que se olvidaría de las obligaciones que apenas le dejaban conciliar el sueño, y por un momento dejaría apartadas todas esas preocupaciones para centrarse en algo que irradiaba belleza. Una belleza que no tenía cabida en un mundo salvaje y duro como aquel. Servilia era una bocanada de aire fresco en aquel amasijo de guerra, traición y conjura en el que se había visto implicado desde que pusiera el pie en Hispania.

CAPÍTULO L

Todavía no sabía cómo lograría escabullirse de allí sin que nadie se diera cuenta. Era una tarea difícil, y más teniendo en cuenta el hecho de que las medidas de seguridad habían incrementado mucho con la llegada de los ocho guardias cedidos por el prefecto de la ciudad para que colaboraran en la protección del cónsul. Los turnos ahora se habían reforzado con más efectivos y aunque no le tocara prestar servicio aquella noche, salir de la casa sin ser detectado era algo casi imposible. Pero no le quedaba más opción que intentarlo. Sexto y su socio se lo habían dejado bastante claro. Era preferible arriesgarse a ser descubierto por sus compañeros, que poner a prueba a aquellos dos. Lo que sin duda le iba a suponer mucho más trabajo era hacerse con los turnos de guardia, ya que estos los tenía en sus aposentos el *optio*.

Pensó que no haría falta acceder a ellos corriendo el riesgo de colarse en la habitación del jefe de la escolta, así que decidió que lo más prudente sería recorrer de nuevo el perímetro de la casa cuando finalizara su turno para memorizar los hombres que estaban de servicio y las posiciones que ocupaba cada cual. Pese a que ya las sabía, pensó que sería mejor repasarlas por si acaso había algún cambio de última hora. Conociendo a Valerio, todo era posible. Con eso tendría suficiente para presentarse ante Sexto con algo de información. No le quedaría más opción que comprender que no podía exponerse a ser descubierto cuando el plan estaba ya tan estructurado. Él era la pieza clave para que ellos pudieran acceder a la casa sin ser descubiertos. Sin su ayuda les sería muy complicado poderse colar en el interior del recinto para poder llegar hasta su objetivo. Le necesitaban, así que pensó que se acabarían conformando con toda la información que pudiera conseguir.

De todas maneras, meditando acerca de lo que tramaban aquellos dos, llegó a la conclusión de que la tarea que se habían propuesto no iba a ser nada fácil. Eran solo dos, y Valerio contaba con un nutrido grupo de hombres, bien armados y entrenados. Quizás los menos preparados eran los lictores, entre los que se encontraba él mismo, y que no eran soldados, sino funcionarios del Estado. Llegado el caso, si era necesaria su intervención, también eran capaces de esgrimir un arma con suficiente destreza. Mientras estaba de pie en su puesto, pensó que la misión que aquellos dos pretendían llevar a cabo estaba

condenada al fracaso. Para llegar a Augusto, tendrían que superar demasiados obstáculos, y aunque lo hicieran al amparo de la oscuridad, implicaba más riesgo del que quizás ellos creían. El número de efectivos del turno de noche era exactamente el mismo que durante el día, y es que Valerio lo tenía todo muy bien calculado y no dejaba ninguna cuestión al azar.

El cónsul siempre llevaba consigo dos legionarios de los de Valerio, que eran como su sombra. No se despegaban de él, siempre pendientes de los movimientos que hacía. También iban con ellos uno o dos de los lictores, dependiendo de en qué parte de la propiedad se hallara, y dos de los enormes bátavos. Esos eran los que estaban a escasa distancia de él, es decir los que podrían reaccionar en un instante ante cualquier amenaza que se cerniera sobre su persona. Sabía que los otros nueve o diez hombres que estaban de guardia en cada uno de los tres turnos que había dispuesto el *optio*, se encargaban de proteger los diferentes accesos a la *domus*. Así, dos de ellos se encargaban de la puerta principal, dos más de la de la casa donde residía Augusto con su familia. Dentro de la misma, solía haber dos hombres más que se dedicaban a hacer una vigilancia dinámica por las dos plantas del edificio, y los otros tres o cuatro que quedaban se encargaban del perímetro de la propiedad. Este incluía el amplio jardín que tenía un muro bastante alto que dificultaba en gran medida el poder acceder desde allí. La parte trasera de la casa era la que menos preocupaba, ya que por ese punto era prácticamente imposible colarse puesto que la zona estaba protegida por la enorme pared trasera de un templo dedicado a la diosa Bellona. Si aquellos dos querían actuar, lo mejor era hacerlo de madrugada. A esa hora era cuando el cónsul estaba en sus aposentos durmiendo, y eso facilitaría mucho más las cosas. Actuar a plena luz del día era un suicidio, y el amparo de la oscuridad podría al menos ofrecer alguna posibilidad de éxito, por mínima que fuera.

Justo estaba pensando en la mejor manera para poder acceder a la casa cuando vio acercarse a uno de los legionarios de Valerio. Se trataba de Aurelio, uno de los que más tiempo pasaba junto al oficial. Debían ser buenos amigos, ya que en varias ocasiones los había visto reír, una cosa poco habitual y que no solía hacer con los demás. Se puso firme en su puesto y le saludó:

—¡*Salve,* Aurelio!

—¡*Salve,* Rutilio! ¿Todo bien por aquí? —le interrogó.

—Como siempre. El cónsul se ha retirado a descansar hace un rato. Juliano y los dos germanos se han quedado dentro de la estancia, en la antesala.

—Perfecto —asintió el legionario.

—¿Dónde está Pompeyo? Debía estar contigo custodiando la puerta.

—Ha ido a aliviarse —respondió el lictor.

—Muy bien —dijo el militar esbozando una sonrisa y dándose la vuelta—. Las guardias se hacen largas y tediosas últimamente —añadió el militar —. Y eso que contamos con más hombres ahora.

No le faltaba razón, y es que la repentina llegada de los guardias que había enviado el prefecto de la ciudad había suscitado algunas preguntas entre los hombres. Valerio había salido al paso informándoles de que había sido un ofrecimiento por parte de los *douvirii* de la ciudad en señal de respeto hacia Augusto. Según palabras del *optio*, era tan solo una mera formalidad a la que obviamente no podían negarse para no ofender a los magistrados. Al fin y al cabo, el *Princeps* siempre había favorecido a la colonia y los dirigentes de esta estaban en deuda eterna con él. Pero él sabía cuál era la verdad, ya que había estado atento a la conversación entre el jefe de la guardia y el cónsul. Sabía que esos hombres reforzaban el servicio de vigilancia ya que existía una seria amenaza que se cernía sobre su persona.

—Deberíamos tocar a menos guardias si somos más, ¿no crees? —le preguntó a Aurelio tratando de sonsacarle algo de información al legionario.

—No hay que bajar la guardia nunca, amigo. Esa es una de las premisas que nos enseñan en la legión. Por muy tranquilo que esté todo, el peligro siempre acecha —respondió esbozando de nuevo una sonrisa y dándole un suave golpe con su mano en el hombro derecho.

—Cierto… Vosotros estáis más acostumbrados a esto que mis compañeros y yo.

—Ser guardaespaldas de Augusto no debe ser una tarea sencilla. No te quites mérito —le dijo el soldado infundiéndole ánimos.

—Para serte sincero, normalmente son los bátavos los que se encargan de la seguridad más cercana del cónsul. Nosotros nos limitamos a acompañarle en los actos oficiales, como las sesiones del Senado en la Curia o en los que representa a Roma —reconoció Rutilio.

—Vaya, pues yo os tenía por auténticos guardaespaldas —añadió sonriendo Aurelio.

—No somos soldados… Al menos no como vosotros, o como los germanos. No hemos estado nunca en ninguna batalla ni hemos tenido que combatir por nuestras vidas o las de nuestros compañeros. Somos simples funcionarios de la República y servimos como escolta a los

magistrados en los actos públicos.

—Cada cual tiene que cumplir con sus funciones, amigo Rutilio —añadió el soldado haciendo un gesto con la mano como si le quitara importancia al tema—. Aunque podría decirse que el hecho de haber acompañado a Augusto al frente es motivo más que suficiente para poderos considerar compañeros. Si no sois soldados, os acercáis bastante.

Las palabras de Aurelio eran reconfortantes. El militar le trataba como un igual, o esa era la sensación que quería transmitir con sus palabras. Aunque tal vez simplemente trataba de que no se sintiera incómodo o menos importante que ellos, sobre todo después de que él se hubiera sincerado. Le había explicado algo más sobre las funciones de los lictores y su estatus, y en cierto modo temía que quizás ya no le considerara como uno de los suyos. Al explicarle cuales eran sus tareas, tal vez dejara de tenerlos tan bien considerados.

—Entra dentro de nuestras obligaciones. Acompañamos a los magistrados a los que hemos sido asignados allá donde vayan —dijo de nuevo el lictor—. Aunque en realidad yo siempre quise alistarme en las legiones…

—Cualquiera puede hacerlo. Eres un hombre joven y con sentido del deber —respondió con una amplia sonrisa—. Podrías planteártelo. No hay nada que te lo impida.

—Llevo ya muchos años sirviendo a la República de esta manera. Mi padre conocía a un senador bastante importante en Roma. Había trabajado para él en varias ocasiones y este había quedado muy satisfecho. Verás, mi familia se dedica desde hace varias generaciones a la confección de túnicas y togas. El negocio está al pie de la colina del Aventino. ¿Conoces la *Urbs*?

—No he estado nunca en Roma… Aunque algún día espero poderla visitar. Tal vez cuando me licencie decida al menos ir para poder pasear por sus calles y disfrutar de su magnificencia —reconoció el militar soltando un suspiro.

—Quizás te lleves una desilusión cuando la visites —dijo el hombre encogiéndose de hombros.

—Ah, ¿sí?

—Bueno es lo que suele decir la gente que no es de allí —añadió Rutilio—. No todo es bueno en las calles de Roma. Las opulentas casas de los ricos, y los opulentos edificios públicos son solo una pequeña parte de la ciudad. El resto es como todas las demás, imagino… Hay gente pobre, mendigos pidiendo por las calles, gente que se dedica a robar a los despistados.

—Nada que no exista en esta colonia… Ya sabes de lo que hablo —

dijo el soldado guiñándole el ojo en clara alusión a lo que le había ocurrido un par de noches atrás.

—Imagino que debe ser así. Aunque el día que Fortuna guie tus pasos hasta allí, acércate hasta el negocio de Marco Rutilio Cato… Ese es el nombre de mi padre, y dile que vas de mi parte. Te hará un buen descuento si quieres conseguir una túnica de alta calidad.

—Agradecido, amigo. Tomo nota de ello, aunque los soldados somos más bien de gastar poco en ese tipo de tejidos.

—Las túnicas de mi padre son las mejores e incluso te quedarían bien a ti —respondió el lictor sin darse cuenta.

Aurelio se puso serio y se quedó en silencio. Rutilio se dio cuenta de que quizás se había excedido en sus palabras. Sin querer podía haber ofendido al militar, aunque de súbito una sonrisa se dibujó en la cara del hombre, hasta el punto de que soltó una ruidosa carcajada.

—Estaba tratando de imaginar cómo me quedaría una túnica de esas tan elegantes que dices que hace tu padre… Y no me veo, amigo Rutilio… No me veo —dijo sin dejar de reírse.

El lictor no pudo sino reír también. Por un momento respiró aliviado tras el susto inicial. La verdad era que aquel legionario tenía sentido del humor. Y francamente, la conversación que estaban manteniendo le había servido para olvidarse por un momento de la tensión que estaba viviendo. Pasó un buen rato hasta que ambos hombres recuperaron la compostura. Fue el soldado el que se puso el dedo índice derecho delante de los labios para llamar a la calma.

—No me gustaría despertar con estas carcajadas al cónsul. Imagínate que le da por salir en este preciso instante y nos encuentra de esta guisa.

No pudieron contenerse mientras imaginaban la cara de Augusto al verlos llorando de risa. Cuando se calmaron, Rutilio le dijo a su contertulio ya con más confianza:

—¿Puedo preguntarte algo?

El legionario asintió levemente:

—Por supuesto.

—No me gustaría parecer indiscreto, pero me he dado cuenta de que tienes una buena relación con el *optio* Valerio.

—Somos compañeros desde hace muchos años. Servimos juntos desde Actium —expuso el soldado.

—Verás, no quiero abusar de tu confianza, pero es que esta noche tendría que salir unas horas de la casa. Estoy libre de servicio según los turnos de guardia, así que había pensado en solicitarle un permiso al *optio*.

—Entiendo —dijo llevándose la mano a la barbilla—. Y quieres

que hable con él para que te lo conceda. ¿No es así?

—Te debería una, amigo.

—La situación actual no es la óptima para que se concedan permisos como bien sabrás —le explicó el legionario ahora ya más serio.

—Lo sé, pero sería solo un rato.

—¿Y a qué se debe esa urgencia, si no soy demasiado indiscreto? —interrogó Aurelio —¿Tiene que ver con alguna preciosa mujer que te está esperando para hacerte pasar un buen rato? —añadió esbozando una sonrisa picarona mientras le guiñaba el ojo.

Rutilio, que no había tenido tiempo para preparar ninguna justificación de ese tipo, respiró aliviado ya que el mismo soldado se la había brindado. Soltó una leve carcajada mientras le respondía:

—Sí, una egipcia morena de ojos verdes y muy voluptuosa.

Aurelio se acercó un poco más y le dio un leve codazo en las costillas mientras le decía:

—Ya veo… No hay quien se pueda resistir a los encantos de una preciosa mujer. Haré todo lo posible para convencerle pese a que disponemos de poco margen, amigo. Pero esta vez procura que nadie te asalte después de desfogarte tal y como te ocurrió en la última salida.

—Descuida, estaré atento para que eso no vuelva a suceder.

—Hay barrios de esta ciudad que es mejor no pisar. Te lo digo por experiencia ya que yo nací aquí —le explicó el militar.

—Vaya, pues a juzgar por tu aspecto, hubiera dicho que eras itálico —respondió el lictor tratando de parecer amable después del gesto del militar, ya que sabía que este era oriundo de la colonia.

—Mis abuelos por parte de padre eran de Arretium, y se vieron forzados a venir a Hispania porque no les iban las cosas muy bien por allí. Mi padre llegó aquí siendo un niño, y se casó con mi madre a los veinte años. Ella sí que es de Tarraco —explicó el legionario.

—De ahí que tus rasgos me hayan engañado. Tu herencia itálica es más que evidente.

—Qué más da ser itálico que hispano, todos somos romanos, al fin y al cabo.

—Y a mucha honra —dijo el lictor tratando de ganarse la confianza del soldado.

Justo en ese momento escucharon pasos. Apareció Pompeyo colocándose bien el *cingulum*.

—¿Sucede algo, Aurelio? —preguntó el legionario.

—Nada, compañero. Simplemente estaba cerciorándome de que todos estaban en sus puestos. Ya sabes que Valerio es muy meticuloso

en ese aspecto y quiere que las órdenes se cumplan a rajatabla.

—Como debe ser —respondió Pompeyo colocándose junto a la puerta.

—Proseguid con la guardia, voy a comprobar los otros puntos —añadió despidiéndose con un leve movimiento de cabeza.

Los dos hombres se quedaron en la puerta.

—No sabía que Aurelio era de Tarraco —dijo Rutilio dándole conversación al soldado.

—Como para no saberlo, se pasa todo el día diciéndolo a los cuatro vientos.

—¿Y tú de dónde eres? —le preguntó.

—¿A qué viene tanta curiosidad? —reformuló el soldado.

—Discúlpame. Tan solo era por hablar de algo, no pretendía molestarte.

—No me molesto, tan solo es que me parece raro que llevemos unas cuantas horas de guardia y esta es la primera vez que me hablas de algún tema personal.

—Lamento haberte importunado. No era esa mi intención —respondió Rutilio y se quedó en silencio evitando la mirada curiosa del legionario.

Al menos había logrado algo al cruzar unas cuantas palabras con Aurelio. Si había alguien que le podía ayudar a obtener el permiso, ese era aquel hispano que se había mostrado tan cordial. Los dioses estaban de su lado. Era preferible poder marchar con autorización, a tenerlo que hacer a hurtadillas.

CAPÍTULO LI

—Buen trabajo, Aurelio.

—Tengo que reconocerte que ha sido bastante fácil —respondió el legionario.

—Ya veo —le dijo su superior esbozando una leve sonrisa—. Lo has hecho muy bien, ahora solo tendremos que seguirle.

—¿Crees que tiene algo que ver con los asesinatos? —interrogó el soldado.

—No estoy seguro del todo.

—Esta vez imagino que avisarás al prefecto.

—Aunque no tengo mucho margen de acción, creo que sería lo más adecuado. No me gustaría ocultarle información de nuevo —respondió Valerio—. Se lo comentaré cuando venga a verme esta misma tarde.

—¿Y Augusto?

—Prefiero no decirle nada hasta que no estemos seguros del todo —concluyó el *optio*.

—Iré contigo.

—Me vendrá bien tener un par de ojos más, *frater*.

—¿Quieres que les expliquemos a los demás el plan? —interrogó de nuevo Aurelio.

—Por el momento será mejor que lo mantengamos en secreto. Cuantos menos seamos los que estamos al corriente, mejor. Así habrá menos posibilidades de que alguien se vaya de la lengua.

—Lo dices por los dos reclutas, ¿no?

—Por supuesto. A los demás los conozco a la perfección, y sé que podemos confiar en ellos plenamente. Pero esos dos llevan muy poco tiempo con nosotros —afirmó Valerio.

Parecían ser buenos muchachos a juzgar por cómo se estaban comportando, pero no los había tratado lo suficiente como para poder confiar de la misma manera en la que lo hacía con el resto de sus hombres, con los que había compartido los avatares de la guerra. Lo de Rutilio le había sorprendido sobremanera y lo había podido descubrir por un descuido de este en su manera de proceder, y aunque no estaba seguro del grado de implicación que tenía aquel hombre en el asunto, no podía jugársela y debía asegurarse de lo que tramaba. Así que era preferible no asumir ese tipo de riesgos con Arrio y Mario. Ambos estaban demostrando una adaptación óptima a la unidad y al ejército para llevar tan poco tiempo, y habían evidenciado una

disposición admirable a la hora de llevar a cabo todo lo que se les ordenaba, pero eso seguía sin ser suficiente por el momento. Era preferible mantener la información a buen recaudo y evitar las posibles filtraciones para un tema tan delicado.

—¿Quieres que le haga llegar yo mismo la autorización para el permiso? —interrogó el legionario sacándole de sus pensamientos.

—Sí, por supuesto… De esa manera te ganarás más aún su confianza.

—Entonces lo haré cuando acabe su turno de guardia, si te parece bien —indicó Aurelio.

—Como prefieras, Aurelio. Y si puedes sonsacarle algo más de información, mejor. Aunque no te expongas demasiado, no queremos que nos descubra antes de que se ponga en marcha.

—Descuida, seré sutil, *frater*. Como lo soy siempre —añadió el legionario esbozando una leve sonrisa antes de marcharse de la estancia de su superior.

CAPÍTULO LII

—*Optio*, su visita ya ha llegado.

Se puso en pie mientras se arreglaba la túnica e hizo un gesto con la cabeza al lictor que había acudido a avisarle.

—¿Dónde está? —interrogó.

—Ha preferido esperar en la puerta.

Valerio asintió levemente y salió por la puerta de su estancia. Estaba nervioso. No había podido pegar ojo en toda la noche. Se la había pasado en vela pensando en ella y el amanecer le había sorprendido todavía despierto en su lecho. Las ocupaciones del resto del día le habían mantenido despierto y con la mente ocupada en los asuntos oficiales, aunque a medida que se fue acercando el momento, la tensión y la emoción se apoderaron de su ser. La sensación de cosquilleo invadió sus entrañas de nuevo mientras se dirigía a su encuentro, y casi sin darse cuenta aceleró el paso para poder ver de nuevo a su amada Servilia. Apenas había probado la comida a mediodía, ya que tenía el estómago cerrado, así que dejó su plato casi como se lo habían servido los esclavos. Pensó que ya tendría tiempo para comer más tarde.

Pudo ver a la muchacha desde la distancia. Allí estaba en pie. Aguardando en la puerta de la casa, acompañada por uno de los guardias germanos que estaba firme a su lado. El hombre le sacaba más de dos cabezas a Servilia, que estaba embobada observando la magnificencia de la propiedad. No se dio cuenta de la llegada del militar hasta que este se plantó a escasa distancia de ella. Básicamente le vio gracias al rápido movimiento que hizo el bátavo al cuadrarse. Fue entonces cuando las miradas de ambos se cruzaron y una amplia sonrisa se dibujó en el rostro de la joven. Fue ella la que alargó ambas manos y se las ofreció al soldado, que las sujetó con firmeza. Se acercó hasta ella y le dio un cálido y respetuoso beso en la mejilla.

—Servilia… Estás tan bella como siempre —acertó a decirle.

—Y tú más barbudo que la última vez que nos vimos —respondió ella con una sonrisa.

—Mis disculpas por el aspecto —dijo excusándose.

—Imagino que debe ser la moda que se lleva ahora en la legión —añadió ella restando importancia al asunto.

Valerio le acarició la mejilla derecha con suavidad antes de preguntarle:

—Gratitud por haber venido… ¿Y bien? ¿Qué te parece la *domus* de Augusto? —le preguntó cambiando de tema.

—Es la más bonita que he visto jamás… Tiene un jardín precioso.

—Y este es minúsculo en comparación con el otro. Cuando te lo muestre, quedarás aún más impresionada —dijo el militar—. ¿Quieres acompañarme a la parte trasera de la casa?

—Será un placer.

Ya había informado al cónsul de que recibiría la visita de la muchacha aquella tarde. Augusto se mostró complacido con la noticia, aunque se excusó de no poder estar con ellos, ya que se encontraba algo cansado. Eso sí, mandó a varios de sus esclavos preparar el jardín posterior de la casa para que ambos pudieran disfrutar de un encuentro tranquilo y lejos de la vista de los demás habitantes de la *domus*. Lo cierto era que el *Princeps* volvía a demostrarle que le apreciaba. Se había tomado la molestia de cederles uno de sus rincones preferidos de la propiedad, e incluso había dado instrucciones para que les dejaran algo de comida preparada. Contar con el favor del hombre más importante de la República era algo que no todos podían tener.

—¡Vaya! ¡Te has quedado corto al advertirme de que este jardín era impresionante! —exclamó Servilia cuando llegaron.

—El rincón más bello de la casa, para la mujer más bella de Tarraco —dijo él casi sin pensar.

La joven esbozó una leve y cálida sonrisa.

—Seguro que no soy la primera mujer a la que le dices eso.

—Eres de las pocas mujeres que conozco en esta ciudad… Además de la esposa y la hija de Augusto —añadió Valerio—. Pero como comprenderás no puedo ni debo decirles lo que te he dicho a ti.

Ella soltó una leve risa y acarició la mejilla del soldado. Él la sujeto con firmeza por la cintura y la atrajo contra su cuerpo. Sus rostros quedaron a escasa distancia. El cosquilleo en su estómago apareció de nuevo, aunque se fue transformando más en ardor y en pasión. La miró a los ojos, a esos ojos que irradiaban deseo. La vio más bella que la última vez en la posada de su tío. No tuvo que hacer nada, ya que fue ella la que buscó sus labios casi por sorpresa. Se fundieron en un intenso beso y se dejaron arrastrar por el arrebato. Sus lenguas jugaron entre sí, mezclándose cual si se tratara de una danza perpetrada por dos serpientes. Sus manos sujetaron con firmeza las caderas de la muchacha y poco a poco fueron desplazándose hacia las nalgas. Se posaron en ellas mientras notaba como su miembro viril se ponía erecto dentro del *subligaculum*.

Servilia se dio cuenta de ello y se retiró un poco hacía atrás mientras esbozaba una sonrisa picarona. Se pasó el dedo pulgar derecho por los labios para secárselos justo antes de decirle:

—No creo que este lugar sea el más adecuado, Valerio… No me gustaría que alguno de tus hombres nos sorprendiera besándonos. O el cónsul —dijo soltando una carcajada —. Me parecería descortés e indigno.

—Tienes toda la razón, Servilia. Se me ocurre un lugar donde estaríamos mucho más tranquilos —sugirió Valerio que seguía estando excitado—. Acompáñame, te lo mostraré —dijo sujetándola de la mano y poniéndose en marcha en dirección a su estancia.

—Pero ¿y esta comida que nos han dejado aquí preparada? —interrogó ella.

—No te preocupes. Continuará estando aquí cuando volvamos.

* * * * *

Los dos entraron entre risas en la habitación que hacía las veces de dormitorio del militar. Era bastante modesta, pero suficiente para cubrir las necesidades de descanso de un hombre. Al menos ahí obtenía el privilegio de estar solo y el de no tener que aguantar los ronquidos o las flatulencias de ninguno de sus compañeros. Ya había tenido que soportar ese tormento durante muchos años y se agradecía poder conciliar el sueño con relativa tranquilidad.

—Vaya, ¿así que estas son las ventajas que te ofrece tu nuevo cargo? —preguntó ella en un tono que parecía más bien irónico.

—Es más de lo que nunca he obtenido.

—Pensaba que un *optio* gozaría de un espacio mayor que este. Eres el hombre que se encarga de la protección del mismísimo cónsul de Roma, y tan solo te ofrece este cuchitril —sonrió Servilia separándose un poco de él.

Valerio se quedó en silencio sin saber qué responderle.

—Vamos es una broma. No pongas esa cara… —añadió ella acariciándole la mejilla.

—Este es el lugar más cómodo en el que he dormido en muchos años. Me basta y me sobra.

—No te enfades, Valerio —dijo la muchacha en un tono más suave —. Es que no entiendo cómo el hombre más rico de la República no es capaz de ofrecerte más comodidad después de haberle salvado la vida. Así es como uno se hace rico, imagino.

—¡Ya está bien, Servilia! —exclamó algo enojado Valerio—. ¡Te ruego que te muestres más considerada con nuestro anfitrión! ¡Augusto ya ha hecho mucho por mí, y no me debe nada! ¡Es mi obligación servirle a él y a la República!

El soldado hizo un gesto y se apartó de ella.

—Lo siento mucho, mi amor. No era mi intención ser tan

impertinente.

La joven se acercó hasta él y le besó en la boca. Aunque al principio el soldado trató de resistirse, dejando claro que continuaba molesto por sus palabras, terminó por sucumbir a los encantos femeninos. Se besaron de forma apasionada y las manos de Valerio resbalaron de nuevo hasta las nalgas de la muchacha, que jadeó al notar como la sujetaba con fuerza. Al cabo de poco, Servilia se detuvo en seco y giró la cara.

—¿Qué te sucede? ¿He hecho algo que no te plazca? —preguntó él.

—No… Más bien todo lo contrario, Valerio.

—¿Entonces?

—Verás… Tengo que comentarte algo antes de que sigamos.

—Claro, dime —mascullό él, soltando la presa de sus firmes glúteos.

—Mi padre me dijo hace un par de semanas que había contactado con un hombre al que conoce del *collegium* para concertar mi matrimonio con su primogénito.

Aquella noticia cogió desprevenido al soldado. No fue capaz de reaccionar. Tuvieron que pasar unos instantes hasta que lanzara un suspiro y diera un par de pasos atrás para sentarse sobre el lecho. Fue una noticia demoledora.

—Ya le he mostrado mi desacuerdo —alegó Servilia tratando de justificar su resistencia a tal acto.

Él continuaba en silencio.

—Mi madre me ha dicho que comprendía mis sentimientos y que trataría de hablar con mi padre para ver si era posible encontrar otra salida.

—Por mucho que tu madre intente hacer, la decisión ya está tomada —respondió Valerio con cierto desánimo—. Tu padre es quien toma este tipo de decisiones, Servilia. El matrimonio que ha concertado va más allá de lo que tú puedas desear. Y en parte comprendo que trate de sacar algún beneficio a la situación.

—¿A qué te refieres cuando dices que lo comprendes? —le dijo ella frunciendo el ceño.

—¿Qué es el matrimonio sino un acuerdo o una transacción comercial de la que se intenta sacar algún beneficio? Seguro que el hombre al que te ha prometido pertenece a una familia mejor posicionada que la vuestra y la intención de tu padre es alcanzar un estatus más elevado.

—¿Eso es lo que piensas? —dijo Servilia un poco decepcionada.

—Poco importa lo que yo piense… Soy un simple legionario cuyo deber es servir a la República. Cuando me alisté firmé mi propio

contrato y acepté unas normas que no me permitían contraer matrimonio hasta mi licencia… Si es que los dioses me permiten llegar a ella —expuso Valerio encogiéndose de hombros—. ¿Qué le puedo ofrecer yo a tu familia? ¿Y a ti?

—¿Amor? ¿Cariño? ¿Acaso te parece poco? —replicó ella mientras las lágrimas emergían de sus ojos.

Valerio se levantó y la abrazó con ternura dándose cuenta de que sus palabras no habían sido las más adecuadas para aquella situación. Quizá había sido muy contundente al exponer sus argumentos, pero era la realidad. Lo normal era que un buen *pater familias* buscase un enlace matrimonial que le reportara alguna ventaja. Era común que las hijas en edad de casarse fueran entregadas a los descendientes varones de los socios del *collegium*. Así todo quedaba dentro del mismo círculo. Un legionario poco podía hacer para competir contra esos intereses.

—No es que sea poco, Servilia. Es que no puedo competir con lo que tu padre ha encontrado o con lo que quieran los dioses que le hayan ofrecido —sentenció el soldado.

—Ya veo que no estás dispuesto a luchar por nuestro amor —señaló ella secándose las lágrimas de los ojos con el dorso de su mano.

—¡Claro que lo estoy! ¡Tan solo digo que hay cosas que se escapan a mi control…!

Servilia se dio la vuelta presta a marcharse de la habitación. Pero casi de inmediato el soldado la sujetó por el codo. Con un rápido movimiento la hizo girar y la agarró de la cintura. Cuando la tuvo cerca, la aferró con fuerza y la besó con pasión. Ella se dejó llevar por el momento y la situación. Cuando al cabo de un rato, los labios de ambos se separaron, Valerio lanzó lo que parecía ser un juramento a los dioses:

—Te prometo por los fuegos de Vesta que haré todo lo que esté en mi mano para conseguir casarme contigo. Lucharé por nuestro amor y me batiré con quién haga falta para que podamos estar juntos.

Después de eso, la volvió a besar con pasión.

CAPÍTULO LIII

—¿Hace mucho que se ha ido mi hermana?

—Un rato —respondió Valerio.

—No he tenido la oportunidad de verla. ¿Cómo estaba?

—Muy bien.

—¿Y cómo ha ido vuestro encuentro? —interrogó Aurelio con cierto interés.

—Preguntas demasiado, *frater*. Hay cosas que no se pueden explicar…

De repente se escuchó un golpe en la puerta de la estancia.

—¿Se puede pasar?

Reconocieron la voz. Se trataba del prefecto Lutacio.

—Adelante. Está abierto.

—Te has salvado, Valerio. Espero que te hayas comportado con mi hermana como un caballero.

—Lo he hecho, amigo —respondió el *optio* antes de que se abriera la puerta.

Era ya de noche. Así que cuando el oficial de la guardia entró, lo hizo portando una antorcha que dejó en el exterior del habitáculo.

—He venido tan pronto como me ha sido posible.

—Bienvenido, prefecto. ¿Quieres beber algo? —le ofreció Valerio.

—Gratitud, pero no me apetece.

—Como desees.

—El hombre que enviaste me dijo que tenías información relevante —expuso Lutacio.

—Así es. ¿Recuerdas lo que te comenté sobre uno de los lictores del cónsul?

—Por supuesto.

Valerio le explicó la solicitud de permiso del hombre y la urgencia por abandonar la casa aquella misma noche.

—¿Entonces crees que puede estar relacionado con los asesinatos?

—No estoy seguro de ello, pero he creído oportuno concederle el permiso y aprovechar para seguirle —explicó el *optio*.

—¿Quién más lo sabe?

—Los que estamos aquí. No se lo he explicado a nadie más —respondió.

—¿Augusto?

—Tampoco. Prefiero estar seguro antes de decirle nada. No

quisiera sobresaltarle, y menos estando tan delicado de salud —dijo Valerio.

—Me parece que has obrado de manera correcta. ¿Y cuándo se marchará nuestro hombre? —preguntó Lutacio.

—El relevo de la guardia se llevará a cabo en breve. Imagino que no perderá ni un solo instante.

—Entonces debemos estar atentos para que no se nos escape…

* * * * *

Había abandonado la *domus* sin ningún contratiempo. Había mostrado el salvoconducto a los dos hombres que montaban guardia en la entrada y estos le habían dejado pasar no sin antes recordarle lo afortunado que era. Además, uno de ellos, que era lictor como él, de nombre Juliano, le recordó el estado en el que había aparecido la última vez en la que gozó de un permiso, y entre risas le dijo que estuviera más atento en aquella ocasión. Ni siquiera se giró para responderle, y tan solo se limitó a seguir su camino, ya se había entretenido más de la cuenta dando el relevo. Si quería llegar a tiempo a la reunión y regresar de una pieza debería acelerar el paso. Hasta el último momento se había estado planteando de nuevo la posibilidad de no asistir al encuentro y darle plantón a Sexto y a su acompañante. Incluso meditó la posibilidad de acudir al *optio* Valerio y explicarle todo, aunque al final eliminó esa alternativa de su cabeza. Total, su papel en aquello iba a ser simplemente el de pasar la información, algo meramente testimonial y no tenía por qué mancharse las manos de sangre. No lo había tenido que hacer hasta ese momento, y aquellos dos tampoco parecía que se lo fueran a pedir, sino que tan solo querían saber cómo y cuándo colarse en la residencia del cónsul.

Si todo salía según lo que los asaltantes habían previsto, no sería descubierto y simplemente sería asignado a la escolta de algún otro magistrado tras la muerte de Augusto, ya que no dejaba de ser un funcionario de la República hasta que se le concediera su tan ansiada recompensa. En cambio, si la operación fracasaba, lo más probable sería que los ejecutores del plan fueran abatidos por los guardias que custodiaban la casa, y en ese caso, no quedaría nadie con vida que pudiera delatarle. Su vida continuaría con normalidad, aunque no estaba seguro de si a cambio obtendría lo pactado. Pensó que él tampoco tendría nada que ver con el resultado final porque no se esperaba su implicación directa, así que quizás, en ambos escenarios acabaría obteniendo su deseado premio por parte de los hombres que se lo habían prometido. Ya había hecho mucho por la causa… ¿Por qué arriesgarse entonces a traicionar a Sexto? ¿Y por qué arriesgarse a

su vez a la ira de Valerio? Era evidente que el oficial de la guardia le relataría los hechos a Augusto, y este no se mostraría clemente con él, por mucho que hubiera confesado antes de que todo ocurriera. Sabía que era un hombre irascible y además de mostrar poca piedad con aquellos que le traicionaban o que se erigían en sus enemigos. Acabaría lo que le quedara de vida encarcelado por haber participado de la conjura en el peor de los casos. Trató de eliminar esos pensamientos de su cabeza, al fin y al cabo, ya estaba dirigiéndose al encuentro de aquellos dos hombres y la decisión estaba tomada. Ahora todo quedaba en manos de los dioses. Ellos serían los que decidirían.

CAPÍTULO LIV

—¿Quieres decir que aparecerá?

—Por su bien eso espero —respondió mientras le daba un largo trago a su copa de vino.

No era de los mejores que hubiera probado, pero el lugar en el que estaban tampoco era demasiado refinado, así que no podía quejarse. Un hombre como él, que había probado bebidas solo aptas para paladares selectos, se veía ahora bebiendo un brebaje que era parecido a aquel que tomaban los legionarios en sus campamentos y que llamaban *posca*. Aquellos últimos días se había tenido que acostumbrar a ingerirlo, ya que no podía conseguir algo de más calidad. Su compañero no se había quejado en ningún momento, por tanto dedujo que debía estar acostumbrado a esa calidad en los caldos.

—Me apuesto cinco sestercios a que no se presenta.

—Lo hará —añadió.

—Si estás tan seguro, acepta la apuesta que te propongo —dijo su socio esbozando una leve sonrisa.

—No es momento para juegos —le regañó él en tono severo—. Esto es algo serio y tú te lo tomas a broma.

El asesino dio un largo trago a su copa y la dejó sobre la mesa de un fuerte golpe.

—Estoy comenzando a cansarme de tu actitud. Me tratas como a un estúpido —le dijo poniéndose en pie y mirándole directamente a los ojos—. Esa altanería tuya… Es imposible que alguien como yo pueda compararse con alguien de tu categoría, ¿verdad?

Sexto, sin ni siquiera mirarle le respondió:

—Será mejor que te sientes de nuevo en tu sitio. No es prudente llamar la atención con este numerito que estás montando.

El asesino se molestó aún más por las palabras que le soltó, así que apoyó las manos sobre la mesa y bajando el tono de voz se acercó un poco más hasta él y le dijo con tono burlesco y haciendo una leve reverencia:

—Discúlpeme si mis palabras le han ofendido…

Dio media vuelta sobre sí mismo y cuando parecía que se iba a marchar, se giró de repente y apuntándole con su dedo índice derecho continuó hablando:

—¿Sabes qué? ¡Por Júpiter que esta vez no me voy a callar! Estoy harto de los de tu clase. Os las dais de educados y refinados, pero en

realidad sois todo lo contrario. Vuestros queridos progenitores os educan contratando a los mejores maestros, pero no os enseñan lo más importante de todo: a tratar a los demás con respeto.

Iba a responderle que él no pertenecía a esa clase alta que tanto criticaba. Él no había sido educado de esa manera. Él había aprendido todo lo que sabía empezando desde abajo del todo. Si ahora estaba allí era porque se había esforzado y había trabajado duro. Nadie le había regalado nada. Pero ¿de qué iba a servir tratar de explicárselo a un hombre que no iba a escucharle? Lo más inmediato era que se calmara y que dejara de llamar la atención. No tenía sentido iniciar una discusión con un hombre que no estaba centrado, por lo que decidió que lo mejor era dejarle hablar. Dejar que se desfogara. No era la primera ocasión en la que había tenido que actuar de esa manera, y la experiencia le decía que acostumbraba a funcionar.

—Es que sois todos iguales, siempre actuáis como si los demás no fuéramos más que escoria que está a vuestro servicio.

—Haz el favor de calmarte —le repitió Sexto en un tono de voz sereno, dándose cuenta de que algunos de los clientes estaban girándose y fijándose en ellos.

—¿Y qué pasa si me niego a obedecerte? ¿Qué me vas a hacer? —le amenazó el hombre que estaba más molesto de lo que se imaginaba —. Estás solo en esta ciudad, no conoces a nadie… Y si no fuera por mí, no habrías llegado hasta aquí.

Razón no le faltaba a aquel indeseable. Las maneras le estaban perdiendo, pero tampoco se le podía pedir más educación a un hombre de su estrato social criado en la Subura. Lo cierto era que aquel despojo social le había prestado un buen servicio a la hora de acabar con el senador fugitivo y su familia. Era el único de confianza con el que contaba en la ciudad y no podía permitirse el lujo de perder el tiempo buscando a otro que le ayudara. Además, había compartido con él sus planes y estaba al corriente de todo, y eso era peligroso, ya que, si se enfadaba más aún, podía actuar de cualquier manera. Ahora que estaba tan cerca de su objetivo, sería una pena que todo se fuera al traste por una nimiedad como esa. Tenía que tragarse el orgullo por mucho que le costara e intentar reconducir la situación lo antes posible.

—Está bien… Tienes razón… Ruego que me disculpes si no te he valorado como te mereces o si te he ofendido con alguno de mis comentarios. No era mi intención faltarte al respeto.

El hombre no respondió. Se quedó en absoluto silencio mientras miraba a Sexto con asombro. Quizás no esperara aquella respuesta.

—Ahora, por favor, siéntate y toma otra copa de vino. Corre de mi

cuenta —añadió mientras depositaba unas monedas sobre la mesa de madera.

El asesino obedeció las indicaciones de su socio como si fuera un niño.

—Agradezco todo lo que has hecho por la causa hasta ahora. Aunque no te lo haya reconocido.

—La causa es lo que menos me importa en todo esto. Lo estoy haciendo por la deuda que contraje contigo —expuso mientras se servía otra copa—. Me importa muy poco quien gobierne en Roma, si un Senado compuesto por gente rica que solo piensa en su interés, o un solo hombre que se cree un rey o algo por el estilo. Que te quede claro que todo esto lo hago porque te fallé en su día y tengo el deber moral de compensarte.

—Vaya, veo que ante todo eres sincero…

—Entonces si yo lo soy, agradecería que tú también lo fueras —respondió antes de dar un sorbo a la copa.

—Creo que lo he sido desde el principio. ¿O acaso hay algo que no te haya contado de todo esto? Te he explicado todos los detalles, muchas cosas que nadie sabe y que demuestran que confío en ti —replicó sin perder un ápice de calma.

—Tan solo quiero formularte una pregunta. ¿Crees en la causa por la que luchas? ¿O simplemente lo haces por monedas o prestigio?

—Veo que eres más listo de lo que aparentas ser.

—Provengo de un mundo en el que uno tiene que ser inteligente si quiere sobrevivir. No todo es la fuerza bruta en los bajos fondos por mucho que esa sea la imagen que los de tu clase tengan de nosotros —expuso el asesino—. Los aristócratas no duraríais ni un solo día en la Subura.

«Vaya, otra vez insiste en que soy un aristócrata», pensó para sí mismo Sexto mientras continuaba escuchando las palabras del asesino.

—Los que no fuimos bendecidos por los dioses al nacer, hemos tenido que desarrollar otras habilidades para subsistir. Hay dos Romas, amigo Sexto. Una de ensueño, en la que los ricos viven en la opulencia sin preocupaciones, y otra que es una maldita cloaca en la que vivir un día más depende de muchas cosas que en ocasiones no están al alcance de la gente. En esa última es donde vive la mayor parte de la población. Los grandes olvidados…

—Entonces te diré una sola cosa para responder a la última pregunta que me has formulado. Has definido muy bien las dos Romas que dices que existen. Y como hay dos Romas, yo también te diré que hay dos tipos de hombres que habitan en ella, así como en el resto de las ciudades de este vasto mundo. En primer lugar, están los que creen

ciegamente en unos ideales, y los defienden a toda costa, y luego tenemos a otros que simplemente se aprovechan de ese primer grupo para sobrevivir. Tú te has definido antes como un superviviente, ¿no?… Ahora que me conoces un poco más, ¿a qué grupo crees que pertenezco yo?

CAPÍTULO LV

Mantuvieron la distancia en todo momento tratando de quedar fuera de su alcance. La noche era oscura, y eso les ofreció el amparo suficiente para no ser descubiertos. Lo cierto era que Rutilio caminaba a paso ligero. Se notaba que tenía prisa y daba la sensación de que llegaba tarde a algún lugar, así que tuvieron que estar atentos. De igual manera que ellos quedaban cubiertos por la poca luz de las calles, corrían el riesgo de perderlo de vista al girar alguna esquina y con ello su pista.

—Parece que se dirige a la zona del puerto —indicó en voz baja Aurelio.

—¿Conoces la zona, soldado? —interrogó Lutacio.

—Sí, señor. Soy de la ciudad.

—Entonces sabrás que no es la mejor hora para moverse por esas callejuelas —insistió el prefecto.

—Lo sé, señor. Y nuestro lictor parece que no se dirige a donde me dijo.

—Eso no me gusta nada —añadió Valerio mientras seguían avanzando.

Según le había explicado a Aurelio, aquella noche tenía intención de acercarse a un prostíbulo para yacer con una egipcia. Pero le había indicado que el lupanar se hallaba en la zona del foro y no en la del puerto. Eso ya dejaba claro que les había engañado, haciendo que las sospechas iniciales no fueran infundadas sino reales.

—Se ha detenido —informó de nuevo Aurelio que iba delante.

Los otros dos hombres frenaron su avance y se ocultaron apoyándose contra la pared. Por poco Rutilio les ve, ya que antes de proseguir con la marcha miró hacia atrás como si se hubiera percatado de que alguien le seguía. Por suerte, tuvieron tiempo de ocultarse, además, la oscuridad también fue una buena aliada para pasar inadvertidos. Al cabo de un breve instante, el lictor reanudó la marcha y giró en la siguiente esquina.

—Debemos darnos prisa o si no le perderemos —instó Valerio a los demás para que aceleraran el paso.

Reemprendieron la marcha y doblaron con cautela la esquina por la que había desaparecido Rutilio. El lictor estaba a más distancia de la prevista y despareció por una pequeña callejuela que se bifurcaba a la izquierda, justo en el punto en el que una pequeña plaza

ensanchaba la vía. Se vieron forzados a acelerar el paso. El primero en asomarse por el callejón fue Aurelio, que alzó de inmediato la mano indicándoles que se detuvieran.

—¿Qué sucede? —interrogó Valerio en voz baja.

—Se ha detenido frente a una puerta. Parece que va a acceder al interior.

—Esperemos entonces a que lo haga. ¿Crees que nos ha visto? —insistió el *optio*.

—Yo diría que no…

Justo entonces el legionario hizo un gesto con la mano a sus acompañantes para que se pusieran de nuevo en marcha. Los tres hombres se acercaron con sigilo hasta los aledaños de la puerta por la que había desaparecido Rutilio. Cuando estuvieron a escasa distancia, Valerio le preguntó a Lutacio:

—¿Conoces este lugar?

El prefecto miró hacia arriba y posteriormente a ambos lados tratando de dar con alguna referencia que le ayudara a ubicarse. Al cabo de un instante negó con la cabeza.

—Hace años que no patrullo por este sector de la ciudad. El paisaje de estos barrios cambia constantemente. Lo siento.

—¿Y tú? —inquirió a Aurelio.

—Ni idea de lo que puede ser… —respondió encogiéndose de hombros.

—Entonces no nos queda más opción que entrar si no queremos perderlo.

Valerio se dispuso a entrar, pero Lutacio le sujetó por el codo.

—Aguarda un momento… Vuestro hombre no me ha visto jamás. Creo que sería mejor que entrara yo y vosotros os quedarais aquí fuera por si sale.

Valerio miró a Aurelio como si buscara su aprobación.

—Tiene razón. Parece lo más lógico…

—Está bien, pero ten mucho cuidado. No sabemos con quién puede reunirse —le dijo al prefecto.

—Descuida. Recuerda que esta es mi ciudad, Valerio.

* * * * *

Bajó por unas escaleras que daban a una especie de subterráneo. No se trataba del lugar al que le habían llevado la vez anterior, justo después de golpearle hasta que les pudo explicar quién era. Este era distinto, bastante más oscuro y mugriento al juzgar por lo que estaba observando. Las indicaciones que le habían dado para encontrarlo habían sido exactas. Pensó que tendría más dificultades para dar con

el emplazamiento, pero fue relativamente sencillo de encontrar. Se trataba de un antro de mala muerte. Estaba poco iluminado, lo que sin duda ya indicaba que los que estaban allí dentro no tenían muchas ganas de ser molestados. La ubicación parecía ser secreta, y seguramente la gente que lo frecuentaba no debía ser demasiado legal. Desde luego ese no era el tipo de sitios a los que él iría a tomarse una jarra de vino. Hasta los peores tugurios de la Subura estaban más limpios y presentables que aquel. Notó como la suela de la sandalia se le pegaba a las losas de piedra de los peldaños, lo cual ya era un indicio claro de la clase de local en el que se adentraba.

Al final de las escaleras, la cosa no mejoraba. Se abría una pequeña sala en la que había un hombre montando guardia. A juzgar por su aspecto debía tratarse de un antiguo gladiador que ejercía de matón del dueño de aquel cuchitril. Las cicatrices en su rostro y en sus fornidos brazos eran sin duda fruto de los combates en los que había participado. La verdad era que su aspecto era horrible. Barbudo y con una oreja destrozada, pero temible a ojos de cualquiera que tuviera que entrar allí. Pensó en el aspecto que tendría el can Cerbero que guardaba las puertas del reino de Plutón, y pensó que no debía ser muy distinto de aquel gigantón. El hombre al ver que se acercaba le dio el alto y le preguntó qué quería.

—Vengo a reunirme con unos amigos que me están esperando —dijo él con voz temblorosa.

—Ah, ¿sí? —dijo sonriendo el matón.

—Eso es… Me esperan en el interior. Son dos, uno más joven que el otro. Imagino que te habrán dicho que esperaban reunirse conmigo.

—Me han dejado una buena propina… —añadió soltando una risotada mientras abría la puerta franqueándole el paso —. Que disfrutes de la reunión, amigo.

No le hizo demasiada gracia el comentario, pero no le quedó más opción que devolverle la sonrisa intentando que esta pareciera lo más convincente posible. Accedió al recinto, y observó que había once mesas. Buscó con la mirada entre los clientes, hasta que dio con los dos hombres con los que tenía que encontrarse. Estaban sentados en una de las que estaban situadas al fondo de la amplia sala. Se acercó lentamente hasta ellos y tomó asiento en un taburete de madera que estaba libre.

—Vaya, por fin has aparecido. Teníamos nuestras dudas de que fueras a venir… —dijo el más joven, aquel que le había propinado los golpes durante la breve, pero intensa sesión de tortura a la que había sido sometido.

—Estoy aquí, y eso es lo importante —respondió medio

envalentonado tratando de fingir entereza ante aquel salvaje.

—He estado a punto de perder unos cuantos sestercios. Menos mal que mi socio no ha aceptado la apuesta —insistió el hombre esbozando una leve sonrisa.

No le gustaba nada aquel tipo. Tenía una mirada cruel, y unos puños más que letales que ya había probado. Desconocía si era paciente o no, así que trató de no ponerle a prueba por si acaso. Quería acabar lo antes posible con aquello y regresar a la *domus*. No le apetecía relacionarse con esa clase de gente.

—¿Y bien? ¿Has traído los turnos de guardia tal y como te pedí que hicieras? —preguntó de repente Sexto.

—No te los he podido traer por escrito —se disculpó—. Era una tarea demasiado arriesgada como comprenderás. Además, estuvieron a punto de descubrirme la otra mañana cuando regresaba.

—Eso no era lo que habíamos acordado —insistió el hombre en un tono más serio.

—No debes preocuparte, aunque no traiga un registro escrito de ellos, los tengo aquí a buen recaudo —dijo señalándose con el dedo índice la sien derecha—. Las últimas noches siempre han sido los mismos… No creo que ahora vayan a cambiarlos.

—Conociendo a Valerio, nunca se sabe…

CAPÍTULO LVI

Llevaba muchos años sirviendo en la guardia de la colonia. Había entrado siendo tan solo un muchacho de dieciocho años y había ido ascendiendo los peldaños dentro de la institución hasta alcanzar el puesto de prefecto. Un cargo que se otorgaba a hombres que tuvieran las capacidades y habilidades suficientes como para gestionar la seguridad de tanta gente. Era cierto que su posición no era sencilla de llevar y en momentos puntuales había tenido que lidiar con los intereses particulares de algunos magistrados, que durante su año de mandato hacían las cosas pensando más en ellos que en la ciudadanía a la que servían. Aunque eran los menos, siempre había alguno que trataba de sacar algo de beneficio del cargo. Por fortuna, su predecesor en el puesto le había enseñado a identificarlos, y lo más importante, a lidiar con ellos. Marco Antonio Sibilo había sido un hombre ejemplar. Había sido un buen líder, un buen gestor, un oficial íntegro e incorruptible, pero sobre todo un negociador nato que poseía algo muy necesario para ser prefecto de la guardia: el don de la oratoria. Siempre decía que era más importante saber gestionar las palabras que esgrimir un *gladius*.

Y el tiempo le había dado la razón. Desde que se puso a su servicio, algunos años atrás, desarrollando la función de centurión de la guardia, vio en él a un referente del cual aprender. Severo cuando tocaba, dialogante si las circunstancias lo exigían. En definitiva, un hombre ejemplar en el que fijarse. Cercano con los que eran de su confianza, y siempre dispuesto a demostrar su valía sin tener que llevar la mano a la empuñadura de su arma. La experiencia que había adquirido sirviéndole era el mejor legado que le había podido dejar antes de retirarse honrosamente a una villa en la lejana Emporiae, que pertenecía a su familia y con la que llevaba años soñando. Como miembro de su escolta personal durante los últimos años en los que el veterano oficial había desempeñado el cargo, había asistido a todo tipo de encuentros con los magistrados de la colonia. Tan solo en una de esas reuniones, había visto a Antonio titubear, y había sido ante uno de los *duovirii* que se empecinó en acusar a uno de sus rivales políticos de alta traición. Por desgracia para aquel pobre hombre, que tiempo después se demostró que no había tenido nada que ver con los cargos de los que se le acusaba, la mediación del prefecto no fue suficiente y finalmente fue ejecutado. Su mentor hizo todo lo posible

por evitar tal acción, pero fracasó en su intento, o al menos eso fue lo que le dijo a él. Y es que de los fracasos también se debe aprender. Esa fue la frase que pronunció el día en el que el reo fue enviado al inframundo.

Mientras descendía por aquellas escaleras, sin saber qué era lo que le aguardaría al final, repasaba mentalmente aquel aciago momento. Trató de mantener la mente despejada, ya que ese era el secreto para poder tomar decisiones de manera ágil y sin riesgo de equivocarse. Otro buen precepto que había asimilado de Antonio y que se esforzaba por aplicar tan a menudo como le era posible. El suelo estaba pegajoso, seguramente se trataría de una mezcla de vino seco y de otros líquidos procedentes de los estómagos de los que frecuentaban aquel antro. Eso ya le dio una pista de hacia donde se encaminaba. Estaba convencido que se trataba de alguna de esas tabernas clandestinas que no contaban con el permiso de la colonia para distribuir bebida y comida entre los clientes. Seguramente el propietario quería evitar tener que pagar los correspondientes impuestos.

Sabía que había cada vez más negocios ilegales en la ciudad, ya que cada semana se solían clausurar unos cuantos. De hecho, algunos de sus hombres se dedicaban a buscarlos durante la noche, vestidos como ciudadanos corrientes. Cuando los localizaban, daban parte de ellos y se montaba una operación destinada a detener a los propietarios e imponer las correspondientes multas. Normalmente estas iban acompañadas del cierre del negocio y de una larga temporada de encierro en el presidio del pretorio. Pese al enorme esfuerzo que hacía por acabar con ese tipo de negocios, cada vez que conseguían acabar con uno, aparecían dos más.

Pensando en ello llegó hasta el final de la escalera. Allí en pie, frente a una puerta de madera, había un hombre fornido. A juzgar por su aspecto y por las cicatrices visibles, se trataría de un viejo gladiador retirado que se ganaba la vida ejerciendo de matón para el que regentara aquel cuchitril. Ahora era cuando venía la parte complicada: poder acceder al interior sin llamar demasiado la atención.

—Buenas noches…

El matón le repasó de arriba abajo analizándole con sumo detalle como si fuera una bestia que olisqueaba a una presa.

—¿Qué se te ha perdido por aquí?

—Verás, me dijeron que aquí servían buen vino y a un precio aceptable —improvisó Lutacio.

—Ah, ¿sí? ¿Y quién te lo dijo si puede saberse?

Tenía que responder algo de inmediato antes de que aquel gigante

sospechara que le estaba engañando.

—Quinto Berbenio…

—¿Y quién es ese Berbenio? —preguntó el portero.

—¿No le conoces? Tenía un local como este… —dijo con seguridad —. Ya sabes, de los que uno no encuentra si es que no se lo dice alguien que ya haya estado.

—No me suena el nombre que me dices.

—Llevas poco tiempo trabajando en este local, ¿no amigo? —le preguntó mientras sacaba un par de monedas de su bolsa y se las mostraba.

El gigantón observó con detalle las monedas mientras Lutacio las hacía sonar agitando su mano.

—Ahora recuerdo a Berbenio… —dijo el hombre recogiendo las piezas de plata y guardándoselas en su pequeño saco de cuero.

Estaba claro que, si uno tenía un buen puñado de monedas siempre preparadas, se le abrían todas las puertas. Eso también lo había aprendido de Antonio…

—Adelante, amigo —dijo abriéndole la puerta—. Y dale recuerdos a Berbenio de parte de Nestoriano cuando le vuelvas a ver.

—Así lo haré.

Por fortuna, el nombre de Berbenio le había funcionado como santo y seña, aunque no tenía tampoco muy claro si aquel matón lo había escuchado antes. Le había venido a la mente justo en aquel preciso instante y parecía que le había servido de algo. Lo recordaba ya que se trataba del propietario de uno de los últimos locales de esa índole que habían sido clausurados por ejercer de manera ilícita aquella actividad. Era bueno leerse siempre los informes que redactaban sus oficiales antes de archivarlos. Otro detalle que había aprendido de su predecesor en el cargo.

* * * * *

—Parece que no es tan estúpido como creíamos…

—Al final habrá servido de algo darle unos cuantos puñetazos —dijo el hombre respondiendo a la afirmación que había hecho su socio.

Ambos parecían satisfechos con la información que les había revelado. Aunque al principio sus caras habían demostrado justo lo contrario, el hecho de detallarles con tanta precisión el número de guardias y los puestos que estos ocupaban, les había acabado de convencer.

—Has cumplido, Rutilio —dijo Sexto asintiendo levemente con la cabeza.

—Es lo menos que podía hacer por la causa —respondió el lictor.

—Cuando cumplamos con nuestro objetivo, me pondré en contacto con mis socios en Roma para que recibas tu recompensa por los servicios prestados —añadió su contertulio.

—¿Y cuándo pensáis hacerlo? —preguntó el hombre después de darle un largo trago a su copa.

—Lo antes posible… Tal vez de aquí a un par de noches —respondió Sexto.

—Imagino que lo haréis cuando ya sea noche avanzada, ¿no? Descendiendo desde la pared del templo…

—Haces demasiadas preguntas, muchacho —dijo el otro hombre.

—A medida que pasan las horas, la guardia se hace más pesada y los hombres se suelen dormir en sus puestos, descuidando sus obligaciones. En cuanto a lo que os decía del muro del templo, ese es el punto menos vigilado, así que tan solo trataba de daros un consejo —trató de justificarse.

—Espero que no se te ocurra hablar de esto con nadie —añadió—. ¿Sabes lo que te podría ocurrir?

—Lo sé, ya me quedó bastante claro la otra vez.

—La culpa fue tuya por acercarte a fisgonear a la casa cuando no debías —le dijo de nuevo el más joven.

—Ya os dije que no estaba fisgoneando. Tan solo trataba de dar con vosotros para avisaros acerca de la misiva que había encontrado el *optio*. Ya he demostrado mi lealtad acudiendo a la cita y explicándoos todo esto. Creo que me he ganado vuestra confianza con creces.

—Es a partir de ahora cuando debes demostrar que te la mereces —comentó Sexto más serio.

—Entiendo… Pensé que sabiendo cuándo ibais a infiltraros en la *domus* os podría ayudar, ya que estoy al corriente de lo que allí dentro ocurre.

—Y te lo agradecemos —dijo Sexto mostrándose más conciliador que su socio—. Ya has hecho suficiente por nosotros, amigo Rutilio. La República está en deuda contigo y recibirás lo pactado cuando llegue el momento.

—Que así sea entonces —dijo el lictor engullendo lo que quedaba en su copa y poniéndose en pie.

—Espera… Se me olvidaba preguntarte algo.

—¿Tú dirás? —le instó Rutilio.

—¿Dónde duerme el *optio* Valerio?

—Tiene una estancia privada junto a la entrada de la residencia del cónsul —le indicó el lictor.

—¿Podrías ubicarla en el documento? —interrogó Sexto mostrándole el pergamino en el que había ido dibujando lo que aquel

hombre le había ido explicando.

—Justo aquí —señaló Rutilio con el dedo.

—Gratitud.

—Que los dioses estén de vuestra parte y tengáis éxito en vuestra empresa —dijo el lictor.

—Esperemos que los dioses se mantengan al margen de este asunto —respondió Sexto justo en el momento en el que el hombre se daba la vuelta y emprendía el camino hacia la salida.

CAPÍTULO LVII

Ya había escuchado todo lo que necesitaba saber. Observó desde la distancia cómo el hombre al que habían estado siguiendo se ponía en pie. Esa era la señal que estaba esperando para marcharse de allí. Debía abandonar aquel antro antes que él y avisar a Valerio y Aurelio. No sabía si se habrían ocultado o si se habrían quedado esperando en la entrada de aquel tugurio de mala muerte. Aunque esa opción no era demasiado aconsejable teniendo en cuenta la clase de gente que merodeaba aquella zona de la ciudad a esas horas intempestivas de la noche. La experiencia le advertía sobre esos peligros, pero con la prisa se había olvidado comentárselo a sus acompañantes. Él era consciente de todo ello, y mientras subía las escaleras que le conducían a la salida, pensó que se habían arriesgado un poco siguiendo al traidor hasta aquel lugar. Evidentemente la situación así lo requería ya que pese a ser una mera sospecha, se había confirmado el peor de lo escenarios. Si hubiese tenido en cuenta los datos que obtenían sus hombres de boca de los informadores que tenían repartidos por toda la ciudad, y conociendo los entresijos de las diferentes organizaciones criminales que operaban usando el amparo de la oscuridad, les habría aconsejado buscar otra alternativa. Pero el tiempo apremiaba y la intuición de Valerio había sido certera.

No conocía tan bien como hubiera querido a Valerio, pero sabía que le habría escuchado simplemente por educación, aunque al final hubiera optado por seguir adelante, dejándose guiar por su instinto de legionario. Sonrió levemente para sus adentros mientras pensaba que ese *optio* era aún muy joven e impulsivo, pero que iba por el buen camino. Le recordaba a él veinte años atrás y le auguraba un futuro prometedor si seguía siendo tan astuto y sagaz. Borró aquel pensamiento de su cabeza y trató de memorizar todos los detalles que había escuchado en aquella conversación.

En esa charla, el traidor les había detallado los puestos de guardia que ocupaban sus compañeros y les había aconsejado el punto de intrusión adecuado: la pared del templo de Bellona. Aunque no le habían concretado cuando llevarían a cabo el asalto, ya tenía toda la información necesaria, así que lo más prudente había sido abandonar el lugar sin llamar demasiado la atención. Prefirió no mirarlos directamente a las caras cuando se levantó de aquel taburete de madera de roble, ya que pensó que quizás el lictor podría reconocerle,

o sin más, sospechar. La duda de que quizás aquel hombre se acordara de él, hizo que no se arriesgara más de la cuenta; aunque estaba convencido de que jamás habían llegado a coincidir. Pensó que no merecía la pena aventurarse más de lo necesario, así que se marchó de allí sin verles los rostros a los otros dos. En aquel momento eso no era prioritario. Además, si le descubrían, estaría en clara desventaja. Ellos eran tres, y él uno, y no tendría ninguna opción de salir vivo de allí.

Por ello se había levantado con toda la cautela posible y había disimulado acercándose hasta la tabla que hacía las veces de barra. Había entregado un par de monedas más al hombre gordo que estaba al otro lado y tras despedirse de él cordialmente, se había dirigido hacia la salida, abriendo la puerta.

—Buenas noches, Nestoriano… —le dijo al matón que la custodiaba.

—Igualmente… Y acuérdate de saludar a Berbenio de mi parte.

—Cuenta con ello —respondió esbozando una leve sonrisa antes de comenzar a ascender por los peldaños de la mugrienta escalera.

Fue cuando creyó que el matón ya no podía verle, cuando aceleró el paso para subir más diligente. Lo siguiente ya fue abrir la puerta que daba a la calle tan rápido como pudo y mirar hacia ambos lados, tratando de dar con sus acompañantes. Inicialmente no vio a nadie, así que pensó que aquellos dos habían tomado la mejor de las decisiones: esconderse. No conocían la ciudad ni los peligros que la noche albergaba, pero no eran estúpidos y se habían ocultado para no llamar la atención. Se quedó parado un momento, pero no los vio, hasta que, al cabo de un instante, escuchó un silbido que procedía de un callejón cercano. Miró hacia aquel punto y vio que Valerio emergía de la penumbra y le hacía una señal para que se acercara. Se puso en marcha rápidamente hasta encontrarse con ellos.

—¿Y bien? ¿Cómo ha ido? —preguntó el *optio*.

—Veo que sois buenos escondiéndoos —dijo sonriendo en forma de alabanza.

—En la legión te enseñan muchas cosas, prefecto —respondió Aurelio saliendo de detrás de su superior.

—Ya veo que sois hombres preparados… —añadió—. En relación a lo que nos concierne, señores, puedo corroborar que el lugar en el que he estado es un antro de mala muerte que se dedica a la venta de vino de manera clandestina, saltándose la normativa de la colonia que regula ese aspecto. Recordadme que envíe a mis hombres para cerrar este negocio ilegal —dijo haciendo un apunte mental ante la mirada impaciente de sus contertulios—. Perdonad, es deformación profesional… —puntualizó.

—Vaya… Espero que no haya muchos de estos —dijo Aurelio tratando de hacer que se sintiera mejor.

—Por desgracia más de los que quisiera —apuntó el prefecto.

—¿Y nuestro amigo? ¿Has podido dar con él? —interrogó Valerio, que no estaba para perder el tiempo con aquel asunto irrelevante en aquel momento.

—Estaba en una mesa con dos tipos. Me acerqué tanto como pude y escuché una parte de su conversación.

—¿Eran los asesinos de Severo y Licinio? —preguntó de nuevo el *optio*.

—Por lo que deduje de la conversación, no hay duda de que eran ellos.

Justo estaban conversando cuando Aurelio les avisó:

—Rutilio ya sale… ¿Qué quieres que hagamos?

—¿Es buena la información que has obtenido, Lutacio? —le preguntó al prefecto.

—Por Júpiter que sí.

—¿Y lo que planean lo van a llevar a cabo de inmediato? —insistió Valerio.

—Esta noche seguro que no… —respondió el prefecto.

—Entonces regresemos a la *domus* antes de que nos descubra.

* * * * *

Aguardaron despiertos hasta que Rutilio llegó a la *domus*. Desde el interior del recinto donde Valerio tenía sus aposentos, pudieron apreciar el nerviosismo de aquel traidor simplemente prestando atención al hecho de que no paraba de mirar a su alrededor y sus movimientos eran bastante extraños. Jamás habría sospechado que ese fuera el hombre que podía traicionar al cónsul. Bueno, ni ese, ni tampoco ningún otro. Pensaba que todos los que formaban parte de la escolta del *Princeps* eran hombres leales y que ninguno de ellos tenía en mente venderle de aquella manera tan ruin. De los germanos y sus hombres evidentemente no tenía sospecha alguna, y los lictores a fin de cuentas no dejaban de ser funcionarios de la República, así que no dejaban de ser más volubles que los demás. Dejando aparte aquella reflexión, durante el trayecto de vuelta, Lutacio les había explicado con todo lujo de detalles lo que había podido escuchar de la conversación y de los planes de aquellos tres. No sabía, o más bien no pudo oír, si había más personas implicadas en el asalto que querían llevar a cabo, pero al menos se quedó más tranquilo al saber que el peligro era real e inminente y que tenían algo de ventaja para poder anticiparse a los movimientos de sus enemigos, y eso lo debían

aprovechar.

—Parece que no podemos respirar tranquilos, Valerio.

—Se nos vuelve a complicar todo. Los dioses no nos son favorables, *frater* —añadió el *optio* a la vez que por su cabeza pasaban destellos fugaces de lo ocurrido semanas atrás.

—Cualquiera que os conozca lo suficiente podría afirmar que atraéis los problemas —señaló Lutacio encogiéndose de hombros y tratando de aliviar un poco la tensión.

—No sé si los atraemos, o son ellos los que nos persiguen, prefecto —puntualizó Valerio sin dejar de observar cómo Rutilio desaparecía en la oscuridad de la noche seguramente dirección a sus aposentos—. La cuestión ahora es preparar una trampa para poder capturar a los que quieren colarse en la propiedad —continuó relatando sin apartarse de la ventana.

Los otros dos hombres asintieron levemente, dándole la razón.

—Yo podría traer más hombres, si fuera necesario.

—No, prefecto. Creo que con los que tenemos serán suficientes, y no nos conviene hacer movimientos extraños que puedan delatarnos —expuso Valerio pensativo.

—Además, solo viste a dos, y a lo sumo los acompañarán unos pocos más —añadió Aurelio rascándose la barbilla—. Creo que buscan la sorpresa y no un asalto directo. Esa rata traidora ya les habrá anticipado la cantidad de hombres de los que disponemos.

Su compañero de armas tenía toda la razón. Infiltrarse en un lugar tan vigilado ofrecía más posibilidades de éxito que buscar un ataque frontal que sería un suicidio. Al menos sería lo que él intentaría hacer.

—También podríamos detener a Rutilio y obligarle a confesar todo. Que nos dijera donde se esconden sus socios y qué pinta él en todo este asunto. De esa manera tendríamos algo más de información —propuso Aurelio.

—No creo que sea la mejor opción, al menos en este momento —respondió Valerio—. Si le detenemos, tal vez los otros se echen atrás y suspendan los planes. Perderemos el factor de ventaja del que disponemos ahora.

—¿Se lo vas a explicar al cónsul? —interrogó el prefecto.

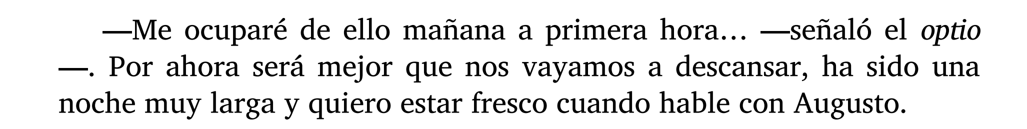
—Debería…

Los otros dos asintieron.

—Su vida está en serio peligro y creo que será mejor que lo sepa por ti antes de que se entere por otra vía —señaló Lutacio.

—¿Otra vía? ¿Cuál? —preguntó Aurelio.

—Ya me entendéis… Me refiero a que no podemos mantenerle al margen de todo este asunto cuando es su vida la que corre peligro.


—Me ocuparé de ello mañana a primera hora… —señaló el *optio* —. Por ahora será mejor que nos vayamos a descansar, ha sido una noche muy larga y quiero estar fresco cuando hable con Augusto.

CAPÍTULO LVIII

—Bienvenido, *optio* Valerio. Toma asiento donde gustes.

Valerio saludó al cónsul que estaba recostado en su tumbona preferida descansando tras el desayuno. La brisa fresca de la mañana era una de las recomendaciones que le había indicado Musa para que su salud se fuera recobrando. Lo cierto es que los últimos días su aspecto enfermo había ido cambiando a mejor, e incluso su tez otrora blanquecina estaba tornándose rosada, y eso era un indicador de que su evolución era favorable. Obedeciendo la indicación del magistrado, tomó asiento en una silla de madera que estaba situada a escasa distancia de su anfitrión.

—¿Y bien? ¿Qué es lo que necesitas?

—Verá… Quería explicarle algo que concierne a su seguridad.

Cuando Augusto escuchó esa palabra, se incorporó y su rostro hasta entonces afable, cambió radicalmente. Despidió con un gesto a dos de los germanos que estaban de guardia muy cerca de él, a la vez que Valerio hizo un movimiento de ojos al legionario que los acompañaba, que era Domicio, para que les dejará también a solas. Una vez estuvieron los dos frente a frente, sin nadie que pudiera escuchar la conversación, el *optio* comenzó el relato.

—¡Por todos los dioses que moran en los cielos, los mares y el inframundo! —exclamó Augusto cuando fue consciente de todo lo que estaba pasando.

Valerio agachó la cabeza esperando alguna reprimenda por no habérselo hecho saber antes. El cónsul se había puesto en pie y no dejaba de caminar de un lado a otro con las manos entrecruzadas en su espalda. Se detuvo de repente frente a su contertulio, levantó el dedo índice derecho, y preguntó:

—¿Desde cuándo lo sabes?

—Desde anoche, señor —respondió con sinceridad parcial.

—¿Pero alguna sospecha tendrías con anterioridad, imagino? —volvió a formular Augusto.

—Ligera, señor. Por eso quise asegurarme antes de explicarle nada —dijo intentando salir de aquel atolladero—. No quería alarmarle sin tener las pruebas suficientes… Y menos estando convaleciente como está. Necesita sosiego y reposo.

—Eso es precisamente lo que parece que los dioses me deniegan últimamente, *optio*. Pero continúa por favor.

La ira inicial se había ido disipando y poco a poco el *Princeps* se fue calmando, dejando que Valerio le acabara de explicar todos los detalles del seguimiento que habían hecho la noche anterior, propiciado por las sospechas que albergaba sobre aquel lictor.

—Debería mandar apresarlo de inmediato y hacerle confesar quiénes son los que están detrás de todo esto. Cortar de raíz esta losa que es tener que vivir constantemente con el miedo de saber que eres objetivo de un ataque.

—Lo mejor sería no intervenir, si le vale de algo mi consejo —añadió Valerio.

—Por supuesto que me vale, *optio*. Y agradezco enormemente tu implicación en este asunto. Siempre velando por mi seguridad —dijo con amabilidad Augusto, recuperando la sonrisa—. Parece ser que te has convertido en mi escudo.

Aquel fue un gran halago y Valerio se sintió reconocido por el cónsul, que le había puesto el apelativo de su escudo. Comparación clara de la importancia que jugaba en su seguridad, ya que, para un legionario, su escudo era un elemento fundamental para defenderse de los ataques de sus enemigos.

—Debo añadir que conté con la ayuda imprescindible del prefecto de la guardia de la ciudad, señor. Y con uno de mis hombres de confianza, Aurelio —especificó—. Sin ellos seguramente no habría podido llegar hasta el fondo de esta cuestión y seguiría teniendo solo una ligera sospecha.

—Tienes la virtud de saberte rodear de gente competente, Valerio —dijo Augusto acercándose hasta él y colocándole la mano sobre el hombro derecho.

—Imagino que uno tiene que aprovecharse de las habilidades de otros para suplir sus carencias —respondió Valerio recordando el consejo que Livia había dado al cónsul y del que este le había hecho partícipe.

—Es precisamente por cosas como estas por lo que decidí que fueras tú el que se encargara de mi seguridad —reconoció Augusto—. Bueno tengo que ser sincero, Agripa también me aconsejó que te trajera y el que era tu centurión también. Tienes una fama que te has sabido labrar a base de trabajo.

Aquella conversación estaba derivando en una lluvia incesante de halagos hacia su persona, y en cierto modo eso le hacía sentirse bastante incómodo. Jamás se había parado a autoanalizarse. Era consciente de que poseía algunas virtudes, pero no tantas.

—Gratitud por sus palabras…

—No quiero que te sientas incómodo por estos halagos. Sé que no

eres político sino soldado —dijo sonriendo—. Nosotros somos más de bregar con aduladores y gente que no para de ensalzar nuestras cualidades. Y siempre porque quieren obtener nuestro favor o, algo a cambio. Pero por lo que he podido comprobar a lo largo de los años, formando parte de las campañas y compartiendo tiempo y conversaciones con mis soldados, vosotros estáis cortados por otro patrón. Un patrón quizás más básico, pero infinitamente más sincero. Es por ello que cuando coincido con gente así, me gusta recompensarlos por sus servicios. Sería una especie de *quid pro quo*, para que nos entendamos —continuó relatando el cónsul—. Aunque no soy como mi tío abuelo, que era tan militar como político, sí que intento mantenerme fiel a sus principios. Por fortuna pude compartir tiempo con él, y me enseñó que un buen político debe ser desconfiado de los que le rodean, pero un buen militar, debe confiar en los que sirven bajo sus órdenes. A veces os envidio, Valerio… Quisiera quitarme este enorme peso de encima y ser un hombre libre… Libre de todas las cargas que conlleva mi puesto. No sé si me explico con claridad.

—Se explica perfectamente, señor… Pero hacen falta hombres como usted para conducir a hombres como yo. Yo tampoco serviría para la política. Cada cual tiene las capacidades para desenvolverse con soltura en su parcela —dijo con total sinceridad sin pensar que sus palabras podrían ofender al cónsul ya que no ensalzaba su pericia militar precisamente.

Pero no se ofendió. O al menos eso le pareció por sus siguientes palabras:

—La política es muy interesante, *optio*, créeme. Te lo digo por experiencia, y nunca digas que no servirías, porque posees algunas virtudes que bien trabajadas podrían servirte para labrarte un futuro prometedor. Las legiones son un trampolín, pero estarás de acuerdo conmigo en que no siempre serás tan hábil con la espada y tus reflejos irán disminuyendo a medida que envejezcas. ¿Qué harás cuando cumplas con los años de servicio? ¿Seguir combatiendo con un reenganche? ¿Exponiéndote a una vida de peligros continuos?

Aquellas palabras le hicieron reflexionar. Razón no le faltaba, pero seguía siendo joven y no se veía en otro lugar que no fuera la legión.

—No me lo había planteado jamás, señor…

—Conozco a muchos hombres que decían lo mismo a tu edad… —dijo sonriendo—. La perspectiva que te da la madurez de la vida, te permite ver las cosas desde otro prisma. Y créeme, la política puede ser muy generosa con los que tienen habilidades. Y tú las tienes, querido Valerio. Te lo dicen unos ojos expertos.

Le quedaban muchos años de servicio todavía en las legiones, así que aceptó las palabras de Augusto como una sugerencia y una posible vía en un futuro a medio o largo plazo.

—Pero no nos desviemos del tema… ¿Qué propones que hagamos para contrarrestar los planes de esos traidores?

CAPÍTULO LIX

—Mañana por la noche es un poco precipitado, ¿no crees?

—El tiempo apremia, y ahora se nos presenta una buena oportunidad que no podemos desaprovechar —afirmó Sexto sin levantar la vista de la comida.

—Pero, aunque tengamos los turnos de guardia, sigo pensando que somos solo dos. Tal vez deberíamos contratar un par de espadas más para que nos ayuden en esto —propuso el asesino.

—Imposible.

—¿Y por qué si puede saberse? —insistió el hombre dejando el cuenco de madera repleto de sémola de trigo sobre la pequeña mesa.

—Primero, porque me he quedado sin fondos… Y segundo, porque no quiero delegar mis asuntos en otros. Dos espadas más, son dos personas más al corriente del tema. Dos personas que no tendré tiempo de estudiar ni de conocer lo suficiente como para meterlos en esto. No me voy a arriesgar de nuevo.

El asesino comprendió que esas últimas palabras que había pronunciado se referían a él. Jamás se sacaría la losa de responsabilidad que pesaba sobre sus hombros. Pero no llegaba a comprender si aquel hombre apreciaba su vida, ya que infiltrarse en la casa del mismísimo Augusto eran palabras mayores. Cuando lo hicieron en la del hombre que perseguían desde Roma, fue muy distinto. La seguridad que poseía el hombre más poderoso de la República no era algo que se tenía que infravalorar. Por mucha información que tuvieran mediante un traidor, eso no era garantía de tener el paso franco. Consideraba que ocho ojos verían siempre mejor que cuatro. Y qué decir de ocho oídos atentos y controlando el entorno. No entendía el motivo por el cual no quería contratar a alguien para que les ayudara. No creía que el tema económico fuera el verdadero problema. Más bien se decantaba por la otra razón que le había expuesto.

—¿Y qué me dices de solicitar ayuda a tus amigos en Roma? —inquirió de nuevo.

—Te he dicho que no hay tiempo.

«¿Para qué insistir más?», se dijo a sí mismo dándose por vencido.

—Al menos informaremos a Rutilio de cuándo vamos a hacerlo, ¿no?

—Irás tú a verlo mañana a primera hora —le dijo secamente.

—¿A la *domus* del cónsul?

—¿A dónde si no? —respondió con cierto tono irónico.

—Pero es un poco arriesgado. ¿Y si me descubren?

—Déjate ver por las proximidades de la puerta y alguien se acercará a ti para llamarte la atención —explicó Sexto sin dejar de comer—. Cuando te intenten echar de allí diles que buscas a Rutilio para entregarle parte de las ganancias de juego de la noche pasada.

—Ya, como que se lo van a creer —respondió el asesino.

—Son soldados… Se lo creerán.

—¿Y por qué no lo haces tú? Si estás tan seguro de que va a funcionar, ¿para qué me envías a mí? —interrogó de nuevo el hombre un poco molesto.

—Valerio y sus hombres me conocen. A ti no te han visto jamás.

Razón no le faltaba. Pero seguro que tenía que haber alguna otra manera de exponerse menos. Por mucho que los soldados fueran eso, soldados, el riesgo que corría al acercarse tanto a la casa del magistrado era alto. Pero sin duda esa sería una buena manera de contactar con el lictor e informarle que estuviera preparado para el asalto. Tampoco es que hubieran concretado nada con él, sobre el papel que debía desempeñar, aunque era evidente que con mantenerse al margen y dejar hacer, sería suficiente.

—Como desees… —se resignó a responder siendo consciente de que era la voluntad de Sexto y no podría hacerle cambiar de opinión.

—Así me gusta.

Apartó a un lado el cuenco de madera vacío, tomó un pedazo de papiro y una pluma que se había agenciado días atrás y comenzó a redactar una misiva. El asesino lo miró con atención, deseando saber qué era lo que estaba redactando. El silencio se había apoderado de la pequeña estancia, y ambos comenzaron a sentirse un poco incómodos por la situación. Así que, en un momento determinado, Sexto levantó la vista del documento y se quedó mirando a su socio fijamente.

—Imagino que deseas saber qué estoy escribiendo…

El asesino esbozó una sonrisa antes de responder:

—¿Tanto se me nota?

—Siento tus ojos clavados en mi frente desde que he empezado a escribir la misiva y no puedo concentrarme en el redactado —señaló dejando la pluma apoyada en el tintero de metal.

—Es para tus amigos de Roma, ¿no?

—Efectivamente —hizo una pausa y soltó un suspiro—. Está bien… Es para informarles de cómo está todo en este momento. ¿Sabes escribir? —le preguntó cambiando de tema.

—Sí, y leer —respondió como si eso tuviera que ser una evidencia

—. Lo suficiente como para hacerme entender con claridad.

—Vaya, veo que vales más de lo que creía…

No sabía si tomarse eso como un elogio o como un insulto. Pero optó por guardar silencio y esperar la continuación de la frase.

—Dejaré esta carta sin terminar. En el caso de que me ocurriera algo malo, serás el encargado de finalizarla y hacerla llegar a su destinatario.

—¿Y se puede saber de quién se trata? —interrogó el asesino.

—Lo dejaré anotado al final de la misma.

—¿Pero y si me ocurre algo malo a mí también? —preguntó de nuevo el hombre.

—Entonces imagino que la misiva jamás llegará a su destino y mi amigo se tendrá que enterar por otra vía y quizás no acabe conociendo toda la verdad de lo que aquí ocurra.

El asesino asintió levemente.

—Verás que nombro a Rutilio también, y hago hincapié en que ha sido una pieza fundamental en el desarrollo del plan.

—¿Y por qué? Creía que no te importaba lo más mínimo ese tipo —comentó el asesino.

—Está claro que sin él no habríamos tenido esta oportunidad de acabar el encargo. Es justo que reciba lo que se le prometió —dijo Sexto en un alarde de buena voluntad—. Lo mismo digo de ti… No creas que me olvido de la ayuda esencial que me has prestado.

«Ahora resulta que no eres tan hijo de Plutón como has tratado de hacerme creer todo este tiempo», se dijo a sí mismo alegrándose en el fondo por escuchar aquellas palabras.

—Espero que los dioses estén de nuestro lado y puedas entregar tú mismo esa misiva, Sexto —le dijo el hombre levantándose y dirigiéndose a la puerta.

—Que así sea… —murmuró en voz baja justo antes de que el asesino despareciera de su vista.

CAPÍTULO LX

—¿Hacerles creer que conocemos sus planes?

—Así es, *frater.* Eso es lo que me ha propuesto Augusto —expuso Valerio a su segundo esperando el asombro que este mostró al escuchar la primera parte de lo que tenía que relatarle.

—¿Y qué sucede con la ventaja de la que disponíamos?

—No debes preocuparte, no la vamos a perder —dijo tratando de tranquilizarle—. Tiene lógica, Aurelio. Verás, no sabemos exactamente cuándo atacarán, ya que según Lutacio no lo concretaron en la conversación, así que lo mejor es llevarlos a nuestro terreno —le explicó.

—Pues no lo acabo de ver claro y perdona mi sinceridad, pero creo que tanto el cónsul como tú no estáis sacando todo el provecho posible a la situación.

—Escucha con atención…

Le relató lo que Augusto le había propuesto y que analizándolo con detalle no era tan mala idea. Él también se había mostrado escéptico inicialmente cuando el cónsul se lo expuso, pero tras dejar que se explicara, no lo consideró tan descabellado. Se trataba de hacer creer a Rutilio que sabían algo acerca de sus planes para ponerlo nervioso. Evidentemente eso haría que buscase la manera de contactar con sus socios para abortar el asalto a la *domus*. Todos se pondrían en guardia, estaba claro, pero eso les permitiría a ellos buscar un escenario más favorable y poder urdir un plan más consistente para poder cazarlos, en lugar de estar pendientes en todo momento de un posible ataque. Pasarían de una posición defensiva a una plenamente ofensiva.

—Ahora que me has dado los detalles ya no me parece tan mala idea. Veo que nuestro querido *Princeps* tiene una gran visión estratégica —dijo sonriendo Aurelio al final de la exposición.

Estaban en sus aposentos, lejos de cualquier mirada u oído indiscreto. El tema era suficientemente sensible como para arriesgarse a hablarlo en otro lugar. Obviamente había pedido autorización para exponerle el plan a su segundo, y Augusto se la había concedido. Lo mismo haría con el prefecto Lutacio, al cual necesitaría para poder ayudarles a preparar la celada para los asesinos.

—¿Y se te ha ocurrido algo?

—He pensado que el primer paso sería traer a más hombres de la guardia del prefecto. Así dará la sensación de que sabemos algo,

aunque no con certeza. Ese cambio en nuestra rutina de seguridad alertará a nuestro amigo lictor, que seguro que intentará ponerse en contacto con sus colegas para avisarles —explicó el *optio*.

—¿Le seguiremos entonces?

—No… —respondió tajantemente Valerio.

—¿Y por qué no? Sería una buena oportunidad de cazar a los cazadores.

—Pero es arriesgado jugar en un tablero que no conoces. A ver si me explico… Si creamos nosotros el tablero y el propio juego, creamos las reglas, que a la postre también conoceremos a la perfección.

—Entiendo por dónde vas, y debo reconocer que me gusta cómo piensas, Valerio. Tú también eres todo un estratega, ¿lo sabías? —reconoció Aurelio orgulloso.

—Creo que estoy aprendiendo de uno de los mejores.

—¿Te refieres al cónsul? —interrogó de nuevo el legionario.

—Por supuesto. Es un hombre brillante —reconoció—. Tal vez no sea un gran militar, pero me ha enseñado muchas cosas sobre cómo gestionar y dirigir, además, me ha dicho que tengo las capacidades idóneas para entrar en política, llegado el momento.

—¿Político, tú? —rio Aurelio—. Disculpa, pero no te veo sentado en la Curia atendiendo a largas y aburridas sesiones de debate en la que hombres de noble cuna se pasan el día discutiendo por cuestiones que ni siquiera entienden. Tú eres más un hombre de acción, amigo. Como yo —dijo poniéndole la mano sobre el hombro—. Eres un soldado de los pies a la cabeza, y tu talento se debe aprovechar en los campos de batalla. Deja que otros libren las batallas dialécticas y céntrate en dirigir a las tropas.

Sintió algo de frustración al escuchar las palabras de su amigo. Aunque realmente él le conocía mucho más que Augusto y, por tanto, su versión de aquel tema se ajustaría más a la realidad. Suspiró levemente tratando de volver al mundo real y no vivir en una expectativa futura que quizás le iba muy grande. Tal vez se había ilusionado más de la cuenta al escuchar al cónsul incitándole a un cambio, cuando en realidad era su amigo el que tenía razón. Él era un soldado y no un político. Sabía defenderse a espadazos contra un enemigo, pero no estaba seguro de ser capaz de hacerlo mediante la dialéctica.

—Tienes razón, *frater*. Tal vez me haya dejado llevar por el entusiasmo y por las palabras del *Princeps* —afirmó tras chocar con la realidad que le había mostrado su compañero de armas.

—Recuerda que él es más político que militar… Y los políticos están acostumbrados a decirnos lo que queremos escuchar. Yo diría

que son profesionales en ese campo, y los soldados somos fáciles de convencer. Nos dicen que ataquemos aquel punto y lo hacemos sin cuestionarnos el por qué. Ellos controlan la voluntad de los hombres, y nosotros simplemente la ejecutamos. Así de sencillo.

* * * * *

—¿Qué hacen estos aquí?

—No lo sé —respondió el gigantón bátavo al ver aparecer en la puerta de la *domus* a un contingente de unos veinte guardias de la ciudad encabezados por su prefecto.

—Deberíamos avisar al *optio* —sugirió Rutilio un poco extrañado.

—Quizás deberíamos preguntarles primero, ¿no? —inquirió su compañero en la puerta principal.

El lictor asintió levemente y alzó la mano en señal de saludo mientras se acercaba hasta el oficial al mando de la columna.

—¡*Salve*, prefecto!

—¡*Salve*! —respondió este a su vez.

—¿Quiere que avise al *optio* de su llegada? —interrogó Rutilio.

—Gratitud, y dile que traigo a los hombres que me solicitó para aumentar la seguridad del cónsul.

El guardia asintió con un leve gesto y le dijo que volvía enseguida. Desapareció rápidamente de la vista de los presentes y se dirigió a los aposentos de Valerio. No podía dar crédito a lo que le acababa de decir el prefecto. Venía con unos veinte hombres a reforzar la seguridad de Augusto. Pero, ¿por qué? ¿Acaso se habían enterado de la amenaza que planeaba sobre él? Estaba convencido que debía tratarse de eso. Se frenó en seco, lejos de la mirada de los demás. Comenzó a ponerse nervioso. Estaba casi seguro de que habían descubierto el plan y de que sabían que estaba trabajando para los conspiradores. Tragó saliva y notó como las piernas le temblaban. Se apoyó en la pared mientras se comenzaba a sentir mareado. Le vinieron unas arcadas y vomitó junto a la pared la comida del mediodía a la vez que no dejaba de pensar en que todo se había desbaratado. Fue justo entonces cuando vio que se acercaba hasta su posición Valerio, acompañado por su inseparable Aurelio. Al verlo de aquella guisa, corrieron hasta donde estaba y le preguntaron:

—¿Qué te sucede, Rutilio?

El hombre respiró hondo y se incorporó haciendo un gesto de negación con la mano.

—Nada, señor. Estoy bien… La comida me debe haber sentado un poco mal, pero ahora que he vomitado me encuentro mejor.

—Vaya, a juzgar por el color de tu tez, diría que has visto a un

espíritu —añadió Aurelio.

—No es nada… Me encuentro mucho mejor.

—Me alegro. Si quieres te envío un relevo para que puedas ir a descansar —insistió el *optio*.

—No será necesario, señor. Gratitud por el ofrecimiento.

Hizo una leve pausa y prosiguió.

—Precisamente venía a buscarle.

—¿Qué ocurre? —preguntó Valerio.

—Acaba de presentarse el prefecto Lutacio con veinte hombres para reforzar la seguridad del cónsul… —expuso—. Y me ha solicitado que le informara.

—Muy bien. Veo que han llegado antes de lo previsto —le dijo a Aurelio.

—El prefecto es un hombre diligente en este tipo de peticiones —respondió el legionario.

No entendía todo aquello, así que optó por arriesgar un poco más y tratar de averiguar qué sucedía.

—¿Acaso ocurre algo, señor? No comprendo por qué necesitamos más seguridad con todos los que somos.

—No debes preocuparte, Rutilio. Simplemente se trata de un ofrecimiento que han hecho los *duovirii* de la ciudad al cónsul.

—Pero ya lo hicieron con los ocho hombres de más que enviaron hace unos días —repuso el lictor algo nervioso—. Están los turnos cubiertos, ¿no?

—Claro que están cubiertos, pero qué quieres que haga yo si nos los ofrecen —dijo el *optio* encogiéndose de hombros—. Quién sabe el motivo real. Se sentirán mejor si la colonia contribuye a la hora de hacerse cargo de algunos turnos. Imagino que debe ser un privilegio para ellos tener a un cónsul de Roma en la ciudad. Es algo que no ocurre todos los días, y si encima se trata del mismísimo Augusto pues más aún, teniendo en cuenta que su familia ha sido una de las benefactoras que ha encumbrado a Tarraco hasta la posición privilegiada que ocupa actualmente —expuso Valerio.

—Tiene su lógica, señor —respondió el lictor tratando de no insistir demasiado para no levantar más sospechas.

—Míralo por el lado bueno, amigo, así nuestros turnos serán más cortos y dispondremos de más tiempo libre. Siempre podrás volver a visitar a esa amiguita tuya egipcia…—añadió Aurelio esbozando una sonrisa picarona.

—Sí, visto así nos aliviará un poco… —respondió Rutilio con una risa nerviosa a la vez que abría paso a los militares y observaba cómo se alejaban en dirección a la entrada. Miró al cielo y rogó en voz baja:

—Júpiter, padre de todos los dioses, ¿por qué me castigas de esta manera? ¿Qué he hecho para ofenderte?

CAPÍTULO LXI

—¿Te has fijado en la cara que se le ha quedado?

—Parecía que se le hubiera aparecido uno de sus *manes* a juzgar por el miedo que se desprendía de su mirada —añadió Valerio sirviendo un poco más de vino a la copa de sus invitados.

—Entonces, ¿podemos decir que el plan ha funcionado? —interrogó Lutacio que acababa de tomar asiento después de dar por finalizado el teatrillo que habían orquestado en la entrada.

—Yo diría que sí… —respondió Aurelio sin poder contener una sonora carcajada.

Los otros hicieron lo mismo que él, y se dejaron llevar por la euforia del momento. Lo cierto era que todo había salido según lo previsto, y aquel numerito que habían montado en el exterior de la casa sirvió para hacer creer al traidor que existía una ligera sospecha. Aunque las palabras posteriores de Valerio exponiendo el hecho de que se trataba más bien de un presente por parte de los magistrados de la ciudad, hubieran sonado convincentes, realmente era una versión que sonaba poco creíble. Habría levantado las sospechas de Rutilio, y estaba convencido de que no tardaría mucho en intentar contactar con sus socios para ponerlos sobre aviso.

—Sigo pensando que deberíamos aprovechar la oportunidad para seguirle y que nos lleve hasta donde se esconden sus socios y atajar este problema de raíz —insistió Aurelio.

—Ya te dije que es mejor no presionarlo. Si se siente vigilado, es muy posible que no acabe contactando con los asesinos. Hagámosle creer que esto es más normal de lo que parece —expuso Valerio—. Mañana mismo, sin demorarnos en exceso, le daremos lo que ahora no tiene.

—¿Una alternativa? —sugirió Lutacio.

—Eso es. Pero será nuestra alternativa —dijo sonriendo el *optio*.

* * * * *

No había podido pegar ojo en toda la noche. No había sido capaz de hallar la manera de descansar. Toda la noche en vela, meditando sobre cuál debía ser el siguiente paso a dar. Aquellos dos no tardarían demasiado en actuar, a lo sumo la noche siguiente o la de después. Tenían prisa, sobre todo Sexto. Tenía que buscar la manera de avisarlos, ya que lo tenían todo preparado, pero desconocían el

refuerzo de la guardia que habían recibido por parte de los dirigentes de la colonia. Ese punto precisamente le ponía muy nervioso, ya que esos guardias habían aparecido de manera demasiado oportuna. Era como si alguien hubiera descubierto lo que ya estaba en marcha. Pero, por otra parte, cuando le preguntó al *optio*, este pareció reaccionar con normalidad, y eso le desconcertaba aún más. Desconocía si su superior sabía algo de lo que estaba sucediendo. Al menos a simple vista no le daba esa sensación, pero Sexto le había advertido de que ese soldado no era como los demás.

Debía encontrar a aquellos dos y advertirles de los cambios. Estaba convencido de que los asaltantes podían convertirse en las presas si no los ponía sobre aviso. En el ya hipotético y muy remoto caso de que lograran llegar hasta el cónsul, sus posibilidades de salir de aquella con vida, disminuían considerablemente. Por el contrario, tampoco es que se hubieran incrementado las patrullas o el número de efectivos que hacían las rondas de seguridad, y eso denotaba cierta tranquilidad. Si su superior fuera consciente de la existencia de una amenaza inminente, teniendo ese apoyo extra, habría montado turnos con más efectivos o habría mandado controlar todos los accesos posibles. Pero eso no había ocurrido. Había dado descanso a los germanos, a los lictores y a sus propios legionarios, ya que los últimos días se habían tenido que emplear a fondo haciendo turnos más largos. Todo se había relajado un poco con la llegada de los ocho guardias que el prefecto envió en primera instancia, y ahora, daba la sensación de que los relevos se hacían más a menudo, lo cual agradecían los hombres.

Pero a él se le presentaba un dilema. No podría saltarse su turno del día siguiente sin llamar la atención, así como tampoco localizar a sus nuevos amigos, ya que no tenía ni idea de dónde se encontraban. La anterior cita había tenido lugar en un punto pactado previamente. Según la conversación que mantuvieron aquella noche, no deberían volverse a ver hasta la noche del asalto, y si era posible que no coincidieran, mucho mejor para ambas partes.

Se había levantado del camastro y se estaba preparando para su turno, cuando de repente escuchó la voz de Aurelio desde el exterior que llamaba a todos los hombres. Acabó de atarse las *caligae* tan rápido como pudo y salió al exterior, sabiendo que los legionarios odiaban todo aquello que atentara contra la disciplina, siendo la diligencia algo altamente valorado. Cuando emergió del interior de su humilde alcoba, encontró a todos los demás lictores, germanos, legionarios y guardias que no estaban de servicio, perfectamente formados en línea. Frente a ellos, estaban Aurelio, Valerio y el

prefecto de la guardia, preparados para pasar revista al parecer.

—Vaya, Rutilio… Parece que has pasado mala noche, al juzgar por esas ojeras —indicó el *optio* a modo de toque de atención.

—Mis disculpas, señor… Es que me ha costado un poco dormir esta noche.

—¿Todavía te encuentras indispuesto?

—Estoy mejor, gratitud. Pero imagino que algo habrá tenido que ver —señaló el lictor buscando una excusa que fuera aceptable.

—Si no te encuentras en condiciones, puedes ir a ver a Antonio Musa cuando llegue de aquí a un rato —dijo el oficial al mando.

—No será necesario, señor. Imagino que respirar un poco de aire fresco me vendrá bien.

—Perfecto. Así me gusta, tener hombres como tú a mis órdenes. El deber es lo primero —añadió—. Y una vez comprobado que todos estáis en perfectas condiciones, os informo de que mañana por la tarde, hacia la décima hora, el cónsul tendrá que hacer una salida. Prefecto, si quiere explicar los detalles a los hombres.

Lutacio dio un paso al frente, se aclaró la garganta y comenzó a hablar con la solemnidad que le caracterizaba y de la que hacía gala precisamente en ese tipo de eventualidades:

—Nuestro querido y amado *Princeps*, ha aceptado la invitación que le han hecho llegar los *douvirii* de la colonia. Los magistrados le han preparado una ceremonia digna de su categoría para agradecerle todo lo que ha hecho por esta ciudad. Además de para felicitarle por sus éxitos en la campaña contra las tribus salvajes que recientemente se ha pausado por un tema estacional —dijo con firmeza en su tono.

Rutilio no pudo evitar alegrarse en su fuero interno. Se había cerrado una puerta, pero se acababa de abrir otra nueva. Aquella también era una oportunidad única, y aunque no fuera al amparo de la oscuridad y protección de la noche, se presentaba como una alternativa plausible. Parecía que Júpiter había estado atento a sus plegarias y no había sido tan cruel como pensaba. Prestó atención a la continuación de la explicación del prefecto:

—La ceremonia se llevará a cabo en el foro de la colonia y asistirán miembros de las familias más importantes de la ciudad. Evidentemente el pueblo tendrá acceso a ese evento, al menos a los desfiles que se han organizado. Como parece ser que la situación en estos momentos es tranquila, a petición del propio *Princeps,* que quiere ante todo mostrarse humilde, la escolta será de pocos hombres. Mientras él desea hacer el recorrido hasta el foro en su propia camilla, hemos acordado que irá escoltado por cuatro legionarios y dos lictores únicamente. De la seguridad en la ceremonia, se encargarán mis

hombres como es normal en este tipo de actos —informó el prefecto.

—¿Preguntas? —inquirió Aurelio a los hombres.

—¿Quiénes son los elegidos para la escolta? —interrogó Domicio que era el único de los legionarios que estaba presente, ya que sus compañeros estaban de guardia.

—¿Acaso no sabes contar? — le interrogó Aurelio.

Se escuchó un leve murmullo y después algunas risas entre los hombres que estaban formados y en silencio.

—¿Cuántos legionarios vinimos con el cónsul, zoquete? — le dijo Aurelio de nuevo a su compañero.

—Cuatro contándote a ti… Pero, ¿qué hay de los dos reclutas? — añadió con buen criterio el soldado.

—¿Tu pondrías a dos reclutas como guardias de un cónsul en un evento de esta magnitud? —le reformuló de nuevo Aurelio.

—Imagino que no…

—Pues ahí tienes la respuesta a tu pregunta absurda —añadió el soldado soltando una leve risilla.

Todos rieron ante aquella evidencia, incluido el propio Domicio, que lejos de enfadarse por aquel comentario, se llevó la mano a la barbilla y se la rascó suavemente en señal de reconocer su comentario desafortunado.

—Bueno, ya es suficiente —indicó Valerio.

—Una pregunta más, señor —interrumpió Rutilio.

—¿Y bien?

—¿Qué hay de los dos lictores? ¿No ha dicho quiénes serán los que acompañarán al cónsul? —volvió a preguntarle.

—Tienes toda la razón. Como el acto es una ceremonia oficial, y los lictores sois funcionarios al servicio de la República, imagino que no hay nada más honorable para vosotros que participar de esto. ¿No? —indicó el *optio*.

—Por supuesto —respondió el lictor mirando de soslayo a varios de sus compañeros que estaban en la formación.

—Hoy has demostrado que el deber está por delante de todo lo demás, así que creo que es de justicia, que tú seas uno de los que acompañe al *Princeps*. Además, elige, si te parece bien, al compañero que desees.

Rutilio no esperaba aquella respuesta, pero estaba claro que no podía negarse a ello. No podía quedar en evidencia rechazando un ofrecimiento que como bien había afirmado el *optio*, era todo un honor. Los lictores hacían de guardaespaldas de los magistrados en Roma, pero cuando salían de la ciudad, eran la representación de la República en sí misma, así que, en los actos solemnes, su presencia era

habitual.

—Será todo un honor acompañar al cónsul en una ocasión tan especial —respondió esbozando una sonrisa de agradecimiento poco sincera.

CAPÍTULO LXII

Cruzó toda la ciudad caminando a buen ritmo y sin entretenerse demasiado. No quería que al llegar a casa del cónsul se encontrara con la desagradable sorpresa de no poder dar con Rutilio porque este hubiera tenido que ausentarse. Esperaba que, si no estaba haciendo guardia en la puerta de acceso, la artimaña funcionara para que sus compañeros le avisaran. Mientras se dirigía al lugar, pensó que no habría sido necesario avisarle si tampoco tenía que jugar un papel activo en la infiltración. El lictor ya había cumplido su función y Sexto tampoco le pidió más implicación en el asalto. Pero, en fin, su socio destacaba por ser un tipo que en ocasiones actuaba sin demasiada lógica. Y eso que apenas lo conocía. Pensó que tampoco dejaba las cosas al azar, y si le había pedido que hiciera aquello, sus motivos tendría. No le dio más vueltas al asunto ya que tampoco llegaría a ninguna parte.

A medida que avanzaba por la ciudad se daba cuenta de que era bonita. Estaba bien construida, respondiendo a un orden preestablecido. Era muy diferente a Roma, pero pese a ello, apreció ciertas similitudes con la capital. Los bloques de *insulae* donde vivía la gente más humilde, le recordaban al lugar en el que creció. Imaginó que todas las colonias o ciudades que se habían ido fundando a medida que la extensión territorial de la República fue creciendo, guardaban una estrecha similitud con la *Urbs* original. Al fin y al cabo, no dejaban de ser extensiones de la misma, cual si fueran los tentáculos de un pulpo.

Sabía que la orografía urbanística iría cambiando cuando se fuera acercando a la casa del cónsul. Eso también sucedía en Roma, donde los más ricos se construían enormes casas para demostrar su opulencia y superioridad al resto de ciudadanos. Tal era la condición del hombre, demostrar y exhibir siempre todo lo que poseía y aplastar a los que estaban por debajo de ellos cual si fueran simples insectos. Reflexionando sobre las injusticias y las desigualdades de la sociedad, se plantó en los aledaños de la *domus*. Una casa digna de su propietario. No sabía si era suya, o si habían sido los magistrados lamebotas de la colonia quienes se la habían ofrecido para quedar bien con el hombre más poderoso de toda Roma. Aunque eso era irrelevante. Si tenían que acabar con él, el lugar era lo de menos. Los ricos acostumbraban a morir en sus opulentas casas, mientras que los

pobres, los olvidados, lo hacían en sus mugrientas *insulae* en el mejor de los casos, o en las mismas calles incluso. Esa era la justa sociedad romana sobre la que había asentado sus pilares la todopoderosa República.

Se quedó a una distancia prudencial. No quería que los que estaban en el exterior de la *domus* detectaran un comportamiento anormal, ni que sospecharan que estaba vigilando desde la distancia. Buscó un lugar adecuado desde el que poder llevar a cabo esa tarea, y aguardó pacientemente durante un buen rato. La puerta estaba cerrada y no se observaba movimiento alguno. Decidió que esperaría un poco más y si no veía a nadie trataría de encontrar otra manera de ponerse en contacto con Rutilio.

Pasó un buen rato hasta que observó cómo se acercaba un hombre de unos cuarenta y largos años hacia la puerta, vestido con una túnica bastante decente, al que acompañaba un muchacho joven acarreando una especie de caja de madera de un tamaño medio. Golpeó la misma tres veces, y al cabo de un breve instante salieron de la *domus* dos hombres que iban armados. Aquella era su oportunidad para tratar de buscar al lictor. Se acercó con decisión hasta donde se habían quedado los dos guardias tras franquearle el paso a los recién llegados. Una vez estuvo a escasos diez pasos de ellos, levantó la mano en señal de saludo y dijo:

—¡*Salve*, amigos!

Ambos soldados se lo quedaron mirando con cierta curiosidad, hasta que uno, en un rudimentario latín, que le costó entender, respondió:

—¡En nombre de la República, detente ahí mismo, y dinos quién eres!

El asesino bajó el brazo, dando a entender que no tenía malas intenciones y centró la mirada en aquel tipo, que además de corpulento, estaba claro que no era ni hispano ni de ningún territorio que él conociera. Seguramente sería uno de esos bárbaros germanos que formaban parte de la guardia personal del magistrado. Recordaba que Rutilio había hecho mención a ellos en el primer encuentro que tuvo con Sexto y con él. Dijo que eran de una tribu del Rin que había sido sometida años atrás durante las campañas de conquista y que poco a poco habían ido convirtiéndose en leales guardias de *corps* de algunos de los generales que por allí pasaban. En cualquier caso, eso era ahora lo de menos, ya que su objetivo era tratar de llegar hasta el lictor sin levantar sospecha alguna. Así que, esbozando una sonrisa, le dijo al gigantón:

—Disculpe, busco a Rutilio… Lictor al servicio del gran Augusto.

Este no respondió, sino que miró al compañero que tenía delante de él. A juzgar por sus ropajes y por su armamento, bastante diferentes a los del germano, era evidente que no pertenecía a la misma unidad. Parecía un legionario por el *cingulum* y las *caligae* que llevaba pese a que no portaba armadura alguna que le identificara como tal.

—Antes de proseguir con esta conversación, amigo… deberías responder a la pregunta que te ha formulado mi compañero.

—Ah, sí… Disculpadme… Me llamo Quinto Honorio, y vengo de parte de Decimo Genucio Floro, propietario de un humilde negocio en el barrio bajo de la ciudad, junto al puerto.

—¿Y qué hace un tipo como tú en un lugar como este, si puede saberse? —insistió el soldado un poco mosqueado por la osadía demostrada—. ¿Acaso no sabes a quién pertenece esta casa?

—Todo el mundo lo sabe en esta ciudad, amigo… Pero no busco problemas, tan solo deseo hablar con el lictor y enseguida me marcho.

—¿Y de qué conoces a Rutilio?

—Resulta que hace unos días estuvo tomándose unas jarras de vino en el negocio que regenta Genucio. Además de beber, también participó en unas partidas de dados que se estaban celebrando y a las que podía entrar cualquiera de los clientes… No sé si me explico…

—Perfectamente —dijo el legionario que parecía entender de qué le estaba hablando.

—Resulta ser que ganó una de esas partidas, pero no pudo cobrar todo el premio ya que uno de los participantes no disponía de la cantidad de monedas en ese preciso instante —expuso tratando de improvisar una historia que fuera creíble—. Genucio, que conocía al deudor, porque era un cliente habitual, le garantizó a vuestro amigo que se hacía responsable del pago de lo que quedaba pendiente. Que tan pronto como el perdedor reuniera la cantidad a deber, le haría llamar para que pasara a recogerla por su establecimiento.

—¿Y él le dijo a ese tal Genucio que era lictor al servicio de un cónsul? —interrogó de nuevo el soldado un poco extrañado.

—Imagino que sí. Por eso me ha enviado justamente aquí —respondió el asesino tratando de parecer convincente en su respuesta.

—Ya veo…

Aguardó unos instantes. Lo cierto era que lo que le había explicado tampoco sonaba tan mal. Los dados y las apuestas eran algo bastante habitual, y no había hombre que teniendo un buen puñado de monedas no buscara una manera de ganar unas cuantas más. Y tampoco era raro que el lictor quisiera cobrar lo que se le debía y por eso hubiera dejado indicaciones claras de dónde encontrarle. Además,

aquellos dos seguro que sabían de qué hablaba. Una apuesta era una apuesta, y era algo que cualquiera podía entender.

—Es cierto que Rutilio salió hace unas cuantas noches de permiso y regresó justo al amanecer con la cara llena de golpes y moretones —dijo el militar.

—Lo recuerdo —dijo el bárbaro germano soltando una carcajada —. Le dieron una buena paliza.

—Pero dijo que le habían intentado robar… —añadió el soldado a modo de reflexión en voz alta como si el recién llegado ni siquiera estuviera presente.

Se quedó sin palabras al escuchar aquello. Desconocía lo que había explicado el lictor para justificar su ausencia y la paliza recibida. Se miró de reojo los nudillos de sus manos, que aún estaban cicatrizando de las heridas que se hizo al golpear la cara del lictor antes de saber quién era realmente. Trató de disimular y las colocó detrás de su espalda.

—Al menos no le robaron la parte que quedaba por pagar —soltó el soldado con otra carcajada.

El gigantón germano se llevó la mano a la boca tratando de aguantarse. Estaba claro que verle llegar de aquella guisa la mañana siguiente, había resultado más bien gracioso para aquellos hombres. Si hubieran sabido lo cerca que había estado de la muerte, quizás se habrían mostrado más respetuosos. En fin, aquello no iba con él, y era una buena oportunidad para conseguir su objetivo. Así que dijo:

—Pues sí… Contó con el favor de los dioses… Al menos saber que la deuda ha sido saldada le servirá para recuperarse mejor de esas heridas.

—Está bien. Aguarda aquí, amigo —dijo el legionario—. Voy a buscarle y le informo de que no todo tiene que ser malo en esta vida.

—No me moveré.

Había ido mejor de lo que imaginaba y, al fin y al cabo, Sexto tenía toda la razón. Si se era lo suficientemente listo, tocando un tema con el que los soldados pudieran empatizar, se podía conseguir un resultado ideal.

—Tú no eres de por aquí, ¿no? —interrogó al gigantón germano tratando de entablar conversación con él.

Este le miró fijamente limitándose a mover la cabeza en señal de negación. No obtuvo respuesta alguna, y al cabo de un breve lapso de tiempo que se le hizo eterno, en parte por el silencio incómodo, en parte por la mirada salvaje que le traspasó en varias ocasiones, aparecieron dos hombres por la puerta. El primero era el legionario que estaba de guardia en la puerta, el segundo, el hombre por el que

había preguntado…

* * * * *

—¡Por todos los dioses! ¿Qué haces aquí? ¿Es que te has vuelto loco?

Caminó juntó a él unos cuantos pasos hasta alejarse de la posición de guardia que ocupaban el soldado y el bátavo. Lo llevaba sujeto por el codo y le estaba obligando a moverse. El hombre se dejó arrastrar sin oponer demasiada resistencia para no llamar la atención de los que custodiaban la puerta, mientras esbozaba una leve sonrisa. Una vez estuvieron lo suficientemente apartados, le dijo:

—Creía que ya lo habíamos hablado todo… Me estoy jugando mucho en esto y tú vas y te presentas aquí como si nada. Explicándoles a los de la puerta no sé qué de una partida de dados y de unas monedas que me debían…

—No te enfades conmigo. Ha sido una historia muy creíble a juzgar por el hecho de que estés aquí ahora hablando conmigo —dijo zafándose la presa que le había hecho el otro—. Yo soy el primero que no querría estar aquí. También me la he jugado por ti. Y si he venido es porque Sexto me ha obligado para hacerte saber que esta noche llevaremos a cabo el plan. Deberías valorar la deferencia que hemos tenido contigo.

—Entonces gratitud por tomarte la molestia de venir a avisarme —dijo enojado aún—. Pero te informo de que debéis cancelar el asalto.

—¿Cómo?

—Creo que sospechan algo —informó el lictor.

—¿Y cuándo pensabas avisarnos, maldito idiota?

—¿Acaso me dijisteis dónde os escondíais? ¿Cómo pensabas que os podría encontrar? —respondió Rutilio sin miedo alguno.

El asesino se vio obligado a asentir levemente. Aquel imbécil tenía toda la razón. No le habían dicho dónde estaba su escondrijo por mera precaución, así que era imposible que les hubiera podido avisar.

—La cuestión es que los dioses han querido que nos encontráramos para que me pudieras poner en sobre aviso —concluyó tratando de aparentar tranquilidad—. ¿Y cómo es que sospechan algo? ¿No te habrás ido de la lengua? —interrogó poniéndose mucho más serio.

—No he sido yo… No soy tan estúpido —afirmó molesto por aquella insinuación que acababa de hacerle.

—Pues explícate… No tenemos tiempo que perder o esos de allí comenzarán a sospechar que tramamos algo —le dijo en clara alusión a los dos centinelas de la puerta que seguían conversando entre ellos.

—Está bien. Te lo voy a explicar todo…

CAPÍTULO LXIII

—¿Quién era ese que estaba hablando con Rutilio?

—No lo sé… Un tipo que decía que quería verle por no sé qué asunto de una deuda de juego y unas monedas que le debían de la otra noche —expuso el legionario Pompeyo.

—¿Y ha venido hasta aquí por eso? —interrogó Aurelio a su compañero de centuria mientras se relevaban en la puerta.

—Qué quieres que te diga yo… Debería ser una cantidad importante —respondió este—. Si quieres saber algo más, pregúntaselo a él, ya viene —añadió señalando con la cabeza en dirección al susodicho.

Aurelio asintió levemente y comprendió que quien había venido hasta allí buscándole debía de ser uno de los dos hombres que se reunieron con él en aquel tugurio. Por desgracia cuando llegó a hacerle el relevo a Pompeyo, no le pudo ver la cara con claridad, ya que se estaba marchando del lugar en el que presumiblemente habían estado conversando un buen rato. Tampoco podía culpar al legionario ya que no estaba al corriente del tema.

—¿Han estado conversando mucho rato? —inquirió de nuevo a su camarada.

—Sí.

—Gratitud —dijo justo cuando Pompeyo se daba la vuelta presto a irse a comer algo y a descansar un rato.

Se quedó allí junto a otro de los bátavos que le había hecho el relevo al otro centinela. Se puso a conversar con este, hasta que Rutilio llegó hasta su posición, entonces le preguntó:

—¿Quién era ese tipo?

—Uno que me debía unas monedas —expuso el lictor impasible.

—¿De la otra noche? —volvió a preguntarle.

—Sí… De unas partidas que gané y que no me pudieron pagar.

—Suerte que no te pagaron, si no te habrían robado todo —dijo Aurelio.

—Suerte…, sí. Si no te importa voy a descansar que esta tarde tengo que estar en condiciones para la ceremonia.

—Por supuesto… Esta tarde va a ser épica —añadió el legionario.

* * * * *

La reunión se llevó a cabo justo a la hora del *prandium*, aprovechando

que los hombres estarían ocupados llenándose las panzas y descansando. Tenían algo de margen para hablar sobre el plan, e hicieron venir a todos los que iban a participar en la escolta de Augusto hasta el Foro. Al menos esa fue la excusa, ya que realmente todo iba a ser un montaje. Estaban los cuatro legionarios de Valerio, Lutacio y alguno de sus subordinados, el bátavo que mandaba la guardia de *corps* y el otro lictor que acompañaría a la comitiva. Nadie sabía de qué iba aquella convocatoria, pero acudieron prestos a la llamada. Estaban en la parte posterior de la casa, en el jardín en el que Augusto solía descansar tras recibir la visita diaria de Antonio Musa. Cuando estuvieron todos reunidos, Valerio tomó la palabra y puso al corriente de todo a los elegidos. La mayoría de ellos no se esperaban recibir aquella información, y quedaron estupefactos ante todo lo que el *optio* les relató. Evidentemente su discurso fue ratificado por Aurelio y por el prefecto Lutacio, que expuso con todo lujo de detalles lo que había escuchado de boca del traidor. Cuando se hizo el silencio, el primero en hablar fue Pompeyo:

—Deberíamos arrestar de inmediato a ese traidor… No se merece otra cosa, señor.

Valerio asintió levemente, ya que no le faltaba razón, pero respondió:

—Sería lo normal, pero no lo racional, Pompeyo. Si lo hiciéramos así, no podríamos dar con los que planean ejecutar el plan.

—¿Y cómo sabemos que actuarán? Quizás ahora no lo tengan tan claro —dijo Cayo, el otro lictor presente en la reunión.

—Existe esa posibilidad, pero les hemos brindado la oportunidad perfecta. Es más fácil asaltar una comitiva con pocos guardias, que infiltrarse en la *domus* y tener que sortear tanta vigilancia —expuso de nuevo Valerio.

—Yo lo haría de esa manera si tuviera que matarme a mí mismo —dijo una voz que venía de detrás de los hombres.

Todos se dieron la vuelta rápidamente para comprobar que quien había hablado no era otro que Augusto. Se cuadraron de inmediato y saludaron al cónsul, que venía acompañado por su esposa y su yerno, Claudio Marcelo. Livia le ayudaba a caminar cual si fuera su pie de apoyo, y de esa manera el magistrado disimulaba levemente su cojera. Le ayudaron a sentarse en una de las butacas, a la vez que uno de los esclavos, le ponía bajo los pies un escabel para poderlos apoyar y estar de esa manera más cómodo.

—Por todos los dioses, Valerio, mándales descanso…

El *optio* obedeció, y todos los presentes se relajaron, aunque se mantuvieron en pie.

—Yo fui el primero que pensé que lo mejor era detener a ese traidor y hacerle confesar todo… —comenzó a relatar el cónsul—. Pero me dejé aconsejar por el jefe de mi guardia —hizo una pausa y señaló a Valerio—, que muy inteligentemente me dijo que debíamos aprovechar esta ventaja para tratar de capturar a todos los implicados en este oscuro asunto.

—Disculpe, *Princeps* —interrumpió el legionario Domicio sin vergüenza alguna.

—Dime, legionario.

—¿Tiene este asunto algo que ver con lo ocurrido en el campamento hace unas semanas? —preguntó en un alarde de sinceridad mientras recibía una mirada letal de parte de Valerio.

Augusto soltó una leve carcajada y miró al jefe de su guardia mientras trataba de responder a la cuestión planteada:

—Tranquilo, *optio*. No pasa nada. Entiendo que tus hombres quieran tener toda la información posible. Si yo estuviera en su lugar, preguntaría lo mismo.

Hizo otra pausa y prosiguió bajo la atenta mirada de los presentes:

—No estamos seguros de que esté relacionado, soldado. Quisiera creer que sí, ya que ambos episodios son muy cercanos en el tiempo, y el fracaso del primero, indudablemente conduce a la teoría de que los que quieren verme muerto, lo intenten de nuevo.

—¡No permitiremos que eso ocurra, *Princeps*! —dijo el legionario asintiendo al final de la frase.

—Sé que sois leales y de confianza. Por eso os elegí para que os encargarais de mi seguridad. Porque él me aseguró que eráis los mejores —dijo señalando a Valerio—. Y si él lo dice, sé que es verdad.

De nuevo volvía a estar en la conversación. Últimamente se había convertido en algo más habitual de lo que hubiera deseado, pero, al fin y al cabo, Augusto sentía admiración por él y por su trabajo. Algo de lo que sentirse orgulloso.

—Pero volvamos al plan, señores. Disponemos de poco tiempo para trazarlo. Obviamente la ceremonia no se va a celebrar, y se trata más bien de una trampa para obligarles a actuar. Tiene que parecer que es muy sencillo, de lo contrario no se arriesgarán. Debe parecer natural, por lo que os pido que actuéis como si el acto se fuera a desarrollar. Y estad tranquilos, yo no iré dentro del trasporte.

—Lo haré yo —dijo el joven Marcelo sonriendo y dando un paso al frente.

La cara de Livia era un poema. Valerio se fijó en ella y se dio cuenta de que no aceptaba que su yerno, el que debía desposar a la hija de Augusto, se jugara la vida en aquella acción. Era joven e

impetuoso, y trataba de ganarse el favor del hombre más poderoso de la República. Sin duda no había otra explicación posible.

—Podría hacerlo cualquiera de mis hombres —dijo Valerio mirando de reojo a la mujer de Augusto—. O incluso alguno de los bátavos.

—No será necesario¸ *optio*. Agradezco que te preocupes por mi integridad, pero no es lo mismo cargar conmigo en la litera que con un gigantón de estos —aseguró el joven patricio a la vez que señalaba al jefe de los germanos que estaba allí presente.

—Sin duda no es lo mismo —afirmó el bárbaro soltando una carcajada ruidosa.

—Además, será difícil que los asaltantes lleguen hasta la litera, ¿no es así? —interrogó Marcelo.

—Será imposible —respondió Valerio—. Además, un nutrido grupo de guardias de la ciudad, al mando del prefecto Lutacio, estarán al acecho para intervenir de inmediato.

—¿Y no podríais poner más guardias en la escolta? —sugirió Livia que no podía contenerse más.

Fue el *Princeps* el que se dio la vuelta hacia su esposa y tras cogerla suavemente por las manos le dijo:

—Tranquila, querida. Ellos protegerán a Marcelo. Debes confiar…

—Sería mejor que fuera un soldado en lugar del prometido de tu hija. Veo que es un riesgo innecesario —insistió Livia sin importarle el hecho de estar cuestionando al hombre más poderoso de la República delante de sus subordinados.

—Livia, querida —comentó entonces el propio Marcelo acercándose hasta ella y poniéndole su mano sobre las de Augusto—. He sido yo quien le ha propuesto ir… No ha sido tu esposo, ni su jefe de la guardia quienes me han preguntado si estaba dispuesto. Me he formado con los mejores soldados desde que era un niño. Si llegara el momento de tener que combatir con alguien, no dudes de que sabría defenderme, así que te ruego que confíes en el plan.

La mujer asintió levemente, aunque Valerio pudo observar en su rostro que no parecía estar convencida de la exposición de los hechos que le habían formulado tanto Augusto como Marcelo. Se apartó ligeramente para permitir que los hombres continuaran tratando aquel tema. Su esposo le dio un beso en la mano y se dio la vuelta para proseguir con la exposición ante los hombres:

—Ruego que disculpéis a mi esposa… Ya sabéis que las mujeres siempre se preocupan más de lo habitual —añadió para minimizar la intromisión de Livia en aquel debate que era entre hombres.

Se escucharon algunas risas leves. Ciertamente aquellos asuntos

concernían a los varones y no a las mujeres, que nada sabían de lucha, guerra o conspiraciones políticas. Por muy esposa de cónsul que fuera, no estaba bien visto que ninguna esposa se metiera en los asuntos de su marido, y mucho menos en aquellos tan relevantes. Aquellos primeros años de su gobierno, se habían caracterizado por la idea de hacer inciso en uno de los pilares básicos de la sociedad romana: la recuperación del antiguo *mos maiorum*. A través de esta especie de código moral, que estaba implícito en el carácter romano de las antiguas *gens* pertenecientes al patriciado más antiguo, pretendía que todos los romanos regresaran en cierto modo a aquellos tiempos en los que todo se regía por unos valores, que con el paso del tiempo se habían ido perdiendo y olvidando.

Esas costumbres que las familias preponderantes de la República cultivaron durante generaciones pasadas, fueron de nuevo promovidas, premiadas y llevadas a cabo por él mismo con la intención de predicar con el ejemplo y hacer que los demás las fueran adoptando a imagen y semejanza del primero entre los iguales. Entre estas destacaban algunas como por ejemplo la lealtad, la piedad, la disciplina, la constancia o la virtud. Todas ellas muy vinculadas a la figura preponderante del *pater familias*, el varón que tenía que velar para que todo aquello se cumpliera. Este debía encargarse de instruir a sus hijos, ya fueran varones o hembras, para que también las cumplieran, así como hacerlo con sus propios clientes. Ese era el orden social que quiso restablecer Augusto, para que fuera acorde con la propia República en sí. Todo se había ido degradando durante las últimas décadas con las constantes guerras fratricidas, con la corruptela política, el abuso social, y muchas otras cosas más que habían pervertido el concepto de ciudadano romano. Por ello, el cónsul, una vez estuvo en la cúspide de todo, sin nadie que le disputara el poder, buscó recuperar las viejas tradiciones para tratar de reconducir la situación o el rumbo que había tomado la propia República. Se trataba de salvarla de la caída libre en la que se encontraba desde tiempo atrás. La tarea no era sencilla, sino que suponía un reto a la altura de los dioses, pero conociendo a Augusto, estaba claro que iba a poner todo su empeño en tratar de conseguirlo.

Él simbolizaba el modelo más claro de *pater familias*, o más bien dicho, su deber era el de convertirse en esa figura, aunque extrapolada a ser el padre de todos los ciudadanos de la República, o lo que era lo mismo: el *pater patriae*. Pese a ser un simple militar, Valerio sabía que en la política todo tenía importancia. El propio cónsul se lo había explicado en el último encuentro que tuvieron, así que poco a poco comenzaba a entender por dónde iba todo. El político, si quería ser

seguido, no solo tenía que convencer a los electores sobre su discurso, sino que tenía además que predicar con el ejemplo. No estaba seguro de si el *Princeps* aplicaba en su intimidad el producto que exponía a los demás, y más viendo el carácter que tenía su esposa, pero comprendió que al menos de puertas para fuera, esa debía de ser la imagen que transmitiera. Las palabras del magistrado le sacaron de su reflexión.

—No sabemos en qué punto del recorrido atentarán contra el transporte, pero está claro que buscarán un lugar que les confiera seguridad y una vía de escape inmediata.

Dicho esto, Augusto guardó silencio y con un gesto cedió la palabra a Valerio.

—Tampoco estamos seguros de si atacarán o no. Tened presente que casi no les ha dado tiempo de prepararlo.

—Para que el plan tenga éxito es de vital importancia que el traidor no sospeche nada —interrumpió Aurelio—. Y por la escena que he presenciado esta misma mañana, creo que actuarán.

Razón no le faltaba al legionario. Tan pronto como pudo, acudió a Valerio para explicarle lo que había presenciado a escasos pasos de la puerta de la *domus*. Había sido una lástima no haber visto mejor la cara del hombre con el que se había reunido Rutilio, aunque eso quizás tampoco habría servido de mucho, ya que, si asaltaban la litera, lo harían cayendo por sorpresa. Esa era la única ventaja con la que contaban. Bueno, esa, y el hecho de que en teoría no sospechaban que se trataba de una trampa para capturarlos.

CAPÍTULO LXIV

—Demasiado oportuno. Huele a trampa…

—Si algo he aprendido en esta vida, es que Fortuna a veces aparece en el momento en el que más la necesitas —dijo Sexto.

—Deberíamos seguir con el plan del asalto nocturno a la casa. Si me permites el consejo —expuso el asesino sin acabar de verlo claro.

—La noche nos confiere amparo, en eso estoy de acuerdo. Pero la casa estará mucho más vigilada con el refuerzo de guardias que ha enviado el prefecto. Sabemos que la litera irá escoltada por seis hombres, de los cuales uno es de los nuestros. Si añadimos a esa desventaja la sorpresa del asalto, creo que tenemos más posibilidades de éxito en ese trayecto.

—Y justo se celebra hoy esa ceremonia.

—Fortuna, amigo… Fortuna —concluyó Sexto encogiéndose de hombros —. Además, no tenemos tiempo para comprobarlo. Debemos centrarnos en elaborar el asalto buscando el lugar que más ventaja nos confiera.

Cuando llegó al escondite y le relató cómo había ido todo, en un principio maldijo a los dioses por no permitirle cumplir con su tarea. Pensó que todo sería mucho más difícil de hacer con un aumento tan considerable de la seguridad, pero la segunda parte de la conversación le pareció un regalo divino que no se podía desaprovechar. Era evidente que existía algo de riesgo, y podría tratarse de una trampa bien urdida, pero todo había ocurrido tan rápido, los acontecimientos se habían concatenado y habían encajado tan bien, que pensó que era una buena ocasión que no debían desaprovechar. No había duda de que la mano de los dioses tenía algo que ver en todo aquello. Entendía el miedo de su socio, pero no disponían de tiempo suficiente como para dudar. La ceremonia se iba a llevar a cabo aquella misma tarde, y si no actuaban por miedo, era posible que no tuvieran ninguna otra oportunidad como esa. Asaltar la casa había dejado de ser una opción viable.

—¿Y cómo has pensado hacerlo? —le interrogó el asesino dando por sentado que la decisión ya estaba tomada.

—¿Podemos contar con la ayuda de Rutilio?

—Le dije que al menos debía deshacerse de su colega y así quitarnos a uno de en medio —señaló el hombre.

—¿Crees que lo hará?

—Se juega mucho en esto, y sabe que, si fracasamos, él caerá con nosotros. Además, le he incentivado para insuflarle valor.

—Le has dicho lo de la misiva, ¿no? —interrogó Sexto.

—Sí. ¿Me he equivocado al hacerlo?

—Me parece un movimiento inteligente por tu parte —señaló de nuevo elogiando la decisión que había tomado su socio.

—Entonces si nos quita al segundo lictor, solo nos quedarán cuatro legionarios y Augusto. Siendo dos, lo veo complicado. Esos a los que nos enfrentamos no son aficionados.

—Los conozco, puedes creerme —apuntó Sexto con mal sabor de boca.

—Aún podríamos contratar a un par de hombres para igualar las fuerzas.

—Te dije que no tenía monedas para sufragar ese gasto y el tiempo tampoco es un factor que juegue a nuestro favor. Además, se te olvida un pequeño detalle, ¿quién aceptaría atentar contra la litera en la que viaja el mismísimo Augusto?

—Solamente unos suicidas como nosotros, imagino… —soltó el hombre resignado.

—Yo diría, si acaso, unos patriotas —corrigió.

—A diferencia de ti, yo no hago esto por la República, amigo. Ya te lo dije en su día.

—Lo sé… Entiendo tus motivos, aunque yo me siento en la obligación de liberar a Roma de un tirano.

—Los ideales conducen a los hombres a las tumbas —sentenció el asesino.

—¿De repente te has vuelto moralista y filósofo?

—Nunca me he considerado ni una cosa ni la otra. ¿Acaso no te has fijado en mi aspecto? —preguntó sonriéndole.

—Te sorprendería saber que he visto cosas menos creíbles a lo largo de mi vida.

Ambos hombres rieron. La tensión del momento era palpable, pero había llegado el momento de saldar las antiguas deudas. Tenía otra oportunidad para acabar el trabajo que quedó inconcluso, y de vengarse de aquel miserable que le había hecho fracasar. No solo se trataba de acabar con Augusto y su mandato tiránico, sino que aprovecharía la ocasión para enviarle a la otra vida acompañado de Valerio. Aunque en ello le fuera su propia vida…

CAPÍTULO LXV

—¿Todo bien, Marcelo?

—Sí —respondió el muchacho a Augusto mientras se acomodaba en el interior de la litera.

—¿Has cogido el *gladius*?

—Lo llevo conmigo —dijo el joven mostrándoselo bajo los pliegues de la sábana sobre la que se había colocado.

El *Princeps* asintió mientras ponía la mano sobre el hombro a su futuro yerno. Se giró hacia Valerio que estaba muy cerca y le dijo:

—Procura que no le suceda nada a este muchacho… No quiero que mi esposa se pase lo que me queda de vida reprochándome haber tomado una mala decisión.

—Descuide, señor. Lo mantendré a salvo.

—Espero que por fin hoy termine esta maldita pesadilla —dijo el cónsul con el semblante más serio.

Poniéndose en su lugar, y estando convaleciente como estaba, la verdad es que debía ser frustrante tener que lidiar con una situación complicada como la que le había tocado vivir. De todos modos, aunque se lograra neutralizar el ataque inminente, Valerio estaba convencido de que los que lo habían planeado no se conformarían con un nuevo fracaso, e insistirían de nuevo si era necesario. La tenacidad demostrada en sus acciones, ponían de manifiesto que detrás de aquel asunto había gente con recursos y eso siempre suponía un inconveniente. Augusto se había labrado muchas enemistades en los últimos años, y no hacía falta ser demasiado inteligente para percatarse de que el descontento entre algunos de los senadores era evidente. Quizá ni habría sido necesario tener que encontrar la fatídica misiva que dio comienzo a todo. Desconocía cuál sería la manera de proceder del cónsul, pero estaba claro que debería mostrarse firme para cortar de raíz el problema. Temía que el resultado fuera demasiado contundente, pero con el tiempo también había aprendido algo de la política. Un hombre como Augusto no podía permitirse el lujo de darles confianza suficiente a sus rivales, ya que en un momento dado eran capaces de crecerse y llegar a planear cosas tan terribles como las que estaban ocurriendo.

Como si le estuviera leyendo la mente, el cónsul se lo llevó aparte del resto de los presentes y le dijo:

—Valerio, voy a necesitarte a mi lado cuando todo esto termine.

—Claro, señor. Entiendo que regresaremos al frente, ¿no? —preguntó el militar.

—Las cosas parecen estar bajo control por el momento y los cántabros creo que ya no serán un problema. Agripa y Antistio se encargarán de ellos cuando suban a las montañas.

Valerio comenzaba a comprender por dónde iban las cosas.

—¿Y qué hay del otro frente, señor?

—Carisio es un hombre con recursos, además, cuando la amenaza de los cántabros haya sido controlada, Agripa podrá enviarle refuerzos en caso de que los solicite. Me encargaré de dejar las órdenes bien claras antes de partir —expuso el cónsul.

—¿Partir a dónde?

—A Roma, Valerio… A Roma —dijo con seguridad—. Es allí donde se halla el origen de todo esto, y por lo tanto es donde debemos atacar. Lo entiendes, ¿no?

El militar se dio cuenta de que la paciencia del *Princeps* se había agotado. No estaba dispuesto a concederles a sus rivales otra oportunidad para deshacerse de él. Había comprendido que no podía permitirse el lujo de estar tan lejos de la capital guerreando en provincias distantes, mientras eran otros los que confabulaban contra su persona de manera impune.

—Pero yo…

—La guerra aquí está casi terminada. Lo que más me preocupa ahora es Roma y, sobre todo, algunos miembros del Senado. Creo que me he ausentado de la capital demasiado tiempo y debo regresar para encargarme de hilar esos flecos que han quedado sueltos. Y para hacerlo necesito contar con gente de confianza —terminó con una sonrisa.

Así que Augusto quería llevárselo a Roma para ayudarle a deshacerse de los conspiradores. Siempre y cuando tuviera éxito lo que estaba por venir…

—Imagino que no serviría de mucho decirle que soy un simple soldado y mi oficio es combatir en los campos de batalla… —dijo Valerio más serio.

—Que seas soldado es simplemente un trámite burocrático, querido Valerio —añadió restándole importancia a ese detalle—. ¿Has estado en Roma alguna vez? —interrogó cambiando de tema.

—No, señor…

—Entonces cuando todo esto termine, y mi salud mejore un poco más, me acompañarás —añadió colocándole la mano sobre el hombro—. Y discúlpame, quizás me haya adelantado demasiado teniendo en cuenta que aún tenemos algunos asuntos de los que ocuparnos aquí.

Estaba claro que el cónsul ya había tomado una decisión firme y nada de lo que le dijera iba a hacer que cambiara de opinión. Cuanto antes se hiciera a la idea de que no regresaría al frente sin haber visitado Roma, mejor para él. Los dioses volvían a ponerle otra dura prueba en el camino. Roma no era Tarraco, ni tampoco era una frontera en la que combatir. Roma era la *Urbs*, y allí existían unas reglas de juego muy distintas. Unas reglas que él no conocía y que a simple vista le asustaban.

* * * * *

Todo se había precipitado irremediablemente. Sexto se había mostrado confiado en que los dioses habían mediado para facilitarles la tarea, aunque él no lo tuviera tan claro. Las casualidades no existían, y en aquel plan había demasiadas. Muy a su pesar ya no había tiempo para convencer a su valedor. La ceremonia se iba a celebrar en pocas horas y tenían que encontrar un lugar ideal para emboscar a la comitiva en la que viajaba Augusto. Una ubicación que les permitiera sorprender a los escoltas, eliminarlos con la mayor brevedad posible, acabar con su objetivo, y lo más importante, poder huir con garantías suficientes.

Sexto le había dicho que después de asesinar a Augusto, debían separarse, si es que lograban salir con vida. A los tres días a contar desde aquel mismo, se reunirían en el tugurio en el que habían charlado con Rutilio, y desde allí trazarían el plan para regresar a Roma. Había reservado unas monedas para comprar un par de pasajes en algún barco que les devolviera a casa. Además, ya que se sinceraba, le explicó que al quedarle tan pocos denarios disponibles había preferido no gastarlos en contratar un par de espadas más para equilibrar fuerzas tal y como le había solicitado. Les explicó que las monedas las dejaría en el lugar en el que se habían hospedado los últimos días, y que, si no aparecía llegado el momento, las recogiera y se marchara por su cuenta.

Si Augusto moría, todo el panorama de la República cambiaría radicalmente. Los hombres que habían orquestado su asesinato deberían imponerse a los leales al *Princeps*, y era probable que se repitieran escenas del pasado. Existía una posibilidad de que los seguidores del cónsul buscaran a otro candidato para que ocupara su puesto y eso abriría otro período de hostilidades que acabaría seguramente en una nueva guerra civil. Los que le habían contratado ya contaban con ello, y habían ido moviendo sus hilos para no quedarse solos en el caso de que el *Princeps* pasara a mejor vida. Le advirtió simplemente para que supiera lo que podía encontrarse en

Roma si regresaba solo. No le dijo en ningún momento qué era lo que debía hacer llegado el caso, aunque le recordó que, si a él le sucedía algo, que cumpliera con el favor que le había solicitado de entregar la misiva en Roma.

Aunque se había mostrado seguro en su discurso, el sicario pudo ver reflejado el miedo en su rostro. Sus palabras habían sonado firmes, pero su mirada indicaba su estado emocional real. Había aprendido a analizar a las personas fijándose en sus ojos. En ellos se podían discernir sentimientos claramente. No sabía si era un don, pero casi nunca se equivocaba al estudiar la mirada. No era una cosa que siempre tuviera en cuenta, sino que debía estar atento y concentrarse para poder detectar esos pequeños movimientos y actos reflejos que indicaban inseguridad, miedo o incluso la mentira. Los de Sexto transmitían miedo. No sabía de qué tipo… Miedo a morir él, miedo a fracasar en su acción, miedo a ser capturado con vida… Prefirió no preguntarle, ya que en esos momentos no sería prudente delatar sus emociones.

CAPÍTULO LXVI

A esa misma hora en Roma…

—Bienvenido amigo, Fabio —dijo Emilio abriendo los brazos en señal de cálida acogida.

El otro senador aceptó el abrazo de su colega de cámara, pero no con demasiado entusiasmo. Estaba un poco nervioso, ya que era la primera vez que le invitaba a su lujosa *domus* situada en la parte alta de la colina del Palatino.

—Gratitud, Emilio…

—Pasa, pasa. No te quedes ahí en pie. Comamos y bebamos algo —indicó mientras daba un par de palmadas y aparecían dos esclavas con bandejas y copas.

—No tengo mucha hambre —se excusó Fabio.

—Entiendo —dijo haciendo un gesto a la muchacha que llevaba entre sus manos una gran cesta con algunos manjares que en otro momento quizás hubieran cumplido su función.

Sabía que Emilio era uno de los hombres más ricos del Senado, y aquella casa era un claro ejemplo de su opulencia. El jardín que había al cruzar el muro perimetral era inmenso. Estaba lleno de árboles frutales, algunas plantas con unas flores magníficas e incluso un estanque de grandes dimensiones que se situaba a la izquierda conforme uno entraba. El aroma que se respiraba allí dentro era de naturaleza viva. Parecía que uno estaba en un bosque más que en la propia ciudad. Los malos olores que uno podía respirar por las calles de Roma a según qué horas del día, no se percibían en aquel punto. Parecía un oasis en mitad de un desierto. Y esa era solo la parte delantera de la casa. A saber qué más habría dentro de las paredes que la constituían.

—¿Una copa de vino sí que aceptarás al menos? —le preguntó su anfitrión sacándolo de su embobamiento.

—Conociendo tus refinados gustos, imagino que será del mejor.

—Eso no lo dudes, Fabio —dijo a la vez que hacía una señal a la otra esclava que portaba la bandeja con las copas y la jarra.

Aguardó a que la muchacha terminara de llenar las copas. Dio un buen sorbo y se dejó embriagar por el dulce sabor en el paladar.

—Excelente vino. Diría que el mejor que he probado en los últimos años.

—Te sorprenderá saber que es de una cosecha añeja que me regaló en su día un amigo que tenemos en común. Más bien dicho que teníamos…

—¿Licinio? —interrogó Fabio.

—El mismo. Es curioso que ahora que ya no está en el mundo de los vivos gracias a nosotros, estemos bebiendo una jarra del mejor vino de sus cosechas de la Campania.

Aunque aquel comentario hubiera intentado ser algo gracioso, a él no se lo pareció, así que se limitó a dar otro sorbo a la copa. Pero curiosamente, el gusto del vino ya no era el mismo. Evidentemente no había cambiado, pero el hecho de saber que procedía de las vides del hombre al que habían ordenado matar, provocó que ya no lo notara tan rico como en realidad era. Depositó de nuevo la copa en la bandeja que seguía sujetando la esclava y continuó caminando.

—¿Qué era lo que urgía tanto, Emilio?

Este soltó una carcajada al darse cuenta de que la broma no le había resultado graciosa.

—Vamos, amigo Fabio… No te pongas tan serio ahora. Cualquiera diría que lo que te estaba dando de beber era la sangre de Licinio…

—¡Ya está bien de bromear! ¡¿Acaso te tomas esto como un juego?! —bajó la voz de súbito al ver que la esclava estaba cerca—. Hemos ordenado matar a un hombre…

—¿Te refieres a Augusto? —interrogó el anfitrión sin dejar de sonreír.

—Te tomas esto como un juego, y no lo es.

—¿Y cómo quieres que me lo tome? ¿Acaso no es un juego de poder lo que estamos haciendo? —reformuló Emilio un poco más serio.

—No lo es cuando hay tanta gente que pierde la vida.

—Quizás deberías tomártelo con más sentido del humor en lugar de tener esa cara tan seria.

—Discúlpame si me cuesta dormir por las noches a causa de lo que hacemos—respondió Fabio que estaba cada vez más incómodo.

—Imagino que ya sabías que moriría gente en todo este asunto desde el momento en el que decidiste unirte.

Razón no le faltaba a Emilio. Sabía que moriría gente por el camino, y que no sería un paseo triunfal, pero desconocía que acabarían eliminando ellos mismos a los de su propia facción simplemente por desconfianza. ¿Eso significaba que él estaba expuesto al mismo riesgo llegado el momento?

—No creí que llegáramos al punto de tener que matarnos entre nosotros.

—Ha sido una acción puntual y por otra parte necesaria —dijo Emilio ya más serio.

Depositó su copa en la bandeja y con un gesto de la mano hizo marcharse a la esclava. Inmediatamente después sujetó a Fabio por el codo, no demasiado fuerte y le dijo:

—Ya que vamos a sincerarnos, amigo Fabio… ¿Por qué no me dices dónde se encuentra realmente Sexto?

Aquella pregunta sí que no se la esperaba. Le cogió totalmente desprevenido y se quedó sin palabras.

—Y no me digas que está descansando en tu villa de Paestum, porque me acaban de confirmar que no hay nadie en estos momentos.

—¿Has enviado a alguien a mi villa de Paestum para comprobarlo? —interrogó sorprendido.

—Por supuesto que lo he hecho… —dijo mientras desde el interior de la *domus* emergían dos fornidos esclavos morenos empuñando afiladas espadas en sus manos—. Y ahora, haz el favor de explicarme la verdad de una vez si no quieres ser el siguiente en visitar el reino de Plutón.

CAPÍTULO LXVII

Allí estaba, en pie, delante de la litera en la que viajaba Augusto, como lictor y representante de la República. Era el encargado junto a su compañero Cayo de abrir paso al magistrado de más rango del Estado romano en el que seguramente iba a ser su último trayecto. Sin duda en poco rato, el poderoso *Princeps* iniciaría otro viaje, en concreto en dirección al inframundo. Aunque eso él no lo sabía. Se lo imaginaba dentro de su lujosa camilla, disfrutando de lo que él creía que iba a ser una ceremonia de reconocimiento por parte de las autoridades de la colonia. Pero la realidad era bien distinta, ya que estaba recorriendo la estrecha distancia que existe entre la vida y la muerte.

Estaba nervioso. Aquel asesino le había dicho que, aunque atacarían por sorpresa, contaban con él para ayudarlos ya que estarían en clara inferioridad numérica. Le había pedido que acabara con el otro lictor que le acompañaba. Eso les ayudaría puesto que eliminaría con rapidez a uno de los custodios del cónsul. Aunque había asentido, jamás había tenido que arrebatar la vida a nadie, y mucho menos a un hombre al que conocía desde hacía tiempo y con el que compartía profesión. Era algo muy complejo de llevar a cabo, y aunque no poseía la suficiente sangre fría como para tener que ejecutar a alguien, no le quedaba más opción que obedecer. Maldijo de nuevo la noche en la que husmeó más de la cuenta en aquella casa… Si se hubiera quedado en la *domus* tranquilamente, no se hallaría en esos momentos en aquella situación.

Había cogido un *pugio*, y se lo había colocado en el interior de la túnica. Portaba su *fascis* apoyada en el hombro derecho y avanzaba lentamente. Delante de él, a menos de diez pasos de distancia, caminaba el *optio* Valerio abriendo la comitiva, y justo apostados a los lados de la litera iban los legionarios Aurelio y Pompeyo. Los otros dos veteranos de su centuria, se colocaron detrás del transporte. Todos los soldados llevaban puestas sus armaduras, cascos y del *cingulum* les colgaba su *gladius*. No portaban los pesados escudos, ya que se trataba de una ceremonia de reconocimiento, pero iban completamente pertrechados.

No avanzaban demasiado rápido, porque la camilla se movía a un ritmo pausado, en parte por el estado físico del cónsul, en parte por el compás de los seis esclavos porteadores que cargaban con el peso del

transporte. Era media tarde, y la temperatura era bastante cálida. Las calles estaban completamente vacías, lo cual indicaba que o bien la gente estaba descansando en sus casas esperando a que el calor descendiera un poco más, o bien se habían dirigido ya hacia el foro de la colonia para asistir a aquel evento de reconocimiento a Augusto.

Notó cómo una gota de sudor se deslizaba por su espalda, cayendo desde el cuello hacia abajo. Observó de reojo a su compañero que marchaba erguido y con la vista al frente. A continuación, hizo un barrido visual tratando de detectar cualquier cosa anormal en el trayecto por el que tendría que pasar la comitiva que pudiera indicarle que el ataque se iba a producir. Nada. Todo en calma. Una calma que le ponía incluso más nervioso. Si a la temperatura se le añadía el estado de tensión en el que se encontraba, se daba la combinación perfecta para que alguien detectara en él un comportamiento anormal. Tragó saliva de nuevo y se dio cuenta de que tenía la boca seca. Dejo caer el puñal un poco más hasta asir la empuñadura y se dio cuenta de que la mano le temblaba.

De repente escuchó algunas voces que provenían de unos pasos más adelante. Observó como algunas personas salían de sus casas como si de repente se hubieran percatado de que estaba pasando un personaje importante por la calle. Al principio se trataba de algunos chiquillos, pero al cabo de poco, fueron varios adultos los que comenzaron a aparecer. Ver desfilar una camilla custodiada por legionarios no era una cosa habitual. Al menos eso fue lo que pensó. Quizás aquel no iba a ser un buen momento para asaltar al cónsul, cuando había varias decenas de ojos posados en el transporte.

Pero sus vaticinios no fueron acertados. Justo cuando la litera y la guardia que la custodiaba giraron hacia la derecha en el primer desvío, vio agazapadas entre unos barriles a dos figuras que vestían con ropajes oscuros. Aunque estaban bien ocultas, pudo reconocerlas sin ninguna duda. Fue un solo instante, ya que de inmediato desaparecieron de su vista agachándose. Aquella era la señal de que todo estaba listo. El asalto estaba a punto de producirse.

Mientras tanto en Roma… Domus del senador Emilio

—Nobles padres conscriptos, este es Cayo Emiliano, uno de mis clientes, liberto de mi padre, que ahora me sirve como lo hizo con él. Además, por suerte para nosotros se dedica al comercio de vinos. Es por ello que he querido invitarle a este encuentro porque tiene algo muy importante que explicarnos sobre nuestro querido Licinio.

El hombre se adelantó un poco. Carraspeó un par de veces y

comenzó a hablar a los invitados de su patrono una vez este le hizo un gesto de confirmación apenas perceptible por los allí presentes:

—Estimados senadores, compañeros de cámara de mi noble y benevolente benefactor, Publio Emilio Léntulo. He sido llamado para transmitir el resultado de la gestión que me fue encomendada unos días atrás.

Todos los senadores prestaron más atención a las palabras de aquel invitado con el que no contaban. Habían sido convocados con carácter de urgencia a aquella reunión en la villa de Emilio, y en el momento de recibir la noticia se les instó a que lo hicieran tan pronto como les fuera posible. La mayoría de ellos pensaron que se trataría de un asunto importante a juzgar por las prisas, así que dejaron sus ocupaciones de inmediato y acudieron prestos a la reunión. No era bueno hacer esperar a Emilio cuando este reclamaba su presencia.

—Puedo confirmar que Licinio Niger se encuentra en su villa de Neapolis, junto a su esposa y sus hijos. He podido comprobarlo en persona y puedo asegurar que está enfrascado en sus negocios vinícolas. Es más, me interesé por algunos de sus productos y me atendió personalmente.

Aquellas palabras, pactadas previamente con Emilio, sirvieron para tranquilizar a los senadores presentes. Fabio lo pudo apreciar en sus rostros, en algunos murmullos y sonrisas que dejaron claro que se habían quitado un gran peso de encima. Pero aquello simplemente serviría para ganar algo de tiempo. Tarde o temprano alguien se daría cuenta de que las cosas no eran así, bien porque llegaran noticias desde Hispania sobre la muerte del huidizo senador, bien porque Augusto se presentara en Roma presto a ajusticiar a aquellos que se habían conjurado contra su persona. El destino de todos los que allí estaban, dependía del buen hacer de Sexto. Si había podido interceptar a Licinio antes de que diera aviso al cónsul, *a priori* no habría ningún contratiempo. Con el tiempo se acabaría sabiendo cual había sido el destino del otrora escurridizo socio, pero sería mucho peor que no le hubiera podido dar caza a tiempo. Sumido estaba en esas reflexiones cuando se le acercó Emilio y en voz muy baja le dijo:

—De momento la calma vuelve a reinar, amigo Fabio.

—Tú lo has dicho… De momento —respondió—. Lo cierto es que has sabido jugar muy bien las cartas, Emilio. Eres un hombre de recursos.

—¿Acaso te das cuenta ahora de eso? —le interrogó henchido de orgullo.

—Siempre lo he sabido, solo que en estas ocasiones es cuando los hombres como tú demostráis estar por encima del resto.

—Vamos, Fabio. No necesito tus adulaciones ahora —respondió con una leve sonrisa—. Ambos sabemos que este movimiento ha servido simplemente para ganar algo de tiempo, pero que no es definitivo y que nos obligará a tener que prestar más atención a los acontecimientos a partir de ahora.

Fabio no pudo hacer otra cosa que asentir y es que se había dado por aludido con aquellas palabras. Emilio le estaba advirtiendo de lo que podría ocurrir si las cosas no iban bien en Hispania. Después de haberle tenido que explicar todo, era lógico que aquel hombre tan astuto perdiera la confianza en él. Le había engañado para proteger a Sexto, y eso era algo que no se le olvidaría. Conociéndole, sabía que algún día, más pronto o más tarde, acabaría pagando un alto precio por haberle ocultado la verdad.

—Estoy convencido de que Sexto habrá logrado cumplir con su objetivo.

—Eso espero, tanto por su bien como por el de todos los aquí presentes —afirmó Emilio.

—Debes entender que lo hice por la causa… —trató de justificarse.

—Lo sé, Fabio… Lo sé —le dijo su contertulio apoyándole la mano derecha sobre el hombro, justo antes de darse la vuelta y dirigirse hasta donde estaban el resto de senadores debatiendo sobre la buena noticia que acababan de recibir.

Volvió a sentir aquel nudo en el estómago. Esa sensación incómoda que aparecía en los momentos en los que las cosas no salían tan bien como esperaba. Mientras los invitados conversaban animadamente y comían y bebían los manjares y bebidas que había proporcionado el anfitrión, él fue incapaz de hacerlo. Cerró los ojos y se llevó los dedos pulgar e índice de su mano derecha a la parte alta de la nariz. Notaba una presión en las sienes que pronto se convertiría en un fuerte dolor de cabeza. Siempre le ocurría cuando se ponía nervioso, y aquella situación reunía los condicionantes adecuados para que el daño emergiera. Pensó que lo mejor sería marcharse hacia su casa para poder estirarse un rato en su lecho y descansar. Le diría a su esclavo atriense que le preparara aquel tónico de hierbas que le compraba a la vieja bruja que le había recomendado un colega suyo del Senado. Eso siempre funcionaba, y aunque tardaba en hacer efecto, erradicaba el dolor de cabeza como si se tratara de un milagro obrado por alguna divinidad. Se acercó hasta donde estaban varios de los senadores, tratando de evitar a Emilio, que disimuló haciendo ver que no se percataba de su presencia, y comenzó a despedirse de ellos cordialmente, alegando que tenía asuntos urgentes de los que ocuparse y que no podía demorarlos más.

Una vez en el exterior de la fastuosa *domus* de su compañero de cámara, notó un intenso pinchazo en la sien derecha, advirtiendo que le quedaba poco margen de tiempo. Se puso en marcha de inmediato mientras en voz muy baja pronunciaba una plegaria a los dioses rogándoles que las cosas le fueran bien a Sexto en Hispania, por su bien y por el de todos.

CAPÍTULO LXVIII

La comitiva emergió girando la esquina tal y como estaba previsto. La escolta estaba formada por los hombres que mencionó el lictor, y ocupaban las mismas posiciones, así que al menos aquella información había sido correcta. Se habían escondido en un pequeño callejón que había en una amplia avenida, ya que no querían atacar en un punto en el que no hubiera suficiente espacio para la maniobra. Además, el lugar debía tener varias vías de escape, y es que, llegado el momento, tanto si tenían éxito como si no, disponer de diferentes posibilidades de huida era algo necesario. Pese a no haber tenido tiempo suficiente para estudiar el entorno en el que deberían actuar, el punto escogido no era tan malo, sobre todo teniendo en cuenta el hecho de que quedaban ocultos a la vista de los escoltas.

Era un callejón oscuro, repleto de muchas barricas de madera, la mayor parte de ellas ya podridas debido al estado de abandono. Dedujo al colocarse allí que se trataría de los restos de algún negocio dedicado al transporte de, o bien vino, o bien aceite, a juzgar por el olor a fermentación que se respiraba en el ambiente. Siempre había preferido el almacenamiento en las típicas ánforas de cerámica, y no era muy partidario del uso de esos grandes recipientes de madera de roble. La forma tradicional romana conservaba mejor la temperatura del vino, aunque evidentemente era más propensa a romperse si ocurría algún accidente. Cuando las legiones de César comenzaron a traer el preciado líquido en esos enormes barriles tras la conquista de la Galia, fueron comiéndole terreno a la manera tradicional de almacenaje, hasta el punto de ser más cómodas para los comerciantes. Se rompían menos y además se podían desplazar haciéndolas rodar. Todo eran ventajas por mucho que a él le desagradara. En ocasiones los cambios, por muy beneficiosos que pudieran ser, llevaban su tiempo, y más en una sociedad que se aferraba a las tradiciones.

—¿Entonces los asaltamos por la retaguardia cuando pasen?

Se giró hacia su socio, que estaba sudando. No hacía demasiado calor, pero la tensión y los nervios del momento provocaban ese efecto sobre él. Extrañamente ese fenómeno no lo notó en su cuerpo. Se sentía tranquilo. Quizás confiado en que las cosas al fin le saldrían bien. Sonrió levemente y le respondió.

—Dejemos que nuestro querido amigo se encargue primero de su socio. Esa será la señal, y entonces abordarás a los dos hombres que

cierran la comitiva como acordamos —expuso repasando el plan—. Teniendo en cuenta que los dos que custodian la litera se lanzaran sobre el lictor, me dejaran vía libre para poder llegar hasta el cónsul y acabar con él.

El asesino negó con la cabeza.

—¿Qué es lo que te pasa ahora?

—No lo veo, Sexto —respondió el hombre secándose el sudor de la frente con la palma de su mano izquierda ya que en la diestra portaba su *gladius.*

Le miró con el rostro más serio todavía antes de decirle:

—No tenemos tiempo para echarnos atrás ahora. Es la única oportunidad que vamos a tener…

—Estás obcecado por obtener tu ansiada venganza —afirmó el asesino en un arrebato de sinceridad.

—No te equivoques… Esto no es un tema personal, sino algo que hago por el bien común.

—No vamos a salir vivos de esta, Sexto.

Le cogió por la pechera justo después de echar un vistazo a la comitiva que proseguía su marcha y que se estaba acercando hasta donde estaban ellos.

—El plan ya está en marcha… Ahora no te puedes echar atrás —le amenazó mientras le colocaba la punta de su espada en el gaznate.

El asesino pudo ver plasmada la rabia y la ira en los ojos de su socio. Sintió miedo. Aquel hombre quería acabar con la vida de Augusto y de paso con la de Valerio por una cuestión meramente personal. No existía un motivo de lealtad a un movimiento que buscaba recuperar los ideales de la vieja República. Al fin comprendió que todo aquello no lo hacía por un ideal político, sino por cobrarse una venganza. Quizás en su momento sí que creyera en la causa que afirmaba defender. Pero mirándole a los ojos, estaba claro que lo que le impulsaba en aquellos momentos a acometer aquella acción suicida era más bien un interés propio. La pregunta que se hizo a sí mismo en aquel preciso instante era sencilla. ¿Iba a acompañarle en su viaje inminente al inframundo? Aquel hombre había perdido la razón, y no era consciente de la dificultad que entrañaba llevar a cabo aquel asalto. Si le hubiera hecho caso cuando le aconsejó contratar al menos a dos hombres más para que les ayudaran… Dos manos expertas habrían facilitado mucho las cosas. En cambio, contaba simplemente con su destreza y las ansias de un hombre al que jamás había visto combatir. Matar a personas indefensas era una cosa sencilla, pero enfrentarse a soldados expertos, era algo distinto. Todavía no podía creer cómo le había podido hacer caso… Si él se quería suicidar, que

lo hiciera. No se lo iba a impedir. Pero que le dejara en paz. No estaba dispuesto a perder la vida de aquella manera. Tenía una deuda con Sexto, pero no estaba dispuesto a pagarla con su vida.

Hizo un rápido movimiento con su mano izquierda y sujetó con fuerza la muñeca del hombre. En un abrir y cerrar de ojos se la giró y movió la cabeza hacia atrás eludiendo la punta de la espada que le rozaba la piel. Desarmó a aquel insensato en menos de lo que se tardaba en pronunciar el nombre de Roma. Con la llave que le había hecho, la espada le había caído de las manos, y en una maniobra rapidísima le colocó el filo de la suya en el gaznate. Pudo ver la cara de asombro de Sexto, que no se esperaba aquello.

—¿Se puede saber qué haces? —preguntó confuso aún por aquella rápida maniobra que había hecho girar las tornas.

—No voy a saldar mi deuda contigo de esta manera.

—Se están acercando —dijo Sexto escuchando desde su escondite los pasos de los soldados que abrían la comitiva.

—No has escuchado nada de lo que te he dicho estos últimos días. ¿Piensas que soy estúpido? ¿Acaso no ves que no tenemos ninguna opción? La insensatez nubla el poco juicio que te queda.

—Estás cometiendo un grave error…

—Eres tú el que lo cometes si crees que vas a poder salir airoso de esta acción —respondió el asesino apartando ligeramente el arma de su cuello y aflojando la presa de la muñeca.

—No vamos a tener otra oportunidad como esta… Tenemos que acabar con el cónsul de una vez —gimoteó Sexto desesperado dándose cuenta de que la oportunidad se le escapaba por momentos.

El asesino asintió mientras le soltaba de la mano. Se apartó unos pasos atrás y le dijo:

—Como quieras. Hazlo…

Sexto se agachó para recoger su *gladius* del suelo. Cuando se reincorporó miró hacia la avenida y vio pasar al primer hombre de la comitiva. Era él… Encabezaba la marcha. Flamante con su cargo de *optio*. El oficial al mando de la escolta privada de Augusto. Recordó cómo durante un tiempo había compartido inquietudes con ese muchacho. De ser un simple legionario, a ser el hombre responsable de la seguridad del primer hombre de Roma. Lanzó un breve suspiró y agachó la cabeza resignándose.

—Tienes razón… No lo conseguiríamos jamás.

El asesino le puso la mano en el hombro y le indicó que se agachara para no ser descubierto. Sexto obedeció y no pudo contener las lágrimas que brotaron de sus ojos. Demasiada presión las últimas semanas. Más de la que había tenido que soportar jamás. Más incluso

que cuando estaba encerrado en aquella prisión de la ciudad. Había estado a punto de perder el juicio por la venganza. Si su maestro Agatocles hubiera sido testigo de aquel comportamiento, le habría soltado un sermón indicándole que aquella reacción era una clara señal de debilidad. Se maldijo mientras veía pasar al resto de la comitiva. Había dejado escapar una buena oportunidad, pero pensó que al menos había conservado la vida. Miró a su socio que ya no sudaba profusamente. Este le sonrió levemente y le dijo:

—Encontraremos otra manera de hacerlo…

CAPÍTULO LXIX

Los vio tan solo un instante. Fugazmente, pero sabía que eran ellos. Estaban al acecho, así que no había otra alternativa que intervenir. Asió con fuerza la empuñadura del *pugio* que ya no estaba tan oculto. Respiró profundamente presto a iniciar el ataque, aunque en el último instante dudó. Miró de reojo a su compañero, que seguía erguido y con la vista al frente. Valerio caminaba a escasa distancia, con la mano derecha sobre la empuñadura de su espada enfundada. Entonces cayó en la cuenta de que, aunque pudiera acabar con la vida de su colega, después debería al menos atacar a otro de los miembros de la escolta si pretendía que el ataque fuera exitoso. El que le quedaba más cerca era el *optio,* aunque eso ya eran palabras mayores. El miedo se apoderó de sus extremidades y sintió cómo las piernas le temblaban a cada paso que daba. No le quedaba mucho tiempo para tomar la iniciativa. Pensó rápidamente en que después de aquello el escenario podría variar. Podría perecer en el asalto, podría salir victorioso y obtener su ansiada recompensa, e incluso valoró la opción de que Sexto y su socio trataran de deshacerse de él.

Observó cómo cada vez había más gente agolpada en aquella amplia avenida por la que circulaba la comitiva. El efecto llamada estaba funcionando, y la expectación de ver a un hombre importante con una escolta de soldados, gustaba a los más humildes. Pensó que una vez se iniciara el ataque, el caos y el desorden se apoderarían de la situación y quizás los testigos huirían en desbandada, momento en el cual debería arremeter contra Valerio y sorprenderlo por la espalda. Era una maniobra compleja, pero si conseguía llevarla a cabo rápidamente, podría salir indemne y dejaría fuera de combate a dos de ellos. Sus dos socios lo tendrían mucho más fácil entonces, y todo saldría bien. «Que no se diga que no me he ganado la recompensa», se dijo tratando de infundirse ánimos. Fue entonces cuando se giró y miró de nuevo hacia aquel callejón en el que deberían estar sus nuevos socios. No apreció movimiento alguno, así que pensó que estos estarían siguiendo a la columna desde una posición segura ya que habían pasado frente a él hacía escasos momentos, y que tan pronto como él actuara, se lanzarían al ataque.

Cogió aire y aferró el puñal con más fuerza sabiendo que si no actuaba, serían aquellos dos quienes irían a por él. Casi sin darse cuenta y de manera mecánica, inspiró otra gran bocanada de aire que

hizo que los nervios y la tensión del momento quedaran aparcados, y dejó caer rápidamente su hacha ceremonial al suelo. Con increíble agilidad se encaró hacia su desprevenido colega de profesión y le lanzó una estocada directa a las costillas. El desprevenido lictor no tuvo tiempo de reaccionar. Tan solo gritó emitiendo un sonoro aullido de dolor al notar cómo algo se le clavaba en su lado derecho. Pronto cayó desplomado al suelo quedando fuera de combate.

Con Cayo fuera del tablero y con la frialdad del que lo hace de manera habitual, Rutilio ni siquiera miró a su espalda para ver si los legionarios que iban junto a la litera reaccionaban. Se limitó a abalanzarse sobre su nuevo objetivo: Valerio. Este apenas tuvo tiempo de darse la vuelta para comprobar que Cayo yacía en el suelo y que su compañero estaba ya casi sobre él. El arco que trazaba la estocada en el aire indicaba que esta iba a ser certera. Pero la sorpresa se apoderó del agresor en el preciso instante en el que el *optio* llevó a cabo una finta increíblemente ágil que le permitió esquivar casi por completo la hoja del puñal. Parte de la misma golpeó el lateral izquierdo de su pecho, y si no hubiera llevado puesta su *lorica hamata*, habría recibido una herida grave. Lo siguiente que pudo hacer fue mantener el equilibrio, ya que la embestida con la que se había lanzado contra el soldado le hizo perderlo ligeramente.

Ese fue su error. No supo calcular la clase de hombre que tenía delante. No era un mero aficionado. Deshacerse de Cayo había sido relativamente sencillo. Pero un soldado con su experiencia… Eso era muy distinto, y pronto quedó claro. Con un rápido movimiento, Valerio desenvainó su espada y en el momento en el que Rutilio sobrepasó su posición, le propinó una terrible estocada descendente que le cercenó por completo la mano que sostenía el *pugio*. Al principio no sintió dolor alguno y tan solo se quedó estupefacto al observar cómo mano y puñal se separaban del brazo y caían al suelo. Antes de que pudiera ni siquiera gritar, notó como perdía el equilibrio tras ser zancadilleado por su rival. Cayó de espaldas al suelo y seguidamente la presión de un pie sobre su pecho le hizo perder la respiración. Emergió sobre él el rostro de Valerio que colocó la punta de su espada en el cuello.

—¡Maldita rata traidora!

El tiempo se detuvo en aquel instante para él… Era como si estuviera flotando en el agua. Una sensación nunca antes experimentada que a la vez le sosegaba. No escuchó nada más de lo que el *optio* dijo. Fue consciente de que sus labios se movían, pero ningún sonido llegó a sus oídos. Sintió alivio… Y de pronto pareció que todo volvió a la normalidad. Un pinchazo terrible se apoderó de

su antebrazo, justamente en el mismo punto en el que hasta hacía poco tiempo había estado su mano. Escuchó las órdenes de Valerio:

—¡Proteged al cónsul!

Trató de incorporarse sin demasiado éxito. El pie que le apretaba el pecho hizo más fuerza e impidió que se levantara del suelo. Los ojos marrones de Valerio se clavaron en los suyos, y el frío metal de la punta de la espada que esgrimía rasgó levemente la frágil piel de su desprotegido cuello.

—¿Qué has hecho, Rutilio?

Esas fueron las últimas palabras que escuchó de labios del soldado antes de perder el conocimiento y de que la oscuridad se apoderara de todo.

CAPÍTULO LXX

—Le hemos dejado solo…

El asesino se quedó en silencio mientras se daba la vuelta. Rápidamente se incorporó y le alzó sujetándole por debajo de la axila.

—Tenemos que irnos de aquí cuanto antes. Esto se va a llenar de guardias en breve.

Sexto se levantó y le miró:

—Hemos dejado solo a Rutilio.

—Lo sé… Y mira lo que le ha ocurrido —le respondió el hombre mientras se daba la vuelta.

—Ha cumplido con su parte mientras que nosotros no.

El asesino se detuvo y colocó sus manos en los hombros de su socio. Le miró a los ojos fijamente y en un tono muy serio le dijo:

—Él quizás esté ya muerto, y nosotros en cambio no. Quédate con eso, Sexto… Quédate con eso.

Le dio una palmada en el hombro y con un gesto de la mano le indicó que le siguiera. Ambos hombres abandonaron el callejón entrando por la puerta de madera entreabierta de lo que había sido antaño algún tipo de bodega y que ahora estaba abandonada. Deshicieron el mismo camino por el que habían acudido a aquel punto a un ritmo ligero. Cuando salieron a la calle, estaban al otro lado del edificio, y comenzaron a escuchar algunos gritos. Incluso se veía gente corriendo. Madres que portaban a sus hijos en brazos y que corrían prestas a refugiarse en el interior de sus casas. El caos y el desorden se habían apoderado de la zona. Debían aprovechar esos instantes iniciales para desaparecer. La confusión sería un factor que los ayudaría a poner distancia respecto a ese punto. Era cuestión de tiempo que la guardia de la ciudad apareciera en el lugar del asalto, y lo más prudente era estar lo más lejos posible.

Una vez estuvieron lo suficientemente lejos, se detuvieron. El asesino se aseguró de que su socio estaba bien.

—Debemos llegar hasta donde tenemos las monedas y buscar un pasaje a Roma.

—Pero, ¡por todos los dioses! ¿Cómo vamos a irnos de la ciudad sin haber cumplido nuestro objetivo? —respondió Sexto que todavía parecía estar un poco confuso.

—Es mejor que pongamos tierra de por medio. Cuanta más mejor —añadió el hombre que no dejaba de estar atento a los ruidos y

movimientos cercanos.

—¿Pretendes que me presente en Roma de nuevo sin haber cumplido con el objetivo?

—Ya cumpliste matando a Licinio y a su familia. Creo que no deberías ser tan ambicioso, Sexto.

—No soy ambicioso… Juré ante los dioses que me encargaría de Augusto —expuso más centrado—. No lo logré en el campamento y me acabaron deteniendo. Por designio de los dioses y por mediación de los que me contrataron, fui rescatado. Todo lo que ha sucedido desde entonces me ha traído hasta este momento. ¿Crees de veras que es ambición lo que me mueve? ¿O es la mano de los dioses más bien?

Iba a responderle que los dioses nada tenían que ver con su situación actual, pero pensó que de nada serviría. Apenas le había podido convencer de no perpetrar el asalto contra la comitiva… Como para intentarle persuadir ahora…

—Veo con más claridad el mensaje de los dioses. Te han puesto en mi camino para evitar que cometiera el error en el callejón. No hay duda de que ha pasado así… —añadió sonriendo—. Pero lo han hecho porque no era el momento adecuado, amigo. Tan solo tenemos que aguardar una nueva oportunidad.

El asesino negó levemente con la cabeza antes de hablar. Sabía que Sexto se hallaba en un momento de pérdida de razón y sentido común. No se había logrado sobreponer aún a lo acontecido, y sus argumentos atribuyéndoles el mérito a las divinidades eran ilógicos. Era consciente de que tenía que intentar que recobrara la compostura, y hacerle ver lo complejo de la situación en la que se hallaban.

—Esta ciudad se va a convertir en una trampa después de lo que ha pasado, Sexto. La guardia de la ciudad barrerá las calles buscando a los responsables de este atentado. ¿Acaso crees que van a pensar que Rutilio ha actuado solo? No son tan estúpidos… Si la seguridad que tenía el cónsul ya suponía una barrera casi infranqueable para nosotros, en breve se convertirá en algo imposible de superar. Hemos perdido nuestra oportunidad… Sí… Pero eso no significa que no volvamos a tener otra. Aunque no va a ser de forma inmediata, sino que tendremos que esperar a que la tormenta pase. Y quedarse aquí no me parece una buena idea.

—¿Y volver a Roma sí te lo parece? —interrogó Sexto.

—Es lo más sensato. Sobre todo, porque allí tienes amigos que te darán cobijo.

—Cierto, pero esos amigos a los que mencionas son los mismos que esperaban que arreglara este asunto —interpeló a su socio.

—Quizás no hayas conseguido el objetivo principal, pero al menos

sabemos que el cónsul no sabe quién forma parte de la conjura.

—¿Cómo sabes que la misiva que encontró Valerio no incluía los nombres de los senadores que están implicados?

—No puedo saberlo… —dijo encogiéndose de hombros el asesino —. Pero los que te contrataron tampoco lo saben… No sé si me explico.

No era tan estúpido como parecía. Aquel hombre le estaba haciendo recuperar en cierta manera la compostura con los argumentos que iba exponiéndole. Se sentía un poco mejor y comenzaba a verlo todo desde una perspectiva distinta. Comprendió a la perfección lo que trataba de hacerle ver. No había viajado hasta Tarraco para acabar con Augusto precisamente, sino que el objetivo era evitar que Licinio pudiera reunirse con el cónsul y explicarle todo sobre la conjura dándole los nombres de los implicados. Esa parte se había llevado a cabo de manera satisfactoria. Todo había cambiado en el momento en el que fue consciente de lo cerca que tenía al *Princeps* y también a Valerio. Vio la oportunidad de cerrar aquel capítulo de su vida acabando con el objetivo de la conjura y de paso con el hombre que se había interpuesto entre ellos poco tiempo atrás. Aquello le había enturbiado levemente el juicio, y más después de haber sido él quien aconsejara a los que le habían contratado que lo mejor era dejar pasar el tiempo para que el cónsul se confiara de nuevo. Aunque ahora todo era diferente.

—En esa carta que enviaste a tu amigo en Roma, ¿escribiste algo acerca de ese pequeño detalle? —volvió a preguntarle el asesino.

—¿Te refieres al tema del documento que encontró Valerio?

—¿A qué si no me iba a referir? —reformuló el hombre.

—Obvié ese asunto. Creí que no era necesario ponerles más nerviosos de lo que ya estaban.

—Entonces nadie lo sabe…

—Lo sabemos tú y yo… Y Rutilio. Te recuerdo que fue él quién nos lo explicó —aclaró Sexto que parecía estar más tranquilo.

La misiva le preocupaba… El contenido de esta, y una posible lista con nombres, cambiaba las cosas y convertía a esos senadores en posibles objetivos de la ira del cónsul. Era cierto que los conjurados no sabían la existencia de esta y que eso jugaba a su favor. Pero se debía a los que se habían hecho con sus servicios. Era su deber para con ellos y, además, había otro factor a tener en cuenta, uno de esos hombres era amigo suyo y sentía aprecio por él. Fabio… Aunque fuera tan solo por él debía tratar de averiguar si Augusto tenía más información. Las palabras de su socio le sacaron de aquella reflexión.

—Lo más probable es que Rutilio esté ya en el reino de Plutón.

—No subestimes a Valerio. Le conozco lo suficiente para saber cómo piensa. Habrá intentado no matarlo para poderle sonsacar algo de información —expuso Sexto.

—Desde donde estábamos no he podido verlo bien, pero estoy seguro de que nuestro amigo lictor no ha sido capaz de acabar con cinco curtidos legionarios. Si tuviera que apostar algo, sería a que nuestro amigo, ya está en la cola del Barquero esperando su turno.

No le faltaba razón. Era probable, pero había mucho en juego y ese soldado no era como los demás.

—Antes de marcharnos, al menos deberíamos averiguar qué ha sido de Rutilio.

—Vaya, veo que has recuperado el juicio… Regresar a Roma ya no te parece tan mala idea —dijo sonriendo el asesino.

—Mal que me pese, tengo que reconocer que tienes toda la razón. Todo se va a complicar más de ahora en adelante, así que la mejor opción, o la única que nos queda, es volver a Roma. Pero antes deberíamos asegurarnos de que Rutilio no supondrá un problema.

—Creo que lo mejor sería que tú regresaras cuanto antes a la capital —afirmó el hombre.

—¡Por Júpiter! ¿A qué viene eso ahora? ¿Cómo quieres que me marche?

—Rutilio sabe tu nombre… Recuerda que se lo dijiste… En cambio, yo fui un poco más prudente que tú —expuso el asesino.

Era evidente que había cometido varios errores en las últimas semanas. Errores que Agatocles no le hubiera perdonado. Quizás estaba perdiendo facultades desde el desastre del campamento. Todo había cambiado desde entonces… No sabía si preocuparse o no. Tal vez simplemente se trataba de que jamás había fracasado en ninguna de sus misiones, y haberlo hecho ahora le hacía equivocarse al no tener las ideas demasiado claras. Las prisas por complacer a sus clientes le estaban haciendo perder la perspectiva, y aquel insignificante despojo que le acompañaba parecía ser un erudito a su lado. Se sintió mal consigo mismo, pero cayó en la cuenta de que quizá la mejor decisión que había tomado en las últimas semanas había sido la de traerle con él.

—¿Me estás proponiendo que vuelva a Roma mientras tú te encargas de arreglar esto?

—Augusto, Valerio y los hombres de su escolta te conocen… Después de lo que ha ocurrido, lo más prudente sería no dejarte ver por aquí —expuso el asesino mientras Sexto le observaba con atención —. Así que tiene lógica que me encargue yo de esta parte de la misión. De esa manera, saldaré la deuda que tengo contigo. Mientras tanto tú



podrás poner en preaviso a tus amigos en la capital. ¿Te parece bien?

CAPÍTULO LXXI

—La herida es fea, Valerio…

El *optio* se arrodilló junto al lictor y observó cómo Pompeyo aflojaba un poco la presión sobre el costado. La tela estaba totalmente empapada de sangre, y al retirar parcialmente el elemento que oprimía la zona costal, comenzó a brotar de nuevo.

—¡Por Júpiter! ¡Debí haberlo visto venir! —lamentó Valerio poniéndose en pie.

—Nadie preveía que ese desgraciado fuera a actuar contra nosotros con tanta rabia —dijo con la voz serena Aurelio que trataba de consolar a su superior y amigo—. Nos ha cogido totalmente desprevenidos, y podemos dar gracias a los dioses de que solo haya resultado herido un hombre. Te recuerdo que ha estado a punto de alcanzarte…

Razón no le faltaba a su compañero, pero no podía dejar de repetirse que había errado en ese pequeño detalle. Un detalle que había sido crucial, y que podía llegar a costarle la vida a un hombre.

—Al menos no hemos tenido que defendernos del ataque de sus socios. Parece ser que le han dejado solo en esto…

Aquello era sin duda lo más extraño de todo. Rutilio había actuado solo. Sus socios no habían aparecido, y eso era algo preocupante.

—¡Por allí viene el prefecto con sus hombres! —avisó Furio que estaba junto a su otro compañero y el propio Marcelo que estaba un poco tenso por la situación.

A paso ligero llegó Lutacio y mandó formar un círculo alrededor de la zona para proteger el perímetro. Cuando todo estuvo bajo control, se acercó hasta donde estaban Valerio, Aurelio y el joven Marcelo que, tras apearse de la litera, llevaba su espada en la mano. Ya no había nadie en la avenida. La gente había corrido a refugiarse al interior de sus casas, y con la pronta llegada de los guardias, incluso algunas ventanas se cerraron completamente.

—¡Por todos los dioses! ¡¿Qué es lo que ha sucedido?!

Valerio le relató el ataque sorpresivo de Rutilio, y cómo había dejado herido de gravedad a su compañero. Acto seguido, le explicó cómo lo pudo neutralizar con una rápida y ágil maniobra.

—¿Y qué hay de sus socios?

—No han aparecido —respondió Aurelio.

—¿Es fea la herida? —interrogó de nuevo Lutacio haciendo

referencia al lictor Cayo.

—Necesita atención urgente. ¿Podrías enviar a uno de tus hombres hasta casa de Augusto? Allí debería estar Antonio Musa. Que venga cuanto antes para atenderle. Prefiero no moverle del suelo —indicó el *optio*.

Lutacio asintió levemente y se acercó hasta uno de sus guardias. Le dio la orden y este partió a toda prisa en dirección a la casa del cónsul. Al momento, el prefecto regresó hasta el grupo principal y señaló hacia donde estaba Rutilio retenido por otro de los legionarios de Valerio.

—¿Está vivo?

—Se ha desmayado, pero creo que sobrevivirá. Le hemos frenado la hemorragia —añadió Valerio.

—Deberíamos peinar la zona a ver si podemos dar con los otros dos —sugirió Lutacio.

—Sería perder el tiempo. Ninguno de nosotros les ha visto la cara —señaló el *optio*—. Quizás tú fuiste el único en aquel tugurio.

—No los pude ver con claridad.

—¿Y ahora que hacemos, señores? —preguntó el joven Marcelo tratando de meterse en una conversación en la que nada podía aportar.

—Por lo pronto sería conveniente que le acompañaran a la *domus* —indicó Valerio con lógica.

—Pero puedo ayudar —respondió el aristócrata alzando su espada.

Los veteranos soldados se miraron entre ellos, y al final fue Valerio el que volvió a intervenir tratando de convencer al joven de la imprudencia de permanecer en aquel lugar más tiempo.

—Ni el cónsul ni su esposa me perdonarían jamás que le pasara algo, señor. Todavía no sabemos lo que podría ocurrir, así que creo que debería seguir mi consejo y volver. Dos de mis hombres y varios de los guardias del prefecto le acompañarán. Si es tan amable de subir en la litera…

—Está bien, *optio*. Te obedeceré porque eres el jefe de la guardia de Augusto, pero que sepas que no soy un noble refinado al que no le gusta mancharse las manos —respondió Marcelo.

—Lo sé, señor. Sé que es un joven muy capaz y con muchas habilidades. Pero mi trabajo es velar por su seguridad y creo que no sería muy inteligente por mi parte mantenerle en este sitio más tiempo.

—¡Domicio! ¡Furio! —gritó Valerio a sus legionarios—. Acompañad al joven señor hasta la *domus*. Cuatro de los hombres del prefecto irán con vosotros. Cuando esté allí, regresad y que ellos se

queden custodiando la propiedad.

—¡Sí, señor! —dijeron ambos legionarios prestos a cumplir las órdenes.

Casi de inmediato, Lutacio ya había hecho lo propio con cinco de sus guardias.

—¿Qué hacemos con este desgraciado? —preguntó Aurelio desplazándose hasta donde estaba Rutilio inconsciente.

—Todavía no ha llegado su hora, así que mal que nos pese, debemos mantenerlo con vida. Tiene muchas cosas que explicarnos aún…

CAPÍTULO LXXII

—Por todos los dioses que moran en el cielo, ¡¿cómo ha podido suceder eso?!

Valerio relató con todo lujo de detalles los acontecimientos. Augusto, Livia, Marcelo y Julia, estaban allí presentes, junto al prefecto y al jefe de la guardia de bátavos. Expuso cómo se había desarrollado la acción y al final se quedó en silencio ya que no podía responder a la pregunta formulada por el *Princeps*.

—Tendríais que haber visto cómo Valerio eludió el ataque de aquel miserable y de un tajo le cercenó la mano que empuñaba el *pugio* —comenzó a explicar Marcelo con una amplia sonrisa—. Fue increíble…

—Ya está bien, Marcelo. Esto no es un juego —le regañó Livia que estaba muy seria.

—Mis disculpas —alegó el muchacho dándose cuenta de que su comentario no había sido muy afortunado.

—¿Cómo se encuentra el lictor herido? —interrogó el cónsul.

—La rápida intervención de Antonio Musa le salvará la vida, comandante —dijo Valerio usando el rango militar a propósito y siendo consciente de que en aquellos momentos era más conveniente y del gusto del magistrado.

—Mereció la pena seguir el consejo de mi esposa y tenerlo con nosotros por si la cosa se complicaba —reconoció Augusto cogiendo la mano de Livia que hizo un leve gesto con la cabeza.

Antonio Musa había acudido muy rápido hasta el lugar donde se había producido el ataque. Sus conocimientos, acompañados de la implicación de su joven ayudante y del legionario Pompeyo que tenía algunas nociones básicas de atención médica en campos de batalla, sirvieron para salvarle la vida a Cayo. Posteriormente, el *medicus* asistió a Rutilio, y le aplicó unas compresas untadas en un mejunje que servía para detener las hemorragias y a su vez era un poderoso antiséptico para evitar las tan letales infecciones.

—¿Cuándo podremos interrogar al traidor? —preguntó de nuevo Augusto.

—Debemos esperar a que Antonio Musa nos dé la autorización. Me comentó en el camino de regreso que, aunque el corte había sido limpio, lo más probable era que apareciera la fiebre y eso sin duda podía complicar la evolución del paciente —expuso el *optio*.

—Comprendo… —dijo el cónsul rascándose la barbilla—. Que esté

vigilado en todo momento por varios hombres. No quiero que le dejen solo en ningún momento. ¿Has entendido, *optio*? —interrogó el *Princeps*.

—Por supuesto.

Se notaba que Augusto estaba nervioso. Su tono de voz y la excesiva gesticulación le delataban. Estaba comenzando a conocer mucho mejor a aquel hombre, y sabía que cuando las cosas no salían como había planificado, se ponía nervioso. Pudo observar cómo su esposa no dejaba de observarle en todo momento y su rostro también la delataba. La preocupación se había adueñado de sus facciones, e incluso parecía haber envejecido un poco. Soportar una carga emocional de esa magnitud no era fácil, y a Valerio le dio la sensación de que Livia jugaba un papel determinante a la hora de sustentar aquella situación. Las pocas conversaciones que había mantenido con ella, habían servido para poder vislumbrar el poder y la fuerza que irradiaba aquella mujer. ¿Quién podía llegar a imaginarse que la esposa del gran y poderoso *Princeps* era uno de los pilares maestros que contribuían a mantener firme la posición predominante de un solo hombre por encima del resto?

Se dio un poco de miedo a sí mismo. Estaba pensando en clave política más que en militar. Desde que estaba en estrecho contacto con el cónsul, su enfoque había variado sustancialmente. Se inquietaba por asuntos que en otras circunstancias no le habrían preocupado lo más mínimo, y en cierto modo eso le asustaba. Había aprendido a ver los entresijos de aquel mundo, y pese a no sentirse del todo cómodo, tenía que reconocer que poseía un encanto que generaba atracción. Trató de recordar las palabras de su amigo Aurelio, en las que le recordaba que él era tan solo un soldado, y que no estaba hecho para moverse en un entorno como aquel. Justo entonces lo que dijo Augusto le devolvió a la realidad:

—Julia, Marcelo, si nos disculpáis…

Los dos jóvenes entendieron perfectamente la invitación a marcharse. Ninguno de ellos osó resistirse, y abandonaron la estancia bajo la atenta mirada del resto. Quedaron en la sala, Augusto y su esposa, indicio suficiente de lo importante que era para él, Valerio, el prefecto Lutacio, y el jefe de la guardia germana. El cónsul se levantó de la butaca y comenzó a dar vueltas de un lado a otro con las manos entrelazadas detrás de la espalda. Nadie dijo nada, sino que aguardaron sin dejar de mirarle a que se pronunciara. Lo cierto era que aquella leve cojera que tenía, había desaparecido por completo, y pese a las vicisitudes del momento, Augusto había recuperado el color de la piel, lo que indicaba que se encontraba mucho mejor que cuando

llegó. Antonio Musa había acertado con el tratamiento aplicado, y aquella convalecencia le había venido bien. De repente, se detuvo e hizo ademán de hablar, aunque en el último momento negó levemente con la cabeza y prosiguió con su ir y venir un rato más. Valerio observó cómo Livia le miraba fijamente. La mujer estaba más seria que antes. Quizás le responsabilizaba de lo ocurrido durante el trayecto hacia la ceremonia ficticia. Aquella mujer era un completo misterio, y aquella mirada bien podía significar tanto un reproche, como admiración o cualquier otra cosa. Sintió un nudo en el estómago y tragó saliva. Trató de disimular y ladeó la cabeza hacia la izquierda, evitando de esa manera mantener la mirada de la esposa del cónsul. Fue en ese preciso instante cuando Augusto habló, rompiendo aquel incómodo silencio y atrayendo la mirada de todos hacia él.

—Quiero informaros de un asunto que nos concierne a todos… He decidido que como ya me encuentro mucho mejor, ha llegado la hora de regresar a Roma.

* * * * *

—¿Ir a Roma?

—Eso es —respondió Valerio.

—¿Y qué se nos ha perdido tan lejos a nosotros? —le preguntó a su vez Aurelio que no lo veía muy claro.

—Son las órdenes de Augusto.

—Pero, ¿qué hay de la guerra? Todavía no ha acabado —añadió Pompeyo que estaba sentado al lado.

—Lo sé… Pero la decisión ya está tomada —insistió Valerio.

El resto de legionarios no dijeron nada, aunque pudo ver en sus rostros algo de sorpresa y quizás decepción. Como oficial al mando, se vio en la obligación de darles alguna explicación más al respecto. Era lo menos que podía hacer por aquellos valientes que le habían seguido hasta allí y que le habían servido con extremada lealtad.

—Veréis… La guerra está ya casi concluida. Cuando las legiones puedan subir a la cordillera donde se refugian los cántabros, todo terminará. Y en lo relativo al otro frente, las noticias son también muy buenas, así que no creo que nos perdamos nada interesante. Cuando todo esté controlado las legiones volverán a ser reasignadas a otros destinos donde sean necesarias, y pensad que a la IV le podría tocar cualquier frontera recóndita y hostil. Roma no es una mala opción. ¿Dónde podríamos estar mejor?

Algo cambió en los rostros de los legionarios que parecieron comprender sus palabras.

—Visto así… —musitó Furio.

—Yo nunca he estado en Roma —añadió el joven Mario.

Los demás le miraron y fue el propio Valerio el que tomó la palabra para responderle.

—Es una buena oportunidad para conocer la *Urbs*.

—No me gusta, amigos —respondió Aurelio que estaba poco convencido con aquello.

—¿Qué pasa que te asusta una gran ciudad, Aurelio? —interrogó Domicio con cierta sorna.

—No me asusta la ciudad en sí —alegó el hispano—. Lo que temo es lo que nos pueda ocurrir. Roma no es Tarraco, y si aquí las cosas se nos han complicado, imaginad lo que puede ocurrir en la capital. Además, no vamos a ir en calidad de visitantes para disfrutar de un permiso, sino que lo haremos como escoltas de Augusto. Y os recuerdo que es de allí de donde procede la amenaza que se cierne sobre su cabeza, y ya de paso sobre las nuestras… Así que haceros a la idea de que esto no va a ser un paseo triunfal precisamente.

Las palabras de Aurelio no podían ser más acertadas, aunque quizás había pecado de ser demasiado directo a la hora de transmitírselas a sus compañeros. No se trataba de asustarlos. Los veteranos estaban curados de espanto, pero los dos jóvenes reclutas se quedaron pálidos ante lo que expuso. De nuevo, Valerio tuvo que intervenir para suavizar la situación.

—Aunque no te falta razón, querido Aurelio, es mejor no hacer conjeturas acerca de lo que está por venir. Me escudo en las palabras que nuestro Cornelio nos decía siempre acerca de los acontecimientos que están por venir: «*No debéis preocuparos por algo que aún no ha ocurrido*». Y no le quito la razón, ya que el futuro es impredecible. Al menos para nosotros, y no veo que ninguno de los aquí presentes tenga el don de la adivinación, o sea un dios…

Se escucharon algunas leves risas entre los legionarios. A su vez, él mismo sonrió tratando de transmitir algo de confianza y tranquilidad a los suyos.

—Escuchándote hablar, amigo, cualquiera diría que nos dirigimos a una muerte segura…—hizo una pausa para observar que incluso el propio Aurelio esbozó una leve sonrisa—. Llevamos ya algunos años luchando por la República. Nos hemos batido contra hermanos, contra enemigos extranjeros y contra toda clase de peligros… Y aquí estamos. Aguantando firmes como soldados de Roma que somos. ¿Me vais a decir ahora que os da miedo ir a la capital? No sé qué pensáis que os vais a encontrar allí.

—Me han dicho que es peor que cualquiera de las fronteras —añadió Furio en un alarde de sinceridad.

—¿Y se puede saber quién te ha dicho semejante estupidez? —le interrogó el *optio*.

El soldado se encogió de hombros y respondió:

—Uno de la tercera centuria… Era nacido en Roma y me explicó que no es tan bonita como nos la pintan.

—Pues tendremos que comprobarlo con nuestros propios ojos, digo yo —respondió Valerio con una amplia sonrisa—. Y si no es así, buscaremos a ese tipo para decirle que estaba equivocado.

—Eso será imposible, señor —alegó Furio.

—¿Por qué? —preguntó el joven Mario un poco confundido.

—Le mataron en Vellica…

Reinó entonces un silencio en la estancia.

—¿Y cuándo partimos? —preguntó Pompeyo rompiendo aquel incómodo silencio que se había apoderado del ambiente de manera espontánea.

—El comandante quiere dejar todo atado aquí antes. Aunque se encuentra mejor de salud, ha decidido que se llevará consigo a Antonio Musa para continuar con el tratamiento en Roma.

—El *medicus* se va a hacer un hombre rico a este paso —intervino Domicio.

—Augusto sabe recompensar gratamente a los que hacen bien su trabajo. Vosotros no os podréis quejar —alegó Valerio.

Razón no le faltaba, y más teniendo en cuenta lo agradecido que había sido el cónsul con los legionarios desde el principio de aquel viaje. Les había multiplicado por tres su *stipendium* durante el tiempo que estuvieran sirviéndole y, además, comían, bebían y dormían mucho mejor que sus compañeros que estaban en el frente de batalla. Así que no le podían reprochar nada al hombre que les dispensaba un trato de aquel calibre.

—Mis disculpas, *optio* —dijo el susodicho—. No quería molestar con mi comentario.

—Lo sé, Domicio. No debes disculparte por haber dicho una verdad.

—¿Y qué hay de Rutilio? —preguntó Aurelio cambiando de tema.

Valerio les explicó esa parte que fue tratada en la reunión que mantuvieron poco antes en la estancia del cónsul. El traidor estaba siendo tratado por Musa de su herida, y el cónsul quería obtener algo de información de él antes de ponerse en marcha hacia Roma.

—No sé si hablará —dijo un poco más serio el hispano.

—Lo hará… No te preocupes —afirmó con seguridad el *optio*—. Pero eso no debe preocuparnos ahora mismo. Debemos centrarnos en continuar con la vigilancia de la *domus* hasta que nos marchemos. Y

también en la custodia del prisionero. No descarto que sus socios traten de silenciarle cuando se enteren de que no está muerto.

—Sería de estúpidos arriesgarse a venir hasta aquí sin saber si esa rata miserable está viva o no —añadió Pompeyo disgustado.

Sin querer, el veterano le había dado una idea a Valerio. De repente se puso en pie y les dijo:

—Ahora que estáis informados, regresad a vuestros puestos y continuad con las tareas asignadas.

Él se dirigió a la puerta mientras le hacía un gesto a Aurelio para que se encargara de supervisar todo. Salió a toda prisa bajo la atenta mirada del hispano que fue consciente de que su amigo tramaba algo.

CAPÍTULO LXXIII

Recogió las pocas cosas que tenía y las depositó en el interior de un zurrón de cuero. Su socio le aguardaba en la puerta, vigilando y siempre atento a cualquier movimiento. Se dio prisa y una vez estuvo preparado le dijo:

—Ya lo tengo todo. Podemos irnos.

El asesino asintió levemente con la cabeza mientras abría la puerta. Pero justo antes de salir, Sexto le dijo:

—Antes de irme, quiero darte esto.

Alargó una pequeña bolsa de cuero que contenía una buena cantidad de monedas. El hombre se quedó asombrado y respondió:

—¿Monedas? ¿No decías que tenías lo justo para poder pagar los pasajes de vuelta a Roma? Aquí hay mucho más de lo que pensaba. Habría servido para contratar algo de ayuda en el asalto.

La mirada acusadora de aquel hombre hablaba por sí sola. Agachó la cabeza y asintió.

—Lo siento…

—Ahora ya no tiene importancia —respondió contra todo pronóstico—. No podemos volver atrás para cambiar las cosas.

Pensó que se enfadaría mucho más, pero la reacción había sido de resignación. Había dudado si dejarle aquella cantidad tan elevada de monedas, pero era lo menos que podía hacer por él, y más teniendo en cuenta que había cumplido, y que le había salvado de una muerte segura. En el peor momento, cuando parecía haber perdido la razón, aquel hombre insignificante se había comportado de una manera que no esperaba. En lugar de ser visceral e instintivo, había demostrado ser íntegro y capaz. Se comportó como debería haberlo hecho él. En el fondo le había dado una lección y quién sabe si le había salvado la vida.

—Es mi forma de agradecértelo. Las necesitarás y además es un justo pago por tus servicios —añadió.

—Ya te dije que esto no lo hacía por monedas, sino por saldar la deuda que contraje contigo en su día.

—La deuda está más que saldada. Eso no debe preocuparte —respondió Sexto. Y si te vas a quedar por aquí un tiempo más, lo menos que puedo hacer es pagarte debidamente.

—Si insistes… —sentenció el asesino cogiendo la bolsa.

Según lo acordado, permanecería el tiempo necesario en Tarraco

para averiguar qué había sido de Rutilio. Era necesario confirmar si estaba vivo o muerto, y lo más importante de todo, si había hablado. Se había dado por vencido, y comprendió que al menos la parte de Licinio había quedado cerrada, así que sus socios en Roma podrían respirar aliviados. Dejar a ese hombre allí le reconfortó. Aunque había perdido la confianza en los que trabajaban para él últimamente, había algo en el asesino que le transmitía seguridad. Le volvió a recordar al Flavio de los inicios. Vio en su persona esas habilidades y capacidades que cuestan encontrar. El compromiso que adquirió iba más allá de unas monedas y un pago generoso, así que pensó que dejándolo todo en sus manos, saldría bien. Lo mejor era seguir su consejo y desaparecer por un tiempo. Cuando tuviera información, se desplazaría a Roma y le buscaría para explicarle lo que había averiguado. Por un momento recobró la esperanza en el buen hacer de los demás. Trabajar solo era factible, pero él no estaba preparado para hacer según qué cosas, y delegar en aquel hombre podía ser una buena solución.

—¿Quieres que te acompañe al puerto? —le preguntó sacándole de su reflexión.

—No será necesario.

—Pero la noche siempre esconde peligros. No me cuesta nada hacerlo —insistió el hombre.

—Puedo valerme por mí mismo.

—Está bien, como desees —añadió mientras sujetaba la misiva que había preparado unos días atrás para ensalzar el buen hacer de Rutilio —. ¿Qué hacemos con esto?

—Es de poca utilidad ahora —respondió mientras la cogía de sus manos y la quemaba aprovechando la llama de la pequeña *lucerna* de barro cocido que estaba sobre la mesa de madera de la estancia.

—¿Si está vivo quieres que lo envíe a la otra vida?

Sexto asintió levemente sin pronunciar ni una palabra. Abrió la puerta y salió. Aunque justo antes de desparecer, se frenó, se giró y le preguntó:

—¿Cuál es tu nombre? Nunca te lo he preguntado…

El hombre sonrió levemente y respondió:

—Marco Numerio.

Sexto asintió y dijo:

—Gratitud por todo entonces, Marco Numerio… Espero que los dioses permitan que volvamos a vernos en Roma.

—Que te escuchen y que así sea, Cayo Sexto… Que así sea.

CAPÍTULO LXXIV

—¿Hacerles creer que está vivo para atraerlos hasta aquí? No me parece una mala idea…

Augusto se rascaba la barbilla mientras alzaba la vista y el sol le daba directamente en el rostro. Le dio la impresión de que una leve sonrisa se dibujaba en el rostro del cónsul.

—Es la única manera de sacarlos del agujero donde estarán escondidos —insistió Valerio.

—No dejas de sorprenderme, *optio*. Cada día que pasa estoy más convencido de que traerte conmigo ha sido una de las decisiones más sensatas que he tomado en mi vida. Les doy las gracias a los dioses por cruzar nuestros destinos. Algo me dice que no estaría en el mundo de los vivos ahora mismo si tú no hubieras metido la nariz en todo este asunto. La República no sería la misma tampoco, así que somos muchos los que estamos en deuda contigo, Valerio.

—Es mi deber, comandante.

—Necesitaría tener más hombres como tú. Tenerte a mi lado hace que me sienta más seguro en estos aciagos tiempos que nos han tocado vivir, querido Valerio —dijo Augusto sirviéndole una copa de vino y acercándosela.

—Sin duda convulsos son —respondió el militar aceptando de buen grado la copa que le ofreció su superior—. Quién iba a decirme que a estas alturas me vería de esta guisa… —hizo una breve pausa al darse cuenta de que tal vez había pecado de ser demasiado sincero—. Mis disculpas, no quería decir eso.

—No hay nada que disculpar, querido Valerio —repuso Augusto esbozando una sonrisa—. Yo tampoco pensaba que todo estaría tan revuelto. Imagino que, para un soldado como tú, acostumbrado a la disciplina castrense, esta incierta situación le resulte un poco incómoda.

El cónsul había dado en el clavo, y es que hallarse allí, teniendo que velar por la seguridad de la persona más importante de la República no entraba en sus planes. Hasta hace relativamente poco, no era más que un legionario que tenía que limitarse a seguir las órdenes que le impartían sus superiores. Ahora, era él quien tenía que darlas, organizar a un buen grupo de hombres y sobre todo acarrear con la responsabilidad de que algo malo le pudiera ocurrir a su protegido. Habría dado todo lo que tenía por regresar a su

campamento y seguir con sus obligaciones. Incluso se le hacía cuesta arriba tener que desarrollar un cargo como el de *optio*, que implicaba quizás algo más de experiencia de la que poseía en aquellos momentos.

—Pero piensa en que de esto todos podemos sacar algo provechoso —continuó diciéndole Augusto—. A mí me ha servido para no confiarme tanto, y para prestar más atención a algunos detalles a los que hasta ahora no daba importancia. Creí que después de Actium, todo estaba en calma, y que el Senado al completo había valorado todo el sacrificio que hice en aras de la República. Pero en realidad, estas últimas semanas me han servido para percibir que todavía hay quien piensa que mi gestión no ha sido buena para Roma. Nunca dejamos de aprender cosas nuevas, querido Valerio. Y yo, he llegado a la conclusión de que tengo que regresar a Roma para poner las cosas en orden. Me he ausentado demasiado tiempo de la capital, y ahora que la guerra ya está encauzada debo dedicarme a la política —hizo una breve pausa y dio un sorbo a su copa—. En cuanto a ti… Te invito a que reflexiones como yo he hecho, y que me expongas si te place lo que has sacado en positivo de esta experiencia.

Acto seguido extendió sus brazos como si le estuviera invitando a compartir con él sus pensamientos. Aquello sí que no se lo esperaba, así que dio un largo trago a la copa engullendo todo su contenido y la dejó sobre la mesa. Se aclaró la garganta y comenzó a hablar:

—Verá, comandante… No es que haya tenido mucho tiempo estos últimos días para pensar en lo positivo de esta situación…

—No quiero que pienses. Simplemente quiero que expreses lo que sientes.

—Siento que hubiera preferido quedarme en el campamento…

—Bien, bien. Continúa —le invitó el *Princeps*.

—Tan solo es que quizás yo no tenga la experiencia que tienen otros hombres para velar por la seguridad de un cónsul —dijo expresando lo que sentía.

—Está bien… ¿Qué más?

—Cuando me alisté en las legiones, lo hice para combatir contra los enemigos de la República, y los primeros a los que tuve que enfrentarme fueron a los legionarios de Antonio —dijo el militar.

—Entiendo. No era lo que esperabas.

—No, comandante. Por eso cuando todo pasó y se reinstauró la paz, todos vimos en su figura al hombre que había traído la calma de nuevo a la República.

—Los enemigos contra los que deberían combatir las legiones están al otro lado de las fronteras, no dentro —añadió el cónsul.

—Eso es lo que yo opino.

—¿Y sobre la situación actual? ¿Qué es lo que te preocupa, Valerio? ¿Piensas que otro hombre más veterano lo habría hecho mejor que tú?

—Sin duda —respondió el *optio*.

—Ahí discrepo —afirmó con rotundidad Augusto—. Has demostrado más valor, inteligencia y astucia que muchos hombres que llevan más años de servicio que tú. Aunque en un inicio te alistaste para combatir a los enemigos de la República en los campos de batalla, como bien has dicho, puedo confirmarte que no todos los enemigos plantan cara a campo abierto. Hay muchos que actúan desde las sombras. Utilizan estrategias poco convencionales, como tú muy bien has podido comprobar. ¿Me equivoco?

—No, comandante —respondió dándole la razón a aquel argumento tan convincente que le acababa de exponer.

—Es por ello que la importancia de vigilar e interceptar a esos enemigos es algo vital a estas alturas. Siempre he temido y a la vez despreciado a los que utilizan esas artimañas para acabar con sus enemigos. Los que acabaron con la vida de mi tío lo hicieron de esa manera: conspirando. Debo reconocerte en confianza, Valerio, que jamás me había sentido tan desprotegido como ahora —dijo bajando un poco el tono de voz, como si alguien pudiera estar escuchando la conversación y no quisiera parecer débil—. Es por ello que tras pensarlo mucho, he llegado a la conclusión de que sería necesario formar de manera permanente un cuerpo de hombres de mi confianza que velaran por mi seguridad y la de mi familia.

Aquello sí que le cogió totalmente por sorpresa. No se esperaba que Augusto se lo dijera.

—Pero ya dispone de su guardia de germanos, comandante.

—Son leales, pero no son romanos, Valerio —le dijo el *Princeps*—. No sé si me explico.

—Perfectamente.

—Mi experiencia contigo y con tus hombres ha sido muy buena. Tanto en el campamento como ahora aquí, habéis demostrado que sois leales y de confianza. Además, sois soldados curtidos y con experiencia en el campo de batalla, lo que os hace incluso mejores.

Valerio no supo qué responder, pero lo que sí que estaba claro era que Augusto ya había tomado una decisión.

—Los germanos no evitaron que mi tío fuera asesinado de aquella manera tan horrible en la Curia. Y ya has podido comprobar la lealtad de los lictores.

—Si se refiere a llevar una escolta de hombres armados dentro de

Roma, le recuerdo que está prohibido, comandante.

—Hasta ahora lo estaba, querido Valerio. Pero las circunstancias han cambiado sustancialmente gracias a los intentos de asesinato sobre mi persona —expuso Augusto.

¿Así que era eso lo que el cónsul había ideado? Quería utilizar los intentos de magnicidio acontecidos contra él para modificar las leyes, o al menos imponer la creación de una escolta permanente de hombres armados que protegieran a los magistrados de alto rango.

—Y, ¿cómo espera que el Senado apruebe esa medida? —le preguntó.

—Eso déjalo de mi cuenta, Valerio. Tú sigue haciendo tu trabajo tan bien como hasta ahora.

Justo cuando el militar estaba despidiéndose del cónsul observó cómo se dirigía hacia ellos Antonio Musa. Decidió aguardar su llegada para saber si tenía alguna novedad que transmitirles. El *medicus* los saludó con una inclinación y comenzó a hablar:

—El paciente va mejorando. Aunque esta noche pasada ha tenido fiebres altas y tuve que aumentar la dosis del bebedizo para tratar de bajársela, señor.

Augusto asintió con un leve movimiento de cabeza.

—Esta mañana la fiebre ha desaparecido casi por completo. Sigue dormido, la infección le ha dejado exhausto —añadió Musa.

—¿Y cuándo podremos interrogarle? —preguntó el *Princeps*.

—Pronto, señor… Los dioses han tenido a bien permitirle continuar en el mundo de los vivos.

—Los dioses y tú, querido Antonio —respondió Augusto dando un par de aplausos en señal de reconocimiento para el hombre, que se limitó a hacer una nueva y discreta reverencia.

—Son magníficas noticias, comandante —intervino Valerio satisfecho por escuchar aquellas palabras que los ayudarían a resolver el asunto.

Había estado pensando largo y tendido sobre si había hecho lo correcto asestando aquella estocada al lictor que había supuesto la amputación de la mano. Quizá habría sido mejor asestarle un golpe con los puños o tratar de derribarlo, en lugar de usar la espada. Pero en el fragor de la contienda uno se dejaba llevar por los impulsos. Y un veterano legionario como él, curtido en los campos de batalla, había reaccionado dejándose llevar por su entrenamiento. Al menos, ahora que Antonio Musa había traído aquellas noticias pudo respirar aliviado.

—Por cierto… Quería comentar una cosa que creo que podría ser importante —dijo el *medicus* antes de despedirse.

Augusto, con un gesto, le indicó que prosiguiera.

—Esta noche no ha dejado de pronunciar un nombre… Cayo Sexto Apuleyo. Dijo en varias ocasiones: «¿Por qué Cayo Sexto Apuleyo? ¿Por qué me dejasteis solo?». No sé si la información es relevante.

Augusto y Valerio cruzaron miradas. Ambos se quedaron atónitos mientras Antonio Musa los miraba extrañado.

—¡No puede ser cierto! —exclamó el cónsul elevando los brazos al cielo en señal de maldición—. ¡Pero si me dijeron que había muerto en el presidio!

Valerio no podía dar crédito a lo que acababa de decirles Antonio Musa. De todos los nombres que podría haber escuchado tuvo que ser el de Sexto. ¿De nuevo ese hombre aparecía en escena? Si debería de estar en el inframundo pagando por sus pecados. Era evidente que el lictor no había preparado todo eso solo, sino que había tenido que recibir ayuda de al menos dos hombres. Los mismos que el prefecto Lutacio había visto en aquel sucio tugurio del puerto. Pero jamás pudo imaginarse que se trataría de aquella rata traidora que se había reído de él durante tanto tiempo. La misma rata que había jugado con el destino de varios de sus compañeros y que estaba detrás de todos los actos infames acontecidos semanas atrás.

—¿Estás seguro de que ha pronunciado ese nombre? —preguntó el cónsul tratando de calmarse un poco.

—Sí, señor. Completamente seguro.

—Tenemos que hablar con Rutilio de inmediato —señaló Augusto haciéndole un gesto a Valerio para que se acercara.

El *optio* obedeció mientras continuaba pensando en cosas del pasado.

—Está bien Antonio, puedes retirarte. Gratitud por la información que nos has facilitado —indicó el cónsul.

El *medicus* hizo una reverencia más pronunciada y se retiró de allí. Cuando estuvieron los dos solos fue Augusto el primero en hablar.

—Me mintieron…

Valerio estaba en completo silencio, solo pudo asentir.

—Los que me dieron esa información falsa lo pagarán muy caro. ¡Los haré azotar hasta que me pidan que los mate para aliviar su sufrimiento! —masculló en un tono de voz más alto.

Estaba enojado. Furioso por haber sido engañado por su propia gente. Además, Valerio pudo ver de nuevo el miedo reflejado en sus ojos. Él no estaba asustado, sino preocupado. Porque si de verdad Cayo Sexto Apuleyo estaba vivo y había participado en aquel intento de asesinato, ninguno de ellos estaría a salvo frente a su latente amenaza.

* * * * *

—¿Y bien? ¿Qué te ha dicho el *Princeps*?

—Le ha parecido una buena idea —respondió Valerio.

—¿Cómo lo vamos a hacer? —interrogó de nuevo Aurelio que parecía impaciente.

—Todavía no lo sé.

—A ver, ¿qué es lo que te preocupa ahora?

—No hay nada que me preocupe —dijo Valerio sentándose en el camastro y desatándose las *caligae*.

No sabía si contarle nada a Aurelio. Después de haber estado conversando largo y tendido con Augusto acerca del tema habían acordado que por el momento sería mejor no alarmar a los demás soldados. Preferían interrogar primero al prisionero para confirmar si aquella información era cierta. Podría tratarse tan solo de un desvarío, fruto de las fiebres. Así que era conveniente ser prudente y no preocupar al resto de hombres que componía la guardia. Suficiente habían pasado ya aquellas últimas semanas como para tener que ponerlos de nuevo en alerta.

—A mí me vas a engañar a estas alturas… Te conozco lo suficiente para saber que no dejas nada al azar, y que normalmente llevas algo preparado cuando vas a hablar con Augusto.

Su amigo tenía razón. Pero lo que habían hablado en aquella reunión iba más allá de idear una trampa para atraer a los socios de Rutilio. En ese encuentro habían hablado de asuntos más importantes. Además de discutir sobre cómo proceder, ahora sabían que la amenaza de Sexto podía ser real. Aunque sus hombres ya habían sido informados de que en breve partirían hacia Roma, no sabían que era muy probable que sus funciones cambiaran. Dejarían de ser soldados al servicio de la República, para estar exclusivamente al servicio de Augusto. Demasiada información y, sobre todo, muy confidencial. Sobre lo del tema de su antiguo enemigo, había decidido respetar la voluntad del cónsul, pero sobre el otro asunto, era justo explicárselo a Aurelio. Había estado con él desde el principio. Estuvieron juntos en la cubierta de aquella nave cinco años atrás. Combatieron en Hispania contra los cántabros. Descubrieron la conspiración contra Augusto y le salvaron la vida. Y en los últimos días le había apoyado en todo y ayudado a organizar todo el plan. Siempre había estado a su lado, así que merecía una explicación.

—Será mejor que te sientes, amigo —le indicó antes de soltar un suspiro.

—Me estás asustando, Valerio…

—No es esa mi intención, aunque no sé si lo que te tengo que

contar va a gustarte —dijo mientras se levantaba y caminaba descalzo hasta sentarse en un taburete frente a su amigo y camarada—. ¿Quieres que te sirva una copa de vino?

—Lo que quiero es que me expliques qué sucede. Deja el vino para más tarde.

—Está bien…

Le expuso los argumentos de Augusto a la hora de plantear la necesidad de tener una guardia personal formada por legionarios con experiencia y la intención que tenía el cónsul de solicitarla al Senado. El soldado se mantuvo atento en todo momento y no le interrumpió. Cuando acabó de contarle todo, Valerio le preguntó:

—¿Y bien? ¿Qué opinas?

—¿Me preguntas qué opino? —le reformuló su subordinado con cierta sorna como si le sorprendiera que Valerio le interrogara.

—Eso es. Quiero saber qué piensas sobre lo que te he expuesto.

—Está bien, te diré lo que pienso —hizo una breve pausa antes de proseguir—. Pienso que, si Augusto te lo ha dicho, es porque lo tiene claro, y que de poco va a servir lo que nosotros podamos opinar al respecto —dijo con total sinceridad y no sin falta de razón.

—¿Me estás diciendo que te parece bien?

—Ni bien ni mal —respondió encogiéndose de hombros ante el asombro de su superior.

—¿Pero no decías que no querías ir a Roma?

—No era lo que más me apetecía entonces, Valerio.

—¿Entonces? No te estoy entendiendo, amigo —le preguntó encogiéndose de hombros él también.

—Simplemente te digo que no creo que tengamos otra opción, y siéndote sincero, Augusto ha sido muy generoso con nosotros desde que hemos entrado a su servicio. Y si tienes en cuenta que nos exponemos a menos peligros que cuando estamos en el frente, pues no me parece tan mala idea.

—No era esa la respuesta que esperaba…

—Lamento decepcionarte, Valerio —dijo su compañero acercándole la copa de vino para que le sirviera.

—No es decepción, sino que esperaba que te resistieras un poco más. ¿Y cómo se lo tomarán los demás?

—Los veteranos supongo que mejor. Llevan ya bastantes años sirviendo bajo las águilas, y una vida más cómoda y tranquila, que les reporte mayores beneficios a cambio de menos esfuerzo… Imagino que les resultará tentadora.

—Arrio y Mario quizás no lo vean tan claro —añadió el *optio* mientras le servía la copa a su amigo.

—Los veteranos les harán cambiar de opinión rápidamente —dijo sonriendo—. Aunque hay una cosa que no me cuadra en todo esto.

—Tú dirás.

—Somos pocos hombres si lo que quiere es formar una guardia de confianza —comentó el legionario.

—Imagino que implantar ese cambio en el sistema llevará su tiempo, y que no puede presentarse en Roma y exigir tener a su disposición un ejército privado formado por quinientos legionarios. Las cosas tienen que ir lentamente para que los senadores no vean en su acción una amenaza. Te recuerdo que hasta ahora nadie podía atravesar el *pomerium* de la ciudad con tropas armadas. Eso siempre ha significado una amenaza.

—Bueno, tiene su lógica tal y como lo expones. Además, mientras nos coloque por encima de sus germanos… Estos pueden ayudarnos en la tarea de protección como han hecho hasta ahora.

Valerio asintió dándole la razón.

—En cualquier caso, me ha dejado claro que de momento simplemente es lo que se propone hacer, imagino que en base a los buenos resultados que le hemos dado. Hemos desbaratado dos intentos de asesinato y esos son buenos números. No debemos descartar que se produzcan nuevas amenazas contra su persona, y eso hará que su petición gane consistencia. Aunque la decisión no depende de él exclusivamente, ya que se tendrá que votar en el Senado.

—Augusto es el Senado, *frater*. Augusto es también Roma. No lo olvides.

—No lo olvido, pero en ocasiones eso es lo que más me preocupa de todo. Que sea el hombre más poderoso de la República le convierte en un objetivo, y eso no hace más que cargarnos más responsabilidad a nosotros —expuso preocupado, mordiéndose la lengua para no explicarle lo que había averiguado gracias a las palabras de Antonio Musa.

—Nadie dijo que esto iba a ser fácil.

—En ocasiones me he planteado si no habría sido mejor no meter la nariz donde no me llamaban —reflexionó en voz alta Valerio.

Aurelio dejó la copa de vino vacía sobre la mesa y se levantó. Se colocó al lado de su superior y le puso la mano sobre el hombro.

—Si no hubieras seguido tu instinto, lo más seguro es que Augusto estuviera ya muerto. Tú y yo tampoco estaríamos en Tarraco y no tendríamos la oportunidad de ir a Roma. Pero si con eso no tienes suficientes argumentos de peso, me atrevo a vaticinar que estaríamos de nuevo combatiendo entre hermanos en una nueva guerra civil. Así que, permíteme que te aclare una cosa, Valerio, si no te hubieras

implicado en todo este asunto, muchos más habrían muerto, y la República habría quedado herida de muerte. No te quites mérito… Has salvado la vida a muchos más de los que crees.

EPÍLOGO

Ahora estaba solo. Tenía un buen puñado de monedas en la bolsa, y un trabajo que llevar a cabo. Al final, Sexto le había dado las gracias por evitar que cometiera un error. Al menos la experiencia no había resultado tan negativa. Los dos habían sacado algo positivo de todo aquello. Él había conseguido ganarse el respeto y la admiración, y en cierto modo había podido saldar la deuda contraída, mientras que su socio se había dado cuenta de que en ocasiones era mejor dejar que otros hicieran las cosas en lugar de quererlo abarcar todo. La ambición era buena, siempre y cuando uno la pudiera controlar. La venganza no lo era tanto, y en ocasiones empujaba a los hombres a equivocaciones que podían ser fatales. Reconocer las carencias también era una virtud, y tragarse el orgullo, cosa poco sencilla para algunos, no era tan malo como parecía. Su socio había aprendido tal vez más que él, y al menos esperaba que distanciándose del problema, pudiera pensar con mayor claridad.

Con más confianza que antes, él se encargaría de hacer todo lo posible por ayudarle. Aunque le daba igual lo que ocurriera a nivel político con Augusto y con la República, vio en Sexto a alguien de quien poder sacar algo de beneficio. Si hacía las cosas bien, tal vez su futuro fuera más halagüeño y a partir de aquel momento no necesitara recurrir a sus viejos contactos para poder conseguir algún trabajo. Ahora se movía en otro nivel. Trabajaba para hombres importantes, y eso le hacía sentirse mejor. Si tenía que hacer ese tipo de tareas, era mejor que los que le contrataban fueran gente con monedas suficientes. Eso le garantizaría cobrar mejor y seguramente sin retrasos. Después de todo, aquel contratiempo ocurrido en Roma y que casi le cuesta la vida, iba a ser su oportunidad. Quién se lo iba a decir cuando se arrastraba por las callejuelas de Roma herido por la puñalada traicionera que le había asestado aquel miserable. En el fondo tenía que estarle agradecido por habérsela clavado. Sin él seguramente no se hallaría en aquella situación.

Sonrió levemente y pensó en lo caprichosos que podían llegar a ser los dioses. Un día eras un desgraciado muerto de hambre, y al siguiente, Fortuna te sonreía, y podías optar a otro tipo de vida, con la que jamás habrías soñado. Sacó un par de monedas de la bolsa y pensó que aquella noche iba a celebrarlo a lo grande. Comería y bebería hasta saciarse, y cuando tuviera la panza llena, se iría a uno

de los mejores lupanares de la ciudad para aliviarse con una prostituta de más categoría que las de costumbre. Y todo eso lo iba a hacer en honor a Cayo Sexto Apuleyo, su nuevo benefactor.

DESCUBRE MÁS SOBRE EL MUNDO ANTIGUO

COLECCIÓN ¿SABÍAS QUE?





PASA UN BUEN RATO CON MIS NOVELAS

LAS CRÓNICAS DE TITO VALERIO NERVA

Parte III

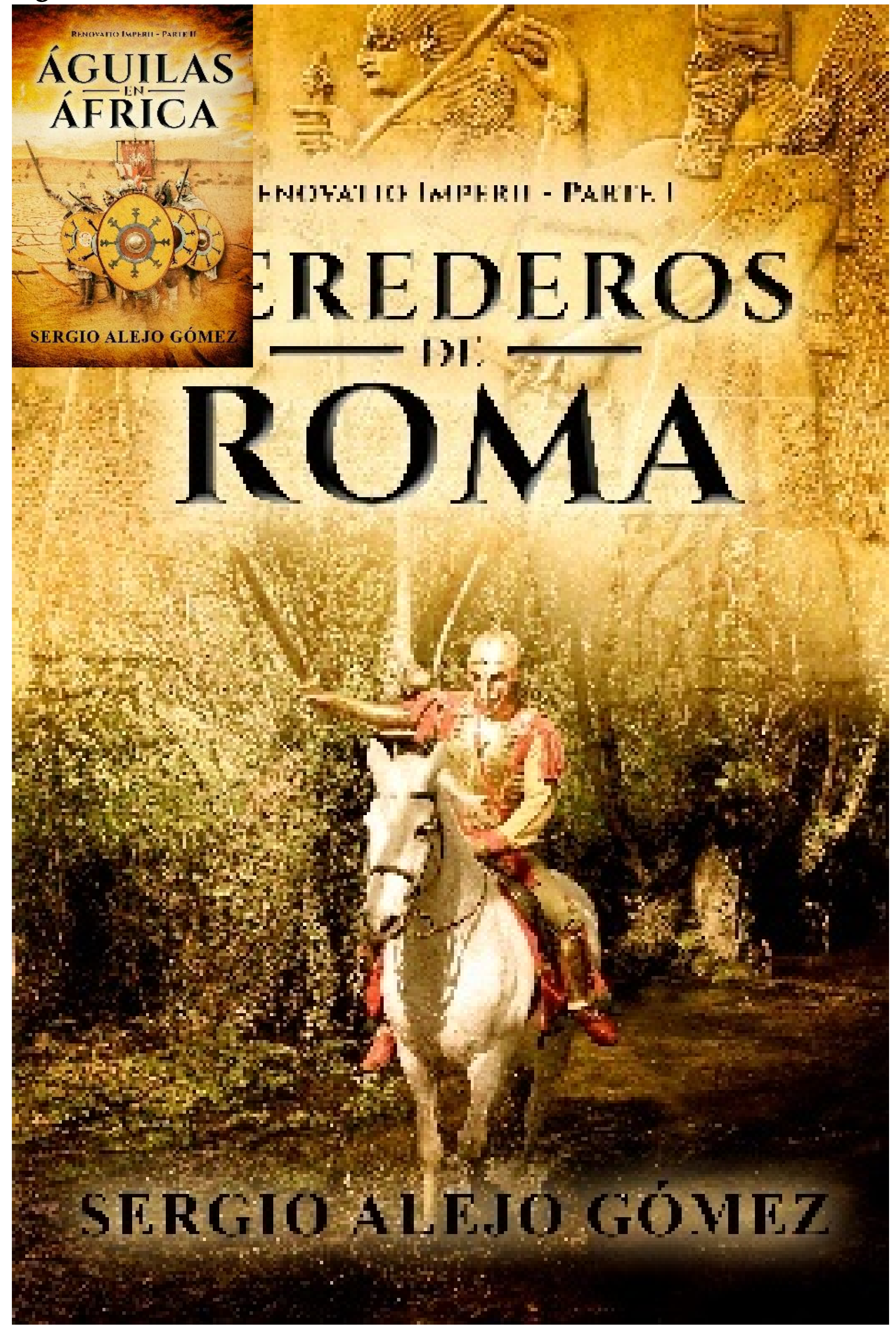


PASA UN BUEN RATO CON MIS NOVELAS

SAGA RENOVATIO IMPERII

Herederos de Roma

Águilas en África





Soy un enamorado de la historia en general, aunque lo que de verdad me apasiona es el mundo antiguo, concretamente todo lo que concierne a las civilizaciones griega y romana. Esta pasión es la que me llevó a licenciarme en Historia por la Universidad Autónoma de Barcelona y a ejercer como docente de secundaria durante algún tiempo. El destino hizo que finalmente mi trayectoria profesional me llevase por otros caminos, aunque ello no me ha separado del interés por el mundo antiguo.

Como gran aficionado a la lectura que soy, siempre había deseado escribir un libro, ya que tenía ganas de compartir historias intrépidas ambientadas en algún momento histórico. Así que en abril de 2015 publiqué mi primera novela, titulada *Las Crónicas de Tito Valerio: Misiva de sangre*. Ese libro no fue más que el principio, y la saga no ha parado de crecer, hasta convertirse en una trilogía. Tras el éxito de la primera parte, llegó la segunda, titulada *El enemigo interior*, publicada en marzo del 2016. En abril de 2017, vio la luz la última entrega (quien sabe si por el momento) de la saga titulada *La sombra de la conjura*, dando fin a este ciclo de tres novelas ambientadas en las guerras cántabras.

Siguiendo con la faceta de escritor, a finales de ese mismo 2017 publiqué una nueva obra, en este caso el que acabas de leer, un

pequeño ensayo titulado *¿Sabías que? Curiosidades del mundo antiguo*. Se trata de un breve anecdotario sobre cosas curiosas, personajes y episodios del mundo antiguo. Y por si eso no fuera suficiente, en junio del año 2018 también vio la luz la novela histórica, *Herederos de Roma*, ambientada en los tiempos del emperador Justiniano y del gran general Flavio Belisario, en el Imperio romano de Oriente. Además, estás de suerte, porque desde las Navidades de 2019 tienes ya disponible otra obra de la colección de *¿Sabías que?*, y que lleva por título: *¿Sabías que? Un paseo por la antigua Roma*. Recientemente ha salido a la venta la segunda entrega de *Herederos de Roma*, como parte de la saga que he titulado *Renovatio Imperii*, que lleva por título *Águilas en África*.

En diciembre del año 2020 tuve el honor de publicar la tercera entrega de la colección *¿Sabías que?,* titulada *Un paseo por la antigua Grecia*, sumándose de esa manera a las dos anteriores para cerrar este círculo de pequeños ensayos históricos dedicados a personajes, capítulos y curiosidades del mundo antiguo.

Además de mi faceta literaria, me podréis seguir en el programa La Biblioteca Perdida y en el La Biblioteca de la Historia en formato podcast. Y si todavía os quedan tiempo y ganas, en mi página de Facebook suelo hacer directos dos domingos al mes en compañía de Ángel Portillo Lucas. Así que como veis soy un hombre ocupado y con muchos frentes abiertos. Aunque ahora estamos en dique seco por culpa del virus, también tengo otra faceta muy interesante, y es que formo parte del grupo de recreación histórica Barcino Oriens. No hay tregua ni descanso y siempre estoy dispuesto a aventurarme en todo tipo de proyectos.

ESTEMOS EN CONTACTO

Página web: **sergioalejogomez.com**
Facebook: **facebook.com/sergioalejogomez**
YouTube: **youtube.com/channel/UCuQWXhi5MLoxFlrCKgBuE1Q**
Instagram: **instagram.com/sergioalejogom/**

Podcasts en ivoox.com:
La Biblioteca Perdida
La Biblioteca de la Historia

Antes de despedirme quiero agradecerte la compra de este ejemplar. También me gustaría conocer tu opinión sobre la obra que acabas de leer. Para mí es importante contar con ella, ya que además de permitirme mejorar cara a futuras publicaciones, me sirve para que el libro tenga más visibilidad y sean más los lectores que puedan hacerse con ella. Puedes hacerlo directamente en la página de compra, en el apartado de escribir mi opinión. Sin más…

Nos leemos en el siguiente libro